HISTORIA de ROMA

DESDE LOS ORÍGENES HASTA LA CAÍDA DEL IMPERIO

BRIAN CAMPBELL

Una síntesis que pone al alcance del público no especializado una narración global de los cerca de mil años que transcurrieron entre los primeros años de la República y la caída del Imperio, incorporando los resultados de la investigación actual, que ha enriquecido considerablemente nuestros conocimientos.

epublibre

Brian Campbell

HISTORIA DE ROMA

Desde los orígenes hasta la caída del Imperio

ePub r1.2
Titivillus 30.10.16
EDICIÓN DIGITAL

Título original: *The Romans and Their World*
Brian Campbell, 2011
Traducción: Julia Alquézar
Retoque de cubierta: Titivillus
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Conversión pdf: FS, 2020

Para Karen

Prefacio

Cuando Yale University Press se puso en contacto conmigo, pensé que sería una experiencia útil escribir un libro sobre la antigua Roma sin la tiranía de las notas al pie y que realmente pudiera ser útil, pero resultó ser un reto mucho mayor de lo que había imaginado. La simple cantidad de material y el número de enfoques académicos opuestos hacen que sea muy difícil llegar a confeccionar un texto que sea a la vez agradable, razonablemente completo, pero también conciso y ameno sin llegar a simplificar tanto los hechos que se pierda la complejidad del tema. Sin embargo, he intentado elaborar una guía sencilla del mundo romano para un público general y para estudiantes, mediante una narración cronológica que también abarque un tratamiento temático. Con frecuencia, cito directamente a los escritores antiguos para dar una idea de su interpretación del mundo. El libro empieza con los primeros asentamientos de Roma y acaba con la caída de Rómulo Augusto, el último emperador «romano» de Occidente, en el año 476 d. C.

Al completar el texto, de nuevo vuelvo a estar muy en deuda con el profesor David Buck y el doctor John Curran, que leyó el manuscrito entero con un enfoque tan solidario como críticamente constructivo. A lo largo de mucho años, ambos investigadores me han apoyado con su erudición, humor y amistad. Por supuesto, no son responsables de los errores y fallos que no haya sabido subsanar. Quiero dar las

gracias especialmente a Heather McCallum, de Yale University Press (Londres), por su paciencia, confianza y apoyo en un autor un tanto caprichoso, y a Richard Mason, el corrector de mi texto, por su trabajo tenaz.

Finalmente, debo dar las gracias por el amor y la tranquila sensatez que mi mujer me ha proporcionado a lo largo de muchos años, y que me han ayudado a sobrevivir a la vida académica moderna.

1

La conquista de Italia

La ubicación

Retrospectivamente y con fervor patriótico, el historiador Tito Livio reflexionó sobre las ventajas de la situación geográfica de Roma, con sus colinas y el río Tíber:

> «No sin razón los dioses y los hombres eligieron este sitio para fundar la ciudad, unas colinas tan sanas, un río a mano por el que transportar los productos desde las zonas del interior y recibir el tráfico marítimo, un mar cercano para nuestra comodidad y no expuesto por su excesiva proximidad al peligro de las flotas extranjeras; en el centro de Italia, en un enclave único hecho a propósito para el crecimiento de la ciudad» (5.54).

Livio ignora las serias inundaciones que se producían con las crecidas del Tíber en las áreas bajas de la ciudad, pero enfatiza su importancia como ruta de comunicaciones y transporte: por el valle del Tíber, tanto por el norte y el sur de la ciudad, proporcionaba un medio de importación de bienes. Además, la Vía Salaria, que recorría la orilla izquierda del Tíber, servía para transportar la sal desde la desembocadura por todo el valle. La isla Tiberina era el último vado mayor del río, y las colinas inmediatamente adyacentes permitían a la población local controlarla.

En la sede de la futura ciudad de Roma, las huellas de la ocupación permanente en el área del *forum Boarium* (mercado del ganado) datan de *c.* 1000 a. C., y los habitantes vivían mediante agricultura de subsistencia de cereales y verduras, y me-

diante la cría del ganado. En torno a los años 830-770, pequeños pueblos empezaron a unirse; en este periodo, cabañas de juncos y barro en la colina del Palatino constituían la principal forma de vivienda. A principios del siglo VI a. C., se sustituyeron estas cabañas por estructuras más elaboradas y permanentes, y las pruebas arqueológicas sugieren que había un muro en torno al primer asentamiento del Palatino. Es bastante posible que diversas colinas del área fueron ocupadas por diferentes grupos.

Cuando, más adelante, los romanos empezaron a discutir la fundación de su ciudad (que tradicionalmente se sitúa entre el 754 y el 753 a. C.), como es natural, elaboraron historias que establecían la identidad y el carácter romano como deseaban que los demás pueblos los vieran. Las historias románticas de la fundación por parte de Rómulo, que se convirtió entonces en el primer rey, son probablemente ficción. Según una fuente, Amulio, rey de Alba Longa, después de deponer a su hermano mayor, Numitor, ordenó que los bebés gemelos de la hija de Numitor, Rhea Silvia, fueran ahogados en el Tíber. Sin embargo, el río estaba inundado y, cuando las aguas se sosegaron, la corriente arrastró el cesto donde estaban los gemelos hasta la orilla, donde una loba los halló y amamantó, hasta que un pastor real, Faustulo, los encontró y se los llevó a su mujer, que los llamó Rómulo y Remo. El primero acabó asesinando a su hermano porque éste se burló de él saltando por encima del muro que estaba empezando a construir. A pesar de los elementos tradicionales de la historia, que, por cierto, reconocían la naturaleza permanente del Tíber, era con casi toda certeza una leyenda indígena, tal y como demuestra la espléndida estatua de bronce de una loba, que probablemente databa del siglo IV a. C., lo que indicaba que la parte esencial de la leyenda había calado hondo en Roma en una época muy temprana.

Otra variación de la leyenda señala a Eneas como el fundador de Roma; según cuenta la historia, después de que los griegos saquearan Troya, salió huyendo al exilio cargando a su padre, Anquises, a hombros. Esta leyenda se extendió alrededor del siglo VI a. C. y más adelante se uniría a la compleja interacción cultural entre los romanos y los griegos. La información que tenemos de la naturaleza y el gobierno de Roma en este primer desarrollo urbano es imprecisa, vaga, aunque pudo existir una comunidad unida de romanos y sabinos (con una interpretación funcional de la tradicional historia del rapto de las sabinas).

En torno al año 625, tenemos los primeros signos de construcciones permanentes de Roma, y el primer edificio público fue probablemente la Regia, una residencia para los gobernantes, que más adelante sirvió como sede del Senado. Sin duda, una comunidad urbana estaba en pleno desarrollo, y la aparición de edificios religiosos y santuarios sugiere un grado de organización de cultos públicos y actividad religiosa comunitaria. La sociedad romana temprana estaba probablemente dividida en clanes (igual que muchas otras comunidades itálicas), en las que todos los miembros tenían un nombre propio y un nombre de clan. En tiempos de la República, los varones tenían dos nombres: el nombre propio (*praenomen*) y un nombre de familia (*nomen*); los aristócratas a menudo llevaban un tercer nombre (*cognomen*) identificativo como parte de una rama particular de la familia, y a veces incluso un cuarto (*agnomen*), que servía para marcar una característica o logro especial, por ejemplo, (Lucio). Cecilio Metelo Delmatico. Las mujeres normalmente adoptaban la forma femenina del nombre de familia, y así, la hija de Marco Tulio Cicerón era Tulia.

La sociedad temprana debió de estar dominada por pequeños grupos de nobles adinerados que mostraban su superioridad luchando en la guerra y mediante imponentes demostra-

ciones públicas en sus tumbas, en parte influidas por algunos miembros de las sociedades aristocráticas en las colonias griegas del sur de Italia. En torno al 700 a. C. tuvo lugar el desarrollo de la escritura en Italia, con un esquema alfabético tomado de los griegos. El aumento de la alfabetización de la sociedad itálica ayudó a futuros desarrollos al facilitar el registro y el mantenimiento de la información, que pudo entonces usarse para avanzar en la Administración del Estado; el Gobierno podía ahora intentar controlar su población gracias a la organización de un censo y establecer quién estaba disponible para el servicio militar. El acto de poner por escrito el calendario demostró una capacidad potencial de organizar la Administración del Estado y, tal vez, pasar a tener una política centralizada.

Nadie podría haber predicho que la pequeña ciudad-Estado de Roma podría alzarse hasta dominar el mundo mediterráneo. Al principio, compartía la península itálica con otros grupos realmente diferentes, que tenían sus propias tradiciones culturales y sociales. Existían unas cuarenta lenguas o dialectos itálicos antes de que el apogeo de Roma convirtiera el latín (hablado en el Lacio) en la lengua común. En las tierras altas del centro de Italia, vivían pueblos nativos que estaban étnicamente relacionados con los romanos y hablaban varias formas de lenguas itálicas relacionadas con el latín. Los pertinaces oponentes de Roma, los samnitas, vivían en los altos Apeninos, cuidaban granjas, pero también criaban cerdos, rebaños de ovejas y de cabras; ellos y otros habitantes del sur de Italia hablaban osco. Al norte de Roma, los volscos llevaban el mismo estilo de vida. Ambos grupos codiciaban la tierra más fértil de las llanuras de Campania y el Lacio. Otras lenguas que se hablaban eran el véneto (al noreste de Italia), el umbro (en el centro y el este de Italia), y el céltico, que hablaban los galos del valle del Po. En la Italia meridional se habían esta-

blecido muchas comunidades griegas desde el siglo VIII a. C. en adelante; eran independientes, pero solían copiar las instituciones, las tradiciones y el lenguaje de su metrópolis. De hecho las ciudades punteras como Cumae y Neapolis (Nápoles) eran más sofisticadas y tenían una cultura más avanzada que sus vecinos, y conservaban un entorno específicamente griego.

Los etruscos, cuyos orígenes siguen siendo oscuros, hablaban una lengua no indoeuropea y operaban como una federación de ciudades-Estado con un sistema social distintivo en el que el grupo gobernante tenía el dominio absoluto de la masa del pueblo, que en realidad eran siervos. La práctica religiosa de los etruscos era muy peculiar, puesto que usaban sus propios libros sagrados y la adivinación ritual para descubrir las intenciones divinas. Vivían al norte del río Tíber, en la región que ahora es la Toscana, y desde el siglo IX a. C. constituyeron la importante cultura de Villanova de la Edad del Hierro, que se extendía al norte y al sur de los Apeninos por la Península más allá de Roma. Se caracterizaban por la cremación de los muertos (otras culturas de la Edad del Hierro de Italia practicaban la inhumación) y por el entierro de las cenizas dentro de una urna en un pozo profundo, que cubrían con un bloque de piedra. Técnicamente, la civilización etrusca estaba muy avanzada, puesto que contaban con sofisticados sistemas de alcantarillado y riego. Trabajaban el bronce y el hierro, elaboraban cerámica de alta calidad, y también destacaban en arquitectura, escultura y pintura; en estas artes, tomaron mucho prestado de los griegos, con los que interactuaban y tenían buenas relaciones comerciales. Resulta interesante que los trece altares descubiertos en Lavinium (Pratica di Mare), cuya fundación se atribuye a Eneas, muestren un marcada influencia griega, tanto en diseño como en pensamiento religioso. Los etruscos estaban muy bien establecidos ya en el siglo VIII;

en el VI y el V crearon un imperio en el valle del Po y en Campania, en el sur de Italia. La influencia etrusca estaba muy extendida, aunque esto no tiene por qué significar una ocupación o el completo control de Roma. Sería más apropiado hablar de interacción en lugar de dominio cultural o territorial. Probablemente algunos etruscos se asentaron en Roma, pero este proceso fue bidireccional, puesto que los romanos crearon una vibrante comunidad independiente que formó parte de los desarrollos que afectaron a toda el área del Mediterráneo. De hecho, los préstamos romanos son difíciles de rastrear, aunque la herramienta compuesta por barras y un hacha (fasces), el famoso símbolo romano de autoridad magistral, probablemente provenía de Etruria; se ha encontrado un juego en miniatura en una tumba en Vetulonia, una de las ciudades etruscas. Las barras, de un metro y medio de largo y atadas mediante cintas rojas, contenían un hacha de una sola hoja, y los lictores, ayudantes de los magistrados, los llevaban a hombros precediendo a éstos, lo que hacía que su autoridad fuera visible para todos. Finalmente el imperio etrusco se derrumbó por la presión de los galos en el norte, y de los samnitas en Campania; los romanos se hicieron con el poder de la zona central y absorbieron a las élites gobernantes, a las que apoyaron frente a las clases más bajas.

¿Cuáles fueron las instituciones tempranas del Estado romano? Originalmente había tres tribus, que se subdividían en *curiae* (cada una de las cuales, al parecer, se correspondía a una división local en la que los ciudadanos nacían), que eran una parte crucial de la organización política y militar. La historia tradicional es que Roma estaba gobernada por reyes, el séptimo y último de los cuales, Tarquinio el Soberbio, que se comportaba de forma tiránica, fue depuesto tras una rebelión interna. Esta explicación suena a una estratagema histórica tradicional para explicar un cambio de gobierno: tal vez, muchos

y quizás todos los detalles de estos reyes como personajes individuales eran ficticios. Por otro lado, es probable que Roma, al igual que otras comunidades italianas, estuviera de hecho gobernada por reyes. Si el periodo real más o menos abarcó del 625 al 500 a. C., probablemente creó o consolidó instituciones sociales y políticas, y avanzó la adoración religiosa y el papel de los sacerdotes. Si hay algo de cierto en la idea de que algunos reyes eran guerreros agresivos, pudo por tanto haber existido un periodo de conquista sustancial, lo que significa a su vez un intento de organizar un ejército y una ofensiva para establecer y proteger los límites del Estado obligando a otros pueblos a reconocerlos. Quizás originalmente sirvieron como un órgano consultivo informal elegido por los reyes.

Según la historia convencional Servio Tulio fue el sexto rey (las fechas que se suelen dar son del 578 al 535 a. C.). Si existió o no con ese nombre no importa, aunque es posible que Tulio se identificara con el héroe etrusco Mastarna, o Macstrna (como el emperador Claudio, *c.* 41-54 d. C., lo menciona en un discurso al Senado), que también aparece en las famosas pinturas murales de una tumba del siglo IV a. C. en Vulci, que ilustraban escenas mitológicas y sucesos de una historia etrusca. En cualquier caso, Servio Tulio tuvo un impacto significativo, y se le adjudicaba el mérito de haber llevado a cabo importantes reformas. Se le atribuye la organización del pueblo romano según un sistema tribal nuevo y dirigió el primer censo que dividía a los ciudadanos en unidades llamadas «centurias», según la riqueza y la propiedad. Se desconoce el número exacto de tribus, pero había 21 en el año 495 y el aumento hasta 35 fue gradual (esta cifra permaneció igual hasta el periodo imperial). La consecuencia crucial de estos hechos fue un cambio en la forma del poder político desde el nacimiento a la riqueza, y en lo que significaba ser un ciudadano romano; esto redefinió la relación entre el individuo y lo que debía a la comunidad. Sin duda, uno de los objetivos era establecer claramente las obligaciones militares de los ciudadanos identificando cuántos eran físicamente capaces de llevar armas y qué tipo de equipo podían permitirse. Es posible que la reforma estuviera conectada con la adopción por parte de Roma del método griego de combate de la falange. Sin embargo, probablemente había tenido lugar un tiempo antes, aunque es plausible que, puesto que la falange requería un número importante de soldados que operaran como una sólida unidad que permaneciera codo con codo, cuantos más hombres disponibles, mejor, y la uniformidad en la armadura y las armas

serían de gran valor.

Otro punto de vista es que el cambio fue significativo, puesto que supuso una nueva manera de organizar el ejército, de manera que cada unidad (centuria) era una muestra representativa de todo el cuerpo de ciudadanos y de todas las nuevas tribus locales. De este modo, se eliminaría cualquier lealtad regional previa u obediencia a los jefes de clanes aristocráticos, lo que aumentaría el poder central, al margen de la forma que adoptara. En consecuencia, la reforma de Servio Tulio probablemente también tenía un propósito político; los ciudadanos varones llamados a las armas, y ya divididos en unidades, se reunían en una asamblea (*comitia centuriata*), que podría votar contra los intereses de la pequeña camarilla aristocrática que esperaba poder controlar las cosas y quizás también elegir al líder que les había dado la oportunidad de hacer públicos sus sentimientos. Es cierto que el sistema que nuestras fuentes atribuyen a Servio Tulio resultaba exageradamente complicado para controlar a los grupos adinerados y es poco probable que pudiera llevarse a la práctica en una edad temprana. Tal vez, a finales del siglo V a. C., se modificó esta primera composición del censo de acuerdo con la situación social, militar y política que prevalecía.

Tal y como se indicó más arriba, del séptimo y último rey de Roma, Tarquinio el Soberbio, se dice que era agresivo y que reforzó la relación de Roma con los latinos, y que su crueldad llegó a causar una rebelión. Es difícil explicar exactamente qué ocurrió en la transición de la monarquía a la República en la fecha tradicional del 509 a. C. Posiblemente los aristócratas vieran a Tarquinio como un usurpador y un tirano, que alteraba el orden o usaba el apoyo popular contra los intereses de las clases altas. Las pruebas arqueológicas de incendios y destrucción en Roma sugieren que hubo una revolución violenta, y la historia semimítica de una intervención

de Lars Porsenna, rey de Clusio, añade otra dimensión. Si es cierto que impuso un tratado de paz humillante en Roma, es posible que Lars expulsara a Tarquinio antes de declarar una guerra contra los latinos. No obstante, la derrota de Lars en Aricia en 504 socavó su influencia y, tras el derrocamiento de Tarquinio, un grupo de familias aristócratas se unieron para expulsar a Lars y fundaron una República con dos magistrados principales (los cónsules), con la esperanza de que pudieran controlar el Estado según sus intereses, aunque hicieran concesiones al pueblo y al ejército, que conformaban la *comitia centuriata*. El Senado siguió siendo un órgano consultor de los magistrados jefe.

Las divisiones políticas emergieron según se desarrollaba la joven República, sobre todo entre patricios y plebeyos, una división que a menudo se ha descrito como el «Conflicto de los Órdenes». Más adelante, los romanos pensaron que esta división se remontaba a tiempos tempranos, pero es más probable que fuera el resultado gradual de nuevas luchas políticas. En la República tardía, la clase patricia se delimitaba dentro de la nobleza por el vestido y la capacidad para ejercer ciertos oficios; el estatus era hereditario, y sólo podían heredarlo los hijos legítimos de los padres patricios. En el siglo VII a. C., los patricios habrían sido ricos terratenientes que, bajo el dominio de los reyes, habían adquirido gradualmente ciertos privilegios políticos y religiosos que los hacía destacar socialmente. Más tarde, ostentaron una gran proporción de oficios importantes y se dispusieron a excluir a los no patricios del consulado y de la integración social. Una ley del código legal romano más antiguo, las Doce Tablas, prohibía el matrimonio desigual con no patricios.

Durante este periodo los plebeyos emergieron como un grupo distinto, posiblemente como una manera de protegerse contra los aparentemente dominantes patricios. La mayoría

de plebeyos, aunque no todos, provendrían de los miembros de la sociedad más pobres y desfavorecidos, que tal vez sirvieran como tropas de armamento ligero. Los ciudadanos en mejor situación servían en la infantería pesada, y los más ricos, en la caballería. Bajo la presión de la deuda y del tratamiento abusivo de los miembros de las clases superiores, los plebeyos aparentemente iniciaron una especie de huelga el año 494 a. C., y se retiraron al exterior de la ciudad, al Monte Sacro. Debieron de tener líderes competentes de cierta riqueza y educación, puesto que, al menos a mediados del siglo V, habían conseguido establecer su propia organización, que contaba con una asamblea que estaba formada por entero por plebeyos (*concilium plebis*) y oficiales, que eran dos tribunos y dos ediles. En 449 había diez tribunos de la plebe y se les concedió el estatus de sagrados, de manera que a cualquier persona que atentara contra ellos le esperaba la venganza divina; su función consistía en defender la clase y la propiedad de los plebeyos. Éstos fueron asumiendo cada vez más responsabilidades de su propia organización y protección; aunque las decisiones del *concilium plebis* eran en cierto sentido unilaterales, estaban respaldadas por juramentos solemnes, los tribunos de la plebe y la amenaza de otra secesión. Sin embargo, en los primeros tiempos de la República, los plebeyos se enfrentaron a serios problemas; dado que frecuentemente cultivaban pequeños terrenos, a menudo sólo de dos acres, no podían mantener a una familia, y por tanto deseaban usar la tierra común (*ager publicus*) conseguida en guerras por el Estado. Por desgracia, los ciudadanos ricos usaron su influencia para ocupar parte de esa tierra y usarla para sus propios objetivos, lo que hacía la vida particularmente difícil para los pobres. Resultaba fácil ver cómo podían endeudarse, no conseguir pagar un préstamo (ya fuera para maíz o herramientas para cultivar la tierra), de modo que acababan bajo la dura ley del *nexum*, es

decir, la esclavitud por deudas. La agitación popular exigía que las tierras públicas se distribuyeran en parcelas que pudieran ser propiedad privada.

Con este telón de fondo, se produjeron serios disturbios políticos entre los años 451-449 a. C., provocados en parte porque los plebeyos exigían que las leyes de Roma se establecieran claramente y se publicaran. En primer lugar, se eligió a diez hombres (*decemviri*), que sustituyeron a los demás magistrados, para tomar las riendas del Estado y hacer un borrador de las leyes. Después se designó a un segundo grupo de diez, aunque acabó instaurándose una tiranía y estos últimos diez hombres se negaron a dejar el poder. El archivillano era Apio Claudio, que es tristemente célebre por intentar violar a la virtuosa Verginia, cuyo padre prefirió asesinarla antes que permitirle vivir con la deshonra:

> «Apio, loco de amor, trató de seducir a aquella joven, núbil ya y de notable belleza, con regalos y con promesas; cuando vio que a todo ponía obstáculos el pudor, recurrió a una violencia cruel y despótica» (Livio 3.44.4).

Esto provocó otra secesión de los plebeyos, que en esta ocasión se retiraron al monte Aventino, y acabó con el derrocamiento de los tiranos. No está claro cuánta verdad existe en esta inspiradora historia, pero después de toda esta agitación los cónsules de 449, L. Valerio Potito y M. Horacio Barbato, plantearon nuevas propuestas que probablemente reconocían las instituciones plebeyas, en concreto, los tribunos y los ediles, y la validez legal de los plebiscitos (las decisiones del *concilium plebis*); a los ciudadanos también pudieron concederles el derecho de apelar (contra las acciones de los magistrados).

La otra gran consecuencia del interludio del decenvirato fue la creación de las Doce Tablas, que son enormemente significativas aunque el texto original no se haya conservado hasta nuestros días. Las Tablas son una serie de instrucciones limitadas y prohibiciones que ayudaban a ilustrar la práctica

legal en la sociedad de la Roma arcaica. El texto publicado ahora es una reconstrucción moderna, pero, a pesar de las dificultades de interpretación, el lenguaje arcaico original y el formato sugieren una tradición realmente antigua. Estos son algunos ejemplos propuestos como soluciones a disputas:

> «Si alguien es convocado a una vista previa, el acusado debe ir; si no lo hace, el demandante deberá llamar a un testigo; entonces, debe tomarle declaración. Si la demanda que ha planteado es falsa, el magistrado deberá señalar a tres árbitros del caso; mediante su arbitraje al acusado se le impondrá una pena doble. Si ha mutilado un miembro, a menos que se pongan de acuerdo, habrá una represalia». (Crawford, 1996, vol. 2, n.º 40, 579 y ss.).

Según lo que se ha podido recuperar, las principales áreas de interés de las Tablas eran el matrimonio, la herencia, la propiedad y el traspaso de esta, los asaltos, la deuda y la esclavitud por deuda, y procedimientos legales. Estos dos últimos debieron de ser una preocupación para la gente normal; la existencia de un procedimiento legal reconocido podría impedir acciones arbitrarias en las que los ricos y poderosos normalmente acabarían ganando. Los asuntos como el matrimonio y la propiedad (el sentido de la propiedad privada en las primeras leyes romanas es muy importante) eran las principales preocupaciones de los aristócratas. En la familia romana, la posición del *paterfamilias*, es decir, el varón de mayor edad de la familia, era de crucial importancia. Tenía que ser un ciudadano romano y no estar bajo el dominio de nadie más. Ostentaba un control completo sobre la familia mientras viviera y era el señor de la casa. Su poder, teóricamente de vida o muerte, sólo estaba limitado por su propia discreción, la costumbre y la presión social de sus colegas. Él era el dueño de todas las propiedades de la familia, de manera que sus hijos no tenían ninguna posesión o riqueza independiente. Cuando un hombre se casaba, asumía la autoridad sobre su mujer (matrimonio *in manus*). Los matrimonios sin *manus* también estaban reconocidos (y en ese caso, la mujer seguía bajo el do-

minio de su propio padre) y se convirtieron en la norma en tiempos de la República tardía, tal vez para proteger los patrimonios de los aristócratas individuales.

Las Doce Tablas también señalaban varias distinciones sociales, como la de patrón-cliente, y mencionaban una división del cuerpo de ciudadanos en *assidui* (terratenientes, que tenían la obligación de servir en el ejército y que podían comprarse una armadura) y los *proletarii* (los ciudadanos más pobres, sin tierras, que no tenían armadura y a los que no se les solía requerir que sirvieran como soldados), que deben de remontarse a las disposiciones censales introducidas por Servio Tulio. Las Doce Tablas no hacen mención de otras cuestiones como la esclavitud; pero las leyes no estaban pensadas para ser comprensivas y, aunque la esclavitud se menciona casualmente y, por tanto, demuestra la presencia de la institución, la posición de los esclavos era bien conocida por todos en la Roma arcaica, así que no había necesidad de establecer los derechos de los dueños con detalle.

En algún momento, probablemente antes del 447 a. C., se instituyó otra asamblea (*comitia populi tributa*), que incluía a todo el pueblo, patricios y plebeyos (*populus*); funcionaba como el *concilium plebis*, elegía a los magistrados *junior* y aprobaba leyes. Sin embargo, más allá de las cuestiones políticas, básicamente implicaba la emancipación de la plebe. El contexto era de una continua excitación sobre la deuda y los derechos políticos de los plebeyos, que seguían oprimidos por los grandes terratenientes que desplegaban su control sobre la tierra pública. A muchos plebeyos les resultaba imposible alzarse por encima del nivel de la agricultura de subsistencia. Concesiones de tierra a personas individuales aliviarían esta situación, y en el año 367 se tomó otra medida legislativa que establecía restricciones en la ocupación de la tierra pública. Mientras tanto, más campesinos que se habían visto reducidos

a esclavos por deudas tenían que trabajar los campos de los ricos. Se introdujo una serie de medidas para aliviar la deuda y evitar los cargos de intereses, y la *Lex Poetelia* de 326 abolió la esclavitud por deuda. Los plebeyos ahora disfrutaban con mayor libertad los beneficios del éxito de Roma gracias a asignaciones de tierra y a las oportunidades que la colonización brindaba en territorios recién conquistados. Las victorias militares aportaban más esclavos que podían desplegarse por la tierra, creando así la oportunidad de que los ciudadanos romanos pudieran prestar más servicios militares.

Inevitablemente, la riqueza y los líderes con experiencia de los plebeyos querían bastante más, concretamente el derecho a ostentar el consulado y a participar plenamente en el liderazgo político del Estado romano. Tras la presión que ejercieron estos sucesos, aparecieron en algunos años, desde el 445 al 367 a. C., los misteriosos tribunos militares con poder consular (cuyo número variaba de tres a seis), y sustituyeron a los cónsules normales; los plebeyos ostentaron este cargo, aunque irregularmente, y sigue siendo un misterio por qué se estableció. Cambios más dramáticos siguieron a la admisión de los primeros plebeyos en el consulado; entonces se creó la pretura (la segunda magistratura después del cónsul) y también los *curule aediles* (cargos originalmente restringidos a los patricios, que más tarde se abrieron a los plebeyos). En el año 342 a. C., una plaza de cónsul tenía que ser ocupada por un plebeyo. En el 300, la *Lex Ogulnia* estipulaba la admisión de plebeyos en los dos mayores colegios sacerdotales. El Estado se movía gradualmente hacia una oligarquía matizada por una contribución popular, y la competición entre las figuras destacadas en un grupo gobernado por patricios y plebeyos dependía de la distinción adquirida mediante el trabajo realizado y su origen, lo que implicaba tener ascendentes que hubieran ostentado el oficio. Una vez en el cargo, un hombre podía conseguir

influencia mediante sus logros (particularmente militares), y un número limitado de tales hombres podían dirigir la política pública. Sin embargo, no dejaban de competir los unos con los otros por la supremacía política en la élite; pero el grupo gobernante de Roma era a la vez flexible e innovador, y la nobleza formada por patricios y plebeyos demostró su derecho al liderazgo llevando adelante con éxito la conquista de Italia. Esto aportó tierra y botines, parte de los cuales se distribuyeron entre las personas más pobres, que pudieron asentarse en nuevas colonias. Este proceso beneficioso para todos podría haber hecho que la masa de población estuviera más receptiva a aceptar la dominación del gobierno de la élite.

Conforme Roma conseguía más éxitos militares, se produjeron otros avances políticos significativos que aumentaron el poder y el estatus del Senado. La *Lex Ovinia* (entre 339 y 318 a. C.) permitía a los censores alistar a senadores según ciertas reglas. Entonces, eran senadores de por vida y, así, no estaban sujetos a la presión popular o a la coacción de los magistrados. De ese modo, el poder de las asambleas y los magistrados en la vida política acabó subordinado al Senado. La práctica de ocupar el consulado repetidamente fue sustituida por la idea de que un hombre sólo podía esperar hacerlo una vez en la vida. Por tanto, los honores estaban repartidos más homogéneamente y ya no existía la amenaza de que individuos poderosos con apoyo popular fueran elegidos repetidamente. En este contexto, el Senado llegó finalmente a controlar aspectos importantes del gobierno como las finanzas, la política exterior y los tratados. El concepto romano de libertad política (*libertas*) incluía la idea de luchar por igual por los honores políticos y disfrutar de los beneficios del éxito sentándose en el Senado. En torno al 287 se aprobó la *Lex Hortensia*, aparentemente como resultado de otra secesión de los plebeyos debido a la deuda. La ley eliminaba restricciones en la legisla-

ción del *concilium plebis*, y ahora sus decretos eran legalmente vinculantes para todo el pueblo. Esto, efectivamente, significaba el final del Conflicto de los Órdenes, aunque la asamblea no tenía en absoluto carta blanca (véase el capítulo 3).

El desarrollo político de Roma tuvo lugar con un trasfondo de contactos externos, que eran cada vez más agresivos conforme empezó a aseverar su poder. El historiador griego Polibio describe un tratado extraordinario con la ciudad de Cartago, en el norte de África, que fecha en el año 507 en su cronología (aunque tradicionalmente se sitúa en el 509) y que, según Polibio, estaba escrito en una lengua arcaica que ni siquiera los expertos romanos posteriores podían interpretar completamente. La mayoría de los estudiosos aceptan ahora el tratado y su fecha, y es cierto que los cartagineses mantenían actividades comerciales intensas por toda la costa italiana, tal y como recientemente se pudo confirmar gracias al descubrimiento de inscripciones bilingües en etrusco y fenicio en Pirgi (un puerto en el territorio de Caere). Según el tratado de 509, los romanos y los cartagineses aceptaron ser amigos y no actuar contra los intereses comerciales de los otros. En otra cláusula puede leerse:

> «Que los cartagineses no cometan injusticias contra el pueblo de los ardeatinos, ni contra el de Antio, ni contra el de Laurento, ni contra el de Circes, ni contra el de Terracina, ni contra ningún otro pueblo latino sujeto a los romanos. Que los cartaginenses no ataquen a las ciudades que no les estén sometidas, y si las conquistan, que las entreguen intactas a los romanos. Que no levanten ninguna fortificación en el Lacio. Si penetran hostilmente, que no lleguen a pernoctar allí» (3.22).

Esto demuestra que, bajo el poder de los reyes, se había establecido algún tipo de hegemonía romana sobre los pueblos latinos con los que tenían en común ciertos festivales religiosos, así como varias tradiciones sociales y legales, especialmente aquellas relacionadas con el matrimonio y la propiedad. Sin embargo, después de la batalla de Aricia (*c.* 504 a. C.), hubo una revuelta y los latinos rompieron relaciones con Roma y, a continuación, los romanos iniciaron una larga lucha por recuperar el control. Los latinos respondieron aso-

ciándose en una especie de liga para oponerse a Roma con un oficial jefe llamado el «Dictator». En 499 o 496 a. C. los romanos consiguieron una famosa victoria en el lago Regilo (probablemente justo al norte de la moderna ciudad de Frascati), y en 493 se firmó el tratado de Espurio Casio, que establecía la paz y una alianza defensiva militar según la cual los romanos y los latinos aceptaban compartir los botines de guerra a partes iguales. Parece ser que el comandante de operaciones conjuntas normalmente era romano. Los hérnicos (un pueblo itálico del valle del río Sacco) se unieron a esta alianza en el año 486. Las operaciones militares solían quedar marcadas por la fundación de colonias, que eran, de hecho, estados soberanos independientes con sus propios ciudadanos y territorio. Estas colonias latinas estaban situadas en tierra conquistada y la influencia romana era fuerte, puesto que normalmente más del 50 por 100 de los colonos eran romanos. Éstos también desempeñaban un papel defensivo, ya que protegían el Lacio de posibles invasiones, que eran amenazas reales y continuas, debido a los importantes movimientos de pueblos en el siglo V por toda la península itálica, que condujeron, por ejemplo, a la invasión del Lacio por parte de las tribus de las colinas, concretamente la de los volscos. Roma también se enfrentaba a las amenazas de los sabinos y de los ecuos, situados al norte y al este de la ciudad.

Escritores posteriores cuentan historias fascinantes, como la del ataque de los volscos a Roma entre los años 490-488 a. C., dirigido por Coriolano, un romano exiliado, cuya retirada se debió sólo a las súplicas de su mujer y de su madre. Probablemente, esto refleje una tradición de miedo y de invasiones extranjeras. La espléndida historia de L. Quincio Cincinato nos cuenta cómo en el año 458 a. C. tuvo que dejar de arar sus campos para asumir la posición de dictador, un magistrado de urgencia elegido con la aprobación del Senado para ges-

tionar una crisis particular (a menudo militar) y que ocuparía el cargo no más de seis mes. Tras reunir un ejército, Cincinato lo condujo a rescatar a otra fuerza cercada por los ecuos en el monte Álgido, y después de su victoria y triunfo renunció a su dictadura y volvió tranquilamente a su granja, todo eso en el plazo de quince días. Esta historia, desde luego, nos muestra cómo los romanos querían que se recordara su historia temprana, es decir, pretendían plasmar en ella sacrificios nobles y desinteresados, valor y una tranquila determinación; no obstante, en realidad, probablemente preserva un recuerdo de continuas y difíciles luchas, así como intensas batallas contra invasores agresivos. Sin embargo, en el año 431 la situación había mejorado tras un notable éxito romano militar, de nuevo en el monte Álgido. Livio describe la brutal batalla en la que los comandantes romanos lucharon y derramaron sangre:

> «Únicamente Postumio, alcanzado por una piedra, con la cabeza rota, se retiró del frente; ni al dictador una herida en el hombro, ni a Fabio un muslo casi clavado al caballo, ni al cónsul la pérdida de un brazo los apartó de tan decisivo combate» (Livio 4.28-9).

De hecho, buena parte del siglo V d. C. fue un tiempo duro para Roma, en los que la ambición por expandirse tuvo que relegarse a un segundo lugar para repeler las incursiones irregulares de los pueblos de las montañas. Había campañas militares anuales, generalmente de primavera a otoño, que, aparte de espectaculares encuentros ocasionales, normalmente acababan en ataques inconexos, motivados por la ley del ojo por ojo, durante los cuales ambos bandos buscaban riquezas y venganza. Mientras Roma capeaba esta tormenta, el foco de atención se trasladó a la ciudad etrusca de Veyes, a unos quince kilómetros al norte de la ciudad. El carácter de este conflicto era diferente, puesto que Veyes era una ciudad-Estado como Roma y tenía un territorio amplio y fértil. La primera guerra empezó en el año 483 a. C. por el control de las rutas

de comunicación del valle del Tíber hacia el interior y también por el acceso a la desembocadura del Tíber, vitales para ambas comunidades. Fidenas, situada en una travesía del Tíber, era crucial y cambió de manos varias veces. Entre el 406 y el 396, la tercera y última guerra se centró en Veyes, que sufrió un cerco de diez años, y que acabó con la caída de la ciudad bajo el mando del dictador M. Furio Camilo. Los datos registrados de la guerra son sospechosos, pero el resultado es evidente, puesto que Veyes dejó de ser independiente y sus tierras pasaron a estar bajo poder romano.

Esta vigorosa transformación del Estado romano se interrumpió en el año 390 a. C., cuando una banda de celtas del valle del Po saqueó Roma tras derrotar a sus tropas en el río Alia. El rey celta Breno obligó a los romanos a pagar un rescate en oro, y según la leyenda tradicional, cuando los romanos discutieron por el peso del oro, él blandió su espada sobre la balanza gritando «¡Ay de los vencidos!» (*vae victis*). En términos políticos y militares, el impacto del saqueo de Roma pudo ser limitado y, de todas formas, las operaciones romanas contra los volscos se reanudaron a continuación, así como la fundación de más colonias.

A principios del siglo IV, el territorio romano abarcaba más o menos 1582 kilómetros cuadrados y el estatus de la ciudad se confirmó mediante la construcción de un nuevo muro con enormes bloques de piedras de sillería extraídas del territorio de la derrotada Veyes. Tanto en territorio como en área urbana, ahora Roma estaba dejando atrás a otras comunidades itálicas, y entre los años 361 y 354 su expansión incesante provocó conflictos de la ciudad con comunidades latinas que habían pactado alianzas con los volscos. Este patrón de contiendas viene indicado en parte por la celebración de los triunfos de los comandantes romanos que desfilaban por Roma con sus soldados, así como con sus prisioneros y su botín, para desta-

car las campañas de éxito. Los nombres de quienes se ganaban este honor supremo se grababan en una inscripción pública. Del año 361 al 354 encontramos:

361 C. Sulpicio, hijo de Marco, nieto de Quinto, Petico, cónsul por segunda vez, consiguió el triunfo sobre los hérnicos, en… marzo.

360 C. Petelio, hijo de Gayo, nieto de Quinto, Libo Visolo, cónsul, triunfó sobre los galos y los tiburtinos, el 29 de julio.

360 M. Fabio, hijo de Numerio, nieto de Marco, Ambusto, cónsul, consiguió una victoria sobre los hérnicos, el 5 de septiembre.

358 C. Sulpicio, hijo de Marco, nieto de Quinto, Petico, dos veces cónsul, *dictator*, triunfó sobre los galos, el 7 de mayo.

358 C. Plaucio, hijo de Publio, nieto de Publio, Próculo, cónsul, triunfó sobre los hérnicos, el 15 de mayo.

357 C. Marcio, hijo de Lucio, nieto de Gayo, Rutilo, cónsul, triunfó sobre el pueblo de Priverno, el 1 de junio.

356 C. Marcio, hijo de Lucio, nieto de Gayo, Rutilo, *dictator*, triunfó sobre los toscanos, el 6 de mayo.

354 M. Fabio, hijo de Numerio, nieto de Marco, Ambusto, dos veces cónsul, cónsul por tercera vez, triunfó sobre los tiburcios, el 5 de junio. (Degrassi, 1954, 94).

Estos registros demuestran un enorme orgullo por los logros militares y el honor, por una cuidadosa propagación de los nombres de familia, y un patrón de extensas contiendas de Roma contra, entre otros, Priverno, Tibur y los hérnicos, algunos de los cuales se habían aliado con los galos para atacar Roma. Estas campañas seguían concentrándose en torno al Lacio, pero desde luego Roma miraba más allá, y entre los signos externos de su aumento de poder se encuentran los tratados con los samnitas en el centro y sur de Italia (354) y otro tratado con los cartagineses (348).

De hecho, los samnitas fueron el siguiente objetivo de las contiendas romanas; vivían en cuatro grupos tribales repartidos en pequeñas tribus y conformaban una sociedad que combinaba la agricultura, el pastoreo y los tradicionales saqueos. En el sur de Italia, interactuaban con los habitantes de la Campania y las ciudades griegas asentadas allí desde hacía

tiempo. Sin embargo, cuando atacaron Capua, sus habitantes apelaron a los romanos, que respondieron favorablemente a pesar del acuerdo previo con los samnitas y libraron una exitosa campaña en la primera guerra samnita (343-341 a. C.). Una vez se instauró la paz, algunos habitantes de Campania descontentos se unieron al bando de los latinos en una revuelta contra Roma, pero en el año 338 Roma declaró su absoluta victoria, y trató apaciblemente con las comunidades derrotadas de forma individual mediante una serie de acuerdos formales que establecían tanto las obligaciones como los derechos de su relación con Roma.

Todas estas contiendas formaron parte del largo y extremadamente importante proceso mediante el cual los romanos convirtieron sus conquistas en un imperio estable. De este modo, la Liga Latina se rompió y cada comunidad individual se incorporó al Estado romano como un *municipium* con autogobierno y ciudadanía romana; en algunos casos, ciudadanos destacados fueron desterrados y su tierra fue distribuida a colonos romanos; a otras comunidades se les concedió el estatus de *civitas sine suffragio* (una comunidad cuyos habitantes tenían las obligaciones de la ciudadanía, pero que no tenían derechos políticos; concretamente, no podían votar en las elecciones ni ostentar cargo alguno en Roma). El mayor grupo lo configuraban aquellos pueblos derrotados que, convertidos en aliados de Roma, eran obligados a reclutar tropas para la ciudad. La fórmula, que podemos reconstruir a partir de una ley posterior, decía:

> «[Todo] ciudadano romano, aliado o miembro del nombre latino [está acostumbrado a exigir tropas de la tierra de Italia], según la lista de aquellos que llevan la toga…» (Crawford, 1996, vol. 1, n.º 2, líneas 21 y 50).

Mapa 1. Italia central y meridional *c.* 350 a.C. (según *CAH* VII.2, 1989, p. 352).

Estas disposiciones fueron cruciales porque aumentaron la fuerza de trabajo romana sin alterar el sistema político y se convirtieron en la base de la expansión romana y del levantamiento del imperio. Los romanos también retomaron el uso de la colonia latina, que llevaba ese nombre sólo debido a su específica relación con Roma, y que ahora podía situarse en cualquier sitio, es decir, fuera del territorio directamente controlado por, o accesible desde, Roma. Cada colonia (cuyo establecimiento a menudo se debía a propósitos estratégicos) sería un reflejo del Estado romano y de las prácticas romanas, y proporcionaría el marco para mantener todas las áreas de Italia bajo control romano. La primera se fundó en Cales, en el valle del río Liris, en Campania, el año 334 a. C. En el 328, la fundación de Fregelas, también en el valle del Liris, llevó a otra guerra con los samnitas, que la consideraban parte de su feudo. La cosas no fueron exactamente como Roma esperaba, y en el 321 a. C. un ejército romano sufrió la humillación de una derrota en las Horcas Caudinas; una señal de la presión militar fue el aumento en 311 del ejército de dos a cuatro legiones. En el año 304 se logró la paz con los samnitas, aunque esto dejó a Roma con el control y en una estratégica posición dominante.

Sin embargo, Roma tuvo que volcar inmediatamente su atención en el valle del Tíber, después de un ataque a la colonia de Sutrium por parte de los etruscos. Los romanos avanzaron hacia la Italia central y se fundaron más colonias. Los ecuos pueden servir como ejemplo del destino de un pueblo que se resistió; las demás comunidades aprendieron la lección, tal y como Livio describió sucintamente:

> «…después, conocidos los planes del enemigo por medio de exploradores, haciendo evolucionar la acción bélica de una en otra ciudad, en cincuenta días tomaron treinta y una plazas, todas al asalto; en su mayor parte fueron incendiadas y destruidas y el pueblo de los ecuos fue destruido casi hasta el exterminio. Se celebró el triunfo sobre los ecuos y su desastre sirvió de ejemplo hasta el

punto de que los marrucinos, los marsos, los pelignos y los frentanos enviaron a Roma embajadores a pedir paz y amistad» (9.45.17-18).

El avance romano en Italia parecía inexorable y la subyugación de las comunidades una a una envió con seguridad señales de aviso. En torno al año 300 a. C., las comunidades cuya libertad se veía amenazada por la invasión romana finalmente unieron fuerzas, y Roma tuvo que luchar contra Etruria, Umbría y Samnium. En el año 295, en Sentinum los romanos concentraron un ejército de cuatro legiones y tropas aliadas contra una fuerza unida de galos y samnitas. Esta fue, sin duda, la mayor batalla en Italia hasta la fecha y se estima que pudieron perecer 25 000 enemigos de Roma durante las encarnizadas batallas. Después de esta victoria, Roma siguió adelante con entusiasmo y aplastó a los samnitas en Aquilonia el año 293. Ahora no cabía ya esperanza de que las comunidades italianas pudieran preservar ninguna independencia, y se produjeron más avances romanos hacia el Adriático y en Samnium, aunque los detalles son difíciles de recuperar. A la fundación de Hadria (290-286), en la costa adriática, le siguió la toma de control de Picenum en el años 260 y siguientes. Tras la batalla de Sentinum en el 295, no se libraron más grandes guerras en Italia hasta la guerra social, o mársica, en los años noventa y posteriores, excepto las libradas contra los invasores extranjeros, Pirro, rey de Epiro en Grecia, y el cartaginés Aníbal.

En torno al año 280 a. C. las ciudades griegas del sur de Italia comprendieron quién tenía la posición dominante y se pusieron bajo la protección de Roma. No ocurrió lo mismo con Tarento, la más influyente de estas ciudades y, después de algunos incidentes violentos en los que se vio envuelta una flotilla romana, Roma envió una embajada, que provocó una notoria confrontación en la Asamblea de Tarento:

Mapa 2. Tribus y colonias romanas. Italia, mediados del siglo III a.C. (según Cornell, *The Beginnings of Rome*, 1995, p. 382)

«Los tarentinos hicieron pasar con muchas reticencias a los embajadores a su consejo, y cuando estuvieron dentro, se burlaban de ellos cada vez que cometían algún fallo al expresarse en lengua griega; también se mofaron de sus túnicas y de las bandas de color púrpura. Pero un cierto Filónides, hombres burlón y amigo de las bromas, acercándose a Postumio, el jefe de la embajada, se agachó, y tirándose de la toga, ultrajó al embajador» (Apiano, «La historia samnita», *Historia Romana* 7.2, Introducción, traducción y notas de Antonio Sancho Royo, Gredos, Madrid, 1995).

Esta historia ilustra vívidamente algunas características de la época, sobre todo la confianza romana y su capacidad de trabajar fuera del contexto itálico y de hablar griego (aunque fuera mal) en una reunión pública, y también la esencia de la política griega en la que el concepto de libertad no había muerto todavía. Los romanos intentaron conseguir el apoyo entre la clase dirigente, pero enfrentarse a una asamblea popular era un asunto diferente. En un gesto de desafío, Postumio prometió lavar su toga en sangre tarentina. Cuando la guerra estalló, Tarento llamó a Pirro, rey de Epiro, un entusiasta aunque errático líder militar. Consiguió dos victorias a un precio muy alto contra la perseverante resistencia romana, y al parecer dijo: «Otra victoria como esta acabará con nosotros», y entonces fue derrotado en Beneventum el año 275 a. C. A continuación, llegó la caída de Tarento, el año 272, y con la derrota de Samnium y Lucania, que también se habían rebelado, Roma consiguió por fin el control de toda Italia hasta el valle del Po.

Todo esto significa que en un periodo de unos setenta años, a partir del 338 a. C., los romanos consiguieron llevar a cabo una impresionante transformación de Italia y asumieron un control que ya no podría ponerse en cuestión. Desde luego, tenían una fuerte tradición militar, e incorporaron en cierta medida en las costumbres nacionales el triunfo, el derecho del comandante de extender la frontera oficial de la ciudad (*pomerium*) si había anexionado un nuevo territorio, y la

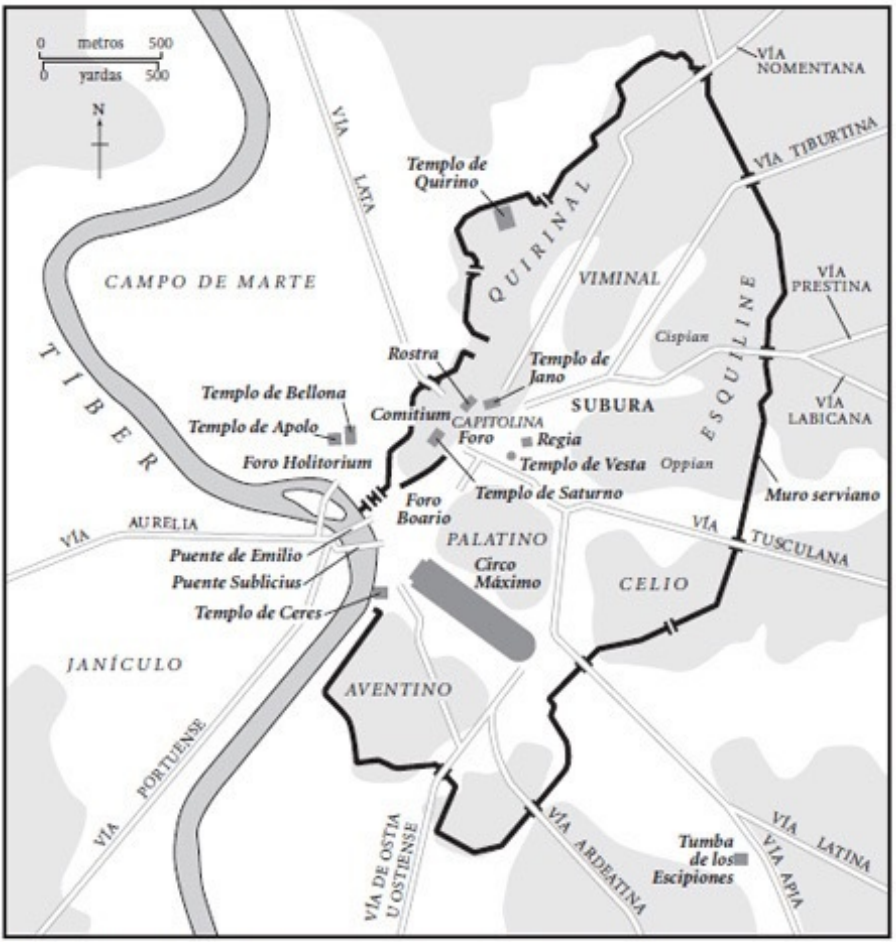
oración oficial cuando se acababa el plazo del censor en su cargo para que el Estado romano tuviera mayor riqueza y terrenos. Sin embargo, este comportamiento bélico, que de todos modos compartían otros muchos pueblos itálicos, no puede explicar por sí solo el rápido éxito de Roma en Italia. No existía ningún plan coherente de agresión imperialista; inicialmente los romanos competían con otros pueblos en los saqueos, pero demostraron ser más persistentes, resistentes e innovadores. Significativamente, como consecuencia del asentamiento del 338, los romanos desarrollaron una manera constructiva y flexible para tratar con las comunidades derrotadas, que, mediante la combinación de rudeza y generosidad, los convirtieron en aliados gracias a relaciones cuidadosamente equilibradas, con beneficios entre los que se podía incluir la ciudadanía romana, lo cual supone otra muestra de lo innovadora que era la forma de liderar romana, puesto que de este modo añadió nuevos miembros al cuerpo de ciudadanos.

En el año 260 y siguientes, Roma pudo llegar a establecer hasta 150 acuerdos, una cifra increíble que plantea preguntas interesantes, sin respuesta, sobre quién fue el artífice de los acuerdos y cómo se mantenían los registros. El aspecto vital de estos acuerdos era que los aliados de Roma tenían que proporcionar soldados para operaciones militares conjuntas; los aliados servían junto a las tropas romanas, y a veces llegaban a constituir más de la mitad del ejército, de manera que Roma llegó a tener una gran reserva de fuerza humana con la que poder soportar grandes batallas que conllevaran enormes pérdidas y, aun así, proseguir con la campaña. En los primeros años, podía argumentarse que reclutar soldados extra era necesario para la protección, pero después ese motivo perdió validez y Roma tuvo que dar a todos esos soldados algo que hacer. Así, el ímpetu por la guerra no cesó, porque para que los romanos pudieran beneficiarse de los acuerdos diplomáti-

cos tenían que seguir luchando.

Los aliados también solían permanecer leales, en parte porque Roma solía contar con el apoyo de las clases adineradas que debían dominar el gobierno y esperaban que Roma apoyara su posición. También aquellos italianos que servían en el ejército y sobrevivían solían recibir una parte del botín de las victorias y probablemente también debieron de tener acceso a la distribución de la tierra conquistada. Por tanto, el interés por seguir haciendo la guerra y formar parte de esas victorias era mutuo. Para muchas comunidades itálicas, la presencia romana no era particularmente intrusiva y las diversas condiciones de las alianzas ofrecían una especie de posibilidad de ascenso que, quizás, animaba a la gente a aspirar a mejorar su suerte; por ejemplo, la *civitas sine suffragio* podía verse como una especie de estadio intermedio en el camino hasta la completa ciudadanía romana.

Por tanto, no resulta en absoluto sorprendente que muchas comunidades en Italia cada vez se identificaran más con las prácticas y costumbres romanas. Las colonias hasta cierto punto eran una réplica de la ciudad de Roma, incluso en sus edificios; por ejemplo, en Cosa (fundada en 273 a. C.), en la costa de Etruria, el Senado estaba unido directamente a una edificio asambleario circular exactamente igual que en Roma. Asimismo, una expresión evidente del dominio de Roma en Italia fue la construcción de carreteras; ya en el año 312, se construyó la Vía Apia a lo largo de la costa oeste, que unía Roma y Campania; la construcción continuó y convirtieron los senderos que tomaban los ejércitos en carreteras permanentes, y una red planeada finalmente conectó Roma con las colonias periféricas, como demostración del poder de los conquistadores y de su determinación por vencer los obstáculos naturales.



Mapa 3. La ciudad de Roma en el siglo III a.C. (según Le Glay, *et al.*, *A History of Rome*, 3.ª ed., 2005, figura 4.1).

Internamente, Roma, por supuesto, había organizado a sus ciudadanos para el servicio militar y había conseguido una relativa estabilidad política, puesto que las clases superiores trabajaban unidas en su propio beneficio y los plebeyos se incorporaron a la estructura política. El cada vez más fuerte tejido social y la mejora de la cohesión política permitieron a los romanos centrar su atención en asuntos externos. Precisamente, la combinación de estos factores contribuyó en diferentes épocas al éxito de Roma en esos años.

La arqueología ha desempeñado un papel fundamental para reconstruir la narrativa histórica del primer periodo de la historia itálica y romana; en algunas áreas, proporciona en realidad las únicas pruebas. En concreto, gran cantidad de material útil proviene de lugares de sepelio y sus yacimientos, puesto que las sociedades antiguas se tomaban muy en serio el enterramiento adecuado de sus muertos, y tenían la costumbre de colocar en las tumbas objetos domésticos, personales y armamento. De modo que los muertos se enterraban con esas pertenencias y después su tumba se sellaba. Si se consigue relacionarlas con otros hallazgos en tumbas del mismo cementerio, se puede averiguar un patrón relativo de datación, que potencialmente puede ser incluso más valioso si puede unirse a una fecha comprobada independientemente.

El desarrollo de la construcción de templos y la naturaleza de los santuarios también pueden observarse a partir de la investigación arqueológica. En este sentido, un aspecto que no puede pasarse por alto es la disposición de la ciudad de Roma en sí misma. Dado que los romanos consideraban de gran valor las construcciones de la vieja Roma, solían preservarlas o construir en torno a ellas y, por tanto, incluso cuando la ciudad creció hasta convertirse en un gran centro imperial, se conservaron la forma y las instalaciones antiguas.

No cabe duda de que hay límites, ya que los arqueólogos pueden mostrarse demasiado seguros a la hora de identificar a partir de restos exiguos el propósito de los edificios. Los restos arqueológicos por sí mismos a menudo no pueden decir cómo y por qué ocurrieron las cosas, de ahí que necesitemos otras pruebas. Por tanto, la mejor práctica (Cornell, 1995, 26-30) es usar las pruebas arqueológicas junto con el material literario, lo que suele conllevar dificultades, porque

ambos tipos de pruebas son significativamente diferentes y cada una requiere un enfoque distinto. La arqueología no puede erigirse por sí sola como una especie de talismán que sirva para verificar o contradecir a los escritores de la Antigüedad. De hecho, la evidencia arqueológica en sí misma requiere un contexto que se obtiene mediante la interpretación de textos literarios. En consecuencia, la relación para el historiador es compleja y las indicaciones arqueológicas a menudo sólo pueden ofrecer una guía incompleta.

De hecho, los historiadores con frecuencia recurren primero a las pruebas literarias, siempre y cuando sea posible. El problema para la historia temprana de Roma es que los historiadores griegos de renombre apenas se interesaron por una remota ciudad-Estado itálica que, a su parecer, no valía la pena tener en cuenta. El inicio de la tradición historiográfica romana se sitúa en torno a 200 a. C., cuando Fabio Pictor, un senador romano, escribió una historia de Roma en griego. No obstante, sólo perviven fragmentos de sus escritos y de la obra de aquellos que lo siguieron y escribieron en latín. De forma similar, tenemos pocos testimonios de los antiguos historiadores griegos, como Timeo de Sicilia, que ofrecía una visión de Roma desde la perspectiva de un extranjero, que cada vez resultaba más importante y parecía tener mayor relevancia para el mundo griego. Los historiadores griegos que se ocuparon de la historia de Roma y cuyos textos han pervivido son Polibio y Posidonio. Polibio (*c.* 200-118 a. C.) es una figura única, puesto que fue un activo político en su comunidad de Acaya, hasta el punto de convertirse en objeto de sospecha de Roma y ser deportado a Italia. Sin embargo, finalmente, la clase superior lo acogió y trabó amistad con los gobernantes romanos. De ese modo, fue capaz de observar Roma como alguien que venía de fuera y a la vez también como una persona que logró intimar con la clase gobernante. Su tema es la

emergencia de Roma como poder mediterráneo, la derrota de Cartago y las monarquías helenísticas poderosas hasta ese momento. No obstante, también dedicó tiempo a examinar cómo funcionaban el Gobierno y la política romana. Posidonio (*c.* 135-51 a. C.) prosiguió la historia de Roma de Polibio desde Apamea, en Siria. Escribió sobre un amplio abanico de temas, desde la historia a la filosofía. Su texto, sin embargo, es fragmentario y, dado que tantas obras históricas se han perdido, debemos remitirnos a historias generales de Roma escritas a principios del siglo I d. C., especialmente a las de Livio y el griego Dioniso de Halicarnaso. Posteriormente, los tres escritores que más aspectos aportaron sobre los tiempos de la República temprana son griegos: Plutarco, Apiano y Dion Casio. Plutarco (*c.* 50-120) escribió una serie de biografías que comparaban famosas figuras del mundo griego y del romano. Su obra sólo puede ser tan buena como sus fuentes y, dado que era principalmente un filósofo moral, estaba más interesado en el carácter de sus personajes y en las causas que motivaron sus actos que en ofrecer una narrativa histórica continua con una cronología clara. Apiano (nacido *c.* 100 d. C.) de Alejandría, Egipto, ocupó un cargo menor bajo el mandato del emperador Antonino Pío y escribió una historia romana basada en las guerras que Roma libró para subyugar a otros pueblos independientes. En cierto modo, esto nos muestra una parte de la ideología romana y Apiano arroja luz sobre muchos temas, especialmente sobre la tenencia de tierra en Roma y las guerras civiles. Dion Casio, un senador de alto rango de Nicea en Bitinia, desarrolló su obra en el siglo III d. C. y su historia narrativa de Roma es una fuente fundamental de información, aunque en el caso de la época de la República media sobrevive sólo en una serie de selecciones realizadas durante el periodo bizantino. La obra de estos escritores es de un valor limitado para la República temprana.

Otras obras de gran interés potencial han pervivido sólo de forma fragmentaria. Ennio, de Messapia, en el sur de Italia, llegó a Roma el año 204 a. C. En su poema *Annales* (según el título que se le da en los registros del *pontifex maximus*) narró la historia del pueblo romano desde la caída de Troya hasta su propia época. Sin embargo, sólo permanecen unas seiscientas líneas; sin duda alguna, este gran poema patriótico influyó en la visión que los romanos tenían de su historia temprana. M. Porcio Catón (234-149 a. C.), que llevó a Ennio a Roma, fue una importante figura política y cultural. Una de sus creaciones literarias, *Los Orígenes* (Origines), fue la primera obra histórica escrita en latín; el primer libro trataba de la fundación de Roma y los reyes, y los dos siguientes, de los orígenes y las costumbres de las ciudades italianas.

Una parte importante de información histórica se encuentra en la obra de los anticuarios; no les interesaba, como a los historiadores, escribir la relación de hombres y acontecimientos, pero ahondaban en las instituciones, costumbres y prácticas del antiguo Estado romano. Se podría decir que tenían menos inclinación a la distorsión deliberada o la rivalidad tendenciosa, pero tenían la misma probabilidad de cometer errores simples. Varrón, que escribió hacia el final de la República, fue enormemente prolífico y estableció, entre otras cosas, la cronología de los primeros tiempos de Roma que se ha aceptado ampliamente. En concreto, instituyó el año 753 a. C. como la fecha de la fundación de Roma (Livio se decantaba por el 754); el 509, como el primer año de los cónsules; y el 390, como el momento del saqueo de Roma por parte de los galos. Verrio Flaco (muerto en *c.* 20 d. C.) continuó con esta tradición y elaboró un estudio de antigüedades y de la lengua latina, para lo que usó citas de muchos autores tempranos.

La obra de historiadores establecidos y anticuarios puede complementarse con lo que llamamos una evidencia literaria

accidental, concretamente la obra de poetas y comentaristas que, de paso, describen o comentan la sociedad contemporánea y sus personajes destacables. Por ejemplo, las 21 obras que conservamos de Plauto (*c.* 200 a. C.) son las más antiguas escritas en latín que han llegado hasta nosotros intactas, y en algunos casos, como *El soldado fanfarrón* (*Miles Gloriosus*), podrían verse como un retrato irónico de algunos valores romanos.

Sin duda existían fuentes fiables de documentación, aunque no está claro el uso que las fuentes literarias hicieron de ellas. Los romanos registraban leyes, tratados y acuerdos, y también elaboraban listas de oficiales, y en concreto inscribían los nombres de los cónsules año tras año desde el 509 a. C. Esta lista, conocida como los *Fastos*, se usaba como una forma de datación, por ejemplo, «en el consulado de Espurio Larcio Rufo y Tito Herminio Aquilino» (506 a. C.). El sumo pontífice (*pontifex maximus*) del colegio sacerdotal publicaba un repertorio de acontecimientos sucedidos en Roma, que le parecían prodigiosos o significativos, día tras día, y año tras año. Estos *Annales Maximi* se remontan al menos al siglo V, y las entradas se vuelven más detalladas después. Las inscripciones que registraban en piedra para su exhibición pública, ya fueran sobre individuos privados o decisiones de Estado, son una fuente muy útil de información fiable, pero hay muy pocas referidas a la República temprana y media. Las inscripciones las realizaban en su mayoría quienes se encontraban en mejores circunstancias y, por tanto, tienden a reflejar la visión de la élite de cómo debería funcionar el Gobierno y la mejor manera de presentarlo.

Las prácticas tradicionales y la terminología antigua preservada en actividades más tardías pueden ser también una prueba útil. Por ejemplo, los romanos eran muy conservadores respecto a las prácticas religiosas, y mientras que estaban dis-

puestos a aceptar nuevas deidades, solían mantenerse fieles a las viejas actividades de culto, que quedaron de alguna manera fosilizadas y nos muestran al menos un boceto de la sociedad de la antigua Roma. Sin embargo, muchos escritores tardíos sin duda tuvieron que basarse en lo que podían extraer de las leyendas y las historias familiares de tradición oral transmitidas por las casas aristocráticas. El hecho de que buena parte de la tradición literaria dependa probablemente de una tradición oral no es necesariamente algo malo, puesto que así se pueden preservar historias valiosas. Sin embargo, tales historias también pueden distorsionar información histórica genuina para favorecer a los intereses de familias posteriores, que tienden a exagerar el papel de algunos individuos, o improvisando allá donde los hechos fallaban, y también posiblemente denigrando el papel de otras figuras políticas. A veces, una aparente tradición antigua pudo inventarse tiempo después por alguna razón política o familiar. Por tanto, la tradición oral es una evidencia incierta, pero sigue siendo posible que parte de ella se base en material auténtico, que también pudo preservarse en canciones y mediante representaciones dramáticas en juegos públicos del siglo III a. C. en adelante.

Sobre todo, nuestros escritores antiguos tenían muy pocas posibilidades de encontrar una historia definida y coherente del periodo temprano, de manera que existe el consiguiente peligro de que simplemente se inventaran todo el material para rellenar los huecos. Todos los historiadores modernos de la antigua Roma que luchaban por elaborar una narración fiable debían tener en mente dos problemas generales. En primer lugar, un periodo de la historia republicana puede parecer distinto o diferente sólo porque resulta que se tiene más información sobre él. Por ejemplo, la historia temprana de la República está pobremente documentada, mientras que el periodo que va de mediados del siglo IV a. C. hacia delante está

muy bien reflejado gracias a los historiadores griegos y a los primeros historiadores romanos, que pudieron haber usado fuentes orales. Por otro lado, para el periodo que va del 293 al 264 carecemos de la valiosa historia de Livio y no hay ninguna narración que resulte convincente. En segundo lugar, toda nuestra perspectiva está condicionada debido a la pérdida de buena parte de la tradición histórica no romana (puesto que los oponentes de Roma perdieron), de manera que nos quedamos con una visión completamente romano-céntrica.

Además, los antiguos historiadores que escribían la historia anual (analística) de la República temprana y media traicionaron algunas características que complican su uso. No sólo analizaban los datos que habían investigado, sino que también intentaban recrear lo que creían que estaba en las mentes y corazones de los personajes principales. Los discursos, puestos en boca de las figuras centrales, estaban, por tradición universal, escritos para ajustarse a lo que los historiadores creían que eran cuestiones cruciales de la época. Además, es probable que algunas descripciones de batallas contuvieran al menos algunos elementos considerados típicos de todas las batallas. Todo esto no supone necesariamente un inconveniente, puesto que el juicio del historiador puede ser sensato y la historia puede resultar más amena. Por otro lado, debemos recordar el contexto retórico de la historiografía antigua. Tácito, uno de los mejores historiadores del periodo imperial, era un distinguido orador. Quienes escribían sobre la República temprana, cuando tenían que enfrentarse a la dificultad de un registro histórico menos claramente establecido, habrán añadido cosas, maquillado otras y, en el peor de los casos, se las habrán inventado. Unos grandes discursos podían resultar buenos ensayos morales, y todo esto puede decirnos mucho sobre la ideología romana y sobre cómo los romanos querían que los demás los vieran, pero sin duda dificulta al historiador mo-

derno la tarea de revelar los datos.

2

La conquista del Mediterráneo

Cartago e Iliria

El enfrentamiento de Roma contra Cartago marca el inicio de su primera intervención militar fuera de Italia. En el 264 a. C., los mamertinos, unos mercenarios romanos renegados que se habían apoderado de Mesina, en Sicilia, solicitaron ayuda a Roma para luchar contra Siracusa, si bien algunos de ellos votaron por pedírsela a Cartago. Aunque los romanos recelaban cada vez más de los cartagineses, ya habían negociado pactos con ellos en los años 507, 348 y 278, pero a pesar de que algunos de los senadores se mostraban reticentes a verse involucrados en un asunto tan poco respetable, el pueblo votó a favor de la guerra contra Cartago. Es probable que este fervor popular se viera influido hasta cierto punto por la esperanza de conseguir un buen botín. Según Polibio, los romanos estaban preocupados por el dominio cartaginés de África y de buena parte de Hispania. Es bastante probable que exagerara este punto de vista, que a los generales de clase alta les resultaba muy atrayente. Por otro lado, es posible que el control de Sicilia por parte de los cartagineses supusiera una amenaza para Roma, y que si capturaban Mesina, Siracusa resultara vulnerable a un ataque, lo que les proporcionaría una posición dominante en la isla.

La primera guerra púnica (264-241 a. C.) se mantuvo en

un punto muerto debido a que los romanos eran inferiores a los cartagineses en la guerra naval. Sin embargo, finalmente consiguieron construir una flota utilizando una nave cartaginesa capturada y luego inventaron el *corvus*, una especie de garfio que se enganchaba a las naves enemigas y que dejaba unidas ambas embarcaciones, lo que convertía el combate en un enfrentamiento de infantería en el mar. El rápido desarrollo de la capacidad de construcción naval y la plena aceptación de las enormes pérdidas humanas y de material en los combates navales demuestra la determinación y el creciente poderío de Roma. La primera victoria naval la consiguió el cónsul Cayo Duilio en el año 260, aunque durante la campaña terrestre librada en África en 255 acabó con la derrota y la captura del cónsul Marco Atilio Régulo. A pesar de que murió en cautividad, probablemente por causas naturales, surgió la leyenda de que los cartagineses lo liberaron cuando él les dio su palabra de que convencería a los romanos para que negociaran la paz. Cuando llegó a Roma, Atilio recomendó que continuara la guerra, pero regresó a Cartago para sufrir la tortura y la ejecución. Horacio escribió de un modo muy elocuente:

> «Y eso que sabía lo que el bárbaro torturador le preparaba; pero apartó a sus allegados que al paso le salían, y al pueblo, que demoraba su regreso…», *Odas*, III, 5, 49-52).

Es probable que este relato sobre el honor romano tenga un origen muy poco fiable, y que se pretendiera justificar que la viuda de Régulo vengara la muerte de su marido torturando a dos prisioneros púnicos. Los romanos prosiguieron la guerra durante veintitrés años a pesar de las numerosas derrotas, mientras que los cartagineses se vieron desgastados por el problema estratégico que suponía defender los límites de la propia nación al mismo tiempo que libraban una guerra en el exterior. En el año 241 a. C., después de la victoria naval de los romanos en las islas Egadas, en la costa occidental de Sicilia,

Cartago firmó la paz, en la que aceptó retirarse de Sicilia y pagar una indemnización. Poco después, Roma se apoderó de Córcega y Cerdeña mientras Cartago estaba sumida en desórdenes internos. La victoria en la primera guerra púnica muestra de un modo evidente el ingenio, la capacidad de adaptación y la resistencia tanto económica como técnica de los romanos al construir una flota tras otra.

Por tanto, la confianza en sí mismos de los romanos se encontraba en un punto muy alto, y no estaban dispuestos a tolerar las crecientes incursiones de los piratas ilirios. Éstos, bajo el mando de la reina Teuta, se envalentonaron y capturaron Fénice, una ciudad situada frente a la isla de Corcyra, y un embajador romano murió en circunstancias controvertidas, por lo que se declaró la guerra en el 229 a. C. Aunque eso para los romanos era motivo más que suficiente, también era cierto que Iliria y su capital, Rhizon, situada en la moderna bahía de Kotor, se encontraban en una localización estratégica perfecta para lanzar ataques contra Italia. Corcyra se pasó al bando romano durante la guerra, y junto a otras comunidades fue aceptada en el ámbito de la amistad romana (*amicitia*). Teuta fue derrotada en el 228, y vio reducido el territorio de su reino, además de tener que pagar un tributo. Roma anunció la victoria de un modo formal a Etolia, Acaya, Atenas y Corinto, tras lo cual fue admitida en los Juegos Ístmicos, algo significativo. Esto se puede considerar tanto una estratagema astuta como un gesto conciliador por parte de Roma hacia las comunidades griegas. Sin embargo, es poco probable que en esta etapa histórica los romanos ya estuviesen planeando conquistar territorios helénicos. A Demetrio de Faros, quien había ayudado a los romanos durante la guerra, se le permitió que continuara siendo una figura poderosa en Iliria, quizás con la esperanza de que mantuviera el *statu quo*.

Mientras tanto, aumentaba el poder cartaginés en Hispa-

nia, donde Aníbal, de la aristocrática familia de los Bárcidas, había tomado el mando supremo tras la muerte de su padre. Algunos de los jefes militares de Cartago estaban convencidos de que habían sido traicionados con la rendición que acabó con la primera guerra púnica, y el resentimiento era uno de los motivos por los que se reanudaron las hostilidades. El tratado de paz había establecido el río Ebro como el límite de la expansión de los cartagineses en Hispania, de manera que, cuando la ciudad de Sagunto, que estaba al sur de ese límite, le pidió ayuda en el 219 a. C., Roma debería haber hecho caso omiso, pero el Senado estaba preocupado ante la posibilidad de que los cartagineses utilizaran los recursos de la Península para financiar su expansión en otros lugares, de modo que enviaron una embajada a Aníbal para advertirle. Sin embargo, Roma no hizo nada cuando los cartagineses asediaron la ciudad y la capturaron en el 218. Tras la caída, los romanos enviaron una embajada a Cartago exigiendo la entrega de Aníbal, lo que enfureció a los cartagineses. Cuando el embajador romano mostró en un gesto teatral ambos pliegues de su toga y les dijo que uno contenía la paz y otro la guerra, los cartagineses respondieron que él tomara la decisión.

La segunda guerra púnica (218-201 a. C.) comenzó con la decisión estratégica de Aníbal de partir de Hispania para entrar en Italia tras cruzar los Alpes. Partió a la cabeza de 50 000 soldados de infantería, 9000 de caballería y 37 elefantes. Aquella maniobra se convirtió en una amenaza mortífera para la superioridad de Roma en Italia, incluso para su supervivencia. Aníbal logró dominar el norte de Italia con una serie de victorias a lo largo del valle del Po, en los ríos Tesino y Trebia en el año 218, y también con numerosos triunfos contra los galos de la Italia Cisalpina. Luego avanzó hacia el sur, hacia Arretium, y el 21 de junio de 217 se enfrentó a Cayo Flaminio, quien había sido elegido cónsul y al que se le había

concedido por aclamación popular el mando en la campaña contra Aníbal. El cónsul cayó en una emboscada en la orilla septentrional del lago Trasimeno, donde murió junto a unos 15 000 de sus hombres, rodeados por los cartagineses. Muchos más cayeron prisioneros. Flaminio recibió críticas por no esperar la llegada de refuerzos, pero lo más probable es que creyera en la victoria de la fuerza de las armas romanas.

Aníbal había demostrado ser un general hábil y capacitado, y durante cierto tiempo, los romanos, bajo el mando del dictador Quinto Fabio Máximo Verrucosis, utilizaron la táctica del desgaste y evitaron librar batallas campales hostigando a las tropas cartaginesas y procurando que no consiguieran víveres. Fabio recibió el sobrenombre de *Cunctator*, «el que retrasa», y una fama perdurable de general inteligente. Frontino, un autor romano del siglo I d. C., escribió de él:

> «Fabio Máximo, al enfrentarse a Aníbal, quien se mostraba arrogante por las victorias conseguidas, decidió evitar cualquier riesgo y concentrarse en la protección de Italia» (*Strategemata*, 1.3.3).

Sin embargo, muchos senadores se mostraron impacientes con aquella táctica y lo instaron a actuar de un modo más agresivo. En el año 216 a. C., Cayo Terencio Varrón fue elegido cónsul en parte por la insatisfacción popular ante el alargamiento de la guerra provocado por la táctica del gato y el ratón que utilizaba Fabio Máximo. Así pues, cuando Aníbal marchó hacia el sur de Italia ese mismo año, hacia Apulia, se encontró en Cannas con un numeroso ejército romano, de unos 80 000 soldados, bajo el mando de Varrón y de su compañero de consulado, Lucio Emilio Paulo. Aníbal superó tácticamente a los romanos al reforzar los flancos de su ejército y luego permitir que el centro cediera lentamente bajo el empuje de la infantería romana, que avanzó sin cesar. Mientras tanto, la caballería cartaginesa hizo huir a la romana y luego atacó a los legionarios por la retaguardia. Unos 50 000 solda-

dos romanos y aliados murieron en la batalla, incluido en cónsul Emilio Paulo, pero la determinación y el ánimo de los romanos quedaron claros en la respuesta del Senado a Varrón cuando éste regresó a Roma con los pocos supervivientes: le agradecieron que no hubiera perdido la fe en la República.

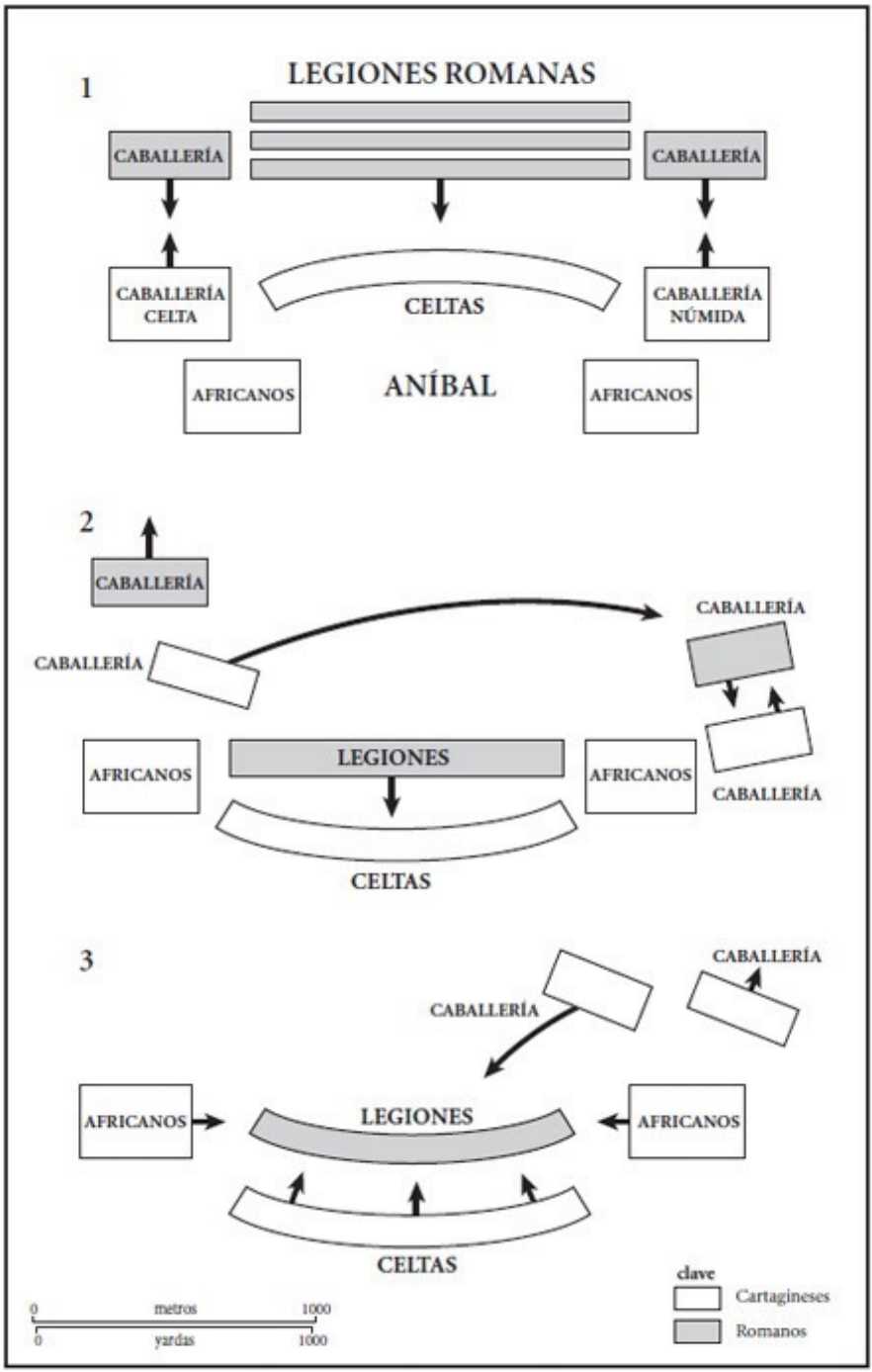


Figura 1. La batalla de Cannas (Campbell, *Greek and Roman Military Writers*, 2004, diagrama 3.1).

A pesar de todas aquellas victorias espectaculares, Aníbal sabía que no podría seguir con la campaña en Italia a menos que consiguiera refuerzos. No atacó directamente a la ciudad de Roma quizás con la esperanza de que ésta se viera obligada a ofrecer concesiones territoriales que fueran aceptables para Cartago. Por supuesto, intentó ganarse para su causa a los aliados italianos de Roma, y se produjeron revueltas. Algunos pueblos se unieron a Aníbal por propia voluntad, mientras que otros lo hicieron obligados por las circunstancias militares. Los cartagineses se concentraron en las fértiles tierras de la Campania, y su éxito más destacado fue la revuelta de Capua. Sin embargo, la mayoría de los aliados se mantuvieron fieles a Roma, sin duda en parte por un sentimiento de intereses comunes, pero también porque las tropas de Aníbal tenían que vivir de lo que daba la tierra y causaban grandes devastaciones. La lealtad de esos aliados fue un factor muy importante en la victoria de Roma. Ayudó a los romanos a librar una larga guerra y les confirmó en su decisión de no rendirse. Finalmente, Aníbal comenzó a sentir la presión de los éxitos militares de los romanos fuera de Italia. En Sicilia, recuperaron Siracusa en 211 a. C., después de un asedio de tres años. Arquímedes, el gran matemático e inventor griego, murió en el asalto final a la ciudad. En Roma, la campaña se encontraba bajo el mando de los hermanos Cneo y Publio Cornelio Escipión, que se esforzaban por impedir el paso de los suministros y refuerzos cartagineses hacia Italia. Aunque ambos hermanos fueron derrotados y murieron en 211, el hijo de Publio (que se llamaba igual, Publio Cornelio Escipión), recibió el mando de las tropas en 210, aunque todavía no había sido nombrado cónsul. Al año siguiente conquistó la mayor base de los cartagineses en Hispania, Cartago Nova, y con varias tácticas innovadoras consiguió una serie de victorias que amenazaron con eliminar por completo el control cartaginés

de la zona. Escipión ya se había granjeado cierta fama tras salvar a su padre durante la batalla del río Tesino y como tribuno militar al reagrupar a los supervivientes tras el desastre de Cannas. Era un experto en darse publicidad y aprovechó la idea de la intervención divina para anunciar a sus tropas en Hispania que Neptuno les había prometido su ayuda.

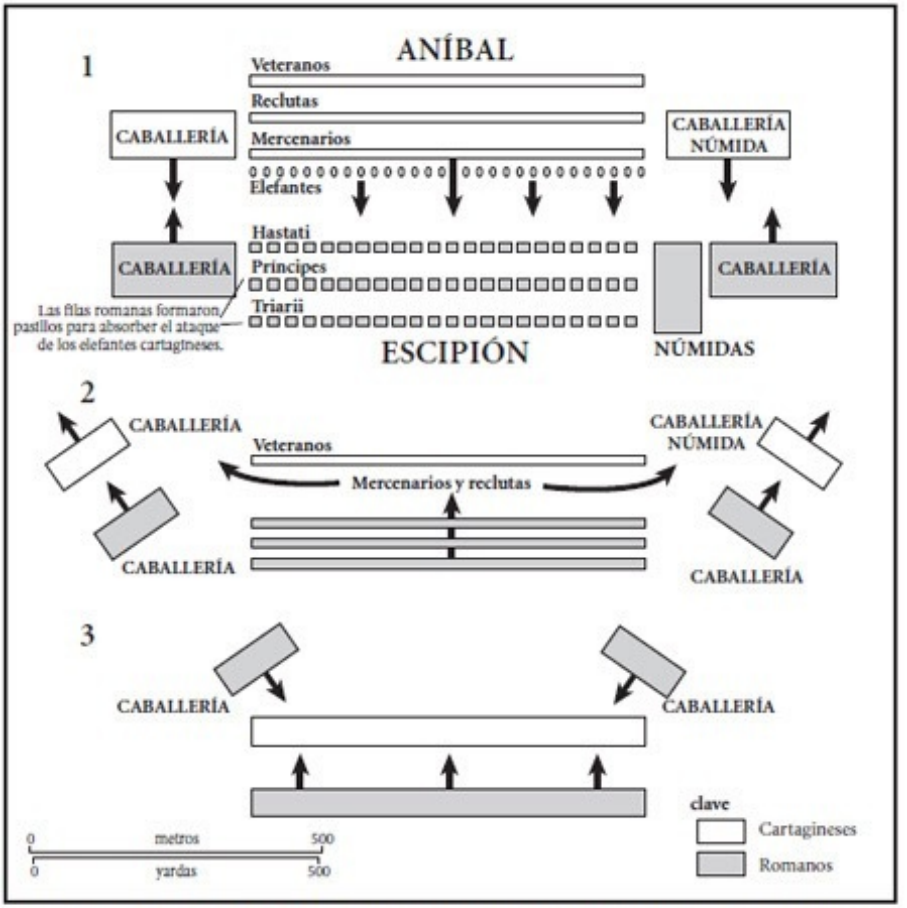
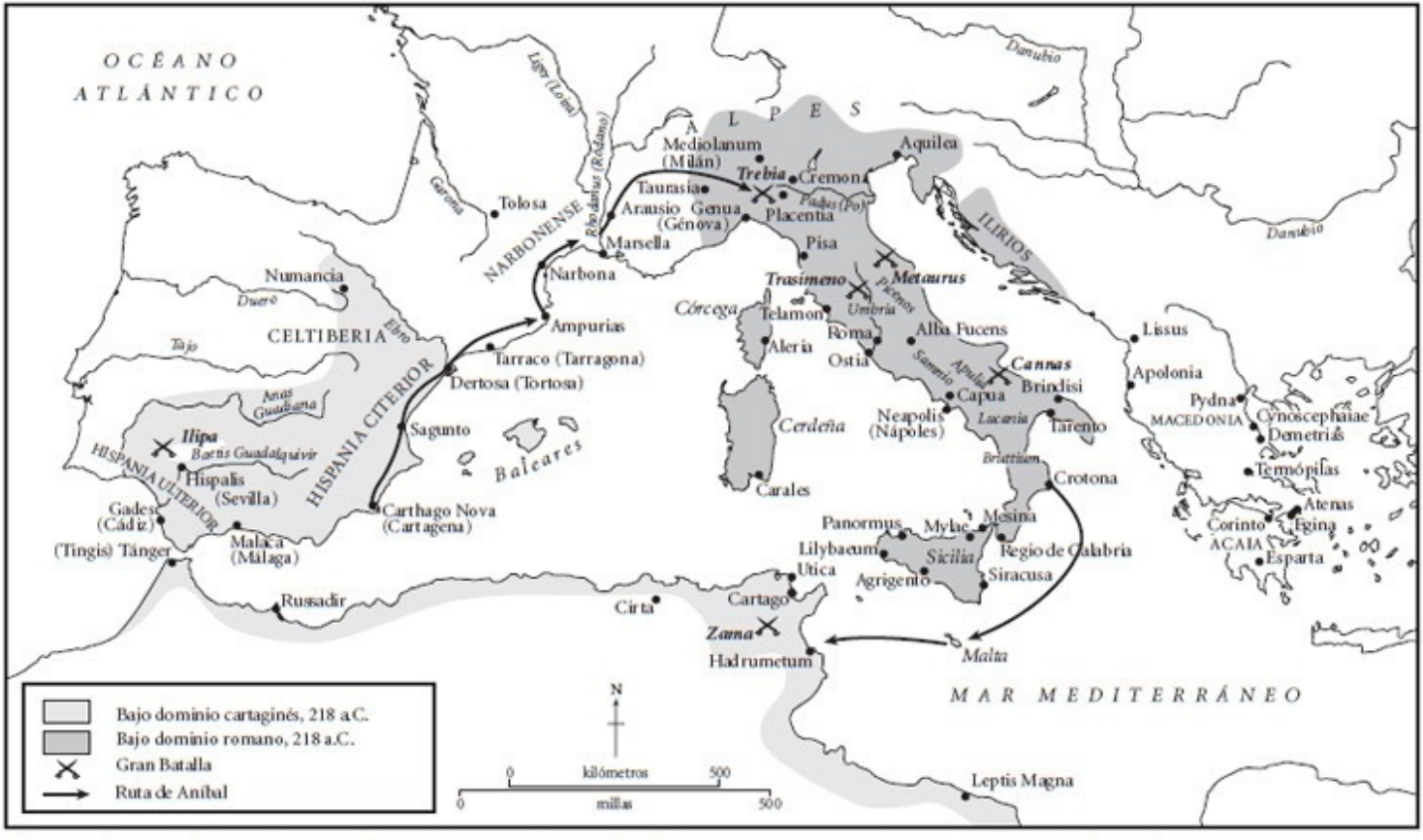


Figura 2. La batalla de Zama (Keppie, *The making of the Roman Army*, 1984, imagen 6*b*).

Aníbal se estaba quedando sin opciones, y pidió a su hermano Asdrúbal que saliera de Hispania con las tropas que le quedaban. Asdrúbal consiguió esquivar a Escipión, pero lo alcanzaron en el norte de Italia, en el río Metauro, y su ejército

fue destruido. Los romanos arrojaron la cabeza de Asdrúbal al campamento de Aníbal en un acto de venganza y para mostrarle que lucharían hasta el final. Aníbal se vio obligado a retirarse de Italia debido a la falta de suministros y de refuerzos y a la lenta recuperación de los romanos de las comunidades que los cartagineses habían conquistado con anterioridad. Tras regresar a África, organizó un nuevo ejército. En Roma había división de opiniones sobre si debían continuar la guerra en África, pero a Publio Cornelio Escipión, que había sido elegido cónsul en 205 a. C., le asignaron la provincia de Sicilia con el acuerdo de que podría cruzar hacia África si así lo quería. Al principio sólo utilizó voluntarios para establecer una posición sólida en África, y firmó una alianza con Masinisa, el rey de Numidia. Tras una breve ofensiva victoriosa contra Aníbal y una negociación de paz fracasada, Escipión le derrotó de forma decisiva en la batalla de Zama, en 202, con la que consiguió el apelativo de «Africano». Al año siguiente, Roma impuso unas duras condiciones de paz, y aunque Cartago conservaba sus posesiones en África, debía pagar una inmensa indemnización de guerra de 10 000 talentos a lo largo de cincuenta años. También debía entregar su flota, los elefantes de guerra y los prisioneros, además de jurar que jamás se rearmaría o libraría una guerra sin permiso de Roma. Aníbal se retiró a la vida civil, fue elegido sufete, magistrado superior, y en el año 196 reorganizó las finanzas de Cartago. Sin embargo, sus enemigos políticos azuzaron la suspicacia de los romanos y tuvo que huir a Oriente, a la corte del rey Antíoco III.



Mapa 4. Roma y Cartago: la segunda guerra púnica (según Le Glay *et al.*, *A History of Rome*, 3.ª ed., 2005, fig. 4.2).

La derrota de Cartago fue un éxito deslumbrante para Roma, y Escipión consiguió un prestigio espectacular gracias a su carrera militar, pero, sobre todo, por la derrota definitiva de Aníbal. Sin embargo, aquello no fue bien recibido por sus iguales, que quizás sospechaban sin motivo alguno de las posibles ambiciones políticas de un excelente jefe militar carismático que disponía de apoyo popular. Escipión continuó sirviendo con lealtad a su nación, pero en el futuro, la importancia de los señores de la guerra respaldados por entusiastas ejércitos personales destruiría a la República. Los años de guerra resaltaron las tensiones políticas y las disputas sin resolver.

En Oriente, después de que Alejandro Magno muriera en 323 a. C. sin nombrar un heredero, sus generales se habían repartido su imperio, se habían proclamado reyes y habían establecido dinastías. Los descendientes de Antígono, uno de los generales de Alejandro, controlaban la propia Macedonia, además de la mayor parte de la Grecia continental y algunas partes de Asia. Los seléucidas, llamados así por Seleuco I Nicátor, controlaban la mayor parte de Asia y Siria, y varias regiones que se extendían hacia el Lejano Oriente. La dinastía ptolemaica, fundada por Ptolomeo, dominaba Egipto. Finalmente, en el territorio seléucida que rodeaba a Pérgamo se formó un nuevo reino creado por los descendientes de Atalo I (269-197 a. C.). Estos reyes helenísticos eran gobernantes con un poder absoluto que dependían de sus consejeros, de los comandantes militares y de los ejércitos mercenarios y que, a menudo, proclamaban su condición de dioses. Eran frecuentes las guerras entre ellos para arrebatarse territorios. Las ciudades-Estado griegas, tradicionalmente independientes, quedaron bajo el control directo o indirecto de cada una de estas monarquías enfrentadas. Uno de los modos de mantener un grado de independencia era formar ligas o confederaciones, como la Liga Aquea o la Liga Etolia, capaces de reunir mayores recursos militares. La isla de Rodas confió en una flota poderosa y en una diplomacia astuta para conservar cierta capacidad de soberanía. Fue una época inestable tanto política como económicamente, y no existía ninguna clase de poder central que pudiera hacerse obedecer y organizar la resistencia contra los romanos. Además, a pesar del inmenso poder de los reyes, sus relaciones con las ciudades griegas eran un tanto delicadas, ya que, por tradición, esas ciudades eran libres y democráticas, o les gustaba pensar que lo eran. Incluso en una

época llena de políticas de poder, las cortesías eran importantes, y los reyes se dieron cuenta de que era políticamente conveniente respetar, al menos, de un modo formal y teórico, el concepto de libertad y de autonomía de las ciudades griegas. Por tanto, muchas de las ciudades-Estado griegas eran vulnerables frente a aquellos que proclamaban ser sus protectores. Esta era la situación que los romanos se encontraron al llegar en las postrimerías del siglo III a. C.

Polibio intentó analizar la colisión entre Roma y el Oriente griego y propuso la idea de la interconexión de los acontecimientos: «Esta vez… ocurre en Italia» (5.105.5). La intervención militar romana, cada vez más agresiva, fue el elemento crucial en los cambios fundamentales que tuvieron lugar en el mundo helenístico durante este periodo. Los romanos retiraron sus tropas de Iliria y dejaron a Demetrio de Faros convertido en la figura política más importante, pero se volvió demasiado ambicioso, poderoso y potencialmente problemático, sobre todo porque Roma y Cartago ya se estaban preparando para la guerra. Demetrio acabó huyendo a la corte de Filipo V, rey de Macedonia, que aspiraba a convertirse en el dirigente de todas las ciudades griegas y que consideraba a Roma una rival en potencia respecto a la lealtad de los griegos. Así pues, se arriesgó y firmó una alianza con Aníbal en 216 a. C. con la esperanza de recobrar a las comunidades griegas como Corcyra y Apolonia del control de los romanos. Cuando Filipo V atacó Apolonia en 214, Roma reaccionó con el envío de una flota y con la firma de una alianza con la Liga Etolia en 212:

> «[Si los romanos toman por la fuerza cualquier ciudad que pertenezca a este pueblo, las ciudades y sus territorios, en lo que respecta al pueblo romano, pertenece al pueblo etolio.; cualquier cosa de la que se apoderen los romanos en esas ciudades y sus territorios les pertenecerá. Si romanos y etolios batallando unidos consiguen el control de las ciudades, también pertenecen a los etolios, otros espolios se realizarán conjuntamente» (Inscriptiones *Graecae* IX, I2, 2,

241).

Los romanos querían mantener ocupado a Filipo y, al mismo tiempo, conseguir un botín que pudieran transportar, pero al margen de eso no tenían un propósito concreto para intervenir en mayor profundidad en Grecia. Sin embargo, empezaban a parecer peligrosos, por lo que Etolia decidió firmar la paz con Filipo en 206 a. C., como también haría Roma. Probablemente, ambos bandos querían tener tiempo para valorar los objetivos y los medios para conseguirlos. Sin embargo, en 200, Roma le declaró la guerra a Filipo, y esta vez no estaban dispuestos a buscar ningún acuerdo. ¿Qué motivos tenían los romanos para hacerlo? Podían aducir que las quejas de Rodas y Pérgamo, ciudades aliadas, hacían necesaria una intervención y que, como mínimo, Filipo debía recibir una advertencia sobre su conducta. Rodas tenía bastante relevancia dentro de la política griega, y era importante que tanto Rodas como Atalo de Pérgamo, un aliado de Roma desde hacía tiempo, hubieran enviado emisarios a Roma para quejarse del comportamiento agresivo de Filipo. Roma envió a su vez una embajada, que obligó al general macedonio Nicanor a abandonar Atenas. El mensaje que le llevó al rey era muy claro: no debía librar ninguna guerra contra los griegos y debía pagar por los daños que le había causado a Atalo. Si lo hacía, tendría paz con Roma. Si no, tendría lo contrario (Polibio 16.27).

Mapa 5. Iliria (según Eckstein, *Rome enters the Greek East*, 2008, mapa 1).

Es probable que esa política de Roma se viera influida por un supuesto pacto firmado entre Filipo y el rey seléucida Antíoco III, en el que se repartían el reino ptolemaico de Egipto, algo que hubiera podido cambiar de un modo decisivo el equilibrio de poder en Oriente. Sin embargo, se duda de la importancia o incluso de la existencia de ese pacto, y de todas maneras parece poco probable que el Senado, que generalmente estaba muy bien informado sobre la situación en Oriente, se angustiara ante la noticia de un pacto así. Lo más probable es que desde el principio tuvieran la intención de

vengarse de Filipo, por haberse aliado con el peor enemigo de Roma, Aníbal, y que eso les hiciera pensar que había que debilitar a las monarquías helenísticas. Es muy posible que los senadores quisieran destrozar la hegemonía macedónica y después resolver las consecuencias. Además, la brillante carrera del gran general Escipión el Africano se había convertido en un magnífico ejemplo del éxito político que podía seguir a las victorias militares. Por último, una guerra en Oriente presentaba la posibilidad de un gran botín. El contexto turbio de aquel conflicto quizás fuera una de las razones por las que el Senado votó en contra de la guerra al principio, aunque luego cambió de opinión en una reunión posterior.

En 200 a. C., una vez que tomaron la decisión de declarar la guerra a Filipo, se dispusieron a ganarse hábilmente la opinión pública de los griegos. Con su maniobra de intervención para proteger a Atenas, los romanos se habían atribuido las mismas prerrogativas de los reyes griegos como protectores de la libertad y de la autonomía de los griegos. Por lo tanto, no podía descuidar la senda diplomática mediante la que se podía convencer a los griegos de los beneficios de la benevolencia y del liderazgo de los romanos. Cuando éstos se enfrentaron a la complejidad de las relaciones existentes entre las ciudades de Oriente, el problema que se encontraron fue cómo manipular a los griegos en su propio interés al mismo tiempo que se mostraban comprensivos con las expectativas de los griegos y abrían canales de comunicación efectivos. Desde el punto de vista de los griegos, las antiguas estructuras de poder se derrumbaban, y a las ciudades-Estado no les resultaba fácil encontrar el modo de hacer saber a los romanos qué era lo que les preocupaba, ya que ni siquiera los poderosos comandantes romanos poseían la posición social o la influencia de un rey. Los senadores y los comandantes romanos, a pesar de proclamarse libertadores y protectores, no consideraban a los grie-

gos como sus iguales, y todos esperaban una actitud de obediencia. Al final, de todo esto surgieron unas provincias administradas directamente por Roma.

La guerra se extendió por toda Macedonia y Tesalia durante los años 119 y 198 a. C., y en 197, en la batalla de Cinoscéfalos, el comandante romano Quincio Flaminio derrotó de forma contundente al ejército de Filipo V y acabó la guerra. Las consecuencias concordaron con el pensamiento diplomático romano, ya que Flaminio continuó insistiendo en la noción de que Roma estaba protegiendo a las vulnerables comunidades griegas. Se mantuvo en Grecia desde el año 197 hasta 194, y en los Juegos Ístmicos celebrados en Corinto en el año 196 proclamó con gran dramatismo la libertad de los griegos:

> «El Senado de Roma y Tito Quinto Flaminino, cónsul y general, que han hecho la guerra contra Filipo y los macedonios, dejan libres, sin guarnición, sin imponer tributos y permiten usar las leyes patrias a los corintios, a los focenses, a los locros, a los eubeos, a los aqueos de Ptía, a los magnesios, a los tesalios y a los perrebios» (Polibio 18.46.5).

Aquello fue respondido con una tremenda ovación, y Flaminio recibió 114 coronas de laurel de oro. Sin embargo, si los griegos hubieran reflexionado con más calma, se habrían dado cuenta de que esa libertad era relativa y que estaría limitada por aquello que conviniera a los romanos en ese momento y en el futuro. Los romanos querían conseguir el apoyo de los griegos contra las supuestas ambiciones del rey seléucida Antíoco III el Grande. La realidad fue que se enviaron representantes al Senado, que luego decidió cuál debía ser el siguiente paso dentro de los asuntos griegos. Además, todo el mundo sabía lo que podía hacer una legión romana:

> «Ahora (los macedonios) cortan los cuerpos en pedazos mediante la espada española, amputan los brazos junto con el hombro, o cercenan cabezas cortando el cuello por completo de lado a lado, o los destripan, o les infligen otras heridas horribles, y cundía un pánico total cuando descubrieron qué tipo de armas y con qué tipo de hombres tenían que luchar» (Livio 31.34).

Cuando las tropas romanas se retiraron de Grecia en el año

194 a. C., aunque Antíoco III todavía constituyera una amenaza en potencia para los crecientes intereses de Roma en Oriente, fue un gesto simbólico pero importante. En 192, Antíoco provocó las hostilidades al entrar en Grecia, y no logró atraer a su bando a la mayoría de los griegos. La Liga Aquea le declaró la guerra, y el Senado romano la premió con una alianza. Cuando Roma respondió a las continuas maniobras de Antíoco utilizó de nuevo la idea de la libertad, y ordenó a Antíoco que liberara a las comunidades griegas de Asia y evacuara la Grecia continental. El rey se enfureció: «Declaró que las ciudades autónomas de Asia debían alcanzar la libertad no por las órdenes de los romanos, sino por sus propios méritos» (Polibio 18.51.9). Esto, por supuesto, era una farsa ilógica. La libertad debería ser la libertad sin importar quién la garantizara. Desde el punto de vista romano, aunque tenían el control absoluto cuando declararon que todas las ciudades griegas eran libres y autónomas, resultaría ingenuo creer que el Senado tenía intención de concederle la verdadera libertad a los griegos. Aquello no era más que una zanahoria para obtener el apoyo de los griegos contra Antíoco, sobre todo después de la retirada de las tropas romanas de Grecia. Aquello formaba parte del juego del poder político, y Antíoco vio con claridad lo que estaba ocurriendo en realidad. Después de todo, también era su tipo de juego.

Antíoco fue derrotado en las Termópilas en 191 a. C. por un ejército bajo el mando del cónsul Marco Acilio Glabrio. Junto al rey cayeron derrotados los etolios, que habían cometido el error de aliarse con Antíoco. Tuvieron que pagar una compensación de 500 talentos y aceptar tener los mismos amigos y enemigos que los romanos. Además, una de las cláusulas del tratado muestra la creciente conciencia de los romanos sobre su propio poder: los etolios debían «respetar el imperio y la soberanía (*maiestas*) del pueblo romano sin engaño

alguno».

El destino sufrido por los etolios demuestra lo que suponía desagradar a Roma, y no tardaron en verse metidos en dificultades. En el pasado habían dominado Delfos y, al parecer, ocuparon parte de su territorio de un modo ilegal. Glabrio envió una misiva a Delfos, y el texto de la carta fue grabado en la base de la estatua ecuestre que le esculpieron. En ella se ordena la devolución de las tierras que habían pasado a mano de los etolios:

> «Y si cualquier persona se opone a su condición o a sus frutos o a los edificios o a las propiedades diciendo que son suyos, respecto a esos asuntos cualquier decisión que se haya tomado durante nuestra presencia tendrá obligación de ley» (Sherk, 1984, n.º 12).

Tras la expulsión de Antíoco de Grecia, la guerra se trasladó a Asia. El rey no tuvo escapatoria, ya que nadie podría tener la esperanza de convertirse en el igual de Roma una vez que esta mostrara su interés territorial o de cualquier otra clase. Pero lo peor fue que Antíoco les había ofendido al ofrecerle refugio a Aníbal. En el año 190 a. C., llegó a Asia un ejército romano bajo el mando de Lucio Cornelio Escipión, a quien acompañaba como consejero su famoso hermano, el Africano. Consiguió una victoria devastadora en Magnesia, y Antíoco se vio obligado a evacuar Asia Menor al norte y al oeste de los montes Tauro, a pagar 15 000 talentos de plata, unas cuatrocientas toneladas métricas, durante doce años, y a destruir toda su flota de combate, a excepción de doce naves.

Durante todo este periodo, los romanos continuaron ganándose la simpatía de los griegos mediante el énfasis en el ideal de libertad de las ciudades-Estado. Además, a nivel individual, los romanos que tenían tratos con los griegos tendían a resaltar una y otra vez ciertas virtudes con las que esperaban ganarse el respeto y la aceptación. Por ejemplo, una inscripción en la ciudad de Teos contiene el texto de una carta

que el pretor Marco Valerio Mesala envió a la ciudad en el año 193 a. C. respecto a su tradicional inviolabilidad:

> «De los romanos, Marco Valerio, (hijo) de Marco, pretor, y de los tribunos y el Senado al Consejo y las gentes de Teos, saludos… Que nosotros le hemos dado la mayor consideración y la máxima importancia de un modo constante a la adoración de los dioses se puede calcular por la buena voluntad que nos ha mostrado la deidad suprema… Por tanto, debido a esto y debido a nuestra buena voluntad hacia vosotros y hacia aquel que lo solicitó, el enviado, juzgamos que vuestra ciudad y vuestro territorio son sagrados, tal y como lo son ahora mismo, e inviolables e inmunes a cualquier clase de impuestos de la gente de Roma, y por lo que se refiere a las honras al dios y privilegios a vosotros, nos esforzaremos por aumentarlos, mientras vosotros conserváis con cuidado, en el futuro, vuestra buena voluntad hacia nosotros. Adiós». (Sherk, 1984, n.º 8, adaptado).

Este mensaje combina la moral temerosa de los dioses de los romanos y su voluntad de mantener las prerrogativas y los privilegios de los griegos a cambio de algo, con una amenaza apenas velada: que Teos se mantenga fiel a Roma. Parecían ser moderados y capaces de utilizar sus fuerzas de un modo sabio. Esto no se puede considerar una casualidad, sino que debió de formar parte de una iniciativa diplomática. Las ventajas de apoyar a Roma eran evidentes en el caso de sus principales aliados, Pérgamo y Rodas, que disfrutaban de una posición dominante en Asia Menor, aunque sólo gracias a la aprobación de Roma. Aníbal huyó y buscó refugio en la corte del rey Prusias I de Bitinia, quien aprovechó sus útiles consejos en su guerra contra Eumenes II de Pérgamo. Sin embargo, presionado por Flaminio, Prusias se dispuso a entregar a Aníbal, quien, al no tener adónde huir, se suicidó.

El año 171 a. C. marca el inicio de la última guerra contra Macedonia y su nuevo rey, Perseo. Su hermana se casó con Prusias II de Bitinia y el propio Perseo contrajo matrimonio con una hija de Seleuco IV. Eumenes de Pérgamo empezó a preocuparse por el posible resurgimiento del poder macedónico y se dirigió a Roma para presentar una queja contra Perseo,

aunque éste no había cometido acto alguno contra Roma. Sin embargo, el rey macedonio se estaba haciendo popular en Grecia y se le podía empezar a considerar un foco de lealtad alternativo a Roma. Polibio creyó que quería reforzar el prestigio macedonio y disuadir a Roma de «impartir órdenes injustas y severas a los macedonios» (27.8.3). Los romanos se mostraron suspicaces, como era normal, ya que el Senado esperaba que todos los griegos acataran sus deseos, y las guerras en Liguria y en Hispania se habían apaciguado, lo que les daba una oportunidad de actuar. Perseo consiguió una breve ventaja con una victoria en una batalla de caballería en Callinicum en 171, pero la superioridad romana tanto en equipo como en número de soldados era abrumadora, por lo que sus intentos de negociar fueron despreciados, y en 168, los romanos enviaron un nuevo comandante, Lucio Emilio Paulo, con un ejército consular. Perseo intentó negociar de nuevo, pero no consiguió nada, y en Pidna, en el año 168, la falange macedonia se enfrentó por última vez a la legión romana y sufrió una derrota catastrófica, con casi 20 000 muertos. El resultado fue el fin de la monarquía macedonia. Perseo fue mostrado en la procesión triunfal de Paulo y murió poco después en cautividad en Italia. La situación del mundo griego cambió por completo, y fue inevitable que Roma dispusiera de una mayor presencia. Al principio Macedonia fue dividida en cuatro repúblicas, y para el año 148 ya se había convertido en la quinta provincia de Roma fuera de la península itálica. Los aliados tradicionales de los macedonios, los molosos de Epiro, sufrieron un castigo feroz: sus tierras fueron saqueadas y 150 000 de ellos fueron deportados.

Los romanos todavía no habían acabado con la monarquía seléucida, que ya en 180 a. C. luchaba por apoderarse de parte del Egipto de la dinastía ptolemaica. En el año 168, los emisarios de Roma acudieron a Egipto, donde Antíoco IV estaba

asediando Alejandría, y le advirtieron que debía acabar la guerra y retirarse. La leyenda cuenta que cuando Antíoco pidió tiempo para pensarlo, Popilio Laena dibujó un círculo en la arena alrededor del rey y le ordenó que se decidiera antes de salirse de allí. El rey aceptó lo inevitable y se retiró con sus tropas, una demostración muy clara de lo que ya era la autoridad prácticamente irresistible de Roma. Los continuos problemas de Eumenes de Pérgamo son otro buen ejemplo de ello. Sin duda, después del año 168 era mucho menos popular entre los romanos, quienes comenzaron a preferir a su hermano Atalo. Parece ser que los romanos intentaron limitar el poder de Pérgamo en Asia; su influencia dominante es evidente en una carta que Atalo, que ya se había convertido en el rey Atalo II, escribió aproximadamente en el año 159 al sacerdote de la Gran Madre de Pessinus sobre cierta actuación militar conjunta. El consejo del rey le había advertido que lanzar el ataque sin consultar a Roma era «un grave peligro». Siempre era recomendable consultar a los oficiales romanos, ya que:

> «Si tenemos éxito, provocaremos la envidia, nos lo arrebatarían (el éxito), y una sospecha odiosa como la que sintieron hacia mi hermano, y si no tenemos éxito, será nuestra ruina a plena vista… Pero en el estado actual de las cosas, si, y ojalá nunca ocurra, no tenemos éxito en nada, después de contar con su aprobación y de hacer todo lo posible por lograrlo, recibiríamos su ayuda y quizás evitaríamos la derrota, con la benevolencia de los dioses. Por tanto, decidí que en cualquiera de los dos casos debo enviar emisarios a Roma que informarían de inmediato (a los romanos) de aquellas cosas sobre las que tuviéramos dudas» (Sherk, 1984, n.º 29).

Esta misiva es un ejemplo excelente de la actitud general hacia el poder de Roma. Cuando Prusias II de Bitinia, quien no mostró tanta sabiduría, atacó Pérgamo, se vio obligado por una intervención diplomática romana a aceptar un acuerdo en el año 154 y a pagar compensaciones. Más tarde, Atalo III legó su reino al pueblo romano.

En Egipto, la débil e incompetente dinastía ptolemaica se-

guía esforzándose por sobrevivir y, como ya se ha visto, se vio rescatada por la decisiva intervención de Laena. Aunque era un reino independiente, a efectos prácticos se encontraba bajo la protección de Roma, y cuando un alto cargo egipcio acudió a Roma para expresar su gratitud, el Senado proclamó que continuarían actuando de ese modo para que los monarcas egipcios «estimaran que la fe (*fides*) del pueblo romano era el apoyo más firme para su reino». (Livio 45.13.4-8). Se puede encontrar un ejemplo de la forma de pensar de la jerarquía gobernante ptolemaica en el testamento de Ptolomeo VIII Evérgetes II, quien gobernaba Egipto con su hermano mayor. Una disputa grave entre ambos hermanos había provocado la intervención de los romanos y la división del reino, por la que el hermano menor, Ptolomeo VIII, reinaría sobre Cirenaica. En el testamento que dejó grabado en Cirene en el año 155 a. C. declaró que legaría su parte del reino a Roma si no tenía descendientes: «Y a los mismos romanos confío mis posesiones para que las protejan, y les ruego por su excelente reputación y por todos los dioses que, si alguna persona ataca mis ciudades o mis tierras, nos ayuden, de acuerdo con la amistad y la alianza que tenemos los unos con los otros y (de acuerdo con) la justicia, con todo su poder» (Sherk, 1984, n.º 31).

El eclipse final de Macedonia demostró los límites de cualquier independencia griega teórica. En 148 a. C., las cuatro repúblicas se rebelaron bajo el mando de Andriscus, quien proclamaba ser hijo de Perseo, y que prometió restaurar la monarquía. Logró reunir algunas tropas e invadir Macedonia, pero no tardó en ser aplastado, y Roma se apresuró a anexionarse Macedonia. La Liga Aquea no había aprendido nada de la crueldad de Roma y se atrevió de forma irresponsable a enfrentarse a ella en una disputa tras una serie de luchas internas sobre la jurisdicción de la Liga, sobre todo en lo relativo a Esparta, que deseaba separarse y que era una aliada de Roma.

Tras ese enfrentamiento interno, el Senado envió a Lucio Mumio con dos legiones para solucionar la situación. Derrotó a las fuerzas de la Liga y destruyó Corinto por completo en el año 146. Vendió como esclavos a los supervivientes y se llevó una inmensa cantidad de botín. Polibio se sintió horrorizado por la destrucción:

> «Yo estaba allí, vi pinturas pisoteadas. ¡Vi a soldados sentados sobre ellas para jugar a los dados!» (Polibio, 39.2).

Mumio, que pidió consejo a Polibio, disolvió la Liga Aquea y cualquier atisbo de independencia griega se terminó. Los Estados meridionales de Grecia quedaron bajo la supervisión del gobernador de Macedonia, que Mumio terminó de organizar como provincia. Más tarde se designaría a la provincia de Grecia como *Achaia* (o *Achaea*), Acaya.

Los romanos cambiaron durante estas guerras el modo de tratar con aquellos que no eran romanos. Mientras en el pasado habían firmado acuerdos por separado con las distintas comunidades, en la última época se concedieron muy pocos tratados de alianza, y aquellos Estados que se consideraban amistosos entraban en la «lista de amigos» (*formula amicorum*). El control de Roma se hizo más directo con el nombramiento de un senador principal para gobernar cada provincia y el establecimiento gradual de un ejército de ocupación en ciertas zonas. Ambas partes se enviaron numerosas delegaciones mutuas, y con ello los griegos aprendieron más sobre cómo tratar con los romanos, mientras que los romanos aprendieron más sobre la cultura y las costumbres griegas. Los romanos empezaron a actuar como intermediarios en las disputas que se producían entre las distintas comunidades griegas, igual que habían hecho los reyes helenísticos; resulta sorprendente el grado de detalle con el que se involucraron en los asuntos de esas comunidades, procurando compensar las diferentes exigencias de las ciudades-Estado que ellos consi-

deraban sus aliadas. Por ejemplo, a mitad del siglo II a. C., los emisarios de Magnesia y de Priene acudieron al pretor Marco Emilio, quien les concedió una audiencia con el Senado:

> «Con respecto a los asuntos sobre los que los emisarios de Magnesia, Pythodorus, Heracl[itus]… hombres cabales y honorables de un pueblo cabal y honorable que son nuestros amigos y aliados, expuestos en persona, y con respecto a los asuntos sobre los que los emisarios de Priene… hombres cabales y honorables de un pueblo cabal y [honorable] que son nuestros amigos y aliados, expuestos en persona, sobre la tierra que los magnesios han evacuado y sobre la tierra que le han otorgado en posesión al pueblo de Priene de acuerdo con el decreto del Senado, debe establecerse una corte especial para ello. El Senado decreta con relación a este asunto lo siguiente:
>
> »El pretor Marco Emilio, hijo de Marco, deberá designar arbitrador a un individuo libre que sea del agrado de ambas partes. Si no se alcanza un acuerdo mutuo aceptable, el pretor Marco Emilio, hijo de Marco, designará arbitrador para este asunto a un individuo libre que él considere apropiado de acuerdo con el interés público y su propia buena fe.
>
> »Así queda decretado» (Sherk, 1984, n.º 34).

El punto de vista del Senado fue que la responsabilidad del administrador debía ser la de apoyar la causa de la parte que poseía el territorio en disputa cuando los litigantes se convirtieron en aliados de Roma. Los adjudicadores procedían de Mysala, y dictaminaron a favor de los magnesios, quienes anotaron en todos los documentos: «ya que con la justa decisión de los pretores, los dioses pusieron fin a la disputa, y nuestro pueblo derrotó al pueblo de Priene por segunda vez». Sorprendentemente, el texto atribuye el éxito a los dioses, que sin embargo actúan a través del pretor romano. Pocos pueblos escapaban a la vigilancia de Roma, incluso en el caso de su aliada Atenas cuando actuó en la isla de Delos. A Atenas le habían concedido el derecho a administrar Delos, pero Demetrio, el sacerdote de Serapis, se quejó ante Roma de que los gobernantes atenienses habían abolido ese culto. El Senado decidió que el culto debía continuar como siempre:

> «Sobre este asunto, decretamos lo siguiente: tal y como antaño solía administrarlo, por lo que a nosotros respecta se le permite seguir administrándolo, por lo que no debe hacerse nada contrario al decreto de este Senado» (Sherk,

1984, n.º 28).

Sin embargo, poco a poco los romanos adoptaron una actitud más agresiva y exigente, e impusieron instituciones y costumbres que anteponían por encima de cualquiera sus propios intereses. Roma favoreció a aquellos personajes de los distintos Estados de Grecia que habían demostrado ser partidarios fieles y de confianza, pero en cambio, los opositores a Roma sólo tuvieron dificultades. El Senado demostró una arrogancia sorprendente al negarse a reunirse con ninguno de los monarcas reinantes y, por ejemplo, envió a un magistrado de rango inferior para tratar con Eumenes de Pérgamo, quien había acudido a Italia para exculparse ante su aparente falta de entusiasmo por los intereses de Roma durante la última guerra contra los macedonios. A aquellos considerados hostiles hacia Roma se los apresó, y un millar de ciudadanos importantes de Acaya (incluido Polibio) fueron trasladados a Italia como rehenes para que los restantes miembros de sus familias mantuvieran la buena conducta, es decir, fueran sumisos a Roma. Fue un pequeño paso que llevó de arbitrar los asuntos griegos a interferir en ellos a discreción.

Los acontecimientos en Occidente fueron más problemáticos y los romanos no se salieron siempre con la suya a lo largo de unos años de política cada vez más intervencionista. En Hispania, después de la expulsión de los cartagineses, no establecieron planes para una ocupación permanente, pero poco a poco fueron aceptando que las tropas se quedarían allí. Se establecieron dos provincias, Hispania Citerior y Ulterior, y a aquello le siguieron una serie de campañas sin propósito ni resultados fijos cuya única finalidad era conseguir botín y renombre militar. Los distintos pueblos de la Península se negaron a reconocer el dominio de Roma, pero éstos continuaron librando guerras de un modo obstinado. El núcleo de las contiendas se centró en la ciudad de Numancia, situada en el tramo superior del río Durius (Duero). Se convirtió en el foco de la resistencia de los celtíberos y sufrió numerosos asedios a partir del año 195 a. C. Varios comandantes romanos fracasaron a lo largo de quince años en el intento de capturar la ciudad. El acuerdo de paz firmado en los años 179-178 por Tiberio Sempronio Graco no fue definitivo, y en la década de 150 a. C. se reinició la guerra a gran escala, que culminó en el año 137, cuando Hostilio Mancino fue derrotado y hecho prisionero con el resto de su ejército. Tiberio Graco (hijo del comandante firmante de la paz en 179), negoció un acuerdo de compromiso, pero el Senado lo rechazó y entregó a Mancino a los numantinos. La capacidad militar de Roma flaqueó a lo largo de la campaña, pero la guerra prosiguió y Numancia acabó cayendo en el año 133, aunque sólo tras un asedio de ocho meses establecido por Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano, un hecho que ejemplificó la determinación de Roma en no aceptar oposición alguna sin importar las bajas ni las consecuencias políticas. La ciudad fue arrasada y los super-

vivientes acabaron vendidos como esclavos. El Senado envió una comisión para establecer la paz y el orden en los lugares que habían sido sometidos. Al parecer, Sempronio Graco había negociado con anterioridad una serie de tratados con las tribus locales y se había establecido cierto sistema de impuestos. Además, desde la fundación de Itálica por parte de Escipión como hogar para sus soldados heridos, se habían construido más asentamientos, incluidos Corduba (Córdoba) y Valentia (Valencia), lo que consolidó la presencia permanente de los romanos. A pesar de ello, los hispanos demostraron ser menos receptivos a las maniobras diplomáticas que los griegos, por lo que se mantuvo un legado de poder militar y brutalidad.

La tercera guerra púnica también reveló una tendencia a la agresión y a la brutalidad. Cartago había recobrado parte de su poderío en África de un modo discreto, pero en el año 149 se rebeló ante el persistente arbitraje de los romanos en favor de su viejo aliado, Masinisa, en todas las disputas territoriales que tenía contra Cartago. Marco Porcio Catón, quien había visitado la ciudad como embajador en el año 153, quedó impresionado por su recuperación, sin haber dejado de pronunciar discursos alarmistas advirtiendo sobre el creciente poder militar de Cartago con su famosa frase «Cartago debe ser destruida». Los romanos declararon la guerra y enviaron una gran expedición, ante lo cual, Cartago intentó echarse atrás ofreciendo una rendición incondicional y la entrega de rehenes y de todas las armas, para posteriormente rechazar enfurecida la provocadora exigencia de abandonar por completo la ciudad y reasentarse al menos a quince kilómetros de la costa. Los romanos no estaban interesados en llegar a un acuerdo negociado, pero a continuación sufrieron una serie de reveses militares y de incompetencias hasta que Publio Cornelio Escipión Emiliano, el futuro conquistador de Numancia, rodeó la ciu-

dad y el puerto con una muralla y la asaltó en el año 146. Los habitantes fueron vendidos como esclavos, la ciudad arrasada y todo el lugar quedó declarado *sacer*, condenado a ser extirpado de la existencia por los dioses. El territorio de Cartago se convirtió en otra provincia romana, África, con Utica como capital.

Durante su relato de la segunda guerra púnica, Polibio incluye una digresión sobre el ejército romano (6.19.1) en la que probablemente describe el *set-up* militar después de la derrota de Aníbal. Desde el principio de la República, la capacidad para servir en el ejército dependía de poseer la riqueza suficiente, lo que significaba que el servicio militar no sólo era un deber y una responsabilidad como ciudadano, sino también una especie de privilegio. El reclutamiento (*legio* = legión) de ciudadanos romanos consistía aproximadamente en unos 4200-5000 hombres, y los reclutas se solían seleccionar entre los que tenían entre 17 y 43 años, de quienes se esperaba que sirvieran durante dieciséis años. Los legionarios recibían un estipendio diario durante ese servicio. Aquellos que resultaban elegibles debían presentarse en Roma, donde se seleccionaba a los mejores (los *dilectus*). Al principio, la legión luchaba como una falange, al estilo griego, con la infantería de armamento pesado avanzando en formación. Esto ya se había modificado antes de las guerras púnicas, y cada legión se desplegaba en tres líneas: los *hastati*, los *princeps* y los *triarii*. Las tropas más experimentadas se encontraban en la tercera línea. Cada línea de combate estaba subdividida en unidades de menor tamaño, los manípulos, con lo que se conseguía una estructura fuerte pero flexible. Los legionarios estaban equipados con escudos ovalados, petos, y las dos primeras líneas contaban con lanzas arrojadizas (*pilum*), mientras que la última estaba armada con lanzas de combate cuerpo a cuerpo (*hasta*). Todas las tropas estaban también equipadas con la espada corta hispana (*gladius*). Las que enviaban los aliados italianos luchaban bajo las órdenes de sus propios comandantes, y eran los italianos quienes solían proporcionar la caballería. Las tropas ligeras (*velites*) solían avanzar por delante de la legión en formación de

escaramuza.

Era evidente que Polibio admiraba la estructura militar romana, que cumplía en el campo de batalla el creciente instinto imperialista del Gobierno romano, que también tenía sus lazos con el contexto cultural y social y la ideología romana. No hay duda alguna de que los romanos eran famosos por su modo de librar las guerras. Polibio dijo de ellos:

> «En general los romanos utilizaban la violencia para todo, creídos de que sus propósitos deben forzosamente llevarse a cabo, y de que nada es imposible para ellos una vez lo han acordado» (1.37.7).

Sin duda, su estudio sobre la historia de Roma y la inmensa escala de su actividad militar parecen confirmar esto, algo que incluye una larga serie de conquistas y de engrandecimiento al que aparentemente no acompañaba ninguna clase de reflexión o compasión. Polibio se sentía claramente perplejo por el grado de éxito de los romanos:

> «En efecto, puede haber algún hombre tan necio y negligente que no se interese en conocer cómo y por qué género de constitución política fue derrotado casi todo el universo en cincuenta y tres años no cumplidos, y cayó bajo el imperio indisputado de los romanos. Se puede comprobar que esto no había ocurrido nunca. ¿Quién habrá, por otra parte, tan apasionado por otros espectáculos o enseñanzas que pueda considerarlos más provechosos que este conocimiento?» (1.1.5-6).

Un factor importante debió de ser la ideología romana respecto al arte de la guerra, en concreto, respecto a la valentía y a la destreza militar. Tradicionalmente, las clases altas romanas sentían un tremendo respeto por la gloria (*gloria*) que se conseguía en el campo de batalla, ya que con ella se conseguían alabanzas enaltecedoras (*laus*) y establecía una fama basada en el valor (*virtus*). Por tanto, uno de los caminos más importantes para conseguir ascensos sociales y políticos pasaba por conseguir un mando militar, ganar batallas y obtener riquezas y botín. El supremo honor militar del triunfo era el culmen de cualquier logro senatorial. La política romana era tremendamente competitiva, y en la lucha por esos ascensos,

aquellos que tomaban las decisiones importantes quizás serían reacios a que se acabaran las guerras. En otras palabras: el comportamiento social imperante podía influir en el Senado, bajo la presión de individuos o grupos importantes, para que cualquier disputa se agravara hasta convertirse en una guerra, o incluso para que provocara guerras. Por supuesto, el pueblo de Roma tenía la última palabra en las votaciones sobre las declaraciones de guerra, pero sin un liderazgo claro les resultaba muy difícil resistirse a los consejos y las presiones del Senado.

Sin duda, la perspectiva de nuevas tierras y de botín atraía a todos. El enriquecimiento por las campañas militares beneficiaba a los comandantes, sobre todo a los que tenían menos escrúpulos, pero también a los propios soldados, quienes conseguían una proporción del pillaje. En las guerras triunfales cabía la posibilidad de que la plebe consiguiera numerosos beneficios. Por lo tanto, el *concilium plebis*, algunos de cuyos votantes tendrían que ir a la guerra, solía coincidir con la opinión del Senado. Pocos romanos se habrían cuestionado el concepto de gobernar a otros pueblos. Para ellos, en cierto sentido, era su deber, y los pueblos sometidos se beneficiarían del control y de la benevolencia de Roma, además de la paz y el orden que llevaban consigo, a no ser que se tratara de salvajes imposibles de civilizar, en cuyo caso se merecían el mayor castigo. En todos los estamentos el Estado romano debía sacar partido de sus adquisiciones, y por supuesto, los jefes militares más prominentes convencían al pueblo de los beneficios de las conquistas y provocaban una especie de ímpetu en busca de la actuación militar. Además, existía la disponibilidad de una gran reserva de reclutas y de un ejército que cada vez estaba más cerca de convertirse en una fuerza armada permanente.

Por otra parte, aunque la expansión de los dominios de

Roma era un propósito bélico legítimo entre las clases sociales altas, es cierto que, en el contexto de la intensa rivalidad política, algunos senadores que habían conseguido ya la fama militar se sintieran celosos e intentaran restringir las oportunidades de que otros estuvieran al mando de nuevos ejércitos, y que lo hicieran votando en contra de campañas militares de expansión. Además, los senadores debían tener en cuenta que la aparición de un ejército casi profesional había favorecido un cierto estilo de comportamiento personal y audaz en el liderazgo militar, y que los mandos excepcionales, aunque provechosos para el Estado, también podían ser peligrosos en el terreno político.

Dado que las decisiones sobre la guerra y la paz tenían motivaciones muy complejas, es muy difícil creer que los romanos estuviesen muy preocupados por la definición exacta (ya fuese imperialista o no) que encajase con sus relaciones con otros pueblos. Aunque eran capaces de llevar a cabo políticas calculadas, y en ciertas ocasiones contenidas, como en el trato diplomático con las ciudades-Estado griegas, era más que evidente que no se ponían límites en lo que podían conseguir con la fuerza de las armas, aunque en realidad no fueran muy conscientes de ello. Es poco probable que hubiera motivos económicos complicados, aparte del diluvio de riquezas que seguía a cada conquista, que influyeran en la adquisición de nuevos territorios. Sin embargo, Roma empezó a darse cuenta de los beneficios económicos que proporcionaba la ocupación por los comerciantes y mercaderes que seguían a la conquista militar. Por ejemplo, la isla de Delos fue declarada puerto franco, sin tasas portuarias, por lo que muchos italianos se instalaron allí, y el lugar se convirtió en un centro de comercio que unía a Italia con el Oriente griego.

A posteriori, puede parecer que la expansión romana era algo inevitable, pero es una idea equivocada, ya que la realidad

era mucho más compleja. No existía un plan coherente de conquista del Mediterráneo parte por parte. Los primeros movimientos de avanzada de los romanos al este del Adriático fueron muy dubitativos y explotaron la posibilidad de obtener beneficios inmediatos sin un plan de ocupación a largo plazo. La anexión de los territorios y la creación de provincias fueron poco coherentes. De hecho, tanto en Hispania como en África y en Grecia, los romanos tardaron en ocupar grandes proporciones de territorio. Sin embargo, para el año 150 a. C., el impulso conquistador era tal que Roma no consentía oposición alguna a cualquiera de sus políticas, decisiones o arbitrajes, aunque obligar a su cumplimiento fuese cada vez más difícil y costoso. A medida que los comandantes entusiastas buscaban más y más una región en la que demostrar su valía, la confiada oligarquía gobernante prestaba menos atención a la situación local de esas zonas y a las ventajas de un contacto diplomático. Además, los romanos tuvieron la buena suerte de que muchos de los reinos helenísticos no fuesen más que tigres de papel. Heredaron el reino de Pérgamo, y Egipto cayó en sus manos casi sin esfuerzo. A pesar de sus amenazas grandilocuentes, los reyes seléucidas y macedonios no fueron capaces de hacer frente a la capacidad militar romana, ni a sus recursos en número de soldados, ni a su fuerza económica ni su determinación política. El camino a nuevas conquistas quedaba abierto.

3

La transformación de Roma

La escena política

«Este es el poder de cada uno de los elementos del sistema en lo que se refiere a favorecerse o perjudicarse mutuamente. En cualquier situación esta estructura se mantiene debidamente equilibrada, tanto, que resulta imposible encontrar una constitución superior a esta» (6.18).

En esta famosa definición del funcionamiento del Gobierno de Roma, Polibio cita elementos de la monarquía, la aristocracia y la democracia y, en su opinión, el resultado fue un gran éxito. Desde luego, a principios del siglo III a. C. hubo un periodo de estabilidad relativa gracias a que las clases altas trabajaban en armonía y la masa de plebeyos aceptaba su liderazgo. Al fin y al cabo, todos ellos eran ciudadanos de un Estado que se había enriquecido y la mayor parte de Italia, hasta el Po, estaba bajo su control.

Los dos cónsules, que habían sustituido definitivamente al rey como jefe del Estado, eran enormemente poderosos. Livio explicaba:

«Deberíamos considerar que los orígenes de la libertad subyacen más en el hecho de que el poder el cónsul era anual que en el que hubiera cualquier reducción del poder real. El primero que ostentó el cargo de cónsul tenía todos los poderes reales y símbolos. La única precaución que se tomó fue impedir que ostentara los fasces simultáneamente, de manera que el terror que produjeran no pudiera duplicarse.» (2.1.7-8).

Polibio tampoco albergaba duda alguna sobre el poder de los cónsules:

«Ejercen la suprema autoridad en Roma en todos los asuntos públicos. Todos los demás magistrados a excepción de los tribunos están subordinados a ellos y deben obedecerlos, asimismo, los cónsules se encargan de introducir las embajadas en el Senado.» (6.12).

El consulado era la cima del éxito soñado por los patricios y los plebeyos acomodados, pues los cónsules se ocupaban de tomar decisiones políticas, militares y de las ceremonias de Estado, de manera que quienes ostentaban este cargo estaban en el centro de la actividad pública. Hasta 153 a. C., el año en el cargo empezaba el 15 de marzo, pero más adelante la fecha cambió al 1 de enero. Al menos hasta finales del siglo II, durante su año en el cargo se esperaba que dirigieran campañas militares donde fuera necesario, y era posible que estuvieran en Roma sólo al principio y al final del año político. A pesar del aura de poder que rodeaba a los cónsules, tenían sólo un tiempo limitado para hacerse un nombre y, por otro lado, a un hombre ambicioso podía resultarle difícil esquivar la oposición de su colega.

El Senado, un cuerpo poderoso formado por antiguos magistrados, ofrecía su consejo a los cónsules y otros magistrados. En Roma, cualquiera que ocupara un cargo de autoridad o responsabilidad acudía de manera informal a las personas de mayor edad en quienes confiara en busca de consejo. En un nivel más humilde, el cabeza de familia consultaba a diversos miembros de su clan, mientras que un magistrado que estuviera fuera de Roma consultaba a los oficiales y amigos (*amici*) que lo habían acompañado. Cuando los magistrados eran elegidos por el pueblo tenían carta blanca para actuar como les pareciera mejor, y si necesitaban consejo o ayuda inevitablemente acudían al Senado; cuando los magistrados consultaban el Senado iniciaban un debate libre y, normalmente, la opinión de la mayoría acababa plasmándose en un decreto (*senatus consultum*). A los cónsules y a los demás les resultaba difícil ignorar la opinión conjunta de los senadores por todo el pres-

tigio que acumulaban, el estatus y la experiencia sin rival del cuerpo. Por tanto, el Senado tenía una gran capacidad de influencia en los asuntos de Estado, podía resolver disputas entre magistrados así como adjudicarles su función y sus responsabilidades; en consecuencia, llegó a controlar la asignación del mando militar, los asuntos financieros, la gestión de las relaciones de Roma con las demás comunidades itálicas y los Estados extranjeros, y también estaba capacitado para proponer leyes. Por tanto, el hecho de que el Senado no pudiera legislar no suponía necesariamente una gran restricción de su poder. Así que era mucho más que un *concilium* pasivo, y sus decisiones a menudo se convertían en normas durante un largo periodo.

La legislación era responsabilidad de otras asambleas, en las que en cierto modo estaban representados todos los ciudadanos romanos varones. Sin embargo, la soberanía del pueblo romano estaba seriamente limitada. Los *comitia centuriata* estaban formados por todos los ciudadanos, que se dividían en 5 grupos según la riqueza, que, a su vez, se subdividían en 170 «centurias», con 23 centurias adicionales, incluidas las 18 de los *equites* (caballería). Probablemente a finales del siglo V a. C., cuando se introdujo el salario para las legiones y se gravó con un impuesto (*tributum*) a los ciudadanos romanos, el sistema tradicionalmente atribuido a Servio Tulio se alteró. Los grupos de mayor rango en el censo, que incluían a menos ciudadanos, tenían el mayor número de centurias; por ejemplo, el primer grupo estaba formado por los ciudadanos más ricos (con propiedades valoradas en 100 000 *ases*; un *as* = una libra de bronce) y formaban 80 centurias. Cada grupo se subdividía después en números iguales de centurias de *seniores* (46-60) y *iuniores* (17-45); dado que los ciudadanos más jóvenes debían de ser más numerosos, tenía que haber menos personas en las centurias de los *seniores*. Así, en términos políti-

cos, las decisiones de los *comitia centuriata* probablemente estaban sesgadas por la influencia de los miembros acaudalados y de mayor edad, presumiblemente de ideología más conservadora, puesto que las votaciones no se hacían por un recuento simple de voto individual, sino por centurias, que los ricos dominaban en números enormemente desproporcionados. Los proletarios (*proletarii*), quienes no tenían el número mínimo de propiedades, estaban agrupados en una sola centuria. Esta asamblea elegía a los magistrados (especialmente a los cónsules y a los pretores) y también podía aprobar leyes, declarar la guerra y firmar la paz.

En la *comitia plebis tributa* (o *concilium plebis*), que estaba formada sólo por plebeyos, y en la *comitia populi tributa*, que incluía a todo el pueblo (véase el capítulo 1), cada tribu territorial (que finalmente fueron 35) tenía un voto, pero la representación era injusta puesto que a los ciudadanos más pobres que vivían en el campo debía de resultarles muy difícil trasladarse hasta Roma a votar, lo que tenía como consecuencia inmediata que el voto de las tribus rurales estaba dominado por los más acaudalados. La enorme población urbana de Roma estaba repartida en cuatro tribus; sin embargo, éstas debían de tener un impacto desproporcionado en las votaciones, ya que podían estar influidas o intimidadas por las grandes familias nobles. Ambas asambleas podían elegir a magistrados sólo a partir de los candidatos que les proponían, y carecían de cualquier poder sobre las propuestas de legislación; ellos podían simplemente aceptar o rechazar, y no presentar enmiendas. Quienes quisieran hablar tenían que ser invitados por el magistrado que presidiera la sesión (que solía ser un aristócrata). No obstante, la *concilium plebis* en particular fue el foco de la agitación política, especialmente en la elección de tribunos de la plebe y en la aceptación de leyes (*plebiscita*), que, a partir de la *Lex Hortensia*, en el año 287 a. C., eran vinculantes para

todo el pueblo.

Conforme Roma crecía más ambiciosamente y adquiría más responsabilidad, el Gobierno requería más magistrados. El pretor ostentaba el *imperium* (el poder para dar órdenes y exigir obediencia), y si los cónsules estaban ausentes, él era el magistrado de mayor poder de Roma y llegó a desempeñar un importante papel en vistas de casos legales; probablemente después de 244 a. C., se estableció una segunda pretura. Dos cuestores (normalmente de una edad de entre 27 y 30 años) servían como oficiales financieros de los cónsules, pero se necesitaron más para administrar el tesoro del Estado y para otras funciones: a finales de la República eran veinte. Cuando un cuestor dejaba su puesto, se esperaba que pasara a formar parte del Senado. Los ediles, que empezaron como secretarios virtuales de los tribunos de la plebe, llegaron a supervisar los edificios y las instalaciones de la ciudad de Roma, incluidos el suministro de agua y el mercado. Las diez tribunas de la plebe elegidas anualmente mediante el *concilium plebis*, además de proteger la vida y las posesiones de plebeyos contra el ejercicio del poder de un magistrado (*ius auxilii*), eran sagradas (estaban protegidas del ataque bajo pena de una sanción religiosa), podían convocar reuniones del *concilium plebis* y proponer resoluciones; y lo que era más importante: tenían derecho a vetar cualquier acción de otro magistrado que tuviera relación con la Administración del Estado. Por consiguiente, potencialmente eran poderosos protectores de los derechos populares y de la soberanía del pueblo, tal y como Polibio enfatizaba:

> «Los tribunos han de atender siempre al parecer del pueblo e inquirir previamente, en cualquier caso, cuál es su voluntad. De manera que, según todo lo dicho, el Senado ha de respetar y tener siempre en cuenta al pueblo» (6.16.5).

Polibio pensaba que este era un elemento importante para convencer al Senado de que velara por la voluntad del pueblo. De hecho, el cargo de tribuno iba a convertirse en un puesto

crucial y potencialmente perturbador en la República tardía, cuando el consenso político descendía. En ocasiones, a los hijos de senadores se los nombraba *tribunus militum* (seis en cada legión), un cargo normalmente ocupado por hombres de rango ecuestre, como primer paso para empezar su servicio al Estado. El principal cargo no militar al que podía aspirar un senador que había sido cónsul era el de censor, puesto creado el año 443; se elegía a dos cada cuatro o cinco años, y el periodo de servicio era de dieciocho años; el cargo conllevaba un enorme prestigio, pues quien lo ocupaba realizaba el censo de la población romana y decidía quiénes eran los miembros adecuados para incorporarse al Senado; también organizaba lucrativos contratos públicos.

Cuando los romanos establecieron una presencia permanente en tierras fuera de Italia, decidieron que se podía prorrogar el *imperium* de un magistrado veterano, tras cumplir su cargo (normalmente durante un año, aunque a menudo se prolongaba durante más tiempo), lo que le permitía ejercer un control militar, así como someter al gobierno de Roma a esas áreas determinadas. El magistrado, entonces, ejercía su *imperium* en una *provincia* (su ámbito de operaciones), una palabra que más tarde llegó a describir un área territorial, la provincia, y él tenía el título de procónsul o propretor que dependía de su estatus, puesto que también se otorgaba a los antiguos pretores.

La influencia de las clases superiores en el gobierno, en la sociedad y en la organización religiosa seguía siendo enorme. Esto se acentuó mediante la práctica de la *clientela*: consistía en que los individuos de un estatus inferior (clientes) a los que se juzgaba eran personalmente dependientes de una persona de mayor estatus social (patrón), al que le ofrecían apoyo político votando por él o atendiéndolo en público en reuniones políticas e incluso llegaban a agredir a sus oponentes; como

recompensa, el hombre poderoso ofrecía beneficios en especies, como préstamos o protección, usando por ejemplo su influencia en los tribunales. De este modo, las familias aristocráticas conseguían que la plebe de Roma obedeciera sus deseos y manipulaban los cargos políticos, puesto que un hombre prominente podía extender su influencia entre otros senadores y manipular a sus clientes para apoyar a sus amigos. La obligación de la *clientela* podía extenderse a los *equites*, que originalmente habían servido en la caballería y, en consecuencia, formaron un rico y bien conectado grupo, al margen del Senado, junto con otras personas que estaban bien posicionadas, lo cual era aceptable siempre y cuando existiera un consenso con el gobierno real del Estado. Sin embargo, si éste se venía abajo, el resentimiento nunca quedaba muy lejos de la superficie.

En resumen, el pueblo romano era técnicamente soberano y se necesitaba su visto bueno para legislar y declarar la guerra, pero en última instancia esa circunstancia era de gran utilidad para las clases superiores, ya que necesitaban el apoyo popular para la campañas militares, dado que el pueblo tenía que luchar en ellas. Los senadores esperaban decidir quién dirigiría a las legiones, si bien las votaciones populares podían frustrar sus intenciones. Aunque la constitución no era completamente democrática, quien decidiera dar más importancia al elemento popular por fines personales o quería conseguir el voto del pueblo sabía que debería dar algún beneficio a cambio. Polibio también observó astutamente que la posibilidad de usar una institución del Estado para arruinar a otra acabaría provocando compromisos.

El gobierno de la República romana funcionaba mediante la cooperación entre los cónsules, otros magistrados, el Senado y las asambleas. Dentro del Senado, la edad, el mérito, la reputación y el prestigio (*dignitas*) permitían a unos pocos hombres tener una voz particularmente influyente, pero la mayoría habría estado de acuerdo en la importancia del *statu quo* y en el derecho a la libre competición por el cargo y el honor entre hombres de respetabilidad asentada. Y, por supuesto, las grandes familias senatoriales nunca presentaban una foto invariable, puesto que algunos morían, mientras que otros eran admitidos y conseguían distinción cuando obtenían un cargo. A inicios del siglo III a. C. había menos reglas para acceder a un cargo, aunque se esperaba que se hubiera realizado algún servicio militar antes de llegar a ser cónsul. La élite necesitaba asegurarse de que hubiera suficientes ventajas en el cargo para alcanzarlo, y el Senado llevaba tiempo luchando para proteger su posición contra los hombres que habían alcanzado demasiado poder o influencia gracias a mantenerse en el cargo de cónsul diversas veces seguidas y que, por tanto, se sentían capaces de ignorar la opinión del Senado. En el año 342, se requería un intervalo de una década entre las magistraturas, y alrededor del año 197 se decidió que todos los candidatos al consulado debían haber sido pretores. La *Lex Villia annalis* del año 180 a. C. estableció unos límites de edad mínima para ostentar el cargo (42 en el caso del consulado). El grupo dominante intentó regular el acceso a las recompensas por el éxito político y militar, y promocionar una detallada estructura para pasar de un cargo a otro (*cursus honorum*). De hecho, los frenos y los equilibrios que Polibio había destacado en la constitución romana podían usarse para bloquear medidas innovadoras, y buena parte de la élite albergaba una preo-

cupación, no completamente cínica, por la perduración de las prácticas tradicionales.

Sin embargo, cada vez había más signos de crisis en la autoridad natural del Senado y las normas políticas establecidas. Por ejemplo, T. Quincio Flaminino fue elegido el año 198 a. C. y, aunque parece que sólo tuvo cargos menores previamente, explotó el favor que había ganado en 201 al organizar la distribución de tierras de los soldados veteranos de las campañas de Escipión el Africano. Después, en el año 152, M. Claudio Marcelo, que ya había sido cónsul en 155, fue elegido por tercera vez, desafiando la ley que requería un intervalo de diez años. Este caso desembocó en la creación de una ley para evitar ocupar el cargo de cónsul dos veces.

P. Escipión Emiliano fue elegido cónsul en 147 pese a ser cinco o seis años menor de la edad mínima requerida, y ni siquiera había sido pretor: su elección se produjo contra la voluntad del Senado, pero ante el fuerte apoyo popular, los tribunos aprobaron una enmienda que temporalmente suspendía la legislación relevante. La plebe lo votó para que comandara las tropas en la tercera guerra púnica contra Cartago; Escipión, a continuación, fue elegido cónsul el año 134, a pesar de la reciente ley que prohibía los segundos mandatos; y otra votación popular decidió que tomara el mando de la prolongada guerra contra Numancia en Hispania. Por supuesto, tenía patrocinadores aristocráticos, pero un Senado hostil le negó los fondos y el permiso de reclutamiento de soldados.

El respeto a la integridad del cargo de tribuno de la plebe y al veto era esencial, concretamente porque un tribuno podía parar cualquier asunto público. No obstante, gradualmente ese respeto también se erosionó. El año 143 a. C., Apio Claudio Pulcro celebró un triunfo sin la aprobación del Senado, y cuando un tribuno intentó interponer su veto, Claudio montó

a su hija, una virgen vestal, con él en el carro triunfal y evitó su aplicación, puesto que nadie se atrevería a intervenir por respeto a la vestal. Tres años después, cuando un tribuno intentó usar su veto para evitar que Cepión, cónsul en 140, tomara el mando en Hispania, éste amenazó con usar la fuerza. Se estaba creando un clima en el que la falta de respeto para las instituciones y prácticas establecidas se toleraban, mientras los senadores maniobraban cada vez más y con menos escrúpulos para conseguir el poder político. Por tanto, había signos perturbadores de que los hombres de las clases superiores podían labrarse un prestigio político y una carrera revolucionaria sobre los pilares gemelos del apoyo del pueblo y la tradicional prerrogativa del senador de dirigir un ejército. Detrás de todo esto, acechaba la amenaza de la violencia. El papel del pueblo era impredecible, puesto que esperaba que aquellos que recibieran su apoyo cumplirían sus promesas y se ocuparían de sus problemas; en caso de que no fuera así, cabía la posibilidad de que el pueblo se revolviera violentamente en contra de quien lo traicionara.

En la República romana, los partidos políticos no existían en el sentido moderno, es decir, con unos miembros fijos y políticas claramente articuladas, ni se organizaban para votar por mayoría en las asambleas. En lugar de eso, buena parte de la política dependía de que miembros individuales de la aristocracia se unieran a las personas con las que compartieran una determinada visión o a quienes pudieran convencer o engatusar para que los apoyaran. Así, se creaban grupos basados vagamente en la amistad, en intereses comunes, o en el apoyo de los clientes. De este modo, surgieron las agrupaciones políticas, pero eran fluidas e inestables, puesto que los simpatizantes podían ir y venir, y los miembros del grupo podían no estar de acuerdo en todos los asuntos. En el siglo II a. C., cuando la competición se volvió más intensa y la ambición personal eclipsó la preocupación por el Estado, surgieron dos grupos políticos: los *optimates* y los *populares*.

Los *optimates*, las supuestas personas de alto rango, eran aristócratas u hombres adinerados con propiedades que proteger cuyo objetivo fundamental era preservar el *statu quo*, ya que pensaban que era la mejor manera de garantizar su propio prestigio, influencia y el acceso a las riquezas que generaban las conquistas. Continuaron con la forma tradicional de actuar de las estructuras políticas y no pusieron trabas al derecho de competir con sus colegas. Aunque solían oponerse a la excesiva influencia del pueblo, a veces buscaban el apoyo popular en un alarde de cinismo y manipulación, y conseguían tribunos dóciles a la hora de usar su veto. También intentaron bloquear las asignaciones de mandos militares especiales que parecían ofrecer posibilidades especiales a un individuo.

Los *populares* solían ser del mismo rango social, como los *optimates*, y también perseguían logros políticos que los bene-

ficiaran, pero estaban preparados para dar un giro a las prácticas y alianzas políticas tradicionales, sobre todo buscando el apoyo popular y poniendo en marcha medidas que beneficiaran al pueblo, como el reparto de tierra entre los ciudadanos más pobres, las fundaciones coloniales, los subsidios por el trigo y la atenuación de las deudas. Los tribunos de la plebe podían a menudo presentar unas medidas semejantes y pasarlas al *concilium plebis*, a pesar de la oposición del Senado. Los tribunos podrían promover los intereses de un senador destacado apoyando su candidatura para el mando de una misión militar, con la esperanza de conseguir una ayuda recíproca por su éxito. No existía ninguna política coherente y muchos de los que usaban métodos *popularis* tenían motivos egoístas o delirios de grandeza, mientras que algunos realmente creían en la necesidad de una reforma. Ambos grupos políticos usaban los tribunales para demandar y arruinar la reputación de un oponente mediante alguna acusación, y nadie se mostraba en contra de explotar la religión del Estado para bloquear sucesos indeseables. Sin embargo, algunos grupos operaban de forma inconsistente y con diferentes niveles de intensidad. La contienda entre *optimates* y *populares*, aunque a menudo se centraba en ambiciones personales, también reflejaba una seria cuestión política subyacente: ¿hasta dónde se extendía la soberanía popular y en qué sentido y hasta qué punto los tribunos de la plebe eran auténticos representantes? Cicerón, en su discurso político a favor de Sestio, habló de los grupos enfrentados:

> «Los políticos romanos que estaban ansiosos de llegar a la cima siempre han pertenecido a dos categorías ampliamente definidas, los *populares* y los *optimates*, los hombres del pueblo y los hombres de altura, y la elección de su nombre es una buena guía para comprender su política. Quienes desean encomendarse a las masas tanto de palabra como por su comportamiento son los *populares*, y quienes tienen como objetivo dedicar toda sus políticas a los mejores elementos de nuestra ciudad son los *optimates*» (*En defensa de Sexto*, 96).

Cicerón, que por supuesto daba todo su apoyo a los *optimates*, continúa definiendo a los mejores líderes de opinión en el Senado y a aquellos que los seguían, incluidos los *equites*, la población rural de Italia y sus líderes, e incluso los libertos. Sus objetivos eran la paz, el orden y el honor para quienes los merecían.

Las Doce Tablas sugieren que el modo de vida en Roma era en gran medida agrario (igual que en la mayoría de las demás sociedades itálicas) en el siglo V a. C. La agricultura seguiría siendo la base esencial de la actividad económica de Roma, gracias a los terratenientes que trabajaban su tierra; las tierras de labranza y la viticultura eran más comunes que la ganadería. La base de la riqueza de las clases adineradas era también la tierra, y la agricultura siguió siendo un importante indicador de riqueza durante la mayor parte de la historia romana. Aunque también se usaba un sistema monetario, las transacciones se realizaban con bronce, que se medía al peso. Las monedas probablemente no se usaron hasta alrededor del 300 a. C., pero tal y como el profesor Michael Crawford ha señalado, la fase más importante del desarrollo del dinero fue el momento en el que el Estado estableció una unidad metálica fija, lo que ocurrió en un momento bastante temprano en Roma. Es posible que Servio Tulio instituyera el *as* (libra de bronce) como la unidad aceptada por todos. Al margen de la agricultura, el comercio inicialmente estaba sólo limitado a objetos esenciales o a unos cuantos bienes de lujo para las clases acomodadas, y a los comerciantes no se les tenía demasiado respeto, aunque con el tiempo muchos se hicieron ricos así. La producción se llevaba a cabo a pequeña escala, y normalmente se encargaban de ella individuos o pequeños grupos que elaboraban objetos para el uso diario como ladrillos, tejas y jarras, trabajaban el cuero o hacían prendas de ropa.

El desarrollo económico se veía constreñido porque no existían facilidades de préstamo a gran escala, y porque el aprovechamiento de las grandes extensiones de terreno, que a menudo estaban dedicadas al cultivo de cereales, era limitado. La esclavitud era una característica más de esta sociedad y su

número podía llegar a alcanzar los dos millones en Italia a finales de la República. Las campañas bélicas en el exterior de Italia llevadas a cabo en los siglos II y I a. C. proporcionaban la mayor cantidad de esclavos, aunque el bandidaje y la piratería también eran fuentes importantes; asimismo, la compraventa de esclavos también se veía facilitada por las actividades empresariales de los comerciantes de esclavos. Su número aumentaba por los hijos fruto de las uniones entre esclavos, que a menudo alentaban sus mismos propietarios. Cada vez más, los esclavos se usaban para trabajar la tierra de los ricos propietarios de grandes extensiones de campo (*latifundia*), aunque el impacto de esta circunstancia en el desarrollo de los nuevos métodos de cultivo de la tierra (ya que los propietarios de esclavos no necesitaban idear recursos para ahorrar trabajo) probablemente se ha exagerado.

El problema del transporte terrestre era un obstáculo más serio. Las vías principales eran relativamente escasas e inicialmente estaban pensadas para un uso militar, e incluso por una ruta pavimentada los carros se movían lentamente y la energía de tiro de los animales era limitada. Si nos basamos en un cálculo para mover el trigo, el coste del transporte por tierra mediante una carreta sería entre el 36,7 y el 73,4 por 100 del valor del trigo por cada cien millas romanas. El esfuerzo que implicaba lo habría hecho muy caro. En concreto, las cargas pesadas podían ser transportadas en carretas tiradas por bueyes, pero en entornos con colinas, podían viajar a sólo cinco o seis millas al día. La energía de tiro de los animales de carga era limitada, aunque los burros, que podían moverse por el terreno con firmeza y eran relativamente baratos de mantener, podían cargar hasta 150 kilos. Por otro lado, el transporte en barco por el Mediterráneo era mucho más barato, pero requería una inversión inicial considerable. Por mar, los barcos mercantes a vela podían alcanzar de promedio los dos nudos

con viento a favor de Roma a Alejandría. Un barco más pequeño y que navegara más rápido podía alcanzar los cuatro nudos y medio o incluso los cinco. Un pequeño barco mercante tenía unas 150 toneladas de capacidad de cargamento; muchos podían cargar entre 400 y 500 toneladas y, unos pocos, hasta 1000 toneladas. Transportar mercancías por ríos navegables era importante, aunque a menudo se hacía a pequeña escala; es difícil calcular la velocidad que podían alcanzar los barcos a vela o a remo, a contracorriente, por los ríos navegables. Quizás un barco de río de un tamaño medio de seis toneladas podía realizar de promedio de nueve a diez kilómetros río arriba cada día, mientras que en un barco tirado a cuerda por dos hombres se podían transportar de 80 a 100 toneladas, a lo largo de catorce kilómetros en un día. Si hacemos un cálculo razonable de las proporciones de coste de los diferentes modos de transporte son, a grandes rasgos: mar – 1; ríos – 4,9; carreteras – 28-56. En Italia, el Tíber era muy importante, especialmente como ruta para los bienes importados a través de Ostia o Puteoli hacia Roma. En el norte de Italia, el Po (*Padus*) y sus afluentes destacaban como rutas de comunicación tanto a lo largo de los ríos navegables como por sus valles. Eran valiosos incluso dentro del área de la Galia Cisalpina, aunque el estuario del Po estaba muy lejos de Roma, lo que incrementaba el gasto del transporte de los bienes.

Las conquistas y la absorción de tierra fértil de los pueblos derrotados, así como la fundación de colonias, habían mantenido y aumentado la riqueza y el estatus de Roma. La adquisición de tierras trajo consigo nuevos desarrollos en la agricultura. Aunque la producción de cereales en Italia siguió siendo importante y era necesaria para la subsistencia, se cultivaron otros productos más comerciales, como olivos y viñedos, aunque éstos tendían a beneficiar a los ricos, ya que obtener sus frutos requería algunos años. La ganadería adquirió más im-

portancia, y conforme los romanos controlaban cada vez más y más tierra en el sur de Italia, la trashumancia era más rentable. Esta práctica requería trasladar a los animales para pastar en zonas altas en verano, y volverlos a conducir a las zonas de pasto bajas en invierno; cuanto más amplia fuera el área controlada, con más eficiencia funcionaba. La posesión de la tierra seguía siendo la principal forma de medir la riqueza, y aunque muchos hombres ricos adquirían grandes extensiones de terrenos, otros eran dueños de varias propiedades más pequeñas en diferentes áreas de Italia. Se podía argumentar que era un buen seguro contra el mal tiempo y las malas cosechas en una sola ubicación. La importancia de la tierra como riqueza se confirmó simbólicamente mediante una ley del año 218 a. C. que restringía la cantidad de barcos de mar que un senador podía tener; esto era obviamente algo que un caballero no debería hacer públicamente (los senadores podrían, por supuesto, contratar a otros que dirigieran los barcos en su nombre).

La gente más pobre necesariamente cultivaba pequeñas áreas de terreno. La distribución tradicional para los colonos a menudo no llegaba a más de diez *iugera* (1 *iugerum* = 0,252 hectáreas), de modo que a una familia le costaba cumplir sus objetivos. Sin embargo, los granjeros pobres esperaban poder explotar los terrenos públicos y llevar a sus animales allí, y buscaban trabajo como temporeros en el periodo de la cosecha en los grandes latifundios. En ese sentido, no habrían entrado en competición directa con los esclavos, puesto que no resultaba económico comprarlos para un trabajo a tan corto plazo.

Quienes se habían involucrado en la producción y la artesanía ahora tenían más oportunidades: el mercado de los objetos cotidianos estaba en alza porque los ricos debían mantener residencias grandes y ostentosas para demostrar su estatus en la

sociedad; así que debían comprar recipientes de cerámica, herramientas para la casa, ropa y zapatos; los objetos de lujo podían importarse, pero resultaban muy caros por los gastos del transporte. La fabricación de armas era obviamente un negocio con una demanda constante, pues las batallas anuales continuaban. En la primera guerra púnica, los romanos descubrieron que necesitaban luchar en el mar, de manera que había que encontrar a hombres que pudieran construir y mantener los barcos. La ciudad de Roma, en continuo crecimiento, reflejaba la presencia de sus artesanos o fabricantes en los nombres de los barrios o las calles, que se conservaron en la ciudad tardía; por ejemplo, estaba la calle de los fabricantes de guadañas, de los ceramistas, de los plateros, de los fabricantes de sandalias e incluso de los fabricantes de perfume.

Aunque los esclavos y libertos hacían buena parte del trabajo, los hombres libres también trabajaban cargando y descargando barcos en los muelles. El primer puerto que se construyó fue el Portus Tiberinus, cerca del Pons Aemilius, al sur de la isla de Tíber, puesto que así permitía explotar la curva del río. Más tarde, cuando se comprobó que ya no bastaba, se erigió la principal instalación del puerto a finales del siglo III y a principios del II a. C., al sur del puente Sublicio, que consistía en una gran construcción techada para la revisión y el almacenaje de los bienes; los barcos se descargaban en muelles de piedra, que se construyeron en torno al año 174 a. C., y se extendían a lo largo de un kilómetro.

El Gobierno de la República no obtenía grandes ingresos de los impuestos; quienes tenían la suficiente riqueza para hacer el servicio militar (*assidui*) debían pagar un 0,1 por 100 de impuestos, pero esa tasa se abolió el año 167 a. C.; no obstante, se imponían tasas extraordinarias en tiempos de crisis, como cuando había que financiar la guerra contra Aníbal. También se recaudaban impuestos de aduanas y por las ventas

en las subastas; los alquileres sobre la tierra pública podían proporcionar asimismo ciertos ingresos, pero conforme el imperio de Roma crecía en el extranjero, la principal fuente de riqueza provenía de los impuestos que se recaudaban en los pueblos sometidos. A principios del siglo I a. C., se podía calcular que rondaban los 50 millones de *denarii* al año. Aparecían nuevas oportunidades de negocio y las compañías de recaudación de impuestos (*societates*) crecieron; los accionistas (normalmente *equites*) pujaban por un contrato para recaudar impuestos en una provincia, lo que significaba que el Gobierno tenía una suma de dinero asegurada inmediatamente y no debía desplegar a sus propios oficiales; la empresa tenía entonces que recaudar esa suma más todo el beneficio que pudieran conseguir.

Los botines de las campañas militares con éxito aumentaron los recursos del Estado, aunque buena parte de esos ingresos iban directamente a los bolsillos de los soldados, y una proporción mucho mayor a los de sus generales. Por otro lado, el gasto del Estado no dejaba de subir continuamente, en concreto la necesidad de financiar las guerras en el extranjero, proporcionar suministros al ejército y pagar a los soldados. Roma se estaba convirtiendo en un gran centro urbano, lo que requería construir edificios públicos apropiados y sofisticados y una infraestructura segura y, en este sentido, un amplio suministro de agua era crucial. Ya en el siglo IV a. C., la ambición y las habilidades en la ingeniería del Gobierno temprano saltan a la vista en la construcción del *aqua Appia* en 312 para llevar agua a la ciudad, principalmente por túneles subterráneos. En 272 el *aqua Anio Vetus* se conectó al río Anio y llevó agua fresca a Roma a largas distancias. El *aqua Marcia* en 144 fue el primer acueducto de Roma que llevaba el agua por un canal (90 centímetros de ancho por 2,4 metros de alto) y estaba apoyado en arcos; tenía aproximadamente unos 91

kilómetros de longitud y fue tremendamente caro de construir (unos 45 millones de *denarii*). La población también contaba con una celebración de juegos y festivales adecuada, y los más pobres incluso esperaban donativos de maíz, todo lo cual se convirtió en un argumento político en el siglo I.

La sofisticación económica en pleno desarrollo de Roma contribuyó a un sistema más elaborado de monedas. Las victorias militares de Italia habían aportado suministros de metales preciosos (oro, plata y bronce) y, por tanto, existía la oportunidad de acuñar monedas. Las ciudades griegas en el sur de Italia ya tenían un sistema desarrollado, de manera que los romanos no tuvieron que ir muy lejos para encontrar un ejemplo.

La primera moneda romana conocida se acuñó en el año 326 a. C., con la leyenda «de los romanos». En torno al año 270 y siguientes, apareció una moneda regular que llevaba el nombre de «Roma», y en torno al 211, Roma acuñaba monedas de bronce (el *as*, que pesaba dos libras) y monedas de plata (el *denarius*, que valía diez *asses* y más o menos equivalía a un dracma griego). La producción de monedas estuvo limitada hasta el año 157, cuando se acuñó una tanda mayor de monedas de plata, gracias a los saqueos y a la producción de plata de las minas de Macedonia. Las monedas romanas, que se habían convertido en el medio aceptado de intercambio en Italia, ahora se extendían a las tierras extranjeras dominadas por Roma. Allí, las monedas ya no llevaban inscrito el nombre de Roma, puesto que ahora resultaba obvio qué Estado las acuñaba. Se requerían grandes cantidades porque suponían una manera muy conveniente de financiar grandes e importantes proyectos, como construir acueductos, pagar al ejército y recaudar impuestos. La producción real de monedas estaba organizada por hombres jóvenes de las clases superiores que empezaban a abrirse camino en la vida política, y eligieron

tipos que dejaban claro el estatus de sus familias. Con el tiempo, mediante la acuñación de monedas, las clases poderosas consiguieron transmitir un mensaje por toda Roma.

Las cifras del censo, que incluía a todos los ciudadanos varones adultos, recopiladas por el Estado romano se preservan desde el siglo III hasta el II a. C., y aunque sin duda son imprecisas y apenas incluían a los más pobres que no pagaban impuestos, como mínimo nos permiten ver cómo se iba desarrollando el Estado. En el año 233 a. C., había registrados 270 713 ciudadanos; a partir de 189 a. C., cuando el registro es de 258 318 ciudadanos, se produce un aumento irregular hasta el año 164 a. C. (337 452), y a continuación un cierto descenso, hasta 136 a. C. (317 933). Es posible que, en este contexto, con un aumento general de la población, los *assidui*, es decir, los ciudadanos con las propiedades suficientes para servir en la legión, disminuyeran significativamente. Se pueden ver pruebas de este problema en la reducción gradual de esa cualificación, que pasó de los 11 000 *asses* originales a los 1500 antes del año 141 a. C.

Además, en este periodo la proporción de italianos que servían con los ejércitos romanos aumentó, y en el siglo II igualaban al número de romanos en servicio. Todavía se encuentran pruebas más convincentes en los altercados que acompañaban a los reclutamientos, porque los soldados se mostraban reticentes a servir, a continuar en el servicio o a ser llamados de nuevo. Los comandantes, naturalmente, preferían a las tropas experimentadas. En algunos casos, los cónsules que dirigían los reclutamientos eran enviados a prisión por tribunos que protegían los intereses de los reclutas que protestaban. Buena parte de esta situación se debía a los problemas particulares de las largas campañas en Hispania por las que no se obtenían recompensas.

El proceso de reclutamiento está unido al desarrollo económico en Italia y a la explotación de los beneficios del imperio

por parte de la élite. Los granjeros más pobres estaban perdiendo sus lotes de tierra necesarios para alcanzar la cualificación para realizar el servicio militar y mantener la vida familiar. Los ricos buscaban aumentar el tamaño de sus fincas, cosa que conseguían absorbiendo la tierra de los granjeros más pobres y ocupando áreas de terreno público (*ager publicus*), un recurso esencial para los pobres.

La trashumancia entre los pastos de invierno y verano requería vastos terrenos de pasto para los rebaños más grandes. Sin duda, algunos pequeños granjeros estaban dispuestos a vender, con la esperanza de hacer fortuna en Roma o en las ciudades italianas, en zonas que daban cosechas fértiles en el imperio que estaba en pleno desarrollo en el este. Sin embargo, los investigadores han argumentado durante mucho tiempo que el servicio militar contribuyó al declive de los pequeños granjeros de Italia y eso condujo a una disminución de personas con la cantidad necesaria de riqueza para acceder a la cualificación de recluta. Este proceso se había vuelto tan serio a finales de la última parte del siglo II a. C. que influyó a Tiberio Graco en su determinación de reformar el sistema (véase el capítulo 4). Cuando un hombre servía en el ejército durante largos periodos sin volver a casa, era fácil que algún vecino avaricioso y más poderoso se apoderara de su tierra. La mujer de un soldado ausente y el resto de su familia no estaban en igualdad de condiciones para luchar por mantener la propiedad y eso los llevaba a vender. Después de verse forzados a abandonar sus tierras, los desposeídos tenían pocas oportunidades. Antes, podrían haber escapado a una colonia; la provisión de colonias y las adjudicaciones de tierras para los colonos habían sido muy importantes desde principios del siglo II, pero todo esto cambió cuando la necesidad estratégica de Italia respecto a las colonias disminuyó. El Senado no estaba dispuesto a ayudar, tal y como puede verse por la furibunda

oposición a una ley propuesta por el tribuno C. Flaminio en 232 para distribuir algunos terrenos públicos en lotes individuales; por supuesto, su proposición le habría garantizado un entusiasta apoyo popular. La idea volvió a resurgir cerca de cien años después, cuando C. Lelio (cónsul en 140) propuso la distribución de tierra entre los pobres para que tuvieran suficientes propiedades y, de ese modo, pudieran registrarse para servir en el ejército (Plutarco, *Tiberio Graco* 8). Prudentemente, se echó atrás al encontrarse con una fuerte oposición senatorial. A partir de ese momento, el apoyo a nuevas colonias se convirtió en un elemento básico de los argumentos de los *populares* para conseguir el apoyo del pueblo.

Plutarco y Apiano indican que el número de pequeños propietarios estaba disminuyendo y que ello traía serias consecuencias militares. Apiano resume la situación:

> «Así pues, hombres poderosos se hicieron muy ricos, y la esclavitud se multiplicó por todo el país mientras que los itálicos se enfrentaban a un declive y a una reducción de sus recursos humanos, puesto que la pobreza, los impuestos y el servicio militar los habían debilitado» (*Guerra Civil* 1.7).

No obstante, tanto Apiano como Plutarco eran griegos que escribían en el siglo II d. C., mucho después de los sucesos, y las fuentes que usaban estaban sujetas al tipo de propaganda política que las facciones enfrentadas se esforzaban por divulgar después de los traumáticos tribunados de los Graco. Sin embargo, Plutarco sí reproduce un discurso pronunciado por Tiberio Graco (*Tiberius Gracchus* 9.5) en el que denunciaba que los hombres que habían luchado por Roma vagaban sin casa con sus mujeres e hijos. Aunque puede ser exagerado, Graco tenía la absoluta certeza de que el servicio en el ejército había reducido a los hombres a una situación crítica: «Los (romanos) luchaban y morían por el lujo y la riqueza de los otros; se dice que son los dueños del mundo, pero no tienen ni un terrón de suelo que llamar suyo».

Sin embargo, resulta dudoso hasta qué punto el servicio militar de un año y la agricultura de subsistencia estaban en conflicto en la República media. En primer lugar, para mantener la granja y producir suficiente comida para la familia, el típico agricultor de subsistencia podría haber prescindido del trabajo de uno o incluso de dos hijos (para el servicio militar). En segundo lugar, la edad del matrimonio de los hombres en Roma (que solía rondar los treinta años) estaba muy por encima de la edad de llamada a filas (los diecisiete), y por tanto, es probable que la leva de personas que eran el sustento de su familia con hijos jóvenes habría sido extraña. En tercer lugar, la mayoría de reclutas eran probablemente hombres jóvenes solteros, y no necesitaban cultivar la tierra de la granja familiar, y no se esperaba de ellos que mantuvieran a su propia familia. Por el contrario, los soldados mayores, que tenían más posibilidades de estar casados, servían en el tercer rango (*triarii*) de las legiones y, como generalmente solían estar en la reserva, tenían un índice de mortalidad bastante bajo. Así que, incluso si había un alto índice de mortalidad en el ejército de la República media (y un cálculo lo sitúa en torno al 40 por 100), quienes morían no eran los padres que engendraban hijos, de manera que hasta cierto punto las estructuras familiares podían permanecer intactas, y por tanto no habría existido ninguna sangría insostenible de pequeños agricultores.

Por supuesto, sería ridículo negar que las duras campañas anuales tuvieron un grave impacto en la agricultura rural y que los ricos sin escrúpulos podían sin duda encontrar alguna manera de doblegar a los pobres granjeros, cuyas vidas se habían visto afectadas y su salud disminuyó mediante el servicio militar. No obstante, lo importante es que la crisis agraria que provocó que Tiberio Graco entrara en acción en 133 a. C. tuvo orígenes complejos. Las cifras del censo muestran una población en aumento, y si el grueso de este aumento estaba

entre la clase rural de pequeños agricultores, la presión sobre la tierra disponible habría aumentado; la práctica de subdividir la herencia entre todos los hijos idóneos habría hecho empeorar la situación. En resumen, había muchas personas que intentaban empezar su vida, pero no había tierra para todas ellas, y los pequeños terratenientes eran incapaces de conseguir beneficios económicos. Durante ese periodo, el acceso a la tierra y la prevalencia de la deuda fueron las principales preocupaciones de las clases inferiores.

Roma había sido una ciudad-Estado provinciana, pero estaba cambiando rápidamente para convertirse en una sede poderosa, en continuo desarrollo y con las miras puestas en el futuro, con una conexión muy cercana al mundo mediterráneo. La élite gobernante, que era innovadora y estaba dispuesta a adaptarse, ayudó en este proceso. Años de continuos avances militares de la legiones provocaron cambios en el modo de vida romano tradicional gracias a la afluencia de impresionantes riquezas, botines y artefactos; había también grandes indemnizaciones de guerra, como la que tuvo que pagar la derrotada Cartago.

Las recompensas de adjudicación de cargos y mandos militares eran ahora mayores y suponían un fuerte incentivo para presentarse para las elecciones. Sin embargo, el éxito traía consigo importantes problemas. Algunos senadores cosecharon tanto éxito y carisma que consiguieron un apoyo popular tan imparable que hacía sombra a la oligarquía y al bien común. Muchos amasaron una fortuna excesiva y lo demostraban con una exposición pública embarazosa. Por ejemplo, L. Emilio Paulo, que derrotó a los macedonios en el años 168 a. C., tenía una finca por valor de 360 000 *denarii*, pero no se lo consideraba excepcionalmente rico. El desfalco de los fondos del Estado era una práctica común y el soborno se convirtió en la solución a muchos problemas políticos. Una serie de leyes contra el gasto privado que afectaba a las clases superiores intentó moderar los alardes y proteger a aquellos que no querían o no podían seguir el ritmo de la vida extravagante de los extremadamente ricos. Por ejemplo, las leyes limitaban el número de invitados a las fiestas de cenas y regulaba el tipo de comida que podía servirse, así como la cantidad que podía gastarse en una cena.

Los senadores, al menos, reconocían los mayores problemas. Se aprobó una ley el año 159 a. C. contra los sobornos y, más tarde, se instauró el voto secreto para las elecciones. Catón destacó la importancia de (su) ejemplo personal, y lamentó la pérdida de la moralidad tradicional de la pequeña ciudad; no obstante, resulta interesante que sintiera la necesidad de aclarar esto:

> «Nunca he dividido las ganancias, ni nada he obtenido de una victoria sobre el enemigo, ni he repartido el botín entre unos cuantos de mis amigos, de manera que nunca he privado de su recompensa a quienes la consiguieron… Nunca he distribuido las asignaciones para el vino de los soldados entre mis empleados y amigos, ni he permitido que se enriquecieran a expensas del Estado» (Malcovati, 1953, p. 70, 44 173).

El Senado también reguló la asignación de cargos aumentando el número de pretores; el año 197 a. C., se eligieron seis. Aunque esto proporcionaba más oportunidades para los ambiciosos, también añadía presión a las elecciones de los cónsules, pues seguía habiendo sólo dos vacantes anuales. En este contexto, podemos comprender los intentos por restringir el tiempo que los cónsules podían repetir en su cargo. Las buenas intenciones del Senado hacia el Gobierno se plasmaron en una ley en 149 (*Lex Calpurnia*), que intentaba regular el desgobierno en las provincias estableciendo una corte senatorial con reglas de procedimiento. Aquello fue un principio, pero su impacto era limitado, ya que los demandantes sólo podían exigir el pago de los daños. Además, los gobernadores tendieron a extender las costumbres sociales tradicionales de patrón y cliente a las provincias, creando redes de dependientes que a veces hacían los procedimientos difíciles.

Después de la derrota de Aníbal el año 202 a. C., buena parte de la atención de Roma se había centrado en el este, lo que ayudó a crear el telón de fondo necesario para que la aristocracia romana se involucrara en el mundo cosmopolita de la ideología política, la literatura y la filosofía de los griegos, «el

más sabio de todos los pueblos», tal y como Livio los describió (39.8). En parte, esto se debió a la elección y al gusto individual, pero hay que conceder el mérito a las clases altas de Roma por la comprensión e inteligencia que demostraron, en términos políticos, al encontrar inmediatamente un enfoque diplomático para tratar con las comunidades griegas que respondieron favorablemente a la presencia romana. Los romanos tenían muchos griegos a los que consultar, ya que, según Polibio, muchos vivían en Roma. El propio Polibio, tras estar bajo arresto domiciliario en Italia como un enemigo potencial de Roma y después de trabar amistad con P. Cornelio Escipión Emiliano, estaba en una muy buena posición para explicar «la esencia griega» al Gobierno.

Esta tenía dos aspectos: tradición y literatura. Existía un interés creciente en los juegos griegos y, en el año 186 a. C., M. Fulvio Nobilior llevó actores griegos a Roma y también organizó concursos de atletismo al estilo griego. Las clases altas, o bien para darse ínfulas o por un interés genuino, estaban ansiosas por demostrar que comprendían la cultura y la literatura griegas mediante la ayuda de profesores griegos o, incluso, hablando y escribiendo griego. Estos avances fueron la base de la cultura grecorromana para el resto de la historia de Roma y más allá, así como el inicio de un enfoque bilingüe que finalmente caracterizaría la Administración romana en el este. Por ejemplo, T. Quincio Flaminino, que desempeñaba un papel crucial en la aplicación de la política romana en Grecia, hablaba un griego excelente, y hemos visto que ya en torno al año 280, un embajador romano se había dirigido a la Asamblea de Tarento en Grecia (capítulo 1). Emilio Paulo eligió como su parte del botín la biblioteca del rey de Macedonia después de la batalla de Pidna, en el año 168 a. C. Este interés resultó una manera muy efectiva de entablar relaciones con los oponentes o los sometidos, y de reconocer todo en lo

que podían contribuir. Catón representa una visión razonablemente equilibrada de la fascinación contemporánea de los logros intelectuales de los griegos. Por un lado, hizo una mordaz crítica sobre los médicos de Grecia, que, en su opinión, podían llegar a destruir Roma, y también dijo que él tenía muy poco tiempo para filósofos. Sin embargo, también estaba familiarizado con la literatura griega y, en su famosa obra escrita en latín, los *Origines*, expresaba la individualidad de Roma y sus logros pero en un contexto griego.

En el siglo II a. C., Roma era una comunidad segura de sí misma, poderosa, y desde luego su cultura ya no era poco sofisticada, pero conforme los romanos se movían cada vez más entre ciudades-Estado de civilización helenística y absorbían sus influencias, la literatura contemporánea empezó a orientarse en nuevas direcciones. Livio Andrónico, un griego capturado en Tarento el año 272 a. C., tradujo a Homero al latín. Esto demuestra algo de los intereses actuales entre la audiencia literaria romana. En el teatro, Nevio y Pacuvio estaban muy influidos por la comedia y la tragedia ática, aunque Nevio siguió escribiendo una epopeya sobre la primera guerra púnica, en la que había servido como soldado. Plauto y Terencio explotaron la comedia nueva griega y usaron sus tramas y representación, aunque en Plauto a menudo encontramos referencias a las costumbres y prácticas sociales romanas. Terencio, en concreto, desarrolló un estilo latino naturalista, pero el ambiente de la representación en Roma era bullicioso más que intelectual, y había muchas otras atracciones que competían con el teatro, tal y como deja claro en el prólogo a *La suegra*:

> «… [*La suegra*], una pieza que jamás he podido representar en silencio. ¡Tanto la ha perseguido la desgracia! Vuestro buen sentido sabrá mitigar esa desgracia si colabora con nuestro esfuerzo. La primera vez que la representé, nada más empezar, la fama de unos púgiles (a la que se sumó la atracción de un funambulista), el barullo de los séquitos, el bullicio y el griterío de las mujeres,

lograron ponerme en la calle antes de tiempo» (*La suegra*, líneas 29-36).

Terencio disfrutaba del apoyo de los patrones de las clases altas, y P. Cornelio Escipión y su hermano le encargaron una obra para las exequias fúnebres de su perro. Emiliano era también amigo de Lucilio, un rico terrateniente del orden ecuestre, que desarrolló el nuevo género en latín del verso satírico. Ennio (véase el capítulo 1) tenía el apoyo de hombres eminentes, concretamente Catón, y enseñaba gramática griega y latina a los hijos de las clases acomodadas; también tradujo obras griegas al latín. Su obra más famosa, los *Annales*, una épica auténticamente romana que celebraba el auge de Roma desde su época más temprana, destilaba un patriotismo ostensible, que contenía la famosa frase: «La comunidad romana se basa en antiguas tradiciones y fuerzas romanas». Entre los escritores de prosa, la historia de los primeros tiempos de Roma de Fabio Píctor, aun a pesar de estar escrita en griego, usaba una metodología claramente romana, puesto que presentaba los hechos año tras año.

En este excitante periodo de victorias militares, expansión romana y experimentación cultural, las prácticas religiosas romanas, al menos en opinión de Polibio, ayudaron a preservar el orden de la sociedad:

> «Pero la diferencia positiva mayor que tiene la constitución romana es, a mi juicio, la de las convicciones religiosas. Y me parece también que ha sostenido a Roma una cosa que entre los demás pueblos ha sido objeto de mofa: me refiero a la religión» (6.56.6-7).

Continúa sugiriendo que los líderes romanos usaron la religión para mantener al pueblo bajo control. Podría ser más preciso decir que el cumplimiento religioso combinado con el conservadurismo social y las revisiones y el equilibrio de la constitución romana ayudaron a preservar una infraestructura política relativamente estable. Los romanos intentaron regular la ley divina (*fas*) y la ley humana (*ius*), y, así, marcaron un tercio de los días del calendario como *dies nefasti* (reservados a los dioses) y el resto como *dies fasti* (reservados a los humanos). Mediante este sistema, los momentos para ocuparse de los asuntos públicos estaban convenientemente señalados. Asimismo, las operaciones militares debían llevarse a cabo adecuadamente, es decir, sólo podían empezar en ciertos días, y las cofradías sacerdotales supervisaban los detalles, incluida la declaración formal de guerra (*fetiales*); a los romanos les gustaba creer que siempre declaraban la guerra porque sus enemigos habían cometido una ofensa y no la habían expiado. Los Arvales formaban una cofradía originalmente responsable de purificar las fronteras de la tierra romana. Las señales y los augurios se respetaban y los colegios especiales de sacerdotes se encargaban de interpretarlos. Los Augures eran principalmente responsables de mantener el conocimiento tradicional de su arte y de responder a las preguntas de los oficiales; también se ocupaban de leer los auspicios (es decir, el vuelo de las

aves) antes de las batallas y tenían derecho a realizar un pronunciamiento vinculante de augurios adversos que habían pasado desapercibidos, lo que podía llegar a provocar el final de cualquier asamblea que estuviera teniendo lugar. De hecho, cabía la posibilidad de alegar la aparición de malos presagios para impedir algún acto político inoportuno. Sin embargo, es indudable que muchos ciudadanos se tomaban en serio la posibilidad de que los dioses pudieran intervenir en los asuntos humanos y querer hacer saber sus intenciones. A mediados del siglo II a. C. se intentaron establecer unos motivos claros para impedir las asambleas por motivos religiosos o anular decisiones de asambleas previas.

El colegio sacerdotal más importante era el de los *pontifices* («creadores de puentes»). Se originaron en el periodo regio y desempeñaban un papel muy influyente, porque dirigían la práctica religiosa y daban consejos sobre la ley sagrada. El sumo sacerdote (*pontifex maximus*), originalmente, era nombrado por el colegio, pero a partir del siglo III a. C. se elegía. Todos los *pontifices* pertenecían a las clases altas y no eran sacerdotes profesionales, puesto que estaban inmersos en el apasionado debate de la vida política. Los sacerdotes llamados *flamines* estaba asociados con dioses individuales. Los tres principales eran Júpiter, Marte y Quirino. El *flamen Dialis*, el sacerdote de Júpiter, era el mayor y estaba obligado a vivir según arcaicos rituales restrictivos para evitar su contaminación.

El culto estatal se construyó en Roma en torno a ciertas deidades tradicionales y cambió poco. Júpiter era tradicionalmente el rey de los dioses; muy conocido por toda Italia, y más tarde se identificó con el griego Zeus. Llevaba un cetro para simbolizar su soberanía, y el rayo era la señal de su fuerza y de su poder apabullante para intervenir. Como Júpiter Optimus Maximus (Júpiter, el mejor y el más grande), él era una

figura central en los logros militares y políticos del Estado romano. La reina de Júpiter era Juno, una deidad italiana primordial, cuyo culto era muy importante en Roma. Estaba asociada con las mujeres y, como Juno Lucina, presidía los nacimientos. Marte era el antiguo dios italiano asociado a la guerra y la temporada de batallas. Antes de ir a la guerra, un comandante sacudía las sagradas lanzas de Marte y entonaba «Despierta, Marte». Quirino era también una antigua deidad, aparentemente importante pero cuyo significado sigue siendo difuso; a menudo se lo asociaba con Marte, aunque no era exclusivamente belicoso. Ceres era importante para los pobres porque era la diosa del crecimiento, en concreto de las cosechas y de los cereales, y llegó a ser identificada con la griega Deméter. Minerva era la diosa italiana de la artesanía y la actividad artística, y estaba asociada con Júpiter y Juno en su culto en Roma. En algún punto llegó a ser identificada con su equivalente griego, Atenea. Vesta era la diosa del hogar y, en su templo, no tenía imagen, sólo el fuego sagrado; la servían seis vírgenes vestales que ceremoniosamente preparaban el cereal mezclado con sal que se usaba en festivales públicos. Además, había muchas otras deidades en la vida diaria, por ejemplo en los ríos (Tiberino en el Tíber), en los bosques (Silvano), las colinas (Quirino en el Quirinal) y las puertas (Jano). Puesto que este último, Jano, representaba las entradas, señalaba en dos direcciones y se representaba con una doble cara; también presidía los inicios, como el principio de año. Tradicionalmente, las puertas de su templo se cerraban ceremonialmente en tiempos de paz total (excepcionalmente, esto ocurrió tres veces durante el reinado de Augusto). Otros elementos importantes en las creencias romanas eran los *penates*, espíritus del hogar, que eran honrados tanto en privado como en público, y los *manes*, espíritus de los muertos, a los que se les dedicaban festivales especiales, pero para quienes también

se celebraban ceremonias privadas el día del aniversario de la muerte de un ancestro. Los *lares* eran guardianes de las encrucijadas, de los viajeros y, por extensión, del Estado.

Dado que los romanos esperaban que las deidades estuvieran presentes en todo tipo de actividades humanas, no había prácticamente límites en la existencia de los espíritus divinos, incluidos Cloacina (diosa de la principal alcantarilla, la Cloaca Maxima) y Esterculio (dios del estiércol).

El ritual religioso pretendía convencer a las deidades de que ayudaran al pueblo con el correcto funcionamiento de los procesos naturales y las actividades humanas para que tanto las personas como el Estado salieran beneficiados. La celebración de las ceremonias y sacrificios adecuados tenían que asegurar el favor divino. El voto formal (*votum*) plasmaba la idea de un trato entre el devoto y la deidad. Si los dioses respondían a la plegaria, debía llevarse a cabo otra serie de acciones; de ahí las inscripciones como *VLMS* (*votum libens merito solvit*), que solían abreviarse porque eran muy habituales, cuyo significado era «él/ella por su propia voluntad y merecidamente cumple con su voto». A nivel nacional, el pretor M. Valerio Mesala resumió la relación entre Roma y los dioses en un escrito de tono bastante santurrón a la ciudad de Teos:

> «Hemos dado una importancia entera y constante a la veneración a los dioses, de ahí que hayamos experimentado tanta benevolencia por parte de la deidad suprema» (Sherk, 1984, n.º 8).

Los romanos no tenían libros religiosos, pero de vez en cuando, por decisión del Senado, consultaban los libros Sibilinos, una compilación de profecías que, según se decía, había comprado originalmente Tarquinio Prisco a la Sibila de Cumas en el sur de Italia, y que después había confiado a un colegio de quince sacerdotes para que el Senado pudiera consultarlo a voluntad. A pesar de la naturaleza intelectualmente conservadora y formulada de la práctica religiosa romana, sí

que había innovaciones, y resulta interesante cómo el festival de un dios itálico bastante misterioso, como Saturno, se convirtió en un periodo de fiesta con siete días de celebración en diciembre, en los que se repartían regalos y se invertían los papeles habituales, de manera que los esclavos ocupaban el lugar de los señores. El año 205 a. C., se llevó a Roma una representación de Cibeles, una diosa de la naturaleza de Asia, conocida también como la Gran Madre, tallada en piedra negra y honrada con un ritual orgiástico nada romano. Por otro lado, cualquier forma de adoración que amenazara la cohesión social o el dominio de la élite gobernante se proscribía, tal y como ocurrió el año 186 en el caso del dios Baco (el griego Dionisio, dios del vino y el éxtasis), a cuyos pequeños grupos de adoradores se los consideraba alborotadores y una posible influencia rival para la autoridad gubernamental. El Senado consideró este culto una conspiración contra esta institución (aunque no el culto individual), e impuso su voluntad por toda Italia, haciendo especial hincapié en cómo Roma era la dueña y señora de la Península:

> «En el asunto de las orgías báquicas, decretaron que la siguiente proclamación debía comunicarse a todos los aliados de Roma: No está permitido tener ningún centro de adoración a Baco» (*Corpus Inscriptionum Latinarum* I^2.581).

En todo momento, la oligarquía que monopolizaba los sacerdocios de mayor importancia y controlaba el acceso a la sabiduría arcaica religiosa y a las crónicas podía dictar los ritmos de cumplimiento de los actos religiosos, la admisión de nuevas formas de culto y la interpretación de señales. El sacerdocio secular nunca estuvo muy alejado de la política, pero sus acciones siempre se presentaban como un beneficio para el Estado que permitía la expresión de la voluntad divina. Cicerón, que era él mismo un augurio, afirmaba sin tapujos:

> «M.: A continuación se les confieren a todos los magistrados los auspicios y la administración de la justicia: esta para que haya un poder del pueblo al que apelar; los auspicios, para que retrasos oportunos impidan asambleas inútiles.

Efectivamente, con frecuencia los dioses inmortales contuvieron con los auspicios el furor injusto del pueblo» (*On the Laws*, 3.27).

4

La cloaca de Rómulo

Los reformistas de las clases altas

Según el historiador Salustio, la razón más importante para el declive y la caída de la forma tradicional de gobierno de Roma fue la avaricia y la codicia, así como la ambición personal de los miembros de la clase gobernante, que egoístamente se guardaban los beneficios del imperio para sí mismos sin importarles la miseria de la plebe, como tampoco los medios a los que tuvieran que recurrir para saciar su ambición por medrar en sus carreras personales, al margen del daño que pudieran causar al bien público. Como partidario de Julio César y político fracasado de dudosa moralidad que había sido expulsado del Senado y, posteriormente, acusado de corrupción, Salustio tenía una visión realista del lado sórdido de la política romana, y su opinión es plausible por mucho escepticismo que pueda despertarnos su tono de rectitud moral y la Vieja República. También pensaba que había que empezar la revolución política por los hombres de las clases superiores. En consecuencia, no supone ninguna sorpresa que buena parte de la historia de la caída de la República se concentre en la ruptura del consenso entre los ricos y el papel de los individuos que adquirieron importancia a menudo gracias a ocupar altos cargos militares o explotando el apoyo popular. Y el pueblo solía apoyar a una persona con carisma más que a políticas o

programas.

Tiberio Graco fue elegido tribuno de la plebe el año 133 a. C. Provenía de la clase social más alta; su madre era la hija de Escipión el Africano, y su padre había sido censor el año 169. También contaba con el apoyo de otros aristócratas, incluido Apio Claudio Pulcro, cónsul en 143 y *princeps senatus* (líder del Senado) desde el año 136, y P. Mucio Escévola, cónsul en el año 133. Las propuestas de Tiberio podrían haber sido un intento de un grupo de aliados políticos para conseguir ventaja en el poder aprovechando el descontento popular. Sin embargo, algunos escritores posteriores afirmaban que tenía un resentimiento personal porque el Senado había rechazado el tratado que había negociado con los hispanos en Numancia en el año 137. Por otro lado, Salustio creía que Tiberio y su hermano Gayo tenían intenciones honestas de reformar los persistentes problemas sociales. Esta es la agitación de emociones en conflicto y opiniones que generaban los hermanos. Es más que probable que el interés de ambos por ayudar a los ciudadanos más pobres fuera genuino, pero eso no significa que no vieran las oportunidades que eso podía proporcionarles y que no fueran conscientes de todas las consecuencias.

Tiberio propuso una ley agraria que tenía como objetivo evitar que ninguna persona pudiera llegar a poseer más de 500 *iugera* (126 hectáreas) de terreno público, con un permiso especial para sus hijos. Se encargó una comisión de tres hombres que supervisaran este proceso y distribuyeran la tierra recuperada a los ciudadanos sin tierra. Tiberio no fue el primero que se ocupó de la cuestión de la posesión de la tierra, pero, al contrario que otros, él no estaba dispuesto a dar un paso atrás. Los pobres llegaron en manada a Roma desde el campo para apoyar la ley, que Tiberio llevó directamente al *concilium plebis* sin consultar al Senado. Los miembros conservadores del Senado odiaban cualquier interferencia con la propiedad de la

tierra y consiguieron que un tribuno, Octavius, pusiera un veto a la ley. Tiberio, entonces, convenció al *concilium plebis* de que depusiera a Octaviano de su cargo, lo que causó una furibunda controversia, no porque fuera ilegal, sino porque ponía seriamente en duda los derechos del pueblo de controlar a los magistrados que había elegido. El Senado contraatacó negándose a conceder suficientes fondos para los gastos de los comisionados. La respuesta de Tiberio fue característicamente directa. Cuando se anunció en Roma el testamento de Atalo III de Pérgamo, que acababa de morir, y se reveló que legaba su reino al pueblo de Roma, Tiberio presentó una propuesta de ley para usar las posesiones del rey para ayudar a los ciudadanos entre quienes se estaba redistribuyendo la tierra para que abastecieran sus nuevas granjas. El Senado creyó que su tradicional prerrogativa de manejar el dinero del Estado se estaba poniendo en duda. La oposición a los métodos de Tiberio se intensificó y, en parte para protegerse de represalias, se presentó por segunda vez al cargo de tribuno. Muchos deben haberse preguntado qué habría pasado si hubiera tenido éxito. ¿Se estaba preparando para hacerse con todo el poder (*regnum*) tan odiado por los romanos? Sin embargo, Tiberio era vulnerable, ya que muchos de sus defensores más pobres habían tenido que volver al campo, y un grupo de senadores y sus acólitos, dirigidos por el primo de Tiberio, el *pontifex maximus* P. Cornelio Escipión Nasica Serapio (cónsul en 138), atacaron a Tiberio y lo golpearon hasta la muerte, junto a muchos de sus partidarios.

A pesar de esta sorprendente violencia, el trabajo de la comisión de la tierra continuó. No obstante, un nuevo problema estaba ya tomando forma, concretamente la postura de los aliados italianos de Roma. En las colonias romanas, los colonos vivían codo con codo con las comunidades italianas de toda la Península. Esto ayudó al control de Roma y a la asi-

milación gradual de la población local, pero los italianos llegaron a esperar algún tipo de reconocimiento, especialmente dada su contribución a las campañas militares. Los sentimientos estaban a flor de piel, y en el año 125 a. C., M. Fulvio Flaco hizo una oferta limitada de ciudadanía a los italianos. Cuando el Senado no hizo caso a esta propuesta, la colonia latina de Fregelas se revolvió y los romanos la destruyeron sin merced. El hermano de Tiberio, Gayo, fue elegido tribuno el año 123 a. C., gracias a un programa de reformas, y triunfó al ser elegido por segunda vez en el año 122. Debido a la imprecisión de nuestras fuentes, no está claro qué tipo de medidas introdujo ni en qué orden. También resulta difícil juzgar si Gayo tenía una política clara que pretendía crear una coalición de intereses particulares para facilitar las reformas o si propuso una serie de medidas de gran alcance pero también encaminadas a relanzar su propia popularidad. No podía evitar tratar la cuestión de la ciudadanía itálica, pero sus ambiciones eran grandes y el alcance de sus intervenciones es notable. Una serie de medidas humanitarias asistían a los pobres tanto en el ámbito urbano y rural; la distribución de la tierra en Italia continuó; también iba a crearse una nueva fundación de colonias al otro lado del mar en Cartago, lo que resultaba controvertido puesto que habían rogado a los dioses que destruyeran ese lugar; se iba a proporcionar ropa a los soldados, y los chicos menores de dieciocho años no iban a poder alistarse en el ejército. Gayo proporcionó suministros de cereales en Roma a un precio fijo subvencionado por el Estado y construyó graneros para almacenar una cantidad adecuada; un plan de construcción de carreteras ambicioso que proporcionaría trabajo a los pobres, además de mejorar las comunicaciones y el comercio. Gayo ganó a los *equites* por conseguir un beneficioso acuerdo de recaudación de impuestos en la nueva provincia de Asia. Además, una ley por fin dio un control efecti-

vo de los jurados en los juicios por extorsión a los *equites*, aunque este no puede considerarse necesariamente un resultado propicio para los habitantes de las provincias, ya que abrió la posibilidad de que se produjeran conflictos entre los jurados y los recaudadores de impuestos ecuestres. Gayo castigó a los senadores que habían perseguido a los defensores de su hermano mediante una ley que exigía que el pueblo fuera el único que pudiera dar poder a los tribunales con capacidad de dictar penas de muerte.

Con este telón de fondo, Gayo planteó una medida drástica: conceder la ciudadanía a todos los habitantes de Italia. Sin embargo, sus oponentes jugaron con el egoísmo de la plebe, y argumentaron que podían acabar desposeídos de sus beneficios y privilegios por culpa del grupo de nuevos ciudadanos. Un tribuno, Livio Druso, intentó superar su propuesta y le robó el apoyo proponiendo la construcción de nuevas colonias y presentándose a sí mismo como el gran defensor del pueblo. Gayo no fue elegido para un tercer mandato y recurrió a la violencia para oponerse a cualquier intento de bloquear la colonia en Cartago. El Senado aprobó un decreto final (*senatus consultum ultimum*), que daba autoridad moral a los magistrados para iniciar las acciones adecuadas para proteger al Estado en caso de una emergencia, y el cónsul Opimio hizo que asesinaran a Gayo y a tres mil de sus defensores.

Las carreras de los hermanos Graco tuvieron un enorme impacto en Roma. En primer lugar, durante el tiempo que fueron tribunos, se concedió al pueblo el poder para manejar el dinero caído del cielo del rey Atalo. Ahora todo el pueblo se beneficiaba de las ganancias del imperio y se creó un incentivo y un precedente para que los líderes *popularis* buscaran el apoyo del pueblo mediante propuestas para que se gastaran fondos públicos en medidas que los beneficiaran. En segundo lugar, los Graco habían explotado todo el potencial político

que les confería el cargo de tribuno y habían planteado preguntas sobre temas referidos a la soberanía popular, como el derecho del pueblo a deponer o elegir tribunos según sus deseos, aun desafiando lo que el Senado consideraba tradicional y adecuado; algunos senadores podían llegar a ver esta situación como una dictadura virtual. En tercer lugar, los miembros de la oligarquía gobernante habían socavado el consenso de la clase alta. Finalmente, el uso de la violencia extrema resultó una señal indiscutible del creciente desorden de la vida pública, y una consecuencia del uso de métodos no tradicionales; un tribuno en ejercicio de sus funciones había sido asesinado y no se había respetado la inviolabilidad de los tribunos por el desorden inspirado por los senadores; la violencia como arma política establecía un precedente muy peligroso. El asesinato de los Graco se veía como un gran punto de inflexión y el inicio del declive en la integridad política y moral que finalmente conduciría a la guerra civil y a las luchas políticas de los años siguientes; tanto los conservadores como los revolucionarios usaron el destino de ambos hermanos para justificar su comportamiento. El historiador Veleyo Patérculo, que escribió a principios del siglo I d. C., lo resume así:

> «Esta fue la primera ocasión en que se vertió la sangre de ciudadanos en Roma y se recurrió a la espada, en ambos casos sin miedo a represalias. Después de esto, la fuerza se impuso a la ley, se rendía el mayor respeto a quien ostentaba el mayor poder, y los desacuerdos civiles que en el pasado se solucionaban mediante el pacto ahora se resolvían con la espada» (2.3.3).

Por el momento, el Senado había ganado, pero en los años siguientes se comprobó que era imposible contener las tensiones que se habían creado. Personajes poderosos consiguieron explotar el apoyo popular, despreciando las convenciones habituales o viéndose obligados a sortearlas por la terquedad de los tradicionalistas del Senado. La carrera de Mario añadió una dimensión más, la del líder militar que contaba al mismo tiempo con el apoyo popular y el éxito militar, que usaba para progresar en la política. Mario provenía de un entorno ecuestre bastante humilde, de la pequeña ciudad de Arpinum, pero consiguió abrirse paso hasta el Senado gracias a su excelsa actuación en el servicio militar y al apoyo de algunos influyentes senadores. En el año 109 a. C., sirvió en África a las órdenes del oficial superior Q. Cecilio Metelo Numídico en la guerra contra Jugurta, que se había hecho con el poder en Numidia, desbaratando los acuerdos romanos y asesinando a algunos hombres de negocios italianos. Sin embargo, Mario se peleó con su comandante, puesto que se negó a apoyar su candidatura al consulado, y decidió ir por su cuenta. Ganó las elecciones en el año 107, en parte por criticar la conducta de los aristócratas en la guerra; se sabía que Jugurta tenía muchos amigos en Roma, donde, en su opinión, todo tenía su precio. Mario se dedicó a intrigar para conseguir un grupo de apoyo con miembros de la plebe, el orden de los *equites* y algunos aristócratas, y fue elegido de nuevo el año 104 (cosa que requería una excepción especial), y después volvió a ser elegido año tras año, bajo el argumento de emergencias militares. Después de que comandantes del Senado sufrieran una derrota desastrosa en Arausio (Orange) el año 105, contra las tribus invasoras alemanas (teutones y cimbros), Mario confirmó su reputación militar con victorias aplastantes en el año 102 en

Aquae Sextiae y en Vercelae en el año 101. Su sexto consulado, el año 100, supuso el apogeo de su popularidad. Realizó un importante cambio en el equipamiento militar modificando el diseño de la lanza del legionario (un encaje nuevo de la punta de metal hacía que la vara se curvara con el impacto y quedara inutilizada para el enemigo), pero el cambio crucial fue aceptar voluntarios para el ejército sin las propiedades necesarias para ello. No reconoció ni explotó el potencial político ni su significado social. No obstante, en el futuro un ambicioso comandante militar podría convertir su ejército en una cohorte personal que le debería lealtad a él, en lugar de al Estado, que esperaría de él recompensas y la distribución de los lotes de tierra; en el futuro, todo esto le garantizaría el apoyo de los veteranos, preocupados de no perder sus beneficios.

La carrera de L. Apuleyo Saturnino fue un signo de su época, caracterizada por la violencia y las medidas populistas; fue tribuno el año 103 y el 100 a. C. (cuando asesinó a un rival por el cargo), aprobó leyes para conceder tierras a los veteranos de Mario, fundó nuevas colonias y creó una ley de los cereales para asegurar que su precio se mantendría bajo. La gota que colmó el vaso fue el asesinato de uno de los candidatos al consulado en el año 99. En ese momento la autoridad del Senado prevaleció y Mario conspiró con la aristocracia para arrestar a Saturnino que, a continuación, fue asesinado. La gran cuestión de los derechos de los aliados italianos que aspiraban a la ciudadanía romana se había quedado sin resolver. Una gran afluencia de nuevos votantes que no estuvieran bajo el control habitual de los *optimates* habría perturbado la política tradicional. Este asunto se convirtió en una gran fuente de disputas porque otros políticos, particularmente los *populares*, estaban dispuestos a dar la bienvenida a cualquier cosa que tuviera posibilidades de romper el patrón establecido de alianzas políticas. M. Livio Druso, elegido tribuno el año

91 a. C., propuso una ecléctica colección de medidas, incluido un reparto de trigo barato, la reforma de la ley de tribunales y la ciudadanía para los italianos. Contaba con el apoyo de algunos senadores importantes y posiblemente perseguía una reforma genuina, pero el cónsul Marcio Filipo fomentó la oposición; entre los plebeyos no había un apoyo mayoritario a la extensión de la ciudadanía, y Druso se convirtió en otra víctima de la violencia política que iba en aumento. Un atacante sin identificar lo asesinó en su hogar.

En medio de toda esta agitación, los italianos recurrieron a la guerra el año 91 a. C., exasperados por la actitud de los romanos, que parecían mirar a las personas de su mismo origen como extranjeros. Los hombres italianos de negocios proporcionaban los fondos y las riquezas para la guerra, las mismas riquezas que, por ejemplo, habían financiado la construcción de un teatro de piedra a finales del siglo II en la pequeña ciudad samnita de Pompeya. Los italianos tenían seguridad en sí mismos y experiencia en la guerra, y eran oponentes formidables; llegaron a acuñar monedas y a establecer un Senado. Roma finalmente ganó la guerra social (de *socii*, «aliados»), pero sólo después de varias derrotas militares y fuertes pérdidas (más de 250 000 hombres fueron enviados al combate), y pronto se vio forzada a conceder la ciudadanía a todas las comunidades italianas que no se habían rebelado; Samnio cedió en el año 87, y había cierto resentimiento porque los nuevos ciudadanos fueron asignados en sólo un pequeño número de las tribus con votos, lo que suponía a todos los efectos una restricción de su influencia política.

La guerra tuvo una consecuencia imprevista con el éxito militar de L. Cornelio Sila, que provenía de una antigua familia patricia; después de servir bajo el mando de Mario en África y contra los germanos, fue elegido cónsul para el año 88 a. C., y con cincuenta años se casó por cuarta vez, con la hija del *pontifex maximus*, L. Cecilio Metelo Dalmático. Sila estaba firmemente vinculado a los *optimates* y el Senado votó por él como gobernador de Asia y le concedió el mando contra el rey Mitrídates VI de Ponto, que se había convertido en el enemigo más peligroso de Roma. Tras anexionar Bitinia y Capadocia, Mitrídates VI consiguió el control de la mayor parte de Grecia e invadió Asia, donde ordenó la masacre de

todos los ciudadanos romanos e italianos.

La primera guerra contra Mitrídates duró del año 89 al 85 a. C. En ese punto, se produjo una asombrosa intervención del tribuno Sulpicio Rufo, quien, entre otras cosas, propuso expulsar del Senado a aquéllos cuyas deudas superaran cierto límite, distribuir a los italianos equitativamente en 35 tribus y transferir el mando de la guerra contra Mitrídates de Sila a Mario. Sila se negó a aceptar esta decisión con templanza, así que se reunió con su ejército en Nola, Campania, y les pidió directamente su apoyo. Aunque sólo convenció a un oficial, los soldados apoyaron a Sila y marcharon contra Roma. Este fue el acontecimiento más importante de la carrera de Sila y tuvo consecuencias trascendentales. Por primera vez el ejército se había usado en política para perseguir fines personales; este precedente no podría borrarse y otros mandos militares seguirían su ejemplo. No obstante, el resultado inmediato fue la persecución y el asesinato de Sulpicio (aunque Mario escapó) y que sus leyes fueran abolidas. Sila intentó asegurarse de que sus enemigos no se aprovechaban de su ausencia en el este para dar un giro a la situación, pero L. Cina, uno de los cónsules elegidos el año 87, siguió siendo hostil. El consenso tradicional que había sido el pilar fundamental sobre el que se apoyaba la política senatorial se había roto.

Después de obligar a Cina a abandonar Roma, consiguió levantar un pequeño ejército en Italia, principalmente a partir de los miembros de una legión que Sila había dejado atrás, y, acompañado por Mario, conquistó Roma. En un solo año, por tanto, habían seguido el ejemplo de Sila. Mario permitió que los soldados saquearan y asesinaran a voluntad, y se vengó de sus enemigos, pero murió a los pocos días de iniciar su séptimo consulado. Cina se quedó al cargo del 86 al 84 a. C., periodo que Sila describió como un interludio inconstitucional. No obstante, parece improbable que los senadores se limita-

ran a esperar que Sila restaurara el Gobierno legítimo (posteriormente esta se convirtió en la versión oficial). Hubo quien aceptó ocupar un cargo con Cina, que llevó a cabo medidas útiles, como el indulto de algunas deudas. Sin embargo, su mayor problema era decidir qué hacer con Sila, que consolidó su posición y consiguió firmar un tratado con Mitrídates antes de perder completamente su poder. Mientras tanto, Cina fue asesinado por unas tropas amotinadas mientras intentaba organizar un ejército. El año 83 Sila aterrizó en Italia y, tras marchar sobre Roma por segunda vez, dispersó a los defensores de Cina en la batalla de la Puerta Colina, en las faldas de la ciudad; el pueblo empezó a cambiar de bando al ver que Sila tenía más probabilidades de ganar.

Sila tomó medidas prácticas para salvaguardar su propia seguridad. En un reinado de terror, personas y comunidades enteras que habían apoyado al bando equivocado fueron asesinadas en una carnicería, y sus propiedades quedaron confiscadas; se publicaron listas de enemigos (proscripciones), junto con una recompensa para quienquiera que matara a cualquiera de la lista. Entre los italianos, los samnitas fueron quienes recibieron un trato particularmente duro:

> «A los otros, a los que entregaron las armas, se habla de unos tres mil o cuatro mil hombres, tras conducirlos a la Villa Pública, que está en el Campo de Marte, los encerró en prisión. Tres días después, envió soldados que degollaron a todos… Frente a quienes le acusaban de crueldad desmedida, él decía que había aprendido de la experiencia que ni uno solo de los romanos podría jamás vivir en paz mientras los samnitas permanecieran unidos en una nación» (Estrabón 5.4.11).

Al menos 40 senadores y 160 *equites* fueron asesinados. Sila mantuvo un fuerte vínculo con las tropas de cuyo apoyo dependía inicialmente, y proporcionó tierras (a menudo confiscadas a sus oponentes políticos) a más de 120 000 veteranos. Ahora estos soldados estaban en deuda con Sila y les beneficiaba que no fuera derrotado políticamente. También tenía un

cuerpo no oficial de guardaespaldas de 10 000 esclavos liberados. Entonces, Sila se dispuso a establecer una base política segura. El año 81 a. C., fue nombrado dictador «para hacer cumplir la ley y poner orden en el Estado».

Este cargo no tenía límite de tiempo (aunque normalmente una dictadura duraba seis meses), ni había posibilidad de vetar sus decisiones. Creó nuevos senadores ascendiendo a sus propios defensores, con la idea de que serían leales a su política y de ese modo limitaría el poder de los tribunos, quienes perdieron la capacidad de presentar leyes y de juzgar ante la Asamblea tribal; se restringió mucho su capacidad de interponer vetos y les prohibieron ostentar cualquier otro cargo público después de ser tribunos. Estas medidas reducían con mucha astucia la importancia de los tribunos como arma política de los *populares*, y Sila, en cierto modo, convirtió el cargo en una especie de callejón sin salida, puesto que nadie capaz y ambicioso se presentaría candidato a un cargo que le impediría ocupar ningún otro. Sila era consciente de la amenaza que planteaban quienes ostentaban cargos más altos y reafirmó la ley de la edad mínima para ocupar un cargo, así como prohibir a cualquier hombre ocupar el mismo cargo dos veces en el espacio de diez años. Había observado el enorme poder que se ganaba después de ostentar repetidamente el cargo de cónsul, como probaban los ejemplos de Mario y Cina. Sin embargo, el principal peligro era, por supuesto, el precedente que el propio Sila había sentado. ¿Cómo podía evitar que los gobernadores de las provincias usaran sus propios ejércitos contra el Gobierno? Intentó asegurarse de que el Senado controlara directamente quién gobernaba cada provincia y presentó una ley de traición (*lex de maiestate*), lo que significaba que un gobernador no podía iniciar una guerra por su propia iniciativa, sacar a sus tropas fuera de la provincia, o dejarla por razón alguna. Por tanto, en teoría, un comandante no podía llevar a

sus tropas de vuelta a Roma.

Todas estas medidas eran un intento de legislar contra la revolución, y probablemente fue inútil ya que era poco probable que un hombre dispuesto a derrocar el Gobierno mediante las armas se olvidara de la idea sólo por el hecho de que hubiera una ley contra ello. En cualquier caso, sí demuestra las consecuencias de lo que había ocurrido el año 88 a. C. Finalmente, Sila fundó nuevos tribunales para juzgar crímenes mayores como el asesinato, la falsificación, la traición y la extorsión, y dio el control de los jurados al Senado, una señal de que las persecuciones políticas eran un parte importante de la vida en Roma.

Sila fue cónsul el año 80 a. C. y renunció a la dictadura ese año, retirándose al campo, donde se casó con su quinta mujer. Murió el año 78. Julio César dijo que el retiro de Sila demostró que no conocía el abecé de la política. Por instinto, Sila estaba del lado de los *optimates* e intentó apoyar la autoridad del Senado, pero no había ninguna razón por la que debería haber sentido respeto alguno por sus compañeros aristócratas, que parecían haber consentido el gobierno de Cina y habían apoyado a Sila sólo cuando las cosas le eran favorables. Quizás pensó que había hecho suficiente para asegurar su concepto de gobierno ordenado. Si realmente fue así, sus cálculos estaban equivocados. Aunque Sila intentó impedir que se pudiera usar el apoyo popular como medio de cambiar la constitución, no había encarado los problemas fundamentales que provocaban los disturbios, en concreto la miseria del pueblo y el descontento por la distribución desigual de los beneficios del imperio, así como la falta de una infraestructura que marcara la distribución ordenada de los soldados, que conformarían los ejércitos personales del futuro. Sila fue un cruel asesino que, al final, consiguió poca cosa, excepto el recuerdo de su marcha sobre Roma y sus exitosos métodos despiadados.

Durante el periodo posterior a la dictadura de Sila, la oligarquía senatorial tuvo que enfrentarse a ataques desde varios frentes: la ambición de los senadores prominentes, que para conseguir alcanzar sus metas personales no podían permitir que ese estado de las cosas perdurara; los continuos alborotos entre los pobres y entre aquéllos a los que Sila había desposeído de sus pertenencias; y, por supuesto, el problema de la deuda. Para mantener y continuar con la política popular de conquista y explotación, se eligieron mandos especiales, cosa que de nuevo volvió a demostrar lo importante que era el apoyo popular y lo valioso que era el prestigio del éxito en la batalla para conseguir el poder político. Las grandes fuerzas militares fueron el medio que usaron los indiviuos poderosos para socavar la posición del Senado y facilitar el auge de las dinastías militares. Se libraban guerras y se organizaba el territorio sin consultar sistemáticamente al Senado. A lo largo de esos años, personajes importantes como Lúculo, Pompeyo y Catilina, todos ellos antiguos oficiales de Sila, se convirtieron en el pernicioso legado de su carrera.

Sila no había derrotado completamente a Mitrídates, que se fue de Asia, pagó una indemnización y entregó setenta barcos. Las hostilidades volvieron a iniciarse el año 83-82 a. C., pero en el 74, Mitrídates invadió Bitinia, cuyo rey había legado la tierra a Roma. Lúculo, uno de los cónsules en el año 74, tenía derecho a actuar contra Mitrídates y llevó al rey a la batalla de Cabira en Ponto. Mitrídates huyó con su yerno Tigranes a Armenia, mientras Lúculo sistemáticamente iba capturando las restantes fortalezas. También se encargó de los problemas de las ciudades de Asia, que habían pedido dinero a prestamistas romanos para pagar multas impuestas por Sila.

Lúculo redujo el interés que debían y estableció un pago

por cuotas, lo que le granjeó el favor de las ciudades, aunque también el rencor de los *equites* que hacían los préstamos. Lúculo fue a Armenia tras Mitrídates, puesto que consideraba, y con razón, que la guerra no acabaría hasta que el rey fuera capturado o ejecutado. Aunque no tenía autoridad del Senado para continuar la guerra y sólo unos 16 000 hombres, Lúculo atacó la fortaleza principal de Trigranocerta. Tigranes, al ver que el ejército romano se acercaba, se dio cuenta de que eran muy pocos para ser un ejército y demasiados para una embajada. Lúculo consiguió una victoria brillante y persiguió a los reyes que se batían en retirada, pero un motín entre sus propias tropas lo obligó a retirarse. Su principal problema era la situación política de Roma, donde los oponentes paralizaban las votaciones sobre el envío de suministros y refuerzos. Muchos apoyaron la ley del tribuno, Aulo Gabinio, para retirar el mando a Lúculo de Bitinia. Aunque a menudo tácticamente brillante, Lúculo era muy estricto y parece que perdió el favor de sus hombres. Sus rivales políticos en Roma acabaron con él.

Mientras tanto, el Senado había perdido completamente el control de Hispania debido a la extraordinaria carrera de Quinto Sertorio. De origen ecuestre, había realizado un distinguido servicio militar y, finalmente, participó con Cina en la captura de Roma del año 87 a. C. En los años 83-82, Sertorio tomó el mando en Hispania y luego fue brevemente expulsado; después regresó invitado por la facción contra Sila el año 80 y consiguió ganarse el respeto de buena parte de la población nativa. Era valiente, habilidoso y un diestro comandante que usaba la táctica de la guerra relámpago para luchar contra el ejército romano que habían enviado contra él. El año 77 tenía en su poder la mayor parte de la Hispania romana. Ya fuera sinceramente o no, Sertorio se presentó como un reformista, redujo los impuestos y los abusos del Gobierno ro-

mano e intentó ganarse el favor de la nobleza local. Aunque era popular, se encargó de armar a los romanos en la provincia y dejó en sus manos la fabricación del equipamiento militar. Los romanos no podían concentrar sus fuerzas en Hispania, ya que necesitaban llevar a cabo otras operaciones de mayor importancia contra los piratas y en la propia Italia el año 73 a. C., cuando Espartaco inició una revolución de gladiadores y esclavos, una pesadilla en una sociedad donde la esclavitud estaba admitida. Puso en evidencia la incompetencia de varios comandantes antes de que Licinio Craso finalmente lo derrotara en Lucania, en el sur de Italia. Estas campañas suponían un gran coste en hombres y recursos, y el peligro se agravó cuando Sertorio estableció contactos con los piratas y estableció una alianza con Mitrídates. Todavía más significativas fueron las repercusiones políticas en Roma. En parte por su propia terquedad al negarse a llegar a un acuerdo con Sertorio, el Senado se vio en la delicada posición de tener que pedir ayuda al ambicioso Pompeyo (Gayo Pompeyo). Provenía de una familia que no pertenecía a la aristocracia tradicional y, por su propia iniciativa, había reunido tropas en su distrito natal de Piceno para apoyar a Sila. Violento y ladino desde el principio, Pompeyo había llevado a cabo una carrera extraordinaria combinando el éxito militar y la ilegalidad, capitaneó tropas bajo las órdenes de Sila e incluso celebró un triunfo a pesar de seguir siendo un *eques*. El año 77, el Senado imprudentemente concedió el poder proconsular a Pompeyo (pese a que no había ostentado cargo alguno) y lo envió a llevar refuerzos a Metelo Pío a Hispania.

El Senado seguramente esperaba conseguir que Pompeyo se pusiera de su lado ofreciéndole libremente lo que él mismo podría haber cogido de todos modos negándose simplemente a disolver su ejército. En lugar de ello, sólo se crearon más precedentes inconstitucionales. El ambiente que existía puede

juzgarse por una carta que Pompeyo envió al Senado en la que pedía más suministros bajo la amenaza de que no podía impedir que su ejército volviera a Italia si no se le enviaban. A Pompeyo no le resultó fácil hacer campaña contra Sertorio, de hecho, la del río Sucro fue la única intervención oportuna de Metelo Pío y la que lo salvó del desastre. Sertorio dijo al respecto:

> «Si aquella anciana no hubiera aparecido, habría escondido bien al niño y lo habría enviado fuera de Roma» (Plutarco, *Vida de Sertorio*, 19).

Finalmente, Pompeyo consiguió desgastar a Sertorio y consiguió que uno de sus oficiales, Perperna, lo asesinara. Sertorio no había sido una amenaza para el Imperio romano. Aunque sus tácticas se adaptaban bien a Hispania, es poco probable que sus seguidores se hubieran ido con él lejos de su hogar. No obstante, la guerra en Hispania tenía un significado político en Roma, al margen de la carrera inconstitucional de Pompeyo. Su nombramiento como cónsul en el año 70 a. C. (junto a Licinio Craso), que fue la primera magistratura formal de Pompeyo, sentó el peor ejemplo posible, puesto que era una enorme ruptura de la tradición, socavó aún más las disposiciones de Sila y dejó patente una vez más la importancia del poder del ejército en la política romana. Además, a Pompeyo lo recompensaron con un triunfo (el segundo).

Mientras Pompeyo había estado en Hispania, la exaltación política perseguía, supuestamente en su nombre, la restauración de los poderes de los tribunos. El Senado estaba distraído por el problema de escasez de cereal, y algunos gobernadores se vieron envueltos en embarazosos juicios por corrupción y procesos deshonestos por jurados compuestos de senadores. Pompeyo y Craso eran muy populares entre el pueblo por sus victorias sobre Sertorio y Espartaco, y usaron ese apoyo para disponer la situación política de manera que beneficiara sus intereses. Pompeyo en particular necesitaba manejar la cues-

tión de su futura carrera, que hasta ese momento se había basado en dirigir soldados. Su primer paso, con el apoyo de Craso, fue restaurar los antiguos poderes a los tribunos. Desde el punto de vista de sus propios intereses, creía que un tribuno podría ser valioso para conseguir otro mando militar. También reformó los tribunales de justicia mediante una ley que establecía que los jurados debían ser elegidos por los senadores, los *equites* y los *tribuni aerarii* (personas que contribuían económicamente al ejército, y cuya simpatía estaba más del lado del orden ecuestre que del senatorial); en el futuro, los senadores podrían estar a merced de juicios políticos adversos. Y lo que era más importante, Pompeyo proporcionó tierra a sus veteranos, que como siempre estaban interesados en que sus benefactores conservaran su poder en la política.

En un primer momento, Pompeyo buscaba eliminar la condicionante influencia de las medidas de Sila y, así, abrirse camino en su propio beneficio. Parte de su importancia política dependía ahora de su capacidad para proteger no sólo a sus soldados veteranos, sino también a aquellos que lo veían como un amigo o un patrón. Por tanto, era crucial que ayudara a sus muchos clientes de Sicilia, puesto que Verres, tristemente célebre por su brutalidad y corrupción, tenía subyugada a la isla. Marco Tulio Cicerón, entonces un joven abogado en pleno ascenso hacia la cima, llevó a cabo para Pompeyo la tarea de procesar a Verres y presentó el caso con tanta eficiencia (y eso fue antes de que se cambiara la composición del jurado) que su oponente abandonó el caso y Verres acabó en el exilio.

La publicación de los discursos de Cicerón se convirtió en una crítica condenatoria de los peores aspectos de la Administración senatorial y consiguió el apoyo de Pompeyo para los siguientes cambios. Ni Pompeyo ni Craso aceptaron mandos provinciales el año 69 a. C., pero Pompeyo sin duda estuvo involucrado en las maniobras que socavaron la campaña de

Lúculo contra Mitrídates. Pompeyo se dio cuenta de que necesitaba mantenerse alejado del ojo público y consagrarse a los logros bélicos, así que en el año 67, a iniciativa de un tribuno, se propuso una misión contra los piratas, que incluía un poder ilimitado (*imperium infinitum*) que se extendía a lo largo de cincuenta millas tierra adentro desde la costa mediterránea, y en la que participarían 500 barcos y 120 000 soldados; cuatro años antes, Pompeyo ni siquiera había sido senador. Al Senado le preocupó tanto esta situación que hizo que otro tribuno vetara esta misión, pero la medida contaba con el apoyo popular, puesto que la gente temía la escasez de cereales. El precio del cereal cayó en cuanto se encargó la misión a Pompeyo. Una vez más, la enorme importancia política del apoyo popular y de las hazañas bélicas habían quedado contundentemente demostradas. Después de que Pompeyo confirmara su reputación como el general más poderoso de toda Roma, tras acabar con la amenaza que suponían los piratas, otra ley tribunicia del año 66 a. C. le consiguió las provincias de Cilicia, Bitinia y Ponto, y el mando de la guerra contra Mitrídates. A Pompeyo, que ahora contaba con un prestigio inigualable, se le concedió una autoridad general para encargarse de los enemigos de Roma en el este y llegar a una solución; incrementó enormemente su estatus y su riqueza; Mitrídates fue rápidamente derrotado y se suicidó, Siria se anexionó como una provincia, se establecieron las estructuras administrativas y el territorio de Judea se reorganizó. Pompeyo, sin embargo, no llegó a declarar la guerra a Partia, a pesar de su *cognomen* «Magno», a imitación de Alejandro.

Mapa 6. La creación de las provincias romanas, 148-30 a.C. (según Le Glay *et al.*, *A History of Rome*, 3.ª ed., 2005, fig. 5.1).

En Roma, la ambición personal y la intriga se combinaron para interrumpir el patrón establecido de gobierno. En este contexto de sospechas y maniobras políticas, concretamente en el año 63 a. C., tuvo lugar la conspiración de Catilina. L. Sergio Catilina no había conseguido la victoria en las elecciones para el consulado de ese año y volvió a perder en las del año 62.

No sabemos si sinceramente o no, pero apoyaba los intereses de los endeudados, los pobres y los desposeídos, es decir, de todo el mundo que había perdido sus posesiones en la anterior colonización violenta de tierras. Su causa tenía poco futuro si no recurría a la violencia, y Cicerón, el atento cónsul del año 63, recurrió a un brillante discurso para forzar a Catilina a dejar Roma. Cuando Cicerón finalmente consiguió pruebas escritas, los conspiradores de Roma fueron puestos bajo arresto, mientras que Catilina, que se había puesto al mando de una fuerza de veteranos insatisfechos en Etruria, fue derrotado y asesinado.

Cicerón, que había conseguido el consulado como *homo novus* («un hombre nuevo», es decir, que era el primero de su familia que ostentaba un cargo público prominente), estaba ahora en el apogeo de su poder, aunque la ejecución de los conspiradores catilinarios sin juicio lanzó una sombra sobre su conducta y lo dejó vulnerable a las recriminaciones. Al menos, Cicerón hizo algunos esfuerzos para dar una respuesta constructiva a las amenazas que acechaban al Gobierno tradicional de la República, provenientes tanto de la agitación política provocada por quienes deseaban satisfacer las demandas populares, como de los comandantes del ejército que se aprovechaban de sus ejércitos para promocionar sus carreras de forma anticonstitucional. La idea de Cicerón se describió va-

gamente como la «concordia de los órdenes»: esperaba alcanzar algún tipo de entente política en la que se involucraran los senadores y los *equites*, es decir, todos los hombres con propiedades y una respetabilidad afianzada, que serviría para defender el orden establecido de la sociedad. Si conseguían cooperar en los tribunales y en las elecciones, podrían derrotar a los reformistas y agitadores.

Cicerón esperaba que un hombre influyente y respetado pudiera guiar esta alianza. El problema era encontrarlo. Aunque las clases superiores se habían unido para aplastar la revolución, sería mucho más difícil mantener esa unión en condiciones normales. Y los individuos prominentes tenían su propia agenda. Craso y Julio César, que también conocían el valor del apoyo de los *equites*, trabajarían para obtenerlo; Pompeyo, cuya carrera previa había estado marcada por la violencia y la ostentación de cargos de forma inconstitucional, no era un hombre adecuado para apoyar el *statu quo*. De hecho, después del año 63 a. C., los *optimates* se comportaron irresponsablemente al seguir ignorando los intereses del pueblo. Seguían manteniendo una actitud elitista y una mente cerrada, de modo que no llegaban ni a comprender que sólo curando esas enfermedades podían desarmar a sus enemigos políticos. El comportamiento de los *optimates* había logrado la enemistad no sólo de los *equites*, sino de los tres hombres más poderosos de Roma: Pompeyo, Craso y César.

Cuando Pompeyo regresó a Roma el año 62 a. C. para celebrar su tercer triunfo, sorprendió a todo el mundo desmantelando su ejército y entrando en la ciudad como un ciudadano más. Podría suponerse que ni siquiera él podía encontrar una justificación para usar su ejército contra el Gobierno, pero necesitaba que ratificaran su asentamiento en el este y adquirir tierras para sus veteranos. Según parece, Cicerón debió de pensar que se había reformado y que estaba menos preocupa-

do por conseguir la popularidad de las masas (*Cartas a Ático* 2.1.6). Pompeyo, desde luego, intentó acercarse a los *optimates* al divorciarse de su mujer e intentar casarse con la sobrina de Marco Porcio Catón, que gozaba de una enorme influencia entre la nobleza senatorial. También afirmó en un discurso que la autoridad del Senado siempre había sido importante para él. Sin embargo, la nobleza despreció los (falsos) esfuerzos de Pompeyo por actuar siguiendo los métodos constitucionales. Catón no permitió el matrimonio de su sobrina y frustró los intentos de Pompeyo para que el Senado concediera tierras a sus veteranos; y Lúculo, por su parte, dirigía la oposición a la ratificación de los asentamientos orientales. Catón, después, disgustó a los *equites* bloqueando su petición para hacer un reajuste del acuerdo de recaudación de impuestos en Asia. Aunque Cicerón reconocía la justicia de esta petición, criticó el desastroso momento político:

> «Aquí vivimos en medio de una situación política delicada, lamentable e insegura: habrás oído, creo, que nuestros caballeros estuvieron a punto de romper con el Senado… los que habían comprado a los censores los impuestos de Asia se quejaron en el Senado de que, movidos por la ambición, habían pagado un precio muy alto; pidieron que se cancelara el contrato… odioso asunto, vergonzosa demanda, confesión de temeridad. El mayor peligro era que, si no conseguían nada, se apartarían totalmente del Senado» (Cicerón, *Cartas a Ático* 1.17.8).

Gracias a los discursos de Cicerón, a sus cartas y a sus escritos filosóficos, estamos excepcionalmente bien informados sobre este periodo, y, por supuesto, Cicerón fue un personaje vital de la década de los 60 a. C. Es muy importante precisamente porque es un testigo contemporáneo y conocía y mantenía correspondencia con muchas de las personas que tomaban decisiones cruciales en Roma; sabía por qué se tomaban las decisiones y cómo se llevaban a la práctica. Sin embargo, tenía puntos de vista fuertemente conservadores y escribía desde esa perspectiva. Por ejemplo, se mostraba hostil con los hermanos Graco, a los que veía como revolucionarios destruc-

tivos. Él hablaba de sus aliados naturales como «…una prosperidad acrecida y aumentada gracias a la acción bienhechora de los dioses.» (*Catilinarias*, 4.19), mientras que despreciaba a la plebe, «…aquella sanguijuela asamblearia del tesoro, el populacho miserable y hambriento…» (*Cartas a Ático* 1.16.11).

Sin embargo, su prejuicio puede ser útil para mostrar cómo pensaba un grupo de senadores. Aunque no escribió una historia con continuidad, las cartas personales de Cicerón revelan la pasión de la política romana en esos años.

Todos estos problemas se agravaron con el regreso de Julio César a Roma desde Hispania. César pertenecía a la familia Iulia, de un gran prestigio social, que en los últimos tiempos no había destacado en ningún acto político. Tras ganarse una reputación como orador y demostrar su valentía en su primer servicio militar en el este, demostró que carecía de escrúpulos a la vez que era una persona de recursos. Venció a cónsules veteranos y fue elegido *pontifex maximus* el año 63 a. C., según se dice gracias a sobornos exagerados. Su tiempo como gobernador en Hispania (62-60) fue en sus propios términos exitoso, ya que había realizado importantes acciones militares y había conseguido un sustancial botín. Pidió que se le concediera un triunfo y permiso para permanecer ausente durante el consulado del 59, ya que para conseguir el triunfo tenía que mantener el mando de su ejército y, por tanto, no podría entrar en la ciudad para participar en las elecciones. Catón, después de hablar todo el día en el Senado, bloqueó la propuesta para conceder una dispensa. Por supuesto, César no vaciló; desmanteló su ejército, entró en la ciudad y fue debidamente elegido cónsul para el año 59, aunque gracias a tremendos sobornos los *optimates* consiguieron que el yerno de Catón, Bibulo, fuera escogido como su colega.

Mientras tanto, Pompeyo había recurrido a un tribuno,

Flavio, para conseguir que se ratificara su asentamiento en el este y el reparto de tierra entre sus veteranos. No obstante, el cónsul Metelo Celer obstaculizó el trabajo del tribuno todo lo que pudo, incluso organizando una reunión del Senado en su celda, después de que Flavio lo hubiera metido en prisión. Finalmente Pompeyo tuvo que retirarse, pero el Senado estaba granjeándose la enemistad de hombres importantes sin pensar de forma realista, y el pragmático Cicerón expresó su frustración con el recto pero inflexible Catón:

> «… pues interviene como si estuviera en la *República ideal* de Platón y no en la de fango de Rómulo» (*Cartas a Ático* 2.1.8).

Pompeyo, Craso y César llegaron a un acuerdo informal para cooperar tanto como les fuera posible para proteger sus intereses individuales ante la influencia de los *optimates* en el Senado. El objetivo negativo esencial, según Suetonio, era «que no se llevara a cabo ninguna acción a menos que los tres la aprobaran». La descripción de Floro de los tres hombres es perspicaz:

> «De inmediato decidieron pasar por encima de la constitución porque sus deseos de poder eran similares, aunque César estaba ansioso por conseguir estatus, Craso por aumentar el suyo y Pompeyo por retener el suyo» (2.13).

César seguía a cierta distancia por detrás de Pompeyo y Craso en dignidad y éxitos, y los necesitaba en su bando. Craso era inmensamente rico e influyente, pero se había quedado atrás por el éxito de Pompeyo en el este. Pompeyo había sufrido un desgaste político en el Senado y no podía encontrar una excusa para usar abiertamente la violencia; el poder ejecutivo de César como cónsul ofrecía la mejor oportunidad a Pompeyo para organizar el reparto de tierras para sus veteranos y proteger su dignidad. Este vago acuerdo político se selló con el matrimonio de Julia, la hija de César, con Pompeyo, que era mucho mayor que ella.

César presentó una propuesta ante el Senado que reclamaba la distribución de tierras públicas en Italia (excepto en Campania) a un gran número de ciudadanos, incluidos los antiguos soldados de Pompeyo. A pesar de los esfuerzos por conseguir apoyo, Catón habló hasta el atardecer con la esperanza de conseguir un aplazamiento sin llegar a una decisión. Cuando César lo llevó a prisión, muchos senadores lo siguieron. M. Petreyo dijo: «Preferiría estar en prisión con Catón que quedarme aquí contigo».

El proyecto de ley se presentó entonces ante el *concilium plebis*, pero el compañero cónsul de César, Bíbulo, gritó:

> «No tendréis la ley durante el presente año, aunque todos la queráis» (Dion 38.3-4).

César explotó el egoísmo terco de su oponente y recibió el apoyo público de Pompeyo, que prometió tener listo su escudo si a alguien se le ocurría sacar una espada. Bíbulo usó a los tribunos que tenía de su parte para detener la propuesta de ley y finalmente recurrió a tácticas extremas, y afirmó que estaba viendo augurios en los cielos (y por tanto ningún asunto público podría llevarse a cabo) y declaró que los días restantes en los que la asamblea podía reunirse serían vacaciones públicas. Finalmente, cuando César ignoró todos estos gestos, Bíbulo intentó vetar la propuesta; le lanzaron basura y lo atacaron unos matones, mientras que muchos de sus seguidores también fueron agredidos. La propuesta de ley se aprobó y otra ley agraria específicamente proporcionaba parte de la tierra pública de Campania para los veteranos de Pompeyo; los nuevos políticos serían importantes apoyos políticos para Pompeyo y César. Sólo Catón habló contra la propuesta de ley y siguió hablando mientras se lo llevaban a rastras por órdenes de César, cosa que constituía una violación de la libertad cívica y

que causó una impresión muy dolorosa entre los senadores. Era un signo de determinación para reprimir y sofocar la oposición y el debate. Otras medidas ratificaron los acuerdos de Pompeyo en el este y prepararon el acuerdo para gravar al orden ecuestre.

César también presentó una ley digna de un estadista para ocuparse de la mala administración de los gobernadores de Roma en las provincias. La *Lex Julia* revisaba toda la legislación previa sobre sobornos y extorsión en las provincias: definía todos los crímenes y las clases de personas a las que afectaba, establecía nuevos procedimientos para los juicios y disponía muchas nuevas regulaciones para la Administración provincial. Sin embargo, la conveniencia política se antepuso con la restauración en su trono del incompetente rey Ptolomeo Auletes de Egipto; el Senado y el pueblo hicieron una alianza con él, y se decía que Pompeyo y César habían recibido enormes sobornos del rey (ambos hombres tenían otras ideas para campañas militares futuras y querían mantener el *statu quo* en Egipto por el momento).

Acontecimientos recientes habían demostrado que el futuro político dependía enormemente de los mandos militares, del consulado y de los tribunos de la plebe, y no tanto del Senado. César centró su atención en el año de su consulado. Necesitaba asegurarse un mando militar, puesto que, de otro modo, temía que sus oponentes intentaran procesarlo por sus acciones como cónsul. Un tribuno que lo apoyaba, Vatinio, hizo que la plebe aprobara la propuesta de que César recibiera el mando provincial de la Galia Cisalpina (en el lado italiano de los Alpes) y de Iliria, con tres legiones, y que no se permitirían más discusiones sobre este tema hasta el 1 de marzo del año 54 a. C. Entonces, Pompeyo propuso que César debería recibir la responsabilidad de ocuparse de la Galia Transalpina (pasados los Alpes) y otra legión. Una vez más, Catón se

opuso con poco éxito a la idea con el argumento de que se estaba poniendo a un tirano al mando. César ahora estaba fuera del alcance de cualquiera durante los siguientes cuatro años con el dominio de una fuerte base militar cerca de Italia. Asimismo, una parte importante del plan de dominación de Pompeyo era mantener a sus aliados políticos en posiciones importantes.

Aparentemente, la vida política en Roma prosiguió como siempre, pero ahora existía un ambiente enrarecido por las amenazas y la violencia, tal y como Cicerón descubrió cuando despreció el intento de César de atraerlo para unirse a sus partidarios e hizo algunos comentarios críticos sobre la situación política predominante. Al cabo de pocos años, el enemigo mortal de Cicerón, Publio Clodio, que era un patricio, cambió su estatus al ser adoptado por una familia plebeya, ya que como plebeyo podía presentarse para el puesto de tribuno y actuar contra Cicerón. César, como cónsul y sacerdote máximo, no aplicó la mayoría de las restricciones que normalmente rodeaban a las adopciones de este tipo. Probablemente eso significaba un aviso a Cicerón, que escribió en junio del año 59 a. C.: «…Estamos cogidos por todas partes y no rehusamos ya la esclavitud, sino que tememos la muerte y el destierro, como si fueran los males mayores, cuando son mucho menores. Y esta situación, que todos lloran a una voz, nadie la alivia ni con hechos ni con palabras» (*Cartas a Ático* 2.18). Cicerón pudo exagerar la extensión de ese descontento, pero existía una continua oposición al dominio que estaban acumulando los individuos poderosos, y en medio de un gran alboroto, las elecciones consulares del año 58 se pospusieron. Más tarde, en el año 58, Clodio atacó a Cicerón aprobando una ley contra quienes hubieran ejecutado a un ciudadano romano sin un juicio previo, en una alusión directa a la conspiración de las Catilinarias. Cicerón salió del país y los matones

de Clodio destruyeron su casa en Roma; en parte de esa ubicación se construyó un santuario a la libertad. Cicerón fue condenado al exilio. Generalmente, la violencia endémica en Italia en los años 60 alcanzó tal grado que los hombres importantes no viajaban fuera de Roma sin los servicios de una escolta armada. La situación política era muy inestable, y por tanto, cuando César asumió su mando provincial, no podía permitirse perder tiempo; necesitaba distinguirse como general, conseguir riquezas para sí mismo y para sus defensores, y volver mucho más fuerte para preservar su posición. Anteriormente en su carrera, en el año 61 a. C., tras pasar por un pueblo alpino de camino a Hispania y cuando le preguntaron bromeando qué tipo de vida política tenía ese país, César habría dicho contundentemente:

> «Prefiero ser el primero entre esta gente que el segundo en Roma» (Plutarco, *César* 11.3).

Además de librar una guerra, César no podía dejar de vigilar los acontecimientos que se sucedían en Roma. Una vez que Pompeyo se hubiera salido con la suya, podía empezar a resentirse por el éxito de César y aceptar los intentos de los *optimates* de ganárselo para su causa. El programa del año 59 se había llevado a cabo en parte mediante la ilegalidad y la violencia, y los *optimates* necesitaban reunir fuerzas que respaldaran sus argumentos. Pompeyo podía proporcionarles esas fuerzas. Por otro lado, su matrimonio con la hija de César seguía siendo un fuerte vínculo.

En la fiebre de la excitación política durante los años posteriores a Sila, la historia inevitablemente gira en torno a personalidades dominantes y a la búsqueda de poder y riqueza. Sin embargo, nadie, ni siquiera entre las clases altas, se sentía fascinado por la política, y dos de los poetas más famosos de la época ofrecen un oportuno antídoto gracias al desdén que expresan por la ambición política. Lucrecio (*c.* 100-55 a. C.) es-

cribió un poema épico sobre la naturaleza del universo, exponiendo las enseñanzas de Epicuro basadas en la física atomista. Pretendía acabar con las supersticiones mediante un enfoque científico, pero también pretendía recordar a la gente la futilidad de buscar la distinción política, hablar de esos hombres a los que se podía ver «…Competir en nombre y en rango, noches y días querer con afán por escalar hacia la cima de la riqueza y el poder» (*De la realidad* 2,19). Catulo (*c.* 84-54 a. C.), en Verona, en la Galia Transalpina, escribió poesía lírica cuyos temas se basaban en la alta sociedad de la República tardía. Con su voz original y apasionada, también tuvo tiempo para ofender a César y a su jefe de ingenieros, Mamurra, a los que descalificó llamándolos «desvergonzados bujarrones» (Poema 57). Y, al parecer, Catulo tenía la confianza suficiente para rechazar una propuesta de César:

> «No me esfuerzo demasiado, César, por querer agradarte, por saber si eres blanco o negro» (Poema 93).

Pompeyo, después de urdir los tejemanejes necesarios para ganarse algunos amigos y construir, quizás, puentes con los *optimates*, intentó traer a Cicerón de vuelta del exilio. Los tribunos, a favor de Cicerón, particularmente Anio Milo, organizaron sus propias bandas y batieron a Clodio con su propio juego. Se aprobó una ley para traer a Cicerón de vuelta, y así regresó el año 57 a. C. con una amplia aprobación. Sólo tres días después de su regreso, Cicerón propuso que se diera a Pompeyo una comisión especial de cereales durante cinco años, aunque Pompeyo podría haber esperado incluso más. El problema con Egipto había vuelto a resurgir; el rey Ptolomeo Auletes, derrocado por una revuelta popular, había huido junto a su benefactor Pompeyo. Las luchas intestinas continuaron, lo que tensó las relaciones entre Pompeyo y Craso. Pompeyo avisó a Cicerón de que existía un plan para asesinarlo y que Craso estaba financiando a Clodio, pero Pompeyo no contaba con la simpatía del pueblo, porque la gente no confiaba realmente en él, pues a menudo decía una cosa aunque pensaba la contraria. Cicerón dijo de él que resultaba difícil saber qué quería y qué no. Pompeyo nunca pidió abiertamente nada, y de ese modo no perdía el respeto de los demás si no conseguía lo que deseaba.

Mientras tanto César había conseguido un destacado éxito militar en la Galia. Un avance de la tribu de los helvecios, que podía verse como una amenaza para la provincia, permitió que César iniciara una enorme campaña que acabó con la conquista de toda la Galia después de diez años de lucha, la muerte de tal vez hasta un millón de galos y el saqueo del país. César dirigió la lucha en gran parte sin informar al Senado y declaró la guerra al rey germano Ariovisto (a pesar de que había sido reconocido como un amigo del pueblo ro-

mano), además de invadir Bretaña y Germania. Aunque los botines de guerra proporcionaron a César la riqueza necesaria para sobornar a importantes figuras de Roma, necesitaba apuntalar sus acuerdos políticos; en abril del año 56 a. C., se reunió con Craso en Rávena y, después, se mudaron al sur para encontrarse con Pompeyo en Luca.

César se ocupó de buena parte de la negociación y desplegó el tacto preciso para unir a Pompeyo y a Craso. Ciertas decisiones que se tomaron eran de una claridad innegable. Con la ayuda de los votos de los soldados de César, que habían vuelto a casa licenciados, Pompeyo y Craso fueron elegidos cónsules el año 55 y los mandos importantes con toda probabilidad seguirían durante el consulado. La posición de gobernador de César en la Galia se prolongó durante otros cinco años, y esperó quedarse con su ejército hasta ser elegido con seguridad para el consulado del año 48. Por tanto, no podrían procesarlo. Los planes eran radicales y, tal y como Plutarco dice:

> «El trío de hombres decidió aumentar su control de los asuntos públicos y asumir el control completo del Estado» (*Vida de Craso* 14).

Pompeyo se marchó a Sicilia para manejar la comisión de los cereales, mientras César regresaba a su provincia. Los decretos senatoriales que concedían fondos para que César levantara cuatro nuevas legiones y nombrara a diez oficiales (*legati*) tuvieron la consecuencia de validar sus acciones en la Galia desde el año 58 a. C. En este punto, Cicerón apoyó a César; le costaba mucho resistirse a la poderosa influencia de los tres hombres, aunque no le gustaba ejercer como su defensor. En medio de una gran violencia, Pompeyo y Craso fueron elegidos cónsules el año 55; el único candidato que permanecía en el campo era Domicio Enobarbo, que contaba con el apoyo de su cuñado, Catón; en medio de todo el desorden, el portador de la antorcha de Domicio fue asesinado y Catón resultó herido. Catón era indomable, y dijo que la

lucha ya no era por el cargo, sino por la libertad y contra la tiranía.

Gradualmente, los tres hombres, mediante lucrativas comisiones y con el apoyo de los mandos militares y del pueblo, estaban subvirtiendo las actividades políticas normales. Por tanto, no es en absoluto sorprendente que hicieran que un tribuno sacara adelante una ley que concedía la provincia de Hispania a Pompeyo, y la de Siria a Craso durante cinco años con poderes ilimitados para dirigir a las tropas, declarar la guerra y firmar la paz. Catón y dos tribunos lucharon ferozmente contra esta ley; tras ser excluidos de la asamblea, Catón se subió a la espalda de un hombre y gritó una maldición, pero la ley se aprobó en medio de los disturbios, en los que cuatro personas murieron. Las artimañas, la ilegalidad y la violencia eran ahora una rutina en la vida política. Craso dejó Roma y se fue a su provincia en noviembre del año 55 a. C., aunque un tribuno lo persiguió hasta las puertas para intentar arrestarlo y lo maldijo. Pompeyo se quedó en Roma por el momento, aparentemente para mantener el orden; seguía teniendo su control del cereal, lo que le confería un pretexto legal para permanecer cerca de la ciudad. Sin embargo, los *optimates* todavía tenían influencia en las asambleas electorales y la voluntad de seguir luchando. Domicio Enobarbo fue elegido cónsul el año 54, y Catón, pretor.

La mujer de Pompeyo, Julia, murió en agosto del año 54 a. C. Tanto su padre, César, como su marido se habían consagrado a ella, y Julia había sido un elemento determinante para mantener a ambos hombres unidos. Después, en el año 53 Craso fue derrotado y asesinado en Carras por las tropas de Partia, que borraron todo su ejército del mapa. En la campaña de Partia, el mando militar y la estrategia estaban subordinados a la ambición personal. Aparte de la pérdida de vidas y la amenaza a los intereses romanos en el este, todo ello tan cuidadosamente preparado por Pompeyo, esta derrota fue muy significativa, ya que hizo que la escena política pareciera más una confrontación directa entre Pompeyo y César. En Roma, reinaba el caos y el desorden. A finales del año 54, no se eligió ningún cónsul ni pretor para el año siguiente, y los seguidores de Milo y Clodio se enfrentaban en las calles. Al principio del año 52, de nuevo no se había elegido ningún cónsul, y en enero, en una guerra sin cuartel en la Vía Apia, el bando de Milo acabó con Clodio y muchos de sus seguidores. Movidos por su aflicción, la muchedumbre prendió fuego a la sede del Senado en Roma. La plebe exigía que Pompeyo fuera nombrado dictador, y tal vez como un subterfugio, Catón se sacó de la manga una propuesta en el Senado para que Pompeyo fuera elegido cónsul en solitario. Esta postura era anticonstitucional; y aún más, Pompeyo había sido cónsul en el año 55, y por tanto no podía ser elegido de nuevo en ese momento, y ostentaba simultáneamente el poder proconsular, ya que era el gobernador de Hispania. Este fue el cargo más extraordinario en la carrera anticonstitucional de Pompeyo, y Catón y los *optimates* lo habían respaldado.

Pompeyo parecía ahora alejarse de César, ya que rechazó otra alianza matrimonial y se casó, en su lugar, con una hija

de Metelo Escipión, un furibundo anticesariano al que, en agosto del año 52 a. C., Pompeyo había conseguido que eligieran para compartir su consulado. Sin embargo, Pompeyo en modo alguno se había comprometido con los *optimates*; sabía con certeza que no podía confiar en ellos. César había tenido que aplastar una seria rebelión en la Galia en el año 53, que podría haberlo distraído de lo que estaba ocurriendo en Roma. No obstante, su principal preocupación seguía siendo su capacidad para presentarse al consulado, aun estando ausente, del año 48. Según Cicerón, Pompeyo no era renuente a apoyar este movimiento, aunque su comportamiento era ambiguo. En cualquier caso, César tuvo que librar una campaña muy difícil entre el 52 y el 51 contra el líder galo Vercingétorix. Ahora parecía probable que antes o después la pugna por el poder político y el prestigio tendría que acabar decidiéndose por el poder de las armas. La posición de César, basada en su enorme riqueza y en su poderoso ejército, bien entrenado para la batalla y completamente leal a su general, estaba por encima de cualquier contramedida política que pudiera tomarse en Roma. Ahora César era el líder de una fuerte facción política.

Aunque Catón fue derrotado en el consulado de 51 a. C., Claudio Marcelo salió elegido y en su programa figuraba relevar a César de su mando y desacreditarlo como ciudadano privado. Muchas de sus iniciativas fueron vetadas por los tribunos y la situación empeoró cuando Marcelo golpeó con una barra a un ciudadano de Novum Comum (un asentamiento a cuyos colonos el propio César había otorgado la ciudadanía). Esto supuso un desafío evidente a la autoridad de César, que, a su vez, respondió enviando una legión al norte de Italia para proteger a la comunidad. También publicó sus comentarios de guerra, que describían claramente su éxito en la Galia, su valor y su sensación de obligación para con el imperio, así

como las heroicidades logradas por sus legiones. Al final de septiembre, el Senado se reunió para discutir la misión llevada a cabo por César en la Galia y, por fin, dejó clara su opinión: a César no podía molestarlo nadie antes del 1 de marzo del año 50; en ese punto, la cuestión se discutió a menudo en el Senado. Los vínculos entre César y Pompeyo se habían visto seriamente comprometidos y César reforzó su posición doblando la paga militar y prosiguiendo con los alistamientos.

No por casualidad, mantuvo su compromiso con el pueblo e invirtió en construcciones para Roma. Muchos senadores de Roma deseaban mantener la paz y no siguieron a los miembros más extremistas de los *optimates*. César también usó los sobornos con astucia; el tribuno Curio, cuyas deudas César había saldado, utilizó repetidamente su veto para bloquear los intentos de reemplazar a César, basándose en un principio de igualdad, es decir, que Pompeyo debería renunciar a su provincia al mismo tiempo que él renunciaba a la Galia. Entonces, en diciembre del año 50, el cónsul Marcelo intentó convencer al Senado de relevar a César de su mando, y que Pompeyo lo conservara. Sin embargo, cuando Curio propuso que ambos deberían renunciar a sus cargos militares, su propuesta se aprobó (por 370 votos a 22), como la mejor manera de evitar la guerra civil. Marcelo y quienes le apoyaban tomaron las riendas del asunto y recurrieron a Pompeyo para ofrecerle la autoridad necesaria para defender el Estado. César, sinceramente o no, siguió adelante con las negociaciones; por fin, el 1 de enero del año 49 envió una carta al Senado en la que recapitulaba todos sus logros y les pedía mantener el control de sus provincias hasta que se acabara la elección consular, o bien, que él y Pompeyo dejaran sus cargos a la vez. Una moción en la que se pedía que César desmantelara su ejército o bien fuera considerado como enemigo público fue vetada por el tribuno Marco Antonio. El 7 de enero, el Senado aprobó

un decreto final en el que garantizaba a los magistrados la autoridad suficiente para proteger al Estado; los tribunos acudieron de inmediato a César. César se habría enterado de las noticias el 10 de enero. Ahora que la mayoría (ya fuera por convicción o intimidación) estaba contra él y estaba otorgando el mayor poder legal posible a sus enemigos, había llegado la hora de actuar con contundencia. César, tras declarar «la suerte está echada», cruzó el río Rubicón (la frontera entre su provincia e Italia), y en la mañana del 11 de enero del año 49, sus tropas entraron en la ciudad de Ariminum. La guerra civil había empezado.

En este duradera guerra civil lucharon soldados romanos de las áreas rurales de Italia, pero bajo el mando de las clases altas, muchos de los cuales habían ocupado los más altos cargos del estado y habían disfrutado de las riquezas y honores conferidos por la conquista. No obstante, querían más: pretendían asegurar su estatus personal (*dignitas*), así como su lugar destacado al frente del estado, y estaban preparados para aceptar las consecuencias, aunque la mayoría de los miembros de las clases altas romanas no querían una guerra civil. Los *optimates* al final acudieron también a la guerra para preservar la sociedad establecida y su visión particular de la libertad, que era bastante limitada, puesto que los beneficiaba sólo a ellos e ignoraba los intereses del pueblo. Su indiferencia ante las preocupaciones del pueblo y su falta de voluntad para comprometerse los llevó a entrar en conflicto con los ambiciosos miembros de su propia clase. Dado que la constitución romana permitía poner grandes restricciones a la voluntad popular, todo parecía dispuesto para una confrontación violenta. El ideal de un gobierno colectivo de la República formado por senadores que competían justamente por los cargos había sido pervertido, en primer lugar, por el uso egoísta de la *clientela*, y, en segundo lugar, mediante el poder militar y la corrupción

de los tribunos de la plebe. Por mucho que César afirmara estar protegiendo a los tribunos y los derechos del pueblo, lo que realmente le importaba era su posición personal. Tácito, cuando reflexionó sobre el declive de la República y el papel de los gobernantes, dijo:

«Pompeyo era más sigiloso pero no mejor» (*Historias*, 2.38).

Durante la guerra, César demostró una vez más su brillantez táctica, su decisión y su rapidez. Velozmente invadió toda Italia, derrotó a los oficiales de Pompeyo en Hispania y capturó Massilia (Marsella), para asegurarse de que Italia no pudiera ser rodeada. El año 48 a. C., cruzó a Grecia y, tras sufrir una derrota en Dirraquio (Pompeyo en privado se mostró asombrado por las magras raciones con las que habían sobrevivido las tropas de César), plantó cara a sus oponentes en Farsalia, donde consiguió una victoria completa. Observando a los caídos en el campo de batalla, César comentó, «Ellos lo han querido», y entonces añadió una justificación personal llamativa:

«Yo, Gayo César habría sido condenado, si no hubiese pedido ayuda a mi ejército» (Suetonio, *Vida de César*, 30.4).

Pompeyo huyó a Egipto, donde, el año 48 a. C., tan pronto como puso pie en tierra, fue apuñalado a traición por los agentes del joven rey Ptolomeo (el hijo de Ptolomeo Auletes, al que Pompeyo había ayudado). Le cortaron la cabeza para mostrársela a César, quien, no obstante, se disgustó por la manera en la que había muerto su oponente, aunque resultaba difícil ver qué habría podido hacer con Pompeyo si éste hubiera seguido con vida. Cicerón dijo:

«No puedo dejar de lamentar su caída; lo tuve, en efecto, por hombre íntegro, puro y serio» (*Cartas a Ático II* 11.6.5).

César arregló todos los asuntos pendientes en Alejandría y se alió con Cleopatra VII, a la que nombró reina de Egipto, antes de organizar Siria y las provincias del sur, y tras derrotar

al rebelde Farnaces II del Bósforo en Zela en una campaña relámpago («Llegué, vi y vencí»). De vuelta a Roma, en septiembre del año 47 a. C., pronto cerró un trato con los últimos resistentes de las fuerzas republicanas en África. La batalla de Tapso selló su victoria, y poco después Catón se suicidó en Utica. Celebró cuatro triunfos el año 46, pero dos de los hijos de Pompeyo consiguieron reunir bastantes fuerzas en Hispania, lo que requirió la presencia personal de César. En Munda (cerca de Urso), la guerra civil acabó por fin, con la muerte de 30 000 soldados, y en marzo del año 45 César era el dueño y señor indiscutible del mundo romano.

César no pudo disfrutar mucho de su éxito. La guerra civil había devastado partes de Italia y provincias enteras; muchos de los mejores luchadores de Italia habían sido asesinados y muchos de los ciudadanos más importantes estaban en el exilio o muertos. Miles de veteranos soldados esperaban recompensas y tierras para tener su propia granja. Además, César heredó serios problemas económicos y sociales, que venían de lejos debido al fracaso de la oligarquía gobernante para manejar las dificultades del imperio que habían conquistado. César cambió de táctica para demostrar que no iba a repetir los métodos de Sila, y evitó confiscar tierras para compensar a sus tropas. Las tropas derrotadas de sus oponentes, o bien fueron alistadas en sus legiones, o bien licenciadas. El año 49 a. C. César procuró reducir las deudas llegando a un acuerdo entre acreedores y deudores. En una serie de medidas entre los años 49 y 44, reformó la Administración de Italia y las provincias. Implantó nuevas medidas para el gobierno municipal de Italia y redujo los impuestos en ciertas provincias (la recaudación directa de impuestos en Asia redujo en un tercio la cantidad), tal vez como una medida temporal para aquellos que habían sufrido los estragos de la guerra civil; y se fundaron unas veinte colonias nuevas, por ejemplo en Hispania, en Urso y en la Galia, en Lugdunum (Lyon). César intentó arreglar los problemas en Roma recortando el número de receptores de cereales gratuitos de 320 000 a 150 000, en parte aumentando los contingentes en las nuevas colonias del extranjero. Además, la seguridad pública en Roma se mejoró para prohibir todos los clubes privados (*collegia*) excepto para las asociaciones religiosas; los *collegia* habían sido una gran fuente de problemas, puesto que Clodio y otros los habían usado como centros de agitación política. Una doble ley reorganizó el sis-

tema para ocuparse de los procesos criminales y civiles, y aumentó los castigos; los jurados consistirían en senadores y *equites*. Entre otras medidas varias, César obligó a los propietarios de las fincas a reclutar un tercio de su fuerza de trabajo de hombres libres, y el calendario se reformó según el año solar, que a la larga sería el cambio más duradero. Intentó distraer a los pobres con juegos, espectáculos y el reparto de cereales, aunque la calidad de la vida en Roma continuó siendo lamentable para las clases más bajas.

César no planeó desde el principio crear una monarquía; había competido con sus iguales por la supremacía política, pero después de la guerra civil ya no tenía iguales y tenía que decidir si apoyar la vieja constitución, supervisarla y después retirarse como Sila. Era evidente que esa opción había resultado desastrosa y César había sido muy crítico con Sila. No obstante, si César permanecía en la política activa, su posición, de algún modo, estaba destinada a ser virtualmente autocrática; podía guiar al Estado para volver a instaurar el Gobierno constitucional cuando él muriera, o podía intentar pasar su poder a un sucesor. Parece que todavía no se había decidido en este aspecto. Su planeada expedición militar contra Partia debió de distraerlo y se centró en la tarea más agradable del mando militar y, así, pospuso el momento de tomar decisiones incómodas.

Salustio, que era un partidario político de César, además de historiador, en varias cartas abiertas le aconsejaba que se mantuviera por encima de las facciones, restaurar la República para que pudiera volver a reinar el orden y mantener la política de reconciliación. Cicerón, que desde luego no era uno de sus partidarios, se había quedado, sin embargo, atónito por la clemencia demostrada por César con los enemigos derrotados. En el último discurso en defensa de M. Marcelo, cónsul del año 51 a. C. y uno de los peores enemigos de César, que

Cicerón dio después de que César lo hubiera perdonado, afirmó que éste debía restituir la República sobre firmes principios y hacer que volviera a funcionar de nuevo. «Por ti únicamente, Gayo César, ha de ser restablecido todo lo que percibes que por el ímpetu de la propia guerra yace (algo que fue inevitable) abatido y tirado por los suelos» (Cicerón, *Discursos VII. Por el regreso de Marco Marcelo* 23). El objetivo principal de César era conseguir que la nobleza se pusiera de su lado mediante muestras obvias de clemencia. Declaró que el despotismo no formaba parte de su carácter e incluso concedió cargos a quienes antes habían sido sus oponentes; nombró pretor, por ejemplo, a M. Junio Bruto, que había luchado con Pompeyo en Farsalia, aunque luego rogó a César su perdón; y a. C. Casio Longino, que como tribuno en el 49 también había apoyado a Pompeyo y que después obtuvo un perdón. César también demostró su respeto por el Senado y la práctica republicana sometiendo sus medidas a su aprobación; sin embargo, no invitó al Senado a unirse a él para diseñar la estrategia política.

Más adelante, la postura constitucional de César se alejó incluso más de las normas de la práctica republicana. Desde octubre del año 48 a. C. fue *dictator* «Rei Publicae Constituendae causa» (dictador para devolver el orden a la República), y en el año 46 se votó que ostentara este oficio durante diez años. Como dictador era inmune al veto de los tribunos. Se podía argumentar que esta posición era legítima mientras César intentara reformar la constitución. Sin embargo, acumuló otros poderes: fue cónsul el año 48, y del año 46 al 44, y tuvo poderes de censor también en esos últimos años, lo que le permitía controlar las listas de los senadores. En las reuniones del Senado tenía derecho a sentarse entre los cónsules y a hablar en primer lugar. Una ley aprobada por un tribuno dio a César el derecho vinculante de recomendar a la mitad de los

candidatos en las elecciones para las magistraturas, excepto a los cónsules, aunque, a efectos prácticos, también controlaba el acceso al consulado. César preservó la ficción de las elecciones genuinas enviando una nota a las tribus que participaban en la Asamblea electoral en la que les señalaba a los candidatos que él deseaba que fueran elegidos «según su votación». Su cumpleaños fue declarado festivo y el mes Quinctilis fue rebautizado como Iulius (julio) por él. Recibió la inviolabilidad de un tribuno, y lo que era más inquietante, el año 44 se convirtió en dictador *perpetuus* (de por vida). En febrero del año 44 apareció con el atuendo ceremonial de los antiguos reyes romanos, aunque rechazó la corona que le ofreció Marco Antonio, su *Magister Equitum* (jefe de caballería, o la mano derecha del dictador). Consiguió extraordinarios honores, entre ellos que se acuñara su retrato en las monedas, y se le ofreció una posición casi divina, con Antonio como su sacerdote. Así colaboraba en el constante desprestigio de los honores; al fin y al cabo, a Pompeyo se le había rendido culto en Delos, Atenas y Philadelphia.

Al convertirse en dictador de por vida, César estaba preparando el camino hacia su propia debacle. La dictadura permanente lo había alejado de los nobles, cuyo apoyo le era esencial, puesto que parecía acabar con su costumbre de luchar por la supremacía política con sus iguales. Mientras César planeaba la expedición a Partia, ellos se enfrentaron a un rey virtual ausente. La aristocracia romana se dio cuenta de que a todos los efectos les habían arrebatado su país, su rango y su honor. En marzo del año 45, Servio Sulpicio Rufo escribió a Cicerón para darle el pésame por la muerte de su hija Tulia, y le explicó con todo detalle la vida política en Roma:

> «… [un yerno] a quien seguramente puedas encomendarle la honra de tu hija. ¿Para tener hijos y alegrarse con ellos viéndolos crecidos en estado, gobernar la hacienda que les dejó su padre, pretender por su orden en la República los cargos, mostrarse liberales en las cosas tocantes a sus amigos? ¿Qué cosa de

todas estas hay que antes de sernos concedida no nos la hayan quitado de las manos? Pero es triste ver morir a los hijos. Verdad es, pero más triste cosa es sufrir y padecer lo que sufrimos». (Cicerón, *Obras completas, tomo LXXVII. Epístolas familiares I*).

Esto resume los profundos sentimientos de los senadores y sus irreconciliables diferencias con César. Además, César era en ocasiones intolerablemente autocrático en sus maneras. Cuando un *eques*, Laberio, escribió un mimo que contenía referencias satíricas a César, se vio obligado a hacer uno de sus propios papeles, un gran insulto para un *eques* romano. Los senadores se enfurecieron cuando, tras la muerte de un cónsul el último día de su año en el cargo, 45 a. C., César hizo que eligieran a un nuevo cónsul (Rebilo) para las restantes horas del día. Cicerón dijo que alguien que hubiera presenciado esos acontecimientos no podía reprimir las lágrimas (ya fueran de rabia o lástima). Cicerón tampoco ahorró críticas sobre el hecho de que en las resoluciones del Senado aparecía su nombre entre aquellos que las habían apoyado, incluso cuando ni siquiera había asistido a la reunión.

César era un administrador concienzudo y era completamente escéptico sobre el antiguo sistema de gobierno. Tenía poco tiempo para llevar a cabo las prácticas de la vieja República, que describió como un simple nombre sin forma ni contenido. Ya en enero del año 49 a. C., había dicho abiertamente en una reunión del Senado que desde ese momento él se encargaría de llevar las riendas del Estado a solas. Tenía tendencia a creer que sus decisiones eran las más adecuadas y, por tanto, hacía caso omiso a los intentos de impedir sus actos, aunque no tenía ningún plan claro de una regeneración social de gran alcance, ni para una reforma constitucional. Tal vez esperaba haber reunido el apoyo de todos aquellos que no se oponían a él, como una especie de superpatrón, y acabar así con los partidos políticos tradicionales. Al final esta posición de privilegio resultó insoportable para algunos, de manera que

ciertos senadores destacados, incluidos Bruto y Casio, a los que había indultado, empezaron a tramar una conspiración. En los Idus de marzo (15 de marzo) del año 44, en el teatro construido por Pompeyo, César fue asesinado en una reunión del Senado. Se había sentido indispuesto, pero asistió a la reunión a pesar de los avisos de su mujer Calpurnia. Tras preocuparse de mantener alejado a Marco Antonio, César se vio rodeado de conspiradores que fingían hacerle peticiones personales, y cayó bajo veintitrés puñaladas, mientras se envolvía en su toga.

Antonio (Marco Antonio) había servido a las órdenes de César en la Galia y, como tribuno en el año 49 a. C., había defendido sus intereses. César tenía la suficiente confianza en él como para encomendarle el mando del ala izquierda en Farsalia, y más adelante fue el *Magister Equitum* (jefe de caballería) de César, y finalmente cónsul en el año 44. Fue un buen soldado y un político de talento con una desordenada vida privada. Su actitud fue crucial para los asesinos de César (que se llamaban a sí mismos «Liberadores»), que descubrieron que no había aumentado su apoyo entre el pueblo. Antonio intentó mediar entre ellos, pero sin dejar de lado sus propias credenciales militares y populares. En primer lugar, se hizo con los papeles y el testamento de César, consultó a eminentes cesarianos y, después, como cónsul, reunió al Senado el 17 de marzo. En ese momento, tomó el control de la asamblea y planteó un pacto digno de un estadista, en el que prometía que no se tomarían represalias contra los Liberadores, a la vez que se aseguraba de que las medidas de César se aprobarían y que habría un funeral público. La posición de dictador fue abolida para siempre, cosa que sonaba bien pero que también carecía de sentido. Después de un corto discurso de Antonio en el funeral de César, que había sido popular entre la plebe, quemaron el cuerpo de César en el fórum. Los Liberadores no habían planeado qué hacer después, y se encontraban cada vez más aislados, en buena parte porque la mayoría del ejército estaba controlado por partidarios de César. Antonio no pretendió ocupar el lugar de César, pero sí necesitaba mantener su posición dentro de los defensores de César. Demostró ser hábil y capaz de mantener el control, contradiciendo la imagen de borracho desesperado que sus oponentes intentaban dar de él, especialmente Cicerón.

El elemento sorpresa y que nadie esperaba fue Gayo Octavio, el sobrino nieto de César, a quien había adoptado el año 45 a. C. Octavio se tomó su papel de heredero muy en serio (se cambió el nombre a Gayo Julio César Octaviano) y se esforzó por conseguir dinero, aliados y a los antiguos soldados de César en una apuesta por liderar a todos aquellos que habían salido beneficiados de la victoria de César. Antonio pudo haber infravalorado a Octaviano, ya que afirmaba que se lo debía todo a su nombre. Sin embargo, Octaviano se presentó en Roma en mayo, y consiguió crear una coalición, de la que formaban parte los cónsules del año 43, Hirtio y Pansa (antiguos partidarios de César). Antonio llegó a un acuerdo con Octaviano, en parte por la presión de los veteranos, y esto le dificultó seguir mediando con los Liberadores, sobre todo con Bruto y Casio. Antonio ahora tenía el control de las provincias gálicas. Octaviano no podía esperar gran cosa del Gobierno establecido, pero Cicerón pensó que podrían usarlo para ganar la partida a Antonio, y puso todo su empeñó en preservar la República. El gobernador de la Galia Cisalpina, D. Junio Bruto Albino, se negó a dejar su mando y fue asediado por Antonio en Mutina. Aquí, Antonio, después de haber sido derrotado por un ejército dirigido por los cónsules Hirtio, Pansa y Octaviano, se vio obligado a retirararse a la Galia Narbonense, donde consolidó sus fuerzas con el apoyo de los gobernadores de las provincias occidentales, especialmente M. Emilio Lépido. Cicerón, en un alarde de optimismo, pensaba que Octaviano sería una simple herramienta, tal y como dijo con sus propias palabras, lo «alabarían, lo alzarían y lo quitarían de en medio» (*Cartas a sus Amigos* 11.20.1). Sin embargo, los sucesos no se desarrollaban como él esperaba, puesto que Hirtio cayó en la batalla de Mutina, y Pansa murió a causa de las heridas sufridas. Octaviano se había quedado solo con todo el control del ejército, y con un aplomo notable,

en una demostración a partes iguales de inteligencia, ambición y crueldad, marchó sobre Roma en julio del año 43 a. C. y consiguió hacerse con el consulado con sólo diecinueve años de edad. Acabó con la amnistía de los asesinos de César, y en la conferencia de Bononia (Bolonia) se reconcilió con Antonio y Lépido; los tres hombres fueron nombrados triunviros (grupos de tres hombres) «para restaurar el Estado». A continuación dictó proscripciones contra sus enemigos, y Cicerón, en diciembre del año 43, se llevó la peor parte. Había sellado su destino con una serie de discursos corrosivos contra Antonio, con los que había convencido al Senado para que lo declarara enemigo público. Fue asesinado y su cabeza y manos (con las que había escrito los discursos contra Antonio) fueron expuestos en la plataforma de oradores (*rostra*) de Roma.

El año 42 a. C., las fuerzas republicanas que Bruto y Casio habían reunido en el este fueron derrotadas en Filipos, y sus líderes acabaron muertos. Esta victoria confirmó el estatus de Antonio como un general competente, y los triunviros se dispusieron a controlar el Estado según sus propios intereses, haciéndose con las magistraturas y los cargos, y dividiéndose las provincias y las responsabilidades. Antonio controlaba principalmente las provincias del este y la Galia; Octaviano, el oeste, y Lépido, África. En Egipto, Antonio se reunió con Cleopatra VII, con quien acabaría teniendo tres hijos, y las regiones del este ocuparon buena parte de su atención. Sin embargo, la situación en Italia era inestable, puesto que el acuerdo de Octaviano con los soldados veteranos había causado mucho resentimiento, y L. Antonio (cónsul en 41), el hermano de Antonio, y la mujer del triunviro, Fulvia, avivaron los disturbios; finalmente Octaviano los sitió en Perusia (la actual Perugia). Lo encarnizado que fue el conflicto puede juzgarse por la gran cantidad de proyectiles y hondas de ambos lados que se encontraron en el lugar de los hechos, que

llevaban inscritos diversos mensajes insultantes para los líderes. Después de la rendición de Perusia, Antonio llegó a Brundisium (la actual Brindisi) en el año 40, y se negoció un nuevo acuerdo, que se selló con el matrimonio de la hermana de Octaviano, Octavia, con Antonio. Ahora el imperio estaba realmente dividido entre Octaviano en el oeste, Antonio, en el este, y Lépido, que permaneció en África. En el año 37, otra reunión en Tarento (Italia), renovó el triunvirato por cinco años más, aunque Antonio dejó a Octavia cuando volvió al este. En ese momento, se consagró del todo a la invasión de Partia en el año 36 (los partianos habían invadido territorio romano en el año 40) y a la relación que seguía manteniendo con Cleopatra. El fracaso de la campaña de Partia fue un duro golpe para Antonio, mientras que Octaviano, ayudado por sus competentes mandos militares, sobre todo Marco Agripa y Salvidieno Rufo, mejoró su posición con la derrota en el año 36 del hijo más joven de Pompeyo, Sexto Pompeyo, que había usado sus flotas para controlar Sicilia. Al mismo tiempo, Lépido cayó en la deshonra y se le privó de su ejército, aunque se le permitió seguir viviendo en Italia.

En ese momento, existía una confrontación directa entre Octaviano y Antonio, y el primero, astutamente, manipuló la opinión pública para ponerla en contra de su rival, presentándolo como un enemigo de Roma que se había aliado con una reina degenerada del este, que perdía posesiones romanas mientras mantenía una pose de defensor de los valores tradicionales y del *imperium* del Estado romano. La propaganda del vencedor normalmente triunfa, aunque, de hecho, Antonio parece haber sido un competente y responsable administrador. Sin embargo, sus aliados fueron intimidados para que se fueran de Roma, y su divorcio de Octavia parecía confirmar su retiro de la escena romana. Las operaciones militares empezaron en el oeste de Grecia, y Agripa llevó a cabo una habi-

lidosa maniobra naval que dio la ventaja a Octaviano; cuando las flotas se reunieron cerca de Accio el año 31 a. C., las fuerzas de Antonio fueron derrotadas, aunque él y Cleopatra consiguieron alejarse y escapar; su ejército se dispersó y quienes permanecieron desertaron y se unieron al ganador. Antonio y su amante se suicidaron y la entrada de Octaviano en Alejandría, en agosto del año 30 a. C., marcó el final de largos años de guerra civil. Al margen de lo que los protagonistas pudieran intentar difundir con su propaganda, la batalla que se había prolongado durante los trece años anteriores había sido por hacerse con el poder supremo. Bruto había acuñado monedas antes de la derrota de Filipo para celebrar el asesinato de César: en uno de los lados representó las dagas y el gorro frigio (que tradicionalmente se le daba a un esclavo cuando se lo liberaba) con la leyenda «Idus de Marzo», y en el otro, aparecía su propio retrato, el símbolo tradicional de un monarca. Gayo Julio César Octaviano tenía ahora el poder supremo y sabía exactamente qué quería hacer con él.

5

Augusto y el Nuevo Orden

La redacción de la historia imperial

La batalla de Accio dio paso a una nueva era en la redacción de la historia, al menos, eso pensaron los escritores posteriores que intentaron establecer un relato creíble sobre el gobierno de los primeros emperadores. Por un lado, disponían de mucha información útil, procedente de muchos autores contemporáneos, y lo que era poco habitual, el relato del propio protagonista principal. Augusto dejó para la posteridad una breve memoria autobiográfica, «Las obras del Divino Augusto». (*Res Gestae Divi Augustus*), que quedó grabada en las jambas de su mausoleo en Roma y en diversos templos del imperio. En ella se dirigía a los ciudadanos romanos y justificaba su carrera mediante una declaración de lo que había realizado por Roma en materia política, en los asuntos militares y en el servicio público. Así era como Augusto quería que se le recordara y, por supuesto, omite o modifica cualquier dato que no forme parte de esa imagen de benefactor benevolente del mundo romano. La *Res Gestae* no es más fiable que la mayoría de las autobiografías políticas actuales. Al igual que el propio Augusto, es engañosa y parcial, pero también fascinante.

Veleyo Patérculo, procedente de la aristocracia de la región de Campania, fue el principal testigo contemporáneo de la

época cuyo relato ha sobrevivido. De hecho, como oficial del ejército participó en algunos de los acontecimientos que relata. Fue amigo tanto de Augusto como de Tiberio, y ambos le ascendieron, y es el ejemplo del progreso social de los *equites* bajo el reinado de Augusto. Su relato histórico se puede despreciar por adulador y engañoso. A pesar de ello, además de sus narraciones como testigo, su obra tiene valor precisamente porque somos capaces de calcular su parcialidad y de reconocer la versión oficial de los acontecimientos, y porque Veleyo resalta la actitud contemporánea de un grupo que apoyaba todo lo que Augusto representaba. Livio, el gran historiador de Roma, era muy diferente. Nació en Patavium (Padua), y también era amigo de Augusto. Acabó su obra histórica en el año 9 d. C. y, por desgracia, su relato de las guerras civiles y de la victoria de Augusto se ha perdido, aunque existen resúmenes de estas obras. Livio se mantuvo alejado de la vida pública, pero sus comentarios sobre los personajes públicos habrían sido tremendamente valiosos. Al parecer, era tan pródigo en sus halagos a Pompeyo que Augusto bromeaba llamándolo «pompeyano». El prólogo un tanto lúgubre de Livio sugiere que su obra ofrecía un relato más agudo de lo que cabría esperar sobre la revolución política inspirada por Augusto. Enumera las características de la antigua Roma y luego continúa:

> «El lector debería considerar cómo la disciplina se fue diluyendo poco a poco, y, después, cómo la moralidad primero entró en decadencia y después cayó en picado antes de derrumbarse completamente y llegar a la situación actual en la que no podemos ni soportar nuestros vicios ni su cura» (1, Prefacio 9).

Había más autores contemporáneos de Augusto que estaban relacionados de un modo estrecho y de diferentes maneras con el régimen, y que son valiosos por lo que nos cuentan, a menudo de un modo involuntario, sobre la vida durante su gobierno. Por ejemplo, el arquitecto Vitruvio ayudó a crear

edificios públicos y máquinas militares para Augusto, y gozó de su patronazgo: «Por tanto, al verme obligado por este favor que me permite vivir sin penuria hasta el final de mi vida, comencé a redactar estos libros para ti…» (Prefacio 3). Es gratificante el modo directo con el que deja clara la posición dominante de su mecenas en la vida romana. Estrabón, nacido cerca del año 64 a. C., en Amaseia, en el Ponto (Turquía), escribió una *Geografía* de diecisiete tomos. Estaba muy bien relacionado, y comprendió muy bien hacia dónde se dirigía el Gobierno romano. Interpretó la revolución de Augusto y el desarrollo de aquel imperio territorial en términos de organización y dirección del espacio y de la explotación de los recursos naturales. También alabó a Augusto por sus hermosos y prácticos edificios en Roma. Todos estos testimonios están centrados en Roma, ya que incluso alguien como Estrabón, que no era italiano, había sido seducido por el modo de pensar de los romanos.

Los poetas como Horacio, Virgilio, Ovidio y Propercio mantuvieron cierto contacto, unas veces bueno y otras veces malo, con Augusto o su corte, y ayudan de diversas maneras a conocer los acontecimientos de la época. Constituyen un problema concreto para el historiador, ya que es discutible cuántos de los que aceptaron directamente el patronazgo imperial proclamaron las políticas de ese mismo régimen.

La versión oficial de las decisiones administrativas o su recepción por parte de los habitantes de las provincias se veía reforzada por las inscripciones formales, que también mostraban algunos de los métodos diplomáticos de ver a Augusto en el nuevo orden. Las monedas acuñadas por el Gobierno romano llevaban la imagen del emperador a todos los rincones del imperio, y narraban la política con palabras e imágenes. No está claro qué impacto tuvieron o pretendían tener sobre sus destinatarios, pero constituyen otra guía útil sobre las

ideas que los emperadores y sus consejeros creían merecedoras de propaganda.

Esa versión oficial fue vista con una útil dosis de escepticismo por parte de historiadores posteriores, que intentaron analizar las dificultades que entrañaba escribir la historia imperial. Cornelio Tácito, un senador procedente de la Galia Narbonense o Cisalpina, y que se centró en los acontecimientos ocurridos en Roma durante el siglo I d. C., examinó el eterno problema que sufren los historiadores que trabajan dentro de una autocracia: aquellos que escriben mucho después de que hayan tenido lugar los hechos pueden ser excesivamente hostiles a un emperador y a sus consejeros, mientras que los historiadores contemporáneos al mismo podrían quedar reducidos a una adulación servil (*Annales* 1.1). El otro historiador importante que tuvo que enfrentarse a los problemas de la historia del régimen de Augusto fue Dion Casio, un senador de Bitinia, en la zona griega oriental del imperio, que escribió durante los primeros años del siglo III d. C. Se quejaba de lo difícil que era conseguir información precisa en contraste con la sociedad, más abierta, de la República:

> «Después de ese momento (el 27 a. C.) la mayoría de cosas empezaron a hacerse en secreto y mantenerse ocultas y, aunque algunos acontecimientos se hacen públicos, suscitan recelo porque no pueden comprobarse; el pueblo sospecha que todo se dice o hace según los deseos de los poderosos y sus aliados.» (53.19).

Sin embargo, para nosotros representa la principal fuente narrativa sobre el régimen de Augusto, aunque de los acontecimientos posteriores al año 10 a. C. sólo han sobrevivido resúmenes extendidos del texto original. Suetonio (siglo II d. C.) no se esfuerza mucho por efectuar un análisis, sino que ofrece una biografía de Augusto que contiene una tremenda cantidad de detalles, pero no todos son fiables o comprobables. Sin embargo, gracias a su acceso a los archivos imperiales por su cargo como secretario de correspondencia de Adriano,

reproduce textualmente algunas cartas personales de Augusto, que parecen ser auténticas. Suetonio al menos revela algo sobre el enigma de la personalidad de Augusto.

Después de la batalla de Accio en 31 a. C., Octaviano se convirtió en el señor del mundo romano. En teoría, podría haber eliminado por completo al Senado y limitarse a gobernar con unos cuantos consejeros, pero la mayoría de sus oponentes de clase alta estaban muertos, y el Senado lo componían en su mayoría sus seguidores. Necesitaba senadores como administradores de rango superior, como gobernadores, como comandantes de ejército, y el Senado se los podía suministrar. Además, necesitaba a la antigua aristocracia para proporcionarle lustre y respetabilidad a su régimen. Después de todo, se había proclamado a sí mismo como el liberador desinteresado del Estado frente a la «tiranía de una facción». Sin embargo, estaba claro que Octaviano tenía la intención de mantenerse al mando, por lo que surgió una autocracia con la fachada de las instituciones republicanas, en la que sus poderes procedían de los votos del Senado y de la gente, que eran manipulados con gran cuidado. Así pues, el Senado continuó con sus funciones, y la *comicia centuriata* siguió eligiendo cónsules y pretores. En el Senado se proponían las leyes que luego el *concilium plebis* aprobaba. Esta estructura de legislación se mantuvo, aunque el *concilium plebis* se convirtió poco a poco en un simple trámite burocrático y los decretos del Senado acabaron teniendo rango de ley. Los magistrados tradicionales se elegían siguiendo los procedimientos establecidos y los tribunales continuaron funcionando. Si Cicerón hubiera regresado de la muerte quizás habría estado de acuerdo a primera vista con la declaración entusiasta de Veleyo:

«El antiguo modelo de Estado se reinstauró» (2.89).

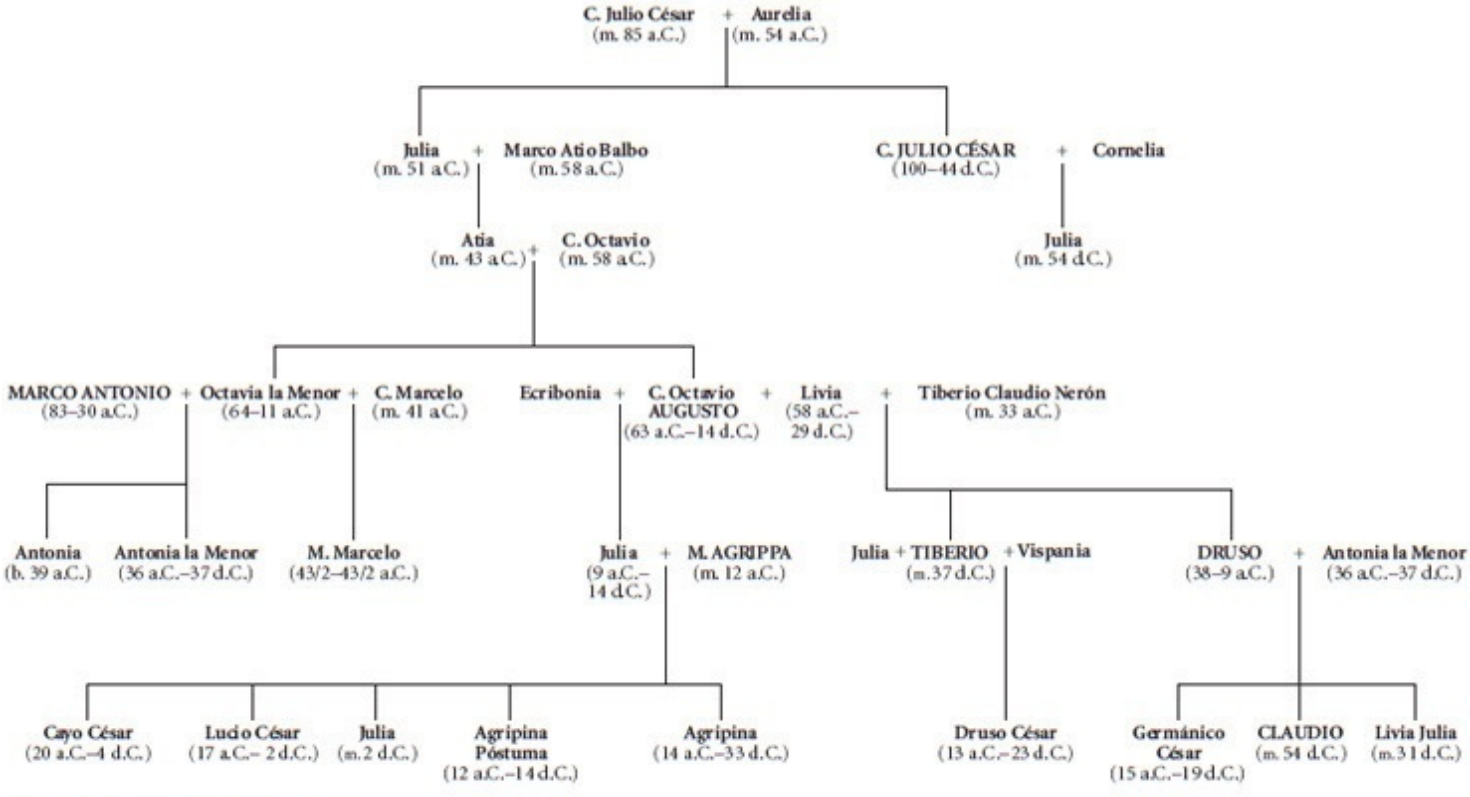


Figura 3. La familia de Augusto.

Octaviano se metió de un modo subrepticio detrás de toda aquella fachada y manejó los mecanismos de gobierno tradicionales. Fue cónsul todos los años desde 31 hasta 23 a. C. Sin embargo, y de forma gradual, a partir del año 28 fue abandonando los poderes dictatoriales asociados a la etapa del triunvirato. Compartió las *fasces* (el símbolo del cargo de cónsul) con Agripa, su principal partidario y colega, en el año 28, y cuando abandonó el cargo, realizó el juramento tradicional en el que declaraba que no había actuado contra la ley en ningún momento. Una moneda acuñada en el mismo año 28 a. C. muestra a Octaviano sentado en una silla de magistrado con un rollo de pergamino en las manos, y en ella se lee «Devolvió al pueblo romano sus leyes y derechos». Acudió a una ceremonia formal al Senado en el año 27, y con una puesta en escena política y teatral, ofreció abandonar todos sus poderes y devolver el Estado (*res publica*) al Senado y al pueblo (*Res Gestae* 34). En realidad, nunca existió intención alguna de «restaurar la República». El Senado, con buen sentido, le devolvió la responsabilidad, y además de conservar el consulado, Octaviano aceptó un mayor ámbito de responsabilidad (*provincia*) durante un periodo inicial de diez años, y que abarcaba la mayoría de las provincias con tropas legionarias, y en las que él designaría directamente a sus delegados (*legati Augusti*). El Senado conservaba el derecho a designar gobernadores (procónsules) en las demás provincias. Tanto Dion Casio como Tácito estaban firmemente convencidos de que el puesto de Octaviano era básicamente el de un monarca, y que había aumentado su control:

> «A partir de entonces, las cadenas apretaron más» (*Annales*, 3.28).

Dion comentó con sarcasmo que Augusto había avisado a sus seguidores en el Senado sobre sus intenciones y que al final del proceso instituyó su propia guardia personal, los pretorianos, con una paga excelente. Aquello era todo un símbo-

lo de una monarquía, y detrás de todas las cortesías políticas, el ejército expresaba la realidad del poder. A pesar de ello, el agradecido Senado concedió a Octaviano el nombre de Augusto, algo que, con cierto tono casi religioso, celebraba su protagonismo principal como salvador del Estado.

Augusto abandonó el cargo de cónsul en el año 23 a. C., y sólo lo ostentó en otras dos ocasiones, en 5 a. C. y en 2 d. C. De ese modo, evitó el estigma que supondría la ocupación permanente de una magistratura, algo contrario a la tradición, y proporcionó a los senadores la oportunidad de acceder a ese prestigioso puesto. Sin embargo, sí que asumió el poder de un tribuno, y un «mayor mando proconsular» (*proconsulare imperium maius*). El primer cargo tenía unas atribuciones muy vagas, pero impresionantes, que estaban relacionadas con la protección del pueblo y le proporcionaban la salvaguarda permanente de un tribuno, además del derecho a aprobar nuevas leyes o a vetar otras, y todo ello sin tener que pasar por unas elecciones. Al disponer de los poderes de un cargo sin ostentarlo en realidad, Augusto quedó liberado de cualquier atadura constitucional. Era algo tan importante para él que numeró los años de su gobierno basándose en eso. Con el segundo cargo controlaba sus *provincia*, y también podía impartir órdenes a los procónsules de aquellas provincias que se encontraran fuera de la suya aunque los hubiera nombrado el Senado. Esto se ve en una serie de edictos publicados en la plaza del mercado de Cirene, en la provincia pública que comprendía Creta y Cirene, mediante los cuales Augusto solucionaba una serie de problemas importantes. Por ejemplo, en el tercer edicto de Cirene, de 7-6 a. C., se lee:

> «Imperator César Augusto, *pontifex maximus*, que ostenta el poder tribunicio por decimoséptima vez, declara: a cualquier persona de la provincia Cirenaica que haya sido honrada con la ciudadanía romana, ordeno que realice los servicios públicos personales (¿?)…». (Sherk, 1984, n.º 102, edicto III).

El Senado podía votar para ambos cargos a otra persona designada por Augusto, de manera que tenía un modo seguro de elegir a un sucesor, su objetivo desde el principio.

Augusto recibió más poderes en el año 19 a. C., entre los que se podía encontrar el derecho a sentarse entre los cónsules, a mostrar el emblema de cónsul y a ejercer en la práctica el poder consular sin tener el cargo. Aparentemente, actuaba dentro del marco legal republicano anterior, con un atisbo de apoyo popular, pero en realidad, fue un revolucionario que convirtió en parodia los cargos oficiales. Conservó del mismo modo las partes de la práctica electoral tradicional que le convenían, pero también se aseguraba de que se eligiera a la gente que él quería. Dión resumió con claridad la situación: «No se hacía nada que le disgustase» (53.21.6), y Tácito lo respaldó: «Hasta ese momento (14 d. C.), las elecciones más importante se resolvían por decisión del emperador» (*Annales* 1.15).

Augusto en persona hacía campaña en el foro y daba apoyo públicamente a sus candidatos preferidos. Por supuesto, esto era una práctica tradicional, pero siempre se elegía a sus candidatos, como resalta con orgullo el agradecido Veleyo Patérculo (2124), que fue uno de los «candidatos de César». Probablemente, los candidatos del emperador se elegían fuera del proceso normal de elecciones. Puesto que Augusto no quería o no necesitaba intervenir en todas las elecciones, era posible mantener la farsa de unas elecciones libres, en las que a veces se utilizaban los sobornos y la violencia (una práctica habitual durante la República).

Los asuntos de Estado debían realizarse con fluidez y sin controversia alguna, y para ello, Augusto introdujo una novedad en el Gobierno: un comité senatorial para discutir cualquier asunto antes de que el Senado lo discutiese. Por tanto, el Senado se sentía involucrado en el Gobierno, y Augusto

evitaba escenas públicas incómodas a la vez que conseguía de un modo discreto y educado lo que quería. Las decisiones políticas realmente importantes las tomaban Augusto y su grupo de consejeros, compuesto por miembros de su familia y por sus *amici* (literalmente, «amigos») de confianza, hombres cuyo consejo merecía la pena tener en cuenta. Este organismo se reunía de forma irregular y cuando quería Augusto, y solía hacerlo a puerta cerrada, por lo que disponemos de muy poca información fidedigna sobre sus deliberaciones. Además, Augusto intervenía cuando le convenía para conseguir que la Administración de Roma y de Italia actuara según sus deseos, y lo hacía nombrando funcionarios ajenos a los cargos tradicionales y que a menudo respondían directamente ante él.

Augusto también fue muy activo en las jurisdicciones civiles y criminales. No reemplazó a los miembros de los tribunales ni a los magistrados responsables, sino que ofreció otra vía de jurisdicción. Actuó junto a sus consejeros como una corte de primera instancia tanto en juicios civiles como criminales, y más tarde también juzgaron las apelaciones. Se cuenta que un día, Augusto encontró a Mecenas, uno de los consejeros en los que tenía mayor confianza, en mitad de un gentío pronunciando sentencias de muerte, y le lanzó un mensaje diciéndole que se pusiera en pie y se detuviera. Augusto se forjó poco a poco una imagen de benefactor bondadoso y justo. Se puede ver cómo actuaba en una carta enviada a la ciudad griega de Cnido en el año 6 a. C., donde a una dama llamada Tryphera y a su marido (ya fallecido) se los acusa injustamente de asesinato. Augusto organizó el interrogatorio de los testigos, se dio cuenta de que la actitud de la ciudad había sido dura e injusta con los propios acusados, y declaró:

> «Creo que ahora actuaréis de forma correcta, si habéis prestado atención a mi decisión sobre este asunto y hacéis que los documentos de vuestros archivos públicos se muestren de acuerdo a ella» (Sherk, 1984, n.º 103).

Augusto también era el tesorero del mundo romano, y gastó de un modo pródigo en el ejército, en nuevos edificios y en la restauración de los templos de Roma, además de ayudar las diversas comunidades provinciales. Estaba orgulloso de su generosidad, y en la *Res Gestae* (15) se vanagloriaba del reparto de dinero y grano que efectuaba entre la plebe romana:

> «En mi decimotercer consulado (2 a. C.) entregué sesenta *denarii* a cada uno de los plebeyos que estaban recibiendo grano público. Eran bastantes más de 200 000 personas».

También pagó enormes sumas de dinero por la compra de tierras en Italia y las provincias para entregárselas a los soldados veteranos. Las riquezas del imperio estaban a su disposición, incluidos el botín de las conquistas y la increíblemente próspera tierra de Egipto, a la que convirtió en una nueva provincia. Desde el principio, la fortuna de Augusto se unió de un modo imperceptible a la del Estado que representaba:

> «En cuatro ocasiones ayudé al tesoro público con mi propio dinero, y como resultado transferí ciento cincuenta millones de sestercios a la Administración del Estado» (*Res Gestae*, 17).

El emperador tomó decisiones sobre los impuestos y sobre su recaudación, además de organizar el censo de todo el imperio. Mantuvo el control sobre los recursos económicos mediante el nombramiento de procuradores de la clase social de los caballeros para supervisar los ingresos públicos, la recaudación de impuestos y el patrimonio de las provincias en las que nombraba un gobernador (lo que también mantenía separados al aparato administrativo y al financiero). Sabemos, por ejemplo, que el procurador de Hispania, y probablemente los de otras provincias, era el responsable de asegurarse de que hubiera dinero suficiente como para pagar a los soldados acantonados allí. El tesoro público (*aerarium Saturni*) se encontraba bajo el control de dos prefectos de rango pretoriano, unos senadores ambiciosos que querían agradar en todo momento al emperador. Fue Augusto quien tuvo la iniciativa de crear una

tesorería militar (*aerarium militare*) en el año 6 a. C., a la que proporcionó fondos con su propio dinero, como era habitual en él, y con las tasas sobre herencias y subastas que impuso a los ciudadanos romanos de Italia (los primeros desde el año 167 a. C.). A nadie se le permitió interferir con los ingresos, a los que Cicerón llamaba «los tendones del Estado».

El establecimiento de un Gobierno organizado pero carente de las habituales características amenazantes de los Estados autocráticos fue un logro impresionante. Augusto deseaba aparecer como el *princeps* (el primer ciudadano), alguien que daba consejos y dirección. Prefirió realzar su influencia informal (*auctoritas*) más que su poder político, y se sintió orgulloso del escudo dorado con el que le homenajearon para celebrar sus nobles cualidades: valentía, clemencia, justicia y piedad (*Res Gestae* 34). Tenía unos objetivos muy ambiciosos, y dejó por escrito el modo en el que había creado unas instituciones estatales que servirían de modelo para el futuro, y se vanagloriaba de haber encontrado una Roma de ladrillo y de dejarla cubierta de mármol, algo que tenía un matiz político. Debió de sentirse muy satisfecho cuando en el año 2 a. C. todo el pueblo le concedió el título de «Padre de la Patria». (*Pater Patriae*).

Sin embargo, Augusto era implacable e incansable en la obtención de poder, y cualquier oposición fue aplastada, a veces de forma brutal, como ocurrió con el asesinato judicial de los supuestos conspiradores Primus y Murena en el año 22 a. C. Jamás llegó a resolver las contradicciones de su posición política. Por un lado, en las conversaciones que mantenía con Tiberio, quien finalmente fue su sucesor, le decía que era aconsejable permitir la libertad de expresión y no hacer caso de las críticas, pero al mismo tiempo reformó la ley sobre la traición para incluir no sólo los actos, sino también la calumnia y la difamación. Tácito pensaba que esa era una de las ra-

zones para la implantación de una ley tan perturbadora. Augusto expulsó al erudito y escritor Timagenes de su hogar debido a que se había mostrado crítico con la familia imperial, pero no llevó el castigo más allá. A pesar de la estructura republicana del Gobierno y del comportamiento mesurado de Augusto y de su aparente respeto por la tradición, era un autócrata. Vitruvio, el arquitecto y protegido de Augusto, en el prólogo de su libro *De Arquitectura*, nos cuenta más sobre la vida en Roma y la situación personal de su *princeps* que de todos los complicados tejemanejes políticos:

> «Cuando tu voluntad y tu inteligencia divinas, César Emperador, te hicieron dueño del imperio de todo el mundo, Roma entera estaba exultante por tu poder invencible, pues quedaron deshechos todos los enemigos con tu triunfo y tu victoria; y cuando todas las razas de pueblos sometidas examinaban atentamente cualquier deseo de tu voluntad, tu sensata reflexión y tu prudencia dirigían los destinos del pueblo romano y del Senado, libres ya de todo temor» (1, Prefacio 1).

Nadie podía ocultar la débil salud de Octaviano, ni siquiera los actos militares poco meritorios que había realizado durante las guerras civiles, algo que se convirtió en objeto de las burlas de Marco Antonio. A pesar de ello, debía el dominio del mundo romano a sus victorias en batalla y a la eliminación de sus oponentes mediante la guerra. En el año 31 a. C., tenía bajo su mando a sesenta legiones, y el ejército continuaría siendo la piedra angular del régimen. Augusto heredó un ejército basado tradicionalmente en el poder de la infantería pesada organizada en legiones, que estaban divididas, a su vez, en diez cohortes de 480 soldados cada una, aunque es probable que la primera cohorte fuera más numerosa y tuviera otra clase de organización. Una cohorte estaba compuesta por seis centurias de ochenta hombres bajo el mando de un centurión. Los legionarios solían ser habitualmente ciudadanos romanos, y al principio del siglo I a. C. muchos eran de origen italiano. Después de una reorganización y de licenciar a los veteranos con un tremendo gasto, Augusto quedó satisfecho de momento con 28 legiones, unos 150 000 soldados. Sin embargo, aprovechó con astucia el hecho de que Roma siempre había utilizado los guerreros de otros pueblos como soldados especializados, sobre todo la caballería, e incorporó esas formaciones auxiliares al ejército, al principio, bajo el mando de los caudillos de sus propios grupos étnicos. Después fueron asimilados de un modo más formal en la estructura militar bajo el mando de oficiales romanos. Aquello constituía una inmensa reserva de soldados, y para el año 14 a. C., los auxiliares ya igualaban a los legionarios en número, lo que elevó el número de soldados del ejército hasta 300 000. Tras la victoria en la batalla de Accio, Augusto situó dos flotas poderosas en las costas de Italia, de unos 10 000 soldados cada una, en la

zona oriental, en Rávena, y la otra en la occidental, en Miseno. Bajo el mando de oficiales con el rango de caballeros, las flotas se dedicaban a proteger las naves de grano y a los transportes de tropas. La seguridad personal del propio Augusto estaba en manos de la guardia pretoriana, compuesta por unos 9000 soldados reclutados únicamente entre italianos y organizados en nueve cohortes, tres de las cuales se encontraban de forma permanente en el corazón de Roma. La seguridad de la ciudad era responsabilidad de los 3000 soldados de las cohortes urbanas, y de al menos otros tantos *vigiles*, la brigada antiincendios compuesta por libertos.

Aquel ejército era un adorno para el gobierno de Augusto, una confirmación de la dignidad imperial, un respaldo frente a cualquier revolución y un instrumento de conquista en potencia. Augusto decidió no recuperar la costumbre de reclutar tropas para hacer frente a las necesidades inmediatas, y en vez de eso, mantuvo un ejército profesional que debía estar acantonado de forma permanente en las provincias donde podía estallar una guerra de forma inevitable o inminente, o donde la población nativa era problemática. Eso significó el descenso de las levas que interrumpían la instrucción, y con el tiempo, el ejército quedó imbuido de una lealtad personal hacia el emperador. Augusto evitó efectuar reclutamientos forzosos en Italia, excepto en los momentos de crisis más grave, como la derrota de Varo en Germania en el año 9 d. C. Sin embargo, mantener el ejército constituía un gasto enorme (en la época de Augusto, más del cuarenta por 100 de los ingresos anuales del Estado), y eso continuó siendo una preocupación constante para sus sucesores. En el año 13 a. C., Augusto estableció unas condiciones de reclutamiento que eran dieciséis años de servicio para los legionarios (doce para los pretorianos) con una paga de dos sestercios y medio al día (un obrero romano podía ganar unos tres sestercios al día), pero en años posterio-

res elevó el periodo de servicio a veinte años, en parte por la dificultad para encontrar reclutas, y en parte por el gasto que suponían las pagas de licenciamiento (*praemia*). Al dejar el ejército, cada legionario recibía una parcela de tierra o un pago en efectivo de 12 000 sestercios. El soldado corriente no era un individuo acomodado y, además, a su paga se le descontaban los gastos por comida y ropa. Sin duda, esta fue una de las razones del motín que se produjo en el año 14 d. C. A pesar de todo, los soldados tenían mejores condiciones de vida que otros individuos de su misma clase social, principalmente la clase campesina más baja. Augusto repartía dinero de vez en cuando entre los soldados mediante donaciones, y les iba a dejar más en su testamento. Después de él, ningún emperador podría hacer caso omiso de la necesidad de proporcionar al ejército los incentivos monetarios adecuados.

Augusto se esforzó mucho para asegurarse de que los soldados le fueran fieles a él como único pagador y benefactor, y no a los comandantes de las legiones, lo que había sido un problema durante la República. Como ya hemos dicho, evitó confiscar tierras, y se gastó enormes sumas de dinero para comprar parcelas en Italia y en las provincias para distribuírselas a los soldados en los numerosos licenciamientos de veteranos que se produjeron en los años 30 y 14 a. C. Fueron 600 millones de sestercios para tierras en Italia y 260 millones para las parcelas en las provincias. Se vanaglorió lleno de orgullo diciendo que era «el primero y el único en hacerlo…» (*Res Gestae* 16). En el año 6 d. C., cuando Augusto persuadió al Senado para que se estableciera el pago de los *praemia* por parte del tesoro militar, contribuyó con 150 millones de sestercios de su propio bolsillo, y mantuvo así la idea de su implicación personal. El hecho de que, a largo plazo, el tesoro tuviera que financiarse con impuestos directos sobre legados y subastas da una idea de la importancia que tenía el ejército en

el nuevo régimen.

La lealtad del ejército hacia Augusto también se mantenía mediante los centuriones, 59 en cada legión, quienes estaban mucho mejor pagados y disponían de unas oportunidades razonables para ascender. Tenían una gran importancia en el mantenimiento de la disciplina, a menudo eran más cultos que los legionarios de a pie y es muy probable que fuesen un fuerte núcleo de apoyo a Augusto. Además, los oficiales de rango inferior que pertenecían a la clase social de los caballeros que se encontraban al mando de las unidades auxiliares tenían motivos más que sobrados para asegurarse de que Augusto conservara el poder, ya que les ofrecía un modo de ascender en la vida del que hubieran carecido bajo la vieja oligarquía senatorial. Veleyo Patérculo siguió los pasos de su abuelo y de su padre y ostentó diversos mandos militares de caballero, incluidos los de tribuno militar y de comandante de caballería, y del año 4 al 12 d. C. combatió bajo el mando de Tiberio en Panonia y en Germania. Era profundamente leal a la familia imperial y al régimen de Augusto, y acabó alcanzando el rango de senador. En un nivel social algo inferior, Marco Vergilio Galo Lucio, centurión superior de la XI Legión, anotó con orgullo que fue «premiado con dos lanzas sin punta (una condecoración militar) y con coronas doradas por el divino Augusto y Tiberio César Augusto» (Braund, 1985, n.º 478). La idea de que las condecoraciones procedían directamente de Augusto y de Tiberio recalca la unión personal entre los emperadores y sus oficiales.

Existía un nuevo dinamismo en la vida romana, en su política y en su servicio militar. Augusto adoptó como primer nombre *imperator* (que significa «general», y del que proviene la palabra «emperador»), un vocablo cargado del espíritu del mando militar, porque ya no cabía ninguna duda de que era el comandante en jefe. Era capaz de decir tanto «el ejército del

pueblo romano» como «mi ejército» (*Res Gestae* 30). Nombraba en persona a la mayoría de los comandantes militares *legati* bajo su mando y les daba órdenes. En los primeros años de gobierno acudió a las zonas con actividad militar y se aseguró de que varios miembros de su familia tuvieran cargos prominentes en la cadena de mando. Tanto sus hijastros Druso (hasta su muerte en el año 9 a. C.) y Tiberio, como su nieto Cayo César y, finalmente, el hijo adoptado de Tiberio, Germánico, fueron enviados a los territorios problemáticos al mando de ejércitos. Eso los señaló como individuos de gran importancia, y también mantuvo a los senadores ambiciosos alejados de un exceso de gloria militar. Augusto celebró tres triunfos entre el 13 y el 15 de agosto de 29 a. C., y de forma gradual, la familia imperial acaparó todos los honores militares de mayor importancia. El último triunfo en honor de un senador se celebró el año 19 a. C. Los demás tuvieron que contentarse con ornamentos triunfales. Augusto quedó muy avergonzado por los éxitos del procónsul senatorial de Macedonia, Marco Licinio Craso, entre los años 29 y 27 a. C. No sólo se ganó un triunfo, sino que además mató en combate personal al jefe enemigo, lo que le otorgaba el honor supremo del *spolia opima*, pero Augusto se lo denegó por un tecnicismo. De hecho, se esforzó por superar a todos los demás en gloria militar, y recibió aclamaciones como *imperator* (lo que se asociaba con un mando militar exitoso) en 21 ocasiones, a menudo por las hazañas militares de otros. Su simbólica pericia militar queda demostrada patentemente en la gran estatua encontrada en la *Prima Porta* de Roma: Augusto descalzo en una postura semiheroica, equipado con una armadura y cubierto con una capa de comandante y que señala con un gesto imperioso. La gente podía tener confianza en su gran líder militar. El lujoso nuevo Foro de Augusto también poseía un característico ambiente marcial. La disposición general estaba

dominada por el templo de Marte Vengador, que proclamaba la venganza no sólo de Julio César, sino de todas las derrotas romanas anteriores. Se había restablecido la autoridad gracias a las nuevas victorias militares, y en la ceremonia de dedicación del fórum en el año 2 a. C. se inauguró la estatua de un carro tirado por cuatro caballos en la que se leía una inscripción donde se contaban todas las victorias de Augusto. A cada lado se alineaban las estatuas de los grandes generales de la República, y Augusto decidió que todos los comandantes que se habían ganado los honores triunfales se merecían una estatua de bronce en el foro.

Augusto mantuvo a lo largo de su prolongado reinado una relación personal y cercana con su ejército a pesar de los intentos en público de mantenerse distante. Por ello, cuando se acabaron las guerras civiles, se negó a dirigirse a sus hombres como «camaradas soldados» (Suetonio, *Augusto*, 25), un término que no encajaba dentro de la naturaleza pacífica de su régimen y con su propia dignidad. A pesar de ello, todos los soldados pronunciaban un juramento de lealtad personal (*sacramentum*) a Augusto y, en privado, éste se encargaba de proteger los intereses de sus soldados, hasta el punto de intervenir en las cortes a favor de uno de sus guardaespaldas. Tres legiones, la II, la III y la VIII, recibieron el nombre de Augusta para indicar su reorganización o una victoria bajo el mandato de Augusto. El calendario militar, que organizaba los festivales que debían celebrar los soldados, resume su implicación personal en el ejército y su atención por los detalles. Una copia que se ha encontrado en Dura-Europos, en la frontera del Éufrates, data del siglo III d. C., pero se sabe que fue ideado por Augusto, y entre las muchas celebraciones relacionadas con el emperador reinante se lee: «23 de septiembre, por el cumpleaños del divino Augusto, al divino Augusto un buey» (Campbell, 1994, n.º 207). Por lo tanto, era más que apropia-

do que el día de su funeral, después de la procesión de los senadores y de los *equites*, los guardias pretorianos corrieran alrededor de la pira y lanzaran dentro sus medallas ganadas por valor mientras los centuriones la encendían con sus antorchas.

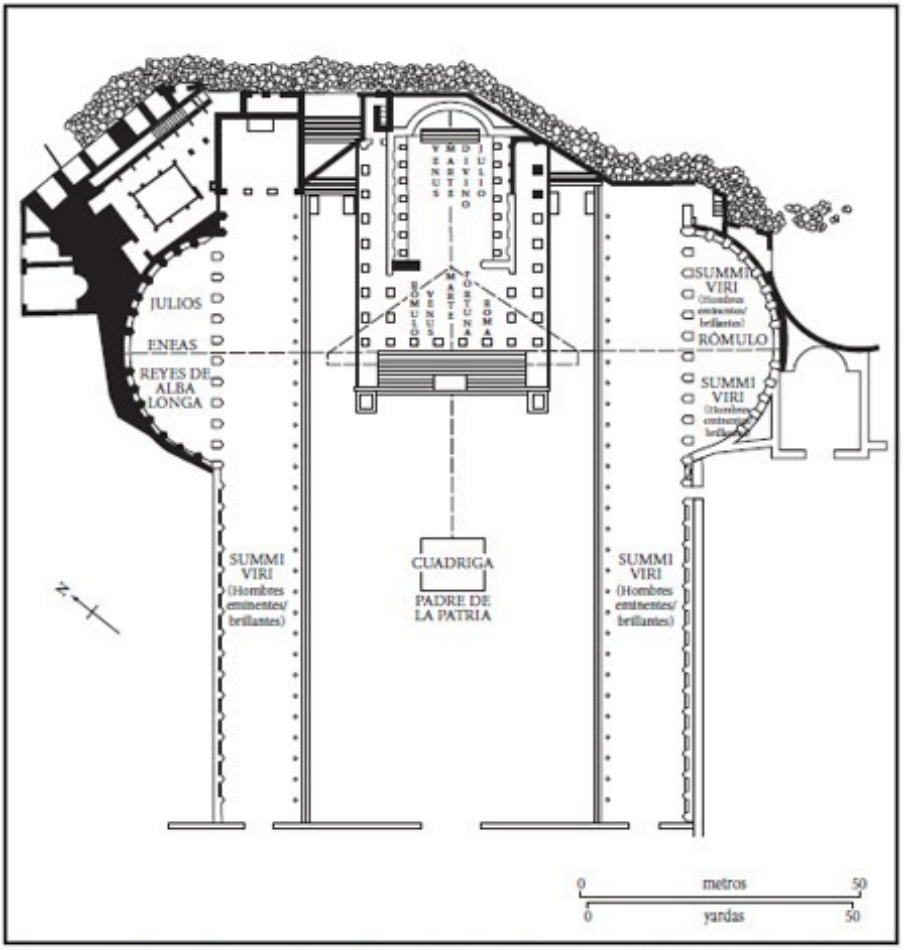


Figura 4. El Foro de Augusto en Roma (Campbell, *War and Society in Imperial Rome*, 2002, dibujo 6.1).

El geógrafo griego Estrabón describió de un modo muy escueto a Augusto en el año 27 a. C. como «el señor de la guerra y de la paz». Declarar la guerra, aceptar la paz y negociar los tratados siempre había sido la prerrogativa del Senado y del pueblo, pero Augusto, al ser el señor de las legiones romanas, era capaz de dictar la política general, aunque eso en la práctica se veía limitado por los recursos financieros del imperio, por la capacidad del ejército romano y sus comandantes, y también por los prejuicios tradicionales de las clases altas. Se puede ver la maestría de Augusto en las relaciones diplomáticas durante la reunión celebrada por su asamblea de consejeros en el año 6 d. C., cuando el emperador decidió y promulgó mediante un edicto el futuro Gobierno de Judea (p. 169). De hecho, el régimen de Augusto fue un periodo de conquistas y expansión sin precedentes, en el que se crearon nuevas provincias o se extendieron las ya existentes, y nuevos gobernantes cayeron bajo la órbita de Roma:

> «Extendí el territorio de todas aquellas provincias del pueblo romano en cuyas fronteras vivían pueblos que no estaban sujetos a nuestro gobierno» (*Res Gestae* 26.1).

Por supuesto, la biografía subjetiva del emperador no es necesariamente una buena guía para conocer la política imperial, y la celebración entusiasta de los poetas contemporáneos a Augusto sobre la inminente dominación del mundo por parte de Roma tampoco debería tomarse completamente en serio. Horacio, por ejemplo, se imaginó vívidamente el avance majestuoso de Augusto por el mundo:

> «(…) Y ya ostente en su triunfo,
> los parthos domados que amenazaban al Lacio,
> o sujete en las comarcas orientales
> a los seres y los indos
> bajo tu imperio regirá con sabias leyes el mundo» (*Odas*, 1.12.53-7).

En su poema épico *La Eneida*, donde narra las aventuras de Eneas, que culminarían con la fundación de Roma, Virgilio probablemente tocó una fibra sensible en su audiencia cuando hizo que Júpiter prometiera «Yo ni límites pongo a sus dominios ni les señalo tiempos: un imperio les he dado sin fin» (*Eneida*, 1.403-405). Y su comentario sobre el destino imperial de Roma: «Mas tu misión recuerda tú, Romano: regir a las naciones con tu imperio (esas tus artes), imponer al mundo el uso de la paz, darla al vencido, y arrollar al soberbio que la estorbe» (*Eneida*, 6. 1231-1235), hacía la típica distinción romana entre aquellos que se rendían y aquellos que elegían resistir. Sin embargo, Augusto no tenía un programa a escala imperial o planes para la conquista del mundo (ni siquiera con el limitado concepto de mundo que tenían los romanos), con unas etapas y objetivos claramente definidos. Por otra parte, tampoco tenía una actitud exclusivamente defensiva.

Ciertas zonas exigían actuaciones de un tipo u otro. Hispania, que era una provincia romana desde hacía tiempo, seguía sin ser una zona dominada, sobre todo en el norte, en las tierras altas de Cantabria. Los Alpes, que dominaban las rutas de acceso a Roma, habían recibido un extraño trato negligente en el pasado y no poseían una estructura de provincia. Iliria y la región circundante plantearon el problema de la unidad del imperio y de la seguridad de las comunicaciones entre Oriente y Occidente. En aquel contexto geográfico y estratégico, Augusto podría haber actuado de un modo oportunista y efectuar nuevas anexiones o librar nuevas guerras cuando las poblaciones locales se resistían. Las provincias alpinas se establecieron poco a poco, el dominio territorial romano avanzó hasta las orillas del propio Danubio y Hispania fue sometida en presencia del mismo Augusto.

Respecto a otros lugares, las legendarias riquezas de Arabia

atrajeron la atención de Roma, pero las campañas libradas fueron muy cortas y no se anexionaron nuevos territorios con ellas. Los mayores esfuerzos se realizaron en el Rin. La conquista de la Galia se había culminado sólo diecisiete años antes de la batalla de Accio, librada en el año 31 a. C., y Julio César había completado todas sus campañas contra los galos en sólo diez años. Es probable que Augusto creyera que Germania fuera la continuación lógica y una oportunidad de anotarse hazañas gloriosas, como heredero de César. Augusto permaneció en la Galia del año 16 al 13 a. C. supervisando los preparativos, y del año 12 al 9 Druso estuvo al mando de una serie de campañas anuales. Finalmente, llegó hasta el Elba en 9 a. C. Sin embargo, poco después murió al caer del caballo. Su hermano mayor, Tiberio, continuó con las campañas y, al parecer, la Germania entre el Rin y el Elba comenzó a prepararse para convertirse en una provincia romana. Después de que Tiberio se retirara de la vida pública en el año 6 a. C., Lucio Domicio Enobarbo marchó hacia el Elba y lo cruzó. Para el año 9 d. C. ya se había establecido un altar y el culto a Augusto en Colonia como centro de la adhesión germana al dominio de Roma. Al parecer, Publio Quintilio Varo tenía encomendada la tarea de organizar una estructura formal de provincia, pero según la versión oficial, se confió y se dejó engañar, de manera que cayó en la emboscada que le tendió Arminio, caudillo de los queruscos y ciudadano romano con el rango de caballero que había servido en las unidades auxiliares. Tres legiones y sus correspondientes unidades auxiliares (cerca de 20 000 soldados) fueron masacradas, probablemente cerca de Osnabrück. Augusto se sintió consternado por aquella interrupción de sus planes, y según se dijo, deambuló por el palacio noche tras noche sin dormir, además de ordenar un reclutamiento de emergencia. Tiberio retomó el mando y recuperó el control de la situación. En el año 15 d. C. encontró

el lugar del campo de batalla y erigió un montículo fúnebre. Las familias de las víctimas del desastre actuaron por su propia cuenta. En Vetera (Xanten), en la Baja Alemania, el hermano del centurión Celio levantó un monumento en su memoria, en el que se ve un grabado en el que el centurión lleva puesto el uniforme completo con todas sus condecoraciones y empuña la vara de mando de su cargo:

> «Marco Celio, hijo de Tito de la tribu Lemonia, de Bononia, centurión de la XVIII Legión, de cincuenta y tres años y medio de edad, cayó en la guerra de Varo. Se concedió permiso para enterrar sus huesos dentro [del monumento]. Publio Celio, hijo de Tito, de la tribu Lemonia, su hermano, lo erigió». (*Inscriptiones Latinae Selectae (ILS)*, 2244).

Esta inscripción muestra también que la culpa del desastre para la opinión pública era de Varo, no de Augusto. Sin embargo, la crisis pasó y los germanos se retiraron para combatir entre ellos. A pesar de ello, Roma siguió controlando con mano de hierro el territorio del Rin, que también se dejaba sentir más allá, hasta el punto incluso de que llegaron a imponer impuestos a los frisios, un pueblo de la moderna Holanda. La conquista de Germania quedó pospuesta, no abandonada.

Tiberio libró una campaña en Iliria del año 12 al 10 a. C., y consiguió crear una nueva serie de provincias (Recia, Nórica, Panonia y Mesia), y avanzó hasta el Danubio. En el año 6 d. C., en un espectacular acto de agresión hacia el otro lado del río, los romanos planearon librar una guerra contra el rey Marbod y conquistar Bohemia. Los planes se vinieron abajo por la revuelta de Iliria, que sólo fue aplastada tras tres años de feroces luchas y la concentración de un enorme número de soldados bajo las órdenes de Tiberio. La victoria romana confirmó que la zona del Danubio quedaría bajo control del imperio, pero aquello, junto a la derrota de Varo, marcó el punto más bajo de la carrera militar de Augusto.

En el este, Partia y Armenia se encontraban en la periferia

del territorio romano, y Augusto siguió desde el principio una política muy diferente, lo que indica su enfoque flexible. No podía pasar por alto la zona, ya que el honor militar romano exigía que se hiciera algo para vengar la pérdida de los estandartes romanos en la derrota de Marco Craso en la batalla de Carras del año 53 a. C. y en las campañas de Marco Antonio del año 36. Además, desde los tiempos de Pompeyo se consideraba que Armenia se encontraba bajo la órbita romana, aunque estratégicamente no fuera necesaria para el control romano de Siria. En esos momentos, aunque la opinión pública quizás esperara que Augusto iba a declarar la guerra a Partia, e incluso que invadiría Britania, la perspectiva de una guerra total en Oriente no parecía muy atractiva, dada la dificultad de hacer frente a las tácticas de los partos, con la posibilidad de una derrota importante y la consecuente pérdida de prestigio, lo que quizás conllevaría unas implicaciones políticas importantes.

Partia no era en absoluto en esos momentos una amenaza para la rica provincia de Siria. Por tanto, aunque existía un poderoso pretendiente al trono parto que buscaba su ayuda, Augusto actuó con prudencia y se aprovechó de que Partia, el único Estado civilizado con quien compartía frontera y que tenía una estructura de gobierno relativamente estable, estaba acostumbrada a las maniobras diplomáticas. Augusto viajó en persona a Siria en el año 20 a. C. y llamó a Tiberio para que acudiera con un ejército para colocar un rey adecuado en el trono de Armenia. Al final, con toda la parafernalia política conveniente, se llegó a un acuerdo con el rey parto Fraates, quien devolvió los estandartes, algo que Augusto celebró como una gran victoria, y proclamó que había *obligado* a los partos a devolverlos como «suplicantes que buscan la amistad del pueblo romano» (*Res Gestae* 29.2). Se acuñaron monedas en las que se veía a un parto de rodillas devolviendo un estan-

darte. Por fin, en el año 1 a. C., se acordó algo parecido a un tratado en el que los romanos aceptaban no pasar del Éufrates ni intentar desestabilizar al rey de Partia, y a cambio, los partos consentían que los romanos pudieran nombrar e instalar gobernantes en Armenia, mientras no acuartelaran tropas allí de forma permanente. El acuerdo se selló con un fasto diplomático espectacular, presenciado y descrito de un modo vívido por Veleyo Patérculo, un joven oficial en esa época, cuando el joven rey Fraataces se reunió con Cayo César, el nieto de Augusto, hijo adoptivo, sucesor declarado y emisario:

> «Este espectáculo, con el ejército romano desplegado a un lado, y el ejército parto al otro, mientras los dos magníficos caudillos de sus imperios y de los pueblos del mundo se reunían allí, fue una visión memorable e impresionante» (2.101).

Augusto fue a lo largo de su extenso reinado el centro de toda clase de actividades diplomáticas. Muchos gobernantes acudían a buscar su apoyo, y recibía embajadas de numerosos pueblos extranjeros, incluso de puntos tan lejanos como la India. «Recibía a menudo embajadas de los reyes de la India. Jamás se les había visto con ningún otro comandante romano» (*Res Gestae* 31-2). Una embajada acudió con varios tigres como obsequio, unos animales jamás vistos por griegos y romanos. Augusto no tenía una política general. A veces se dejaba guiar por las necesidades estratégicas, pero a menudo por la conveniencia, por el beneficio, por el interés propio y por la promoción de su imagen pública, sin contar con la necesidad de mantener ocupado a un gran ejército. Las decisiones se tomaban *ad hoc*, a veces siguiendo el método de prueba y error, y aprovechaban las destacadas amistades del emperador con las dinastías locales, como por ejemplo con Herodes de Judea. Sin embargo, tras la muerte de Herodes, a Augusto le pareció que ya no podía confiar en esa familia, y decidió con cierta reticencia anexionarse Judea como una provincia más, bajo un gobernador de la clase de los caballeros.

Las decisiones de Augusto establecieron la estructura esencial del territorio romano (le aconsejó a su sucesor que no extendiera el imperio «más allá de sus límites actuales»), la disposición de las provincias y de las legiones y, sin duda, la forma de toda la geografía futura de Europa. También estableció el esquema de los gobiernos provinciales y de los mandos militares, según el cual los gobernadores que él nombraba actuaban completamente bajo sus órdenes, directamente bajo su supervisión, y cualquier éxito militar se le atribuía al emperador. En el año 14 d. C., África era la única provincia en la que había legionarios bajo el mando de un gobernador nombrado por el Senado, y no tenía demasiada importancia militar al ser una única legión. Por último, a través de su incesante actividad militar, Augusto dejó a sus sucesores el paradigma del emperador conquistador, y reforzó la ideología romana de *virtus* militar y de confianza agresiva que no reconocía límites formales a su poder. Esto nos ayuda a entender el concepto romano de la paz, tal y como lo expresó el propio Augusto: «Cuando las victorias han asegurado la paz por mar y por tierra en todo el imperio del pueblo romano» (*Res Gestae* 13). No había contradicción alguna en cerrar de un modo formal las puertas del templo de Jano para indicar la paz en todo el imperio durante el gobierno de uno de los emperadores romanos más activos militarmente hablando.

La Administración ciudadana era menos espectacular que las conquistas militares, pero, a pesar de ello, era importante para la relación de Augusto con el pueblo romano, y también demuestra su voluntad de encargarse de áreas del Gobierno y de los servicios públicos descuidados durante la última fase de la República. Los ciudadanos más pobres de Roma necesitaban grano, no sólo el que se repartía gratis, y que se distribuía a una escala limitada y únicamente a cierto número de personas. Necesitaban un suministro constante de grano barato. La obligación de Augusto era proporcionarlo. Los nuevos acueductos mejorados llevaron agua corriente a la ciudad para beber, lavar y también para apagar incendios. La brigada antiincendios (*Vigiles*) tenía puestos de vigilancia por toda la ciudad. Augusto también intentó reducir el peligro de los incendios y del derrumbe de edificios, sobre todo en los bloques de viviendas de alquiler, y promulgó leyes que restringían la altura además de obligar a efectuar las reparaciones necesarias. También inició los planes para evitar los frecuentes y destructivos desbordamientos del río Tíber. Roma tenía cerca de un millón de habitantes, muchos de los cuales vivían en esos bloques de viviendas de alquiler, y, sin duda, no era un sitio agradable en el que vivir, pero al menos la plebe podía pensar que no había sido abandonada por el Gobierno, y que tenía un paladín al que podía acudir en busca de protección.

Augusto utilizó senadores y *equites* para organizar estos servicios, pero lo hizo de un nuevo modo. Por ejemplo, el suministro de agua lo supervisaban comisarios de rango senatorial, elegidos por el emperador y formalmente nombrados por el Senado. Augusto no dejó de tomarse un interés personal, como se conmemora en una inscripción tallada en el acueducto de Aqua Marcia:

«El emperador César Augusto… reparó las tuberías de todos los acueductos» (*ILS* 98).

Los senadores con el rango de pretores también actuaban como «prefectos para la distribución de grano». En el año 6 d. C., dos senadores de rango consular estaban al cargo de toda la distribución de grano, pero finalmente se puso al mando a un ciudadano de la clase de los caballeros (*Praefectus Annonae*). Lo nombró Augusto en persona, lo mismo que hizo con el prefecto de los *Vigiles*, designado por primera vez en 6 d. C. Estos funcionarios supervisaban el trabajo de los magistrados tradicionales en funcionamiento de los servicios de la ciudad e informaban directamente a Augusto. Poco después del año 11 a. C. se nombraron dos «guardianes de los edificios sagrados y de las obras y lugares públicos». Augusto extendió su control de manera prudente y sutil, poco a poco:

«Fue avanzando gradualmente y se apropió del papel del Senado, de los magistrados y de las leyes» (Tácito, *Annales* 1.2).

Aunque Augusto cuidó al pueblo de Roma, no toleró ninguna clase de trastorno en su régimen que, al fin y al cabo, se basaba en la premisa del regreso de la paz y del gobierno eficaz. Para la seguridad en las calles disponía de los 3000 hombres de la fuerza policial paramilitar, las cohortes urbanas, y por supuesto, de los pretorianos siempre que hacía falta. La supervisión y la Administración de la ciudad se vieron facilitadas por su división en catorce zonas en el año 7 a. C., que a su vez se subdividieron en 256 distritos electorales (*vici*), cada uno de los cuales elegía a cuatro magistrados locales (*vicomagistri*), quienes, entre otras cosas, se encargaban de ocuparse de los cultos religiosos del lugar. Con el paso del tiempo, muchos de estos cargos los ocuparon libertos, lo que proporcionó una nueva función a este importante grupo de la sociedad romana. La jurisdicción legal de la ciudad de Roma recayó en el prefecto de la ciudad (*Praefectus Urbi*), un cargo que propor-

cionó una tarea importante a los senadores una vez comprendieron y aceptaron cuál era la función del prefecto. El primero en ocupar el puesto, Mesala Corvino, dimitió a los pocos días alegando que el cargo era *incivilis* (es decir, tiránico o contrario a las leyes).

El largo brazo de Augusto se extendió por toda Italia, que dividió en 11 distritos. Estableció 28 colonias de soldados veteranos, y dispuso la realización y publicación de un estudio de la asignación de parcelas en los territorios de las ciudades italianas. Se tomó un interés desde el punto de vista práctico de las tareas de agrimensura y de colonización, y también de la demarcación de las propiedades. De hecho, a las primeras piedras que delimitaban el imperio se las llamaba «augustas». Su interés por los detalles aparece en una carta que les escribió a los veteranos de la IV Legión que se establecieron en Firmum, en el Piceno, en la que les dio el valioso consejo de que vendieran las *subseciva* (las tierras que no entraron en el estudio de agrimensura) que rodeaban el asentamiento. También inició un extenso programa de construcción y reparación de caminos, en el que se gastó su propio dinero. Animó a los senadores a que se encargasen de caminos individuales. Él se ocupó de la Vía Flaminia, que iba desde Roma hasta Ariminum, en la costa adriática. Por último, en el año 20 a. C., estableció un comité de «conservadores de caminos» senatorial. La red de caminos facilitaba el movimiento de tropas por el imperio, pero esas vías de comunicación mejoradas también unían más a la capital con el resto de Italia y ofrecían la posibilidad de desarrollo económico y de regeneración con un trasfondo de paz que no había existido en los veinte años anteriores. No es sorprendente que en el año 12 a. C., cuando se eligió a Augusto *pontifex maximus*, la gente acudiera a la ciudad procedente de toda Italia en tal número como Roma jamás había visto (*Res Gestae* 10.2).

Las comunidades provinciales también tenían motivos para sentirse agradecidas con Augusto. Era una figura muy visible a quien se le podían enviar las quejas y que podía ofrecer ayuda. Aunque los gobernadores nombrados por el Senado eran elegidos por suertes para servir durante un año, los gobernadores escogidos en persona por Augusto a menudo permanecían en el cargo durante varios años, y respondían directamente ante él. Cabría esperar (aunque es cierto que no siempre se cumplía la esperanza) que los designados por el emperador serían más eficientes y honestos. Además, la recaudación de impuestos se basaba ya en un censo a escala imperial de todos los recursos posibles. Al parecer, Augusto aceptó la idea de que los habitantes de las provincias se merecían un gobierno responsable, y expresó ese ideal en un edicto en el que introducía un decreto senatorial proponiendo nuevas medidas en los juicios de funcionarios romanos acusados de actos ilegales:

> «Imperator César Augusto… puesto que concierne a la seguridad de los aliados del pueblo romano, para que todos los que se encuentran bajo nuestra protección puedan saberlo, he decidido enviarlo a todas las provincias y añadir esto, mi edicto, por el que quedará claro a todos los habitantes de las provincias lo mucho que nos preocupa a mí y al Senado que ninguno de nuestros súbditos sufra sin necesidad cualquier daño o extorsión» (Sherk, 1984, n.º 102, p. 130).

La figura de Augusto como mecenas benevolente de sus súbditos tenía una presencia y una influencia muy superior al impacto formal de sus disposiciones de gobierno. Siempre fue un intruso en la vida de las clases sociales altas, pero después de decidir que debía trabajar con el Senado, se dispuso a elevar su nivel social. Como conjunto, representaba la continuidad y la tradición en la vida romana. Sus revisiones de la función senatorial, aunque sin duda dolorosas para los senadores, retiraron (o eso se podría argumentar) muchos miembros indignos del rango, y se aseguró de que las sesiones se celebraran según el orden adecuado. En el año 11 a. C. eran unos seiscientos miembros, y la legislación del año 9 a. C. quiso garantizar que las reuniones se desarrollaran en unos días determinados, estableció quórums para diversos tipos de temas, además de imponer multas a las ausencias sin justificación. Una vez a salvo la dignidad del Senado, Augusto se aseguró del mantenimiento de las prerrogativas y la dignidad de las clases altas. Las nuevas leyes confirmaron el estatus de los senadores y caballeros y prohibieron actividades degradantes, como aparecer en los escenarios o luchar como gladiadores. Sin embargo, también necesitaba recordar a las clases altas cuáles eran sus deberes, y estas medidas no fueron tan populares. En el año 18 a. C. y en 9 d. C. se dictaron normas que alentaban el matrimonio mediante el establecimiento de ciertos privilegios para los ciudadanos casados, sobre todo aquellos que tenían descendencia. Se prohibió el matrimonio de las personas de familias senatoriales con antiguos esclavos y actores hasta los bisnietos por línea paterna. Además, se proclamaron castigos más severos para el adulterio, que se convirtió por primera vez en un delito grave: una mujer culpable de adulterio perdía la mitad de su dote y un tercio de sus propie-

dades; un hombre era culpable sólo si tenía relaciones sexuales con una mujer casada. Augusto quería una ciudadanía pura, y estableció restricciones en la manumisión de esclavos, ya que los libertos solían convertirse en ciudadanos romanos. Insistió en que cualquiera que liberara esclavos debía tener más de veinte años, y el esclavo, más de treinta. El número de manumisiones debía ser proporcional al número de esclavos que se poseía.

El comportamiento público de Augusto era sumamente importante. Una vez tuvo asegurado el control absoluto, siempre actuó de un modo tranquilo y afable. Toleró cierto grado de libertad de expresión y vivió casi siempre sin ostentaciones ni grandes pompas. Le gustaban los chistes siempre que no fueran procaces y no le restaran dignidad. Quería respeto, pero no adulación. Cuando un individuo intentó halagarle con cierta timidez, le dijo: «Eres igual que un hombre que le diera una moneda a un elefante». Pero había ciertos límites. Cuando el escritor Asinio Polión sufrió ciertos comentarios hirientes de Augusto, escribió:

> «No diré nada. No es fácil componer unas líneas contra alguien que te puede desterrar» (Macrobio, *Saturnalia* 2.4).

Para el pueblo romano, Augusto siempre fue un gran benefactor que distribuyó con generosidad dinero y grano, que organizó entretenimientos populares y que levantó una gran infraestructura. En los años 29, 23 y 11 a. C. concedió 400 sestercios por individuo a la plebe romana, que no bajaba de 250 000 personas. En el año 5 a. C. concedió 240 sestercios a 320 000 y en 2 a. C. fueron 240 sestercios a 200 000, que también recibían trigo de los graneros públicos. En realidad, el trigo procedía de sus graneros privados. Por ejemplo, en 18 a. C. dio para más de 100 000 personas. Augusto anotó, lleno de orgullo, que se habían celebrado más de 61 juegos o espectáculos en su nombre, en el de sus descendientes o en el de

otros magistrados (*Res Gestae* 22-23), además de una enorme batalla naval que se libró en un lago construido para la ocasión y en la que participaron 3000 gladiadores. Al aparecer en persona en aquellos espectáculos públicos, Augusto se asociaba con su gente y sus diversiones.

El principal ingreso para la generosidad de Augusto era, por supuesto, Roma. El emperador cambió el aspecto físico de la ciudad. El poder político estaba muy vinculado a la arquitectura, en la que a menudo encontraba su forma más clara de expresarse. Aunque su afirmación de que dejaba Roma convertida en una ciudad de mármol tenía probablemente una implicación política, era hasta cierto punto una verdad literal. Los lugares de los que se sentía más orgulloso eran el Foro de Augusto y el Templo de Marte Vengador, construidos en un gran espacio abierto del centro de Roma con los botines conseguidos, donde se expresaba la grandeza del emperador. Al construir el edificio del Senado se identificó con la continuidad política, y asumió la tradición religiosa con la construcción del templo de Apolo y la reparación de muchos otros. Honró al pasado al terminar el foro y la basílica iniciadas por Julio César, y mostró una gran magnanimidad altruista al reconstruir el Capitolio y el teatro de Pompeyo «con grandes costos y sin inscribir mi nombre en ninguno de ellos». También erigió construcciones para la diversión, como un teatro en un terreno comprado en su mayoría a propietarios privados, y a la vez promovió en público a su familia al darle el nombre de su yerno, Marcelo. El Altar de la Paz (*Ara Pacis*), votado por el Senado en el año 13 a. C. y dedicado en 9 a. C., representó a la familia imperial como los promotores de la regeneración pacífica de Italia después de que todos los enemigos hubieran quedado eliminados.

Augusto también fue generoso con las colonias y las comunidades provinciales que pedían ayuda al individuo al que

consideraban claramente la fuente de magnanimidad y decisiones benefactoras. Esto era algo que hacía siguiendo sus propios criterios e imponía sus propias reglas, como se ve en la respuesta negativa a petición de los habitantes de Samos sobre una mayor libertad y la exención de impuestos. En este caso alegó que no le habían ayudado directamente durante la guerra civil: «Ya que no es apropiado que el mayor privilegio de todos se conceda al azar y sin motivo alguno. Me encuentro favorablemente predispuesto hacia vosotros y me gustaría concederle ese favor a mi mujer, quien ansía ayudaros, pero no hasta el punto de incumplir mis propias reglas» (traducción de Millar, 1977, 431-432). Esto muestra con claridad el proceso de la diplomacia y las presiones, incluso domésticas, que sufría Augusto. Otros tuvieron más éxito en sus peticiones. En el año 26 a. C., después de un tremendo terremoto que asoló la ciudad griega de Tralles, un pastor emprendedor viajó hasta Roma y luego hasta Hispania, donde se encontraba Augusto, para pedirle ayuda. El emperador se sintió tan conmovido por su relato que nombró una comisión de senadores para que inspeccionaran en persona los daños y proporcionaran el dinero necesario para la reconstrucción (Agatías, *Historias* 2.17). También fueron generosos otros miembros de la familia de Augusto. Los habitantes de Mitilene dedicaron una estatua a la hija de Augusto, la esposa de Agripa: «Nuestra benefactora, por su excelencia en todos los sentidos y su buena voluntad hacia nuestra ciudad» (*Inscriptiones Graecae* XII 2.204; traducción en Sherk, 1984, n.º 98). Los ciudadanos ricos procedentes de otras ciudades observaban aquellas señales de regeneración urbana en Roma y en el ejemplo imperial y se sentían estimulados a gastar con generosidad en sus ciudades natales.

Augusto poseía una gran reserva de partidarios potenciales entre los italianos que vivían en las provincias y también entre

los ricos que ansiaban la ciudadanía romana. Cimentó la lealtad de estos últimos concediendo la ciudadanía a aquellos individuos que lo merecieran. Por ejemplo, Cayo Julio Vepo, de Celeia, provincia de Nórica, hizo inscribir en su tumba que: «El divino Augusto me concedió la ciudadanía romana a título personal, y la inmunidad» (*ILS* 1977). Tomó el nombre de Julio para señalar la concesión. Por supuesto, Augusto se ganó a la gente sobre todo por acabar con la guerra civil y devolver la paz y el orden. El espíritu que reinaba en aquellos tiempos queda ilustrado de un modo perfecto por un decreto de la Liga Asiática que en 9 a. C. rindió honores a Augusto como su salvador y benefactor. La gratitud se entremezcla con la esperanza de nuevos actos de benevolencia: «Aquel que pone fin a la guerra y ordena la paz, César, quien con su epifanía superó las esperanzas de aquellos que habían profetizado buenas nuevas, no sólo superando los actos benevolentes del pasado, sino también dejando sin esperanza [de superarlos] a aquellos que vendrán en el futuro». (Sherk, 1984, n.º 101.VI). Esto muestra todo un entramado de sofisticados contactos diplomáticos, y el proceso formal de ponerse en contacto con el emperador y acercarse a él de un modo adecuado aparece en un papiro que relata la recepción de una embajada de Alejandría en 10-9 a. C.:

> «Emperador César Augusto… a las gentes de Alejandría, bienvenidos.
>
> »Los emisarios que enviasteis se reunieron conmigo en la Galia y os representaron. En concreto, me informaron de lo que parece ser os ha preocupado en estos años anteriores…» (Braund, 1985, n.º 555).

Una inscripción en latín y en neopúnico procedente de Leptis Magna, en el norte de África, revela la clase de respuesta que Augusto esperaba de su buena voluntad demostrada con los nativos: «Para el Imperator César Augusto, hijo de un dios… Padre de la Patria, Annobal Rufus, embellecedor de su tierra, amante de la concordia, sacerdote, sufete, prefec-

to de los ritos sagrados, hijo de Himilco Tapapio, ordenó que se construyera esto a su cargo y también lo dedicó» (Braund, 1985, n.º 660). Con esto vemos a un individuo de la cultura local relacionado con Roma que contribuyó al bienestar de la ciudad al mismo tiempo que honraba al emperador.

Augusto completó esa imagen paternal y la función de *princeps* solícito mediante el cumplimiento de los ritos religiosos correspondientes. Al reconstruir los templos de Roma y la consecuente regeneración de los rituales apropiados, ofreció una expiación por sus crímenes del pasado en las guerras civiles a la vez que inauguraba una era de prácticas religiosas tradicionales y de rectitud moral. Augusto fue el *pontifex maximus* desde el año 12 a. C., pero se ofreció de un modo escrupuloso a la reelección tras la muerte del anterior pontífice, el deshonrado triunviro Lépido. También ostentó un gran número de otros sacerdocios religiosos tradicionales, y se tomó esa responsabilidad con seriedad. Un tipo de estatua le representa siempre cumpliendo los ritos religiosos como un sacerdote, con la cabeza tapada. Se propuso la revitalización de la práctica religiosa estatal, y se vanaglorió de la restauración de 82 templos en la ciudad y de su impacto beneficioso:

> «Restauré muchas prácticas excelentes que estaban desapareciendo en nuestros tiempos y yo mismo pasé a la posteridad muchas prácticas excelentes para que fueran imitadas» (*Res Gestae* 8.5).

Puesto que Julio César había sido proclamado dios después de su muerte, Augusto era oficialmente el hijo de un dios (*divi filius*), lo que le proporcionaba prestigio y cierta aura, y él se aprovechó de aquello fomentando la idea de su propia condición de ser sobrenatural. El culto a Augusto se estableció o se fomentó primero en las provincias orientales, inicialmente unido a la adoración a Roma. Luego aparecieron los templos y los dioses, y la veneración surgió poco a poco por el papel que Augusto había tenido en el fin de las guerras civiles

y en la llegada de la paz, el orden, la concordia y la prosperidad. Una inscripción encontrada en Halicarnaso, en Asia, indica el tono general:

> «Puesto que la naturaleza eterna e inmortal de todas las cosas le ha concedido a la humanidad el mayor bien con grandes favores al hacer llegar a César Augusto a nuestro tiempo, el padre de su propio pueblo, la divina Roma, y el ancestral Zeus, salvador de la raza humana, cuya providencia no sólo ha cumplido sino que ha superado las plegarias de todos» (Braund, 1985, n.º 123).

Sin duda, esta clase de expresión refleja un sentimiento verdadero. Sin embargo, también existían otros factores, puesto que el mecanismo del culto al emperador proporcionaba oportunidades a las clases dominantes locales de las ciudades para ocupar el importante cargo de sacerdote de Augusto y asociarse de ese modo con el propio régimen, además de ofrecer un medio útil de comunicación diplomática entre la ciudad y el emperador. La actitud de Augusto era pragmática, y su mejor ejemplo es cómo trató a los judíos. Respetaba sus tradiciones religiosas:

> «Puesto que la nación judía ha demostrado estar bien dispuesta hacia el pueblo romano, no sólo en este momento presente, sino en el pasado, y especialmente en la época de mi padre, Imperator César, y también en el de su gran sacerdote Hyrcanus, yo y mi consejo hemos decidido bajo juramento, con el acuerdo del pueblo romano, que los judíos podrán seguir sus propias costumbres de acuerdo con sus leyes ancestrales, tal y como lo hacían bajo Hyrcanus, gran sacerdote del dios más alto» (Josefo, *Antigüedades Judías*, 16.162-5; traducción de Braund, 1985, n.º 547).

En consecuencia, para evitar un choque entre el monoteísmo de los judíos y su divinidad, se acordó que rezarían a su dios pidiendo el bienestar de Augusto.

En las provincias occidentales no había templos a Augusto, sólo altares, y en la propia Roma, su espíritu original (*genius* o *numen*) recibía ofrendas. Esto en un principio estaba relacionado con la procreación y la capacidad de un individuo para asegurar la supervivencia de su familia, pero más tarde se asoció con facilidad al poderoso padre de la patria que se asegu-

raba de la continuidad del imperio. Augusto recibió muchos otros actos con los que le demostraban enorme respeto. Uno de los meses (agosto) recibió su nombre; en las procesiones a las que acudía, el fuego sagrado era portado delante de él; se realizaban sacrificios a su *genius* en dos grandes festivales estatales, en su cumpleaños y en el aniversario de su llegada al poder. Con el tiempo, las sutiles distinciones se volvieron imprecisas a lo largo del prolongado y estable gobierno de Augusto, e incluso en Italia, en Nápoles, fue adorado como un dios ya en el año 14 d. C. Gracias a su dominio militar, su enorme riqueza personal, su acumulación de sacerdocios, honores, títulos y su mística cuasidivina, Augusto se encontraba muy por encima de cualquier otro individuo por su posición social, prestigio, honores y reconocimientos públicos. La pregunta era: ¿tenía alguno de sus rivales la posibilidad de igualar su situación?

Augusto expresó la esperanza de que sus disposiciones políticas no sólo fueran las mejores, sino también de que «los cimientos que he construido para el Estado permanezcan en su sitio» (Suetonio, *Divus Augustus* 28.2). Esa esperanza se cumplió, y sus sucesores aceptaron en su mayoría su modo de gobernar. Por suerte, vivió hasta tener 66 años, y para cuando murió, muchos ya habían olvidado la República y sus problemas. A diferencia de Julio César, vivió el tiempo suficiente para ver cómo funcionaban sus innovaciones, para pulirles los defectos y asegurarse de que se hubiera dejado atrás por completo un periodo de gran confusión social y política. Su legado fue complejo y lo impregnaba todo. El elemento central era un control autocrático y personal en un entramado de poderes votados de forma individual dentro del contexto aparentemente constitucional del Senado y de las magistraturas y asambleas tradicionales. Las prácticas políticas romanas eran lo suficientemente flexibles e imprecisas como para acomodar esa clase de gobierno. Augusto manejó a las clases altas para que mantuvieran su estatus social privilegiado y una función definida, que convenían al emperador sin dañar demasiado la dignidad de esas mismas clases. Aquello implicó una delicada relación con los senadores que a otros no tan hábiles o afortunados les habría resultado difícil mantener. A veces, Augusto se veía rodeado de aduladores y de halagos, y eso se podía llegar a convertir en un servilismo que enojaba a Tiberio y podía socavar el honor de las clases altas. Además, puesto que los senadores y los caballeros actuaban como administradores de alto rango de Augusto y se movían en los mismos círculos que la familia imperial, aquello abría la puerta a las intrigas palaciegas.

Augusto empleó a su servicio a muchos *equites* para suple-

mentar las funciones de los senadores, y lo hizo ocupándolos con mandos militares de rango inferior, como administradores económicos (procuradores), como gobernadores de provincias pequeñas, y poco a poco los ascendió hasta puestos más importantes, como el gobierno de Egipto. Augusto mostró el modo de aprovechar aquella gran reserva de talento en unos individuos que probablemente le serían leales, ya que no hubieran tenido puestos de tanta importancia en la vieja República. En teoría, podía serlo cualquier ciudadano romano con bienes superiores a 400 000 sestercios y descendiente de tres generaciones de ciudadanos libres. Esta política de Augusto tuvo tanto éxito que, para el siglo III d. C., los *equites* habían reemplazado a los senadores en la mayoría de los cargos importantes del Estado.

Augusto buscó de forma asidua el apoyo popular, y fue de muchas maneras un director de espectáculos mayor de lo que Nerón proclamaba ser: proporcionaba grano, organizaba juegos que él mismo presidía, aparecía frecuentemente en público como mecenas y benefactor de su pueblo, erigía estatuas, adornaba Roma con edificios magníficos que cambiaban la imagen de la ciudad e inspiraba desarrollos artísticos. En sus edificios se combinaba la majestuosidad con las funciones prácticas, y Roma fue más hermosa y segura gracias a él. También fue el benefactor de Italia y de las provincias. Las élites de las pequeñas ciudades de Italia y las comunidades provinciales más prósperas fueron sus partidarias más entusiastas. La generosidad de Augusto también alcanzó a escritores que fueron sostenidos económicamente por su círculo. Ese patronazgo no fue completamente desinteresado, ya que los textos favorables al régimen se podían extender de un modo sutil, aunque a veces fuera de un modo más obvio, como el himno de Horacio a los Juegos Seculares del año 17 a. C. Normalmente se celebraban cada 110 años, y en esta ocasión

expresaron expiación y esperanza por una nueva era y por la continuidad del destino de Roma. Un coro de 27 niños y 27 niñas cantó el himno de Horacio.

Augusto apoyó a los individuos con talento, e incluso escuchó con paciencia lecturas de poesía y de historia. Le gustaban mucho las máximas o preceptos edificantes (Suetonio, *Augusto* 89.3). Uno de los partidarios de Augusto, Mecenas, también le presentó poetas jóvenes, y medió entre ellos, por lo menos hasta el 11 a. C. Resulta interesante que algunos de esos escritores tuvieran unos orígenes muy humildes: Horacio era el hijo de un liberto; Virgilio, el hijo de un granjero; Propercio, Cornelio Galo y Ovidio pertenecían a la clase de los caballeros. Augusto no imponía los temas ni censura alguna, habitualmente, y de hecho, la mayoría de los poetas, siguiendo la tradición griega, escribían poemas de amor o personales con alguna referencia ocasional a los temas que le gustaban a Augusto. Incluso el gran poema épico de Virgilio, la *Eneida*, aunque menciona a Augusto y a su familia y alaba las cualidades y los logros de los romanos, en realidad, es la interpretación del poeta de la tradición épica. Es cierto que algunos de los versos eróticos de Ovidio quizás no encajaban con el tono moral de la legislación de Augusto, pero al parecer, el exilio del poeta a Tomis, en el Ponto, tuvo más que ver con una indiscreta falta política relacionada con Julia, la caprichosa hija del emperador. En general, Augusto creó un entorno pacífico y estable, favorable a las ocupaciones culturales tradicionales que pudieran dar prestigio a su corte.

El otro lado del gobierno de Augusto era su relación cercana con los soldados. El legado que dejó fue un gran ejército profesional permanente que constituía un gesto enorme para los contribuyentes del imperio. Augusto se presentaba junto a su escolta personal como un jefe militar con todos los adornos y títulos propios de un *imperator*. Todas las victorias eran

suyas, pero mantenía cierta distancia para poder evitar la responsabilidad en caso de derrota. Augusto era a todos los efectos el comandante en jefe, aunque buena parte del verdadero mando recaía en otros. Utilizó el ejército para reafirmar de un modo vigoroso y agresivo el poder de Roma en las relaciones exteriores, y organizó el imperio con una estructura provincial que perduraría durante siglos, con tropas acantonadas de forma permanente en campamentos y zonas fronterizas del Rin, del Danubio y del Éufrates. Su comportamiento influyó en todos sus sucesores, y su política belicosa en el extranjero fue un incentivo para los ambiciosos.

Augusto se mostró inquebrantable en su convencimiento de que uno de sus parientes debía sucederle. Sin embargo, puesto que no era oficialmente un monarca, tuvo que elevar de forma gradual el estatus social del sucesor que había decidido con poderes civiles y mandos militares aprobados tras sus correspondientes votaciones. Es probable que se produjeran contratiempos, y puesto que no tenía hijos varones, había un tremendo campo de maniobra entre los distintos descendientes imperiales. La estructura familiar era complicada e irregular, puesto que en el año 39 a. C. se casó con Livia Drusila, quien tuvo que divorciarse a toda prisa de su esposo Tiberio Claudio Nerón (un rival político), de quien ya estaba embarazada de su segundo hijo, Druso, el hermano de Tiberio. Era inevitable que estos dos chicos, hijos adoptivos de Augusto, fueran unas figuras importantes. Julia, la única hija de Augusto de su primer matrimonio con Escribonia, se casó con Marcelo (hijo de la hermana de Augusto, Octavia), y cuando éste murió, se casó con Marco Agripa. Entre los hijos de este matrimonio se encontraban tres chicos, Cayo, Lucio César y Agripa Póstumo, nacido en el año de la muerte de su padre, en 12 a. C. Augusto adoptó a Cayo y a Lucio. Fue inevitable que ambos consideraran que Tiberio era un rival, y lo demos-

traron en público, lo que causó una considerable perturbación social, con la consiguiente retirada de Tiberio de la vida pública en 6 a. C. y de la caída en desgracia y el exilio de su esposa, Julia, con quien se había casado en 11 a. C.

Un juramento de lealtad efectuado entre los años 5 y 2 a. C. por los conobarianos en Hispania muestra la necesidad de mantenerse al día con la cambiante situación política:

> «Juro que yo, en nombre de la salvación, el honor y la victoria del Imperator César Augusto, hijo de un dios, su hijo el *princeps* de la juventud, cónsul elegido, sacerdote (Cayo César), y en nombre de Lucio César, hijo de Augusto, y Marco Agripa, nieto de Augusto, tomaré las armas…» (*L'Année épigraphique*, 1988.723).

En esta etapa, Cayo y Lucio César, junto a su hermano pequeño Marco Agripa (Póstumo), parecían ser los favoritos para suceder a Augusto, con Tiberio relegado a la sombra. Sin embargo, no sería así: Lucio murió por causas naturales; Cayo, posiblemente, por una herida que sufrió durante su campaña en el este; y Agripa Póstumo, probablemente asesinado por orden de Augusto al final de su reinado, por lo que Tiberio acabó convirtiéndose en el único hijo y sucesor del emperador. Esto estableció la escena futura, no sólo para las desastrosas relaciones dentro de la familia Julio-Claudiana, sino también para el problema de la sucesión en los años venideros: ¿elección personal o pariente?

Augusto se había acercado cada vez más a la adoración divina, y tras su muerte fue elevado al rango de los demás dioses, y se convirtió en Divus Augustus. Sus restos mortales fueron depositados en el imponente mausoleo que había construido cerca del Tíber. La práctica de concederle esta última muestra de respeto a un emperador que había sido popular, o cuyo sucesor insistiera en ello, duró hasta que el imperio se convirtió al cristianismo, en el siglo IV d. C.

Augusto emprendió cuando era adolescente una carrera

llena de violencia, traiciones e ilegalidades. Exterminó sin piedad a sus enemigos y manipuló a su familia para sus propios fines. En cierto sentido, fue controlador y homicida hasta el final, como lo demuestra el destino sufrido por Agripa Póstumo. Séneca, que era consejero de Nerón y conocía los caprichos de los autócratas, se mostraba escéptico respecto a la reputación de Augusto como hombre benévolo, comedido y misericordioso, y calificó su comportamiento de «cansancio de la crueldad» (*De la Clemencia* 1.11). Al igual que muchos revolucionarios, Augusto se esforzó por adquirir una imagen respetable y dejar atrás su pasado lleno de mala reputación, pero pareció establecer un ambiente realmente estable y tranquilo en el que se pudo desarrollar una nueva forma de gobierno. Dion Casio, que era muy consciente del pasado de Augusto y de su cuidadosa manipulación de las instituciones romanas, resumió con agudeza y justicia su periodo de gobierno:

> «Los romanos añoraban mucho a Augusto porque mediante su combinación de monárquica e instituciones republicanas, garantizó su libertad y también restauró el orden y la estabilidad; De este modo podían vivir con una libertad moderada en una monarquía sin horrores, y no debían soportar los excesos asociados a un gobierno popular, y de los abusos de una tiranía» (56.43.4).

Augusto se hubiera sentido sin duda satisfecho con esos comentarios, aunque en sus últimas palabras a sus amigos fue bastante más cínico con la fachada que había construido:

> «Si ha salido bien la comedia, dad un aplauso y despedidnos todos con alegría» (Suetonio, *Divus Augustus* 99.1).

6

El gobierno del Imperio

HOMBRES Y DINASTÍAS, 14-235 D.C.

Tiberio (m. 14-37 d. C.) perdió con celeridad la confianza que Augusto se había labrado entre las clases más altas. Para empezar, tenía buenas intenciones, un gran respeto por la ley y trató de incentivar el dictamen independiente en el Senado. Pero fracasó a la hora de preservar la consistencia y el comportamiento que podrían haber hecho que todo funcionase. Adusto e impredecible, sobreestimó la capacidad del Senado para interpretar el papel que él quería. En términos militares, el mandato empezó con mal pie, con motines importantes, en parte debidos a la incertidumbre de los soldados tras la muerte de Augusto. Después, Germánico, el hijo adoptivo de Augusto, dirigió breves campañas en la Germania, pero Tiberio evitó grandes empresas, aunque la Capadocia se convirtió en provincia sin tener que librar batalla alguna. Había menos juegos y exhibiciones para el pueblo. La siniestra atmósfera estaba compuesta de problemas familiares, con la muerte de Germánico (por causas naturales) y la del propio hijo del emperador, Druso, presuntamente envenenado por su esposa y su amante, Sejano, el prefecto pretoriano. Los hijos de Germánico y Agripina, que nunca olvidó que era de la sangre de Augusto, se vieron involucrados en una catástrofe familiar, al volverse Tiberio contra ella y contra Nerón y Druso César,

que fueron encarcelados y de inmediato asesinados. El emperador se retiró a Capri, donde Sejano controlaba el acceso; tenía mucha influencia y posiblemente tenía esperanzas de un papel imperial. Pero Tiberio, que se volvió suspicaz, hizo que lo ejecutaran en el año 31 y el mandato se dirigió hacia su infeliz conclusión, cuando Tiberio fue probablemente asesinado por el hijo que sobrevivió de Germánico, Cayo (Calígula).

El breve mandato de Calígula (m. 37-41 d. C.) no tuvo un impacto significativo en la estructura administrativa. Era inestable y llegó a ser odiado por los senadores; no respetaba los protocolos tradicionales y tenía grandiosos planes para su propia adoración y pretensiones militares ridículas. Pero su dominio mostró exactamente cuánto poder entrañaba la posición de Augusto.

Tras el asesinato de Calígula por parte de miembros de su guardia personal, hubo un vacío temporal, pero mientras el Senado soñaba con ejercer algún tipo de control, los pretorianos actuaron, y al encontrar a Claudio merodeando por el palacio, lo proclamaron astutamente emperador. Era el hermano de Germánico, pero se le había mantenido en la sombra por causa de dolencias físicas y quizá mentales; ni siquiera había sido senador hasta el mandato de su sobrino Calígula. Tras algunas negociaciones, el Senado lo aceptó. En sus días buenos, Claudio (m. 41-54 d. C.) fue justo e imparcial, se preocupó por la justicia y la correcta administración de las provincias. Era inteligente, bien educado, se interesaba por la historia y las ocupaciones liberales; muy posiblemente tuvo ideas constructivas sobre el desarrollo de una maquinaria ejecutiva central, al organizar una secretaría provista de libertos. Sin embargo, su comportamiento era inconsistente y, en opinión de los senadores, tendía a estar bajo la excesiva influencia de sus varias esposas. La arrogancia y el deseo sexual de su esposa Valeria Mesalina la condujeron a un matrimonio «impruden-

te» con Cayo Silio; ambos fueron ejecutados. Luego Claudio se casó con su sobrina Agripina, con una dispensa especial del Senado. Ella apoyaba los intereses de su hijo Nerón, aunque Claudio tenía un hijo propio, Británico. Se le puso este nombre en honor a la expedición de su padre para invadir Britania en 43 d. C., bajo el mando de Aulo Plaucio, y para crear una nueva provincia. Claudio se presentó en persona durante dos semanas, para apuntalar una débil posición política, por medio de un despliegue de *virtus* y *gloria* militares. Claudio se hizo más impopular porque al Senado le ofendía el papel preponderante que jugaron algunos de sus secretarios libertos, particularmente Palas y Narciso. Fue probablemente asesinado por medio de hongos venenosos, en una conspiración familiar que involucró a Agripina.

Agripina puso a su hijo en la palestra, los pretorianos lo reconocieron y Británico no tardaría en ser asesinado. Sin embargo, Nerón (m. 54-68 d. C.) enseguida llegó a lamentar la influencia de su madre, que ambicionaba influir en el Gobierno, y el emperador ordenó su brutal asesinato con la mención explícita de que el sicario debía golpearla en el vientre. Durante un tiempo, Nerón apostó por dejarse aconsejar por Burro, su prefecto del pretorio, y Séneca, un senador rico e influyente, escritor y filósofo estoico. Sin embargo, finalmente, Burro murió o fue asesinado y se obligó a Séneca a que se suicidara, de manera que Nerón tuvo la libertad absoluta para dedicarse a su pasión por el canto, las carreras de cuadrigas y a toda clase de curiosidades y novedades. Solía deambular disfrazado por las calles durante la noche, bebiendo y participando en ocupaciones ordinarias. En opinión de los senadores, la vergüenza y la humillación habían sustituido a la dignidad y al comportamiento responsable. El futuro emperador Vespasiano a punto estuvo de ser ejecutado por quedarse dormido en una de las interminables actuaciones de Nerón. Éste

amaba todas las cosas griegas, que influyeron en muchas de sus ocupaciones y que pudieron haber contribuido a su impopularidad entre algunos senadores. El gran incendio de Roma del año 64 d. C. no fue obra de Nerón, pero el hecho de que se le atribuyera la culpabilidad ampliamente demuestra la hostilidad del pueblo hacia él; asimismo persiguió a los cristianos de la ciudad para desviar la atención de otros asuntos. En el año 68, varios gobernadores de provincias se rebelaron, aunque no de forma coordinada. Al final, Nerón perdió casi todos sus apoyos (aunque los pretorianos mantuvieron su lealtad para con la casa imperial) y se suicidó tras sus famosas últimas palabras: «¡Qué artista muere conmigo!». Y este fue el traumático final de la dinastía Julio-Claudia.

El año 68-69 d. C. fue agitado, ya que los ejércitos profesionales romanos luchaban unos contra otros, llevaban a cabo masacres de civiles en Italia, y devastaban propiedades. Como dijo Tácito: «el secreto del imperio se había desvelado, se podía crear a un emperador en cualquier otro sitio aparte de en Roma». En rápida sucesión, Galba, Otón y Vitelio tomaron el poder para perderlo de inmediato. Galba (gobernador de Hispania) era demasiado partidario de la disciplina («No compro a mis soldados»); Otón nunca tuvo el control, al no tener un ejército provincial que lo apoyara, pero cuando su causa estuvo perdida al menos se suicidó, para evitar más matanzas; Vitelio, por indolencia, fracasó en asegurar su ventaja de controlar Roma y de ser apoyado por los poderosos ejércitos germanos. Vespasiano (m. 69-79), tras su reciente éxito en Judea al sofocar la rebelión de los judíos, llegó del este e impuso orden, estabilidad y la dinastía Flavia. Su cercanía impasible, comedida, era probablemente lo que Roma necesitaba, y reforzó las finanzas estatales. Su hijo Tito (m. 79-81) lo sucedió; era popularmente conocido como la «delicia del género humano» y su mandato fue demasiado corto como para refu-

tarlo. Su hermano Domiciano (m. 81-96) fue un eficiente administrador y parece que gobernó concienzudamente. No carecía de sentido del humor, como demostró cuando afirmó una vez de un hombre narcisista: «Ojalá yo fuera tan guapo como Mecio cree que es». Dirigió vigorosas campañas militares de variado éxito en el Rin y el Danubio, región que resultaría de gran interés para los romanos en el futuro. No obstante, la historia real del mandato de Domiciano es la descomposición de las relaciones con sus administradores senatoriales superiores, que lo consideraban cruel, caprichoso y hostil para con los individuos talentosos, especialmente en el caso de los comandantes del ejército. Es difícil llegar a desentrañar la verdad, ya que nuestras fuentes de las clases altas le eran hostiles, y Tácito estaba particularmente molesto por el relevo de su suegro Agrícola de la gobernación de Britania, antes de que su guerra de conquista hubiese finalizado (aunque había estado siete años allí); pero una revuelta potencialmente seria de Saturnino, gobernador de la Alta Germania, fue sofocada por el futuro emperador Trajano, y Domiciano aumentó un tercio el salario militar. Al final acabó asesinado víctima de una conjura en la que su cohorte estaba involucrada, incluida su esposa, y su recuerdo fue condenado por el Senado.

Nerva (m. 96-98 d. C.) era un senador de intachable procedencia y de agradable disposición; sería el último emperador realmente italiano. Se propuso ser la antítesis del anterior régimen, y como gesto simbólico acuñó monedas que celebraban «la libertad». Nerva, que no tuvo hijos, luchó por preservar la autoridad, especialmente tras tener que entregar a los asesinos de Domiciano a los resentidos pretorianos. En octubre del año 97, en medio de una crisis cada vez más profunda, adoptó a Trajano, previamente nombrado gobernador de la Baja Germania, como hijo y sucesor, e inauguró un periodo en el que los emperadores elegían a sus sucesores.

Tras la muerte de Nerva, Trajano (m. 98-117 d. C.), cuya familia provenía de Hispania, tomó el poder diplomáticamente y se hizo popular en el Senado, ya que gobernó con equidad, consistencia y buen talante, además de mantener el orden en el ejército. Las características notables de su mandato fueron la estabilidad en casa y una política exterior expansiva. Inició o continuó un programa para apoyar a los niños pobres en Italia y llevó a cabo muchos proyectos de construcción en Roma; los sólidos principios éticos que demostró al tratar cualquier asunto público se hacen evidentes en las cartas dedicadas a Plinio el Joven, gobernador de Bitinia:

> «No olvidemos que has sido enviado a esa provincia precisamente porque era evidente que había en ella muchas situaciones que debían ser corregidas» (*Cartas* 10.32).

Dos guerras en Dacia (la moderna Rumanía) en el año 106 tuvieron como consecuencia la creación de una nueva provincia. En el este, se anexionó Arabia, y en el año 114 Trajano invadió Partia. La campaña fue inicialmente exitosa y se pudo conquistar la capital occidental parta, Ctesifonte. El emperador, después, marchó hacia el golfo Pérsico. Tenía la intención de crear nuevas provincias, pero una grave insurgencia estalló en el territorio ocupado, a la que siguió un levantamiento de los judíos en las provincias orientales. Trajano intentó restaurar la situación pero murió repentinamente en Selino, Cilicia. Sus expediciones militares parecen ser el resultado de su deseo de gloria marcial. No tuvo hijos, pero había mostrado una preferencia especial por Adriano, que llegó desde Itálica, en Hispania, y cuyo padre era primo de Trajano. La adopción de Adriano fue anunciada el día posterior a la muerte de Trajano.

Adriano (m. 117-138) sacó a sus tropas de Partia y abandonó las nuevas provincias. No luchó en guerras de agresión, sino que viajó con asiduidad, visitando la mayoría de las pro-

vincias, inspeccionando los establecimientos militares y dirigiendo maniobras. Su famoso muro, construido en la Britania Septentrional, no tenía necesariamente la intención de ser una mera medida de defensa. Fundó una colonia romana, Aelia Capitolina, en Jerusalén y prohibió la práctica de la circuncisión; esto contribuyó al estallido de una seria revuelta en Judea entre los años 132 y 135, que fue vigorosamente sofocada, con una gran pérdida de vidas. Las relaciones de Adriano con el Senado eran difíciles, y la ejecución de cuatro hombres con rango de cónsul al principio del mandato, presuntamente por traición, arrojó una larga sombra sobre su figura. Adriano fue famoso por sus ocupaciones literarias, su interés por todo lo griego y su infatuación por un joven de Bitinia, Antínoo, que cuando se ahogó en el Nilo fue declarado dios. Adriano al final nombró a Aurelio Antonino Pío como sucesor, pidiéndole que adoptara a su sobrino Marco (Aurelio) y al hijo de Aelio (un candidato previo a la sucesión), Lucio (Vero).

Antonino Pío (m. 138-161) era popular en el Senado, al ser cortés, consistente y moderado. Llevó a cabo una actividad militar limitada, que condujo a la reconquista del sur de Escocia y la construcción de la muralla antonina. En el año 148 celebró con juegos el noveno centenario de la fundación de Roma. Su gestión financiera fue prudente. El orador y abogado Cornelio Frontón fue amigo de la familia imperial y sus cartas son una fuente valiosa de información.

Marco Aurelio (m. 161-180) y Lucio Vero (m. 161-169), en la primera experiencia de Roma con un gobierno compartido, mantuvieron buenas relaciones con el Senado y consiguieron un gobierno estable y bien gestionado. Marco era un hombre pensativo y en sus *Meditaciones* expresó sus eclécticas ideas filosóficas. Sin embargo, el imperio se vio convulsionado por una serie de crisis militares en varias zonas fronterizas. En primer lugar, se produjo otra guerra con los partos, que inva-

dieron Siria y tomaron el control de Armenia, tras la derrota y muerte del gobernador de la Capadocia. Lucio Vero se trasladó en persona al este y asumió la dirección de la campaña, aunque fueron sus generales quienes consiguieron la victoria. Celebró un triunfo con Marco en el año 166 y ambos adquirieron grandiosos títulos militares. No obstante, la peste hizo estragos en el ejército oriental y se extendió a Roma, lo que retrasó la reacción a una crisis que se produjo en el Danubio. En 168, ambos emperadores partieron hacia el frente. Vero pronto moriría de un ataque al corazón y en 170 los marcomanos y los quados derrotaron a Marco y cruzaron los Alpes Julianos, invadiendo Nórico, Panonia y el norte de Italia. Siguieron largas campañas entre los años 172 y 174 para expulsarlos. Luego, en 175, Avidio Casio, gobernador de Siria, se rebeló en una oscura conspiración. La revuelta fracasó en tres meses y, en el año 178, la guerra en el norte concluyó. Marco murió sin llevar a cabo su intención de crear nuevas provincias más allá del Danubio. Rompió con la costumbre establecida por los emperadores desde Nerva y fue sucedido por su hijo Cómodo, que había sido cogobernador virtual desde 177.

Cómodo (m. 180-192) estableció la paz y regresó inmediatamente a Roma; no habría más guerras durante su mandato, exceptuando limitadas operaciones en la Britania Septentrional. El proceso de gobierno se deterioró y fue dirigido por algunos de sus favoritos, de creciente mala reputación, mientras él se dedicaba a sus intereses gladiatorios. Su comportamiento impredecible enajenó al Senado. El senador e historiador contemporáneo Dion Casio describe de forma vívida cómo un día el emperador cortó la cabeza de una avestruz en la arena y la agitó de manera amenazante ante los senadores. Dion quiso reírse, lo cual habría sido peligroso, y por tanto optó por morder con fuerza una hoja de laurel. Finalmente, Cómodo fue estrangulado en la noche del 31 de diciembre de 192, víctima

de una conjura palaciega.

En esta peligrosa situación, Pértinax (que pudo haber estado involucrado en la conjura) fue declarado emperador. Comandante eficiente, fue rápidamente derrocado por los pretorianos, porque intentó «reformar demasiadas cosas, demasiado rápido y con demasiada austeridad», como señaló Dion. Más tarde, la guardia pretoriana «subastó» de manera infame el imperio, al ofrecer su apoyo por un precio, y el exitoso postor fue Didio Juliano, un senador de cierta posición. Tenía poca autoridad o respeto y, además, había propiciado un clima en el que los gobernadores provinciales podían, realmente, llegar a considerar hacerse con el poder. Septimio Severo (m. 193-211), gobernador de la Alta Panonia, marchó hacia Roma y se apoderó de ella. Pescenio Níger (Siria) y Clodio Albino (Britania) también intentaron tomar el poder. Severo se ganó temporalmente a Albino nombrándolo César; entre los años 193 y 195 tuvieron lugar en el este varias batallas sangrientas, que propiciaron la muerte de Níger. Luego Severo nombró césar a su hijo mayor y se volvió contra Albino, derrotándolo finalmente en la batalla de Lugdunum en 197, con más de 80 000 bajas. Para superar el odio de la guerra civil, Severo lanzó una campaña en Partia, con la que consiguió una nueva provincia, Mesopotamia; hacia el final de su mandato, lideró una gran expedición hacia el norte de Escocia, que resultó fallida, y murió en York. Lejos del campo de batalla, Severo buscó la respetabilidad, al reivindicar su descendencia de Marco Aurelio y adoptar el nombre familiar (Antonino). Mantuvo una Administración estable y finalmente se ganó a regañadientes el respeto de los senadores, a pesar de restablecer la memoria de Cómodo y de ejecutar a los partidarios de Albino. En todo caso, en su gobierno pueden verse tendencias significativas resultantes de su forma de conseguir el poder mediante la fuerza militar y de su marcha

sobre Roma, el primer ejemplo en 124 años. Los aspectos militares de la posición del emperador adquirieron mayor relevancia. Severo venía de África (de un linaje senatorial) y su esposa (Julia Domna) era siria, lo que añadía más diversidad a la mezcla cultural del imperio. Le sucedieron sus dos hijos, Caracalla y Geta.

Caracalla (m. 211-217) enseguida asesinó a su hermano y llegó a obsesionarse con el ejército; admiraba a Alejandro Magno, proclamó que quería vivir con sus soldados, les aseguró un gran aumento de salario y pasó los días bebiendo con ellos mientras los senadores eran tratados con desprecio; también era, sin embargo, capaz de gestos generosos, el más asombroso de los cuales fue extender la ciudadanía a todos los habitantes del imperio. Luchó en inconclusas campañas militares en Germania y Partia, hasta que fue asesinado por su prefecto del pretorio, Macrino, que lo reemplazó como emperador.

Macrino (m. 217-218) fue el primer ecuestre en convertirse en emperador y se arruinó a causa del coste del aumento de salario de Caracalla, que intentó reducir, y por las secuelas de la guerra en Partia. Heliogábalo, sacerdote del dios-sol en Émesa, en Siria, e hijo de la sobrina de la esposa de Septimio Severo, fue proclamado hijo de Caracalla y utilizado como testaferro de una rebelión contra Macrino, que fue derrotado y asesinado.

Heliogábalo (m. 218-222) enseguida se ganó una fama nefasta en Roma por su plan de convertir al dios-sol en la suprema divinidad del Estado romano, y desbancar de ese puesto a Júpiter Óptimo Máximo; su comportamiento excéntrico, su estrambótica promiscuidad sexual y su uso de favoritos de mala reputación en el Gobierno fueron privándolo del apoyo popular y causaron descontento en la familia imperial, que lo

forzó a adoptar a su primo, cuyo nombre cambiaron por el de Alejandro, en el año 221. Heliogábalo intentó revocar la adopción y fue asesinado en 222, cuando fue sustituido por Alejandro, que gobernó como M. Aurelio Severo Alejandro.

Severo Alejandro (m. 222-235) tuvo al distinguido jurista Ulpiano como su prefecto del pretorio y consejero hasta su asesinato en el año 223 o 224, por parte de los pretorianos. Alejandro estaba muy dominado por su abuela y su madre (Julia Mamea). Intentó que su régimen fuera una clara antítesis a los años previos y, para ello, consultaba a los senadores regularmente sobre política. Pero el emperador parecía débil y sin control de los acontecimientos. Dion Casio desempeñó un segundo consulado con el emperador, como colega, en 229, pero tuvo que pasar ese tiempo fuera de Roma porque los pretorianos amenazaron con matarle. Dion se quejó de la indisciplina en los ejércitos provinciales y hubo una batalla de dos días en Roma entre los pretorianos y los plebeyos. En el este, la monarquía parta fue sustituida por los más agresivos persas sasánidas, contra los que Alejandro luchó en una guerra inconclusa, aunque su dirección de la campaña fue criticada, y luego tuvo que irse a la zona fronteriza septentrional para repeler una incursión de los alamanes. Maximino, un duro oficial subalterno, instigó una rebelión entre los soldados, quienes afirmaban que Alejandro era un «blandengue» y un tímido «niño de mamá» y muy tacaño con el dinero. Asesinó tanto a Alejandro como a su madre. Maximino fue el primer emperador-soldado genuino que luchó en persona en el frente y estaba orgulloso de ello; el emperador tenía ahora que operar en un contexto diferente: se esperaba que tomara el mando en las campañas militares, y la capacidad para gobernar estaba peligrosamente asociada a su aptitud militar personal.

La Administración romana no tenía nada que ver con la instrucción en la gestión, ni existían un modelo de trayectoria profesional ni una burocracia con una jerarquía de responsabilidad. De hecho, el proceso de gobierno tendía a ser no especializado. Hasta bien entrado el siglo III d. C., los senadores copaban los más importantes puestos administrativos y su ascenso dependía de una curiosa mezcla de edad, experiencia, honor y una ideología de clase alta a través de la cual hombres de familias senatoriales podían realizar sin apenas preparación o capacitación cualquier tarea que el Estado les solicitara. La posición social era muy importante; los senadores continuaban siendo identificados por medio de vestimenta distintiva, el título «hombre más distinguido» (*vir clarissimus*) y el privilegio de sentarse en asientos especiales en juegos y espectáculos. Teóricamente, había una edad mínima para desempeñar las magistraturas tradicionales (todavía de duración anual) como la pretoría (30) y el consulado (41). Este vestigio del antiguo *cursus honorum* se lo puso difícil al emperador (que era él mismo senador, normalmente), que pretendía ascender con rapidez a los más talentosos o a aquellos que no eran de clase senatorial. Un joven de familia senatorial, tras algunos cargos administrativos menores y una temporada como uno de los seis tribunos militares en una legión (los otros cinco eran *equites*), entraba en el Senado al ser elegido *quaestor*, y normalmente lo enviaban a una provincia para ocuparse de las cuentas financieras. La posición de pretor (había doce cada año), además de ofrecer la oportunidad de desempeñar un papel importante en la jurisdicción civil, abría las puertas a un abanico más amplio de cargos, incluidos algunas gobernaciones provinciales y también el mando de una legión como legado legionario (*legatus legionis*). Los dos cónsules anuales per-

manecían como magistrados jefes del Estado romano, con un alto perfil e importantes funciones ceremoniales y, tras el consulado, los más ambiciosos podían optar a una variada gama de cargos superiores. Por ejemplo, era virtualmente inaudito que el gobernador de una provincia importante con tropas legionarias no hubiera desempeñado un consulado. Puesto que los emperadores necesitaban administradores superiores, el número de cónsules tendía a aumentar; los llamados «cónsules ordinarios» prestaban servicio durante la primera parte del año, pero luego los reemplazaban cónsules «suplementarios» o sustitutos; en una ocasión, durante el mandato de Cómodo, en un año prestaron servicio más de veinte cónsules.

En el interior de Italia, a los senadores se los mantenía ocupados en la gama de puestos ideada, en gran parte, por Augusto, y normalmente trabajaban en comités que informaban al Senado y, por consiguiente, al emperador, cuidando las calzadas, los lechos y las orillas del Tíber y las alcantarillas de la ciudad, los edificios sagrados y las obras públicas, el tesoro del estado (*aerarium Saturni*) y el tesoro militar (*aerarium militare*). En la cúspide estaba el prestigioso prefecto de la ciudad, cuya jurisdicción a finales del siglo II d. C. se extendía hasta el centésimo mojón desde Roma. El puesto del que sabemos más es el de conservador del acueducto (*curator aquarum*), porque Sexto Julio Frontino, que fue nombrado para desempeñarlo en 97 d. C., escribió un detallado relato sobre su cometido y sus deberes, en parte como resultado de un proceso de autoeducación, ya que no había recibido preparación profesional para el puesto. Da un magnífico testimonio sobre las responsabilidades del administrador, concienzudo en cualquier época:

> «No hay nada tan vergonzoso para un hombre capaz que realizar una tarea que le han encomendado por el consejo de subordinados. No obstante, es algo inevitable siempre que alguien sin experiencia acude a pedir consejo a esas personas. Aunque tienen un papel esencial prestando ayuda, son simplemente las

manos y los instrumentos de la inteligencia en el poder» (*Sobre los acueductos*, *Prefacio* 2).

En el Imperio romano, los *equites* eran tan puntillosos como los senadores sobre su estatus y derechos, y contaban con su propia vestimenta distintiva y asientos en el teatro. Tenían más contacto con los mandos del ejército subalterno que los senadores, ya que no sólo desempeñaban puestos de tribunos militares, sino que también dirigían la infantería auxiliar y la caballería. Otras posiciones que los senadores en un principio podían haber despreciado estaban disponibles, como los procuradores que dirigían los asuntos financieros en las provincias del emperador, entre los que se incluían la recaudación de impuestos, la gestión de las propiedades y las operaciones públicas tales como la minería; otros desempeñaban puestos de gobernadores menores en distritos o provincias pequeñas, normalmente sin dirigir tropas legionarias. Sin embargo, los *equites* eran más numerosos que los senadores porque desde los comienzos del imperio todos aquellos que tenían la ciudadanía romana, una fortuna de al menos 400 000 sestercios y pertenecían a una familia de hombres libres desde al menos tres generaciones eran considerados *equites*. Llegaron a hacer una contribución sustancial al gobierno de Roma en el ejército, las finanzas y la Administración, y complementaban el papel de los senadores, algunas veces desempeñando puestos de altura como la prefectura de Egipto (con sus dos legiones) y el mando de la guardia personal del emperador. Los libertos (antiguos esclavos) también desempeñaban un papel importante, ya que, por ejemplo, trabajaban para personal superior, como secretarios o asistentes personales. Sin embargo, el emperador también necesitaba secretarios para su correspondencia, sus peticiones y sus cuentas, y, dado que estos trabajos parecían demasiado serviles y por debajo de la dignidad de un senador o de un *eques*, acababan haciéndolos los libertos; pero

un buen secretario es con frecuencia un confidente útil y una fuente de consejo, y Claudio hizo un uso inteligente de sus secretarios libertos. Narciso (que se encargaba de la correspondencia) y Palas (que lo hacía de las finanzas), sin embargo, eran detestados por los senadores, porque parecían haberse excedido en su papel al llegar incluso a aconsejar al emperador sobre la sucesión y recibir honores que el Senado consideraba excesivos. En consecuencia, los puestos de secretaría adquirieron una mayor importancia y estatus, de ahí que, gradualmente, los *equites* empezaran a coparlos.

La Administración de las provincias estaba en manos del mismo grupúsculo de senadores y *equites*. Había dos líneas de responsabilidad: el emperador y el Senado. El emperador seguía estando a cargo de las provincias más importantes militarmente, es decir, en las que había legiones. Las más importantes eran gobernadas por *legati Augusti*, nombrados directamente por el emperador y apoyados por legados legionarios y tribunos militares, así como por un pequeño equipo personal. Las provincias más pequeñas eran gobernadas por hombres de rango pretoriano y pudieron haber tenido sólo una legión o estar sin acuartelamientos (como Lusitania). Todos estuvieron en sus cargos durante unos tres años, pero no había un periodo fijo de titularidad. Julio Agrícola, el suegro de Tácito, gobernó Britania desde el año 77 hasta 84 d. C. Puesto que los asuntos financieros estaban en manos de los procuradores ecuestres, esto significaba que había una separación efectiva del poder entre la Administración y el dinero. Con el tiempo, se desarrolló una jerarquía de procuradurías ecuestres, con una gama de salarios de entre 60 000 y 200 000 sestercios. El Senado nombraba procónsules por sorteo para prestar servicio durante un año; algunos tenían rango pretoriano, como el procónsul de Sicilia, otros tenían rango consular, y el proconsulado de Asia era considerado una perita en dulce, que nor-

malmente se desempeñaba tarde o al final de una carrera senatorial. Los procónsules recibían el apoyo de los *quaestors* para tratar los asuntos financieros, un pequeño equipo personal y unos pocos soldados que actuaban como mensajeros y guardaespaldas. Por supuesto, las decisiones imperiales se aplicaban por igual a todas las provincias.

El gobernador romano del periodo imperial era, de alguna manera, un rey en su provincia, más o menos como en la República; tenía el control absoluto de la Administración, su jurisdicción era suprema y actuaba como comandante de las tropas en la provincia. Por supuesto, recibía instrucciones (*mandata*) del emperador, y debía encargarse de áreas generales y específicas de interés, pero una vez en su provincia, en gran medida, estaría actuando por iniciativa propia. En provincias grandes, urbanizadas, como Siria o Asia, el gobernador pasaba mucho tiempo tratando con gobiernos municipales y comunidades griegas prepotentes; un gobernador concienzudo habría tenido que dedicar también mucho esfuerzo al circuito judicial (*conventus*), puesto que debía viajar por la provincia, de ciudad en ciudad, atendiendo quejas y escuchando casos. Y aún más, los gobernadores tenían que cooperar con el consejo provincial (*koinon*) que representaba a todas las comunidades. De este organismo formaban parte los representantes de todas las principales ciudades de la provincia y se encargaba de discutir asuntos de interés común. Había una considerable uniformidad en la estructura de los gobiernos provinciales romanos y sólo en Egipto encontramos diferencias sustanciales, en gran parte porque los romanos asimilaron el sistema altamente burocratizado de los anteriores gobernantes, los Ptolomeo, puesto que tenían la política de adaptarse en lugar de cambiar las grandes estructuras. En este caso, todo el país se dividía en tres zonas, cada una bajo el control de un *epistrategos* (funcionario administrativo superior); estas zonas se subdividían en

nomes (zonas administrativas regionales) y cada una estaba bajo el control de un *strategos* (funcionario del gobierno local); de la detallada Administración de los *nomes* se encargaban los funcionarios locales, y en Egipto las ciudades grandes (que sólo eran cuatro) no eran importantes administrativamente. El *diocetes* (interventor financiero) supervisaba todas las operaciones financieras regulares, mientras que el *idiologos* (custodio de la cuenta privada) administraba la cuenta especial relativa a multas y exacciones irregulares.

Parte del trabajo de un gobernador provincial era mediar entre las comunidades de su provincia y el emperador; y hacer cumplir los deseos del emperador. Podemos verlo en una inscripción del periodo del mandato de Claudio:

> «Paulo Fabio Pérsico… procónsul de Asia, proclamó, por voluntad del propio Tiberio Claudio César Augustus Germánico, un edicto beneficioso para la ciudad de Éfeso y toda la provincia, que publicó en Éfeso y mandó inscribir en una columna antes del 28 de marzo:
>
> »Aunque es ya es mi propia visión, por encima de cualquier otra cosa, los magistrados al mando de la provincia deben cumplir con su cargo con toda la constancia y buena fe, de manera que todos los individuos salgan beneficiados a largo plazo, así como toda la provincia y toda la ciudad…» (Braund, 1985, n.º 586).

Pérsico prosigue con el asunto de la venta corrupta de sacerdocios públicos y otras prácticas insatisfactorias relativas al famoso templo de Artemis.

El proceso era de doble sentido y las ciudades hacían saber sus impresiones al emperador, normalmente enviando una embajada, que era de hecho parte de un proceso diplomático por medio del cual se expresaba la devoción leal de una ciudad y suponía una oportunidad para recibir atención y, quizá, favores. Este tipo de proceso se encuentra claramente en la crónica de una embajada enviada a Roma por Assos, en la Tróade, en Asia, para presentar sus buenos deseos ante el emperador, Cayo (Calígula); el lenguaje florido y la adulación se

combinan con el interés propio:

> «Desde que Gayo Caesar Germánico Augusto, la respuesta a las plegarias de toda la humanidad, se proclamó al mando, la alegría del mundo no conoce límites, y toda ciudad y toda provincia se han apresurado a clavar su mirada en el dios, puesto que la más feliz de las edades está amaneciendo para los hombres: el consejo y los romanos que hacen negocios con nosotros votaron que el pueblo de Assos enviara una embajada de los más destacados y mejores hombres romanos y griegos para saludarlo y felicitarlo, y para recordarle que cuide de la ciudad…» (traducido por Millar, 1977, p. 412).

Encontramos exactamente el tipo de respuesta que una ciudad querría en otra inscripción, se trata de un mensaje de Gordiano III del siglo III d. C. a la población de Afrodisias:

> «Ha sido muy apropiada, ciudadanos de Afrodisias, por la antigüedad de vuestra ciudad, por la buena voluntad y amistad que habéis demostrado con los romanos, la buena disposición hacia mi reinado que habéis demostrado en el legado que me habéis dirigido. A cambio del cual, y en respuesta a vuestra leal disposición, mantendré con seguridad el disfrute de todos vuestros derechos existentes que se han preservado hasta el momento de mi reinado» (Reynolds, *Aphrodisias and Rome*, 1982, n.º 20).

Los gobernadores concienzudos podían facilitar este proceso y ayudar a una comunidad a hacer que el emperador se interesase en proyectos locales. Hay pruebas claras en la correspondencia entre Plinio el Joven y Trajano. En 111 d. C., Plinio había sido enviado, bajo un nombramiento especial, como representante de Trajano en la provincia de Bitinia y el Ponto con la tarea de poner en orden una Administración defectuosa y unas cuentas deshonestas a nivel local, lo cual había causado la bancarrota en varias comunidades y desórdenes políticos; el Gobierno central no estaba libre de culpa, ya que dos gobernadores previos habían sido acusados de corrupción por parte de la provincia. En un intercambio característico, Plinio informó al emperador de que los baños públicos en Prusa estaban viejos y desvencijados y de que el pueblo estaba dispuesto a construir unos nuevos, por lo que tenía confianza en que se pudiese obtener el dinero:

> «…es algo que en cualquier caso reclama la importancia de la ciudad y el es-

plendor de tu reinado».

Trajano respondió:

«Si la construcción de unos nuevos baños no va gravar los recursos de los prusienses, podemos atender su petición, con tal de que por este motivo no se les abrume con nuevos impuestos o tengan menos recursos para atender en el futuro los gastos necesarios.» (*Cartas* 10.23-24).

La pequeña provisión burocrática para los gobernadores romanos significaba que confiaban en las élites locales en las ciudades, que eran responsables de dirigir su territorio. Los ricos confiaban en Roma para que los ayudara a mantener su privilegiada posición y, a cambio, trabajaban para Roma, organizando, por ejemplo, la recaudación de impuestos y llevando a cabo importantes servicios locales para su comunidad. En contraste con este ambiente, las ciudades de las provincias competían vigorosamente con comunidades rivales por el honor y el estatus; por ejemplo, había un orden estricto de precedencia por el que, al llegar a la provincia, se esperaba al procónsul de Asia a su llegada a Éfeso, por su posición imperante; era de incumbencia para el nuevo gobernador escuchar con buen talante interminables discursos de bienvenida y debía ser cuidadoso para no aceptar demasiados regalos o para no parecer carente de gratitud e indiferente al rechazarlos. La rivalidad entre ciudades y el ejemplo de los favores del emperador produjeron un incentivo para entes privados, que invertían dinero en sus comunidades para construir edificios y otras instalaciones.

La Administración de las provincias dependía en buena parte del consentimiento de los gobernados, ya que los gobernadores sólo tenían un pequeño número de asistentes y guardias, y en muchas provincias no había tropas romanas asentadas; los recursos de los que disponían las comunidades locales para imponer la ley y el orden eran limitados. El Gobierno romano ciertamente tenía un concepto de buen gobierno, in-

cluso aunque Tiberio se refiriera a sus súbditos como ovejas. Forzar un patrón de conducta aceptable era otro asunto. Los gobernadores estaban, en teoría, estrictamente controlados por la legislación introducida por Augusto en el año 4 a. C., y él y su sucesor basaron en esas leyes sus instrucciones a los gobernadores. El gobernador de Galacia, Sexto Sotidio Estrabón Libuscidiano, lo refleja en sus palabras:

> «Lo más injusto de todo para mí es estar presionado por mi propio edicto que los emperadores, uno de los mayores dioses (Augusto) y el otro emperador con más gloria (Tiberio), se tomaron la mayor preocupación por evitar, en concreto que nadie debería usar carros sin pagar» (S. Mitchell, *Journal of Roman Studies* 66, 1976, 107).

Se establecían estrictos procedimientos para presentar cargos contra gobernadores corruptos, pero la responsabilidad de dar a conocer sus quejas seguía recayendo en las comunidades de las provincias, cosa que podía resultar un asunto potencialmente caro y descorazonador para un pueblo pequeño o para un individuo, aunque una gran ciudad o el *koinon* provincial tenían más facilidades. El problema real residía en el comportamiento de los agentes gubernamentales, particularmente los soldados, que eran difíciles de controlar a pesar de repetidas intervenciones del Gobierno. Contamos con el ejemplo de Domiciano, que daba instrucciones a Claudio Atenodoro, su procurador en Siria, para que evitara la incautación de bestias de carga sin autoridad, y recalcaba que las provincias «con dificultades tienen lo justo para cubrir las necesidades vitales»; el emperador añade una nota dirigida al mismo procurador para que siguiese las reglas correctas (Sherk, 1988, n.º 95). A pesar de la intervención imperial, los abusos y la corrupción continuaban, como muestra un edicto del prefecto de Egipto, del siglo II d. C.:

> «Marco Petronio Mamertino, prefecto de Egipto, declara: Me han informado de que muchos de los soldados, cuando viajan por el país sin permiso, requisan barcos, animales e incluso abusan de personas más allá de lo que es correcto, y en algunas ocasiones llegan a apropiarse de ellas por la fuerza, y en otras,

las consiguen gracias a los *strategoi* [los oficiales del Gobierno local], pidiéndoles un favor o una deferencia. Debido a que las personas privadas están sujetas a la arrogancia y al abuso, el ejército tiene que ser censurado por su avaricia e injusticia» (AD 133-7; Campbell, 1994, n.º 293).

La batalla del Gobierno por reforzar su voluntad con frecuencia fracasaba y la mayoría de los numerosos habitantes de las provincias, especialmente aquellos que vivían cerca de calzadas principales o campamentos militares, a menudo se sentirían extremadamente desafortunados. Los aldeanos de Scaptopara, en Tracia, sufrían porque su comunidad no sólo tenía primaveras cálidas y estaba cerca del lugar de un famoso festival, sino que también estaba situada entre dos campamentos militares. Se quejaron ante el emperador de que los soldados habían ignorado repetidamente las instrucciones del gobernador de Tracia de que se los dejara tranquilos, y que habían abandonado sus itinerarios correctos para venir y exigir hospitalidad, por la que no pagaban nada: «Nosotros dejamos claro que no podíamos seguir soportándolo, y que planeábamos dejar nuestros hogares ancestrales debido a la violencia de aquellos que caen sobre nosotros…» (Campbell, 1994, n.º 301). Los aldeanos trasladaron sus quejas a la atención del emperador porque un lugareño prestaba servicio en la guardia pretoriana y presumiblemente fue capaz de utilizar su posición para presentar la petición.

El persistente desgobierno fue ciertamente un factor en las revueltas de Roma y el continuo bandidaje. Incluso en Italia, bajo Septimio Severo, a pesar de la presencia de la guardia pretoriana, el notorio y romántico bandolero Bulla campaba a sus anchas, antes de ser traicionado por su amante. Un buen indicio de la sensibilidad entre aquellos que pueden ser vistos como forasteros, que no se habían acomodado al Gobierno romano, es la aparición de una forma subversiva de literatura que predecía un vuelco de la suerte y la caída de Roma. El Apocalipsis es una muestra muy dramática, y pertenece a un

género de literatura apocalíptica judía y cristiana que tenía por objetivo revelar la verdad del propósito de Dios, en parte a través de la profecía. El autor imagina el derrocamiento del poder político y económico dominante de Roma (Babilonia). Durante el vuelco del orden mundial existente, siete ángeles aparecen con siete plagas:

> «El tercer ángel vertió su cuenco sobre ríos y manantiales, y los convirtió en sangre». El sexto ángel hizo que el «gran río Éufrates» se secara y, finalmente, el libro predijo un terremoto que haría que Babilonia se desplomara, con la desaparición de islas y montañas (16.4; 12; 1720).

Ciertamente, esta visión de la revocación del orden normal enfatiza vívidamente el fin del apacible e incontestado control de Roma sobre su imperio y su ambiente natural.

El problema de la Administración política nos lleva de vuelta a Roma. ¿Cómo se formulaba la política y cómo se identificaban y solucionaban los problemas? En ese contexto social, un mundillo de clase alta conformaba un estrecho círculo de consejeros para el emperador. Él no podía dominar todos los campos de gobierno y, de acuerdo con la tradición romana, recurría a amigos (es decir, hombres en quienes confiaba) para que le aconsejaran; se reunían en su consejo (*consilium principis*) cuando y si lo deseaba; se componía de senadores e importantes *equites*, pero no tenía una lista establecida de miembros. El emperador no estaba obligado a seguir su consejo y también podía preguntar a cualquiera que quisiese. Con el tiempo, sin embargo, el consejo llegó a tener una afiliación más fija, con la asistencia regular de, por ejemplo, los prefectos del pretorio y los secretarios del emperador. Se llamaba a expertos legales cuando así se requería, porque el consejo también oía casos legales y peticiones; después de que los litigantes se retirasen, los miembros del consejo daban su opinión por orden de preferencia.

Potencialmente, los asuntos legales podían ocupar buena

parte del tiempo del emperador, si tenía la voluntad o la inclinación de tratarlos. Continuando desde la interferencia de Augusto en el sistema judicial, el emperador podía actuar como tribunal en primera instancia en casos criminales y civiles. Aquí operaba codo con codo con el tribunal normal y el proceso de jurisdicción. Cualquier ciudadano romano podía acercarse al emperador (algo que ocurría con frecuencia), ya fuera por medio de una petición sobre un punto de la ley o ejerciendo su derecho como ciudadano romano (como san Pablo), para apelar contra un juicio por un magistrado sobre una pena capital. En respuesta a las peticiones, se adjuntaba al final una respuesta (rescripto) de parte del emperador, aunque sus consejeros legales debían elaborar la mayoría; al final los rescriptos se convirtieron en una parte importante del sistema legal. El emperador escuchaba casos legales en persona o con su *consilium* o se los pasaba a otro funcionario, como el prefecto del pretorio. La jurisdicción imperial era, en cierto sentido, un deber y, con frecuencia, una tarea rutinaria. Plinio el Joven describe cómo actuó como asesor legal cuando Trajano auspició una sesión judicial en Cemtumcellae (Civitavecchia), al norte de Roma, para tratar algunos casos, incluidos cargos contra un influyente ciudadano de Éfeso, una acusación a la mujer de un tribuno militar por haber cometido adulterio con un centurión y una investigación sobre cláusulas presuntamente falsificadas en un testamento (*Cartas*, 6.31).

Puesto que no había jerarquía administrativa en Roma, muchos funcionarios informaban directamente al emperador. Al mismo tiempo el gobierno se volvía cada vez más complejo, mientras el imperio se expandía y más gente adquiría la ciudadanía romana. Los romanos tendían a hallar soluciones *ad hoc* para estos problemas de gestión, y gradualmente se incorporaban más funcionarios al sistema, que asumían responsabilidades que iban más allá de las que su cargo les imponía. El desarrollo de la carrera del prefecto de la guardia pretoriana ofrece un vívido retrato de los engranajes internos del gobierno. Comenzó su vida en el año 2 a. C. como mero comandante escolta adjunto, bajo las órdenes de Augusto, pero cuando Constantino abolió la guardia en 312 d. C., el puesto de prefecto siguió existiendo porque por entonces la prefectura se había convertido en un puesto indispensable del Estado. El papel y el funcionamiento de la prefectura del pretorio en asuntos administrativos y militares, así como en materia de jurisdicción, son una excelente guía del pensamiento romano sobre procedimientos administrativos. Augusto, que reconocía el potencial del cargo, nombró primero dos prefectos, ambos hombres de rango ecuestre. El prefecto estaba próximo al emperador, lo acompañaba a todas partes y era el único hombre al que se le permitía llevar una espada en su presencia. Trajano dijo a un prefecto que utilizara su espada por él, si gobernaba bien, y contra él, si gobernaba mal. Era natural que el prefecto se ganara la confianza de su emperador, porque era responsable de la única fuerza militar en el centro del poder. Por tanto, los emperadores tendían a escoger a hombres a los que creían dignos de confianza, competentes, y solían mantenerlos totalmente informados. Finalmente, se creaba una relación personal entre el prefecto y el emperador y, en

consecuencia, los prefectos se convertían en figuras cruciales porque era de sobra conocido que el emperador los escuchaba. Numerosos prefectos se hicieron mucho más importantes a título individual de lo que el contexto legal de su cargo permitía estrictamente, gracias a su relación con el emperador. El ejemplo de Sejano, durante el mandato de Tiberio, demuestra que la explotación del cargo empezó pronto. No sólo era él el único prefecto (y en el futuro habría numerosas excepciones a la práctica de tener dos prefectos), sino que también persuadió a Tiberio para que concentrara todas las cohortes de los pretorianos en barracones permanentes en Roma (previamente había tres en Roma y seis en ciudades italianas vecinas); todo ello hacía más eficiente el mando, pero la consecuencia directa era que el prefecto, que estaba en el centro del poder, tenía una cantidad formidable de tropas bajo sus órdenes.

Cuando el emperador miraba buscaba a gente en quien pudiese delegar responsabilidades; el prefecto del pretorio era una elección natural, porque estaba íntimamente asociado y acostumbrado al negocio imperial. Así que, mientras la influencia y el papel del prefecto aumentaban, también lo hacían su prestigio y su estatus, como muestra el símbolo externo. Y lo que es más importante, después del año 69 d. C. la prefectura del pretorio era el puesto máximo para un *eques*, incluso más importante que la prefectura de Egipto. El prefecto recibía ciertas condecoraciones distintivas, en particular el título de «hombre más eminente» (*vir eminentissimus*), una generación antes que otros *equites*, y al retirarse se convertía en senador, normalmente desempeñando el consulado inmediatamente.

Hacia finales del siglo I d. C., el papel y los deberes del prefecto se correspondían cada vez más con sus honores y prominencia. Pendía amenazadoramente sobre la Administración imperial, y lo encontramos formalmente presente en

reuniones del consejo consultivo del emperador. En las campañas militares imperiales, normalmente un prefecto acompañaba al emperador y de nuevo acudía a él en busca de consejo. Sin embargo, de vez en cuando, a los prefectos se les daba el mando de grandes cantidades de tropas, lo que sobrepasaba sus responsabilidades pretorianas; así, por ejemplo, en el año 178, Paterno, prefecto de Marco Aurelio, se hizo con el mando de un ejército. Durante un tiempo, probablemente en una emergencia, Marcio Turba, el prefecto de Adriano, prestó servicio como gobernador de Dacia. En muchos casos, los prefectos habrán tenido una experiencia militar superior a la de los consejeros senatoriales del emperador.

Asimismo, el prefecto podía llegar a tener una jurisdicción única. Esta práctica empezaría con casos menores en los cuales las tropas del prefecto habían arrestado a alguien en Italia. Otros deberes de rutina implicaban la supervisión de ejecuciones y torturas, y la recepción de prisioneros enviados a Roma, como san Pablo: «Y cuando llegamos a Roma, el centurión entregó a los prisioneros al capitán de la guardia; pero a Pablo se le permitió quedarse con un soldado que lo custodiaba» (*Actas* 28.16). Sin embargo, al final la jurisdicción del prefecto se extendió a casos que no incumbían sólo a los arrestos que hacían sus tropas, porque el emperador, que con frecuencia estaba demasiado ocupado, le pasaba un caso al funcionario oportuno más cercano. Esta jurisdicción, por tanto, parecía otorgarse de forma aleatoria, aunque hay claros signos del papel del prefecto. Adriano contestó a un demandante que protestaba por préstamos monetarios injustos: «Mi prefecto lo juzgará y me informará». Su prefecto, Marcio Turba, auspiciaba sesiones judiciales regulares en Roma, incluso hasta altas horas de la noche, y contestó, como todo el mundo sabe, a la advertencia del emperador de que cuidara su salud: «¡Un prefecto debería morir en pie!». Durante el mandato de Marco

Aurelio, encontramos a sus prefectos juzgando un litigio entre las comunidades locales cerca de Sepinum, en Italia, y los arrendatarios de una hacienda imperial de ovejas, que afirmaban que los habían maltratado: «Os advertimos que no se puede abusar de los custodios de los rebaños de ovejas porque puede causarse un serio daño al tesoro, en caso de que eso ocurriera habría que investigar el asunto y castigar el acto» (Lewis and Reinhold, 1990, vol. II, p. 100). A finales del siglo II d. C., existía una clara línea que separaba la jurisdicción del prefecto de la ciudad y la de los prefectos del pretorio, que era válida más allá del centésimo mojón de Roma. Apenas sorprende, por tanto, que a principios del siglo III d. C. encontremos a destacados juristas, como Papiniano y Ulpiano, desempeñando el cargo de prefecto del pretorio, lo que resalta el cambio en su papel.

El prefecto del pretorio era ahora un funcionario administrativo superior, involucrado íntima e indispensablemente en muchos aspectos del gobierno. El relato del desarrollo del cargo muestra cómo el Gobierno de Roma carecía de una estructura administrativa claramente definida, era extremadamente flexible y tenía voluntad de adoptar nuevas formas y emplear a diferentes personas. Todo ello conllevaba que se hubiera de delegar poder y que el Gobierno emergente tendiera a no ser especializado ni aleatorio, ya que iba actuando sobre la marcha y sin plan de gestión alguno, buscando soluciones *ad hoc* para los problemas particulares e inmediatos. En muchos sentidos, por tanto, nunca llegó a ser totalmente burocrático.

Desde el año 167 a. C., los ciudadanos romanos en Italia vivían felizmente libres de impuestos directos. Por tanto, supondría un impacto desagradable que Augusto impusiera nuevos impuestos para apoyar el tesoro militar entre los años 6 y 7 d. C. Incluso así, el impuesto del 5 por 100 sobre las herencias (excluyendo aquellas de familiares cercanos) y del 1 por 100 sobre las ventas en subastas no eran excesivos. En las provincias, los impuestos directos consistían en un impuesto sobre la tierra (*tributum soli*) y en un impuesto por cabeza (*tributum capitis*), que todo el mundo, incluidos los ciudadanos romanos, pagaba, exceptuando a los ciudadanos de las colonias con derechos especiales y a los de otras ciudades a quienes se les había garantizado la inmunidad. El impuesto sobre las tierras podía ser una suma fija o un diezmo, que se pagaba en especie. El impuesto por cabeza está pobremente documentado, aunque sabemos que en Siria a los habitantes varones se los consideraba responsables desde los catorce años, y a las mujeres, desde los doce hasta los sesenta y cinco. En el caso del impuesto sobre las tierras, pagado en especie, el sistema de la República continuó durante un tiempo y el acto de recaudación se encargaba a empresas especializadas (*societates*) en Roma. Al final el peso recayó sobre las ciudades, de manera que cada una era responsable de su territorio y de su propia recaudación de impuestos; para ello se necesitaba actualizar el censo regularmente, para establecer el tamaño de la población y los recursos disponibles, y los magistrados locales tenían que asegurar la recaudación del impuesto. Trataban con el procurador imperial (o el *quaestor*), que supervisaba todo el proceso.

El Gobierno romano también creó una gama de imaginativos impuestos indirectos. Entre los más lucrativos había un impuesto sobre el movimiento de bienes, básicamente dentro

del imperio (*portorium*). El impuesto era un porcentaje (normalmente entre el 2 y el 5 por 100) del valor de los bienes transportados a través de fronteras de las circunscripciones en las que se dividía el imperio. Las circunscripciones podían coincidir con los límites de las provincias, pero no siempre; por ejemplo, toda Hispania (en la que había tres provincias) constituía una circunscripción. Había muchos puestos de recaudación de impuestos (*stationes*) esparcidos por todo el imperio y el *portorium* inicialmente se recaudaba mediante intermediarios privados; las compañías debían hacer una oferta por el contrato en ciertas áreas y pagar al imperio una suma por adelantado. Las inspecciones de los recaudadores con frecuencia podían ser invasivas: «Los oficiales de aduanas… buscaban bienes ocultos, registraban el equipaje y mercancías que no eran propiedades suyas». (Plutarco, *Sobre la Curiosidad* 7). Gradualmente, el Gobierno asumió más control sobre el proceso y, a finales del siglo II d. C., los procuradores recaudaban los impuestos directamente. También se recaudaban impuestos sobre los bienes que entraban o salían del imperio. En la frontera oriental, la tarifa de un 25 por 100 era inusualmente alta, probablemente porque los romanos tenían la esperanza de detener la sangría de lingotes de oro, que se exportaban para pagar las importaciones de lujo desde India y Arabia.

Otros impuestos muestran la gama de estrategias que se usaban para obtener dinero; en Quersoneso, Crimea, había un impuesto que gravaba la prostitución, y la ciudad de Afrodisias consiguió obtener de Adriano una exención del impuesto sobre los clavos:

> «Tras haber pedido mediante una embajada la exención de impuestos sobre el hierro y los clavos, aunque el asunto es discutible, pues es la primera vez que se ha intentado recaudarlo, como sé que la ciudad se ha ganado el honor y ha sido apartada de la provincia, la eximo del impuesto, y he escrito al procurador Claudio Agripino, para informar al hombre que recauda los impuestos en Asia de la dispensa de vuestra ciudad» (Reynolds, *Aphrodisias and Rome*, 1982,

n.º 15).

El Gobierno tenía a su disposición otras fuentes significativas de ingresos, como la producción procedente de minas estatales y de alquiler de tierras estatales arrendadas; también exigía suministros y alojamiento para funcionarios y soldados que estuvieran en tránsito por el imperio, y transportar animales y mantenimiento para el cargo público (*vehiculatio*). Incluso aunque esto se administrara correctamente, era molesto para comunidades próximas a calzadas principales. Se podía exigir a los habitantes que participaran en obras públicas esenciales, por ejemplo las reparaciones de diques en Egipto. Las exigencias irregulares podían ser muy dañinas, especialmente en caso de funcionarios corruptos. Cada vez más, en estas ciudades, el sistema se mantenía en funcionamiento gracias a particulares que llevaban a cabo una serie de servicios en sus comunidades, asumían puestos, se hacían cargo de los costes y con frecuencia incluso subvencionaban instalaciones locales. El Estado también imponía servicios públicos obligatorios (liturgias), que podían ser muy exigentes, especialmente la responsabilidad de asegurarse de que los impuestos se recaudasen. En Egipto, esta práctica resultaría particularmente tiránica.

El periodo imperial trajo consigo un enorme aumento de los ingresos públicos, sobre todo cuando Augusto anexionó Egipto al imperio. A principios del siglo I d. C., los beneficios estatales anuales pueden haber alcanzado los mil millones de sestercios (y que sin duda habrían aumentado con firmeza desde entonces), aunque también se tenía que hacer frente a importantes cargas financieras para preservar las infraestructuras, particularmente el mantenimiento del elaborado sistema de calzadas y los numerosos acueductos y baños, tan esenciales para el modo de vida romano; la construcción de edificios públicos, que coincidía con la grandeza del ideal imperial,

aunque algunos fueron construidos a partir de los vestigios de guerra (como el Coliseo tras la guerra contra los judíos, 66-70); la distribución de maíz y regalos entre el pueblo romano; y la puesta en escena de juegos y espectáculos. La estabilidad política, hasta cierto punto, dependía del mantenimiento de un gran ejército dispuesto a actuar. En tiempos de Domiciano, el coste anual de esta gran fuerza militar habría llegado a unos 600 millones de sestercios, sin contar los donativos especiales.

El emperador y sus consejeros, y no el Senado ni la Asamblea del pueblo, supervisaban la gestión de estos fondos. No obstante, se mantenían algunos aspectos tradicionales y las reservas estatales de efectivo se almacenaban en la tesorería de Saturno (*aerarium Saturni*), que originalmente era administrada por dos *quaestors*, que a partir del año 56 d. C. fueron sustituidos por dos prefectos de rango pretoriano, cargo que una vez desempeñó Plinio el Joven. El tesoro militar (*aerarium militare*) originalmente se ocupaba de los pagos de los licenciamientos de los soldados y lo administraban tres prefectos de rango pretoriano. El nombramiento de prefectos en ambas tesorerías lo controlaría el emperador. En muchos casos, los ingresos de los impuestos no se habrían encontrado físicamente en Roma, sino que se habrían guardado en cada provincia para poder afrontar gastos locales. Las cuentas públicas se publicaban y un secretario financiero (*a rationibus*), responsable directamente ante el emperador, llevaba a cabo los informes. La importancia de este puesto era tal que con frecuencia lo desempeñaban hombres de estatus ecuestre.

La propia figura del emperador tenía una importancia financiera importante, pues contaba con una vasta riqueza personal construida a partir de herencias, regalos y confiscaciones. Grandes propiedades imperiales, como el *saltus Burunitanus* en África, eran gestionadas por un procurador y arrenda-

das a granjeros, que tenían que pagar una proporción de sus cosechas y también garantizar un número fijo de días de trabajo en la propiedad. En el caso de la hacienda imperial de ovejas cerca de Sepinum, el secretario financiero estaba preocupado por la posibilidad de que el tesoro sufriera alguna pérdida de ingresos. En algún momento del siglo I d. C., se creó un tesoro imperial especial conocido como *fiscus* (cuyo significado original era caja fuerte). La relación del *fiscus* con el tesoro del Estado es más bien oscura, porque el *fiscus* representaba tanto la fortuna personal del emperador, sin importar el modo en el que la hubiese obtenido, como, más generalmente, el sistema de gestión financiera bajo su control. La riqueza imperial era tan grande que resultaba difícil distinguirla de los recursos estatales y, gradualmente, los emperadores llegaron a ejercer un mayor control sobre los fondos del Estado, que virtualmente mezclaban con dinero almacenado en el *fiscus*; esta institución, por tanto, pasó a ser un tesoro imperial independiente. Algunas de las propiedades del emperador serían legadas a sus sucesores (no necesariamente herederos de su familia) y almacenadas en el *fiscus*.

El acuñado básico del periodo imperial consistía en el *aurei* de oro y en el *denarii* de plata, y la proporción era de 25 *denarii* por cada *aureus*. Se preparaban fracciones de estos para monedas de cobre, en particular el *as* y el *sestertius* (4 *sestertii* =1 *denarius*). Desde mediados del siglo I d. C., la acuñación de monedas de oro y plata tendía a concentrarse en Roma. Sin embargo, especialmente en las ciudades griegas de la parte oriental del imperio, continuaba algún tipo de acuñado local. El contenido de plata del *denarius* declinó lentamente y el emperador Caracalla emitió una moneda que pesaba alrededor de un *denarii* y medio, aunque con el valor nominal de dos. Esta moneda (convencionalmente descrita por los investigadores como el *antoninianus*) al final reemplazó al *denarius*,

y como la estabilidad política declinó a mediados del siglo III d. C. y los emperadores eran incapaces de hacer cumplir la autoridad central o proteger los territorios del imperio de invasiones, destrucciones o alteraciones, se hizo más difícil recaudar impuestos y aumentar los ingresos; en consecuencia, la acuñación se devaluó. Ya en la década de 260 el contenido de metal precioso de monedas de plata era inferior al 5 por 100. En general, el sistema monetario romano operaba con unos márgenes muy estrechos; en tiempos normales un 80 por 100 del presupuesto imperial se cubría con ingresos procedentes de impuestos, mientras el déficit se compensaba con monedas hechas de metal recientemente extraído de las minas.

Los escritores antiguos raramente se interesaban por los detalles económicos, y la cantidad de datos de los que se dispone para el análisis de la economía romana es inadecuada en términos cuantitativos y cualitativos. La evidencia arqueológica, aunque valiosa, está sujeta a la parcialidad resultante del hecho de que algunas áreas han sido más estudiadas que otras y algunos artefactos tienen una mayor posibilidad de supervivencia. Recientes enfoques han situado la evidencia antigua dentro de un marco de análisis teórico. Una, la teoría «primitivista», afirma que la economía antigua era demasiado primitiva para ser examinada en términos de estructuras o prácticas económicas modernas, y que la sociedad estaba organizada en segmentos independientes, ampliamente autosuficientes. Los gobiernos no tenían políticas económicas, las clases altas eran hostiles al comercio y a la manufactura; la conciencia de posición social y de clase dominaba la mentalidad antigua y, en consecuencia, las relaciones económicas del mundo romano. Según esta visión, el alto nivel de urbanización en el Imperio romano no es necesariamente una indicación de desarrollo económico.

Algunos investigadores han seguido una aproximación más

moderna, y han argumentado que el comercio y el mercadeo no estaban fuera de la ideología de las clases altas y de las principales estructuras sociales y políticas del Estado romano. Había centros de producción y elaboración, tanto de objetos de lujo para transporte a larga distancia como también de material de baja estofa, como ropa o cerámica. Aunque la economía romana no era moderna, tampoco era tosca o necesariamente a pequeña escala. El comercio era un factor importante y de ello encontramos evidencias en las inscripciones que demuestran la prevalencia del comercio y la manufactura, en la investigación submarina de naufragios, en los estudios de casos, por ejemplo, del comercio del vino o del procesado de pescado y de las reservas de monedas. El volumen y el valor del comercio en el mundo antiguo siguen siendo cuestiones significativas, como también la importancia de un creciente excedente de la agricultura que podía comercializarse, y el aumento en la producción de objetos manufacturados. Los impuestos romanos obligaron a los granjeros a producir un excedente mayor, y puesto que los impuestos se gastaban con frecuencia en áreas diferentes de aquellas para las que se recaudaban, el comercio a larga distancia se estimulaba. Las ciudades desempeñaron un papel importante, pues se convirtieron en centros en los que los artesanos locales producían bienes que se vendían por un valor mayor en mercados lejanos. Es más, el volumen de dinero acuñado aumentó, lo cual sugería que creció el comercio en el que se usaba el dinero como medio de intercambio.

También se ha sugerido la posibilidad de una economía integrada, basada en el intercambio a larga distancia de bienes, apoyada por la dominación imperial romana, la desigual distribución de recursos y la necesidad de suministros del ejército. Por ejemplo, a finales del siglo II d. C., el ejército habría necesitado enormes cantidades de trigo y animales cada año.

Muchos campamentos militares necesitarían bienes como vino o aceite de oliva que tenían que llegar por medio del comercio a larga distancia. Las grandes ciudades y la economía de mercado eran también importantes para el comercio. Había, probablemente, cierto grado de integración económica en un área bastante amplia, en un sentido limitado, y una demanda urbana suficiente como para mantener la producción y distribución de una amplia gama de productos en cantidades económicamente significativas. Sin embargo, ningún emperador tuvo una política económica como tal y, por tanto, ninguna podría haber tenido un impacto demasiado directo sobre el desarrollo económico.

Cuando Septimio Severo partió desde la Alta Panonia, en el río Danubio, en el año 193 d. C., fue la primera vez en 124 años que un comandante del ejército marchaba sobre Roma y conseguía hacerse con su control. Este acontecimiento traumático condicionó muchos de los sucesos posteriores, puesto que el nuevo mandatario tenía que asegurarse de no ser derrocado de manera similar. Arrojó nueva luz sobre el papel del ejército en la política, que Augusto (que también se apoyaba en el ejército) había sido capaz de encubrir hasta cierto punto. Severo confiaba abiertamente en el ejército hasta el punto de garantizarle un aumento de salario, permitir a los soldados casarse legalmente y disolver la guardia pretoriana italiana, que reemplazó por soldados de las legiones del Danubio, los primeros que lo habían apoyado. La poco fiable y corrupta guardia probablemente merecía este destino, pero los historiadores contemporáneos Dion y Herodiano (un griego de Siria) alegaron que Severo corrompió la disciplina militar, aunque esto quizá haya sido exagerado. El ejército luchó en duras campañas entre los años 193 y 211 y de alguna manera estableció un clima militarista para su mandato. En su lecho de muerte, Severo aconsejó a sus hijos: «Manteneos justos, dad a los soldados mucho dinero, y al infierno con lo demás».

En otros aspectos de su administración, Severo trató de mantener prácticas tradicionales, llevando a cabo de forma diligente sus responsabilidades en la jurisdicción legal. Sin embargo, su relación con el Senado era desigual; aunque trató de ser conciliador, también llevó a cabo ejecuciones y confiscaciones. Particularmente vergonzante fue el asesinato de Julio Solón, el senador que había ayudado a formular el decreto en el que Severo prometía no ejecutar a senadores (Dion, 75.2.2.). Puede que descubriera que era difícil confiar en algu-

nos de ellos, y de hecho el papel del Senado y de los senadores fue puesto en cuestión, ya que algunos *equites*, sin llamar la atención, consiguieron puestos normalmente ocupados por senadores. Asumieron, por ejemplo, el mando de la legión que Severo estableció en Italia, y de las dos de la nueva provincia de Mesopotamia, cuyo gobernador era también de rango ecuestre. Esto no era necesariamente siniestro o un asunto de política, porque pudo ser difícil encontrar a un senador disponible para gobernar Mesopotamia, y una vez que se otorgaba a un *eques* ese puesto, los comandantes de las legiones debían ser también ecuestres. Las provincias orientales, que habían sido la base de Níger, uno de los rivales de Severo por el poder, también eran una fuente de preocupación, ya que había una gran concentración de legiones bajo el control de los senadores.

Es cierto que, en un número relativamente pequeño de casos, los *equites* reemplazaron a un gobernador senatorial, aunque en general eran emergencias. No obstante, estos ejemplos indican una tendencia significativa a dar más poder a los *equites*, que comenzó antes del mandato de Severo y alcanzó su culminación a finales del siglo III. Y aún más, cada vez más oficiales ecuestres habían prestado servicio como centuriones, en lugar de seguir el itinerario tradicional, lo que podría indicar una militarización del Gobierno, aunque es difícil asegurar que existiera una tendencia al alza en esta práctica.

A finales del siglo II d. C., la ciudadanía romana estaba más generosamente extendida y había más senadores provinciales. Este hecho, aunque significativo y en progresión en los tiempos de Severo, no se debía a una política deliberada por su parte. En las relaciones con las provincias, Severo favorecía naturalmente su lugar de nacimiento, África, mientras Julia Domna, su esposa de origen sirio, tenía preferencia por el este. Por otra parte, Severo tendía a ser generoso a la hora de

extender la ciudadanía y los privilegios a aquellas comunidades que lo habían apoyado en las guerras civiles. Sus acciones sirvieron a sus intereses inmediatos, como cuando estableció una legión en Italia por primera vez y aumentó el acuartelamiento en Roma. Sin duda, Severo había aprendido de lo fácil que le había resultado apoderarse de Roma en 193. Italia no estaba siendo deliberadamente degradada, pero lentamente las provincias se iban situando en la misma posición social que Italia.

Severo no tenía la intención de cambiar deliberadamente la estructura administrativa, cambiar el imperio por una autocracia militar (en un sentido, siempre lo había sido), ni degradar el Senado y promover el ascenso de militares. No obstante, por las circunstancias de su toma del poder, promovió prácticas significativas que más tarde, durante el siglo III, socavarían el papel y la posición social del Senado, y permitirían que los ecuestres fueran adquiriendo un papel más importante en la dirección del Gobierno, así como en el desempeño de funciones militares, todo lo cual acabaría por confirmar el papel dominante de lo militar. Desde su punto de vista senatorial contemporáneo, Dion resumió este proceso:

> «Severo hizo muchas cosas que no nos gustaban, y lo culparon por hacer que la ciudad fuera más tumultuosa con un gran número de tropas, y por asfixiar al Estado con grandes gastos, y dejar la seguridad del Estado en la fuerza de su ejército en lugar de en la buena voluntad de quienes lo rodeaban» (75.2.2).

Sin embargo, en el año 232, Severo Alejandro, el último emperador de la dinastía de los Severos, podía todavía proclamar:

> «Aunque la ley que garantizaba el poder imperial eximía al emperador de las formalidades de la ley, nada es tan apropiado en el ejercicio del poder como vivir respetando las leyes» (*Codex Justinianus* [*CJ*] 6.23.3).

7

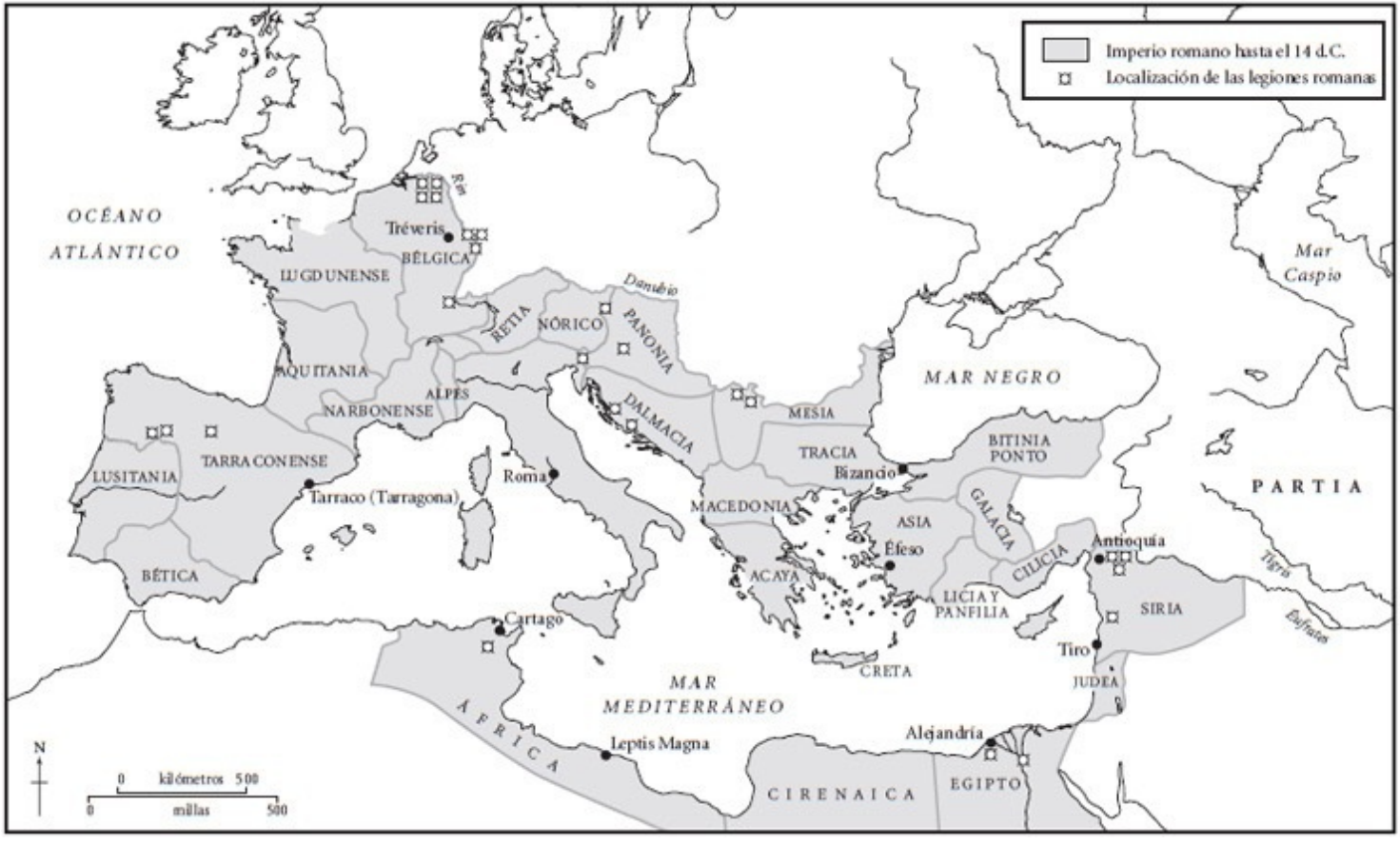
Soldados y guerras

Augusto extendió una agresiva definición de la paz «ganada por las victorias» por todo el imperio del pueblo romano (*Res Gestae* 13). El orador y filósofo griego Dion Crisóstomo («boca de oro»), nacido entre los años 40 y 50 d. C. en Prusa, Bitinia, retomó esa idea en un discurso sobre la realeza al referirse al Imperio romano:

> «Aquellos que se entrenan para luchar mejor son los que más pueden vivir en paz». Luego comparó al emperador y sus fieles soldados con un pastor y sus perros guardianes, que protegían a los rebaños (*Oraciones*, 1.28).

Evidentemente, era una idealización del ejército romano desde el punto de vista de un terrateniente rico y famoso que, sin duda, estaba a salvo de las consecuencias más desagradables de un ejército permanente acantonado en las provincias. A pesar de ello, es cierto que los romanos gastaban una enorme cantidad de dinero en mantener un gran ejército profesional de ocupación en un estado constante de preparación disciplinada, en conservar y extender el territorio romano, en mantener la paz y en asegurarse la lealtad al emperador.

Los revolucionarios cambios de Augusto se convirtieron en parte de la estructura permanente del ejército, que se dividió en tres secciones: las legiones, las unidades auxiliares y los pretorianos. Las 25 legiones que se encontraban en servicio en el año 14 d. C. aumentaron poco a poco hasta convertirse en 33 a finales del siglo II. Las legiones y las unidades auxiliares estaban acantonadas de forma permanente en campamentos o fuertes, o, sobre todo en el este, en ciudades. Para el año 200 d. C., las 33 legiones estaban repartidas en 19 provincias. Uno de los problemas que presentaba esta clase de despliegue era que las grandes campañas hacían necesario el traslado de tropas de una provincia a otra, lo que era tan costoso como lento en términos de tiempo. Por ello, y sobre todo a partir del siglo II, se estableció la práctica de trasladar a sólo una parte de la legión (*vexillatio*), en vez de a la unidad entera.


Imperio romano hasta el 14 d.C.
Localización de las legiones romanas
OCÉANO ATLÁNTICO
Tréveris
BÉLGICA
LUGDUNENSE
Danubio
RETIA
NÓRICO
PANONIA
AQUITANIA
ALPES
NARBONENSE
DALMACIA
MESIA
MAR NEGRO
Mar Caspio
TARRACONENSE
LUSITANIA
Tarraco (Tarragona)
Roma
TRACIA
Bizancio
BITINIA PONTO
PARTIA
MACEDONIA
ASIA
Éfeso
GALACIA
Antioquía
BÉTICA
ACAYA
CILICIA
Tigris
LICIA Y PANFILIA
SIRIA
Cartago
Tiro
Éufrates
CRETA
JUDEA
MAR MEDITERRÁNEO
ÁFRICA
Leptis Magna
Alejandría
CIRENAICA
EGIPTO
N
0 kilómetros 500
0 millas 500

Mapa 7. *i* e *ii* La localización de las legiones en 14 d.C. y hacia 200 d.C. (según Campbell, *The Roman Army: A Sourcebook*, 1994, figuras 3-4)

Una famosa inscripción encontrada en Roma enumera una lista de las legiones en orden geográfico, de oeste a este, comenzando por Britania. Al parecer, se compiló a principios del reinado de Marco Aurelio, y las legiones siguientes se añadieron al final. Quizás sirvió como registro oficial de los emplazamientos de las unidades del ejército:

Segunda, Augusta (Britania)	Segunda, Adiutrix (Panonia Inferior)	Cuarta, Escitica (Siria)
Sexta, Victrix (Britania)	Cuarta, Flavia (Mesia Superior)	Decimosexta, Flavia (Siria)
Vigésima, Victrix (Britania)	Séptima, Claudia (Mesia Superior)	Sexta, Ferrata (Judea)
Octava, Augusta (Germania Superior)	Primera, Italica (Mesia Inferior)	Décima, Fretensis (Judea)
Vigesimosegunda, Primigenia (Germania Superior)	Quinta, Macedonica (Dacia)	Tercera, Cirenaica (Arabia)
Primera, Minervia (Germania Inferior)	Undécima, Claudia (Mesia Inferior)	Segunda, Trajana (Egipto)
Trigésima, Ulpia (Germania Inferior)	Decimotercera, Gemina (Dacia)	Tercera, Augusta (África)
Primera, Adiutrix (Panonia Superior)	Duodécima, Fulminata (Capadocia)	Séptima, Gemina (Hispania)
Décima, Gemina (Panonia Superior)	Decimoquinta, Apollinaris (Capadocia)	Segunda, Italica (Nórica)
Decimocuarta, Gemina (Panonia Superior)	Tercera, Galica (Siria)	Tercera, Italica (Recia)
Primera, Partica (Mesopotamia)	Segunda, Partica (Italia)	Tercera, Partica (Mesopotamia)

(*ILS* 2288 = Campbell, 1994, n.º 144)

Esta lista es un archivo histórico importante que no sólo muestra el emplazamiento de las tropas romanas y sugiere cuál podría ser el plan estratégico del Gobierno, sino que también confirma la voluntad de mantener un gran ejército y anotar todos sus detalles de forma meticulosa. Augusto, por supuesto, había escrito con su propia mano los números de todas las tropas del ejército. Además, los nombres de las legiones son un reflejo de los acontecimientos y costumbres de la forma de hacer la guerra de los romanos y, en ocasiones, de sucesos históricos: la legión Augusta fue bautizada así por Augusto; la III Trajana y la XXX Ulpia fueron reclutadas por Trajano en el año 101 d. C. aproximadamente para las guerras en Dacia; Claudia fue un título honorífico para las legiones VII y XI por su lealtad a Claudio durante una rebelión. Algunas tomaron su nombre en honor de la deidad preferida de un emperador: XV Apollinaris («de Apolo»), Augusto era devoto de ese dios; I Minervia («consagrada a Minerva»), que era la diosa favorita de Domiciano. Otras legiones recibieron el sobrenombre por sus cualidades de lucha: Victrix («Conquistadora»), Fulminata («Relámpago»), Ferrata («de hierro»), Fretensis (por el estrecho entre Sicilia e Italia, posiblemente por una batalla naval, Rapax («Depredadora»). Algunas recibieron el nombre por el lugar en el que sirvieron o donde lucharon: Macedónica y Escítica; la I, la II y la III Partica («de Partia») fueron reclutadas por Septimio Severo para su campaña contra los partos. Otros muestran las circunstancias de la fundación de la unidad: la XV y la XXII Primigenia («Primogénita»), reclutada probablemente por Calígula; la I y la II Adiutrix («Auxiliadora»), reclutada por Nerón en los años 68 y 69 d. C. entre los marineros de la flota imperial anclada en Miseno y Rávena; la VII Hispana («Española») la reclutó Galba en Hispania en el año 68 tras su proclamación como emperador; Gemina («Gemela») por la unión de dos legiones

ya existentes; la I Italica («Italiana»), creada por Nerón en el año 66 o 67 para la invasión de la región del Caspio, fue bautizada así probablemente por su personal formado por italianos, como también era el caso de la II y la III Italica, reclutadas por Marco Aurelio aproximadamente en el año 165, para servir en la frontera del Danubio.

Los romanos se mantuvieron fieles a la tradición en el reclutamiento, por lo que los legionarios debían ser ciudadanos romanos, pero había formas de esquivar esa norma, sobre todo en el reclutamiento de los hijos de los soldados, normalmente fruto de las uniones extraoficiales con extranjeras, y que, por tanto, no eran ciudadanos de nacimiento, pero que conseguían la ciudadanía al enrolarse. En periodos de crisis, las leyes normales se pasaban por alto, como en el caso de las guerras civiles de los años 68-69 d. C., con las legiones I y II Adiutrix (véase más arriba). El Gobierno necesitaba cada año cinco mil nuevos reclutas, que en su mayoría procedían de las clases rurales bajas y se lograban mediante voluntarios y levas forzosas. Siempre prefirió los voluntarios tanto para las legiones como para las unidades auxiliares, ya que se suponía que serían mejores soldados. Sin embargo, Tiberio se quejaba de la calidad de los reclutas de Italia:

> «Pretextaba el emperador la enorme multitud que había de veteranos y la necesidad de completar los ejércitos con levas; pues faltaban soldados voluntarios y, aunque los hubiera, no se comportaban con el mismo valor y disciplina, porque la mayor parte de los que espontáneamente entraban eran indigentes y vagabundos» (Tácito, *Annales*, 4.4).

Los jóvenes de Italia se resistían cada vez más a servir durante veinticinco años en un puesto militar lejano. Al parecer, la leva forzosa se utilizaba sobre todo en tiempos de crisis. Por ejemplo, en el reino de Adriano (117-138 d. C.), Memmio Macrino recibió la orden de «dirigir una leva entre los jóvenes de la región transpadana» (*ILS* 1068). Este hecho probablemente esté relacionado con las pérdidas romanas durante la

guerra en Judea entre los años 132 y 135 d. C. El uso limitado de la reclutación obligatoria en Italia significó que el ejército principalmente italiano de la época de Augusto desapareció, por lo que durante el Gobierno de Adriano apenas había italianos en las legiones. Por otra parte, quizás se instituyera la práctica de que las nuevas legiones se reclutaran lo más lejos posible de los italianos.

Enfrentado a la creciente falta de disposición de los jóvenes italianos a servir en las legiones, el Gobierno encontró reclutas al oeste, entre los ciudadanos romanos de Hispania, la Galia Narbonense y África, y en el este, en la Siria helenizada y en Asia Menor. El reclutamiento local acabó siendo el predominante tras un largo periodo de tiempo, y empezó en aquellas legiones que tenían cerca asentamientos romanizados. Por ejemplo, a partir del siglo II, la legión con base en Legio, en Hispania, estaba compuesta de forma casi exclusiva por nativos. En África, donde la III Augusta estaba acantonada, el 60 por 100 de las tropas antes de Trajano procedían de fuera de África, pero, poco a poco, los habitantes locales de las comunidades romanas de África constituyeron el grueso de la legión. Sin duda, la recluta forzosa se utilizaba en las provincias, pero no era algo sistemático. Por ejemplo, la presencia de 22 nativos de Bitinia en un grupo de 98 legionarios que servían en África durante el reino de Trajano sugiere que se utilizó la recluta forzosa. El servicio lejos de la tierra natal desanimaba a los voluntarios, pero se produciría un aumento de esos voluntarios con el desarrollo de las levas locales y también con la mejora en las condiciones de servicio a lo largo del siglo II.

Según Tácito, para el año 14 d. C. las *auxilia* eran tan numerosas como las legiones. Ya en esa época constituían una parte formal del ejército, y estaban compuestas por cohortes de infantería, cohortes que tenían asignadas unidades de ca-

ballería (*cohortes equitatae*) y escuadrones de caballería (*alae*). Todas estas unidades estaban compuestas por unos quinientos soldados, pero más tarde aparecieron unidades de unos mil legionarios. Las *auxilia* estaban bajo el mando de oficiales con el rango social de caballeros. También estaban acantonadas de forma permanente junto a las legiones, aunque a veces lo hicieran como destacamentos separados. Por ejemplo, en Rapidum, en la Mauritania Cesariensis, una cohorte de sardos ocupó un pequeño fuerte, y a su alrededor fue creciendo un asentamiento civil. El número de unidades de *auxilia* probablemente se incrementó con mayor rapidez, y se reclutaban en la mayoría de las regiones periféricas del imperio. Hispania proporcionó reclutas a la mayoría de los ejércitos, y otras zonas importantes fueron los Alpes, Recia, Panonia, Tracia (que contribuyó con más de treinta unidades en el periodo inicial del imperio) y Siria. En la Galia, los romanos utilizaron a los jefes locales y a sus estructuras organizativas para el reclutamiento, y había ocho cohortes y un *ala* de bátavos sirviendo en Britania antes del año 69 d. C. Sin embargo, causaba resentimiento en la población que las unidades auxiliares acostumbraran a servir lejos de su tierra natal, algo que se hacía en parte por temor a que se unieran o instigaran una revuelta local. La medida debía tener cierta justificación, puesto que en los años 69-70 d. C., Julio Civilis, un príncipe bátavo y ciudadano romano, encabezó una rebelión en el Rin con la ayuda de las cohortes auxiliares de sus compatriotas. Las levas forzosas se utilizaron probablemente de forma habitual para las *auxilia* hasta que, con el paso del tiempo, las unidades se vieron constituidas por los reclutas de las provincias en las que se encontraban acantonadas, y por las provincias vecinas. En consecuencia, el carácter étnico de cualquier unidad quedaba diluido y el ejército quedó compuesto por una mezcla extraordinaria de pueblos. En el caso de algunas unidades de comba-

te especializado, el carácter étnico se mantuvo por razones militares: la primera corte de arqueros hamesenios acantonada en Panonia continuó recibiendo reclutas de su tierra natal en Siria. Aunque los auxiliares proporcionaban combatientes especializados como los arqueros, los honderos, los jinetes de camello y cierta caballería, en la mayoría de los casos luchaban junto a la legión en un despliegue de infantería normal.

Las cohortes pretorianas y las urbanas constituían la guarnición de Roma. Las nueve cohortes de la guardia pretoriana probablemente la componían unos nueve mil soldados, por el campamento en el que vivían en Roma en la época de Tiberio. Protegían al emperador y realizaban tareas ceremoniales, y parte de la guardia siempre acompañaba al emperador cuando salía de Roma, sobre todo en campaña. Cada cohorte estaba bajo el mando de un tribuno con el rango de caballero, quien era responsable de comunicarle la contraseña al emperador. Esta fuerza de élite con mejores condiciones de servicio continuó con las disposiciones dejadas por Claudio, y atrajo a los jóvenes italianos que querían una vida militar sin abandonar su tierra natal. No es de extrañar que esto provocara resentimientos entre otros soldados, como lo expresaron los amotinados del año 14 d. C., quienes se quejaron de que los pretorianos disfrutaban de una vida acomodada y fácil, mientras que los legionarios tenían que enfrentarse a sus enemigos a las puertas de sus campamentos. El reclutamiento italiano de la guardia pretoriana continuó hasta Septimio Severo, quien la disolvió en el año 193 y reclutó una nueva fuerza con soldados de las legiones que le habían apoyado desde el principio. Sin embargo, los jóvenes italianos no fueron excluidos de un modo deliberado, y no tardaron en aparecer de nuevo.

Las cohortes urbanas también estaban acantonadas en Roma, posiblemente en el mismo campamento, aunque se encontraban bajo el mando del prefecto de la ciudad. Las tres

cohortes originales aumentaron a cuatro, y en la época de Septimio Severo el número total era de seis mil soldados. Más tarde se crearon dos cohortes, una para Lugdunum y otra para Cartago. Los soldados de las cohortes urbanas procedían en su mayoría de Italia (hasta el 88 por 100 en el siglo II d. C.), como C. Sertorio Justo: «De Iguvium, soldado de la X Cohorte Urbana, de la centuria de Veturio, sirvió durante diecisiete años, vivió durante treinta y tres años, diez meses y diez días» (*L'Année épigraphique* 1984.57). Su función principal era mantener el orden en Roma, aunque tanto su equipo como sus cometidos y su entrenamiento los convertían más en soldados que en policías. Podían servir de apoyo a los pretorianos o utilizarse en ocasiones como contrapeso en momentos de desórdenes políticos. No solían servir en las campañas militares.

Otra innovación de Augusto fue el anclaje de flotas permanentes en Italia, en Rávena y en Miseno, que acabaron bajo el mando de prefectos del rango social de los caballeros. Los marineros se reclutaban con los mismos criterios que las *auxilia*, y en la flota de Rávena, la mayoría de los reclutas procedían de los Balcanes, de Oriente, de Cerdeña y de Córcega. A pesar del uso de términos griegos para los oficiales, la estructura era romana, y la tripulación operaba como una centuria bajo un centurión. Los marineros eran legalmente soldados (*milites*). Las flotas no tenían una importancia básica en la estrategia militar romana, pero un desarrollo interesante de ellas fueron las flotas fluviales, sobre todo en el Rin y en el Danubio, que transportaban soldados y suministros, patrullaban los ríos y mantenían comunicadas las diferentes bases romanas. Los ríos continuaron siendo un importante punto de unión para las operaciones militares en las zonas fronterizas.

Como ya hemos visto, Augusto había establecido la paga y las condiciones de servicio de su ejército profesional permanente. El enorme coste anual del ejército significó que los aumentos de las pagas fueron escasos y cada mucho tiempo. Los legionarios recibían 900 sestercios al año en tres pagos, y Domiciano les subió el sueldo a 1200 mediante un cuarto pago. No hubo más aumentos durante más de cien años, hasta que Septimio Severo incrementó la paga hasta los 2000 sestercios. A este aumento le siguió con rapidez otro ordenado por su hijo Caracalla. Esta generosidad repentina refleja sin duda los problemas políticos de una dinastía asediada por las guerras civiles y las tensiones internas. ¿Qué valor tenía la paga de los soldados? No era generosa, y los amotinados del año 14 d. C. se quejaron del irrisorio *stipendium* con el que tenían que pagar las ropas, las armas, las tiendas y los sobornos a los centuriones para evitar las tareas más pesadas. En la época de Augusto, un legionario recibía dos sestercios y medio al día; un trabajador de Roma podía ganar tres o cuatro sestercios al día, y un campesino la mitad aproximadamente. Por lo tanto, un soldado cobraba lo mismo que los trabajadores peor pagados. Al menos, el soldado recibía la paga de forma regular, mientras que un obrero sólo cobraba los días que trabajaba. Los soldados también tenían la ventaja de ser alojados por el Gobierno, de no pasar hambre y tener cuidados médicos. A todos los emperadores les interesaba mantenerlos razonablemente contentos. Un registro contable del año 81 d. C. muestra la paga y las deducciones de un jinete legionario en dracmas griegos:

Quinto Julio Próculo, de Damasco	
Recibió el pago del primer salario del primer año de Nuestro Señor	248 dracmas
Deducciones	
Heno	10
Por las raciones	80
Botas, pantalones	12
Campo Saturnalia [un festival]	20
Por las ropas	60
Resto depositado en su cuenta	66
Balance previo	136
Balance total	202

(Campbell, 1994, n.º 24, extracto)

Las demás secciones del registro contable muestran que las deducciones se hacían siguiendo unas tasas medias, y a pesar de todo, aquel soldado fue capaz de ahorrar dinero.

Además, de vez en cuando, los soldados recibían pagas adicionales, donativos, que aumentaban de forma significativa sus pagas regulares. Las recibían para celebrar una victoria o para conmemorar algún acontecimiento relacionado con el emperador, como su cumpleaños o el día en que fue reconocido como tal. No tardó en convertirse en una práctica habitual que el emperador concediera donativos el mismo día de su ascensión al poder. Marco Aurelio les pagó 25 000 sestercios ese día a los pretorianos. Además, los soldados eran los únicos que recibían una pensión (*praemium*) al licenciarse del ejército. Para un legionario, era una suma de dinero o la concesión de una parcela de tierra. Al principio del imperio hubo quejas sobre la calidad de la tierra, pero se siguieron fundando colonias de veteranos hasta el reinado de Adriano. Sin embargo, ya en el siglo II d. C. lo normal era un pago en dinero, y bajo Caracalla, los soldados recibían veinte mil sestercios. Ningún otro trabajador percibía esa clase de beneficio económico. Los

pretorianos y las cohortes urbanas obtenían proporcionalmente una paga mayor en salarios, donativos y pensiones por licencia. Por otra parte, los *auxilia* posiblemente recibían menos: el soldado de infantería normal recibía cinco sextas partes de la paga de un legionario, aunque existían distintos grados. Por ejemplo, un jinete cobraba más, puesto que él tenía que encargarse de su caballo. Hacia el final del siglo I d. C., todos los legionarios y los *auxilia* tenían que servir durante veinticinco o veintiséis años.

El beneficio más notable que se les concedía a los soldados auxiliares al licenciarse era la ciudadanía romana, y hasta la década de 140 d. C., la ciudadanía para cualquier hijo que hubieran tenido. Después de esa fecha, sólo obtenían la ciudadanía aquellos hijos que tuvieran después de licenciarse. Estos soldados también recibían la concesión del derecho a casarse con cualquier mujer que quisieran, aunque no fuera romana. Como prueba de un licenciamiento legal y del derecho a todos esos privilegios, a todos los auxiliares se les expedía un certificado (*diploma* en términos actuales) en el que se citaba la unidad, a su comandante y la provincia en la que estaba acantonada. El diploma era una tableta de bronce que se podía doblar, y el descubrimiento de doscientas de ellas ha demostrado ser una valiosa fuente para conocer la historia del ejército romano. Como señal de respeto, los pretorianos recibían certificados similares, también con el privilegio de los derechos matrimoniales. Es probable que los legionarios tuvieran el mismo tipo de privilegios: matrimonio y ciudadanía para los hijos, aunque no se les entregaran certificados. Además, los soldados disfrutaban de ciertas exenciones y de derechos legales especiales que, por ejemplo, les permitían redactar un testamento con una simple declaración oral o mantener el control de su equipo militar aunque sus padres todavía estuvieran vivos.

Los soldados licenciados del ejército debido a las heridas o a una enfermedad grave también formaban parte de la sociedad, y el modo en el que se les trataba se adivina en los áridos textos legales del Digesto de las leyes romanas. Estos soldados recibían una designación específica (*causarii*) y obtenían sus privilegios por licenciatura en una escala que dependía del número de años de servicio. El emperador Filipo, que reinó entre los años 244 y 249, confirmó que los *casuarii* «no mostraban mancha alguna en su servicio». Esto constituye una perspectiva interesante sobre la actitud de las autoridades militares y el emperador respecto a unos soldados que ya no les servían para nada en una sociedad que no era conocida normalmente por su compasión. Sin embargo, los soldados hablaban entre sí y comentaban lo que les había ocurrido a los heridos, y el emperador necesitaba ser popular entre sus legionarios.

Disponemos de unas pruebas inusualmente detalladas de las actividades de los soldados romanos alrededor y dentro de los campamentos gracias a los registros guardados, a menudo en papiros, por los burócratas imperiales, y donde se detallan las tareas rutinarias del campamento. Aunque estos registros se limitan a determinadas fechas y lugares, probablemente ofrecen una imagen bastante típica de la vida habitual. Un papiro describe las tareas diarias de una cohorte con unidades de caballería, la I Cohorte Montada Veterana Hispana (*I Veterana Hispanorum equitata*), acantonada en Stobi, en Macedonia, entre los años 105-106 d. C.:

De los ausentes
En Galia para conseguir ropajes.
Igualmente para conseguir [¿grano?].
Al otro lado del río (¿Erar?) para conseguir caballos.
En Castra en la guarnición, incluidos dos jinetes.
En Dardania, en las minas.
Dentro de la provincia
Guardias de Fabio Justo, el legado…
En el despacho de Latiniano, procurador del emperador.
En Piroboridava en la guarnición.
En Buridava en el destacamento.
23 jinetes, dos infantes con paga y media.
Igualmente al otro lado (del río) para proteger el suministro de grano.
Igualmente en una misión de exploración con el centurión…
En las naves de grano…
En el cuartel general con los funcionarios.
De camino a Haemus (montañas) para traer ganado.
Para vigilar a las bestias de carga…
Igualmente en tareas de guarda.
(Campbell, 1994, n.º 183).

Esto nos proporciona una breve imagen de las tareas rutinarias diarias llevadas a cabo por los soldados y destaca cuántos se podían emplear fuera del campamento en un momento

dado. En muchas ocasiones, los soldados pasaban más tiempo entrenando, ejercitándose y desfilando que luchando. En su manual de ciencia militar escrito en el siglo IV, Vegecio explicó la importancia que tenía eso:

> «Vemos que los romanos conquistaron el mundo sin otros medios que el entrenamiento en las artes militares, disciplina en el campamento y práctica en la guerra» (1.1).

Mantener el nivel máximo de combate de los legionarios era tarea de los oficiales, pero en ocasiones, el emperador en persona supervisaba a las tropas. Adriano mantuvo la política de visitar a las unidades del ejército en sus diversos campamentos provinciales, donde «Lo investigaba absolutamente todo de forma directa, y no sólo los elementos habituales… sino los asuntos privados de todo el mundo, tanto de los soldados corrientes como de sus comandantes, su estilo de vida, sus aposentos y sus costumbres…» (Dion, 69.9).

Adriano visitó Numidia en el año 128 para supervisar las maniobras de entrenamiento de la III Legión Augusta y las unidades auxiliares. La legión disponía de su propio campo de desfile en su campamento de Lambaesis, y el discurso del emperador fue grabado en las columnas de las esquinas de la tribuna situada en el centro del terreno del desfile. Comentó las maniobras de entrenamiento mostrando un profundo conocimiento y comprensión de los ejercicios militares, además de dispensar halagos y algunas críticas. No se olvidó de felicitar a los oficiales:

> A la primera *ala* de los panonios:
>
> «Lo hicisteis todo correctamente. Llenasteis la explanada con vuestros ejercicios, lanzasteis las jabalinas con cierta habilidad, aunque usasteis las jabalinas cortas y rígidas; varios de vosotros arrojasteis vuestras lanzas con igual habilidad. Ahora mismo habéis montado a vuestros caballos con agilidad, y ayer lo hicisteis con rapidez. Si hubiera algún defecto en vuestro desempeño, lo hubiera notado, si se hubiera producido un error obvio, lo habría mencionado, pero me habéis satisfecho de un modo uniforme a lo largo de toda la maniobra. Catulino, mi legado, un hombre distinguido, muestra la misma preocupación por

todas las unidades que se encuentran bajo su mando… Al parecer, vuestro prefecto se preocupa por vosotros de un modo concienzudo. Os concedo un donativo…» (Campbell, 1994, n.º 17).

El ejército era en muchos sentidos una comunidad militar autosuficiente cuyo elemento básico era la lealtad a los camaradas y al emperador. La lealtad a la propia unidad era extremadamente importante, y se inspiraba en parte en los estandartes militares. El águila (*aquila*) simbolizaba la continuidad y la esencia de la legión. La experiencia compartida de la vida en el ejército y la muerte unía a los soldados. Los desastres militares tenían un gran efecto en el ánimo colectivo, pero la comunidad militar quedó satisfecha, tras la derrota de Varo en el año 9 d. C. y la pérdida de veinte mil camaradas, con los días de luto nacional celebrados en Roma, con el entierro de los caídos en el campo de batalla por parte del príncipe imperial Germánico en 15 d. C. y la búsqueda incesante de las tres águilas perdidas. Además, el templo de Marte Ultor («el Vengador»), que fue consagrado en el año 2 a. C., se convirtió en una especie de memorial de guerra, en este caso, por los ejércitos romanos derrotados en Partia. Dentro del memorial de guerra que se encuentra en Adamklissi, en el sur de Rumanía, y que probablemente data de la época de Domiciano, a finales del siglo I d. C., se localizan un mausoleo y un altar sobre el que están anotados los nombres de los 3800 legionarios y auxiliares muertos en combate, acompañados de un texto que se repetirá en muchos monumentos conmemorativos de guerra modernos:

«En recuerdo de los valientes que dieron su vida por el Estado» (*ILS* 9107).

Naturalmente, las celebraciones imperiales se concentraban en el avance triunfante de los ejércitos romanos, y las grandes columnas esculpidas de Trajano y de Marco Aurelio sirvieron entre otros fines como monumentos a los soldados romanos en combate. En monumentos de esta clase, y en los arcos de

triunfo, el emperador aparecía de un modo prominente en todas las crónicas de guerra, y era a él en persona a quien los soldados juraban lealtad y obediencia de un modo solemne (*sacramentum*). En las campañas militares, el retrato del emperador se guardaba en un santuario junto a los estandartes y a las ofrendas recibidas. El calendario militar creado por Augusto incluía numerosos festivales en honor a los emperadores, tanto el presente como los pasados. El siguiente ejemplo, procedente de Dura-Europos, aproximadamente de los años 223-227 d. C., durante el reinado de Alejandro Severo, es una lista de los festivales celebrados por la vigésima cohorte de los palmirenos:

> «6 marzo. Por el poder imperial del [divino Marco Antonino y el divino Lucio Vero], para el divino Marco un buey, [para el divino Lucio] un buey.
>
> »13 marzo. Debido a que el Emperador [César Marco Aurelio Severo Alejandro] fue aclamado emperador, para Júpiter un buey, [para Juno una vaca, para Minerva una vaca], para Marte un buey, y debido a que Alejandro nuestro Augusto fue [primero] aclamado como *Imperator* por los soldados [del emperador Augusto Marco Aurelio Severo Alejandro, una oración…].
>
> »14 marzo. Debido a que Alejandro nuestro [Augusto] fue nombrado [Augusto y padre de la patria y sacerdote supremo, una oración…]; [al *genius* de nuestro señor]. Alejandro [Augusto un toro…]» (Campbell, 1994, n.º 207).

El calendario expresa la relación personal del emperador y el ejército en un entorno militar por medio de los ritos religiosos.

El ejército tenía un código de disciplina que en teoría contenía castigos muy severos y que establecía la relación de cada soldado con sus camaradas, con sus oficiales y respecto a sus deberes militares. Algunos comandantes tenían fama de ser feroces en la aplicación de la disciplina, pero es posible que fueran la excepción y que en la práctica se utilizara un enfoque más flexible, incluso respecto a un delito tan grave como la deserción, que ofendía directamente al emperador, tal y como se ve en el comentario de un abogado:

> «Cuando, tras un periodo de deserción, un soldado queda reincorporado al

ejército, no debe recibir los pagos y donativos correspondientes al tiempo que fue un desertor, a menos que la generosidad del emperador los haya concedido como un favor especial» (*Digesta; Corpus Iuris Civilis* 49.16.10).

En realidad, buena parte de la responsabilidad sobre la disciplina debía caer en los comandantes locales, y es posible que el respeto por los compañeros y el *esprit de corps* fueran los factores más importantes a la hora de mantener el orden en las unidades.

Aunque el ejército era capaz de producir buena parte del material que necesitaba en sus propios talleres y en los campos de cultivo del *territorium* legionario (la zona que rodeaba al campamento), nunca consiguió autoabastecerse. De hecho, el modo en el que los romanos organizaron y acantonaron al ejército tuvo profundos efectos sociales y económicos. A principios del siglo III había unos 450 000 soldados por todo el imperio. Alimentar y mantener a aquella inmensa fuerza creaba un mayor mercado en los productores locales de las provincias militares. Por poner dos ejemplos: los 80 000 soldados acantonados a lo largo del Rin necesitarían más de 25 000 toneladas de trigo al año, mientras que los 55 000 que formaban la guarnición de Britania necesitaban al menos 2000 terneros al año simplemente para sustituir los objetos de cuero, y más de 3000 caballos de reemplazo. Puesto que algunos de los materiales había que importarlos de zonas lejanas, por ejemplo el vino y el trigo para Britania, las rutas comerciales también se beneficiaban de aquello. La presencia de ciertos tipos de parásitos del trigo encontrados en Britania demuestra que procedía del sur de la Galia. De hecho, una de las rutas comerciales más importantes del mundo romano era la que seguía el valle del Ródano hasta llegar a los ejércitos del Rin y a Britania.

La presencia militar también ayudó a la urbanización del imperio a medida que los soldados construían nuevas instalaciones, aunque tuvieran, como es natural, un uso militar. Eran los topógrafos militares quienes trazaban en los mapas la ruta de construcción de las nuevas vías, y su mantenimiento a menudo estaba a cargo de las autoridades locales. La red de caminos se extendió fuera de Italia durante la República, y la Vía Egnatia comunicaba el Adriático y el Egeo mientras que la Vía Domitia cruzaba desde los Alpes hasta Hispania. En el

imperio, la construcción de caminos militares fue tremendamente ambiciosa en el sentido geográfico, además de una prerrogativa imperial. Augusto reparó la Vía Flaminia y Claudio conmemoró el fin del camino que su padre Druso construyó para que cruzara los Alpes, una ruta que iba «desde el río Po hasta el río Danubio» (*ILS* 208). Los emperadores posteriores aceptaron continuar aquel desafío y un entramado de caminos cruzó el imperio, lo que unió a las distintas provincias y regiones y creó un signo enormemente visible de la presencia permanente romana, además de demostrar la importancia de las rutas de comunicación para el control del imperio. El ejército también levantó ciudades completamente nuevas para los veteranos, como Timgad, en África, diseñada con una regularidad equivalente a la de un campamento militar, pero con todas las comodidades sofisticadas de un entorno urbano. De hecho, los emplazamientos originales de los campamentos militares no necesariamente se elegían por su posible emplazamiento defensivo, sino por las líneas de comunicación, tanto por transporte fluvial como por el entramado de la red de caminos romanos. Por lo tanto, a menudo ocupaban una localización importante para el comercio y los negocios. Los asentamientos civiles crecieron poco a poco alrededor de los campamentos, y el desarrollo urbano continuo consiguió que muchos antiguos campamentos romanos se convirtieran en centros urbanos y capitales de la Europa moderna, como Bonn, Colonia, Maguncia, Budapest, Viena y Belgrado.

Los campamentos militares eran un centro de atracción para los visitantes y los comerciantes de todas las clases que tuvieran algo que ofrecer a los soldados, quienes tenían dinero para gastarse: buhoneros, tenderos, mercaderes de vino y, por supuesto, mujeres. Los asentamientos principalmente civiles que rodeaban los campamentos legionarios, los *canabae*, adquirieron de forma gradual un estatus independiente y algu-

nos no tardaron en convertirse en comunidades completamente desarrolladas a las que acudían los soldados veteranos. En algunas se han encontrado restos de industria local, como las fundiciones de bronce y las fábricas de cerámica. Por ejemplo, en Deva (Chester), un asentamiento de Britania, los *canabae* se encontraban cerca del campamento principal. El anfiteatro, situado en el exterior del campamento, podía acomodar a siete mil espectadores, y era evidente que lo utilizaban los legionarios y la mayoría de los civiles, quienes también compartían el suministro de agua sacándola del acueducto de las fortificaciones. En la primera mitad del siglo II se produjo una evidente mejora en las condiciones de vida de los *canabae*, cuando las casas de piedra, más elaboradas, sustituyeron a los edificios de madera.

El incremento en el número de reclutas que no eran nativos de Italia y el trato dado a las familias de los soldados tuvo unos resultados importantes. Las concesiones de ciudadanía a los soldados auxiliares y a los hijos de los soldados alentó el proceso de adopción de las costumbres romanas y de su estilo de vida. Los soldados tendían a integrarse en la zona donde servían, porque se relacionaban con mujeres locales, y las legiones pasaban muchos años acantonadas en el mismo lugar. Además, con el desarrollo de las levas locales, muchos de los reclutas procedieron cada vez más de las zonas circundantes al campamento romano, a menudo de familias militares, y esto aumentó el grado de unión del ejército con su comunidad local.

Las fuentes de las que disponemos nos permiten echar un vistazo a la vida de los soldados como seres humanos normales, no como autómatas con armaduras, como Hilariano, a cuya petición en 242 respondió como sigue el emperador Gordiano III:

«Si tu mujer abandonó la provincia antes de que se la pudiera citar en el jui-

cio por adulterio, no se puede establecer la acusación en su ausencia, y tu petición de que debería hacérsele regresar a la provincia en la que sirves como soldado no es justa. Pero podrás ejercer una acusación formal contra ella cuando tus deberes militares te lo permitan, puesto que el tiempo que has dedicado a tus obligaciones militares no debería privarte del desagravio, que, con la angustia de un esposo traicionado, exiges» (*CJ* 9.9.15).

Nadie duda de que los romanos eran implacables e incansables en la consecución de sus objetivos militares. La extrema brutalidad de las batallas y de los asedios de las legiones es legendaria, y Polibio dio el punto de vista griego de las consecuencias brutales de la conquista de Cartago Nova en Hispania en el año 209 a. C.:

> «Escipión… envió, según la costumbre de los romanos, a la mayoría contra los de la ciudad, con la orden de matar a todo el mundo que encontraran, sin perdonar a nadie; no podían lanzarse a recoger botín hasta oír la señal correspondiente. Creo que la finalidad de esto es sembrar el pánico. En las ciudades conquistadas por los romanos se puede ver con frecuencia no sólo personas descuartizadas, sino perros y otras bestias…» (10.15.4-5).

Durante los siglos I y III d. C., los legionarios estuvieron armados con una lanza arrojadiza (*pilum*) y la tradicional espada hispana punzante. La táctica habitual era arrojar una andanada de lanzas, tras lo cual, los legionarios desenvainaban las espadas y cargaban para entrar en combate cuerpo a cuerpo. El objetivo era trabarse en un frente lo más amplio posible para que lucharan todos los soldados entrenados que pudieran. En una formación típica, los infantes legionarios y los auxiliares tomaban posición en el centro, mientras que la caballería, a veces acompañada por los arqueros, se desplegaba en los flancos y protegía ese despliegue al mismo tiempo que dispersaba a cualquier caballería enemiga presente. Aunque la infantería solía ser el factor crucial en una batalla, la caballería a veces se desplegaba para efectuar una emboscada o para atacar por la retaguardia. Cuando Germánico se enfrentó a la tribu germana de los queruscos, en el año 16 d. C., desbarató el ataque enemigo al enviar la caballería contra sus flancos y lanzar un contraataque contra su retaguardia mientras la infantería luchaba contra los germanos de frente. Tácito sugiere al comentar el uso de la infantería auxiliar por parte de su suegro,

Agrícola, en Britania, en la batalla de Mons Graupius en el año 83 d. C., que los auxiliares a veces se utilizaban para soportar el grueso del combate y así disminuir las pérdidas de legionarios.

Las tácticas utilizadas en el campo de batalla eran responsabilidad del comandante, y uno de los legados de la política de Augusto fue que la mayoría de los comandantes del ejército procediera del Senado, que continuaron la tradición propia de las clases altas de hombres para todo, sin especialización, o eso creían ellos. No existía un alto mando, ni una academia militar, ni jerarquía de oficiales. Cada puesto era una «individualidad», y cada comandante cumplía las órdenes guiado por los consejos, por la experiencia previa o por lo que hubiera conseguido aprender de los muchos libros disponibles sobre estrategia. Los individuos prometedores del rango ecuestre podían ascender a la clase senatorial. Con el tiempo, en los periodos de crisis se produjo cierto grado de especialización militar, aunque muchos comandantes senatoriales disponían de una experiencia muy limitada antes de ejercer ese liderazgo militar. La cadena de mando la componían los legados legionarios, los tribunos militares, los centuriones y los oficiales ecuestres de la caballería y de las unidades de infantería auxiliares. Las campañas más importantes se libraban habitualmente con la presencia, y a veces bajo el mando, del emperador, quien generalmente tenía poca o ninguna experiencia militar y pediría el consejo de sus comandantes veteranos y sus compañeros (*comites*), aquéllos a los que se les pedía oficialmente que le acompañasen y lo aconsejasen.

La falta de experiencia militar sustancial entre los comandantes del ejército pudo reprimir el desarrollo de la tácticas estratégicas, y de hecho los romanos solían ser conservadores. Por tanto, es posible que los libros de texto militares y las recopilaciones de estratagemas que se publicaron en el imperio

realmente estuvieran pensadas para ser una guía de generales contemporáneos. No obstante, de vez en cuando se producían innovaciones, sobre todo en la guerra contra Partia, donde los romanos se enfrentaron a arqueros montados y a fuerzas de caballería formidables, algunas de las cuales llevaban armaduras. Al principio, los comandantes romanos recurrieron a un cuadrado defensivo hueco con el tren de equipaje en el medio, pero esta táctica quedó superada en la batalla de Carras del año 53 a. C. Una estratagema de mayor éxito era usar arqueros y tiradores de honda para mantener a la caballería a raya y, a continuación, desplegarse en formación de tortuga (*testudo*) en batalla abierta. En este caso, la primera fila de legionarios se arrodilló sujetando ante sí los escudos, mientras las filas sucesivas sujetaban sus escudos sobre la fila que estaba delante de ellos, para conseguir formar una barrera similar a un techo de tejas. Arriano, cuando defendió la provincia de Capadocia en torno al año 135 d. C. contra los alanos, que usaban caballería armada, aproximó a sus legionarios en una formación defensiva igual que la falange griega, en la que los que estaban en las primeras filas llevaban una larga lanza que empujaban hacia delante. Apoyó esta inusual formación con una importante fuerza de caballería y planeó una descarga concentrada de proyectiles para abrir la batalla. A partir del siglo II, los romanos formaron sus propias unidades de caballería pesada, algunas de las cuales iban a caballo y el jinete llevaba una armadura. La intención habría sido la de intimidar al enemigo con su apariencia temible y su avance imparable.

Augusto hace una referencia casual en las *Res Gestae*:

> «En el caso de que los pueblos extranjeros pudieran ser perdonados sin que supusieran un peligro, prefería liberarlos que exterminarlos» (3.2).

La destrucción total fue siempre una opción, y Domiciano, al referirse a la derrota de una tribu en Numidia, dijo:

> «He prohibido existir a los nasamones» (Dion 67.4.6).

Como en la República, los romanos imperiales reconocían tener pocas limitaciones cuando debían tratar con pueblos cuya resistencia consideraban obstinada, y los no combatientes a menudo se convertían en objetivos. Tras el motín de las legiones germanas del año 14 d. C., Germánico las hizo cruzar el Rin para redimirse por su indisciplina matando al enemigo:

> «El César dispuso sus ávidas legiones en cuatro cuñas, para que la devastación fuera más amplia; saquea un territorio de cincuenta millas a sangre y fuego. Ni el sexo ni la edad fueron motivo de compasión; tanto las edificaciones civiles como las sagradas, e incluso el templo más frecuentado entre aquellas gentes, llamado de Tafana, quedaron arrasadas» (Tácito, *Annales* 1.51).

A los romanos no parecían preocuparles las consecuencias periféricas de sus operaciones militares. En la época posterior a la invasión fallida de Trajano en Partia entre los años 115 y 117, los judíos de la Diáspora se rebelaron y en Chipre se perdieron 250 000 vidas en las batallas entre griegos y judíos en 117 d. C.

Una vez que la campaña hubo acabado, los romanos a menudo deportaban a hombres que estuvieran en edad de cumplir con el servicio militar, y a mujeres y a niños a una ubicación diferente. En ocasiones, se veían involucrados grandes números de personas. Plautio Silvano Eliano, gobernador de Mesia en el Danubio, bajo el reinado de Nerón, celebró este tipo de actuación entre sus hazañas:

> «Trajo a más de 100 000 transdanubianos para el pago de impuestos, junto

con sus mujeres, hijos y líderes o reyes» (Braund, 1985, n.º 401).

El terror puro y simple fue otra táctica, y Julio Frontino, que sirvió como gobernador de Bretaña (73/74-77 d. C.), escribió sobre estrategias así como sobre el manejo de los acueductos, cita el ardid de usar cabezas cortadas de enemigos para intimidar a los supervivientes y poner fin a una guerra tras triunfar en una batalla. Sus comentarios no eran simplemente teóricos. Una tumba recientemente descubierta en Lancaster representa con orgullo a un jinete que mostraba una cabeza cercenada. Por tanto, cuando las tropas de Trajano le ofrecieron varias cabezas cortadas de enemigos, tal y como se ve en su columna, probablemente estaban llevando a cabo una práctica romana bien establecida. En este contexto, no resulta extraño encontrar al historiador Floro, del siglo II, jactándose del tratamiento dado a los tracios:

> «A los cautivos se los trataba salvajemente a fuego y espada, pero los bárbaros pensaban que no había nada más terrible que dejarlos vivos después de cortarles las manos y obligarlos a sobrevivir con su castigo» (1.39.7).

Un emperador que tenía éxito en la guerra podía disfrutar de una procesión triunfal por el centro de Roma, en la que los líderes derrotados de los enemigos desfilaban ante los espectadores, antes de ser humillados ritualmente y ejecutados según el ceremonial correspondiente.

Los derrotados no tenían refugio alguno, puesto que el ejército romano contaba con una poderosa artillería pesada y con mecanismos de asedio que sistemáticamente erradicaban cualquier resto de oposición. Este tipo de operación militar se usaba en ocasiones para pacificar pueblos dentro de las provincias romanas y a menudo ninguna fuente literaria los recogía, pero algunas rebeliones nativas acababan convirtiéndose en una auténtica guerra que requería una intervención militar sustancial de Roma. Incluso después de que la rebelión judía del año 66 d. C. fuera aplastada y Jerusalén cayera en el año

70, los romanos siguieron con la guerra y, durante seis meses, Flavio Silva mantuvo el asedio a los judíos que resistían en la gran fortaleza de Herodes de Masada. El sitio romano construido en terreno en pendiente se cernía amenazadoramente sobre los defensores y el gran montículo del cerco (los restos del cual todavía están en pie actualmente) se elevó hasta una altura de más de 90 metros, y una enorme plataforma de piedra se construyó encima para que sirviera como base segura para las diversas armas de asedio. Había que recorrer largas distancias para llevar agua y provisiones hasta allí, tarea de la que se encargaban prisioneros judíos, y los asediadores probablemente necesitaban unos 26 000 litros de agua diariamente. La operación acabó con el asalto de la fortaleza y el suicidio de los defensores, 960 hombres, mujeres y niños; sólo hubo siete supervivientes (Josefo, *Guerra de los judíos* 7275-406). La última revuelta en Judea, que tuvo lugar entre los años 132 y 135 d. C., causó más de un millón de bajas de guerra tan sólo en el bando de los judíos. La guerra sin cuartel fue un instrumento del poder romano incluso dentro de los confines de los territorios que gobernaban, y el ejército no cambiaba significativamente sus métodos ya se tratara de rebeliones o de guerras de conquista. Tácito conocía muy bien el impacto psicológico de la violencia romana, tal y como vemos en sus comentarios sobre la masacre de diez mil personas en la península de Crimea:

> «Con la destrucción de Uspe se provocó el miedo en los demás, quienes pensaban que ya no había nada seguro una vez que se allanaban por igual ejércitos, fortificaciones, lugares impracticables o eminentes, ríos y ciudades…» (*Anales* 12.17).

El ejército romano fue la mayor institución patrocinada por el Estado del mundo antiguo. Los emperadores obtenían prestigio y protección de él y también ofrecía la posibilidad de llevar a cabo aventuras militares. ¿Cómo se usaba este poderoso argumento? En el mundo moderno de los Estados-nación, los límites y fronteras son de gran importancia y, en consecuencia, el estudio de las relaciones internacionales es importante. Sin embargo, el Imperio romano no tenía ninguna estructura que justificara formular una política consistente para las zonas fronterizas o para dirigir el contacto con los pueblos en la periferia de la estructura provincial formal. No había ningún cargo que se ocupara del exterior, ni ministro del exterior, y tampoco cuerpo alguno que tomara decisiones. El emperador, efectivamente, tomaba decisiones que le iban bien, y pedía opinión a sus consejeros de mayor edad si así lo deseaba; cada decisión se tomaba individualmente y a propósito para cada situación. Si no había ningún alto mando del ejército, era posible que los generales no tuvieran la experiencia necesaria para tratar con algunos pueblos hostiles. Todo ello iba en contra del desarrollo de una política consistente. Otro factor importante era que los romanos del periodo imperial mantenían unos valores ciertamente militares y nunca perdieron realmente su actitud de superioridad que se remontaba a Augusto y a su programa de conquistas. El ejército, mediante sus victorias, perpetuó y animó esta ideología. Es famoso el verso de la *Eneida* de Virgilio en el que Júpiter, pomposamente, dice que dio a los romanos un «poder sin límites»; jamás habría escrito algo así sin creer al menos que era factible; sus palabras habrían sonado ridículas si su público no hubiera pensado del mismo modo. También había definido el papel de los romanos: perdonaban a los oprimidos (es decir, a quienes

reconocían el derecho obvio de Roma a gobernar) y «se enfrentaban» a los arrogantes (es decir, a cualquiera que se resistiera). Incluso el centrado Livio podía escribir que la gloria militar del pueblo romano era tan grande que resultaba obvio que su fundador era Marte. Antes de esto, Lucilio, el escritor de sátiras del siglo I a. C., había afirmado que los romanos en ocasiones habían perdido una batalla pero nunca una guerra, y la guerra lo significaba todo. Floro, el belicoso historiador, despreciaba a los pueblos extranjeros y creía que los enemigos de Roma eran prescindibles, puesto que ni siquiera sabían qué era la paz (2.29). Tal y como lo veían los romanos, no existía el concepto de una frontera como barrera formal. Por consiguiente, muchos escritores, aunque asumían la capacidad de Roma para derrotar a otros pueblos, argumentaban que si las tierras se dejaban sin conquistar, era porque no valían la pena:

> «Estos emperadores también anexionaron a su imperio algunos pueblos y sometieronn a otros que habían hecho defección. A pesar de que poseen lo mejor del mar y la tierra, prefieren, en una palabra, conservar su imperio por medio de la prudencia a extenderlo de modos indefinidos sobre tribus bárbaras, pobres y nada provechosas… Han colocado en torno a su imperio grandes campamentos y custodian una extensión tan grande de tierra y de mar como si de una plaza fuerte se tratara» (Apiano, *Historia Romana*, Prefacio 7).

Con este tipo de trasfondo intelectual, no resulta sorprendente que las clases superiores mantuvieran unos fuertes valores militares, y no cabe duda de la importancia que siguió teniendo para muchos senadores ostentar cargos militares y dirigir ejércitos dentro de las prácticas habituales de las clases superiores, aunque hubiera otros veinte modos diferentes de labrarse un nombre. Con toda seguridad, hubo senadores que apoyaron una política exterior arriesgada, con la esperanza de salir beneficiados. Esto nos lleva a la cima de la jerarquía oficial y a las ambiciones militares de los emperadores, que eran ejemplos destacados de la ideología militarista, por la forma en la que se vestían, por cómo se presentaban en términos de

títulos, honores y desfiles militares, por cómo el arte los plasmaba y, especialmente, por el hecho de que tomaran las riendas personalmente de las frecuentes campañas militares. Por consiguiente, podemos deducir que las relaciones con los pueblos extranjeros y la guerra podrían depender de la personalidad del emperador y de los ritmos de la política imperial.

Los historiadores se enfrentan al problema de que los antiguos escritores sólo ofrecían un análisis limitado de las zonas fronterizas y del desarrollo de la política romana, aunque en Tácito encontramos algunos comentarios útiles sobre la política romana en Germania justo después de la muerte de Augusto.

Al parecer, en una cita de una carta de Tiberio a Germanio concede la importancia que se merecen las ventajas de la diplomacia por encima de la guerra para asegurar los intereses romanos en el Rin. En otra parte, se muestra crítico con el emperador por llevar a cabo una política exterior indolente, donde Roma apenas tomaba la iniciativa o realizaba acción alguna. No obstante, esta podría ser una forma de criticar a un emperador poco popular. Resulta interesante que Dion Casio, que normalmente aprobaba las acciones de Trajano, no pudiera encontrar razones para sus campañas militares en el año 38 en Dacia y en Partia, al margen del deseo de obtener reconocimiento, por tanto el emperador quería demostrar su *virtus* mediante la *gloria* militar. Salta a la vista a partir de los comentarios realizados por Dion sobre la política de Septimio Severo de invadir Partia y crear la provincia de Mesopotamia que existía un conflicto entre la ideología militar y el análisis racional. Severo había afirmado que la seguridad era la razón que lo guiaba, es decir, proteger la provincia de Siria. Dion se mostró mordaz; no sólo la expedición fue horrendamente cara, sino que tuvo el efecto contrario, puesto que puso a los romanos en contacto con pueblos extraños y sus guerras, sin

conseguir beneficio alguno. Severo, por supuesto, necesitaba librar una guerra decente contra enemigos extranjeros para alejar la atención de las recientes guerras civiles. La política nacional, la ideología militar y la política exterior imperialista desempeñaron cada una un papel especial en esa adquisición de nuevos territorios, que no era del gusto de todos los senadores.

En el contexto de los problemas de nuestras fuentes, la arqueología tiene una función especial para identificar fuertes, campamentos, muros, carreteras y otras instalaciones militares, aunque a veces hay problemas para hacer una datación precisa y descubrir el propósito de los edificios. En algunas áreas, la investigación arqueológica permite llevar a cabo algún logro destacado, como por ejemplo cuando se logró identificar el lugar de la derrota de Varo en Kalkriese, en Germania, el año 9 d. C. Otro ejemplo es la historia del sitio y destrucción del puesto fronterizo romano en Dura-Europos en el Éufrates a manos del rey persa Shapur I en 256, que ninguna fuente literaria menciona. Los restos arqueológicos hallados allí muestran vívidamente la batalla por el control de la ciudad, en la que los persas usaron minas para tirar la fortificación, y los romanos contraatacaron excavando un túnel. Los esqueletos de al menos diecinueve soldados romanos y un soldado persa todavía con la armadura puesta se encontraron en la mina; los persas probablemente los habían oído llegar y los asfixiaron llenando el túnel de humo. Entonces, arrastraron los cuerpos para bloquear la entrada a la mina romana, antes de derrumbarla deliberadamente.

No obstante, a pesar de los logros de la arqueología, seguimos con poca información sobre el propósito y el desarrollo de la política romana para tratar con los pueblos extranjeros, y es tentador recurrir a analogías modernas. Una sugerencia interesante es que los romanos tenían una especie de «gran es-

trategia», que cambiaba conforme lo hacían las circunstancias militares. Desde el siglo I d. C. hasta la dinastía Flavia, los romanos no siguieron ninguna línea formal de defensa pero mantuvieron grandes concentraciones de tropas cerca de las zonas fronterizas; según las necesidades, las tropas se movían para controlar incursiones; además contaban con el apoyo de las fuerzas de los gobernantes aliados. Después, a partir de finales del siglo I hasta el final del II, se desarrolló un sistema de defensa con una frontera lineal, basado en unas fronteras cuidadosamente pensadas o «científicas». Esta defensa exclusiva servía para tratar con todas las amenazas que podían originarse fuera de la línea fronteriza, y así protegía a los habitantes del territorio romano. En la fase crítica del siglo II, con las reformas militares de Diocleciano y Constatino, se creó un sistema defensivo profundo. El Rin, el Danubio y, en menor extensión, el Éufrates formaban parte de las líneas de defensa acuarteladas de la segunda y tercera fase. Una característica importante de este sistema era el uso del poder y la influencia de los romanos sobre otros pueblos, así como la amenaza de la acción agresiva para mantener el control. La fuerza estaba disponible mediante la presencia de las legiones, pero cuando la fuerza se usaba, al contrario que el poder, se gastaba y se reducía.

Este análisis es probablemente demasiado esquemático, puesto que había grandes diferencias en el despliegue militar en las diversas partes del imperio, y puede llevar al error de hablar de una estrategia de ámbito imperial. Además, implica una mentalidad esencialmente defensiva, que no encaja con el pensamiento romano. Otras explicaciones son más convincentes; en algunas áreas, los romanos pudieron simplemente haber perdido su fuerza para seguir adelante al quedarse sin tropas o recursos. En otras ocasiones, en las zonas fronterizas, ciertos factores sociales, económicos y culturales complejos

habrían contribuido a la política romana. Tal vez el avance del imperio flaqueó cuando la ecuación ya no estaba a su favor, por ejemplo, en áreas de pobreza ecológica donde no resultaba beneficioso ocupar la tierra, o simplemente porque no resultaba factible llevar provisiones. Las condiciones locales en torno a las fronteras pudieron, por tanto, haber contribuido significativamente a la respuesta romana. Incluso en el caso del Muro de Adriano en Bretaña que unía Bowness con Wallsend, y que estaba manejado por auxiliares, aparentemente un ejemplo claro de una estructura defensiva para proteger el territorio romano, la realidad era probablemente más compleja; las legiones estaban ubicadas muy lejos del muro, cosa que tal vez era intencionada para controlar el tráfico de salida y entrada en la provincia.

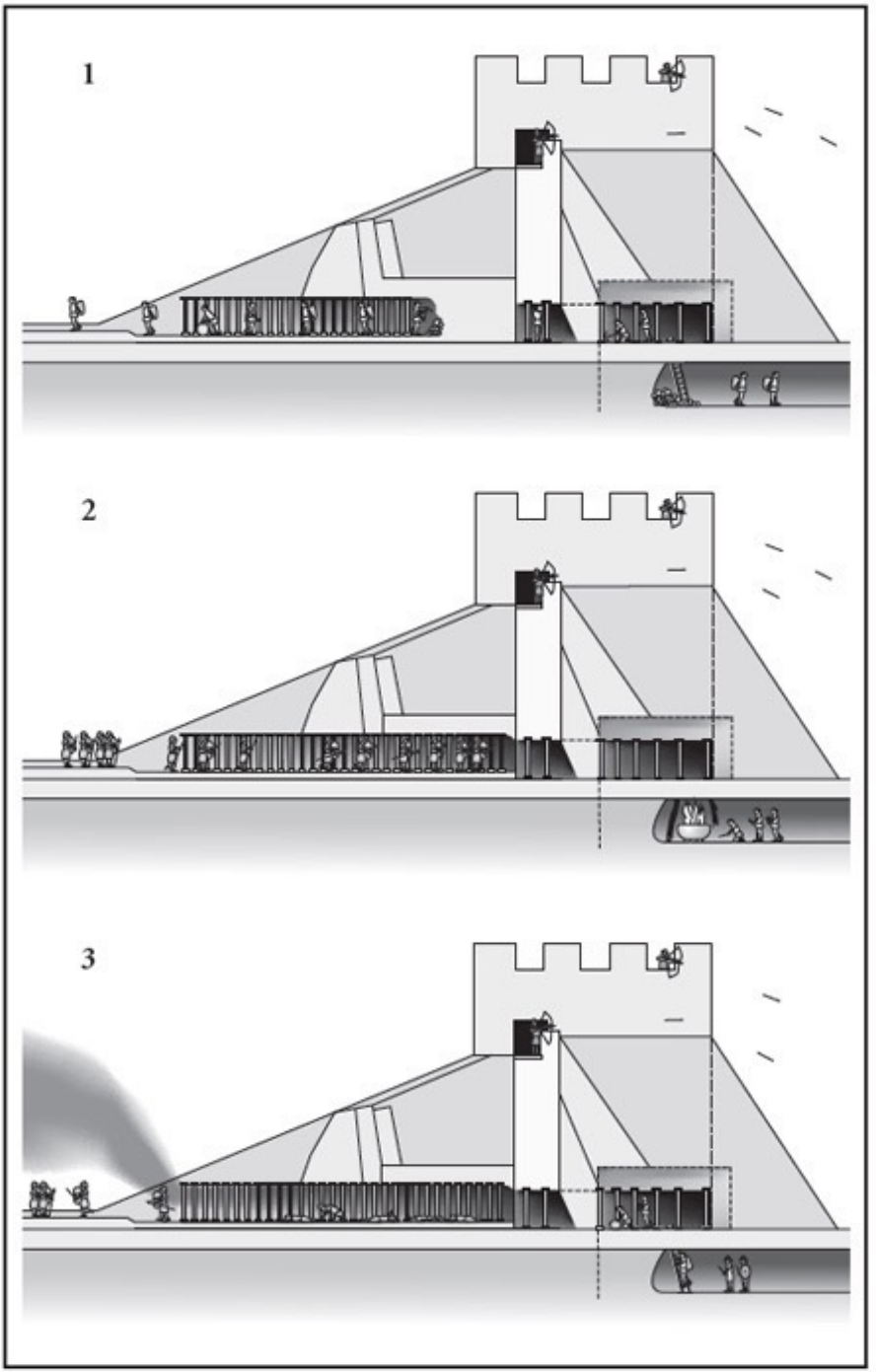


Figura 5. El sitio de Dura-Europos, 256 d.C. (permiso de Simon James, *AJA*, 2011, figura 20).

Las grandes aventuras ofensivas, especialmente las que requirieron grandes guerras, como cuando los ejércitos enemigos invadieron Britania, Dacia y Partia, tuvieron mucho que ver con el carácter del emperador, la situación política de ese momento y la importancia persistente de la ideología militar. Claudio era una figura poco atractiva: era cojo, le temblaba la cabeza y babeaba; también era políticamente débil por la forma en la que había llegado al poder, empujado por la guardia pretoriana después del asesinato de Calígula. Intentó reivindicarse lanzando la invasión de Britania en el año 43 d. C., sin motivos económicos o estragéticos, que requería la concentración de una enorme flota, cuatro legiones y unos 40 000 hombres. Según Suetonio, Claudio quería un triunfo formal, y pensó que Britania era el único lugar adecuado para ello. Desde luego, aprovechó la gloria militar, puesto que apareció en Britania en el clímax de la campaña de invasión, poniendo en escena un triunfo impresionante y extendiendo el límite sagrado de la ciudad de Roma (ya que había añadido nuevos territorios al imperio), e incluso llegó a dar a su hijo el nombre de Británico. En un discurso al Senado, se jactaba de este modo:

> «Temo parecer algo arrogante y haber buscado una excusa por vanagloriarme de la extensión que he llevado a cabo de los límites del imperio más allá del océano» (*ILS* 212).

A pesar del continuo aumento del territorio del imperio a lo largo de dos siglos (varias áreas fueron anexionadas sin recurrir a la guerra) y al recurso ofensivo del ejército profesional, los romanos no ignoraban los beneficios de la diplomacia. En el este, desde Augusto a Trajano, se había preservado un precario equilibrio de poder sin serias guerras contra el imperio de los partos, que era relativamente estable y sofisticado. Los elementos esenciales eran el control nominal de Armenia por parte de Roma gracias a poder elegir a sus reyes, la función

del Eufrates, que servía de forma efectiva como frontera (y era muy extraño que Roma aceptara algo así), y la buena voluntad de Roma de mantenerse al margen de los asuntos políticos de Partia. Tras algunas batallas inconsistentes llevadas a cabo por el general Domicio Corbulo, bajo el mandato de Nerón, se llegó a un inteligente compromiso el año 66 d. C.; los romanos aceptarían al hombre que propusieran los partianos para ser rey de Armenia siempre y cuando fuera a Roma para que el emperador lo coronara. No está claro si la posterior decisión de Vespasiano en la década de los setenta de convertir Capadocia en una provincia armada con una guarnición de dos legiones fue una medida que se tomó por la percepción de un debilitamiento de la influencia de Roma en Armenia. En cualquier caso, el acuerdo podía operar como una alternativa a una política agresiva en Armenia y Partia.

Trajano puso fin sin más a la tregua el año 114, prometiendo anexionar Armenia y rechazando todas las aproximaciones diplomáticas de los partos. Disfrutaba de la emoción de llevar a sus hombres a la batalla y quizás tenía en mente las hazañas del gran conquistador, Alejandro Magno. La campaña posterior, que tenía como objetivo un cambio de régimen en Partia y la adquisición de nuevas provincias fue un desastre militar, de modo que tras la muerte de Trajano, Adriano rápidamente retiró las tropas en el año 117. Sin embargo, el daño estaba hecho, y las relaciones entre romanos y partos ahora se caracterizarían por la sospecha y la hostilidad, que culminaría en el ataque contra Partia que llevó a cabo Septimio Severo y la creación de la nueva provincia de Mesopotamia. En el año 200 d. C., había ocho gobernadores provinciales a lo largo de las zonas fluviales del norte del imperio: la Germania Inferior (dos legiones), Germania Superior (dos legiones), Retia (una legión), Nórico (una legión), Panonia Superior (tres legiones), Panonia Inferior (una legión), Mesia Superior (dos legiones),

Mesia Inferior (dos legiones); en resumen, catorce de las treinta y tres legiones en servicio estaban ubicadas a lo largo de las orillas del Rin y del Danubio, con otras dos más, cruzado el Danubio, en Dacia; además, había más de cien unidades de infantería auxiliar y caballería. Había también diez legiones en el este, la mayoría cerca del Éufrates y el Tigris: dos en Capadocia, dos en Siria Coele, una en Siria Fenicia, dos en la Palestina Siria (Judea), dos en Mesopotamia, y una en Arabia; además, en el siglo II, había al menos siete escuadrones de caballería y veintidós cohortes auxiliares en Siria. Aunque los romanos no necesariamente consideraban los ríos comos barreras defensivas, sino más bien como medios de comunicación y una forma de transportar hombres y provisiones a sus diferentes bases militares, los ríos sí que actuaron como una puerta de la estructura militar romana hacia el siglo III. Simbólicamente, los romanos añadieron los ríos a su imperio y los mostraban como aliados. El río normalmente era personificado como un hombre con barba, que se presentaba para ayudar a las legiones. En una moneda acuñada bajo el gobierno de Trajano se representa esta idea vívidamente: en ella se muestra al río Danubio presionando con la rodilla y agarrando por la garganta a una figura femenina, que representa a Dacia aplastada, enfatizando el completo control que los romanos tenían sobre el país y el entorno (*Coins of the Roman Empire in the British Museum* III, p. 168, n.º 793).

8

El mundo de la Roma imperial

Cómo llegar a ser romano

«Como un patio bien rastrillado y cerrado… el mundo entero habla al unísono, más claramente que un coro; y está tan bien armonizado bajo su director jefe que se une en la plegaria para que este imperio pueda durar para siempre». El acaudalado profesor de griego Elio Arístides expresa de este modo una visión ideal de la fuerza unida del Imperio romano (Lewis y Reinhold, 1990, vol. II, pp. 23-24). La realidad era que los romanos unían sus territorios inconsistente y desigualmente al conceder la ciudadanía sólo a individuos o grupos. La siguiente fase era conseguir que estos ciudadanos y otros llegaran a ser tan romanos como fuera posible. A menudo no está claro si esta maniobra era deliberada o un producto accidental de otras actividades.

Los romanos estaban siempre dispuestos a conceder su ciudadanía a quienes les prestaran su ayuda, especialmente en la guerra. Bajo el gobierno de los emperadores, este proceso continuó y los nuevos ciudadanos adoptaron nombres romanos, que combinaban con su nombre original, como, por ejemplo, el orador atenés, el fabulosamente rico Tiberio Claudio Ático Herodes. Augusto había seguido una política de concesión de ciudadanía relativamente moderada, y en una ocasión se negó a los deseos de su mujer, Livia, de concederle

la ciudadanía a un galo, y en su lugar le ofreció una exención de impuestos, porque dijo que prefería perder dinero que ver cómo se degradaba el honor de la ciudadanía romana (Suetonio, *Augusto* 40.3). Claudio incluso llegó a quitarle la ciudadanía romana a una persona que no sabía hablar latín adecuadamente, aunque existía desde luego una constante tendencia al alza en la generosidad con la que se concedía la ciudadanía, marcada ocasionalmente por grandes gestos, como cuando Vespasiano concedió los derechos latinos (que suponían la mitad de la ciudadanía) a toda Hispania. Además, el aumento en los números de los *auxilia* que conformaban la mitad del ejército al llegar el año 14 d. C., fue importante, puesto que recibieron la ciudadanía, que también se extendía a sus hijos, al licenciarse. También era una práctica habitual del Gobierno conceder la ciudadanía a los hijos de los legionarios si se unían al ejército.

Gradualmente, los romanos incorporaron al cuerpo de ciudadanos a las élites ricas de las provincias, donde las colonias romanas y los *municipia* solían agrupar el mayor número de ciudadanos. Además, en las colonias más antiguas aumentaba la presencia de Roma, y se convertían así en una demostración del valor que tenía el modo de vida romano.

El proceso de conceder la ciudadanía está ilustrado en una tableta de bronce de Banasa en Mauritania Tingitana (la moderna Marruecos), que describía cómo Marco Aurelio y Lucio Vero concedían la ciudadanía como premio:

> «Copia de la carta de nuestros emperadores Antonino y Vero, Augustos, a Coiedio Máximo (¿el gobernador?):
>
> »Hemos leído la petición sobre Juliano el Zegrense, adjunta a tu carta, y aunque es extraño dar la ciudadanía romana a los hombres de esa tribu excepto cuando grandes servicios urgen al emperador a mostrar su bondad, sin embargo, puesto que afirmas que es uno de los líderes de su pueblo y siempre está dispuesto a ayudar en nuestros asuntos, y como no creemos que no haya muchas familias entre los zegrenses que puedan jactarse de sus servicios, y teniendo en cuenta que muchos pueden verse incitados a emular a Juliano por el

honor que le conferimos a su casa, aceptamos concederle la ciudadanía romana, sin que exista impedimento con la ley de la tribu, a él mismo, a su mujer Zidina, igual que a sus hijos Juliano, Máximo, Maximino y Diogeiano» (*Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 1971, 468).

Según la ideología romana, la extensión de la ciudadanía conllevaba ventajas para ambos lados, que tenían que ganarse, al mismo tiempo que no debían causar pérdida alguna a la comunidad local. Pruebas relacionadas demuestran que se mantenía un meticuloso registro documental de las concesiones de ciudadanía, en el que se incluían los nombres y edades de las mujeres e hijos. Después de años de siglos de concesiones de ciudadanía con cuentagotas, Caracalla, probablemente en el año 212, concedió la ciudadanía romana a toda la población del imperio con unas pocas excepciones. Conservamos las propias palabras del emperador en el texto de su edicto:

«El emperador César Marco Aurelio Severo Antonino Augusto declara:… puedo manifestar mi agradecimiento a los dioses inmortales que me protegen… considero, pues, que puedo… servir a su grandeza… haciendo participar conmigo en el culto de los dioses a todos los que pertenecen a mi pueblo. Por ello concedo a todos los peregrinos (¿?) que están sobre la tierra la ciudadanía romana [salvaguardando los derechos de las ciudades] con la excepción de los dediticios. Pues es legítimo que el mayor número no sólo esté sometido a todas las cargas, sino que también esté asociado a mi victoria. Este edicto será… la soberanía del pueblo romano» (Edicto de Caracalla, Papiro Giesen 40, col. 1, traducción de Jaime Alvar, en Luis García Moreno *et al*., *Historia del mundo clásico a través de sus textos, 2. Roma*, Alianza Editorial, Madrid, 1999, p. 242).

Aunque los motivos precisos no están claros (Dion Casio, que se mostraba hostil al Gobierno, pensaba que era para recaudar más dinero con los impuestos), es probable que fuera un gran acto de bondad, que encajaría con la naturaleza efusiva e impredecible de Caracalla. Obviamente la decisión del emperador era muy significativa, y también en términos simbólicos, puesto que marcaba la culminación de un largo proceso de incorporación de nuevos ciudadanos. De hecho, el nombre romano en sí mismo era atractivo, tal y como ilustra vívidamente Idibal Cafada Emilio, hijo de Himilis, que con-

cedía un edificio en Lepcis, Africa. Aunque no era un ciudadano romano, él (o su padre) había añadido una parte romana a su nombre para conseguir un mayor prestigio y estatus.

¿Qué significaba ser un ciudadano romano en el siglo III? Ya no existía ninguna actividad política significativa, que incluyera aprobar leyes o elegir a los magistrados, incluso aunque supusiéramos que los ciudadanos que vivían más lejos pudieran llegar a Roma. Sin embargo, quienes gozaban de una buena posición social ahora tenían más oportunidades para casarse con la élite romana, y también podían existir ciertas ventajas comerciales y legales. Por ejemplo, los ciudadanos romanos tenían derecho a apelar al emperador sobre una carga de capital. Sin embargo, en la práctica este derecho empezaba a perderse, en parte porque el aumento del número de ciudadanos hacía imposible que los emperadores pudieran ocuparse de todos. A finales del siglo II, la distinción entre *honestiores* y *humiliores* se hacía cada vez más importante, tanto en la práctica como en el castigo. Era una división de clases, pues los primeros eran senadores, *equites* y miembros de consejos locales en Italia y las provincias, mientras el resto de la población entraba dentro del otro grupo. De hecho, quienes más se beneficiaban de la concesión de la ciudadanía eran miembros de las clases altas, que ahora tenían un camino que les permitiría llegar a cargos ecuestres o senatoriales.

De hecho, una característica sorprendente del periodo imperial fue el aumento en el número de senadores del exterior de la tierra tradicional italiana. En la época de Augusto, la mayoría de senadores eran italianos, pero la zona de reclutamiento ya se había ido ampliando progresivamente, después de que se sumaran al orden senatorial los hombres de provincias acaudalados.

Naturalmente, las provincias con una larga presencia roma-

na hicieron los mayores progresos. Asia iba a la cabeza, puesto que un tercio de las familias senatoriales provenían de las provincias orientales. Otras provincias, como la Bética y la Galia Narbonense, también aportaron senadores relativamente rápido, mientras que no hay noticias de que hubiera ni un solo senador de Britania entre los siglos I y III d. C. Los nuevos senadores de fuera de Italia estaban enormemente orgullosos de su logro, tal y como se ve en las numerosas inscripciones honoríficas, como la que encontramos en Dídima:

> «Senador del pueblo romano, el quinto hombre de toda Asia que llegó a entrar en el Senado, y de Mileto y del resto de Jonia el primero y el único» (Dídima II, 1958, n.º 296, líneas 6-11).

Este sentimiento de orgullo se extendía por toda la familia del senador y una inscripción de Éfeso describe a Caninia Severa como: «Hija de Tiberio Claudio Severo, el primer efesio que llega a ser cónsul» (*Jahresheft des Österreichischen Archäologischen Instituts* 45, 1960. Beiblatt 92, n.º 19; Talbert, 1984, p. 36). Por supuesto, no todo el mundo podía alcanzar el estatus de C. Julio Severo de Ancira, que se convirtió en senador bajo Adriano y se refiere a sí mismo, en una inscripción memorial, como descendiente del rey Atalo de Pérgamo y de tres gobernantes gálatas; también estaba emparentado con varios antiguos cónsules.

Se asumía que Severo podía mantener el control de la situación en cualquier compañía, pero existían prejuicios contra los senadores de las provincias. Corría un broma muy conocida sobre que los senadores admitidos por Julio César no sabían ni cómo llegar al Senado. Horacio explica cómo los esnobs llegaban a decir de un senador:

> «¿Quién es ése? ¿Quién era su padre?»(*Sátiras* 1.6.27-32).

Por tanto, no resulta sorprendente que, cuando en el año 48 d. C., Claudio se dirigió al Senado para tratar el tema de admitir como nuevos miembros a los representantes de las tri-

bus del norte de la Galia, que eran miembros de la Asamblea provincial de Lugdunum (Lyon), se salió con la suya para desarmar a la oposición:

> «Fue realmente innovador que mi tío abuelo el divino Augusto y mi tío Tiberio César decidieran admitir en el Senado a la flor y nata de las colonias y municipios de todas partes, que eran obviamente hombres honorables y ricos. No obstante, podría sugerirse que un senador italiano es mejor que uno de las provincias… Pero yo creo que ni siquiera los hombres de las provincias deberían ser excluidos, siempre y cuando puedan añadir algún tipo de distinción en el Senado» (*ILS* 212).

En el siglo II d. C. se establecieron algunas normas (generalmente breves y poco efectivas) encaminadas posiblemente a establecer un vínculo más próximo entre los senadores e Italia. Trajano estableció que todos los candidatos al cargo debían invertir un tercio de su capital en tierra italiana, mientras que Marco Aurelio insistió en que los senadores de origen no itálico debían invertir un cuarto de su capital en Italia. En cualquier caso hubo un gran cambio en la forma de admisión en el Senado y el componente hereditario perdió fuerza. La mayoría de familias republicanas habían muerto al final de la dinastía Julio-Claudia, e incluso era posible que los nuevos miembros no pudieran mantener a su familia en el orden senatorial, de ahí que siempre se necesitaran nuevos miembros. La pertenencia al Senado siempre fue un privilegio reservado a la élite acaudalada, de manera que apenas hubo cambios en su mentalidad, que siguió siendo conservadora, y además los senadores siguieron preocupándose básicamente de las prerrogativas tradicionales del Senado. En el siglo III, Dion Casio criticó al nuevo emperador Macrino porque había adoptado los títulos imperiales sin esperar a que el Senado lo votara, tal y como dictaba la tradición.

¿Cuán romanos eran los ciudadanos de las provincias? ¿Cuál fue el éxito verdadero de la romanización? Con este término se denomina el proceso por el que los pueblos locales

adquirían gradualmente prácticas culturales que podían reconocerse como significativamente romanas, y que participaban del modo de vida romano. Los conquistadores romanos no lo imponían, puesto que Roma carecía de unos valores culturales predominantes, y más bien tendían a absorber y adaptar las de los otros. Por tanto, en un camino de doble sentido, los pueblos indígenas tenían la oportunidad de influir en Roma. En algunos aspectos, sin embargo, los romanos podían dar directrices muy fuertes. En primer lugar, las colonias eran centros del modo de vida romano que promocionaban Roma, el emperador y las prácticas romanas. Por ejemplo, Lugdunum, fundada en el año 43 a. C. en la confluencia entre el Rin y el Saona, estaba en el corazón del sistema de carreteras de la Galia, la capital de la provincia Narbonense, y era el centro del culto al emperador de las tres provincias gálicas. En segundo lugar, las concesiones de ciudadanía, no sólo a los más acaudalados, sino también a los auxiliares y a sus familias, plasmaban las ventajas de asociarse con Roma; en definitiva, eran misioneros de la ideología romana. Los ricos que eran admitidos en el Senado no eran una simple presencia simbólica, puesto que los hombres con talento y con la aprobación del emperador tenían la posibilidad de llegar a conseguir un alto cargo. Por ejemplo, Julio Quadrato Basso, de linaje real de Pérgamo, tuvo una larga y distinguida carrera durante la cual fue un mando militar y compañero de Trajano en la campaña de Dacia en los años 101-102 y 105-106 d. C. Cuando murió, mientras era gobernador de Dacia, su cuerpo fue repatriado a Pérgamo, donde se celebró un funeral público por orden de Adriano. En tercer lugar, los oficiales y gobernantes podían usar como aliciente elementos atractivos de la vida civilizada para seducir a los nativos y que aceptaran así las costumbres romanas, según se dice que hizo Agrícola como gobernador de Britania: animó a los habitantes locales a intere-

sarse por las construcciones e instalaciones romanas típicas, y enseñó latín a los hijos de los jefes locales. Tácito cínicamente, aunque no sin razón, observó que ese estado podía parecer civilización, pero era más bien una cuestión de sometimiento (*Agricola* 21).

Lo más normal era que la romanización fuera un proceso indirecto, resultado del contacto y la familiarización con el modo romano de hacer las cosas. Por tanto no era un proceso homogéneo y dependía de varios factores: la riqueza y la actitud receptiva de los nativos, así como la extensión y la naturaleza del control romano. El latín se usaba en la Administración y el ejército, de modo que quienes quisieran servir en ellos tenían que dominarlo. Los romanos impusieron toda una estructura de administración de las provincias, y con el aumento de la ciudadanía creció el uso del derecho romano, cuyos principios a menudo adoptaban las comunidades locales.

Por ejemplo, en la provincia de Arabia, una mujer judía, Babatha, que estaba litigando por la custodia de su hijo Jesús, parece que siguió voluntariamente la reglas jurídicas romanas al formular su demanda (Cotton, *Journal of Roman Studies* 83, 1993, 94). Allá donde iban, los romanos construían carreteras y edificios de uso cívico, y esos signos visibles de la presencia romana, así como los logros tecnológicos, se convirtieron en el punto de atención de muchas comunidades en el oeste y en el este de Grecia. Los baños, acueductos, el sistema de canalización del agua y las emociones del circo eran muy bien recibidos. No obstante, las tradiciones locales se preservaban, y sobre todo los griegos se preocupaban por mantener sus edificios públicos tradicionales. Tal y como Trajano lo expresó:

> «A todos esos pobres griegos les encanta un gimnasio» (Plinio, 1 *Cartas*, 10.40).

Para muchos pueblos la vida era aceptable. En el este de

Grecia, el griego era la segunda lengua oficial tras el latín, y la mayoría de oficiales romanos podían hablarlo. El hebreo, el arameo y el griego se hablaban en Judea; el griego, en Siria; el sirio más al este; y el demótico, en Egipto, aunque la lengua de esa Administración era sólo el griego. También estaban permitidas las lenguas locales, tal y como demuestra el comentario del jurista Ulpiano que pide que un testamento pudiera escribirse en cualquier lengua, ya fuera el latín o el griego, el galo (=celta), el púnico o el asirio, o «cualquier otro idioma» siempre y cuando los participantes pudieran entenderlo, aunque fuera mediante un intérprete. Formar parte del Imperio romano no necesariamente implicaba la pérdida de la identidad cultural. Es más, el Gobierno estable de Roma aseguraba la paz en muchas partes del imperio lejos de las zonas fronterizas, de modo que la riqueza y el comercio crecían, cosa que beneficiaba a los ciudadanos ricos, pero también a los más pobres. Todos estos factores animaban a las comunidades a integrarse en el sistema romano, y a la mayoría de pueblos ni se les pasaba por la cabeza derribar ese sistema. Las comunidades griegas de Grecia y Asia tenían sus propias ideas, y hacían un gran hincapié por conservar su lengua común, y su lealtad a la ciudad era de suma importancia. Sin embargo, el respeto a su identidad griega podía combinarse con la lealtad a Roma. De hecho, la gestión romana generalmente era ventajosa para las élites adineradas, puesto que ayudaban a los romanos a dirigir la Administración provincial; pero se producía un efecto de «filtración», puesto que los ricos, apoyados y animados por los emperadores, embellecieron sus ciudades, se hicieron cargo de los gastos del gobierno de la ciudad, levantaron nuevos edificios o hicieron reparaciones, de manera que beneficiaron a sus conciudadanos; en este caso, la rivalidad entre unos y otros, y entre ciudades fue un gran incentivo.

La sociedad en la que muchos hombres de provincias entraban como ciudadanos romanos estaba dominada por la clase y el estatus. A la mayoría de ellos les habría resultado familiar y no habrían tenido problemas por ello, ya que normalmente eran los miembros más ricos de la ciudad o los jefes de las tribus. La sociedad romana era una pirámide, en cuya cúspide estaban los senadores y los *equites* con sus prerrogativas apropiadas y símbolos públicos. Los ciudadanos normales de Roma debían la mayor parte de sus beneficios al emperador, pero no tenían mucho que celebrar en una ciudad abarrotada e incómoda, que estaba en buena parte sujeta a los peligros del fuego y las inundaciones del Tíber. La base de la pirámide seguían siendo los esclavos. Hacia el final de la República, había probablemente unos dos millones de esclavos en Italia, y los números siguieron creciendo en el periodo imperial. El número de esclavos que tenía cada individuo era en parte una marca de estatus, e incluso los menos beneficiados como los soldados y los veteranos solían tener unos cuantos esclavos. El dueño tenía el poder de decidir sobre la vida y la muerte de sus esclavos, lo que se mantuvo a pesar de que algunos emperadores auspiciaran una legislación humanista. Por ejemplo, Claudio estableció que un esclavo enfermo abandonado por su dueño conseguiría la libertad (Suetonio, *Claudio* 25). El factor novedoso era que el propio emperador mantenía a una gran cantidad de esclavos en su enorme casa. Aunque la sociedad romana se regía por el estatus y era jerárquica, en ocasiones existía un sorprendente grado de movilidad social y una de las formas principales era mediante la liberación (manumisión) de esclavos.

Los antiguos esclavos adquirían el estatus de libertos (*liberti*) y la ciudadanía romana a menos que hubieran cometido

una seria ofensa. Esta práctica inyectó en la sociedad un gran número de personas con una enorme variedad de talentos. No resulta, por tanto, sorprendente encontrar a estos individuos en diversas ocupaciones y empresas, especialmente en grandes extensiones urbanas como Roma, Ostia y Pompeya. Las pruebas (sobre todo las inscripciones), sin embargo, dan hasta cierto punto una visión exagerada de su papel, puesto que los libertos con éxito solían levantar monumentos para dejar asentado su estatus y les servían para demostrar lo que habían conseguido en un mundo donde nacer libre seguía siendo una distinción social. No obstante, los libertos fueron claramente un factor significativo en la vida comercial del mundo romano, y se los encuentra en algunas de las asociaciones más importantes que agrupaban a los profesionales de una misma ocupación (*collegia*) o trabajo, como los ebanistas y carpinteros, los constructores de barcos, los vendedores de cereales, los artesanos que elaboraban perfumes e incienso, los ceramistas y los comerciantes en general. Trabajaban en la comercialización del maíz (*annona*), donde Claudio ofrecía una ciudadanía plena a aquéllos con derechos latinos (es decir, a quienes no habían liberado adecuadamente) para incentivar las inversiones. Los libertos también servían en el cuerpo de bomberos romano (*Vigiles*), mientras que, si contaban con una mayor educación, trabajaban como tutores, secretarios y doctores. Los libertos del emperador solían tener un estatus mayor, porque habían tenido el dueño más poderoso. Solían hacer varios trabajos cercanos a la persona del emperador, como ocuparse de su ropa para los triunfos, hacer catas de la comida o ser el chef imperial. Se desarrolló una especie de jerarquía: por ejemplo, un tal Teoprepes ascendió de supervisor de la cristalería de palacio a procurador de las tareas de tinte en Acaya. Durante un tiempo, los libertos actuaron también como secretarios imperiales, probablemente el cargo más alto

al que podían aspirar. Augusto desde el principio vio el valor potencial que tenía mantener a los libertos del lado del régimen, y se creó el colegio de los *Augustales*, que incluía principalmente a los libertos más adinerados, que oficiaban el culto imperial a nivel local y organizaban juegos en ciudades pequeñas; en la práctica, actuaban como una orden por debajo de los consejeros de la ciudad, lo que les permitía adquirir dignidad y usar su riqueza a favor de la comunidad.

Los esclavos romanos, al contrario que los esclavos negros de Estados Unidos, no se distinguían por el color; tenían el mismo aspecto que sus dueños, así que una vez que eran libres podían mezclarse con las clases bajas de la sociedad. Además, muchos libertos se enriquecieron mucho y el dinero les proporcionó estatus. Sin embargo, tenían que superar el estigma considerable que acarreaban sus orígenes serviles. En concreto, se elaboró una regulación de la relación de los libertos con su anterior dueño. El dueño actuaba como una especie de patrón, y el liberto le debía obediencia y la prestación de varios tipos de servicios; asimismo, la ley establecía severos castigos para el liberto que incumpliera sus obligaciones. Los libertos no podían entrar en las órdenes de senadores ni *equites*, no podían casarse con miembros de las clases superiores, no podían optar a las magistraturas mayores locales y no podían servir en las legiones. No obstante, aún era más importante que las clases superiores a menudo miraban por encima del hombro a los libertos y despreciaban su riqueza; buena parte de este resentimiento podía centrarse directamente en los libertos imperiales más eminentes, que ejercían de secretarios y que, a través de su proximidad al emperador, pudieron ganar poder, influencia y ventajas, más allá del estatus que les correspondía en la sociedad. El escritor del siglo I d. C. Petronio, en su novela *El Satiricón*, creó un magnífico personaje cómico, un antiguo esclavo llamado Trimalquión, que gracias a

la suerte de recibir una herencia de su señor y por su perspicacia con los negocios había llegado a ser fabulosamente rico (incluso más que muchos senadores), pero a pesar de todo seguía siendo de extracción baja, grosero y vulgar. Es posible que aquí encontremos una crítica común de las actividades de los libertos. Juvenal, escritor de sátiras, mostró sin tapujos su desdén por el contexto histórico agitado de las clases sociales en Roma y pensaba que la mezcla cosmopolita de inmigrantes tenía unas consecuencias muy poco sanas:

> «Hace ya mucho tiempo que los Orontes sirios han estado lavando su suciedad en el Tíber» (3.62).

Lejos de las estructuras de las clases superiores, muchos libertos desempeñaron una función importante en las comunidades locales. Por ejemplo, Publio Merula fue un médico liberto que usó su riqueza para ayudar a los Asís, donde él se había asentado:

> «Publio Decimio Eros Merula, liberto de Publio, médico clínico, cirujano, oculista, miembro del consejo de los seis. Por su libertad pagó 50 000 sestercios. Por llegar a ser miembro del consejo de los seis contribuyó a la comunidad con 2000 sestercios. Para erigir estatuas en el templo de Hércules, donó 30 000 sestercios. Para pavimentar las calles, contribuyó al tesoro municipal con 37 000 sestercios. El día anterior a su muerte, dejó una herencia de… sestercios» (*ILS* 7812).

La liberación legal de grandes números de esclavos que se convirtieron, entonces, en ciudadanos romanos fue una característica distintiva de la sociedad romana, lo que abriría el camino hacia la movilidad social y a la renovación del cuerpo de ciudadanos. Cuando en el año 56 d. C., el Senado debatió si los patrones deberían tener derecho a volver a convertir en esclavos a los libertos irrespetuosos, se presentó como contraargumento que la mayoría de *equites* y muchos senadores descendían de esclavos: ¡los antiguos esclavos estaban en todas partes! Las relaciones entre antiguos dueños y los libertos modestos solían ser solícitas y se establecían vínculos afectivos. Al tratar con su propios libertos, Plinio el Joven se mostró

muy considerado con su lector personal, pues lo envió a Egipto para intentar curar su tisis (*Cartas* 5.19).

Muchas inscripciones dan muestras de estas buenas relaciones:

> «Marco Canuleyo Zosimo: vivió veintiocho años; su patrón erigió este monumento a un liberto que se lo merecía mucho. Nunca en su vida habló mal de nadie. No hizo nada sin el consentimiento de su patrón; siempre tuvo mucho oro y plata en su propiedad, y nunca codició nada de él; en su oficio superaba a cualquiera». (*ILS* 7695; Roma).

Los patrones a menudo permitían a los libertos y libertas que fueran enterrados en la tumba familiar, tal y como vemos en otra inscripción de Roma, que también sugería que sus relaciones no eran siempre igual de buenas:

> «Marco Emilio Artema construyó esto para Marco Licinio Successus, su hermano, que bien lo merecía, y para Cecilia Modesta, su mujer, y para sus libertos y libertas y sus descendientes, con la excepción del liberto Hermes, a quien, debido a sus ofensas, prohíbo el acceso, o que se acerque siquiera, así como la entrada en esta tumba» (*ILS* 8285).

La plebe nacida en Roma trabajaba junto a los libertos, haciendo a menudo el mismo trabajo que los artistas y artesanos; también trabajaban en la industria de la construcción y en los puertos de Roma y Ostia, descargando barcos; en las áreas rurales, se necesitaban temporeros en los campos. Las mujeres, por su parte, trabajaban sobre todo en algunos oficios, como tejiendo la lana y arreglando la ropa, y en un número de actividades profesionales limitadas, como peluqueras, comadronas, nodrizas e incluso doctoras. Una tal Antióquida, que provenía de Tlos, en Licia, recibió grandes elogios por sus conocimientos de «habilidades médicas». Como en todas las épocas, muchas mujeres proporcionaban relajación y placer de diferentes modos, ya fuera como cantantes, bailarinas o camareras. Una inscripción de Casino, en Italia, revela cómo cuatro libertas llegaron a un acuerdo para dirigir el hotel cerca del santuario de Venus:

> «Flacceia Lais, liberta de Aulo, Orbia Lais, liberta de Caya, Cominia Philo-

caris, liberta de Marco, Venturia Thais, liberta de Quinto, fundaron una casa de comidas para Venus, con sus propios fondos; la concesión no puede ser revocada» (*L'Année épigraphique* 1975.197).

Es probable que estas cuatro damas honraran a la diosa del amor más directamente sirviendo también como prostitutas. En el mundo romano, las prostitutas tenían mala fama y en Roma estaban obligadas a informar a los ediles, que eran los responsables de salvaguardar el orden público. Esto habrá permitido a las autoridades identificar y mantener vigilados los burdeles, considerados una fuente probable de altercados. Algunas grandes cortesanas podían ser ricas si llegaban a tener una serie de clientes adinerados, que estuvieran dispuestos a colmarles del lujo que exigían. La mayoría de las prostitutas normales, que podían ser identificadas por sus vestidos cortos y coloridos, así como por su peinado elaborado, cobraban una tarifa por cliente. En Pompeya, aunque muchos encuentros sexuales debían de tener lugar fuera, en los callejones de la ciudad, o entre las tumbas, había nueve burdeles oficiales en el área del centro. El anuncio de un negocio dice: «[símbolo de prostituta]; Soy tuya por dos ases en metálico». Algunas cobraban dieciséis ases. El negocio del sexo era lucrativo y, finalmente, a partir del reinado de Calígula, el Gobierno gravó ese trabajo con un impuesto que posiblemente se correspondía a una sesión de sexo al mes.

Algunas de las mejores pruebas de las actividades de la gente normal, sus preocupaciones y placeres, aparecen en el registro de asociaciones (*collegia*) que prevalecían en Roma, Italia y algunas provincias. Sus miembros cubrían todo el espectro social de las clases superiores, de la plebe nacida libre, de los libertos e, incluso, de los esclavos. Un *collegium* era una especie de club de particulares con una serie de reglas consagradas en una constitución, oficiales, fondos comunes y momentos de reunión establecidos. Había tres tipos principales:

los que rendían culto a una deidad en concreto, las sociedades de sepelios y los que se asociaban con personas de profesiones u oficios particulares. No obstante, la mayoría de *collegia* tenía algún tipo de asociación religiosa. En general, estos clubes desempeñaban un importante papel social, sobre todo para la gente más pobre, porque satisfacían la necesidad de asociarse y proporcionaban un ambiente agradable; había cenas frecuentes, bebidas y diversiones, y sus fundadores eran los miembros más ricos. A un oficial importante se lo llamaba «encargado de las cenas». Además, el sepelio era importante para los pobres, puesto que existía un miedo real a la falta de un entierro adecuado, porque eso significaría que el espíritu de un hombre vagaría para siempre jamás. Las reglas de una sociedad en Lanuvium, por ejemplo, establecían que siempre que un miembro moría a más de 30 kilómetros de la ciudad, tres hombres de la sociedad debían ocuparse del funeral (*ILS* 7212). Los *collegia* también eran un medio importante para las ambiciones políticas personales. A cierto nivel, los patrones senatoriales ricos que daban dinero y regalos conseguían prestigio. Los miembros menos importantes tenían la oportunidad de ejercer cierto poder y autoridad mediante las elecciones y ejerciendo algún cargo dentro del club, que funcionaba del mismo modo que el gobierno municipal. De hecho, los *collegia* tenían una función importante en la política municipal por el apoyo que daban a ciertos candidatos. En Pompeya, encontramos en las paredes eslóganes electorales como este:

> «Los orfebres urgen unánimamente a la elección de Gayo Cuspio Pansa como edil». (*ILS* 6419e).

Aunque los *collegia* no funcionaban como los sindicatos modernos (el trabajo en la antigua Roma estaba organizado a pequeña escala con muchos trabajadores temporales o esclavos), la actitud del Gobierno ante ellos era ambivalente. En el periodo imperial, existía el miedo de que los clubes privados

que no estuvieran bajo su control directo pudieran fomentar el desorden público o ser una tapadera para cometer actos ilegales. Al mismo tiempo, el Gobierno deseaba permitir las asociaciones siempre y cuando aportaran algún beneficio público. A partir de mediados del siglo I a. C., las leyes moderaban la libertad de asociación, y la *Lex Iulia* (aprobada por Julio César o Augusto) prohibía los *collegia*, de modo que un *collegium* se convirtió en una concesión que debían aprobar el emperador o el Senado. Con esta dura legislación de fondo, el Gobierno hizo varias concesiones. En algún punto, se permitió que los clubes de sepelio se reunieran sin un permiso especial una vez al mes para recaudar sus donativos, y las asambleas con propósitos religiosos se permitían siempre y cuando no se incumplieran otras restricciones.

No obstante, los castigos por convocar un club ilegal eran severos, similares al caso de quienes ocupaban espacios públicos con hombres armados, es decir, se equiparaba con el delito de traición. Y algunos emperadores siguieron una política férrea al respecto. Trajano se negó a permitir que una brigada de bomberos se fundara en Nicomedia porque:

> «las sociedades como esa han sido responsables de altercados políticos en su provincia (Bitinia)» (Plinio, *Cartas* 10.34).

En otros lugares, este tipo de clubes prosiguieron porque la gente normalmente tenía pocos medios de conseguir ayuda o apoyo social, aunque un ejemplo de Alburno Maior en Dacia, en los confines del imperio, muestra que no todos podían prosperar, con la triste disolución de una sociedad en el año 167 d. C.:

> «Artemidoro, hijo de Apolonio, director de la Sociedad de Júpiter Cerneno… con este aviso públicamente afirma que de los cincuenta y cuatro miembros que solían conformar la sociedad arriba mencionada, ahora sólo quedan en Alburno no más de diecisiete, y de que incluso Julio… su codirector, no ha acudido a Alburno o a [una reunión de] la sociedad desde que tomó el cargo… no había suficiente para gastos de sepelios, y no quedaba ni un solo ataúd, y durante todo este tiempo nadie ha estado dispuesto a acudir a las

reuniones en los días acordados por la ley local, o para contribuir con dinero para los enterramientos» (*ILS* 7215a = Lewis y Reinhold, 1990, vol. II, pp. 188-9).

Un importante hilo que unía los diversos niveles de la sociedad era el patrocinio. Igual que durante la República, las familias de las clases superiores competían por el apoyo y el prestigio concediendo favores a sus clientes y protegidos. Los comandantes del ejército tenían una fuente de clientes particularmente jugosa en los puestos menores del ejército que tenían a sus órdenes, y sus amigos a veces se acercaban a ellos en nombre de otros, con lo que se creaba una cadena de favores. El patrón recibiría muestras de gratitud, lo que podía plasmarse en legarle parte de su herencia, o en expresiones públicas de respeto, como acudir a saludarlo a primera hora de la mañana, así como en otros asuntos. La gente importante con los contactos adecuados podía usar su influencia en beneficio de otros. Una inscripción del siglo III de Roma muestra el papel que desempeñaba una virgen vestal al asegurar un puesto:

> «Para Campia Severina, la más reverendísima virgen vestal, cuya genuina castidad, confirmada por la continuada alabanza pública, coronó el Senado; Q. Veturio Calistrato, un hombre eminente, gracias a su apoyo fue señalado procurador de los ingresos privados de las bibliotecas de nuestro Augusto, y su procurador» (*ILS* 4928).

En las provincias funcionaba el mismo sistema. Plutarco señala cómo los hombres de las provincias usaban los contactos que tenían con las familias distinguidas de Roma para obtener cargos como gobernadores y procuradores (*Moralia* 814D). En su provincia el gobernador ejercía un enorme patrocinio, puesto que era responsable de la jurisdicción y la administración de todas las comunidades locales. A nivel personal, un gobernador podía agilizar un juicio o incluso proteger a individuos determinados de ser juzgados. En un contexto más amplio, los hombres de las provincias necesitaban asegurarse un punto de contacto con el gobernador, que podía in-

terferir en un amplio abanico de actividades, incluidas la otorgación de cargos y honores, las obligaciones financieras locales, en las que las exenciones eran a menudo un motivo de discordia, y la toma de decisiones sobre los edificios públicos. En particular, cuando el gobernador se trasladaba por la provincia para sus vistas judiciales (el *conventus*), solía quedarse en las casas de hombres importantes de las provincias, que mediante una adecuada demostración de entretenimiento y hospitalidad podían establecer vínculos útiles, que pudieran explotar en la provincia más tarde en Roma. De nuevo, era importante acercarse al gobernador o a su familia y amigos, y establecer lazos personales. Las pruebas sugieren que el patrocinio era una actividad de las clases superiores, y consistía en compartir intereses y en conseguir acceder a la gente importante. En parte, esto es el resultado de la naturaleza de esas pruebas, y es probable que hubiera una relación de patrocinio entre un terrateniente y las clases más bajas; el granjero arrendatario que carecía de tierra y cultivaba un terreno que pertenecía a alguien más acaudalado, hasta cierto punto se aproximaba a la posición de un cliente. El patrocinio municipal podía ser beneficioso para todos los miembros de una comunidad, incluidos los pequeños agricultores que araban los terrenos quizás más cercanos a la ciudad.

Muchos hombres y mujeres ricos gastaban con generosidad en su comunidad local. Sin duda, algunos hacían demostraciones filantrópicas desinteresadas, pero otros tal vez esperaban suavizar las tensiones sociales o ganar prestigio, patrocinio e influencia política local. T. Helvio Basila de Atina dejó dinero en su testamento para proporcionar comida, y una suma de dinero, para los niños de su población hasta que se hicieron mayores (*ILS* 977). De forma similar, Plinio el Joven dispuso que permanentemente una parte sustancial de los bienes raíces debería reservarse para sustentar a los chicos y chi-

cas nacidos libres de Como, su ciudad natal (*Cartas* 7.18; *ILS* 2927). La idea de la generosidad personal también se ilustra en una inscripción del Teate Marrucinorum en Italia:

> «En honor a la casa imperial, Dusmia Numisilla, hija de Marco, en su propio nombre y en el de su marido, L. Trebio Segundo, restauró con sus propios fondos el suministro de agua, que había sido canalizada por C. Asinio Galo sin éxito, trayéndola desde su fuente, además de construir un conducto y pozos, y aumentándolo con nuevas ramificaciones» (*ILS* 5761).

En las provincias también los ricos competían por hacer obras de caridad a sus ciudades nativas, en parte para aumentar su fama con bonitos edificios y otros atributos. Por ejemplo, una inscripción de Castulo en la Hispania Tarraconense informa de cómo Annia Victorina, en memoria de su marido e hijo, celebró con una dedicatoria formal y un banquete su instalación del suministro de agua y otras insfraestructuras (*ILS* 5764). En Araegenuae, en la provincia de Lugdunensis (Lyon), un magistrado local, Tito Sennio Sollemne, que también tenía muy buenas relaciones con los oficiales romanos, fue muy generoso con su comunidad:

> «… ocupó todos los cargos y realizó todas las obligaciones públicas… de toda su comunidad y, al mismo tiempo, como sumo sacerdote de Roma y [Augusto en el altar] montó todo tipo de espectáculos; hubo 32 luchas de gladiadores en total, y de éstos, durante un periodo de cuatro días, 8 lucharon hasta la muerte. Sollemne completó unos baños que… había dejado en su testamento para disfrute de sus conciudadanos, en su colonia… tras poner los cimientos; del mismo modo, legó… las ganancias en perpetuidad, a partir de las cuales se equiparía» (traducción en Levick, 2000, n.º 178).

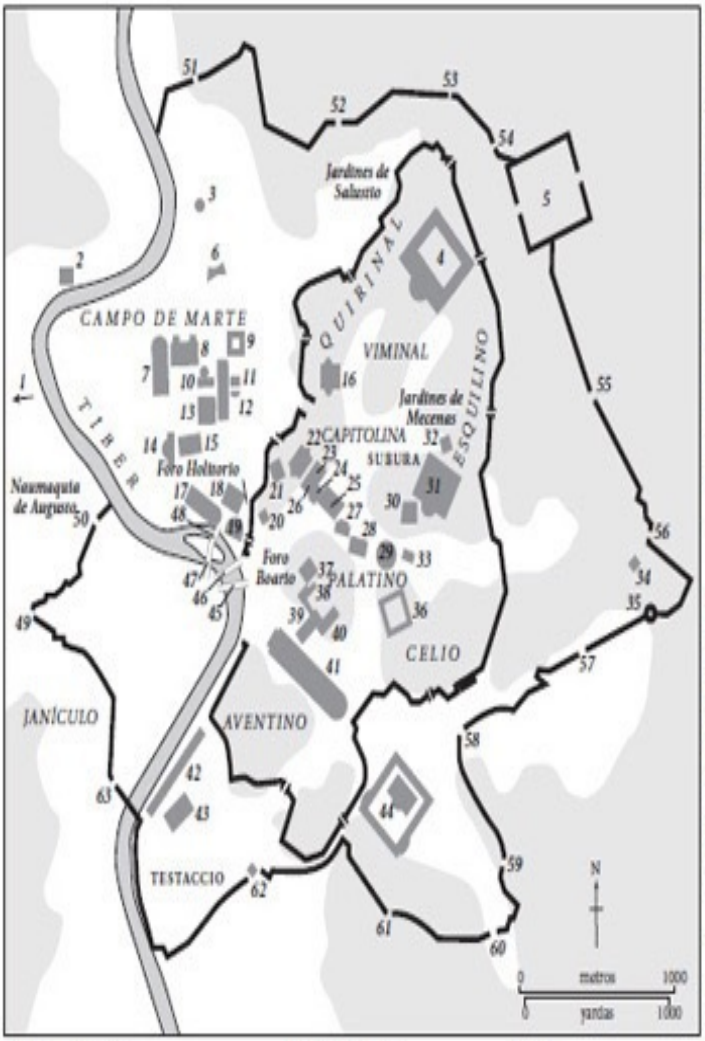
El patrón supremo era el emperador. Era quien más beneficios podía conceder y era a quien, sin duda, se le debía mayor sumisión. Al mismo tiempo, al fomentar el desarrollo de servicios proporcionados por el Estado bajo su protección, el emperador se aseguraba de que se necesitaran menos individuos poderosos. Tal y como Séneca observó, los emperadores estaban en posición de garantizar muchos beneficios, pero recibían sólo unos pocos regalos a cambio que no se podían comparar (*De Beneficiis* 5.4.2). En cualquier caso, la cantidad

de favores personales que los emperadores concedían era inmensa, entre los que se incluían una categoría senatorial o ecuestre, una variedad de cargos y puestos militares, cesiones de dinero a senadores empobrecidos, o concesiones legales y privilegios deseados, como aquellos que daban a los hombres que tenían hijos. Que se supiera que el emperador era proclive a conceder beneficios implicó que los métodos para acercarse a él fueran de gran importancia. En este caso, los senadores de alto rango y los *equites* podían aumentar su estatus si conseguían la atención del emperador. Había otros caminos, por ejemplo, a través de libertos, sofistas y otros hombres de talento literario influyentes que podían atraer la atención del emperador por sus logros intelectuales y, quizás, ganar alguna concesión o beneficio para su ciudad.

La ciudad de Roma era la principal receptora de los beneficios del emperador, pues era de lejos el mayor asentamiento urbano del mundo antiguo y, por tanto, un escenario impresionante en el que muchos de los grandes sucesos de la historia de Roma se promulgaban. Era un logro considerable organizar y mantener una gran conglomeración que ascendía a un millón, en la que la pobreza de las viviendas privadas de los más desfavorecidos, a menudo manzanas de casas de vecinos con apartamentos, contrastaba con la grandeza monumental de la arquitectura pública. Todos los emperadores solían añadir nuevos edificios donde les parecía, así que el centro de la ciudad, con numerosas adiciones, carecía de un plan de conjunto, pero demostraba la preocupación imperial de proporcionar al pueblo romano un entorno grandioso para sus ocupaciones diarias y su diversión y, por supuesto, símbolos de su propio poder.

El visitante que viajaba desde el norte por la orilla del Tíber habría tenido vistas de monumentos imperiales como el mausoleo de Augusto y el Altar de la Paz, el reloj de sol de Au-

gusto (el *Horologium Augusti*), los arcos triunfales, los templos en honor a diversas deidades (un puesto destacado lo ocupaba el Panteón, originalmente erigido por M. Agripa en honor a diversas divinidades y después restaurado por Adriano, al borde del Campo Marcio entre la Vía Flaminia y el río); el teatro de Marcelo (el sobrino de Augusto, que había muerto en 23 a. C.) y el estadio de Domiciano para las carreras de cuadrigas (que ahora es la Piazza Navona, con su característica forma en U) también estaba en esa área; más allá, aparecían los grandes centros de comercio, los *fora* imperiales, el mercado de Trajano, otros lugares de entretenimiento como el Coliseo (con capacidad para 50 000 personas), y el Circo Máximo (donde quizás cabían 250 000), que ocupaba el valle entre el Palatino y las colinas Aventinas. De estas impresionantes construcciones, el Coliseo era el lugar donde se realizaban las luchas de gladiadores y las cazas de animales, mientras que el Circo Máximo ofrecía carreras de cuadrigas de cuatro caballos. En estos emocionantes concursos, los cuatro equipos que competían (los azules, rojos, verdes y blancos) tenían sus partidarios (incluidos los emperadores), que apostaban por el resultado; entre los espectadores solía existir una gran excitación, que a menudo estallaba en violencia; los soldados estaban repartidos entre la muchedumbre de la arena para mantener el orden. Los conductores de cuadrigas se hacían famosos y se realizaban inscripciones que celebraban sus carreras. Por ejemplo, Crescens, un moro, conductor del equipo verde, de veintidós años, con 686 salidas y 47 victorias, quedó 130 veces en segundo lugar y 111 en el tercero (*ILS* 5285, Roma).



1 Circo de Calígula
2 Mausoleo de Adriano
3 Mausoleo de Augusto
4 Termas de Diocleciano
5 Campamento pretoriano (castra praetoria)
6 Reloj solar de Augusto (Horologium Augusti)
7 Estadio de Domiciano
8 Termas de Nerón
9 Templo de Adriano divinizado
10 Panteón
11 Templo de Isis
12 Saepta Iulia
13 Termas de Agripa
14 Teatro de Pompeyo
15 Pórtico de Pompeyo
16 Termas de Constantino
17 Circo Flaminio
18 Pórtico de Octavia
19 Teatro de Marcelo
20 Templo de Júpiter Óptimo Máximo
21 Arx
22 Foro de Trajano
23 Foro de Augusto
24 Foro de Nerva
25 Foro de la Paz
26 Foro de César
27 Basílica de Constantino
28 Templo de Venus y Roma
29 Anfiteatro de Flavio (Coliseo)
30 Termas de Tito
31 Termas de Trajano
32 Pórtico de Livia
33 Ludus Magnus
34 Termas de Helena
35 Anfiteatro Castrense
36 Templo de Claudio divinizado
37 Palacio de Tiberio
38 Palacio de los Flavios
39 Palacio de Augusto
40 Estadio
41 Circo Máximo
42 Pórtico de Emilia
43 Horrea Galbana (Almacenes de Galba)
44 Termas de Caracalla
45 Puente Sublicio
46 Puente Emilio
47 Puente Cestio
48 Puente Fabricio
49 Puerta Aurelia
50 Puerta Septiminiana
51 Puerta Flaminia
52 Puerta Pinciana
53 Puerta Salaria
54 Puerta Nomentana
55 Puerta Tiburtina
56 Puerta Prenestina (Porta Maggiore)
57 Puerta Asinaria
58 Puerta Metronia
59 Puerta Latina
60 Puerta Apia
61 Puerta Ardeatina
62 Puerta Ostiense
63 Puerta Portuense

Figura 8. La ciudad de Roma en el periodo imperial (según Le Glay *et al.*, *A History of Rome*, 3.ª ed., 2005, figura 11.1).

Los emperadores se hacían cargo de la construcción y mantenimiento de numerosos edificios de baños públicos; los baños comunes eran una parte importante de la experiencia social urbana, y se construían normalmente cerca de un foro, con una estructura cada vez más elaborada y que contenía zonas especiales: una habitación fría (*frigidarium*), una templada (*tepidarium*) y una caliente (*caldarium*), que podía contener una piscina en la que zambullirse. Los baños de Trajano eran monumentales y disponían de espacio para muchas otras actividades. La mayoría de las ciudades que se consideraban respetables de Italia y provincias tenían establecimientos de baños. En el siglo II d. C., hombres y mujeres se bañaban juntos, y el paso siguiente de ocio lujoso era la piscina de agua marina, que según Marcial era un lugar donde se podían dar aventuras sexuales (*Epigramas* 11.21).

Julio Frontino, procurador experimentado de acueductos bajo el Gobierno de Trajano, se jactó de que los acueductos eran enormemente útiles en comparación con las pirámides y las famosas obras de los griegos. Augusto y Agripa habían establecido el tono construyendo tres en Roma.

Proporcionaban agua limpia para beber, pero también tenían muchos otros usos, como apagar incendios, dar agua a los huertos, llevar agua a los baños y limpiar alcantarillas.

Los acueductos se construían con fondos públicos complementados con algo de la generosidad imperial, y no se pagaba nada por el agua, a menos que se desviara para uso privado. También se hacían mejoras gratuitas para el uso de agua en Italia, por ejemplo, en Campania, donde se construyó un canal de agua para el manantial de Serino y en las provincias. El hecho de que los hombres más distinguidos del Estado, los procuradores senatoriales, fueran los responsables de estas instalaciones públicas demuestra lo significativas que eran.

Otros oficiales senatoriales se encargaban de intentar controlar las inundaciones del río Tíber. La brigada de bomberos recaía también bajo responsabilidad imperial, y los *Vigiles*, organizados sobre una base paramilitar, proporcionaron cierta protección a lo largo de los tres primeros siglos. Roma era probablemente un poco más segura que durante la República gracias a la presencia en la ciudad de la guardia pretoriana y los cohortes urbanos (unos 13 000 - 14 000 hombres), que contribuyeron sustancialmente a la preservación de la ley y el orden. Los emperadores intentaban administrar la ciudad en beneficio de todos, y un aspecto de su trabajo era mantener el orden, lo que siempre preocupó a los ricos, pues tenían casas en la ciudad de Roma, así como fincas en el campo. De este modo, el espacio urbano de Roma estaba definido por las construcciones imperiales y su uso controlado por los oficiales y soldados del emperador.

Desde los tiempos de Augusto, los emperadores habían intervenido para mantener bajo el precio de los cereales en Roma importando grandes cantidades de forma regular, principalmente desde Egipto. Para parte de la plebe, existía una distribución libre de cereales: cada individuo debía presentarse con su tique en una determinada ubicación y un día en particular para recoger la cantidad que le correspondía. Más tarde, se realizaron también repartos de aceite y carne de cerdo. La preocupación del emperador por el pueblo de Roma, especialmente, no era simplemente altruista. Los emperadores necesitaban apoyo popular, puesto que era una demostración clara de estabilidad y control en el corazón del imperio. Las clases superiores, la plebe y los libertos se reunían (de forma segregada) para sumarse al emperador en un espectáculo público. El emperador normalmente aparecía en persona en el teatro, en los juegos de gladiadores o en las carreras de cuadrigas, donde recibía el aplauso y los cantos rituales de apoyo y apro-

bación. Estos juegos y espectáculos eran una parte muy importante del año romano y una fuente de liberación y relajación para los ciudadanos más pobres. Por ejemplo, después de las guerras contra Dacia, Trajano celebró unos juegos que duraron un total de 123 días, en los que se mataron 11 000 animales y lucharon 10 000 gladiadores. La importancia de mantener a la plebe feliz se plasma en la historia de los últimos días de Didio Juliano, en 193 d. C., cuando la multitud reunida en el teatro entonó cantos rítmicos contra él, lo que obviamente se había organizado por adelantado. Fue otra señal de la falta de una autoridad que pronto sería derrocada. Serios altercados en Roma demostraban un colapso de la autoridad política. Durante el reinado de Severo Alejandro, se produjo una batalla de tres días entre los pretores y la plebe, que lanzaron tejas a las tropas en las calles estrechas; la violencia se acabó cuando los pretores prendieron fuego a partes de la ciudad. Fuera de Roma, el emperador era de nuevo el mayor patrón y benefactor. A principios del siglo II d. C., Trajano estableció un sistema oficial en Italia mediante el cual los terratenientes recibían un préstamo del Gobierno por el que pagaban un 5 por 100 anual a un fondo especial. El sistema en Veleia muestra que una suma de 55 800 sestercios se distribuía anualmente entre 263 chicos, 35 chicas y 2 niños ilegítimos (*ILS* 6675). Podemos imaginar que Trajano pretendía mantener el linaje nativo italiano de las familias más pobres, aunque, dada la desproporción entre las cifras de chicos y chicas, tal vez esperaba aumentar la fuerza humana para el ejército. Fuera de Italia, los emperadores a menudo respondían a acercamientos diplomáticos apropiados (aquí de nuevo el patrocinio podía ser importante) para ayudar a las comunidades provincianas necesitadas. Por ejemplo, en la ciudad de Esmirna sabemos de un sorprendente número de obras de caridad realizadas por Adriano y el Senado gracias a Polemo, un distin-

guido orador local:

«Las cosas que obtuvimos de nuestro señor César Adriano a través de Antonio Polemo: un segundo decreto del Senado por el que obtuvimos un segundo título de guardián de templo, un festival sagrado, la condonación de los impuestos, los panegíricos oficiales de los dioses, e himnodias, 1 500 000 (¿sestercios?), setenta y dos columnas de mármol de Synnada, veinte de Numidia y siete de porfirita para sala de unción» (*Inscriptiones Graecae ad Res Romanas Pertinentes* 4.1431).

A pesar del aire cosmopolita de Roma, la vida familiar estaba estrictamente jerarquizada y dominada por el varón, aunque nuestra visión está condicionada por nuestras fuerzas, que en general exponían los valores de clase alta de los ricos. El cabeza de familia, el *pater familias*, controlaba la propiedad de la familia y sus fondos. Teórica y tradicionalmente, ostentaba el poder de decidir sobre la vida y la muerte dentro de la familia. Sus hijos le pertenecían (*potestas*), no podían tener ninguna propiedad independientemente, y cualquier cosa que adquirieran pertenecía al *pater familias*. Incluso personas que ostentaban cargos en el Senado podían estar todavía bajo la autoridad de su padre y recibir de él sólo un permiso libremente revocable.

Puesto que los hijos que estaban bajo la autoridad del padre no tenían propiedades, no podían hacer testamento. La preocupación fundamental era la preservación de la propiedad dentro de la familia. La ley ciertamente representaba los intereses de las clases altas y, en la Roma temprana, la sucesión *inestado* probablemente era la normal, por lo que la propiedad de la familia iría a parar en orden de prioridad a *sui heredes*, es decir, a todos aquellos que habían estado bajo el poder del difunto, y después a los *agnates*, esto es, los descendientes del mismo ancestro varón que el difunto. El primogénito no tenía derechos especiales, de manera que todos los hijos e hijas legítimos tenían la posibilidad de heredar la propiedad de la familia, que, por tanto, podía subdivirse de forma dañina.

Gradualmente, hacer un testamento se convertiría en una práctica aceptada y eso estableció ciertos medios de control. El testador nombraba a un heredero (*heres*), que se convertía en el responsable de toda la propiedad, incluidas las deudas así como los bienes inmuebles, y era responsable de entregar

herencias específicas establecidas en el testamento. Si el testador deseaba desheredar a alguien de su familia, tenía que especificar el nombre. Los hijos ilegítimos no tenían derecho a reclamar propiedad alguna, a menos que se los mencionara específicamente en el testamento. La posición de *heres* podía rechazarse, en cuyo caso, la responsabilidad pasaba a la segunda persona nombrada heredero. Había ciertos grupos que estaban excluidos de los testamentos romanos, en concreto los no ciudadanos.

Obviamente, el matrimonio podía tener repercusiones para la propiedad. Un matrimonio romano no tenía implicaciones morales o religiosas; simplemente requerían ciertas consecuencias legales. Por tanto, un matrimonio justo (*iustum matrimonium*) precisaba el acuerdo de ambas partes, y que ambas tuvieran la capacidad legal de contraer un matrimonio válido (*conubium*). Según términos legales estrictos y por convención social, el consentimiento de un padre se requería para el matrimonio, si podía hacer cumplir su derecho. A los soldados se les prohibía casarse, los senadores no podían contraer matrimonio con mujeres de estatus inapropiado, y un ciudadano no podía casarse con un no ciudadano. Normalmente, nadie podía casarse con familiares más cercanos que los primos, y la edad mínima para hacerlo eran los doce años para las chicas, y los catorce para los chicos. No había necesidad de ceremonias o certificados, y la consumación no era necesaria para un matrimonio válido. Esencialmente había dos tipos de matrimonio. Según la tradición más antigua, la mujer pasaba a formar parte de la familia del marido en términos legales y cualquiera de sus propiedades pasaba a pertenecer a su marido. Había un segundo tipo, que se convirtió en el más común: la mujer se quedaba con su propia familia, bajo la autoridad de su *pater familias*, o bien, si era legalmente independiente, conservaba sus propiedades.

En los matrimonios entre familias acaudaladas, la dote, que consistía en propiedades y bienes aportados por la novia, era importante. Debía negociarse y, en cierto modo, mostraba la posición inferior de la mujer, pero también la determinación de asegurarse de que el matrimonio no comprometía la propiedad de la familia de la novia. El marido podía usar las propiedades de su mujer, pero estaba obligado a preservar el capital. En caso de divorcio, la dote o una proporción de ella debía devolverse y otra parte podía ir a parar a los hijos. La dote también podía controlarse por una especie de acuerdo prenupcial. Por ejemplo, el escritor Apuleyo, que tuvo que defenderse a sí mismo del cargo de casarse con una viuda rica con malas intenciones y por su dinero, señaló:

> «En primer lugar, notarás que la dote de mi mujer, a pesar de ser esta muy rica, es modesta y que no fue constituida en firme, sino tan sólo a título de préstamo. Además, nuestra unión matrimonial se hizo con la condición de que, si Pudentila fallecía sin haber tenido hijos míos, toda la dota revertiese a sus hijos Ponciano y Pudente…» (*Apologia* 91).

Por supuesto, después de que el marido hubiera recibido la dote, podía verse bajo la presión de tener que llevar el estilo de vida al que ella creía estar acostumbrada.

En una situación cómica creada por el escritor de teatro Plauto (siglo II a. C.), una mujer se queja a su marido:

> «Mira que te he traído una dote mucho mayor que el dinero que tú tenías, o sea, que es justo que se me proporcione oro y púrpura, esclavas, mulos, muleros, servidores, mensajeros, carrozas para pasearme» (*Aulularia* [*La olla de oro*], 498-502).

En el caso de los hijos, si los padres no tenían derecho de *conubium*, el niño era ilegítimo y tomaba el estatus de la madre; si ésta no era ciudadana, entonces el niño tampoco lo era. Aunque no existía ninguna obligación formal de registrar el nacimiento de un niño, desde la época de Augusto existía un proceso que permitía no sólo al padre, sino también a la madre o al abuelo, declarar el nacimiento de un hijo legítimo

que era un ciudadano romano. Bajo la legislación de Augusto, resultaba beneficioso poder demostrar que se tenían hijos. Se mantenía un registro de estas declaraciones y algunas de las provincias de Egipto pervivieron:

> «L. Julio Vestino, prefecto de Egipto, ha anotado los nombres de aquellos que, según la *lex Papia Poppaea y Aelia Sentia*, declararon ante él que habían tenido hijos… L. Valerio Crispo, hijo de Lucio, de la tribu Polia (declaró) que había tenido un hijo, L. Valerio Crispo, hijo de Lucio, de la tribu Polia, de Domicia Paula, hija de Lucio, el 29 de junio pasado. Él es ciudadano romano» (*Fontes Iuris Romani anteiustiniani* vol. III, n.º 2; AD 62).

Había muchos niños no deseados, ya fuera porque su familia era demasiado pobre para mantenerlos o porque eran el resultado de una relación ilícita. No está claro hasta qué punto estaba extendida la práctica del infanticidio en Roma; normalmente, el asesinato de niños se producía por abandono, que no se prohibió formalmente hasta el año 374. En las familias de clase alta, la desaprobación social era probablemente un factor disuasorio efectivo.

Las familias más pobres tal vez podrían irse de rositas tras abandonar a un niño. Los hijos de esclavos podrían ser también un riesgo; asimismo, el propietario de una esclava podía venderla por separado de sus hijos, si así lo decidía. El aborto no era ilegal, puesto que el feto no se consideraba una persona hasta su nacimiento. Septimio Severo estableció una legislación contra el aborto, pero no para proteger los derechos del niño no nacido, sino más bien para evitar que los derechos legales del padre sobre sus hijos pudieran infringirse. El matrimonio, como todos los contratos romanos, era consensuado, y cuando una de las partes retiraba su consentimiento, ya fuera él o ella, el contrato quedaba anulado. El divorcio era un asunto relativamente simple y se requería notificación formal por parte del marido, aunque desde los tiempos de Augusto se necesitaban siete testigos para este proceso. El divorcio era una manera de asegurarse de que un hombre podía conseguir

un heredero legítimo para pasarle sus propiedades, por ejemplo, en circunstancias en las que la mujer resultaba estéril. Probablemente los divorcios eran muy comunes y en la República estaban relacionados con la política, pues las familias estaban dispuestas a todo tipo de manipulaciones para conseguir posición y apoyo. Algunas razones para el divorcio pueden parecer triviales, como cuando Quinto Antistio Veto reconoció que no tenía ninguna otra razón para divorciarse de su mujer que el hecho de haberla visto cuchichear en público con algunas otras libertas de baja reputación (Valerio Máximo 6.3.11). Un padre también podía intervenir para romper un matrimonio de alguno de sus hijos que estuviera bajo su *potestas*, pero a partir de la época de Marco Aurelio, eso dejó de ser posible a menos que el marido y la mujer estuvieran completamente de acuerdo. Varios emperadores, empezando por el propio Augusto, intentaron desalentar a quienes quisieran divorciarse aumentando las sanciones (mayoritariamente financieras), pero fueron básicamente un fracaso, e incluso bajo el imperio cristiano, el divorcio estaba legalmente aceptado por razones aprobadas, por ejemplo:

> «Constantino permitió que un marido repudiara a su mujer, que era una adúltera, alcahueta o envenenadora…» (*Codex Theodosianus* [*Cod. Theod.*] 3.16.1).

En el mundo dominado por los varones de Roma, la castidad de las mujeres era importante, de nuevo para asegurarse de que sus herederos fueran legítimos. De hecho, las leyes para impedir acercamientos sexuales impropios iban dirigidas a hombres que intentaban hablar con mujeres casadas o vírgenes, engatusando a sus acompañantes para que se alejaran de ellas, lo que implica que las mujeres respetables no salían sin acompañantes. No resulta sorprendente que, bajo Augusto, el adulterio se convirtiera en un crimen, pero la ley no se aplicaba con el mismo rigor a ambos sexos. Una mujer casada era

culpable si tenía relaciones sexuales con cualquier otro hombre que no fuera su marido. Por otro lado, un hombre era culpable sólo si su amante estaba casada, así que a la mujer engañada le resultaba más difícil que juzgaran a su marido; un hombre sólo tendría problemas con la ley si tenía relaciones con las esposas de otros hombres. Por tanto, un hombre que tenía relaciones sexuales fuera del matrimonio con una mujer no casada de clase alta cometía fornicación criminal (*estupro*), pero no era culpable de adulterio. La ley estaba pensada para que un marido pudiera estar seguro de que su mujer le era fiel. Por consiguiente, las penas por adulterio eran severas; el marido tenía sesenta días para procesar a una mujer adúltera y divorciarse de ella y, si éste no lo hacía, él mismo podía ser acusado de actuar como un proxeneta. Una mujer condenada perdía la mitad de su dote y un tercio de su propiedad, el hombre, la mitad; entonces, eran relegados (como en una especie de exilio) a islas específicamente separadas. Una mujer con este tipo de condena no podía casarse después con un ciudadano romano nacido libre.

La ley romana prohibía la bigamia; obviamente habría provocado confusión en cuestiones de herencia y en el estatus de sus herederos. El rétor Quintiliano, en uno de sus discursos de entrenamiento, explica vívidamente la situación legal. Imagina un caso en el que una mujer, creyendo que su marido está muerto, vuelve a casarse. El primer marido, entonces, regresa y asesina a su mujer y a su segundo marido; en el juicio por asesinato, argumenta que sus actos son fruto de una venganza legítima porque había pillado a los adúlteros en pleno acto:

> «Un matrimonio se disuelve de dos modos, mediante el divorcio o la muerte. No me he divorciado de mi mujer, y ciertamente sigo vivo… Además, ningún matrimonio puede ser legal a menos que el primero se hubiera disuelto. Por tanto, mi matrimonio seguía en vigor, y el otro (matrimonio) no era legal» (*Declamaciones* 347).

No obstante, los romanos sí aceptaban el concubinato, esto es, una mujer libre que viviera con un hombre sin ser su esposa. Esta situación, principalmente, era beneficiosa para el hombre, puesto que podía tener una compañera sexual (a menudo de una clase social más baja), pero sin ninguna otra responsabilidad legal; la concubina no tenía ningún derecho sobre su propiedad, y todos los hijos de esa unión serían ilegítimos. La liberta Cenis fue la discreta concubina y mujer, en la práctica, del emperador Vespasiano.

La mayoría de las hijas de familias adineradas serían preparadas para el matrimonio desde una edad temprana y casi carecían de oportunidades de involucrarse en ningún tipo de vida fuera de la familia. Apenas tenemos testimonios de mujeres que fueran el centro de atención por alguna razón, y en estos casos, solía ser porque eran la mujer de un emperador.

Sin embargo, una mujer que era *sui iuris* podía ser la dueña y administrar propiedades, así como realizar transacciones. Existían algunas restricciones potenciales, y un decreto senatorial destinado a evitar que las mujeres se hicieran cargo de las deudas de otras personas, lo que habría dificultado que una mujer actuara como avalista de un préstamo. Las mujeres romanas casadas de las clases altas tenían, sin duda alguna, la capacidad de influir sobre sus maridos, y a menudo los acompañaban en el desempeño de sus obligaciones oficiales. De hecho, hubo un animado debate en el Senado sobre si era apropiado que un gobernador provinicial acudiera acompañado de su esposa (en algunos casos, había quedado más que demostrado que las mujeres podían ser tan ambiciosas como sus maridos). A un nivel más bajo, Claudia Severa, la esposa de Elio Broccho, un oficial militar ecuestre del norte de Britania, estaba presente con su marido y escribió una carta a su amiga Sulpicia Lepidina, mujer del comandante de la novena cohorte de bátavos, para invitarla a su fiesta de cumpleaños, «para

que tu presencia me haga el día más placentero» (Bowman, 1994, n.º 21).

Para las mujeres, particularmente aquellas de las clases superiores, una vía de escape directa de las obligaciones de la vida familiar residía en la posibilidad de hacerse sacerdotisa. Las sacerdotisas de mayor prestigio eran las vírgenes vestales, que rendían culto a Vesta, la diosa de la tierra, y custodiaba el fuego sagrado en su santuario circular de Roma. Las sacerdotisas también preparaban el cereal mezclado con sal para las prácticas religiosas. Las candidatas tenían que ser ciudadanas romanas, que tuvieran entre seis y diez años, y cuyos padres estuvieran vivos. Normalmente se esperaba que sirvieran durante treinta años y tenían que respetar la más estricta pureza sexual. Una vestal ya no estaba bajo el poder de su padre y se le tenía un gran respeto, aunque la pena por perder su virginidad era ser enterrada viva. La función de las vestales resumía la esencia de la religión del Estado romano, con su insistencia en un estricto ritual y en la supervisión de los festivales y las prohibiciones para promover el bienestar y el éxito de la *res publica*. La más mínima sospecha de una conducta impropia o de la impureza de una vestal podía, en consecuencia, acarrerar un desastre para Roma.

Desde el periodo republicano los rituales y festivales públicos habían constituido la infraestructura esencial de la religión romana, que, originalmente, había estado conectada muy de cerca con el año agrario. Sin embargo, la práctica religiosa conservó su dinamismo en la época imperial y no hay razón para subestimar el entusiasmo personal o las creencias, aunque el sentimiento religioso privado sea difícil de sopesar.

Roma no sólo absorbió las influencias religiosas externas, sino que también exportó su propia infraestructura de creencias mediante la fundación de colonias fuera de la ciudad. En el este, los conquistadores y los sometidos compartían las dei-

dades del panteón grecorromano, y los cultos locales prosiguieron sin que Roma interfiriera bajo la dirección de los sacerdotes de la clase superior. Estos rituales flexibles, politeístas, encajaban fácilmente con el culto al emperador, que sería el factor unificador del mundo romano mientras fuera manejado con la suficiente sensibilidad. Domiciano demostró su enorme arrogancia cuando envió una circular a sus procuradores con el encabezamiento:

«Nuestro dios y señor ordena que se haga esto». (Suetonio, *Domiciano* 13.2).

En el oeste, los romanos se toparon con prácticas religiosas muy diferentes. Por ejemplo, en Britania se siguió rindiendo culto a muchas deidades no romanas, a menudo en un área local, como Coventina en Carrawburgh. Con el tiempo, las deidades célticas llegaron a identificarse con los dioses romanos y los nativos empezaron a adoptar los métodos romanos de pintar a sus divinidades, pues aunque aparecieran en forma animal podían tener otros atributos como el rayo de Júpiter. El más famoso ejemplo de asimilación con la práctica romana es Sulis, una diosa del agua celta que se identificó muy de cerca con Minerva, y tenía un templo a la manera clásica que presidía el complejo de baños de las aguas termales en Aquae Sulis (Bath).

Durante toda la República, los romanos habían demostrado ser receptivos a las nuevas formas de culto sobre una base selectiva. Esta práctica continuó y la diosa egipcia Isis, por ejemplo, se hizo muy popular en Roma, como diosa de la vida y el nacimiento, protectora de las mujeres y de la familia, y como gran sanadora. A partir del siglo II d. C. y en adelante, un dios indoiraní, Mitra, apareció en el mundo romano como dios-sol («el invencible dios-sol Mitra»); era honrado por pequeños y exclusivos grupos de hombres que creían haber sido elegidos y a quienes se les había prometido la vida eterna. Según la mitología de este misterioso culto, Mitra había ase-

sinado al toro sagrado, lo que de algún modo condujo a los creyentes a su salvación. Los iniciados, que en su mayoría se concentraban en Roma, Ostia y las provincias fronterizas, eran normalmente gente corriente, aunque también había muchos soldados, a quienes atraía quizás la idea de la camaradería cercana y la exclusividad del culto. Además, los romanos desde hacía tiempo se habían familiarizado con el culto monoteísta de los judíos, a quienes Augusto había concedido libertad de culto, al aceptar que sus ritos eran antiguos y legítimos. Los romanos, sin embargo, no comprendían lo íntimamente entrelazados que estaban las creencias religiosas judías con el sentimiento nacional, y no apreciaban por completo la importancia de mantener las imágenes del emperador fuera del templo. Una serie de acciones torpes e insensibles por parte de los gobernadores romanos, y la amenaza del emperador Calígula de hacer que colocaran una estatua suya dentro del templo para que le rindieran culto, enojó a muchos en Jerusalén. Además, los judíos de Alejandría fueron atacados por los griegos en la ciudad, conchabados con el gobernador. A pesar de estos reveses a las buenas relaciones, los romanos percibieron la gran guerra judía entre los años 66 y 70 no en términos religiosos, sino como un acto de rebelión política. Los cristianos eran considerados definitivamente como extraños, por su creencia monoteística en un salvador que había muerto y había sido resucitado, y por la práctica que llevaban a cabo grupos cerrados de fieles de rituales que parecían extraños a muchos paganos, incluida la ceremonia de la eucaristía, que consistía en comer la carne y beber la sangre de Cristo.

Los cristianos también debían hacer frente a acusaciones de relaciones incestuosas, puesto que se dirigían unos a otros como «hermano» o «hermana», y de fomentar la sedición por referirse a Cristo como «el Señor». El gobierno romano durante los dos primeros siglos del periodo imperial no com-

prendía la cristiandad, ni tampoco tenían interés alguno en ella, puesto que sus adeptos eran relativamente pocos y no suponían ninguna amenaza; además, las creencias monoteístas y la esperanza de la inmortalidad no eran desconocidas en el Imperio romano. Tácito es el único escritor romano pagano que menciona la ejecución de Cristo por parte de Poncio Pilato, y muestra todo su desprecio contra el cristianismo al describirlo como una superstición mortal y depravada (*Annales* 15.44). No había ninguna ley que prohibiera el cristianismo, pero después del gran incendio de Roma en el año 64 d. C., Nerón eligió a los cristianos como chivos expiatorios para alejar de él la hostilidad de su propia persona, y a partir de ahí se situaron en el punto de mira de los romanos como potencialmente alborotadores. Puesto que la ley criminal romana no definía el cristianismo como un delito, y no había ningún encargado público de perseguirlos, dependía de la discreción de los gobernadores de las provincias y de los magistrados aceptar o rechazar las acusaciones de cada persona en concreto. La respuesta de estos oficiales a menudo habría estado condicionada por la situación de su provincia; el resentimiento y la violencia contra los cristianos bien pudieron provocar que un gobernador iniciara una persecución más vigorosa contra un pueblo, que, como mínimo, se creía que no hacía ningún bien. Los habitantes locales se alteraban por los escandalosos rumores que circulaban sobre el culto cristiano y su obvia diferencia y el distanciamiento de las actividades de la comunidad, así como su tendencia a insultar a las deidades locales al describirlas como demonios. La expansión del cristianismo trajo consigo tensiones, puesto que se enfrentó con muchas personas con una fuerte creencia personal en los rituales privados y en los cultos tradicionales. Sin embargo, no había ninguna persecución organizada contra los cristianos y, en algunas provincias, se los dejó en paz durante generaciones. Una vez

que se había llevado a los cristianos ante un tribunal, su comportamiento hostil y su disposición al martirio bien podía enfurecer al gobernador, que los veía como un desafío a su autoridad. Trajano, en una carta a Plinio el Joven, su gobernador de Bitinia a principios del siglo II, resume la actitud de un gobierno que era prudente, pero que estaba perplejo, que era a la par tolerante y cruel:

> «Has seguido el procedimiento que debías, mi querido Segundo, en el examen de los casos de los que habían sido llevados ante ti como cristianos. En efecto, no puede establecerse una regla con valor general que tenga, por así decirlo, una forma concreta. No han de ser perseguidos; si son denunciados y encontrados culpables, han de ser castigados, de tal manera, sin embargo, que quien haya negado ser cristiano y lo haga evidente con hechos, es decir, suplicando a nuestros dioses, consiga el perdón por su arrepentimiento, aunque haya sido sospechoso en el pasado. Sin embargo, los panfletos presentados anónimamente no deben tener cabida en ninguna acusación. Pues no sólo se trata de un detestable ejemplo, sino que no es propio de nuestro tiempo» (Plinio El Joven, *Cartas* 10.97).

Entre las clases superiores, formaba parte de su papel en la sociedad interesarse por temas culturales, especialmente en la poesía y la retórica. Plinio el Joven alabó a su joven esposa por el interés que ésta tenía en sus escritos, tanto en la poesía como en la prosa, y ella incluso llegó a presentarse discretamente en sus recitales.

> «Ella misma, cuando hago una lectura pública, se sienta en un lugar próximo, oculta por una cortina, y escucha con oídos atentísimos los elogios que recibo. Ella incluso ha puesto música a mis poemas y los canta…» (Plinio El Joven, *Cartas*, 4.19).

Esto demustra no sólo la aspiración de Plinio a la elegancia literaria, sino también la importancia de la presentación pública. Un aspecto significativo del mundo cultural de Roma era el patrocinio o mecenazgo; Augusto y su séquito asumieron esta obligación tradicional de los más acaudalados. El hombre importante o patrón podía disfrutar de la reputación de apoyar las aventuras artísticas y quizás consiguiera que algún artista elaborara alguna obra que celebrara su nombre, mientras que el cliente de talento, a su vez, solía recibir recompensas financieras y una publicidad muy útil. Tener a un emperador como patrón exigía cierta sensibilidad y una buena disposición para incluir elogios donde fuera necesario y no hacer ninguna crítica a la política gubernamental. La literatura del periodo imperial tras Augusto a menudo se describe como la «edad de plata», pero eso no debería restar importancia a un periodo de actividad artística vibrante e innovadora, en el que también participaron los emperadores. Tanto Augusto como Tiberio escribieron autobiografías; Claudio era un anticuario e historiador notable; Nerón era un poeta al que le gustaba cantar con la lira; Adriano también probó suerte con la poesía; y Marco Aurelio escribió largo y tendido sobre filosofía. Todos estos emperadores reflejaban los intereses tradi-

cionales de las clases altas.

El estudio de las habilidades de escritura era esencial para quienes aspiraban a escribir historia, biografía o comentarios de cualquier tipo, del mismo modo que para los oradores en ciernes.

Las obras de los historiadores antiguos no son simplemente una fuente de datos para los historiadores modernos del mundo romano. Solían ser creaciones literarias importantes por derecho propio, en las que el estilo era tan relevante como el contenido, y la retórica tenía su propio hueco, y no sólo en los discursos inventados que eran una característica común de la escritura histórica. Es importante recordar que las obras literarias también se recitaban en reuniones públicas. En este contexto, Tácito (*c.* 56-118 d. C.) por supuesto destaca como uno de los mejores historiadores del mundo antiguo. Afirmando escribir sin ira o partidismo («*sine ira et studio*»), explica cómo era para un senador vivir en una autocracia y cómo era también para el emperador, a merced de su propia personalidad y a la corrupción del poder. Las obras históricas de Tácito a menudo ofrecen una instrucción moral mediante el contraste de la virtud y la depravación, y una especie de comentario para aquellos que viven bajo el gobierno autocrático. Su estilo epigramático e irónico encaja perfectamente con este enfoque, en el que también describe la naturaleza del Gobierno romano y analiza la posición de los gobernados, que puede contrastarse con la tumultuosa y peligrosa libertad de aquellos que viven fuera del imperio.

Entre las obras eruditas de Suetonio (*c.* 70-130 d. C.) podemos encontrar estudios de distinguidos gramáticos y rétores; debe su fama a su colección de biografías de Julio César y de los emperadores hasta Domiciano; a pesar de no contar con un estilo tan depurado como el de Tácito, ofrece un en-

tretenido complemento a la narrativa histórica habitual. Suetonio tiende a concentrarse en el carácter moral del sujeto, su personalidad y sus relaciones con otros; de este modo, la vida privada del sujeto se convierte en una especie de espejo de la dirección y de los errores de la política pública. Plutarco de Queronea (*c.* 50-120 d. C.), en Grecia, que pasó cierto tiempo en Roma y también servía como sacerdote en Delfos, encarnaba la fructífera combinación de la cultura griega y el poder imperial de Roma. Entre sus voluminosos escritos encontramos obras filosóficas, investigaciones anticuarias y las series de *Bioi Paralleloi* (*Vidas Paralelas*), en las que comparaba las carreras de eminentes personajes griegos y romanos. De este modo, Plutarco establece un contexto ético contra el que se podía juzgar a un hombre según sus acciones.

Las publicaciones de cartas eran un género literario por derecho propio, y las colecciones de Plinio el Joven (*c.* 61-112 d. C.) y Cornelio Frontón (*c.* 95-166 d. C.) del siglo II d. C. son modelos de una prosa cuidadosamente modulada, pensada para que el autor aparezca bajo la mejor luz posible tanto por sus logros literarios como por su distinguido servicio a la comunidad. Por supuesto, casualmente son un recurso inestimable para un historiador, debido a sus comentarios sobre el gobierno y los personajes contemporáneos. Un ejemplo de las enormemente variadas ambiciones de los escritores de prosa es Plinio el Viejo (23/4-79 d. C.; tío de Plinio el Joven), que aporta un estilo y un tema completamente diferente en su sorprendente obra de 37 volúmenes *Historia natural*, en la que incluía la mayoría de los aspectos de la vida humana, animal y vegetal. En esta obra, cumplió la ambición de muchos romanos de elaborar una compilación sistemática de información. Otros, como Séneca el Joven (4 a. C.-65 d. C.), que alcanzó una gran importancia bajo el Gobierno de Nerón, escribieron ensayos filosóficos en forma de cartas dirigidas a amigos,

mientras que el escritor griego Luciano de Samosata (nacido *c.* 120 d. C.) escribió ensayos y diálogos que eran un análisis en parte satírico y en parte social; su principal, único y loable propósito era entretener a su público. Elio Arístides (*c.* 17-181 d. C.), además de ser un orador sobresaliente, era un gran exponente de la tradición clásica en sus obras de prosa; entre su enorme producción, los *Discursos sagrados* destacan por su descripción fascinante de la larga batalla de Elio contra varias enfermedades, sus curas de agua en diversas termas y ríos, su súplica a Esculapio, el dios de la sanación, y la psicología de la mala salud. Lo que todos estos escritores tienen en común es la confianza en el valor del virtuosismo lingüístico, y a pesar de que los enfoques eran extremadamente diferentes, todos ellos demuestran receptividad general de las clases altas a los textos clásicos.

No obstante, existió un tipo innovador de literatura que los críticos literarios antiguos consideraban de poca calidad: la prosa de ficción. Estas obras proporcionan una nueva visión del mundo antiguo, en parte porque no debían ceñirse a los modelos de la tradición clásica. Petronio (probablemente del siglo I d. C.; es muy posible que cayera también a manos de Nerón) nos ofrece en el *Satiricón* una narración contada por su antihéroe, Encolpio, un ladrón e inteligente manipulador, y a través de sus ojos vemos un mundo cómico en el que se examina la sociedad romana. Parte de la obra se ha perdido y buena parte del resto trata un solo episodio, la cena de Trimalquión, un liberto vulgar y grotescamente rico. El humor es escatológico, puesto que Trimalquión llega a hacer pis en la mesa en un orinal de plata para después secarse los dedos sobre la cabeza de un esclavo. Igualmente divertida es la obra de Lucio Apuleyo de África (mediados del s. II d. C.); en el *Asno de Oro*, el héroe Lucio acaba transformado en un burro y pasa por una serie de aventuras en un mundo de fantasía es-

pléndidamente imaginativo, que de nuevo arroja mucha luz sobre la vida del imperio; la historia de amor de Cupido y Psique tiene una posición central en la narración. La obra acaba cuando Isis interviene para devolver a Lucio a su forma original. El tipo de oratoria practicada por Elio Arístides era una de las formas en las que un hombre podía seguir hablando sobre una plataforma pública sin miedo. Él y otros griegos ricos intelectuales (sofistas) recorrían el imperio dando clases públicas formales en las que demostraban su destreza lingüística sobre su tema elegido. El discurso más famoso de Elio fue «Discurso a Roma», en el que da una meditada apreciación del valor del gobierno romano establecido por la élite rica de las provincias. Dion Crisóstomo (*c.* 40-110 d. C.), de Prusa, otro griego de familia adinerada, dio numerosos discursos sobre un amplio abanico de temas, y muchos de ellos los pronunció ante la Asamblea de Prusa. Ilustra la vida intelectual en el este de Grecia, así como plasma el gran valor que da a su herencia griega, pero también el respeto hacia Roma, y proporciona detalles muy valiosos sobre política local. Se daban otros discursos en el tribunal, o al emperador en persona como marca de respeto. Plinio el Joven dio un discurso de este tipo ante Trajano (su *Panegírico*), para dar las gracias por su elección para el consulado del año 100 d. C. Aquí, el orador podía demostrar su erudición al mismo tiempo que honraba al emperador. Las obras sobre el aprendizaje de la oratoria de Séneca el Viejo y de Quintiliano muestran la importancia de esta actividad, aunque la verdadera oratoria política ya estaba muerta.

La poesía también iba dirigida a un público minoritario, y estaba basada en la tradición griega, aunque a menudo se impregnaba de temas personales y un fuerte elemento personal. Lucano (39-65 d. C.), a quien Nerón obligó a suicidarse a los veintiséis años (tal vez porque estaba celoso de su talento lite-

rario), reinventó el género épico con su obra *Farsalia*, que trataba sobre la guerra civil entre César y Pompeyo; es épica sin una figura heroica, en la que el poeta deja entrever su propia voz, satírica y crítica con la moral y la destrucción de la guerra civil. Hay más poetas épicos, como Estacio (*c.* 45-96 d. C.), que disfrutaba del patrocinio de los flavios, y Silio Itálico (*c.* 26-*c.* 102 d. C.), pero ambos carecían de la originalidad y el impacto retórico de Lucano. Valerius Martialis (Marcial) (*c.* 38-104 d. C.), de Hispania, conoció a muchos de los famosos escritores de la época de la dinastía Flavia; de origen pobre, vivía de su ingenio, de la venta de sus libros y del apoyo de sus patrones. Sus libros de epigramas son sus obras más famosas: poemas cortos que describían a personajes de la Roma contemporánea y pequeñas escenas de la vida local, a menudo eróticas. Plinio el Joven describió sus poemas como una combinación de mordacidad e ingenio (*Cartas* 3.21). Juvenal (*c.* 55-130 d. C.) era una voz poderosa y original, propia de un agudo y bien informado observador de la sociedad imperial; su vívida sátira critica a los vulgares y a los hipócritas, poniendo ejemplos de la vida romana y de su historia. Trató varios temas, incluidos el comportamiento de las mujeres, los libertos que se volvían engreídos y los privilegios de la vida en el ejército.

Cuando analizaba las flaquezas de las clases altas y de los libertos engreídos, Juvenal dijo:

> «Resulta difícil no escribir sátira, pues quién puede soportar el horror de esta ciudad, quién puede ser tan fuerte como para controlar su ira» (1.30-31).

La vida intelectual de las clases altas entre los siglos I y II d. C. también abarcaba la ciencia y la filosofía. Galeno de Pérgamo (*c.* 129-199) es una de las figuras más eminentes. De familia acomodada, trabajó en primer lugar como el médico que se ocupaba de cuidar de los gladiadores y ascendió hasta servir en la corte de Marco Aurelio. Tenía múltiples intereses inte-

lectuales que iban de la filosofía a la medicina, y sus voluminosos escritos incluían estudios sobre cirugía, patología y farmacología. Además de ser uno de los pensadores más importantes del periodo imperial, fue muy influyente en la Edad Media. Claudio Ptolomeo (que escribió a mediados del siglo II d. C.) fue otro escritor griego importante; trabajaba en la Alejandría de mediados del siglo II y escribió sobre matemáticas, astronomía y geografía. En su *Geografía*, intentó trazar un mapa del mundo conocido, en el que usaba la latitud y la longitud con comentarios sobre topografía importantes; esta obra siguió siendo extremadamente influyente hasta el siglo XVI. Los desarrollos tecnológicos siguieron sucediéndose en técnicas de construcción, en la ciencia de medición de la tierra, en sofisticados métodos para sacar agua y moverla mediante bombas mecánicas, y construyendo mejores máquinas de guerra y artillería. Los famosos molinos de Barbegal, en Francia, contenían dieciséis ruedas hidráulicas paralelas, engranadas con piedras de molino horizontales, movidas por agua canalizada por un acueducto, y que bastaban para proporcionar harina hasta para 80 000 personas, probablemente en las cercanías de la actual Arles. Los meticulosos y detallados logros de la literatura técnica romana se ejemplifican en los escritos de los agrimensores, que explicaban con todo detalle los métodos de medir y dividir la tierra, de marcar los límites para los asentamientos de colonos y para resolver disputas por las propiedades. Los comentarios de Luciano sobre la construcción de un baño demuestran el orgullo que generaban los resultados de sus grandes habilidades tecnológicas, ingenieras y arquitectónicas:

> «Y que nadie interprete que yo me he propuesto embellecer un pequeño edificio con mi elocuencia. Pues aportar nuevas manifestaciones de belleza en empresas tan comunes lo considero yo propio de una sabiduría nada desdeñable, como nos demostró nuestro maravilloso Hipias en esta obra, que reunía todas las cualidades de un buen balneario —utilidad, adecuación, luz, proporciones,

adaptación al medio ambiente, seguridad en el uso—, y además estaba embellecido con otras muestras de habilidad —dos cuartos de aseo, muchas salidas y dos indicadores del tiempo: uno de agua, que emitía como mugidos, y otro de sol» (*El Baño* 4-8).

El interés romano por la especulación filosófica había sido intenso en la República, y sus principios seguían remontándose a la Grecia clásica, en particular a la doctrina platónica. El principal avance que se produjo fue que la enseñanza de las diversas escuelas de filosofía tendían a converger. Filón de Alejandría, un escritor judío del siglo I d. C., escribió comentarios sobre el Antiguo Testamento, que él interpretaba de forma alegórica, afirmando que era la fuente de algunas de las doctrinas de Platón y Aristóteles. Discute los métodos de conciliación por los que el dios supremo y perfecto (El ÚNICO) podía actuar en un universo imperfecto (el TODO). Plotino (204/205-270 d. C.), nacido en Egipto, fundó el neoplatonismo y se convirtió en el líder de un grupo de intelectuales de Roma. Su biógrafo, Porfirio, dijo de él que parecía avergonzado de estar en un cuerpo, y que enfatizaba la importancia del intelecto y lo espiritual por encima de lo material, y desarrolló la idea de una ascensión a partir de la materia básica mediante el alma y la razón hasta dios. Cada individuo debía aspirar a lo divino mediante la autodisciplina y la purificación. A Plotino también le interesaba la psicología, especialmente las cuestiones relacionadas con la capacidad de percibir, con la conciencia y la memoria. Cuando desarrolló su filosofía, intentó unir elementos de otros sistemas filosóficos.

Por supuesto, todo el debate intelectual tenía lugar en una autocracia, y bajo el reinado de los emperadores Flavio; algunos astrólogos y filósofos fueron expulsados de Italia, aunque no por ningún principio filosófico, sino porque habían molestado al emperador políticamente.

El estoicismo, sin duda, fue otra fuente importante de estimulación intelectual en Roma, y sus representantes creían que el mundo materialista estaba dirigido por la providencia, aunque los humanos seguían siendo responsables de sus acciones; la virtud es la base de la ética y el camino a un comportamiento correcto en el mundo; en este sentido, el uso de la razón era primordial. En el periodo imperial, concretamente, se encargaron de explicar su doctrina Séneca el Joven y Epicteto (de mediados del siglo I a mediados del siglo II d. C.), cosa poco usual, porque Epicteto era un antiguo esclavo; desarrolló la idea del cultivo de la paz interior y, en cierto modo, pretendía llegar más allá del público tradicional de las clases altas. Marco Aurelio siguió con su trabajo gracias a una compilación de reflexiones, que presentaban la filosofía como guía para llevar una vida adecuada. El propio emperador habría alentado a sus súbditos con los consejos que se daba a sí mismo:

> «A todas horas piensa tenazmente, como romano y como hombre, en hacer lo que tienes entre manos, con seriedad meticulosa y sincera, con amor, libertad y justicia, y en procurarte tiempo libre de todas las demás imaginaciones» (2.5).

9

Crisis y restablecimiento

EMPERADORES, USURPADORES Y GUERRAS, 235-284

El periodo que transcurre entre el asesinato de Alejandro Severo en el año 235 hasta el año 284 se caracterizó por la presencia de un gran número de emperadores y pretendientes, la corta duración de mandatos y el hecho de que sólo Claudio el Gótico evitó un desenlace violento (murió a causa de una epidemia). Con Maximino el Tracio se inaugura este cambio de situación: ascendió en la jerarquía del ejército y, cuando emprendió una revuelta contra Alejandro Severo en 235, decidió quedarse con su ejército en el Rin, donde libró la batalla junto a sus tropas. Sin embargo, no logró conquistar a la clase senatorial, que no admitía su pasado humilde y los conflictos que ocasionó en África debido a los altos impuestos cuando en el año 238 el gobernador Gordiano I y su hijo, Gordiano II, terminaron dirigiendo una revuelta de forma no deliberada. Aunque esta revuelta no tardó en ser sofocada, en Roma, el Senado eligió a dos nuevos emperadores de entre un grupo de senadores distinguidos: Pupieno y Balbino, ancianos de rango consular. Elementos leales a los Gordiano organizaron una manifestación popular a favor del nieto de Gordiano I, quien se convirtió en colega de Pupieno y Balbino como Gordiano III. En vez de marchar sobre Roma, en el año 238 Maximino el Tracio se vio envuelto en el prolongado sitio de

Aquilea, cuidad del norte de Italia que se había declarado en su contra. La creciente desafección de las tropas, causada por las penurias de la campaña y la severidad de su líder, desembocó en su asesinato ese mismo año. Pero Pupieno y Balbino no lograron establecer un régimen estable y poco después fueron asesinados por la guardia pretoriana en Roma, cuerpo que se declaró a favor de Gordiano III.

Gordiano III consolidó su posición con la ayuda de sus consejeros, por ejemplo, disolviendo la Legión III Augusta, que había aplastado la rebelión de Gordiano I. Como anticipo de lo que había de ocurrir, los persas amenazaron desde Oriente y los godos hicieron lo propio desde la orilla opuesta del Danubio. En 244, cuando Gordiano III resultó vencido (y probablemente muerto en combate) por el rey persa Sapor I, su prefecto pretoriano, Marco Julio Filipo, fue proclamado emperador. Filipo compró a Sapor con una cuantiosa indemnización y cedió Armenia al control persa; debía regresar a Roma lo antes posible. Habiendo proclamado césar a su hijo de siete años, Filipo se dirigió al Danubio, donde logró importantes éxitos militares. De vuelta en Roma, celebró el milenio de la fundación de la ciudad y proclamó augusto a su hijo. Sin embargo, los problemas no cesaron en el Danubio y, en el año 249, las tropas de Cayo Mesio Quinto Decio, exitoso comandante de Filipo, proclamaron a su líder emperador, posiblemente contra la voluntad de éste. Filipo fue derrotado y asesinado en Verona en 249, y su hijo no tardó en seguir su mismo destino. Decio emprendió una violenta persecución contra los cristianos, convencido aparentemente de que el resurgimiento del culto al Estado era crucial para el bien del imperio. Enfrentó la amenaza de los godos dirigida por el caudillo Cniva, pero después de una reñida batalla, la ciudad de Filipópolis (Tracia) fue rendida a los godos. El deterioro de la situación desencadenó sublevaciones y desafección, lo

que demostró hasta qué punto tenían importancia las destrezas militares de un emperador. Decidido a demostrar su valía, Decio contraatacó en 251 e interceptó a Cniva en Abrito, donde sufrió una derrota desastrosa y finalmente murió a manos de su adversario.

En el año 251, durante este periodo de crisis, las tropas eligieron como emperador a Cayo Vibio Treboniano Galo, gobernador de Mesia, quien en una actuación lamentable pactó con los godos y les permitió irse del imperio con su botín y prisioneros; además, se comprometió a pagarles una indemnización anual. Entretanto, en Oriente, Sapor I saqueaba territorios romanos y, en el Danubio, el gobernador de Mesia, Emiliano, atacaba por iniciativa propia a los godos, era proclamado emperador por sus tropas y partía de inmediato hacia Roma, dejando la zona a merced de Cniva, cuyos asaltos llegaron hasta Macedonia. Galo se enfrentó a Emiliano en la ciudad italiana de Interamna, pero su propio ejército lo asesinó en el año 253. Emiliano no pudo disfrutar de su victoria durante mucho tiempo: Publio Licinio Valeriano, a quien Galo le había ordenado buscar refuerzos, se acercaba rápidamente y Emiliano murió a manos de sus propias tropas antes de que se iniciara el conflicto.

El nuevo emperador, Valeriano, era un senador de gran renombre y designó a su hijo Galieno como su cogobernador. Su principal preocupación era la coyuntura militar y se repartieron las responsabilidades: Galieno se ocuparía del norte y Valeriano de Oriente. En este punto, el principal peligro eran los godos, formados por pueblos muy diversos que se habían trasladado desde la parte occidental del mar Negro hasta Bitinia. Mientras Valeriano se enfrentaba a esta amenaza, los persas, bajo el liderazgo de Sapor I, avanzaban peligrosamente, lo que ocasionó que el emperador volviera al Éufrates en 254 y cooperara con Odenato, rey de Palmira. En 260, Sapor atacó

Carras y Edesa; finalmente inició negociaciones con Valeriano para tenderle una trampa y apresarlo junto a la mayoría de sus oficiales. Valeriano murió en cautiverio, convertido, según se dice, en escabel de Sapor. Entretanto, Galieno estabilizó la zona fronteriza septentrional de Ilírico y se trasladó al Rin en 254; nombró sucesor a su hijo Valeriano (Valeriano II). No obstante, cuando Valeriano II murió en el año 258, Galieno tuvo que enfrentarse a una revuelta, lo que permitió que los alamanes atacaran Galia y los jutungos Italia, con consecuencias devastadoras. No fue hasta el año 260 cuando Galieno regresó a Italia y derrotó a los alamanes en Milán.

Para entonces, Galieno ya tenía conocimiento del importante revés sufrido en Oriente, donde los persas habían incursionado en dirección oeste y estaban conquistando ciudades romanas. Afortunadamente, Odenato se posicionó del lado de Roma y en 261 fue recompensado con beneficios y títulos: «líder y gobernador de todo Oriente». (*Dux, Corrector Totius Orientis*), lo que puede considerarse una jugada estratégica por parte de Galieno; por su parte, Odenato llevó la guerra a territorio persa. En Occidente, Galieno, bajo una inmensa presión, hizo lo propio después de que Póstumo, gobernador de Germania Inferior, se sublevara y asesinara a Salonino, hijo menor del emperador, en el año 260. Póstumo había convertido el Imperio galo en su feudo personal, con las regiones de Galia, Britania e Hispania; y aunque resistía con solidez ante los invasores extranjeros, no trató de cruzar los Alpes hacia Italia. Galieno aceptó la situación y concentró sus esfuerzos en el resto del imperio. Permaneció en Roma y se convirtió en un importante mecenas, pero fuentes latinas indican que era criticado por su carácter perezoso. En el año 267, tuvo que enfrentarse a nuevas dificultades: los godos invadieron Grecia y otros pueblos atacaron Tracia. Galieno logró vencerlos, pero poco después tuvo que hacer frente a una revuelta dirigida por

Aureolo, su comandante de caballería. Aureolo fue sitiado y derrotado en Milán en 268, pero los acontecimientos habían socavado la autoridad de Galieno. Después del asesinato de Odenato en un feudo familiar, su esposa, Zenobia, gobernó Palmira en nombre de su hijo Vabalato y adoptó posiciones cada vez más autárquicas. Muchos de los generales de alta graduación de Galieno, provenientes de la zona del Danubio, conspiraron en su contra y lo asesinaron durante la campaña de 268.

Los generales eligieron emperador a Claudio Aurelio, que había sido comandante de caballería. Le acompañó la fortuna, puesto que el conflictivo Aureolo murió a manos de sus propias tropas, lo que le permitió dirigirse a Roma y, posteriormente, regresar al Danubio para continuar la guerra contra los godos, que, vencidos de forma definitiva en 269 en la batalla de Naisso, se vieron obligados a firmar una paz que duró una generación. Su recompensa fue recibir el título honorario de «gótico máximo» (conquistador supremo de los godos). Intentó restablecer el control romano en Dacia, pero surgieron otros problemas: en primer lugar, Victorino, que reemplazó a Póstumo como señor del Imperio galo; en segundo lugar, Zenobia, que desde Oriente manifestaba abiertamente su ambición de conquistar Siria y Egipto. En cualquier caso, Claudio Aurelio murió de una epidemia en Sirmio en el año 270 y fue deificado por un Senado que lo admiraba. En poco tiempo, su hermano Quintilio lo sucedió, pero Lucio Domicio Aureliano, un alto mando militar, no tardó en hacerle frente y sus tropas lo abandonaron. Aureliano aseguró su posición en Roma y, a continuación, emprendió una enérgica y exitosa campaña contra los alamanes y los jutungos en 270, y consiguió hacerlos retroceder al otro lado del Danubio. Debido a sus diversas dificultades financieras, optó por hacerse con el control político por los cauces habituales: haciendo alarde de

sus habilidades militares, especialmente contra Zenobia, quien para entonces, según parece, controlaba prácticamente toda la región de Siria y Egipto. En el año 272, derrotó a las fuerzas de Palmira cerca de Antioquía, en Siria, e hizo que Zenobia (quien se había autoproclamado como augusta) regresara a Palmira, que acabó sucumbiendo al poder romano. La situación estaba controlada, Egipto volvió a las órdenes de Roma y Zenobia fue hecha prisionera. En 273, después de otra insurrección, Palmira fue destruida. En Occidente, Lucio Domicio Aureliano derrotó a Tétrico, el nuevo líder del Imperio galo, y, como gobernante de un imperio unido, se ganó el título de «restaurador del mundo». (*Restitutor Orbis*). En medio de este cúmulo de victorias, Aureliano se sintió confiado para dejar formalmente la antigua provincia de Dacia en 274 y posteriormente celebró un gran triunfo. Astutamente, camufló su retirada designando con el nombre de «Dacia» una zona al sur de Danubio. En 275, partió de nuevo hacia Oriente, pero fue asesinado por un misterioso grupo de conspiradores que aparentemente no tenían un plan establecido. Durante la confusión que siguió, Marco Claudio Tácito, comandante retirado, llegó desde Italia para asumir la púrpura. Lideró una corta campaña contra los godos en Anatolia antes de ser asesinado por sus propios hombres en 276 como resultado de una contienda local. Lo sucedió brevemente su prefecto pretoriano, Floriano, quien también murió a manos de sus hombres en 276, antes de poder iniciar la batalla con Probo, comandante de las tropas romanas en Siria y Egipto, quien también reclamaba la púrpura para sí mismo.

Probo, oriundo de la zona del Danubio, gobernó entre 276 y 282 e inmediatamente dirigió su atención a Occidente, primero luchando en el Danubio y luego asegurando el control de la Galia mediante enérgicas campañas contra los francos y los alamanes, que habían causado estragos durante la ausencia

de Aurelio en Oriente. También sostuvo una campaña en Recia contra los burgundios y los vándalos, autoproclamándose protector de Italia. Después de esto, Probo pasó algún tiempo en Oriente, pero, fueran cuales fueran sus planes, se vieron interrumpidos cuando tuvo que regresar a Occidente para lidiar con una importante revuelta en el Rin; una vez sofocada y ganado el control sobre Britania, celebró un triunfo en 281. En el año 282, a pesar de su victoria en los alrededores de Sirmio, sus soldados lo asesinaron, aparentemente por voluntad propia, dado que lo consideraban un líder demasiado estricto; sin embargo, también es posible que ya no gozara de la plena confianza de sus generales. Significativamente, cuando Marco Aurelio Numerio Caro, prefecto pretoriano y comandante de un gran ejército, se declaró en contra del emperador en 282, y asumió la púrpura sin muchas reticencias. Proclamó césares a sus hijos Carino y Numeriano; inmediatamente tuvo que enfrentarse a incursiones en las fronteras, por lo que dividió el mando y envió a Carino a defender los territorios occidentales. Caro y Numeriano emprendieron una expedición contra Persia y consiguieron una espléndida victoria que terminó con la captura de Ctesifonte en 283. Poco después, Caro fallecía, supuestamente a causa de un rayo, aunque tal vez asesinado. Carino asumió el control de todo el imperio. En Oriente, Lucio Flavio Aper, prefecto pretoriano y suegro de Numeriano, probablemente asesinó a su yerno en el año 284 mientras regresaban a Occidente y ocultó su cuerpo hasta que el olor a descomposición lo delató. Incluso en el turbulento mundo de la política militar, aquello era inaceptable desde el punto de vista de los altos mandos, y Cayo Valerio Diocles, de la región de Dalmacia, fue declarado emperador en Nicomedia en el año 284 con el nombre de Cayo Valerio Diocleciano. Él mismo asesinó a Aper, porque aparentemente sabía demasiado. A continuación, se dirigió a Occiden-

te y, en 285, se encontró en el Danubio con Carino, quien ya había vencido a otro rival. Tras una dura batalla, Carino fue víctima de la traición y murió a manos de sus tropas, por lo visto debido a los abusos sexuales que perpetraba contra las mujeres de sus soldados.

Inevitablemente, este periodo se nos presenta como una época histórica penosa y llena de confusión; parte de la dificultad reside en la inadecuación de las fuentes documentales, ya que carecemos de autores coetáneos o lo bastante próximos en el tiempo a los acontecimientos. Por ese motivo, nos apoyamos excesivamente en Aurelio Víctor y en Flavio Eutropio, autores del siglo IV, y en una obra anónima, el *Epitome de Caesaribus*, que utilizan fuentes similares. Es poca la información fiable que encontramos en la espuria *Historia Augusta*, que se presenta como una colección de biografías imperiales escrita por distintos autores, aunque probablemente fuera obra de un solo autor del siglo IV, y cuyos datos resultan poco fiables siempre que no se hayan confirmado en otra fuente; en lo relativo a este periodo, encontramos más invenciones que con respecto a ningún otro. El material más fiable es el de los autores griegos tardíos: Zósimo, autor de la *Nueva historia* (siglo V), y Zonaras, autor de los *Annales* (siglo XII), que se basan en fuentes fidedignas más antiguas. Si se quiere otra perspectiva e información sobre el desarrollo del cristianismo, la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesárea es fundamental. Algunas de las lagunas se complementan con otro tipo de literatura, como es el caso de los panegíricos dirigidos a emperadores, epistolarios y diversos tratados breves. Por ejemplo, Lactancio (cristiano nacido en África en *c.* 240) adoptó una posición en pro del cristianismo en su obra *Sobre la muerte de los perseguidores* e intentó demostrar que a los enemigos del cristianismo los aguarda siempre un fin funesto. Debido a la escasez de fuentes literarias, las inscripciones arrojan luz sobre

aspectos relevantes de la estructura administrativa y de la historia militar del imperio, así como sobre algunos de los personajes más importantes; las monedas acuñadas por diversos emperadores o pretendientes constituyen una fuente de información particularmente valiosa sobre la cronología del periodo, e incluso sobre la orientación de las políticas públicas.

La violencia reinó en el periodo comprendido entre los años 235 y 284: un emperador murió en batalla, a otro lo apresaron los persas, y otro murió durante una epidemia, aunque la mayoría murió a manos de sus soldados o generales. Entre 31 a. C. y 235 d. C. tan sólo hubo 27 emperadores, pero en los siguientes cincuenta años, alrededor de 51 hombres recibieron este título, al menos 22 de forma legítima. Esta falta de continuidad y consistencia en el gobierno fue uno de los peores problemas del imperio y, sin duda alguna, podemos hablar de un imperio en crisis. Los propios romanos fueron responsables de sus propios problemas debido a la ambición de sus líderes. Las constantes guerras civiles supusieron la muerte de valiosos trabajadores, dilapidaron recursos y trajeron grandes penurias a las poblaciones de los territorios donde se libraban las guerras. Por si fuera poco, la supremacía de Roma en el Mediterráneo empezaba a mostrar signos de descalabro; el imperio tendría que haberse centrado en los peligrosos enemigos extranjeros que invadían el territorio romano, a menudo aprovechándose de que el ejército se hallara ocupado en conflictos civiles. Y lo que es aún más relevante, las zonas fronterizas del norte, a lo largo del Rin y del Danubio, se veían amenazadas, especialmente por los alamanes y la aparición de los godos. En Oriente, el reino de Persia, bajo el control de los sasánidas, resultó ser un verdadero desafío a largo plazo, no sólo para los intereses de Roma en Mesopotamia y el Éufrates, sino también, ocasionalmente, para su control sobre algunas zonas de Siria. Estas incursiones extranjeras se producían todas al mismo tiempo, y como consecuencia, el emperador tenía que desplazarse entre las zonas fronterizas del este y del oeste.

Los movimientos secesionistas, que durante un tiempo lo-

graron establecer regímenes prácticamente independientes en Galia y Palmira, son un claro indicio de la presión militar que había sobre el imperio. No obstante, estos sucesos potencialmente penosos aportaron también ciertos beneficios. El Imperio galo de Póstumo al menos logró proteger el Rin y, hasta cierto punto, protegió la Galia de nuevas incursiones. En Palmira, Odenato hizo frente a los persas gracias a las campañas militares emprendidas contra Sapor. Sólo cuando su familia se extralimitó en sus ambiciones por controlar parte de Siria y Egipto, los romanos intervinieron con el propósito de restablecer el *statu quo*.

La posición y el papel del emperador eran cruciales en esta coyuntura militar tan complicada. De él se esperaba que fuera un líder militar competente, capaz de organizar el ejército y tomar las riendas de la campaña o la batalla en persona. También era relevante que sus tropas lo consideraran un hombre carismático, ya que dependía de su lealtad. Por consiguiente, entre mediados y finales del siglo III el papel del emperador se militarizó cada vez más y la habilidad para dirigir un ejército se convirtió en sinónimo de habilidad para gobernar. Si un emperador no se mostraba competente como líder militar o, simplemente perdía una batalla, automáticamente podía perder la confianza de sus hombres y convertirse en el blanco de revueltas y magnicidios. Tampoco ayudaba el hecho de que el imperio no fuera capaz de encontrar un método fiable o benigno a la hora de transferir el poder tras la muerte de un emperador. Además, debido a que muchas partes del imperio sufrían amenazas por parte de invasores, asaltantes o bandidos, y sentían la necesidad de la presencia de un líder competente, existía el peligro de que soldados y líderes nombraran un emperador rival para ganarse la lealtad del territorio. Obviamente, el emperador ya no podía residir en Roma durante largos periodos de tiempo; debía desplazarse y, si era necesario, ins-

talar su cuartel general lejos de la capital, incluso fuera de Italia. A un nivel estratégico más amplio, los emperadores debían sopesar la importancia psicológica y emocional de conservar intactos los territorios tradicionales del imperio frente a la duda razonable de si era posible mantener la presencia militar en todas las zonas fronterizas. En este contexto, se pusieron en tela de juicio toda la estructura, la organización y el despliegue militar.

Cualquier intento de solucionar estos graves problemas estaría condicionado por la situación económica cada vez más adversa de las provincias. La guerra civil y las invasiones extranjeras habían perturbado el desarrollo de la producción agrícola en determinadas zonas, y la pérdida o desplazamiento de las poblaciones reducía la recaudación de impuestos. Los infames bandidos bagaudas merodeaban tranquilamente por la Galia y se han descubierto numerosos tesoros escondidos pertenecientes a este periodo, lo que sugiere que sus dueños fueron asesinados o raptados. En las principales vías, por ejemplo, de Colonia a Tréveris, se han hallado pruebas de incendios en instalaciones ganaderas. La rendición de territorios, particularmente los Campos Decumanos y Dacia, donde había importantes minas de oro, fue perjudicial. Además, los brotes intermitentes de epidemias causaban terror entre la población, y hacia 250 d. C., Dionisio, patriarca de Alejandría, manifestó:

> «La raza humana en la tierra no deja de disminuir y consumirse» (Eusebio, *Historia eclesiástica* 7.21.10).

El hecho de que las monedas de plata estuvieran en constante devaluación, aparentemente como la principal estrategia para resolver el problema de la falta de dinero en metálico, es un claro signo de los apuros por los que pasaba el Gobierno.

Los problemas que encaraba el imperio en este periodo ponen de manifiesto varios defectos y debilidades fundamen-

tales en el Gobierno y la economía, especialmente el hecho de que la economía agrícola de subsistencia no produjera suficientes excedentes. Por supuesto, esto había ocurrido siempre y es importante no exagerar el alcance de la crisis. Gran parte de nuestras pruebas documentales están impregnadas de las ideas cristianas sobre el fin del mundo y el castigo divino, o reflejan el pánico de las clases altas frente a un mundo no tan estable como hubieran querido. En cualquier caso, los efectos de las batallas, e incluso de las incursiones e invasiones militares, no eran permanentes, sino a corto plazo, y no significaban necesariamente el abandono de las tierras destinadas a la producción agrícola. En algunas zonas del imperio, se adoptaron medidas que invitaban al optimismo: por ejemplo, en África, se destinó más tierra al cultivo, lo que originó un incremento en la producción de aceite de oliva, y la alfarería también vivió un auge.

Ciertamente, el imperio tenía una importante capacidad de recuperación y cuando los líderes tenían un respiro de las guerras civiles, eran capaces de llevar a cabo cambios beneficiosos. Por lo tanto, el marco de un gobierno estable se restablecía en parte gracias a la mano de obra, los recursos de las provincias eran suficientes para sustentar grandes ejércitos y la estructura militar básica, y el ejército seguía siendo capaz de conseguir grandes victorias. Esta es la diferencia principal con respecto al siglo V, cuando el Imperio de Occidente se vino abajo por su incapacidad de reclutar y mantener una cantidad suficiente de soldados.

La reorganización del ejército y de su cadena de mando para encarar los nuevos problemas fue el factor crucial durante el siglo III. Galieno fue quien aparentemente tomó la iniciativa extendiendo con inteligencia algunas de las prácticas ya establecidas. El ejército del siglo II empezó a utilizar destacamentos (*vexillationes*), que provenían de unidades más gran-

des, para las campañas; esto evitaba tener que desplazar legiones enteras por todo el imperio. Al ejército también se incorporaron más grupos étnicos procedentes de poblaciones que vivían dentro del territorio imperial; éstas mantenían su identidad fuera de la organización regular de las *auxilia*. Por ejemplo, los jinetes moros eran un componente bastante eficaz para los ejércitos del siglo III. Con estas prácticas podemos ver el inicio de la creación del gran ejército que vino a continuación, compuesto por unidades independientes sin base territorial concreta. Además, la caballería tenía ahora un papel más importante en la guerra. En Milán, Galieno estableció una unidad especial de caballería capaz de operar de forma prácticamente independiente bajo las órdenes de su comandante Aureolo, quien se convirtió en una pieza clave en los consejos imperiales. Una serie de monedas acuñadas en Milán proclamaba la «fidelidad de la caballería». El emperador también reforzó varias ciudades importantes, como Milán, Verona y Aquilea, cruciales para la defensa del norte de Italia, donde apostó destacamentos de varias legiones.

Posiblemente se tratase de medidas temporales, pero aun así son la prueba del nacimiento de una estrategia basada en el uso de destacamentos y potentes unidades de caballería que actuaban desde emplazamientos fortificados. Esto va en consonancia con la práctica romana regular de usar una gran variedad de métodos para controlar a los nativos de las zonas fronterizas, entre los que se incluían la construcción de muros de piedra en zonas de Germania y Britania y la instalación de puestos de vigilancia y patrullas fluviales y terrestres en otras áreas. Los romanos solían reaccionar ante las amenazas en cuanto se enteraban de ellas, aunque a menudo les faltara información de inteligencia y carecieran de una estructura establecida para discutir políticas militares a largo plazo. Por lo tanto, lo que intentaban era mitigar el daño y contraatacar en

cuanto lograban reunir fuerzas. Otro de los problemas era el respeto hacia los senadores con antigüedad que ejercían de gobernadores de provincias y comandantes del ejército. En los siglos I y II, incluso los no especialistas podían llegar a ser generales y se aceptaba la incompetencia de algunos comandantes con tal de mantener las prácticas tradicionales. No obstante, a mediados del siglo III, la coyuntura militar era precaria, y la superioridad natural del ejército romano profesional, mucho menos pronunciada. Posiblemente, los oficiales y generales competentes recibían bonificaciones. En la época de Galieno, se creó un clima en el que las soluciones creativas eran factibles y se dejó el mando de las legiones en manos de miembros de la clase ecuestre. Aurelio Víctor, favorable al Senado, se mostró muy crítico con esta política y afirmó que Galieno había promulgado un edicto que establecía que los senadores debían desaparecer de los mandos del ejército. Esto es poco probable, porque lo normal es que fuera un proceso gradual; parece ser, sin embargo, que a partir del año 260 d. C. los senadores dejaron de comandar legiones para ser reemplazados por prefectos de la clase ecuestre; los seis tribunos militares pertenecían también a los *equites*. Éstos, por lo general, tenían más experiencia militar de la que podía tener el senador medio. La práctica informal de utilizar *equites* se convirtió gradualmente en la norma. También llegaron a dirigir cuerpos independientes de tropas, en cuyo caso se les otorgaba el título de «líder» (*dux*). Dado que para entonces los senadores tenían aún menos experiencia militar, había buenas razones para no cederles el gobierno de provincias si suponía dirigir a un gran número de soldados; el último senador al mando de una campaña fue Cayo Macrino Deciano, gobernador de Numidia, en 260. Y no desaprovechó la oportunidad para derrotar a los bávaros, «que fueron perseguidos y masacrados, y su famoso líder capturado» (*ILS* 1194).

Claudio II y Aureliano siguieron la tendencia política de Galieno. La caballería de Aureliano, compuesta por dálmatas y moros, desempeñó un papel fundamental en la derrota de Zenobia. En este periodo también encontramos la desarticulación de la vieja idea de que el núcleo de las fuerzas de Roma debía constituirse por legiones de ciudadanos romanos. Los emperadores que deseasen incrementar sus fuerzas, estaban dispuestos a emplear pueblos externos al imperio. Roma compró el servicio de vándalos y alamanes, y este fue uno de los polémicos métodos con que Roma trató de solucionar su escasez de recursos humanos. Fue el primer paso hacia el futuro.

Diocleciano tiene fama de ser un innovador entusiasta; sus logros son realmente impresionantes, y no sólo porque su mandato fuera uno de los más largos y él lograra fallecer en su cama. No obstante, las pruebas de sus hazañas son bastante fragmentarias. Diocleciano utilizó como base los logros militares y administrativos de algunos de sus predecesores. La *Notitia dignitatum* (listado de cargos) contiene información oficial de los cargos civiles y militares tanto de la parte oriental como de la parte occidental del imperio, es decir, una lista de los altos cargos estatales; en el caso de los cargos militares, se especifica el número de unidades bajo su mando. El documento hace referencia a la situación del año 395, con revisiones posteriores; pero nos proporciona una idea general de los cambios que hizo Diocleciano en las provincias y los despliegues militares realizados un siglo antes. Su primera tarea fue reformar la estructura del imperio; en su primera visita a Italia, designó césar a otro funcionario militar, Maximiano, y lo envió a la Galia para que se enfrentara a los bandidos bagaudas. En el año 286, Maximiano fue proclamado augusto, y el 1 de marzo de 293 Diocleciano inició la tetrarquía (gobierno de cuatro), en la que él y Maximiano ejercieron el papel de augustos, cada uno con un césar, Galerio y Constancio respectivamente. El pacto se selló mediante matrimonios: Galerio se casó con Valeria, hija de Diocleciano; y Constancio, con Teodora, hija de Maximiano. Mientras los cuatro respetaran el acuerdo, cada uno podría contar con su propio Estado Mayor y asumieron la responsabilidad de una porción del imperio, lo que aseguraba que siempre hubiera alguien para tomar las riendas de operaciones militares. El grupo de emperadores proporcionaba mayor estabilidad haciendo que las revueltas fueran cada vez menores y cada césar tenía la posibili-

dad de ser ascendido al puesto de augusto. En un momento se pensó que el imperio quedaría dividido en dos partes: Diocleciano y Galerio se encargarían de la parte oriental, y Maximiano y Constancio, de la occidental. Sin embargo, los augustos nunca dividieron formalmente las responsabilidades administrativas y los edictos se promulgaban a nombre de los cuatro y eran válidos en todo el territorio imperial.

Surgieron varios centros imperiales donde los emperadores se establecieron, como Sirmio, Tréveris o Nicomedia. Los acontecimientos de años anteriores habían hecho que Roma perdiera importancia y su pérdida de estatus quedaba ahora confirmada. La tetrarquía sirvió para reforzar el poder y el prestigio del emperador, debido a la degradación que había sufrido su imagen por culpa de las usurpaciones de años anteriores. Con el objetivo de realzar su autoridad semidivina, Diocleciano elevó el estatus de su posición imperial adoptando el nombre de Iovius, y Maximiano el de Herculeus (aunque Diocleciano era quien tenía más poder). Las ceremonias de la corte adquirieron un tono más formal y espectacular, pues los augustos mantenían la distancia con los miembros de la corte y la comitiva; desde ese momento, los gobernantes empezaron a vestirse con togas púrpuras y capas doradas adornadas con joyas. El desplazamiento del emperador y los asuntos imperiales fuera de Roma lo liberaron de los vestigios de la ideología de la República, en la que se consideraba al gobernante como al primer ciudadano (*princeps*). Una ofrenda de Dirraquio mostraba la buena comprensión del mensaje:

> «A nuestros señores Diocleciano y Maximiano, los indómitos Augustos, nacidos de dioses y creadores de dioses» (*ILS* 629).

Además de la seguridad militar, había otros tres aspectos que preocupaban a Diocleciano: la reorganización de la estructura de las provincias, la reforma del sistema tributario y el financiamiento público y, por último, la organización del

ejército. Los gobiernos provinciales no habían vivido muchas modificaciones desde los primeros tiempos del imperio, pero Diocleciano llevó a cabo cambios drásticos dividiendo las provincias en unidades administrativas más pequeñas. Alrededor del año 314, había casi cien provincias, cada una con su propio gobernador y sistema administrativo; se trataba de microadministraciones del imperio con supervisión minuciosa, especialmente en asuntos financieros y jurídicos, así como de exigencias de cumplimiento de las regulaciones centrales. El gobernador de provincia era llamado *praeses*, excepto en África y Asia, donde seguía existiendo la figura del procónsul senatorial. Italia no fue una excepción y también quedó dividida en zonas más pequeñas, cada una bajo la supervisión de un *corrector*. Más adelante, Diocleciano creó un nivel administrativo superior agrupando las provincias en doce diócesis, cada una de ellas controlada por un oficial de rango ecuestre conocido como *vicarius*, quien a todos los efectos actuaba como adjunto de los prefectos pretorianos. Los *vicarii* eran de orden ecuestre, hombres hábiles que se habían ganado su puesto en el servicio imperial. Es posible que como consecuencia natural de estos cambios, los burócratas provinciales de las zonas fronterizas tuvieran que centrar sus energías en la Administración civil y dejar los cargos militares para los oficiales designados (véase más adelante). La burocracia se volvió cada vez más compleja, con una jerarquía formal apoyada por títulos asociados a personas de un rango en particular: *Eminentissimus* («Su Eminencia»), *Perfectissimus* («Perfectísimo»), *Egregius* («Distinguidísimo»). El servicio en la Administración, que dio en llamarse *militia*, en contraposición al servicio militar, *militia armata*, confería cierto estatus social. Lactancio, que en raras ocasiones desaprovecha la oportunidad de criticar a Diocleciano, enfatiza el hecho de que hubo un incremento en el número de funcionarios: «eran más numerosos que los

contribuyentes». Los consejeros del emperador adoptaron el nombre de Consistorio (así llamado porque trabajaban en presencia del emperador); también había departamentos de gobierno independientes, conocidos como *scrinia* (nombre derivado de las cajas que se usaban para transportar documentos oficiales durante los viajes que los emperadores hacían por el territorio imperial). Los funcionarios al mando de estos departamentos se llamaban *magistri*, y por encima de ellos se encontraban los prefectos pretorianos, con un papel administrativo, financiero y judicial de suma importancia; en ese momento, sus responsabilidades militares eran menos relevantes.

El crecimiento del ejército y esta complicada burocracia supusieron una gran presión para los recursos financieros del imperio. Una parte esencial del programa de Diocleciano fue la modificación del sistema tributario y una restructuración innovadora de la economía. La recaudación de impuestos pasó a basarse en el *iugum*, un espacio de tierra medido tanto por su área como por su posible productividad, y en la «cabeza» (*caput*), el contribuyente individual. Cada 1 de septiembre, los prefectos pretorianos tenían la responsabilidad de publicar el *indictio*, que era un cálculo del impuesto (recaudado habitualmente en especie, por ejemplo, aceite o cereales) a partir de cada unidad tributaria, tomando en cuenta un censo oficial, que en principio debía realizarse cada cinco años. Esto supuso la creación del primer presupuesto anual del Imperio romano (prácticamente con el sentido moderno de la palabra); después del *indictio*, era responsabilidad de los funcionarios calcular cuánto debía pagar cada provincia, puesto que el *iugum* no se calculaba en todas de la misma forma. Este sistema aseguraba que los recursos llegaran al erario y, hasta cierto punto, intentaba corregir la inflación y la injusticia del sistema anterior, inflexible e incapaz de adaptarse a las nuevas situaciones fruto del alto costo de la guerra, los estragos en las tie-

rras y el descoyuntamiento social. Probablemente, el nuevo método se fue instaurando de forma gradual provincia por provincia. Por ejemplo, en Egipto, el gobernador declaró en 297:

> «Nuestros previsores emperadores… han aprendido que el cálculo de los impuestos se lleva a cabo de modo que algunos contribuyentes no pagan lo suficiente y otros soportan una carga excesiva. Han decidido en interés de los habitantes de las provincias erradicar esta desgraciada y perniciosa práctica, y publicar un edicto beneficioso, en el que se indicará qué impuestos se establecerán» (Boak y Youtie, 1960, n.º 1).

Mapa 9. Provincias y diócesis bajo Diocleciano (según Williams, *Diocletian and the Roman Recovery*, 1985, mapa 4).

Diocleciano también promulgó el famoso edicto sobre precios del año 301 con el fin de combatir la inflación estableciendo precios máximos para los artículos a la venta y los salarios e imponiendo fuertes castigos, incluida la ejecución. El edicto expresa la genuina rabia y frustración de los emperadores:

> «¿Quién puede ser tan insensible y tan desprovisto de humanidad como para no ser consciente o no haberse dado cuenta de que los precios se han descontrolado en las ventas de los mercados y en la vida diaria de las ciudades? Además, esta pasión desenfrenada por obtener unas ganancias desenfrenadas debe disminuir, ya sea mediante suministros más abundantes o por años fructíferos… Por tanto, nos complace anunciar que los precios que aparecen en la lista adjunta se mantendrán bajo control en todo nuestro imperio… Asimismo, es nuestra decisión que quien no obedezca las medidas aquí establecidas reciba como castigo la pena capital» (traducción de Lewis y Reinhold, vol. II, 1990, p. 422-426).

El edicto era sorprendentemente minucioso y contenía una lista de unos mil artículos. He aquí un extracto de los precios y salarios:

Precios		
Carne:		
Cerdo –	una libra italiana –	12 denarios
Ternera –	una libra italiana –	8 denarios
Pierna de cerdo menápico y cerritano, de calidad –	una libra italiana –	20 denarios
Faisán, cebado –	250 denarios	
Faisán, salvaje –	125 denarios	
Salarios		
Barbero –	por persona –	2 denarios
Limpiador de alcantarillas a tiempo completo, con pensión alimenticia –	al día –	25 denarios
Escriba de primera categoría –	100 líneas –	25 denarios
Escriba de segunda categoría –	100 líneas –	20 denarios

Según Lactancio, que era abiertamente hostil a Diocleciano por su política de persecución contra los cristianos, el edicto

fue un fracaso puesto que los bienes simplemente desaparecieron del mercado (*Sobre la muerte de los perseguidores*, 7.6-7). En este aspecto, la estrategia económica no funcionó. No obstante, Diocleciano promulgó otro edicto en 301 con el fin de revaluar la moneda sobre una base sólida y establecer una moneda única; de ahí la implementación del *nummus*, una moneda grande de bronce con una mezcla de plata que valía 25 denarios, destinada a los pagos públicos y las transacciones privadas; en la cabeza de la escala monetaria de tres metales, Diocleciano acuñó una moneda de oro (*solidus*), de un sesentavo de libra, y una moneda de plata (*argenteus*), de un noventaiseisavo de libra. Esta política estaba destinada al fracaso debido a la falta de confianza del pueblo y, en consecuencia, no logró estabilizar los precios. Por otro lado, no había suficiente oro ni plata. No obstante, fue un primer paso en el intento de frenar la constante devaluación de la moneda, y el edicto se considera un símbolo importante de los intentos del Gobierno de controlar la economía.

El ejército siempre había sido la partida más onerosa del Gobierno romano, y no cabe duda de que Diocleciano incrementó de forma significativa el número de legiones a 67, y probablemente también aumentó el número de unidades auxiliares. Las fuentes antiguas arrojan cifras variadas, algunas vagas, otras más precisas; por ejemplo, John Lydus indica que había 389 704 hombres al servicio del ejército de Diocleciano y 45 562 en las flotas. Es posible que estas cifras provengan de registros oficiales, pero es probable que no sean exactas debido al fraude o la incompetencia. Si las legiones hubieran tenido la misma dotación de antes (más de 5000 hombres), el ejército habría tenido que duplicar su tamaño. Refiriéndose a las fuerzas militares de Diocleciano, Zósimo, deshaciéndose en elogios, destacó que (en comparación con Constantino) el emperador defendía toda la línea fronteriza del imperio con

ciudades, guarniciones y fortificaciones, de tal forma que era imposible que el enemigo pudiera entrar (2.34.1-2). Diocleciano conservó la estructura tradicional gracias a que las provincias importantes siempre disponían de una dotación permanente de soldados y formaban una especie de anillo de seguridad exterior. En lo más alto estaban las legiones y los destacamentos de caballería (*vexillationes*), respaldados por las cohortes de infantería y los escuadrones de caballería (*alae*). Por ejemplo, en las provincias orientales, había aproximadamente 28 legiones, 70 *vexillationes*, 54 cohortes y 54 *alae*. Además, al menos 17 legiones se hallaban acuarteladas a lo largo del Danubio, unas 10 en Germania y 2 o 3 en Britania. Estas disposiciones sugieren las preocupaciones fundamentales en cuanto a estrategia de los dirigentes romanos para proteger las provincias orientales, las que más contribuían con impuestos, frente a los persas y para defender la Galia y los accesos a Italia de las incursiones de las tribus saqueadoras. Asimismo, África, con sus 8 legiones, 18 *vexillationes*, 7 cohortes y 1 *ala*, ya no era una región atrasada militarmente; valía la pena proteger los bienes y productos agrícolas de las provincias.

A pesar de que Diocleciano tenía un enfoque bastante conservador, no desdeñó estrategias anteriores en cuanto al uso de una fuerza relativamente móvil y no ligada a una sola posición provincial. Las pruebas al respecto son limitadas, pero un papiro egipcio referente a los preparativos de la campaña imperial de 295 menciona a un funcionario de los *comites* del emperador en una fuerza mixta, que incluía los destacamentos de varias legiones y un *ala* auxiliar. Unida a otras fuentes, esta información sugiere la presencia de una fuerza permanente a la espera del emperador (*comitatus*). Aun así, no es muy probable que se tratara de una disposición formal o necesariamente permanente. En su estrategia de conceder privilegios a

los veteranos, Diocleciano favorecía particularmente a los legionarios y a los miembros de las *vexillationes*, pero no dispensaba ningún trato especial a los *comitatus* (*CJ* 7.64.9; 10.55.3). Sin duda alguna, las tropas se enviaban o se retiraban según las exigencias de las circunstancias, pero parece que había al menos tres elementos constantes: legiones de élite, los *Ioviani* y los *Herculiani*, nombres inspirados en los augustos; *equites promoti*, posiblemente lo que quedaba de la caballería de Galieno y, finalmente, los *protectores* (en el sentido literal), a los que Diocleciano había designado antes de asumir la púrpura y que originalmente constituían un cuerpo de oficiales subalternos al servicio del emperador y que más adelante adoptaron el papel de guardia de corps permanente.

Mantener fuerte ese numeroso ejército se demostró difícil y probablemente Diocleciano tuviera que recurrir al servicio militar obligatorio e insistir en que los hijos de los veteranos se alistaran. Además, se exigía a los gobernadores de las ciudades que produjeran un número suficiente de reclutas en sus territorios; los terratenientes también sufrieron la presión, algunos incluso se agruparon con el fin de poder cumplir con sus obligaciones. Es posible que el *aurum tironicum* (literalmente «oro de los reclutas») date de finales del siglo III; en virtud de este acuerdo, se eximía mediante pago de la obligación de aportar reclutas. Gracias al dinero en metálico el Gobierno podía tratar de contratar extranjeros aptos para luchar en el bando de Roma. Aparentemente, la práctica de asentar a no romanos en zonas determinadas del imperio y exigirles el servicio militar a ellos y a sus descendientes comenzó durante la tetrarquía. En el año 297, durante un discurso en honor a Constancio, un orador anónimo dijo:

> «Ahora el granjero bárbaro produce cereal… y, desde luego, si lo reclutan, se presenta rápidamente, con una docilidad completa y totalmente bajo nuestro control, y está contento con ser un simple esclavo bajo el título del servicio militar». (*XII Panegyrici Latini* VIII (v), 9.3-4).

No queda claro a cuántos hombres se convenció para que se unieran al ejército a cambio de un pago y ciertos beneficios. Era muy probable morir en medio de la agitación que se vivió a mediados de siglo. No se puede determinar con exactitud cuál era la tarifa a finales del siglo III y, en cualquier caso, se vio bastante mermada debido a la inflación, aunque los ingresos de los soldados aumentaban con los donativos que conseguían en la celebración del cumpleaños y el aniversario de la toma de poder del emperador (por lo que, en cierto modo, cuantos más emperadores, mejor). Cada vez con más frecuencia, a los soldados se les pagaba en especie, con carne, sal, trigo y vino, recolectados de las provincias como parte del pago de impuestos. Diocleciano, al igual que todos los emperadores, necesitaba el apoyo entusiasta de sus tropas, y su consternación por la presión financiera que cargaban sobre sus espaldas se originó por la queja, francamente exagerada, que se muestra en el preámbulo de su edicto sobre precios, en el que se explicaba que gastaban la mayor parte de su salario y donativos en una sola compra.

Durante el mandato de la tetrarquía, con una tregua de la guerra civil y de incursiones importantes, y con la responsabilidad militar compartida entre cuatro hombres, fue posible reafirmar el poder y la influencia de Roma. El objetivo de Diocleciano era mantener los límites establecidos del territorio controlado por Roma en las zonas fronterizas y propiciar ataques donde se consideraba necesario en zonas estratégicas. En Oriente, el gran número de unidades de caballería demuestra que los despliegues no estaban pensados con fines defensivos y las unidades del ejército en campaña podían desplazarse para proporcionar apoyo. Con el fin de estabilizar las zonas fronterizas y propiciar la expansión, Diocleciano y Galerio se trasladaban con frecuencia, si bien Diocleciano pasaba gran parte del tiempo en la zona del Danubio y en Oriente. En el

año 286, luchó contra los sármatas, y en 287 nombró a Tiridates rey de Armenia; es posible que gracias a las negociaciones con el rey de Persia recuperara Mesopotamia. Una inscripción de Augsburgo del año 290 lo glorifica como el «Gran Conquistador de los Persas». (*Persicus Maximus*) (*ILS* 618). En 288 se hallaba en la campaña de Recia y, en diciembre de 290, Diocleciano y Maximiano celebraron un grandioso y formal encuentro en Milán.

Constancio continuó con su concatenación de éxitos militares: invadió Britania en 296 y terminó con la secesión encabezada por Carausio, quien para entonces ya había sido asesinado y reemplazado por Alecto. En un determinado momento, Carausio había ejercido de timonel y más tarde había sido designado para enfrentarse a los asaltantes sajones en el canal de la Mancha; desde esta posición, usurpó el control de Britania. Alecto había sido su ministro de finanzas. Un medallón de oro elogia a Constancio como «Restaurador de la Luz Eterna» (de Roma). En el año 298, Maximiano se encontraba en África resolviendo con éxito una revuelta de tribus moras. Entretanto, Diocleciano dirigía otras campañas en el Danubio contra los sármatas en 294 y en Carpi en 296. Pero en el año 297, estalló en Egipto una importante revuelta que Diocleciano logró sofocar después de sitiar Alejandría durante ocho meses. Este acto de rebeldía enfureció al emperador, que juró que el pueblo de Alejandría pagaría con sangre hasta que las calles se inundaran hasta la altura de las rodillas de su caballo; pero su caballo cayó cuando entraba a la ciudad y puede que por escrúpulos religiosos, Diocleciano les perdonó la masacre; en muestra de su agradecimiento y con su habitual espíritu batallador, los habitantes de Alejandría erigieron una estatua en honor al caballo. Pese a todo, Egipto fue reorganizado, perdió su derecho a tener una moneda diferente y se dividió con la creación de una nueva provincia al sur, la Tebaida.

Diocleciano remontó el Nilo para expulsar a los problemáticos blemios del Alto Egipto.

El éxito más asombroso de la tetrarquía tuvo lugar en Oriente. En el año 297, Galerio había sufrido una derrota a manos de Narsés, el rey persa, que había expulsado de Armenia a Tiridates, impuesto por Roma. A la cabeza de un contraataque a través de Armenia, Galerio se enfrentó a Narsés y, en 298, logró una gran victoria que le permitió apoderarse de todo el harén y el erario real. Posteriormente, Galerio tomo Ctesifonte y al año siguiente se llegó a un acuerdo de paz: los persas perdieron parte de su territorio y se estableció como frontera el Tigris. Armenia se hallaba definitivamente bajo poder romano y Tiridates fue restituido como rey. En un relato, probablemente ficticio, de las negociaciones de paz, el historiador bizantino Pedro el Patricio describe cómo un enviado persa elogia la humildad del vencedor y resalta los rápidos cambios de la fortuna en los asuntos humanos. Galerio responde que los romanos son siempre magnánimos con los conquistados y que no necesitan consejos por parte de los persas en este sentido. El acuerdo de paz, cuyo responsable principal fue probablemente Diocleciano, duró cuarenta años. La tetrarquía había consolidado su posición con un logro militar notorio: recuperó Britania, venció y humilló a Persia, sometió a Egipto y pacificó el Danubio; mientras que en Occidente, Constancio mantuvo la frontera del Rin en paz.

Diocleciano era tan ambicioso como exitoso en las campañas militares, pero también le preocupaba el mantenimiento de la integridad territorial del imperio a largo plazo y no escatimaba esfuerzos en diseñar y construir fuertes provistos de muros gruesos, torres y plataformas de batalla, lo que permitía que la artillería se posicionara de tal forma que tenía la capacidad de mantener al enemigo a raya durante un largo periodo de tiempo, siempre y cuando los defensores dispusieran de su-

ministros. Una serie de fuertes y ciudades fortificadas protegían las comunicaciones en vías y ríos y ayudaban al movimiento de las tropas. Un buen ejemplo de red de fortalezas es la *Strata diocletiana*, que iba desde el noreste de Arabia hasta Palmira y el Éufrates (se ha identificado una sección durante una investigación arqueológica entre Palmira y Damasco); los fuertes, que eran vigilados permanentemente por cohortes de infantería, estaban dispuestos en intervalos de treinta kilómetros y estaban unidos por vías militares respaldadas por cadenas montañosas. Sin embargo, dos legiones en los alrededores de Palmira y Danaba reforzaban la presencia militar. Más al norte, otras legiones vigilaban la línea fronteriza. Esta disposición de tropas y fortificaciones pudo haber sido suficiente para controlar los asaltos y otras incursiones más importantes por parte de los persas, pero sus motivos eran complicados y no reflejan una actitud meramente defensiva. Los tetrarcas establecieron en las zonas fronterizas numerosas fuerzas permanentes capaces de desplazarse directamente por las vías militares para hacer frente a las incursiones; los lugares fortificados permitían a los romanos contener los ataques enemigos en un área relativamente limitada y evitar que el daño se extendiera hacia las provincias. Las fuerzas de Roma seguían preparadas para involucrarse en batallas y estaban es posición de emprender operaciones ofensivas. El armamento y otras provisiones militares se manufacturaban en fábricas especiales de centros como Edesa y Antioquía.

Los emperadores se sentían orgullosos de sus éxitos militares y de haber conseguido un Gobierno estable con unas condiciones relativamente pacíficas; ese orgullo se refleja en el preámbulo del edicto sobre los precios del año 301:

> «Al recordar las guerras que hemos librado con éxito, debemos estar agradecidos por la fortuna de nuestro Estado, sólo por debajo de los dioses inmortales, por un mundo tranquilo que se recuesta en el abrazo de la calma más profunda, y por las bendiciones de una paz ganada con gran esfuerzo… Por tanto,

nosotros, que por el gracioso favor de los dioses hemos acabado con la marea de estragos causados por las naciones bárbaras destruyéndoles, debemos rodear la paz que hemos establecido para la eternidad con las defensas justas necesarias» (traducción a partir de Lewis y Reinhold, vol. II, 1990, p. 422).

Durante la tetrarquía, continuó el declive del papel de los senadores al servicio del Gobierno. Las autoridades militares en todos los niveles recaían en los *equites* y, cada vez con mayor frecuencia, en hombres con experiencia militar; las provincias de África y Asia eran las únicas cuyos gobernadores era procónsules senatoriales. La posición de *dux* había seguido desarrollándose y era ahora un comandante de rango ecuestre quien desempeñaba un papel militar en un territorio que incluía más de una provincia. El primer ejemplo claro que tenemos aparece en una inscripción fechada entre 293 y 305 referida a Firminiano, *dux* de la zona fronteriza en Escitia.

Diocleciano siempre tuvo una posición a favor de la prevalencia de la ley en contra de las decisiones arbitrarias (sobreviven más de mil rescriptos de su mandato) y, en cuanto a la política social, tenía un punto de vista conservador con respecto al valor de las prácticas romanas tradicionales y la disciplina estricta; al igual que Augusto, intentó que la moral se mantuviera a un alto nivel. En el año 295, promulgó un edicto que prohibía los matrimonios incestuosos, que no eran aceptados ni por la ley romana ni por la religión; se estableció un plazo de un año para que los afectados cumplieran con la regulación. Se puede apreciar la misma actitud en un rescripto del año 285:

> «Es de conocimiento común que nadie que viva bajo la autoridad y el nombre de Roma puede tener dos esposas. El edicto de un pretor ha señalado a los hombres en ese caso, que merecen la deshonra pública, y de ningún modo el magistrado al cargo permitirá que semejante acto salga impune» (*CJ* 5.5.2).

Diocleciano apreciaba la unidad del imperio y prohibió el maniqueísmo por ser un culto extranjero perjudicial; esta secta creía en la redención basada en un estilo de vida ascético en un mundo que era escenario de batalla entre las fuerzas de la luz y las tinieblas, o del bien y el mal. Se desarrolló a partir del gnosticismo y reconocía a Jesús como el hijo de Dios. Su fundador, Mani, perteneciente a la aristocracia parta, había muerto en el año 276, y, a los ojos de los romanos, sus seguidores se asociaban con Persia.

Fue en este contexto en el que los cristianos atrajeron la atención desfavorable de Diocleciano; durante 18 años no emprendió ninguna acción en su contra, aunque hubo intentos esporádicos de imponer sacrificios a los dioses entre el séquito del emperador. Lactancio, con su fuerte postura procristiana, alega que la principal motivación de la Gran Persecución (iniciada en 303) vino de parte de Galerio. Esto es poco

probable, puesto que la autoridad de Diocleciano era primordial y aparentemente creía que los cristianos eran un impedimento en su lucha para revitalizar el Estado porque éstos se negaban a adaptarse y a adorar a los dioses del imperio, por los que Diocleciano profesaba un respeto tradicional. Continuó la antigua práctica de consultar el oráculo de Apolo en Didima, donde el dios respondió que «los justos» (es decir, los cristianos) obstaculizaban su habilidad de contestar. Diocleciano y Galerio supervisaron con entusiasmo la puesta en marcha de la persecución desde las provincias orientales. Se promulgó un edicto en Nicomedia, en 303, que apuntaba a las operaciones de la Iglesia cristiana y ordenaba la destrucción de todos los templos, la entrega de todas las escrituras y la prohibición de todas las reuniones de tipo religioso. Todo aquel que siguiera rindiendo culto era desposeído de su cargo, sometido a torturas y ejecutado. La situación de los cristianos empeoró después de un incendio en el palacio imperial de Nicomedia; el propio Diocleciano fue testigo de la destrucción de una iglesia contigua a este palacio. Un segundo edicto insistía en que el clero sería apresado; sin embargo, un tercer edicto estipulaba su libertad en caso de estar dispuestos a ofrecer sacrificios a los dioses paganos. Un último edicto ordenaba a todo el pueblo (los legos incluidos) a ofrecer sacrificios. Lactancio describe de forma vívida y con gran emotividad el trato que recibían los cristianos:

> «Al amanecer de ese día… cuando la luz era aún tenue se presentó de improviso en la iglesia (en Nicomedia) el prefecto acompañado de los jefes y tribunos militares y de los funcionarios del fisco. Arrancan las puertas y buscan la imagen de Dios; descubren y queman las Escrituras; se les permite a todos hacer botín, hay pillajes, agitación carreras…. Así pues se presentaron los pretorianos formados en escuadrón, provistos de hachas y otras herramientas y, acometiéndolo por todas, en pocas horas arrasaron hasta el nivel del suelo este soberbio templo» (*Sobre la muerte de los perseguidores* 12.2-5).

Aunque sin duda alguna se perpetraron actos de inmensa crueldad, los efectos de la persecución fueron desiguales.

Según parece, en Occidente, Constancio no promulgó el cuarto edicto; mientras que en Egipto, el gobernador, Sosiano Hierocles, se aplicó con entusiasmo a confiscar bienes de la Iglesia y a obligar a los cristianos a ofrecer sacrificios a los dioses paganos. Un papiro que contiene el discurso que hizo un cristiano en una iglesia local explica los acontecimientos en Egipto y menciona a los funcionarios imperiales involucrados:

> «Mientras me deis órdenes según lo que escribió Aurelio Atanasio, *procurator privatae*, en virtud de una orden del más ilustre *magister privatae* [que controlaba la propiedad imperial], Neratio Apolónides, respecto a la entrega de todos los bienes de la iglesia anterior, y aunque yo informé de que dicha iglesia no tenía ni oro, ni plata, ni dinero, ni ropa, ni animales, ni esclavos, ni tierras, ni propiedad alguna ya fuera por alguna concesión o por herencias, a excepción del bronce sin trabajar que se encontró y se entregó a los *logistes* para que fuera llevado a la gloriosa Alejandría, de acuerdo con lo que había dictado nuestro más ilustre prefecto Clodio Culciano. También juro por el genio de nuestros señores los emperadores Diocleciano y Maximiano, los augustos, y Constancio y Galerio, los más nobles césares, que estas cosas son así, y que no he mentido en nada, o podría ser responsable de incumplir el divino juramento». (*The Oxyrhynchus Papyri* 2,673; traducción a partir de J. Rea).

En cierto modo, la Gran Persecución pone de manifiesto el poder del Gobierno en su voluntad de gestionar los asuntos del imperio con una legislación de objetivos muy precisos. No obstante, como maniobra gubernamental, también demuestra sus limitaciones, puesto que su ambición fue tanta como su ineficacia, ya que la mayoría de los cristianos sobrevivió. En el año 306, la persecución había perdido casi toda su fuerza. Con todo, la Gran Persecución es un paso importante en el conflicto entre el paganismo y el cristianismo e, indirectamente, tuvo consecuencias importantes, como por ejemplo en el conflicto donatista entre los cristianos que se mantuvieron firmes a sus creencias y los que obedecieron las exigencias del Gobierno.

Al final del año 303, Diocleciano realizó su única visita a Roma y junto a Maximiano celebró el vigésimo aniversario de su llegada al poder. Pero su salud se debilitaba y en 305 regre-

só a Nicomedia, donde abdicó e hizo que Maximiano, contra su voluntad, también abdicara, con lo que los césares Galerio y Constancio se convirtieron en augustos. Se designaron dos nuevos césares: Maximino Daya, sobrino de Galerio, y Severo, un oficial militar competente. Diocleciano se trasladó a su lujoso palacio de Split, en Dalmacia, donde se dedicó a cosechar coles y en 308 resistió los intentos de convencerlo para que volviera al mando; finalmente murió en *c.* 312.

La tetrarquía era algo novedoso y definitivamente llamó la atención de los comentaristas antiguos. No se sabe a ciencia cierta si Diocleciano desarrolló una política detallada desde cero; en cierto modo, se puede percibir como una respuesta a sucesos externos en una forma típicamente romana y pragmática. Diocleciano necesitaba a alguien que se ocupara de una situación en particular (los bagaudas de la Galia) y por eso buscó a su viejo amigo Maximiano; resultó ser un éxito y se pudo seguir construyendo sobre esta base. La tetrarquía fue estable mientras Diocleciano estuvo al mando, pero cuando enfermó y se retiró, se vino abajo; también fue un fracaso como método de asegurar la sucesión ordenada y la estabilidad debido a las disputas hereditarias y la ambición. El terreno no estaba preparado para pasar a la fase siguiente ni para el delicado momento del traspaso de poder, y esto constituía un serio defecto del sistema. No obstante, en los doce años de tetrarquía se vivieron verdaderos logros y, en términos modernos, Diocleciano fue un regidor magnífico. Le demostró a Roma el valor de los hombres inteligentes y competentes de las provincias, especialmente de la zona del Danubio, que tenían en sus manos el futuro del imperio. Con su visión, se reformó la Administración civil y al menos reconoció los graves problemas financieros que tenía el imperio y trató de buscarles una solución. El ejército creció y se revitalizó, jugada que culminó con la decisión importante de establecer el do-

minio ecuestre en los cargos militares. El ejército se puso a buen servicio y se alejó la amenaza de incursiones por parte de pueblos hostiles; en Oriente, los persas fueron castigados, lo que permitió un descanso para poder reorganizar toda la zona fronteriza. En resumen, Diocleciano logró reafirmar la fe de Roma en un Gobierno estable, en el Estado de derecho y en las garantías jurídicas. Todo ello se logró en un contexto en el que los gobernantes ocupaban una posición elevada, pero no de una forma totalmente antirromana y, ciertamente, la tetrarquía no marca el inicio del despotismo oriental. Los últimos años de Diocleciano se vieron enturbiados con la persecución de los cristianos y los problemas sociales, la violencia y el derramamiento de sangre que esta originó. No fue capaz de resolver el problema de la posición que ocupaba el cristianismo en el imperio, y continuar con la persecución esporádica definitivamente no fue la solución. Aurelio Víctor sintetiza de forma acertada el impacto de los dos augustos y los dos césares en el imperio:

> «Todos estos hombres eran nativos de Iliria, pero aunque, en comparación, carecían de cultura, fueron de gran valor para el Estado, ya que estaban educados en la dureza de la vida rural y la guerra… Sus capacidades naturales y su destreza militar, que habían adquirido bajo el mando de Aureliano y Probo, casi compensaban la falta de un carácter noble, tal y como demostró la armonía que prevaleció entre ellos. Consideraban a Diocleciano un padre, y lo admiraban como si fuera un poderoso dios» (*Vidas de los Emperadores* 39.26-9).

10

El imperio cristiano

Constantino: de César a Augusto

Los acontecimientos no tardaron en demostrar que las disposiciones para la sucesión en el poder tenían defectos muy graves. Tras el retiro de Diocleciano en el año 305, Constantino, el hijo de Constancio y la antigua sirviente Helena, se reunió con su padre, el nuevo augusto, en Occidente, y cuando Constancio murió en York, en 306, el ejército declaró augusto a su hijo. Sin embargo, después de unas negociaciones con Galerio, el augusto superior, éste lo aceptó como césar, mientras Severo se convertía en el augusto de Occidente. Se produjeron nuevos disturbios cuando Majencio, el hijo de Maximiano, quiso llegar al poder y le pidió a su padre que retomara el cargo de augusto. Ante aquella situación violenta e inestable, Constantino hizo un trato con Maximiano: le ofreció la neutralidad militar a cambio del rango de augusto. El acuerdo quedó sellado por el matrimonio de Constantino con Fausta, la hija de Maximiano. Esta importante demostración pública del nuevo estatus social de Constantino tuvo lugar en Trier en el año 307. Galerio convenció a Diocleciano para que acudiera a la conferencia de Carmutum, celebrada en 308, y el antiguo emperador utilizó su prestigio para firmar otro acuerdo en el que Constantino era confirmado de nuevo como césar, mientras que Licinio quedaba nombrado nuevo

augusto de Occidente. Maximiano, privado ya de todo poder, se fue a vivir con Constantino, su yerno y antiguo aliado. Este acuerdo intentó reforzar el principio de que los augustos debían nombrar a los césares y organizar la estructura del Gobierno. Cada líder intentó establecer sus credenciales militares librando campañas, como la de Constantino en el año 310, cuando aplastó a los francos y construyó un puente que cruzaba el Rin.

Aquel nuevo acuerdo auspiciado por Diocleciano quedó debilitado de un modo definitivo cuando Maximiano intentó llegar al poder de nuevo. Constantino lo derrotó con rapidez en 310 y le obligó a suicidarse. Al morir Maximiano, Constantino perdió su derecho legítimo de sucesión, y necesitó crear un nuevo nexo hereditario para el máximo rango. Para ello, alegó que su padre, Constancio, tenía lazos familiares con Claudio II. A lo largo de los meses siguientes se produjeron nuevos enfrentamientos entre Constantino y Maximino Daya, el césar de Galerio, para ascender al rango de augusto junto a Licinio. El sistema de Diocleciano se derrumbaba, y en el año 310, Galerio enfermó de gravedad y murió al año siguiente, lo que supuso la desaparición del último nexo con el antiguo sistema. Constantino cruzó los Alpes en 312 e invadió Italia. Tras un rápido avance, en el que superó en capacidad de maniobra y de combate a sus oponentes, se dirigió a Roma, donde venció a Majencio en la batalla del Puente Milvio, en las afueras de la ciudad. Su rival se ahogó en el Tíber mientras huía. La entrada de Constantino en Roma se celebró como si se tratara de la liberación de la ciudad de manos de un tirano, y en el arco erigido en el décimo aniversario de Constantino, en 315, y que se encuentra cerca del Coliseo, aquel acontecimiento se recuerda mediante un lenguaje formal: «Gracias a la inspiración de la divinidad y a través de la nobleza de su propia mente, con su ejército vengó la *res publi-*

ca con una guerra justa al mismo tiempo contra el tirano y toda su facción» (*ILS* 694). Esto recuerda a Augusto, quien también proclamó que liberaba al Estado «de la tiranía de una facción».

Constantino se reunió luego con Licinio en Milán, y ambos acordaron trabajar juntos, algo que confirmaron con el matrimonio de la hermanastra de Constantino con Licinio, quien promulgó un edicto sobre la devolución de las propiedades confiscadas a los cristianos. Mientras tanto, en Oriente, Maximino Daya había actuado de un modo sutil contra los cristianos al conceder las peticiones de algunas comunidades individuales, que solicitaban organizar una persecución. Esto produjo brotes de violencia contra los cristianos, aunque Maximino promulgó a finales del 312 un edicto de tolerancia. Esto no impidió la inevitable deriva hacia la guerra con Licinio, cuyas tropas en la batalla de Adrianópolis del 313 rezaron una oración dictada por su emperador en honor al dios supremo. Licinio venció en la batalla y Maximino huyó a Nicomedia, donde se suicidó. Licinio se mostró implacable en la eliminación de todos los miembros de la familia de su rival. El imperio quedó completamente bajo el control de Constantino y de Licinio, y Constantino fue el agresor al invadir los Balcanes en el año 316. No existen pruebas de que Licinio iniciara una nueva persecución de los cristianos, una acusación inventada por los escritores favorables a Constantino, y la razón más probable para el conflicto fuera la ambición que los dos tenían por conseguir el poder supremo y la sucesión hereditaria. Tras sufrir varias derrotas, Licinio consiguió que la guerra quedara en un punto muerto, y el acuerdo al que llegaron confinó a Licinio a Oriente y a Tracia. Además, en 317, Constantino nombró césares a dos de sus hijos, Crispo y Constantino II, igual que Licinio II, hijo de Licinio. Constantino prosiguió sus campañas en los Balcanes entre los años

317 y 323, y tras derrotar una invasión de los godos, volvió a centrar la atención en Oriente, y descubrió o se inventó una disputa con Licinio sobre las responsabilidades imperiales de ambos. Después de derrotar dos veces a su rival, lo obligó a abdicar en Nicomedia en el año 324. Constancia suplicó por la vida de su esposo, Licinio, que inicialmente sólo fue condenado al exilio, pero más tarde fue ejecutado bajo la acusación de intrigas. Su hijo, Licinio II, fue ejecutado también en el año 326. Constantino se mostró despiadado a la hora de eliminar cualquier posible amenaza. En 324 nombró césar a su tercer hijo, Constancio II, lo que indicó su convencida política de sucesión hereditaria. De hecho, en el año 333, su hijo pequeño, Constante, también fue nombrado césar.

El problema a la hora de tener una visión clara del reino de Constantino se debe a la naturaleza de las fuentes consultadas. El pagano Eunapio, que escribió a finales del siglo IV, se mostró hostil debido a las inclinaciones cristianas del emperador, y creía que había debilitado al imperio. Zósimo, otro escritor pagano, sin duda influido por Eunapio, fue muy crítico con la política militar de Constantino. Por otra parte, Eusebio, el obispo de Cesarea, escribió desde la perspectiva cristiana y presentó a Constantino como a un héroe de la Iglesia. En su *Historia de la Iglesia* y en *La vida de Constantino*, el paladín de la cristiandad es glorificado y no se equivoca jamás. Lactancio, otro escritor cristiano, también ofrece una imagen favorable del emperador, aunque es cierto que lo escribió antes de su enfrentamiento final con Licinio. Constantino es una de las figuras más importantes de la Iglesia cristiana, y los estudiosos actuales, que escriben en el contexto del lugar prominente del cristianismo en el mundo occidental, siguen debatiendo sobre esa época del mundo antiguo y discuten sobre la sinceridad de las creencias del emperador, y de la comprensión que realmente tenía de los principios de la teología cris-

tiana.

Zósimo se quejaba de que Constantino había retirado demasiadas tropas de las fronteras, probablemente para reforzar al ejército de campaña, y que con eso sólo había logrado destruir su disciplina por culpa de la vida relajada de las ciudades, pero lo más probable es que cualquier cambio respecto a la política de Diocleciano fuese gradual. Constantino aumentó el tamaño y la importancia del ejército de campaña (los *comitatenses*), que estaba bajo el mando personal del emperador y preparado para acompañarlo a cualquier parte del imperio. El resto del ejército lo constituían las tropas fronterizas (*ripenses* o *limitanei*), que estaban acantonadas de forma permanente en un punto concreto de cada provincia, y que disponían de menos remuneraciones y privilegios. Las condiciones de servicio quedaron establecidas en una ley del año 325, pero probablemente se determinaron antes de ese año. Sin duda, los *comitatenses* surgieron del ejército de campaña embrionario creado por Diocleciano, y lo componían legiones de infantería, *auxilia* (unidades recién reclutadas), *vexillationes* de caballería y otras tropas, incluidos destacamentos de diversas provincias. Al mismo tiempo que se incrementaba el número de *comitatenses*, el mando militar se reorganizó con dos oficiales superiores que respondían directamente ante el emperador: el *magister equitum* (comandante superior de caballería) y el *magister peditum* (comandante superior de infantería). Al igual que en el pasado, el emperador solía ponerse al mando en persona de las campañas más importantes. Constantino no anuló las medidas que Diocleciano había tomado para defender las zonas fronterizas, aunque quizás redujo el número de tropas y algunas de ellas fueron transferidas al ejército de campaña de un modo temporal. Hay que resaltar que las tropas territoriales conservaron su organización previa y que, de hecho, com-

partían los mismos privilegios que las tropas del ejército de campaña. Constantino reforzó las tropas de algunas zonas con nuevos regimientos de caballería, aunque lo más probable es que, en total, el ejército no fuera más numeroso que antes. Las secciones de las tropas fronterizas estaban bajo el mando de un *dux*, que a su vez estaba bajo el mando directo de los comandantes supremos de caballería y de infantería. Constantino reclutó a más soldados extranjeros, algo que era costumbre en Roma desde hacía mucho tiempo y que no implicaba la «barbarización» del ejército. Cuando se enfrentó a Licinio, recibió la ayuda del comandante franco Bonitus, y Constantino estaba dispuesto a utilizar a su favor a los individuos con talento, sin importar de dónde procedieran.

Constantino cambió de forma drástica la protección personal del emperador al abolir la tradicional guardia pretoriana en el año 312, después de la derrota de Majencio cerca de Roma. No podía hacer otra cosa, ya que los pretorianos habían apoyado a su rival, y los sustituyó con una fuerza reorganizada, la *scholae palatinae*, unida a la tropa de soldados extranjeros (*gentiles*) utilizada por Diocleciano. Otro grupo, conocido como los *protectores divi lateris* (los guardias de la persona venerada), atendían en persona al emperador, mientras que los *protectores domestici* poseían un rango superior. Los *protectores* eran un grupo heterogéneo que incluía a soldados ascendidos y a los hijos de los oficiales y, en cierto sentido, constituía una especie de preparación para los futuros oficiales superiores.

La insistencia de Zósimo sobre la culpabilidad de la política militar de Constantino en el hundimiento de la parte occidental del imperio le da demasiada importancia a los cambios del emperador. De hecho, Constantino desarrolló con buen juicio los métodos y las prácticas de Diocleciano, pero aceptó que los recursos del imperio no bastaban para mantener una

organización militar capaz de custodiar toda una línea defensiva. El ejército de campaña, más numeroso, se podía mover con el emperador, quien acabó gobernando sin compartir el poder con nadie, y acompañarlo a las zonas amenazadas. Aquel ejército era una expresión de poder, y con él se pretendía intimidar al enemigo e impresionar a los habitantes de las provincias. Constantino tenía el mando directo de las operaciones, y por supuesto, este ejército era el primer bastión de su poder político. Sin embargo, principalmente era una fuente de poder para Roma y una forma de conservar el estatus del imperio y mantener intacto su territorio.

Las disposiciones militares de Constantino funcionaron en la práctica, como se puede ver en la historia de las guerras en las zonas fronterizas. Después del año 325, el emperador libró una campaña en el Rin entre los años 328 y 329, y luego se dirigió al Danubio para enfrentarse a los godos, a los que derrotó en combate en el año 332. En el 334 luchó contra los sármatas, aunque luego acogió a muchos de ellos en el imperio cuando se lo pidieron. La expedición que dirigió hacia el norte del Danubio en 336 permitió la recuperación parcial de Dacia, por lo que adoptó el título de Dácico. Su reino acabó con una nota de grandiosa ambición militar con los planes de una campaña a gran escala contra Persia (337). Constantino actuó de un modo provocador al mandarle un mensaje a Sapor II en el que le recomendaba que tratara bien a sus súbditos cristianos. Después coronó a su sobrino, Anibaliano, como rey de Armenia, un insulto que Sapor jamás podría aceptar. Sin embargo, Constantino murió en el año 337, antes de que tuviera que enfrentarse a las consecuencias de ese acto.

En el año 324 se produjo la famosa fundación de la nueva ciudad de Constantinopla por parte de Constantino, en la misma ubicación donde se encontraba la antigua Bizancio, y que tenía una importante situación estratégica. Sin embargo, no fue otro cuartel general como los de la tetrarquía, y Constantino la llenó de edificios y de estatuas importadas. Llegó a ser conocida como la «Nueva Roma», lo que resultó ser principalmente una señal de respeto para una ciudad tan joven. Su estructura de gobierno aumentó de forma importante, hasta llegar a tener su propio Senado. El emperador también proporcionó residencias lujosas a los individuos importantes que se fueron a vivir allí. La ciudad se convirtió en un imán para la élite de las provincias orientales, quienes aceptaron los puestos en el Gobierno en parte porque les ayudaba a escapar de las pesadas obligaciones locales de sus comunidades de origen. Se empezó a enviar comida en gran cantidad tanto allí como a Roma para alimentar a la población, una novedad que quizás afectara a las rutas comerciales. Sin embargo, Constantinopla no fue al principio una ciudad totalmente cristiana, ya que había servicios religiosos tanto paganos como cristianos, y no se pretendía que superara a Roma, que ya había visto que otras ciudades como Milán, Trier y Nicomedia la reemplazaban como residencia favorita de los emperadores. A pesar de ello, Constantino pasó allí la mayor parte de su tiempo libre después de que la ciudad fuera rebautizada con su nuevo nombre en el año 330.

Una de las medidas económicas del emperador fue acuñar una nueva moneda, el *solidus*, con una pureza del 72 por 100 respecto a la libra romana de oro. Era un emperador de «gastos e impuestos». La prescripción de nuevos impuestos elevados resultó una medida impopular, sobre todo para gente

como Eunapio y la élite oriental. A los senadores los gravaron con un tributo llamado *follis*, y con el *chrysargyron* («oro y plata») a los mercaderes, quienes tenían que pagar en monedas de oro y plata. Nombró a un funcionario superior de la tesorería, el «conde de la sagrada generosidad» (*comes sacrarum largitionum*), para que se encargara de los asuntos financieros, incluidos la acuñación de moneda, las fábricas de armas y los donativos al ejército, mientras que el *comes rei privatae* se ocupaba de los ingresos y de los gastos que no estaban en manos de los prefectos pretorianos. Zósimo criticó con dureza la política tributaria del emperador, ya que creía que había demasiados impuestos:

> «Fue él, asimismo, quien impuso el pago de oro y plata a todos cuantos se ocupaban del comercio en cualquier lugar de la tierra y presentaban a la venta en las ciudades cualquier tipo de objeto, incluidos hasta los más pobres y sin dejar fuera de esta contribución a las desgraciadas meretrices; de suerte que cuando se aproximaba el cumplimiento de los cuatro años a cuyo término había que aportar este impuesto, podían verse por todas las ciudades duelos y lamentos, y cuando se cumplía, azotes y torturas aplicados a los cuerpos de quienes a causa de su extrema pobreza no podían sobrellevar una multa. Las madres llegaron a vender a sus hijos, y los padres a conducir a sus hijas al prostíbulo, compelidos a valerse del trabajo de estas para aportar dinero a los recaudadores del crisárguiro» (2.38).

El Gobierno recurrió a las coacciones y prohibió a los granjeros arrendatarios que abandonaran sus tierras, para así asegurarse de que hubiera el número suficiente de personas disponibles para llevar a cabo los deberes y las obligaciones en las comunidades locales y para arar los campos. El asunto resultó más complicado debido a que el clero cristiano estaba exento de la costosa tarea de servir en los consejos locales, y fueron tantos a los que se les ocurrió tomar los hábitos sagrados para evitar cumplir esa pesada obligación que Constantino tuvo que limitar la ordenación del nuevo clero a los casos en los que existía de verdad una vacante, como por ejemplo ante la muerte de un sacerdote. A pesar de las críticas contra Cons-

tantino, en muchos sentidos sólo parecía estar continuando las medidas iniciadas por Diocleciano y, como muchos emperadores, realmente intentó atajar la corrupción, aunque ese vano intento se vio frustrado a menudo por los funcionarios deshonestos.

La estructura administrativa fue cada vez más compleja: el *magister officiorum* estaba a cargo de los secretariados, divididos entre tres secciones principales bajo la dirección del *magister libellorum* (solicitudes) y del *magister epistularum* (cartas), lo que muestra al emperador en su función tradicional de punto central de consejo y de enmiendas en un diálogo directo con sus súbditos. La tercera sección estaba bajo el mando del *magister memoriae*, un funcionario encargado de las leyes, y quizás también de las relaciones imperiales con los pueblos extranjeros. En el Gobierno de Constantino se confirmó la retirada de los senadores de los puestos de mando militares, y los gobernadores provinciales se encargaron sólo de la Administración civil. Sin embargo, Constantino trató con respeto a los miembros del Senado, y para empezar, nombró a muchos nuevos senadores sin que tuvieran la obligación de vivir en Roma. Estaba dispuesto a emplear a los senadores en puestos importantes, incluidos los de gobernador o la prefectura de Roma. Por ejemplo, una inscripción tallada por un esclavo honra a su amo senatorial:

> «En honor de Fabio Ticiano, un hombre distinguido, gobernador de Flaminia y de Piceno [regiones de Italia], gobernador consular de Sicilia, procónsul de la provincia de Asia, juez de la corte imperial, compañero (*comes*) de primer rango, cónsul ordinario (337 d. C.), prefecto de la ciudad (339-341 d. C.)» (*ILS* 1227).

De los dos grupos importantes de la sociedad que potencialmente tenían una función que cumplir en la Administración, los senadores continuaron siendo un grupo particular que podía reclamar una condición aristocrática por nacimiento. Sin embargo, también estaban aquellos que, a menudo de

origen más humilde o procedentes de la clase ecuestre, ocuparon puestos imperiales y formaron parte de la corte cercana que rodeaba al emperador. Constantino utilizó a individuos de ambas clases si creía que servían para llevar a cabo sus políticas y deseos, y también ascendió al rango senatorial a los individuos de valía que se lo merecieron. La importancia de la ayuda al emperador se vio en la función que cumplían los *comites*, cuyo cargo descendía directamente de los *amici principis* («amigos del emperador») del comienzo del imperio, y que literalmente acompañaban al emperador como parte de la corte allá donde acudiera, ya fuera en una tarea formal o no. Constantino transformó aquello poco a poco en una estructura más ordenada al dividir a los *comites* en tres rangos, donde el primer rango estaba reservado para los funcionarios de mayor importancia. Se podía enviar a cualquier *comes* a cumplir una tarea especial, por ejemplo, para gobernar una diócesis. A los individuos procedentes de la clase de los caballeros se los dignificaba con títulos especiales: el prefecto pretoriano era el hombre «más eminente» (*vir eminentissimus*), mientras que los funcionarios de menor rango en las provincias eran «los más perfectos» (*vir perfectissimus*).

Constantino continuó con la política imperial de proteger y aumentar el estatus de las ciudades que todavía formaban el entramado esencial de la Administración romana, y de los grupos de élite que las dirigían, aunque los escritores paganos creían que había fracasado en esto:

> «Imperator César Flavio Constantino Augusto… De todo aquello que sirve para proteger la sociedad humana nos ocupamos con un desvelo incesante; pero la mayor tarea de nuestra preocupación es asegurarnos de que todas las ciudades distinguidas por su belleza y aspecto a los ojos de todas las provincias y regiones no sólo deberían conservar su pasado honor sino que tendrían que ascender a un estado superior mediante el regalo de nuestra munificencia». (*ILS* 705; Lewis y Reinhold, volumen II, 1990, pág. 579, de Hispellum en Umbria).

Galerio había proclamado un edicto durante su última enfermedad. En abril del año 311 admitió que todos sus actos previos contra los cristianos habían sido fallidos y que, por tanto, había decidido permitir a los cristianos que cumplieran sus ritos tradicionales y que rezaran a su propio dios por el bienestar del emperador. Esto sugirió que el Gobierno había aceptado que el dios cristiano tenía poder de verdad y que merecía la pena rezarle. Este es el contexto en el que tenemos que valorar la conversión de Constantino. Más tarde, le dijo a Eusebio (*Vida de Constantino* 28) que unas cuantas semanas antes de la batalla de Puente Milvio, en 312, tuvo la visión de una cruz recortada contra el sol y de las palabras «con este signo vencerás». Después tuvo un sueño en el que Cristo se le apareció y le ordenó que hiciera un estandarte con la forma de una cruz. Sin embargo, los escritores cristianos no están de acuerdo en esto, y Lactancio dijo que Constantino tuvo el sueño justo antes de la batalla, y que se le ordenó que pusiera en los escudos de sus soldados el símbolo *chi-rho* (que representaba las dos primeras letras del nombre de Cristo en griego, *Christos*), aunque también es posible que las palabras respondieran a «buena suerte» (en griego, *chrestos*). Los soldados quizás tenían ese símbolo en sus escudos, lo mismo que seguramente muchos otros, y es posible que el sueño fuera una invención cristiana posterior.

También se proclamó que Constantino había tenido una visión del dios solar acompañado por la Victoria con el número XXX para indicar los años de su reinado.

Todos estos hechos son controvertidos, pero no sería sensato decir que todo el asunto de la conversión de Constantino únicamente tuvo un carácter político y pragmático y que no obedeció a cierta creencia verdadera por su parte, ya que para

él no representaba una gran ventaja convertirse al cristianismo, puesto que sólo una pequeña parte de la población del imperio era cristiana, y en su mayoría procedía de las clases bajas. La mayor parte de los senadores y de los oficiales del ejército eran paganos, lo mismo que la tropa. Se han hallado pruebas de la existencia de cristianos en la familia de Constancio I. Constantino tenía una hermana llamada Anastasia («Resurrección»), y durante su reinado ya había expresado tolerancia respecto al cristianismo. Por supuesto, es posible que compartiera el sentimiento religioso de la época, y quizás pensara que en una guerra civil no se podía permitir dejar de lado ninguna clase de ayuda divina. El dios cristiano fue uno de sus apoyos entre otros muchos en la derrota de Majencio, a pesar de su superioridad numérica. Puede que Constantino creyera de verdad en el poder de este dios sin llegar a comprender necesariamente las consecuencias de ser un creyente, como el hecho de abandonar a las demás deidades. ¿Realmente lo comprendía o aplicaba todas sus enseñanzas éticas? Es muy dudoso, aunque aceptáramos incluso el comportamiento habitual de aquellos tiempos. Eusebio evita de un modo discreto mencionar el hecho vergonzoso de la ejecución de su propio hijo Crispo. Constantino también ordenó matar a su esposa, Fausta, que murió hervida en su propia bañera, aunque todo ese asunto sigue envuelto en el misterio. Los escritores paganos hostiles proclamaron que se convirtió al cristianismo por el remordimiento que sentía y para conseguir el perdón por sus crímenes.

Posteriormente, Constantino toleró la adoración a otros dioses y, de hecho, enfatizó el culto al dios del sol invicto y acuñó monedas que lo conmemoraban hasta el año 320-321. En los medallones de oro acuñados especialmente para celebrar la reunión de Constantino y de Licinio en Milán, en el año 313, se ve la cabeza del sol y la de Constantino una junto

a otra. En 321 decretó que en «el sagrado día del Sol», los tribunales y los talleres debían cerrarse y el pueblo debía descansar. En este caso, el domingo, el día del Sol, es un día de descanso que no está relacionado directamente con el cristianismo, sino con el sol invicto. Otros símbolos de los dioses paganos tradicionales, como Júpiter o Marte, continuaron apareciendo en las monedas, y el emperador podría haber intervenido para impedirlo si hubiera querido.

Hacia el final de su reinado, entre los años 333 y 337, Constantino aceptó que se dedicara a su familia, los Flavio, un templo en Hispellum, en Italia:

> «En su centro [de Hispellum], como queréis, deseamos que se erija con un estilo magnífico un templo para los Flavio, es decir, nuestra familia, con una sola condición, que un templo dedicado a nuestro nombre no debería ser contaminado con los engaños de las supersticiones contagiosas» (*ILS* 705; Lewis y Reinhold, vol. II, 1990, pág. 580).

Probablemente se refería a que no debían realizarse sacrificios de sangre. Sin embargo, continuó consultando a los adivinos en algunos casos, como por ejemplo, cuando una parte del palacio imperial se vio afectada por un rayo. En todo esto existe una cierta ambivalencia, también visible en las frases utilizadas por el Senado en la dedicación del arco en su honor (en el año 315), en las que atribuye de un modo vago su apoyo divino a «la inspiración de la divinidad» («*instinctu divinitatis*». [*ILS* 705]; Lewis y Reinhold, vol. II, 1990, pág. 217). También es cierto que Constantino no recibió el bautismo hasta poco tiempo antes de su muerte, el 22 de mayo de 337, aunque esto no era una práctica inusual en esa época para así evitar la impureza del pecado.

Por supuesto, Constantino aceptó los atributos tradicionales y la posición propia de los emperadores anteriores (después de todo, era un augusto), pero se esforzó por presentar el cargo imperial dentro de un contexto cristiano. Sin duda al-

guna, a partir del año 312 apoyó de forma clara el cristianismo. Durante el invierno del año 312 al 313 escribió numerosas cartas al obispo de Cartago y a Anulino, el gobernador de África. Al obispo le comunicó la decisión de subvencionar a la Iglesia utilizando fondos públicos para pagar a los clérigos por la «legítima y sagrada Iglesia católica». Al gobernador le recalcó la importancia de devolverle a la Iglesia sus propiedades, pero fue más allá:

> «Después de muchas consideraciones, se puede decir que la prohibición del culto al poder celestial más sagrado ha conllevado los mayores peligros para el Estado, y que la restauración y la protección de esa misma fe ha causado la mayor fortuna a los romanos y una prosperidad excepcional a todos los asuntos de los hombres…» (Eusebio, *Historia de la Iglesia* 10.7).

El emperador se había decantado claramente por asociar la adoración al dios cristiano con los éxitos del Imperio romano, lo que implicaba que su dios era todopoderoso. También en el año 313, tras una reunión en Milán y en plena campaña contra Maximino en Oriente, Licinio promulgó un importante edicto en su nombre y en el de Constantino con el que se permitía la libertad de culto a todos los ciudadanos del imperio: «A nadie se le debería negar la oportunidad de consagrarse al culto de los cristianos o a cualquier otra religión que considere adecuada para sí mismo». Esto se acercaba más al establecimiento de un estado legal del cristianismo y del paganismo, y los obispos adquirieron nuevas funciones políticas y legales. Constantino continuó promulgando nuevas leyes a favor de los cristianos, como legalizar las herencias a la Iglesia, en el año 321; marcar la cara de los convictos se había prohibido desde el año 316: «el rostro, que está formado con la semejanza de la belleza celestial, no será desfigurado».

También acabó con ciertas penalizaciones y restricciones que Augusto había impuesto sobre el celibato y las parejas sin hijos. Quizás simplemente intentó redefinir las costumbres sociales de la familia, pero Eusebio proclamó que lo que in-

tentaba era promover el celibato y la virginidad en un contexto cristiano. Uno de los resultados, ya fuera intencionado o no, fue facilitar el estilo de vida ascético preferido por algunos cristianos, quienes pudieron retirarse de la sociedad. Además, los individuos acaudalados que no tenían familia solían legar sus riquezas a la Iglesia.

Constantino fue generoso con las subvenciones, donaciones y concesiones de inmunidad a la Iglesia. También construyó templos para recalcar su devoción por el cristianismo. Entre los años 312 y 325 se erigieron muchas iglesias en Roma, en particular la basílica Laterana (hoy en día, San Juan de Letrán), construida sobre el lugar donde antes se alzaban los barracones de las unidades montadas de la guardia pretoriana. La de San Pedro se construyó sobre la colina Vaticana, sobre una tumba antigua que supuestamente contenía los restos de san Pedro. Las iglesias quedaron adornadas con regalos, y se establecieron haciendas que suministraran ingresos para su mantenimiento. Así, para el adornamiento de la basílica Constantina:

> «Presentados a la fuente sagrada:
>
> La hacienda de Festus (jefe de la alcoba imperial, otorgada por el emperador Constantino), territorio de Praeneste, ingresos 300 *solidi*.
>
> La hacienda Gaba, territorio de Gabii, ingresos 202 *solidi*.
>
> La hacienda Picras, mismo territorio, ingresos 205 *solidi* (nueve haciendas más en Italia y nueve más en las provincias)» (*Libro de los Pontífices* 34, traducido por Davis, 1989).

También se construyeron iglesias en Jerusalén y en Tierra Santa, la más famosa la iglesia del Santo Sepulcro, dedicada en el año 335 y con una abundante decoración. La madre de Constantino, Helena, viajó en peregrinación a Oriente y también fundó iglesias, lo que fue el comienzo de una larga tradición de peregrinaje a Tierra Santa que ha continuado hasta hoy día. Las tradiciones posteriores proclaman que encontró un trozo de la Vera Cruz. El diseño de las iglesias siguió a

menudo la estructura de los edificios tradicionales donde se reunían los romanos, un largo edificio rectangular que a veces incluía pasillos laterales y que estaba rematada por un ábside semicircular.

Constantino también se involucró en la doctrina cristiana, lo que tendría enormes consecuencias en el futuro, ya que unió Estado e Iglesia, aunque esa no fuera la intención del emperador. Intervino en las disputas internas de la cristiandad y se puso como tarea encontrar un modo de solventarlas, por lo que los obispos le consultaban, tenían un acceso fácil a su persona y, en cierto modo, dependían de él. Esto fue el origen de la larga y mundana historia de la interferencia del Gobierno en lo que el pueblo cree. Los emperadores anteriores se habían ocupado sobre todo de lo que hacía la gente. Constantino se topó con dificultades casi de inmediato en África, donde existía una disputa entre los donatistas, un grupo fiel a Donato, que se negaba a que los clérigos que habían abjurado durante la Gran Persecución retomaran los hábitos; y los ortodoxos, o «católicos». Constantino apoyó a los ortodoxos, de ahí el lenguaje de las cartas que ya hemos citado, y persiguió a los donatistas. Intentó arreglar la disputa, sin éxito, convocando un concilio en la ciudad de Arles. De hecho, los donatistas sobrevivieron de una forma u otra en las zonas rurales hasta la conquista árabe. Otro punto doctrinal surgió por la cuestión de la fecha correcta de la Pascua, y por las enseñanzas de Arrio, un presbítero de Alejandría, que cuestionaba la relación entre Dios Padre y Dios Hijo, y sostenía que el Hijo era secundario respecto al Padre. Una vez más en busca de la unidad de la Iglesia, convocó el Concilio de Nicea, en 325, y según se dice, él mismo propuso la famosa definición de *homoousios*, «la misma sustancia», que permitió llegar a una solución de compromiso, que el propio Eusebio firmó a pesar de sus simpatías hacia Arrio. Esto proporcionó la base principal

para el Credo Niceno, que fue crucial en el desarrollo de la liturgia cristiana. Los que se negaron a firmar fueron exiliados. El asunto no terminó allí. A los pocos años, a Arrio se le permitió regresar y su oponente principal, Atanasio, obispo de Alejandría, fue exiliado. La feroz controversia duró más allá de la muerte de Constantino. Según Eusebio, el emperador escuchó con paciencia a todas las voces disidentes, y:

> «Por fin, los puso de acuerdo y conformes en todos los temas sujetos a examen, de manera que prevaleciera una fe concorde, y se aceptara la misma fecha para todos de la festividad de la Salvación. Los acuerdos adoptados en común se ratificaron por escrito y con la firma de cada uno. Hecho lo cual, el emperador ordenó celebrar una fiesta de triunfal agradecimiento a Dios, porque sostenía que era esta la segunda victoria que había obtenido contra el enemigo de la Iglesia» (*Vida de Constantino* 3.14).

También empezó a rezar en la corte para recordarles el poder de Dios en la vida. Sin embargo, Eusebio escribió que los que le oían estaban poco dispuestos a aprender, y aunque le lanzaban gritos de aprobación, no hacían caso de la homilía del emperador.

Las actividades de Constantino confirmaron la estructura esencial para el funcionamiento del Estado y dictó los planes de muchos desarrollos futuros, y plantearon una serie de asuntos que conservaron su importancia a lo largo del siglo IV. El más importante de ellos fue la cuestión del «Estado y la Iglesia», sobre todo la situación legal de la «Iglesia dentro del Estado», la función de los obispos y de la jerarquía de la Iglesia, y la posición del emperador en medio de todo ello; las corrientes cambiantes de la ortodoxia, de la herejía y de la política de la Iglesia añadieron más complicaciones a la historia política y social del siglo IV. A pesar de ello, el Credo Niceno (325) sigue siendo la declaración fundamental del cristianismo y es el legado más permanente de Constantino. Segundo, la detallada estructura administrativa continuó desarrollándose, con los funcionarios superiores agrupados alrededor del emperador en la corte y las capas de la Administración extendiéndose hacia las provincias. Este sistema basado en el emperador tenía menos iniciativa local y un control central siempre invasor. Constantinopla estaba destinada a tener posición fundamental en la historia como la Nueva Roma tras la caída del Imperio occidental, y después como centro del Imperio bizantino. Sin embargo, en el año 337, aunque era una fuente de fuerza como baluarte formidable y como centro administrativo y de comunicaciones, la ciudad también era una fuente de posibles tensiones entre la parte oriental y la occidental del imperio. En tercer lugar, Constantino dejó tras de sí un ejército fuerte y victorioso, pero con dos problemas cruciales, principalmente la función de un único emperador con su ejército de campaña, aunque quizás apoyado por sus hijos como césares, y las fuerzas locales de menor calidad acantonadas de forma permanente en las provincias: algo así no podía funcio-

nar a la larga sin una fuerte unidad dinástica. También existía la presión constante de la necesidad de nuevos reclutas. Esto guarda relación con la admisión de pueblos extranjeros en el imperio en un número cada vez mayor con la intención de convertirlos en soldados potenciales. Finalmente, esto provocó una pregunta: ¿qué era un soldado romano? Todos estos problemas resaltan los asuntos en desarrollo de la historia económica, social y cultural. Todo lo ocurrido en el siglo IV sucedió con un trasfondo de una guerra prácticamente incesante, con la amenaza de los persas en Oriente y el movimiento de los pueblos situados más allá del Rin y del Danubio. El contexto estaba lleno de incertidumbre y de cambios, la mayoría de ellos desagradables, y la función de cada emperador por sí solo seguía siendo importante, ya que el capricho de un autócrata continuaba siendo todopoderoso, y a menudo inspiraba cambios aunque no existiera una explicación clara del motivo.

La rivalidad dinástica entre los tres hijos supervivientes de Constantino también fue parte de su legado. Esa rivalidad debilitó parte de sus trabajos de reconstrucción y condujo a la guerra civil, en la que el arrianismo y Atanasio, el frecuentemente exiliado obispo de Alejandría, tuvieron un papel secundario. Los tres hijos de Constantino tomaron el cargo de augusto a su muerte. Constantino II, su segundo hijo, fue el augusto mayor, y gobernó en Galia, en Britania y en España, pero tras una disputa con Constante, el hijo más joven, invadió Italia aunque fue muerto en Aquilea en el año 340. Constante, que tenía el control de Italia, África e Iliria, se dirigió hacia las demás provincias occidentales. Luchó contra los francos entre los años 341 y 342, pero en 350 fue destronado y murió a manos del usurpador Magnencio, un general de rango superior. Constancio II, tercer hijo de Constantino, se mantuvo en Oriente desde el año 337 para enfrentarse a la amenaza persa, algo que logró mediante una guerra limitada

que libró alrededor de las ciudades amuralladas. Sin embargo, en 351 marchó hacia Occidente y derrotó a Magnencio en Mursa. Su intención fue concentrar todos los esfuerzos en el este, por lo que al principio le concedió a su primo Galo el título de césar en Antioquía, pero más tarde lo ejecutó por sospechas de traición y lo sustituyó en el año 355 Juliano, el hermano de Galo. Ambos eran hijos del medio hermano de Constantino. Constancio fue un devoto de la versión arriana del cristianismo, y se esforzó con sinceridad por lograr la unidad de la Iglesia. Su entrada formal en Roma en el año 357 fue descrita de un modo brillante por Amiano, y, sobre todo, su descripción de la actitud impresionantemente distante y llena de autocontrol del emperador:

> «Así pues, el Augusto, aclamado con vivas de buenos augurios, no se estremeció por el fragor tonante "de montes" y riberas, mostrándose inmóvil tal como en sus provincias…, dirigiendo su mirada al frente, como con el cuello guarnecido, no volvía el rostro a derecha ni a izquierda, como una efigie humana; ni se le vio nunca hacer un gesto cuando le sacudían las ruedas, ni toser, ni secarse o limpiarse la boca o la nariz, ni mover la mano» (16.10.10).

Enfrentado a la rebelión de Juliano, murió en el año 361 antes de poder plantarle cara. Esta deprimente serie de acontecimientos muestra no sólo el impacto destructivo de la ambición individual, sino también la debilidad de la sucesión dinástica, sobre todo en un trasfondo en el que un solo individuo intentaba gobernar todo un imperio en mitad de una situación militar inestable.

Tenemos mucha información sobre al reinado de Juliano (361-363) y de sus consecuencias, sobre todo porque la importante historia de Amiano Marcelino cubre con gran detalle el periodo que abarca del año 353 al 378. Sirvió como oficial en el ejército de Juliano durante la invasión de Persia, y fue testigo presencial de muchos acontecimientos durante esos años. Los escritores paganos griegos, sobre todo Eunapio y Zósimo, tienen un punto de vista favorable a Juliano, y Libanio de Antioquía, un erudito pagano adinerado y un orador que representaba a la perfección los valores conservadores de la élite de las ciudades griegas orientales, fue un gran admirador suyo, y llegó a pronunciar una oración fúnebre por el emperador. Mucha de la información procede de los escritores cristianos, pero Juliano provocó fuertes sentimientos en ambas partes y a veces es difícil definir una imagen clara. Sin embargo, tenemos más escritos de Juliano que de ningún otro emperador, incluidas cartas, ensayos, himnos, oraciones y piezas satíricas. Que escribiera tanto durante una vida tan corta es una muestra de su inteligencia, de sus conocimientos y de su energía. De hecho, resulta destacable que su breve reinado haya dejado en algunos aspectos una impronta mayor que el reinado de Teodosio el Grande.

Juliano tuvo una infancia traumática. Tras el asesinato de su padre en el año 337, Constancio II lo dejó bajo la tutela de un obispo arriano, y durante seis años permaneció recluido en una hacienda imperial de Capadocia. Sus mentores religiosos lo consideraban un pupilo inteligente, pero también leyó a los autores clásicos, y acabó apreciando la filosofía neoplatónica y convencido de la validez de los dioses paganos tradicionales, ya fuese por un convencimiento sincero o porque considerara que era el mejor modo de conservar la tradición clásica. Plo-

tino había seguido desarrollando la filosofía de Platón a mediados del siglo III, y en las obras de Jámblico de Calcis, en Siria, que murió alrededor del año 325, la especulación metafísica se integraba dentro de la teología pagana. Esto quizás ofreció una especie de base intelectual para el posterior tratamiento del cristianismo y otros cultos religiosos por parte de Juliano. Quizás, también se inclinó hacia la teúrgia, que expresaba una relación cuasimística entre el mundo material y el espiritual, y de ese modo pretendía avanzar hacia la simbiosis de lo humano con el alma divina. Al parecer, durante esa época mantuvo ocultas sus creencias religiosas, y cuando en el año 355 Constancio II le ascendió al puesto de césar, tuvo bajo su cargo la Galia y Britania. En ese año también se casó con la hermana del emperador, Helena. Fue Constancio quien nombró al personal administrativo además de entregarle una especie de reglamento manuscrito «como si estuviera enviando a un hijastro a la escuela» (Amiano, 16.5.3). Sin embargo, esto quizás sólo refleje el hecho de que Juliano, como subordinado de Constancio, carecía de experiencia.

Juliano dirigió entre los años 356 y 359 una serie de campañas victoriosas a lo largo del Rin. Ganó la batalla de Estrasburgo en 357 contra los alamanes, con lo que demostró su capacidad y logró establecer una relación fuerte con el ejército. En 361, su ejército se amotinó contra la orden de Constancio de transferir varias unidades hacia el este, y declaró augusto a Juliano. Los soldados lo proclamaron al estilo tradicional germano, alzándolo sobre un escudo. No existen pruebas claras de que Juliano planeara aquella revuelta con varios años de antelación. La oportuna muerte de Constancio evitó una guerra civil, y Juliano se apoderó de Constantinopla sin oposición alguna. Por fin pudo declarar abiertamente su paganismo, y esto tuvo su impacto en la Iglesia y en el Estado. Demostró la base intelectual de su política en muchas de sus obras litera-

rias, y en sus sátiras se burlaba de Constantino, de quien decía que en el cielo sólo Jesús estaba preparado para perdonarle por, entre otras cosas, el asesinato de su primogénito, Crispo, y de su propia esposa, Fausta.

En su corto pero intenso reinado, Juliano proclamó la libertad religiosa absoluta y luego tomó una serie de medidas para promover el paganismo, como restaurar los templos y asegurarse de que los puestos de sacerdotes paganos quedaban ocupados en las ciudades. No estableció ninguna persecución contra los cristianos, puesto que fomentaba la tolerancia y no quería otro desfile de mártires cristianos, pero probablemente tendió a la discriminación al nombrar los distintos cargos públicos a su servicio, y también recortó su presencia en la corte imperial. Después retiró a las iglesias la ayuda financiera y los privilegios que les había concedido Constantino, y también acabó con los subsidios imperiales para la construcción de templos. Juliano estaba convencido de que la religión y la cultura helénicas eran una misma cosa, por lo que prohibió que los eruditos cristianos enseñasen literatura clásica y filosofía, y les ordenó que sólo enseñaran los evangelios de Mateo y Lucas.

Juliano tenía gran interés en mantener la estructura social y administrativa tradicionales que representaban las ciudades, algo que intentó revivir. Reorganizó sus finanzas, convirtió en un regalo voluntario la corona dorada que las ciudades solían entregar al emperador en su ascensión al trono, algo que en la práctica se había convertido en un impuesto, y anuló las restricciones sobre la pertenencia a los consejos locales. Estas medidas, eminentemente prácticas, contrastan con la extraña idea de reconstruir el gran templo judío de Jerusalén. No parecía tener un interés particular en los judíos, y Amiano sólo comentó que ansiaba dejar un gran monumento como legado de su reino, pero es posible que estuviera planeando debilitar

el ascenso de Jerusalén como un centro cristiano durante el reino de Constantino y, al mismo tiempo, atacar la preeminencia social y cultural de los cristianos. Por supuesto, despreció la profecía de Cristo que proclamaba que no quedaría piedra sobre piedra del templo. De todas maneras, abandonó la idea debido a una serie de augurios desfavorables.

La política global de Juliano mostraba inteligencia y sutileza. Al parecer, tomó como ejemplo el cristianismo, que había podido estudiar a fondo durante su formación, e intentó crear una estructura organizada para el culto pagano basado en un entramado de sacerdocios extendidos por todo el imperio, un acto con el que pretendía impedir la cristianización de la educación y, para asegurarse de ello, nombró funcionarios superiores a aquellos dispuestos a llevar a cabo sus ideas. El problema fue que esta versión intelectual de las prácticas paganas chocaba con el culto sencillo del pueblo llano, que era quien constituía la mayor parte de los paganos. En Antioquía, por ejemplo, su austero modo de vida era radicalmente distinto al que tenían los antioquenos, que básicamente disfrutaban de los placeres. Además, parte de la política de Juliano para la revitalización de las ciudades pasaba por que los consejeros locales cumplieran con sus tareas por parte. Para empeorar la situación, se produjo una hambruna durante la visita del emperador a Antioquía, de ahí que no resulte sorprendente que no contara con el favor de la élite pagana local, que debería haber sido su apoyo lógico. Aunque es poco probable que sus planes hubieran conseguido una revigorización en masa de los cultos paganos, los observadores experimentados contemporáneos a él, como Amiano y Libanio, reconocieron que era por derecho propio una figura de excepcional importancia, no simplemente el poseedor de un poder absoluto.

A pesar de toda su energía e inteligencia, Juliano siempre será recordado por su desastrosa invasión de Persia en el año

363 contra Sapor II, que ciertamente había sido un problema para Roma desde hacía tiempo. La idea de infligir una derrota decisiva a los persas y quebrar su capacidad ofensiva no era mala, pero la campaña se encontró con una serie de problemas graves, y la decisión del emperador de quemar la flotilla fluvial e iniciar un avance difícil fue probablemente un tremendo error estratégico. Juliano resultó herido en junio del año 363, al parecer por un misterioso disparo perdido, y murió poco después. Al no haber dejado heredero, el imperio quedó de nuevo a merced de la lucha por la búsqueda del general más fuerte o más astuto para sucederle.

Las consecuencias inmediatas de la muerte de Juliano fueron un ejército debilitado y la pérdida de ciertos territorios en Oriente, además del fin de la revitalización oficial del culto pagano, ya que los cristianos recuperaron sus puestos de influencia con el devoto Joviano. El nuevo emperador era uno de los oficiales superiores del Estado Mayor de Juliano, pero no tuvo más remedio que aceptar un pacto desfavorable con los persas en el año 363. En el acuerdo de paz se incluía la entrega de las importantes fortalezas fronterizas de Nisibis y Sinagara, algo que angustió especialmente a Amiano, aunque el emperador lo aceptó como único modo de sacar a su ejército de unas condiciones muy precarias. Joviano no tuvo ocasión de mejorar la situación, ya que murió en el año 364 por los gases procedentes de una estufa de carbón.

El Gobierno de Valentiniano I y de Valente marcó un desarrollo importante en la política imperial, concretamente, la partición *de facto* en dos imperios, el oriental y el occidental. En febrero del año 364, Valentiniano, un oficial de alto rango, fue declarado emperador por sus colegas, y al siguiente mes, declaró a su hermano pequeño Valente su igual, otro augusto. Valentiniano se encargó principalmente de las zonas occidentales y restauró de inmediato la situación en la Galia, donde aplastó a los alamanes en el mismo año 364. También renovó las líneas defensivas tanto a lo largo del Rin como del Danubio. Valentiniano tenía un carácter enérgico y agresivo, y se ocupó sobre todo de los asuntos militares, y cuando Panonia sufrió una incursión de los bárbaros, acudió en persona, y se enfureció tanto con la embajada que enviaron los atacantes que sufrió una apoplejía y murió en 375. En el año 367, después de una grave enfermedad, tomó la poco habitual de-

cisión de proclamar a su hijo de ocho años, Graciano, como su cogobernante. En un mundo dominado por los líderes militares carismáticos, era poco probable que los niños emperadores disfrutaran de una vida muy larga, y tras la muerte de Valentiniano, otro hijo más joven fue proclamado emperador como Valentiniano II sin el consentimiento de Graciano.

Mientras tanto, Valente había sobrevivido en 365 a una revuelta encabezada por Procopio, un pariente de Juliano, y derrotó a los godos en 369 y protegió los intereses romanos en el este mediante las victorias de sus generales. Fue seguidor del arrianismo, por lo que persiguió a los católicos ortodoxos en Oriente, y demostró en primer lugar la reaparición del interés imperial en los asuntos de la Iglesia y, en segundo lugar, la naturaleza imprecisa de la unidad de la Iglesia. Sin embargo, es famoso por el desastroso resultado de su enfrentamiento contra los godos, con quienes había librado una serie de campañas sin resultados decisivos. Cuando este pueblo huyó de los hunos en el año 376, Valente les permitió cruzar el Danubio y entrar en territorio romano para luego asentarse en grupos étnicos separados, que no fueron absorbidos de forma apropiada en la sociedad romana. A largo plazo, esto contribuyó al debilitamiento y a la destrucción final del imperio occidental. Cuando los godos se rebelaron, Valente se enfrentó a ellos sin esperar a los refuerzos que Graciano le envió, y sufrió una grave derrota en Adrianópolis el 9 de agosto del año 378. Murió en el campo de batalla y su cuerpo nunca fue recuperado, y dos terceras partes del ejército también perecieron, unos 30 000 o 40 000 hombres. La derrota no fue una catástrofe completa, pero constituyó un daño serio a la larga, tanto en las pérdidas humanas como para la reputación militar romana. Cuando apareció Teodosio para reafirmar el poder romano en la zona, al año siguiente, no dispuso de los recursos suficientes como para destruir por completo a los godos, tal y como era la

política habitual de Roma.

Graciano estableció su cuartel general en Milán. Recompensó a su antiguo tutor, Ausonio, con el cargo de prefecto pretoriano y defendió con firmeza los intereses cristianos. Quizás persuadido por san Ambrosio, obispo de Milán, omitió el habitual cargo de *pontifex maximus* de sus títulos imperiales y retiró la estatua de la Victoria del edificio del senado en Roma. El acto más importante de su reinado sin hechos destacados fue el nombramiento en el año 379 de Teodosio I como emperador de Oriente. Graciano fue derrocado por Magno Máximo, un comandante militar victorioso en Britania, quien también tomó bajo su cargo la Galia y España. Teodosio reconoció en un principio el cargo de Máximo, pero cuando éste invadió Italia en el 387 y expulsó a Valentiniano II, Teodosio reaccionó dirigiéndose a Italia y le derrotó dos veces en batalla. Máximo fue ejecutado en el año 388.

* Sobre la relación de ostrogodos y greutungos no hay seguridad completa. Lo que sí es indudable es que en los libros de historia españoles suele hablarse de ostrogodos y visigodos, en lugar de greutungos y tervingios (v. supra), pues hay una total continuidad con los acontecimientos históricos posteriores, mientras que greutungos y tervingios desaparecieron, de un modo u otro, de la historia. (v. http://books.google.es/books?id=cXuHdqpRYP8C&pg=PA19&lpg=PA19&dq=greutungos+y+tervingios&source=bl&ots=lZDfN7rLD6&sig=cvEfrixtyljgeekkim5xvZf81nE&hl=es&sa=X&ei=hRYqUfqpJsaM0AWfxoGQDA&ved=0CDwQ6AEwAg#v=onepage&q=greutungos%20y%20tervingios&f=false)

Mapa 10. Pueblos germánicos del imperio romano tardío (según Heather, *The Fall of the Roman Empire* (2006), p. 81)

Teodosio era hijo del conde Teodosio, que fue el comandante superior de caballería de Valentiniano, pero fue ejecutado en el año 376. Su hijo ya había iniciado su propia carrera militar, y tras mantenerse en un discreto segundo plano, Graciano lo nombró *magister militum* (comandante militar superior) en 378 para que solucionara la situación tras el desastre de Adrianópolis, antes de que al año siguiente le nombraran augusto de la parte oriental del imperio, incluido el Danubio. Tras una campaña larga y sin desenlace claro, Teodosio firmó un tratado con los godos en el año 382, en el que los reconocía como aliados de Roma y les cedía las tierras de Tracia y la Mesia Inferior a lo largo del Danubio. Las negociaciones con los persas dieron como fruto otro tratado en 386, que selló la partición de Armenia entre los dos imperios. Tal como era tradición en los augustos, presentó estos acuerdos diplomáticos como si fueran grandes logros militares. Teodosio pasó

algún tiempo en la parte occidental después de su victoriosa campaña contra Máximo, y entró formalmente en Roma como emperador en el año 389. Valentiniano II recuperó su Gobierno de la Galia y el hijo del emperador, Arcadio, declarado augusto en 383, quedó temporalmente al cargo de Oriente. Teodosio visitó la zona oriental del imperio en el año 391, pero regresó a Occidente para derrotar al usurpador Eugenio, quien se había apropiado del cargo de Valentiniano II después de que éste muriera en circunstancias misteriosas en 392. Arcadio permaneció en Oriente cuando el hijo menor del emperador, Honorio, fue proclamado augusto en el año 393 y siguió a su padre hacia Occidente. Teodosio logró una gran victoria sobre Eugenio en el río Frígido en el año 394, pero murió en enero de 395. La idea dinástica se mantuvo, y su hijo Arcadio le sucedió en el Imperio occidental, mientras que su otro hijo, Honorio, lo hacía en el Imperio oriental.

Sin embargo, no se produjo una partición formal del imperio, y Estilicón, un vándalo, actuó como regente de Honorio, que se casó sucesivamente con dos de las hijas de Estilicón. El regente se esforzó por mantener unido al imperio. Se enfrentó a los graves problemas que causaron los visigodos bajo el mando de Alarico, que había conseguido unir a los pueblos godos. Alarico había estado al mando de las tropas godas al servicio de Teodosio, y utilizó las amenazas, la diplomacia e incluso la fuerza directa para conseguir un acuerdo permanente con Roma. Cuando Alarico partió de los Balcanes y pasó a Italia, Estilicón consiguió detenerlo en el año 402 con la esperanza de utilizarlo en Oriente. Sin embargo, Estilicón estaba acosado por numerosos problemas, el más grave de ellos el usurpador Constantino III, proclamado por los soldados de Britania, y que intentó invadir Italia en el año 409 y fue reconocido como emperador por Honorio antes de ser derrotado y ejecutado. Estilicón intentó sobornar a Alarico, pero el plan

resultó contraproducente cuando no le pagaron, y entre los años 408 y 410, el jefe de los godos sitió Roma tres veces, y finalmente tomó y saqueó la ciudad el 24 de agosto de 410. La hermanastra de Honorio, Gala Placidia, fue capturada por un caudillo godo, Ataúlfo, mientras el emperador permanecía imperturbable en Rávena. Por suerte para Honorio, Alarico murió poco después. Mientras tanto, en Oriente, Arcadio, que reinó de 395 hasta 408, no dio muestras de una dirección fuerte y coherente en su política, y dependió mucho de su séquito palaciego y de los oficiales superiores, sobre todo de Rufino y del eunuco Eutropio, quienes durante los primeros años estuvieron más preocupados por bloquear las iniciativas de Estilicón.

El imperio se enfrentó a lo largo de todo este periodo a una serie de problemas graves. Su supervivencia como ente reconocible ya fue todo un logro, pero existían unos indicios preocupantes en su futuro a largo plazo. Tras la tetrarquía, probablemente muchos generales reconocieron la necesidad de más de un emperador para controlar la enorme extensión de los territorios romanos frente a tantas amenazas potenciales. Sin embargo, no existía un modelo de sucesión, y había surgido la tensión entre la sucesión dinástica dentro de una familia y la elección deliberada del mejor soldado, del más respetado. La lealtad dinástica podía contribuir a la estabilidad, pero también podía producir niños emperadores, quienes caían bajo la influencia de sus mentores, excesivamente poderosos e impredecibles. En el oeste, los consejeros imperiales a menudo tenían un carácter militar y se elegían de entre una camarilla de generales, quienes tendían a luchar entre ellos, lo que alentaba más usurpaciones. En el este, los consejos solían proceder de funcionarios de alto rango, lo que quizás fomentaba un enfoque más estable y consistente en el gobierno, lo que ayudó a sobrevivir al imperio oriental. Esto resalta la amenaza latente de una posible división permanente entre la parte oriental y la occidental del imperio.

El imperio no tuvo descanso alguno respecto a los problemas militares, y las victorias ocasionales no resolvieron de forma permanente la situación estratégica en deterioro. Las derrotas graves como la de Adrianópolis en el año 378 no sólo tenían un efecto inmediato en la pérdida de unos recursos humanos que eran difíciles de reemplazar, sino que además, a la larga, debilitaban el prestigio de Roma y su capacidad para influir en otros pueblos sin la necesidad de librar batallas. Los sucesivos gobiernos romanos carecieron de la perspectiva ade-

cuada para darse cuenta de los profundos cambios que se estaban produciendo al otro lado del Danubio, al que ya consideraban su frontera. A ellos no les parecía ilógico pensar que se enfrentaban a una serie de invasiones individuales que se podían vencer una por una. De hecho, los cambios económicos a gran escala que se produjeron al norte del Danubio y las relaciones cambiantes entre los granjeros asentados y los pueblos nómadas crearon una inestabilidad permanente. Los hunos constituían una gran preocupación. Eran nómadas mongoles, unos jinetes excepcionales que habían atacado a los godos del mar Negro entre los años 370 y 380, y eso provocó que los refugiados cruzaran el Danubio para entrar en territorio romano. Los romanos describían a los hunos como unos salvajes peligrosos, e incluso el experimentado Amiano se sintió alarmado, y detalló con grandes pormenores el estilo de vida bárbaro de unos individuos que no vivían en casas:

> «Son tan feroces que no necesitan el fuego o alimentos sabrosos, sino que comen raíces del campo y cualquier clase de carne cruda, que calientan colocándosela entre los muslos y los costados de sus caballos» (31.2).

En el este, los persas sasánidos eran un peligro constante, y bajo reyes agresivos como Sapor I y II y Narsés fueron una amenaza directa a los intereses de Roma, e incluso para algunas ciudades fortificadas importantes romanas. Antioquía, que estaba relativamente lejos de los escenarios de los combates, fue tomada en el año 260 d. C. Los intereses romanos en la zona se debían a una serie de factores: una larga tradición de campañas militares en la zona, la convicción cultural de la inferioridad de los pueblos orientales, ya presente con Alejandro Magno, el concepto establecido de una frontera a lo largo del Tigris o del Éufrates, y la profunda inquietud romana respecto a Siria y a Egipto. Sin embargo, la coexistencia de dos imperios relativamente sofisticados implicaba que la diplomacia era posible, y que de este modo se pudiera mantener un

cierto equilibrio. Ambos bandos buscaron aliados entre los pueblos menos importantes de la zona. Otro elemento era la religión. Aunque los sasánidas solían practicar la tolerancia religiosa, de vez en cuando a los romanos les resultaba oportuno defender a la población cristiana de Persia, tal y como hizo Constantino en su carta a Sapor II. En el siglo VII, el emperador Heraclio todavía estaba luchando contra Persia, lo que constituye toda una marca en lo relativo a enfrentamientos armados. Sin embargo, en el extremo opuesto del imperio, en Britania, la situación se deterioró con rapidez, y parece ser que después de que el usurpador Constantino III se marchara de la isla, y a pesar de su derrota, Honorio comenzó a retirar las fuerzas romanas, y se notificó a las ciudades que deberían defenderse por sí mismas. Además, las circunstancias eran cada vez más sombrías en Occidente debido al debilitamiento del control romano en España y en África. En el año 439, los vándalos ya se habían apoderado de la valiosa zona del norte de África, que entre otras riquezas constituía una fuente importante de grano. Los romanos también estaban perdiendo el control de España.

Este panorama plantea preguntas fundamentales sobre la calidad y la eficiencia del ejército romano del imperio tardío, y el papel de los pueblos bárbaros en el ejército y en el imperio. Por desgracia, las carencias de las fuentes hace que sea imposible tener una respuesta clara, e incluso no está claro cuál era el tamaño del ejército a mitad del siglo IV. El creciente uso de bárbaros aliados (*foederati*-federados) probablemente refleja la dificultad de mantener un número elevado de efectivos en el ejército, y es improbable que la cifra de 645 000 que proporciona Agatías sea exacta. A pesar de ello, el ejército todavía era capaz de ganar batallas importantes, y los romanos podían mantener grandes ejércitos en campaña. Después de todo, Juliano dispuso de 65 000 soldados para la invasión de Persia en

el año 363.

No hay razón alguna para suponer que la capacidad del generalato hubiera disminuido. En todo caso, los generales disponían de una mayor experiencia y estaban mejor formados en el arte de la guerra que a principios del imperio, cuando los ejércitos estaban bajo el mando de senadores sin entrenamiento alguno, y los emperadores no siempre tenían experiencia de combate. La estructura militar se mantuvo intacta en Occidente hasta el siglo V, y, por supuesto, durante mucho más tiempo en Oriente. De hecho, la organización militar, desarrollada por Constantino, siguió funcionando bien con su poderoso ejército de campaña (*comitatenses*), que cada vez incorporó más soldados que no eran romanos, y con las tropas asignadas a las zonas fronterizas (*limitanei*), que tenían un cometido muy importante y que no deben ser considerados soldados a media jornada. Sin embargo, tal y como ya se ha explicado antes, la variedad de problemas aumentó y se hizo más persistente. En concreto, los romanos ya no podían confiar en la superioridad de las armas y de los equipos militares. Su famosa *disciplina* y su entrenamiento podían no ser suficientes. Además, la relación con las comunidades locales dentro del imperio no siempre estaba clara, ya que los beneficios del Gobierno romano ya no eran tan evidentes, y cuando el ejército romano expulsaba a los bárbaros, no era algo bien aceptado por la población local en todas las ocasiones. El equilibrio de poder había cambiado hasta tal punto que la solución a las incursiones y a las fuerzas hostiles ya no era cuestión de una respuesta militar directa al viejo estilo romano, sino que a veces hacían falta pactos y concesiones. En ocasiones, el imperio se limitó a pagar grandes sumas de dinero a los bárbaros para que se marcharan. Esta solución era potencialmente destructiva, pero quizás no tan dañina como permitir que los bárbaros se asentaran dentro del imperio.

Esta práctica estaba relacionada con la necesidad constante de reclutas por parte del ejército, y no había ninguna duda de que algunos bárbaros eran buenos combatientes. Los romanos siempre habían utilizado a extranjeros en el ejército, al principio por sus técnicas de combate especializadas, y desde Augusto habían reclutado para las tropas auxiliares a un gran número de individuos que no eran ciudadanos, procedentes de las zonas menos romanizadas del imperio. Los soldados de estas tropas recibían la ciudadanía al licenciarse y se adaptaban al estilo de vida romano. El reclutamiento de soldados procedentes del exterior del imperio o permitir el asentamiento de bárbaros con la esperanza de que proporcionaran soldados se puede considerar una ampliación de este método, pero era potencialmente peligroso. Por supuesto, los romanos despreciaban a los bárbaros y los consideraban pueblos sin civilizar, ajenos a su cultura tradicional. Por ejemplo, Sidonio Apolinar, que se distinguió tanto en el terreno político como en el literario en el siglo V, y que llegó a ser obispo de Clermont en el año 470, contestó a Arbogastes, el conde franco de Trier, la elocuente carta que éste le había escrito en latín pidiéndole una obra teológica. Sidonio comentó de forma bastante condescendiente que Arbogastes vivía entre bárbaros; era muy civilizado y lo expresó del siguiente modo:

> «Aunque bebes del agua del Mosela, las palabras que pronuncias proceden del Tíber» (*Cartas*, 4.17.1).

Sidonio establece un contraste muy vívido entre el mundo civilizado de Italia representado por el Tíber y los extranjeros. Sin duda, algunos pueblos extranjeros eran más aceptables que otros. Los godos por lo menos se habían convertido al cristianismo. El obispo Ulfila, que seguía las enseñanzas de Arriano, partió con permiso de Constancio II como misionero y predicó entre los godos, además de traducir la Biblia al godo.

En el año 376, los visigodos, amenazados por los cada vez más cercanos hunos, solicitaron permiso al emperador Valente para asentarse en el imperio a cambio de servirle militarmente. El emperador aceptó la propuesta probablemente tras valorar el enorme número de nuevos soldados y la oportunidad de conseguir más impuestos de las comunidades romanas a cambio de no efectuar levas de reclutas. Los visigodos se asentaron en la diócesis de Tracia, pero todo el proceso fue una chapuza, y el resultado final fue la desastrosa batalla de Adrianópolis en el año 378. Más tarde, en 382, Teodosio firmó un tratado de paz con los godos, por el que al parecer se asentaban como pueblo en tierras romanas a lo largo del Danubio. Estaban exentos del pago de impuestos, recibían un pago anual y servían bajo el mando de sus propios jefes cuando luchaban como aliados (federados) de los romanos. Los godos proporcionaron un enorme contingente de soldados al ejército de Teodosio, aproximadamente unos 20 000 hombres. Esta maniobra política tuvo unas consecuencias desastrosas en el futuro, aunque Teodosio tenía muy pocas opciones después de Adrianópolis. Los godos vivieron como grupos étnicos separados, sin mezclarse o casarse con las comunidades romanas, y no asumieron las costumbres ni el estilo de vida del imperio. Además, se podía argumentar que una frontera vital estaba en manos de un pueblo que a menudo había efectuado incursiones y había librado guerras contra Roma. Unos grupos sin asimilar que conservaban su propia cultura dentro de la sociedad romana y que disponían de unos recursos militares casi independientes eran potencialmente dañinos para la ideología de la unidad imperial y la identidad romana, así como para la capacidad para sostener y defender el imperio.

Las tensiones producidas por el reclutamiento de bárbaros aparecieron en todos los niveles de la sociedad, e incluso los

individuos que ocupaban cargos importantes en la Administración podían provocar suspicacias y hostilidad debido a su origen bárbaro. Amiano comentó la revuelta del general franco Silvano durante el reinado de Constantino. Silvano había intentado restaurar el orden en una Galia sujeta a los ataques de sus propios compatriotas, entre otros bárbaros, y Amiano escribió que cabía destacar la meritoria carrera del padre de Silvano, Bonitus, *a pesar de* ser un franco (15.5.33). Incluso Estilicón, que era el consejero de mayor rango de Teodosio I, fue objeto de sospechas debido a su ascendencia vándala. Sus dudosos acuerdos con Alarico, el caudillo de los visigodos, revelan una lealtad dividida y la ambigüedad de la relación: el Gobierno necesitaba ayuda militar extranjera, pero a menudo temía y despreciaba a los pueblos que se la proporcionaban. Estilicón tuvo que librar varias campañas para expulsar a los visigodos del norte de Italia, pero luego llegó a un acuerdo en el que Alarico era nombrado *magister militum*, y también le ofreció un soborno descomunal para que continuara al servicio de Roma. Sin embargo, las intrigas palaciegas provocaron el asesinato de Estilicón en el año 408, tras lo cual, las tropas romanas regulares del norte de Italia aprovecharon la oportunidad y masacraron a las familias de los federados reclutados por Estilicón. El resultado fue que más de 30 000 soldados de esas tropas se pasaron al bando de Alarico y le ayudaron a atacar la propia ciudad de Roma. Mientras tanto, en Oriente, el caudillo godo Gainas había conseguido una posición muy influyente sobre Arcadio, y comenzó a amenazar a Constantinopla con sus tropas en 399, pero los habitantes mostraron una fuerte oposición y en el año 400 masacraron a 7000 godos cuando incendiaron la iglesia en la que se habían refugiado. El resultado de toda esta violencia atroz fue que el Gobierno de Constantinopla se mostró receloso del uso de un gran número de reclutas extranjeros y fue capaz de mantener el con-

trol de las fuerzas militares de un modo más efectivo que en Occidente. Sin embargo, en conjunto, el mayor daño que sufrió la eficiencia de las fuerzas militares romanas fueron las guerras civiles y los desórdenes provocados por la ambición y la rivalidad de los generales, y no la deslealtad de los federados, que lucharon razonablemente bien y que no desertaban en gran número, ni siquiera cuando se enfrentaban a otros bárbaros.

El emperador era el pináculo, el centro de la autoridad, quien tenía que controlar el funcionamiento de la Administración y el comportamiento de los funcionarios, pero también debía tomar el mando del ejército, tener conocimientos militares y satisfacer a los soldados y a los comandantes. Cada vez era más objeto de adulaciones, y en ocasiones permitía que los cortesanos más favorecidos le besaran la toga púrpura. Su presencia o sus actos eran recibidos con cánticos obsequiosos y aclamaciones. Cuando en el año 438 se presentó en el Senado el Código Teodosiano (todas las leyes promulgadas desde el año 312 d. C. fueron compiladas por orden de Teodosio), fue recibido con 352 aclamaciones al emperador, como por ejemplo:

«¡El augusto de los augustos, el mayor de todos los augustos!» (repetido ocho veces).

«¡Dios nos concedió a vos, ojalá Dios os proteja para nosotros!» (repetido veintisiete veces).

«¡Esperanza en vos, seguridad en vos!» (repetido veintiséis veces).

«¡Más querido que nuestros propios hijos, más querido que nuestros propios padres!» (repetido dieciséis veces).

«¡Destructor de delatores, destructor de falsas acusaciones!» (repetido veintiocho veces).

Debajo del emperador se encontraba un sistema jerárquico en el que el rango dependía del cargo que se ostentara. Los que se encontraban en la cúspide eran los *illustres*, luego seguían los *spectabiles*, y después, los *clarissimi*. Este último término designaba a los senadores, que anteriormente era el rango más prestigioso de la sociedad, pero ya no era suficiente con ser un senador.

El aparato gubernamental y de recaudación de impuestos se volvió cada vez más complejo. Al principio del siglo V, la burocracia empleaba a unas 35 000 personas, y era una carga fiscal en sí misma, ya que los miembros de los consejos locales

buscaban conseguir puestos en el Gobierno, lo que los apartaba de sus deberes y responsabilidades económicas en las comunidades locales, y aquello constituía un círculo vicioso que hacía peligrar la recaudación de impuestos. La legislación imperial del año 389 intentó asegurar que las obligaciones locales se cumplieran mediante la prohibición de ostentar cargos de mayor rango (Código Teodosiano 12.1.120). Al parecer, los administradores interfirieron cada vez más para mantener el sistema en movimiento.

La enorme cantidad de legislación romana a partir de Constantino es impresionante y refleja la función de iniciativa que tenía el emperador. Algunas leyes nos parecen restrictivas, si no cada vez más totalitarias. Por ejemplo, a los granjeros arrendatarios (*coloni*) se les prohibió trasladarse de sus tierras, y hasta cierto punto se les equiparó con los esclavos. Teodosio dictaminó en una decisión relativa a la diócesis de Tracia lo siguiente:

> «Aunque los *coloni* puedan parecer libres por nacimiento, se les considerará esclavos de la tierra donde nacieron, y no tendrán el poder para ir donde quieran o de cambiar su residencia, y los propietarios de la tierra tendrán sobre ellos los derechos y el cuidado de los patrones y la autoridad de los amos» (*CJ* 11.52 (51).1).

Los ciudadanos que tenían otros oficios también se vieron limitados. Por ejemplo, una ley del año 369 prohibía a los miembros de la asociación de traperos marcharse de forma subrepticia de los consejos municipales, y amenazaba con multar a la asociación a menos que formulase una queja por esa retirada (Código Teodosiano 14.8.2). Sin embargo, es probable que existiera un contraste entre los objetivos de las leyes y el éxito verdadero de su cumplimiento. Sabemos que al principio del imperio había que repetir a menudo las órdenes. A pesar del censo de los recursos del imperio, en muchas ocasiones el Gobierno no tenía información adecuada sobre sus ciudadanos más pobres, y la responsabilidad se limitaba a conce-

der donativos en las grandes ciudades, como Roma o Constantinopla. Los terratenientes ricos podían ofrecer a veces un apoyo más directo y valioso actuando como mecenas, además de lograr quizás trabajadores para sus haciendas.

Las administraciones civil y militar se hicieron cada vez más complejas. El mando militar de las unidades del ejército de campaña lo compartían seis *magistri equitum* y *magistri peditum* regionales, e informaban directamente al emperador. El *magister equitum praesentalis* y *magister peditum praesentalis* eran los mandos superiores respectivos de la caballería y la infantería del ejército de campaña, y trataban directamente con el emperador. Algunos individuos muy poderosos como Estilicón llegaron a ocupar ambos puestos en un solo cargo como *magister utrius militae* («comandante de las dos ramas del ejército»). Los cargos civiles importantes además de los ya mencionados eran el *cubicularius* (que normalmente era un eunuco al cargo de los aposentos del emperador y hasta cierto punto del acceso a su persona), el prefecto pretoriano (que tenía responsabilidades judiciales y supervisaba a los gobernadores provinciales), el *quaestor* (que escribía los borradores de las leyes), el *magister scriniorum* (que resolvía las cuestiones legales), el *primicerius notariorum* (que dirigía a los secretarios del palacio) y el *magister officiorum* (que reunía la información relativa a los asuntos domésticos y extranjeros).

El mantenimiento de la estructura militar y el pago a los bárbaros hacía necesario un flujo constante de ingresos, sobre todo oro. Una buena parte de la estructura administrativa estaba diseñada para asegurar la recaudación de los impuestos, aunque, por supuesto, esa misma estructura tenía un mantenimiento costoso. El Gobierno imperial actuaba con una perspectiva que, aunque incierta, no era completamente sombría, a pesar de la continua inflación y los problemas específicos de ciertas zonas. Por supuesto, existían enormes discrepancias en

cuestiones de riqueza en este periodo, y el estilo de vida lujoso del que disfrutaban algunos senadores no es indicativo del rendimiento económico del imperio. Sin embargo, es significativo que Símaco tuviera diecinueve haciendas y residencias en Italia, Sicilia y el norte de África. Los individuos ricos y poderosos podían llegar a ser más eficaces que el Estado y facilitar la aparición de caudillos que pudieran apoyar ejércitos privados. Muchas propiedades de gran tamaño en esa época turbulenta se encontraban en manos de muy pocas personas, y llegaban a alcanzar tal tamaño que casi eran autosuficientes, y comerciaban con otras haciendas semejantes, lo que quizás redujo la necesidad de un mercado abierto. Esto se producía sobre todo en Occidente, donde las inmensas haciendas senatoriales tendían a actuar como una oposición al Gobierno imperial, mientras que en Oriente, el Gobierno podía controlar y dirigir con más facilidad esos recursos.

Todavía existían muchos esclavos, y estaban disponibles gracias a las frecuentes batallas libradas con las tribus invasoras. Probablemente trabajarían en los campos junto a los campesinos libres, donde, como ya se ha dicho antes, los *coloni* veían cada vez más restringidos sus movimientos. Las condiciones locales del comercio se vieron sin duda afectadas por la necesidad de la distribución de comida a los habitantes de Roma y de Constantinopla, a las que se les enviaba grano procedente de Egipto y de África como parte de los impuestos. En Constantinopla, la distribución se efectuaba con vales de comida para las 80 000 personas incluidas en la lista, y los vales eran hereditarios, aunque se podían vender. En Roma también se distribuía carne de cerdo y aceite, además de vino a precio reducido, y todo ello se obtenía en Italia. Todo esto significaba un mercado estancado en muchos aspectos, aunque no en todos. Existen pruebas del aumento de la población en África y en Oriente Próximo, y algunas ciudades florecie-

ron. Antioquía, la ciudad natal de Libanio, que escribió sobre ella como si fuera el centro del mundo romano, era sin duda un lugar lleno de vida y actividad, donde se llevaban a cabo numerosos tratos comerciales y profesiones artesanales.

Entre todos los graves problemas económicos, de inflación y de desigualdad en el reparto de la riqueza, el lugar de la Iglesia cristiana en el gobierno y la sociedad siguió suponiendo un desafío para su época. En la cima de la sociedad se planteaba la cuestión de la estructura de la Iglesia, de la función de los obispos y de su relación con el emperador, y del imperio que él mismo representaba respecto a los asuntos y la doctrina de la Iglesia, además del comportamiento y de la política del emperador. Sin duda, la relación entre Ambrosio, el obispo de Milán, y Teodosio I llama la atención. Ambrosio aceptaba la separación entre Iglesia y Estado cuando le convenía: en una ocasión, apareció en el Consistorio, el consejo imperial, para protestar por la entrega de una iglesia a los arrianos, pero en otra ocasión se negó a asistir y alegó que los asuntos teológicos no eran incumbencia del Consistorio. Sin embargo, mantuvo una relación cercana con el emperador, y le insistió una y otra vez en ciertos asuntos teológicos. Por ejemplo, en el año 388 consiguió que el emperador diera marcha atrás en su decisión de reconstruir una sinagoga derribada en una revuelta cristiana, y en 390, le negó al emperador la comunión en una ocasión muy famosa, cuando le exigió que hiciera penitencia por el asesinato de miles de personas en Tesalónica en respuesta a la muerte de uno de sus generales. Ambrosio quizás influyera a Teodosio en su actitud contraria al paganismo, que en 391 dio como lugar la aprobación de una ley por la que se cerraban los templos y se prohibía la práctica de la adoración pagana. Ambrosio apoyó esa actitud, y también se opuso en el año 384 a la propuesta de Símaco de restaurar el Altar de la Victoria en el Senado. Era evidente que la Iglesia ya formaba parte de los mecanismos del poder y del Gobierno imperial. El emperador también actuó de un

modo severo contra los herejes cristianos. Era un ferviente seguidor del Credo Niceno (325), por lo que coincidía plenamente la oposición de Ambrosio al arrianismo, y en 380 promulgó un edicto en el que declaraba la fe católica como la religión oficial del Estado.

El enfrentamiento de voluntades entre Teodosio y Ambrosio muestra una nueva perspectiva del Gobierno y plantea de nuevo la cuestión del cesaropapismo, es decir, el control imperial de la Iglesia y la influencia de los clérigos. Sin embargo, este punto se ha exagerado mucho, y todo dependía del poder y de las inclinaciones de cada uno de los emperadores y de la mentalidad de los dirigentes más importantes de la Iglesia. Teodosio era un individuo piadoso por naturaleza que había sido bautizado a una edad muy temprana, y que probablemente fue propenso a aceptar los argumentos teológicos expuestos por Ambrosio, que tenía una fuerte personalidad, era un erudito y tenía experiencia en la Administración imperial. Aunque el reino de Teodosio es un paso adelante en la asociación cercana entre la Iglesia y el Estado, algo que se refleja en la reacción de los historiadores (el emperador fue admirado por los cristianos Sócrates de Constantinopla y Sozómeno, pero odiado por el pagano Eunapio), no estableció necesariamente un patrón fijo que guiara las relaciones futuras.

Uno de los factores que ayudaron al creciente poder de la Iglesia fue la acumulación de propiedades y de riquezas adquiridas mediante los actos benéficos imperiales, los legados y las actividades económicas rentables, cosa que no resulta sorprendente, ya que la mayoría de los obispos procedían de clases superiores adineradas y sabían de finanzas. De ese modo, la Iglesia pudo tomar la función de institución caritativa, y el interés que se tomó por la gente de clase baja del imperio, por no hablar de las mujeres, produjo un cambio gradual en la actitud de la sociedad romana de la época. Esa preocupación

por los pobres y los oprimidos, y la entrega de dinero y de ropa (además del rescate monetario de prisioneros) era un aspecto noble de las enseñanzas cristianas, y diferenciaba a esa caridad cristiana del altruismo evergeta tan común en las clases altas del pasado. En la Roma del siglo III, la Iglesia tenía a su cargo a 1800 viudas, huérfanos y pobres. Porfirio, el obispo de Gaza a finales del siglo IV, organizó distribuciones regulares de dinero a los necesitados, y se aseguró en su testamento de que la costumbre continuara. Otros individuos acaudalados vendieron parte de sus propiedades en beneficio de la Iglesia. Por otra parte, la Iglesia no mostró interés alguno por criticar la esclavitud o por cambiar la situación:

> «Esclavos, sed obedientes a los que según la carne son vuestros amos, con temor y temblor…» (Efesios, 6.5).

Las mujeres de clase alta tenían predominancia en la función benefactora y, hasta cierto punto, quizás buscaban una especie de liberación en la Iglesia al rechazar las convenciones del matrimonio y del servilismo hacia el marido. Lo lograban realizando peregrinaciones, siguiendo un estilo de vida ascético y fomentando la virginidad. Jerónimo, un sacerdote erudito y asceta que comenzó a traducir las escrituras que luego formaron la versión latina de la Biblia, la Vulgata, homenajeó a Marcela, una romana de alta cuna, que se convirtió en una asceta cuyo único disfrute eran las Sagradas Escrituras, y que durante el saqueo de Roma por los visigodos en el año 410 hizo frente con tranquilidad a los soldados que entraron en su casa exigiéndole oro, y protegió a su acompañante femenina (*Carta* 127). Sin embargo, en términos de matrimonio y de vida familiar, las mujeres probablemente descubrieron que continuaban las tradiciones de principios del imperio, aunque los emperadores intentaron impedir la vieja costumbre de abandonar a los bebés no deseados. Los sentimientos negativos respecto a las mujeres continuaron en las obras de los teó-

logos cristianos, quienes consideraban que el sexo era peligroso y potencialmente destructor de la vida sagrada, por lo que veían a las mujeres como una distracción seductora, por muy valiosas que fueran sus donaciones financieras. Este trasfondo es el que rodea al encendido debate que se libró al final del siglo IV sobre la naturaleza de la virginidad de la Virgen María, quien estaba destinada a ser un gran consuelo para las mujeres en una Iglesia dominada por los hombres. Es interesante que en la basílica de Santa María la Mayor, construida en el siglo V, la Virgen María aparezca representada con el vestido y los adornos de una augusta romana. Fue en el Concilio de Éfeso del año 431 donde se debatió la naturaleza de la virginidad de la Virgen, que tuvo consecuencias importantes en la cuestión de la Encarnación.

La influencia de la Iglesia afectó de otras maneras a la sociedad. Los santos y los ascetas se volvieron cada vez más comunes y tuvieron influencia. No se les consideraba unos fanáticos enloquecidos. A menudo, los eremitas vivían solos en el desierto, y a algunos comenzaron a llamarlos los Padres del Desierto. Muchos apenas tenían estudios, pero otros, como Evagrio Póntico, eran auténticos eruditos. Fue en Egipto donde se organizó por primera vez la novedosa institución de los monasterios, y donde en algunas comunidades acabaron estableciéndose las reglas monásticas, algo que terminó teniendo mucha influencia. Los monasterios se extendieron a Siria y a Judea, y las mujeres acaudaladas compitieron por establecer monasterios en Tierra Santa basándose en el funcionamiento de las grandes casas familiares. Además, el peregrinaje a los lugares santos adquirió más importancia en la vida de las personas que se podían permitir el viaje. La madre de Helena había establecido la tradición en el año 326 con su visita a Jerusalén, y muchos la imitaron. La monja española Egeria partió en 384 en un viaje con destino a Tierra Santa,

ayudada por obispos y monjes, y también por el Estado, con escolta militar cuando fue necesario. Es probable que el número de visitantes tuviera un considerable impacto económico, puesto que todos necesitarían alojamiento y suministros, y algo típico en el entramado turístico: recuerdos.

Aunque el cristianismo provocó la aparición de numerosos elementos nuevos en el mundo romano, estaba relacionado directamente con la sociedad pagana en muchos aspectos, el menor de los cuales no era la educación y la tradición clásicas. La combinación y el choque, a veces, de ideas contribuyeron a la existencia de una vibrante vida cultural en la última etapa del imperio, lo que muestra que la clase alta estaba volcada con sus ocupaciones habituales y no se encontraba preocupada por las invasiones o el declive económico. La educación constituye una enorme contribución a la identidad cultural de un pueblo, y a lo largo de los tres primeros siglos del periodo imperial, había sido la educación grecorromana tradicional la que había producido estabilidad y continuidad. Esta ideología fue menos estática durante el imperio tardío, pero para los ricos, la educación basada en la retórica y en la lectura de los autores clásicos seguía siendo fundamental. La retórica, con quizás también algo de formación en leyes y en filosofía, era esencial no sólo para la política y la Administración, sino también en los asuntos de la Iglesia, como se puede ver en el enorme número de sermones y comentarios muy eruditos escritos sobre los textos bíblicos y su interpretación. De hecho, no existía una división clara entre la cultura cristiana y la pagana, y tampoco existía una educación cristiana específica, aunque algunos cristianos tuvieron problemas dentro del contexto de la literatura clásica en la cultura pagana. Muchos teólogos cristianos poseían una formación magnífica en los autores clásicos y tenían puntos en común con la aristocracia pagana, que no tenía afanes religiosos, sino que simplemente

quería seguir viviendo rodeada de seguridad. Los más reflexivos quizás se aventuraran a estudiar el paganismo intelectual representado por el neoplatonismo. Los debates de mayor calado entre los cristianos y los paganos no se encontraban al alcance de la plebe. Del mismo modo, las ideas cristianas se podían representar en el arte mediante el estilo clásico, y el respeto por las tradiciones artísticas y literarias asociadas con Grecia y con Roma diferenciaba tanto a los paganos como a los cristianos romanos de los inmigrantes bárbaros. El intercambio civilizado de ideas entre paganos y cristianos se vio interrumpido de vez en cuando por persecuciones a los cristianos impulsadas por los paganos, como ocurrió bajo Juliano, o por agresiones cristianas e interferencias graves y severas por parte del Gobierno, como los juicios por participar en rituales mágicos y de adivinación que se celebraron bajo Constancio II (Amiano 19.12), y las medidas tomadas por Teodosio para cerrar los templos paganos e impedir los rituales.

Para la mayor parte de la población, el entretenimiento se centraba en las ciudades, que aparte de los beneficios obvios conseguidos con los donativos del Gobierno y los actos benéficos de las iglesias, proporcionaban los juegos y los espectáculos que habían sido populares desde principio del imperio. De hecho, Constancio estableció en una carta enviada en el año 342 al prefecto de Roma que la abolición de las supersticiones paganas no incluía la destrucción de los templos que se alzaban fuera de las murallas:

> «Puesto que el origen de muchos de los juegos, de las carreras de carros y de torneos surgieron de lugares como esos, no es correcto que esos mismos lugares sean destruidos, de donde surgieron las celebraciones de entretenimientos antiguos que dan placer al pueblo romano» (Código Teodosiano 16.10.3).

El Circo Máximo de Roma, el Hipódromo de Constantinopla y los estadios menores de otras ciudades ofrecían carreras de carros, donde los cuatro equipos (los verdes, los azules,

los rojos y los blancos) todavía provocaban lealtades enfrentadas y apuestas entusiastas. Los gladiadores siguieron luchando para entretenimiento de los espectadores, a pesar de la desaprobación de los miembros de la Iglesia y de los esfuerzos de los emperadores por restringir los combates. La caza de bestias también continuó siendo muy popular, lo mismo que los espectáculos teatrales y los nuevos entretenimientos que constituían los festivales religiosos cristianos. Las emociones populares tampoco se vieron refrenadas durante esta época del imperio, y los grupos de personas eran capaces de levantar los ánimos, como ocurrió en la famosa revuelta de Antioquía del año 387 por la escasez de comida y el aumento de los impuestos. La reacción del Gobierno fue rápida: envió tropas y muchos de los alborotadores fueron ejecutados. Además, Teodosio bajó de rango el estatus de la ciudad. Algunos de los consejeros locales fueron sometidos a juicio, pero el resentimiento generalizado ante la medida y las súplicas al emperador lograron que fueran liberados. La gente común todavía podía expresar habitualmente sus opiniones en los espectáculos públicos, y la Iglesia se había convertido en otro conducto diplomático para que el emperador protegiera los intereses locales. En este sentido, los obispos y los sacerdotes complementaron las funciones ejercidas por las élites acaudaladas locales a medida que el imperio tardío se desarrollaba y se adaptaba a las circunstancias cambiantes con un mayor elemento de diversidad cultural. No parece que esta sociedad perdiera jamás la confianza, la flexibilidad o la inventiva que caracterizó a lo mejor del Gobierno romano.

El saqueo de la ciudad de Roma en el año 410 d. C. es una de las fechas famosas de la historia antigua. En una reciente evaluación histórica se descubrió que fue menos catastrófica de lo que parece a primera vista, pero, sin embargo, produjo un enorme impacto sobre las clases cultas. Sin duda tuvo una gran influencia sobre Agustín de Hipona, que murió en 430, en su obra *Ciudad de Dios*, redactada entre los años 413 y 426 d. C., y en la que hablaba de la relación entre lo secular y lo religioso y, en particular, de la posición que ocupaba la Iglesia dentro del Estado. En ella ofrece un enfoque cristiano del desarrollo histórico de los acontecimientos y trata de explicar la naturaleza pecaminosa del hombre bajo su punto de vista personal, que requiere la gracia de Dios para el perdón, y que además desacredita la idea del libre albedrío. Esto tendría una gran influencia en el pensamiento cristiano. En algunos aspectos la obra posee un cierto aire premonitorio: incluso el glorioso pasado de Roma había sido testigo de numerosos desastres, y el Estado cristiano también soportaría un periodo de prueba. Agustín tenía que explicar a los creyentes por qué Dios había permitido el saqueo de Roma. Las pruebas que debían soportar no se hicieron esperar. En Occidente, la autoridad tradicional de Roma declinó con rapidez. A pesar de que Honorio trató de restaurar la autoridad enviando a Constancio a negociar con el usurpador Constantino III en el año 410, los burgundios consiguieron establecer su propio reino en 412 en la Germania Superior pero dentro de territorio romano, lo que demuestra la práctica desintegración del control romano en algunas partes de la Galia. Mientras tanto, el líder godo Ataúlfo se casó con la hermanastra de Honorio, Gala Placidia, y se apoderó del sur de la Galia en el año 412; en

cierto modo, esto demostraba la progresiva mezcla de los germanos con los habitantes locales. Tras la muerte de Ataúlfo en 415, su sucesor, Walia, devolvió a Placidia a Honorio y luchó en España defendiendo los intereses de Roma, y como recompensa obtuvo una concesión de tierras en el suroeste de la Galia. Placidia entonces accedió a casarse con el general Constancio y en el año 419 tuvieron un hijo, Valentiniano. Poco después, cuando murió Constancio, se produjo una disputa familiar y la desdichada Placidia huyó hacia el este junto a Teodosio II.

Teodosio II se había convertido en emperador en el año 408, a la edad de siete años y siempre estuvo bajo la influencia de su hermana, su esposa y varios ministros. Al margen de sus casi siempre infructuosas operaciones militares cumplió con la función tradicional del emperador en cuanto a jurisdicción al disponer la recogida y codificación de alrededor de 2500 leyes promulgadas desde el año 312 (el Código Teodosiano). Esta gran tarea tuvo éxito gracias a la organización de las leyes por orden cronológico y mediante los encabezamientos por tema, y trató de hacer frente a la incompatibilidad existente entre las leyes. A la muerte de Honorio en el año 423, el Gobierno de Oriente urdió un plan para proclamar emperador a Valentiniano en lugar de Juan, un oficial poco carismático que había sido nombrado emperador en Rávena. El joven Valentiniano III, de tan sólo seis años de edad, estuvo en un primer momento muy influenciado por su madre, Placidia, y por sus comandantes militares, Bonifacio y Aecio, quienes trataron de mantener el control sobre Italia y la Galia. Pero Bonifacio se rebeló mientras realizaba una campaña en África, y para reforzar su posición persuadió a los vándalos de que abandonaran España y viajaran hasta África; en el 429 Genserico desembarcó con 80 000 hombres. Genserico resultó ser un líder astuto y valiente que se volvió en contra de Bonifacio, quien

en aquel momento contaba con el apoyo del Gobierno de Roma, y lo sitió en la ciudad de Hipona (donde era obispo Agustín). Tras llegar a un acuerdo diplomático, Genserico continuó con el control de la provincia más rica, la del África Proconsular. La autoridad central romana se había ido debilitando de forma progresiva en África a pesar de la relativa prosperidad económica, y el ejército no poseía efectividad alguna. Los vándalos eran cristianos arrianos, enemigos de los católicos ortodoxos locales, y permanecieron separados como un grupo social dominante hasta que la provincia fue reconquistada por Justiniano cien años más tarde.

Para el año 440, Britania también había sido invadida mientras que los romanos continuaban concentrados en luchar entre sí. En Italia, Bonifacio derrotó a Aecio, pero murió poco tiempo después dejando a Aecio todavía en el poder. En esos momentos, una nueva amenaza había surgido en la persona de Atila, que consiguió unir varias tribus de hunos y convertirlos en un ejército feroz e invencible. Después de que Honoria, la hermana de Valentiniano, curiosamente hubiera contactado con él, Atila alegó que era su prometida y exigió casarse con ella. Roma rechazó la propuesta y cuando los hunos invadieron la Galia, fueron derrotados por un ejército romano compuesto por una gran cantidad de soldados godos bajo las órdenes de Teodorico, que murió en la batalla. Sin embargo, en el año 452, los hunos regresaron e invadieron Italia, destruyendo Aquilea, aunque no continuaron con su ataque debido a un brote de peste. Atila murió en el año 453, lo que provocó el declive del poder de los hunos. Durante este respiro, Valentiniano, que sentía suspicacia por la influencia de Aecio, mató a éste con sus propias manos en el año 454. A su vez, Valentiniano fue asesinado en 455 tras un complot de Petronio Máximo, quien había fomentado su resentimiento hacia Aecio y que se había casado con su viuda. Máximo

murió al poco tiempo en el caos producido durante la invasión de Italia por parte de los vándalos, que en el año 455 estuvieron saqueando Roma durante dos semanas. En medio del creciente desconcierto que se estaba produciendo en Italia, Avito fue proclamado emperador durante un corto periodo de tiempo, pero pronto fue derrocado por el general Ricimero, aunque de forma excepcional se le permitió continuar con vida y convertirse en obispo de Placentia (Piacenza). Ricimero ejerció el poder militar en Occidente, y cuando finalmente Mayoriano fue reconocido como emperador de Occidente por León, el emperador de Oriente, Ricimero fue también nombrado comandante supremo de forma oficial, y en el año 461 mandó asesinar a Mayoriano para tratar de implantar un emperador títere. Como se multiplicaban las amenazas al territorio italiano por parte de los visigodos, los burgundios y los vándalos, León intentó de nuevo arreglar la situación, y proclamó a Antemio emperador de Occidente en el año 467. A esto le siguió una expedición conjunta hacia el este y el oeste contra los vándalos en África, que costó una enorme cantidad de dinero y que fue un catastrófico fracaso. Esto terminó de debilitar el prestigio del imperio de Occidente y acabó con todas las pretensiones de su gobernante de controlar las tierras situadas fuera del territorio italiano. La Galia y España cayeron por completo en manos de los visigodos y, tras la muerte de Ricimero en el año 472, después de atacar y asesinar a Antemio en Roma, el imperio de Occidente desapareció; los generales y los jefes militares lucharon por controlar una pequeña parte de territorio y colocar emperadores títeres para conseguir alguna legitimidad. El final llegó cuando Orestes, el que una vez fuera secretario de Atila, se convirtió en comandante de Italia y en el año 475 declaró a su hijo niño-emperador, quien fue llamado de forma sarcástica «Rómulo Augústulo» (pequeño Augusto). Pero en el año 476 Orestes fue ase-

sinado por los soldados germanos en Italia y el último emperador romano fue destituido. Italia desapareció bajo el mandato de un oficial germánico, Odoacro, hasta que en el año 489 Teodorico estableció el reino ostrogodo.

Desde principios de la República, los romanos habían demostrado ser innovadores, tolerantes y respetuosos. Crearon un extraordinario sistema de uniones mediante el cual, en lugar de anexionar las comunidades conquistadas en Italia, hacían alianzas con ellas y explotaban sus recursos militares. Una guerra agresiva combinada con diplomacia imaginativa dio lugar a la progresiva creación de un imperio de ultramar. En la política, un complejo sistema de asambleas y magistrados sustentaba el gobierno colectivo de la élite oligárquica, aunque siempre existió una enorme rivalidad con las funciones y las ambiciones individuales de las grandes magistraturas. A veces los intereses individuales prevalecían sobre el consulado y el comandante de los ejércitos provinciales, adoptando un patrón cada vez mayor de guerra, conquista y explotación. El campesinado rural de Italia, que servía en los ejércitos que derrocaron la República, iba a sacar poco de provecho de la revolución, excepto un poco de paz y orden y la desaparición eventual de los reclutamientos.

Como el más exitoso de los dinastas militares, Augusto transformó el Estado romano. Fue una figura clave, se apropió de las tradiciones, los lemas y los métodos de la República y los transformó en una norma personal que aparentaba estar dentro de un marco constitucional, en el que basaba su posición en atribuciones legales votadas debidamente. Su proyecto original de autocracia y el Gobierno del imperio proyectaron una larga sombra incluso en el imperio posterior, y de alguna forma contribuyó a las dificultades del Gobierno imperial: la costosa necesidad de complacer a la plebe de Roma con grano y diversión, la carencia de una política clara en cuanto a la sucesión dinástica, la vasta extensión territorial del imperio con unas fronteras mal delimitadas y una disposición militar basa-

da en la superioridad del Imperio romano (esto tardó mucho tiempo en desaparecer), un enorme ejército profesional sustentado con los impuestos y cuyo salario consistía únicamente en lo indispensable para subsistir, el vínculo personal de fidelidad entre los soldados y el emperador, y el papel del emperador como comandante en jefe del que se esperaba que acudiese en persona a los campos de batalla.

En un periodo de rápido cambio durante el siglo III, un sistema social basado en el Senado y la orden ecuestre proporcionó una base sólida para la continuidad y la estabilidad. De una forma típicamente romana, este sistema social se vio renovado de forma constante desde abajo hacia arriba con ciudadanos libres capaces de ascender, con el servicio militar obligatorio, con miembros de los consejos locales y las élites acaudaladas de las provincias. Existía una comunidad pragmática de intereses que quería preservar el Gobierno establecido aunque el emperador fuese un incompetente o un auténtico imbécil. Era mejor «esperar un buen emperador y soportar a uno malo». La organización del Gobierno era lo suficientemente fuerte como para resistir la creciente impotencia del Senado y del pueblo, y el último y más sorprendente ejemplo de cambio social y de la flexibilidad de la estructura del poder fue la aceptación de soldados eficaces y administradores, en especial de las tierras del Danubio, muy alejadas de la zona central de Italia, que en la mayoría de los casos durante el siglo IV procedían de un entorno humilde y fueron proclamados emperadores. Diocleciano y Constantino son los ejemplos más significativos y, además, fueron un elemento de transformación.

La guerra civil entre el futuro Augusto y Marco Antonio podría ser considerada una especie de antecedente de la división entre el Imperio de Oriente y el de Occidente, y fue un logro notable la conservación de la unidad imperial durante

más de cuatrocientos años. Pero nos queda una pregunta obvia: ¿cómo el Imperio de Occidente, que parecía bastante sólido en el año 395 (y que era aún más fuerte en 375 tras la muerte de Valentiniano I), se desmoronó de forma tan rápida, para no levantarse jamás, mientras que el Imperio de Oriente sobrevivió de una forma u otra hasta la caída de Constantinopla en el año 1453? La base para poder tratar de responder a esta cuestión debe recaer, por supuesto, en los avances desarrollados a largo plazo, no en el deprimente relato en el que se convirtieron los últimos años de decadencia occidental. Existe una serie de factores relevantes, y aunque ninguno de ellos por sí solo puede explicar el derrumbamiento final, en conjunto pueden aclarar el contexto. Los romanos eran tolerantes con la religión y, aunque parezca paradójico, el único grupo al que persiguieron, los cristianos, llegó a ser una parte integral del Estado y del Gobierno imperial, y accedieron a los círculos de poder de una forma en la que no lo haría ningún otro grupo religioso. Muchos se sintieron ofendidos por todo esto, y Orosio, un cristiano de Hispania, escribió su *Historia contra los Paganos de la Creación* en 417 con el fin de defenderse contra el punto de vista pagano, que afirmaba que el cristianismo había sido desastroso para el mundo romano. Sin embargo, es poco probable que la cristianización del imperio tuviera un papel importante en la caída de Occidente al debilitar su unidad, aunque es cierto que los líderes imperiales a veces se vieron distraídos por conflictos religiosos. Al fin y al cabo, el cristianismo estaba bastante más integrado en Oriente, donde sobrevivió el Gobierno imperial basado en el modelo romano. Por otra parte, el tradicional politeísmo no había proporcionado ninguna fuerza cultural unificadora al imperio; era dispar con la frecuente creación de nuevos dioses, y esas mismas deidades a menudo eran adoradas de formas distintas en diferentes partes del imperio.

El Imperio de Occidente era militarmente más débil, ya que poseía más áreas en sus zonas fronterizas vulnerables a los ataques, sobre todo a partir del movimiento de los pueblos del norte; a medida que se iban perdiendo tierras, la zona occidental vio debilitada su economía al descender los recursos tributarios; para empeorar las cosas, los terratenientes de la tradicionalmente poderosa aristocracia occidental se alejaron del Gobierno, ya que la mayoría de los oficiales más importantes del Estado y del ejército ya no procedían de esta clase social; los ricos terratenientes podían cooperar con los líderes invasores siempre y cuando se les garantizara una buena parte de sus tierras; por tanto, los emperadores de Occidente ejercían menos control sobre los recursos que el Gobierno de Oriente. Al igual que los gobiernos más antiguos, los emperadores romanos posteriores fueron incapaces de cambiar directamente las tendencias económicas y sociales de todo el imperio. Occidente sufrió bastantes más revueltas, ocupaciones y guerras civiles que Oriente, lo que provocó la instauración de leyes débiles e inestables, a veces con la proclamación de emperadores-niños, que eran meras figuras decorativas. Esto resaltó la importancia de los generales, quienes se podían ganar la lealtad de las tropas y actuar como mentores y guardianes de los jóvenes emperadores. La formulación de una política coherente para el gobierno era a menudo sustituida por la lucha de los diversos grupos para impulsar sus propios intereses particulares.

Los emperadores de Occidente tenían cada vez más dificultades para encontrar una cantidad suficiente de reclutas, y los caudillos más poderosos estaban al mando de ejércitos privados que se desplegaban como les convenía. Es un síntoma claro de los problemas de Occidente que justo cuando el imperio se veía sometido a más presión externa, la batalla del río Frígido, donde Teodosio derrotó al usurpador Eugenio, en el

año 394, fuera muy costosa en soldados. El motivo principal del declive del Imperio de Occidente fue la incapacidad del Gobierno de encontrar y mantener soldados fieles. Debido a esto, se depositó una mayor confianza en las tropas bárbaras, lideradas la mayoría de las veces por oficiales que no eran romanos, algo que ocurrió más en Occidente que en Oriente; relacionado con esto estaba el asentamiento en territorio romano de pueblos bárbaros que no podían ser asimilados por la estructura social y acabaron tomando el control de muchas de estas zonas. Los soldados bárbaros no eran militares menos eficientes, pero las relaciones entre el ejército, el pueblo romano y la sociedad provincial se habían roto y la filosofía ideológica del Gobierno había cambiado de forma significativa. La estructura completa del imperio de una manera conservadora se basó en las élites locales que, impregnadas de la cultura clásica y sin cuestionar jamás la ética del imperio, se consideraban superiores a los extranjeros y apoyaron al Gobierno siempre y cuando éste fuese capaz de expresar ese ideal y garantizar su riqueza y posición social. En el siglo V, en Occidente, este ya no era el caso. Por lo tanto, la incapacidad del Gobierno central para garantizar la cohesión social y el éxito económico de sus territorios debilitó su autoridad. El norte de África, con su riqueza y sus recursos naturales, se convirtió en una de las provincias más importantes, pero cuando los vándalos llegaron con sus familias, el ejército romano y la resistencia local desaparecieron, y en el año 439 los vándalos asumieron la estructura de gobierno establecida, y así marcaron el camino que desembocaría en el final del Imperio romano de Occidente.

Bibliografía sugerida

Colecciones generales de fuentes antiguas traducidas

Braund, D. C., *Augustus to Nero: A Sourcebook on Roman History 31 BC-AD 68*, Londres y Sydney, 1985.

Campbell, J. B., *The Roman Army 31 BC-AD 337: A Sourcebook*, Londres y Nueva York, 1994.

Campbell, J. B., *Greek and Roman Military Writers: Selected Readings*, Londres y Nueva York, 2004.

Champion, C. B., *Roman Imperialism: Readings and Sources*, Blackwell, 2004. Aquí se incluyen fuentes antiguas y artículos sobre aspectos de la historia imperial.

Chisholm, K. y J. Ferguson, *Rome: The Augustan Age*, Oxford, 1981.

Ireland, S., *Roman Britain: A Sourcebook*, Londres y Sydney, 1986.

Jones, A. H. M., *A History of Rome through the Fifth Century II: The Empire*, Londres, 1970.

Lacey, W. K. y B. W.J. G. Wilson, *Res Publica: Roman Politics and Societyaccording to Cicero*, Oxford, 1970.

Levick, B., *The Government of the Roman Empire: A Sourcebook*, Londres y Nueva York, 2000^2.

Lewis, N. y M. Reinhold, *Roman Civilization*, 2 vols. Nueva York y Oxford, 1990^2.

Sabben-Clare, J., *Caesar and Roman Politics 60-50 BC*, Oxford, 1971.

Sage, M., *The Republican Roman Army: A Sourcebook*, Londres y Nueva York, 2008.

Sherk, R. K., *Rome and the Greek East to the Death of Augustus*, Cambridge, 1984.

Sherk, R. K., *The Roman Empire: Augustus to Hadrian*, Cambridge, 1988.

Traducciones de las fuentes antiguas

Amiano Marcelino.: **Rolfe**, J. C., *Ammianus Marcellinus*, 3 vols., Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1935 (hay trad. cast.: *Historias*, libros XIV-XIX, trad. de Carmen Castillo García, Gredos, Madrid, 2010).

Apiano: **White**, H., *Appian's Roman History*, 4 vols., Loeb Classical Li-

brary, Cambridge, Mass., 1912-1913 (hay trad. cast.:, *Historia Romana*, introducción, traducción y notas de Antonio Sancho Royo, Gredos, Madrid, 1995).

Apuleyo: **Butler**, H. E., *Apuleius, Apologia (The Defense),* Internet Classics Archive (http://classics.mit.edu/Apuleius/apol.html) (hay trad. cast.: *Apología; Florida*, Gredos, Madrid, 2002).

Augusto: **Brunt**, P. A., y J. M. **Moore**, *Res Gestae Divi Augusti*, Oxford, 1967. Online translation: penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Augustus/Res_Gestae/home.html (hay trad. cast.: *Res Gestae Divi Augusti*, Ediciones Clásicas, SA, Madrid, 1994).

Catulo: **Whigham**, P., *The Poems of Catullus*, Harmondsworth, 1966 (hay trad. cast.: *Poemas, introducciones, traducciones y notas de Arturo Soler Ruiz*, Gredos, Madrid, 1993).

Cicerón: las obras de Cicerón pueden consultarse en inglés en la Loeb Classical Library. Traducciones castellanas:

Cicerón, *Las Leyes* (3.27), trad. de Carmen Teresa Pabón, Gredos, Madrid, 2009.

— *Discursos V, Catilinarias*, Gredos, Madrid, 1995.

— *Cartas a Ático*, trad. y notas de Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez, Gredos, Madrid, 1996.

— *Discursos VII (Por el regreso de Marco Marcelo)*, (23), trad. Jose María Requejo Prieto, Gredos, Madrid, 2011.

— *Obras completas, tomo LXXVII (Epístolas familiares I)*, Librería de Perlado, Páez y Cía, Madrid, 1907.

Dion Casio: **Scott-Kilvert**, I., y J. **Carter**, *Cassius Dio, The Roman History: The Reign of Augustus* (Harmondsworth, 1987). Online translation: penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Cassius_Dio/home.html (hay trad. cast.: *Historia romana*, Libros XXXVI-XLV, trad. y notas de José M.ª Candau Morón y M.ª Luisa Puertas Castaños, Gredos, Madrid, 2004).

Dion Crisóstomo: **Cohoon**, J. W., y H. **Lamar Crosby**, *Dio Chrysostom, Discourses*, 5 vols. Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1932-1951 (hay trad. cast.: *Discursos*, 4 vols., Gredos, Madrid, diferentes fechas).

Estrabón: **Jones**, H. L., *Strabo: Geography*, 8 vols. Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1917-1932. (Hay trad. cast. Geografía, Libros V-VII, trad. y notas de José Vela Tejada y Jesús Gracia Artal, Gredos, Madrid, 2001).

Eusebio: **Williamson**, G. A., *Eusebius: The History of the Church*, Harmondsworth, 1965 (hay trad. cast.: *Historia eclesiástica*, BAC, Madrid, 2010); Cameron, Averil y S. G. Hall, *Life of Constantine/Eusebius: Introduction, Translation and Commentary*, Oxford, 1999 (hay trad. cast. de la obra de Eusebio de Cesarea: *Vida de Constantino*, Gredos, Madrid, 1994).

Flavio Josefo: **Williamson**, G. A. (revisado y con una introducción de

E. M. Smallwood), *Josephus, The Jewish War*, Harmondsworth, 1981.

Florus: **Forster**, E. S. y J. C. **Rolfe**, *Florus. Cornelius Nepos*, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1929.

Frontino: **Bennett**, C. E., *Frontinus: Stratagems and Aqueducts*, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1925.

Horacio: **Michie**, J., *The Odes of Horace*, Harmondsworth, 1967; Bovie, S. P., *Satires and Epistles of Horace*, Chicago, 1959. (Hay trad. cast: Horacio, *Odas* (III, 5, 49-52), trad. de José Luis Moralejo, Gredos, Madrid, 2007.

Lactancio: **Creed**, J. L. (ed.), *De Mortibus Persecutorum*, Oxford, 1984. (Hay trad. cast.: *Sobre la muerte de los perseguidores* (12.2-5), introducción, traducción y notas de R. Teja, Gredos, Madrid, 1984.

Luciano: **Harmon**, A. M., *Lucian*, vol. I, incluye *The Bath*, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1913. (Hay trad. cast. *Obras I: Hipias o el Baño* (4-8), Introducción general por José Alsina Clota, traducción y notas por Andrés Espinosa Alarcón, Gredos, Madrid, 1996).

Marcial: **Shackleton Bailey**, D. R., *Martial, Epigrams*, 3 vols. Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1993.

Marco Aurelio: **Haines**, C. R., *Marcus Aurelius*, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1916. (Hay trad. cast. Marco Aurelio, *Meditaciones*, trad. de Bartolomé Segura Ramon, Alianza Editorial, Madrid, 1985).

Panegíricos: **Nixon**, C. E. V y B. S. Rogers (eds., con traducción), *In Praise of Later Roman Emperors: The Panegyrici Latini*, Berkeley, 1994.

Papiro de Oxirrinco: *The Oxyrhynchus Papyri*, Londres, 1898.

Petronio: **Sullivan**, J., *Petronius: The Satyricon and the Fragments*, Harmondsworth, 1965.

Plauto: **Nixon**, P., *Plautus*, vol. I, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1916. (Hay trad. cast. Plauto, *Comedias I, Anfitrión, La Comedia de los asnos, La comedia de la olla, Las dos báquides, Los cautivos, Cásina*, introducciones, traducción y notas de Mercedes González Haba, Gredos, Madrid, 1992.

Plinio el Joven: **Radice**, B., *The Letters of the Younger Pliny*, Harmondsworth, 1963. (Hay trad. cast. *Cartas*, traducción de Julián González Fernández, Gredos, Madrid, 2005.

Plinio el Viejo: **Rackham**, H., *Pliny: Natural History*, 10 vols., Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1949. Online translation: penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Pliny_the_Elder/home.hmtl

Plutarco: **Perrin**, B., *Plutarch's Lives*, 11 vols., Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1914.

Polibio: **Paton**, R., *Polybius, The Histories*, 6 vols., Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1922-1927. (Hay trad. cast. Polibio, *Historias* 3v., trad. de Manuel Balasch, Gredos, Madrid, 2000-2001).

Quintiliano: **Shackleton Bailey**, D. R., *Quintilian, The Lesser Declama-*

tions, 2 vols., Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 2006.

Salustio: **Handford**, S. A., *Sallust: Jugurthine War; Conspiracy of Catiline*, Harmondsworth, 1963.

Séneca el Joven: **Basore**, J. W., *Seneca, Moral Essays: De Beneficiis*, vol. III, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1935.

Sidonio Apolinar: **Anderson**, W. B., *Sidonius, Letters*, vol. II, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1965.

Suetonio: **Graves**, R., *Suetonius: The Twelve Caesars*, Harmondsworth, 1962. Online translation: penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Suetonius/12Caesars/home.html (Hay trad. cast.: Suetonio, *Vida de los doce césares*, de Vicente Picón, Cátedra, Madrid, 2000).

Tácito: **Grant**, M., *Tacitus: The Annals of Imperial Rome*, Harmondsworth, edición revisada, 1977; Wellesley, K., *Tacitus: The Histories*, Harmondsworth, 1964; Mattingly, H., *Tacitus: On Britain and Germany* (*Agricola* and *Germania*), Harmondsworth, 1948. Online translation: http://classics.mit. edu/Tacitus/annals.html (Hay trad. cast.: Tácito, *Anales*, I-VI, XI-XVI, introducción, traducción y notas de José L. Moralejo, Gredos, Madrid, 1979).

Terencio: **Radice**, B., *Terence: The Brothers and Other Plays*, Harmondsworth, 1965. (Hay trad. cast.: Terencio, *Obras* (*La suegra*, líneas 2936), trad. de Gonzalo Ceferino Fontana, Gredos, Madrid, 2008).

Tito Livio: **Foster**, B. O., *Livy*, 14 vols., Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1919. (Hay trad. cast.: Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (5.54), trad. de José Antonio Villar, Gredos, Madrid, 1990).

Vegecio: **Milner**, N. P., *Vegetius: Epitome of Military Science*, Liverpool, 1993.

Veleyo Patérculo: **Shipley**, F. W., *Velleius Paterculus*, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1924. Online translation: penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Velleius-Paterculus/home.html

Virgilio: **Jackson Knight**, W. F., *Virgil: The Aeneid*, Harmondsworth, 1956. (Hay trad. cast.: Virgilio, *Eneida*, ed. de José Carlos Fernández Corte, trad. de Aurelio Espinosa Pólit, Cátedra, Madrid, 2001).

Vitruvio: **Rowland**, I. D., y T. N. **Howe**, *Vitruvius: Ten Books on Architecture*, Cambridge, 1999. Online translation: penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Vitruvius/home.html (Hay trad. cast.: *Los diez libros de Arquitectura*, trad. José Luis Oliver Domingo, Alianza Editorial, Madrid, 1997).

Zósimo: **Buchanan**, J. J., y H. T. **Davis**, *Zosimus: Historia Nova: The Decline of Rome*, San Antonio, 1967. (Hay trad. cast.: Zósimo, *Nueva Historia*, trad. de José María Canday Morón, Gredos, Madrid, 1992).

ESTUDIOS SOBRE EL USO DE LAS PRUEBAS HISTÓRICAS

Bagnall, R. S., *Reading Papyri, Writing Ancient History*, Londres y Nueva

York, 1995.

Bodel, J., *Epigraphic Evidence: Ancient History from Inscriptions*, Londres y Nueva York, 2001.

Crawford, M. H. (ed.), *Sources for Ancient History*, Cambridge, 1983.

Howgego, C., *Ancient History from Coins*, Londres y Nueva York, 1995.

Keppie, L., *Understanding Roman Inscriptions*, Londres, 1991.

Potter, D. S., *Literary Texts and the Roman Historian*, Londres y Nueva York, 1999.

Robinson, O. F., *The Sources of Roman Law: Problems and Methods for Ancient Historians*, Londres y Nueva York, 1997.

ALGUNAS HISTORIAS GENERALES DEL PERIODO, OBRAS DE REFERENCIA, Y COLECCIONES DE MONEDAS, INSCRIPCIONES Y PAPIROS

Année épigraphique, L', París, 1893.

Codex Justinianus (CJ), P. Krüger, Berlín, 1877.

Codex Theodosianus (Cod. Theod.), Th. Mommsen y P. M. Meyer, Berlín, 1905.

Coins of the Roman Empire in the British Museum, ed. E. H. Mattingly, *et al*., vols. 1-6, Londres, 1923-1966.

Cornell, T. J., y **Matthews** J. F., *Atlas of the Roman World*, Oxford, 1982.

Corpus Inscriptionum Latinarum, ed. Th. Mommsen *et al*., Berlín, 1863.

Didyma, R. Harder, vol. II (Inscriptions), Berlín, 1958.

Digesta; Corpus Iuris Civilis, ed. Th. Mommsen, vol. I, Berlín, 1872.

Erdkamp, P. (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Oxford, Blackwell, 2007.

Fontes iuris Romani anteiustiniani, S. Riccobono *et al*., 3 vols. (2.ª ed. del vol. 1), Florencia, 1940-1943.

Die Giessener literarischen Papyri und die Caracalla-Erlasse, P. A. Kuhlmann, Giessen, 1994.

Hornblower, S., y A. **Spawforth**, *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, 2003[3].

Inscriptiones Graecae, Berlín, 1873.

Inscriptiones Graecae ad Res Romanas Pertinentes, ed. R. Cagnat *et al*., París, 1906-1927.

Inscriptiones Latinae Selectae (ILS), ed. H. Dessau, Berlín, 1892-1916.

Jones, B., y D. **Mattingly**, *An Atlas of Roman Britain*, Oxford, 1990.

Kam, A., *The Romans: An Introduction*, Londres y Nueva York, 2008.

Le Glay, M., J.-L. **Voisin** e Y. **Le Bohec**, *A History of Rome*, Oxford, 2005[3].

McKay, C. S., *Ancient Rome: A Military and Political History*, Cambridge, 2004.

— *The Oxyrhynchus Papyri*, B. P. Grenfell *et al*., Londres, 1898.

Potter, D. S. (ed.), *A Companion to the Roman Empire*, Oxford, 2006.

Potter, D. S., *Rome in the Ancient World: From Romulus to Justinian*, Londres, 2009.

Reynolds, J., *Aphrodisias and Rome, Journal of Roman Studies Monograph* n.º 1, Londres, 1982.

Rosenstein, N., y R. **Morstein-Marx** (eds.), *A Companion to the Roman Republic*, Oxford, 2007.

Talbert, R. (ed.), *The Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton, N. J., 2000. El mejor atlas del mundo antiguo.

— *XII Panegyrici Latini*, R. A. B. Mynors (ed.), Oxford, 1964.

CAPÍTULOS 1 Y 2

Adcock, F. E., y D. M. **Mosley**, *Diplomacy in Ancient Greece*, Londres, 1975. Un estudio sobre la diplomacia y el contacto entre comunidades.

Alföldi, A., *Early Rome and the Latins*, Ann Arbor, Mich., 1965. Un útil estudio sobre las relaciones de Roma con los pueblos del resto de Italia.

Badian, E., *Roman Imperialism in the Late Republic*, Ithaca, N. Y., 1968. Examina el contexto y los motivos de la expansión romana.

Barker, G., *Landscape and Society: Prehistoric Central Italy*, Londres, 1981. Un valioso estudio general.

Bremner, J. N., y N. M. **Horsfall**, *Roman Myth and Mythography*, Londres, 1987. Considera la creación de un pasado mitológico de la Roma temprana.

Cornell, T. J., «The Annals of Quintus Ennius», *JRS* 76, 1986, pp. 244-250. Un artículo de revista que trata sobre la importancia de Ennio en la educación de los romanos de épocas posteriores sobre su historia temprana.

— *The Beginnings of Rome: Italy and Rome from the Bronze Age to the Punic Wars (c. 1000-264 BC)*, Londres y Nueva York, 1995. Un estudio fundamental de la Roma temprana (hay trad. cast.: *Los orígenes de Roma, C. 1000-264 a. C.: Italia y Roma de la edad del bronce a las guerras púnicas*, Crítica, Barcelona, 1999).

Crawford, M. H., *Coinage and Money under the Roman Republic: Italy and the Mediterranean Economy*, Londres, 1985. Trata los resultados económicos de las victorias bélicas de Roma en el Mediterráneo.

— *The Roman Republic*, Londres, 1992^2. Una historia estimulante y concisa sobre el desarrollo del poder romano y el pensamiento político.

Crawford, M. H. (ed.), *Roman Statutes*, 2 vols., Londres, 1996. Encontramos leyes romanas con texto, traducción y un comentario detallado.

Degrassi, A., *Fasti Capitolini*, Turín, 1954. Incluye la lista de cónsules y ganadores de un triunfo.

Derow, P. S., «Polybius, Rome and the East», *JRS* 69, 1979, pp. 1-15.

Analiza la visión de Polibio de la naturaleza del liderazgo romano en el este.

Dorey, T. A. (ed.), *Livy*, Londres, 1971. Un material útil sobre la historia de Livio.

Eckstein, A. M., *Mediterranean Anarchy, Interstate War, and the Rise of Rome*, Berkeley y Los Ángeles, 2006. Sobre los contactos de Roma con el este de Grecia.

— *Rome Enters the Greek East: From Anarchy to Hierarchy in the Hellenistic Mediterranean, 230-175 BC*, Oxford, 2008. Un análisis de la naturaleza del contacto romano con los estados griegos; da argumentos para un pacto entre Filipo IV de Macedonia y el rey seléucida Antíoco III.

Errington, R. M., *A History of the Mediterranean World, 323-30 BC*, Oxford, 2008. Un estudio general excelente sobre las comunidades griegas y el poder amenazador de Roma.

Erskine, A. (ed.), *Troy between Greece and Rome: Local Tradition and Imperial Power*, Oxford, 2003. Considera Troya como símbolo de la relación cambiante entre griegos y romanos.

Gabba, E., *Dionysius and the History of Archaic Rome*, Berkeley, 1991. Examina la importancia de la historia de Dioniso.

Grant, M., *The Etruscans*, Londres, 1980. Un buen estudio general.

Gruen, E. S., *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, 2 vols., Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1984. Trata sobre la emergencia de Roma en el mundo griego.

Harris, W. V., *Rome in Etruria and Umbria*, Oxford, 1971. Examina los aspectos de la expansión de Roma en Italia.

— *War and Imperialism in Republican Rome, 327-70 BC*, Oxford, 1979. Considera las razones del belicismo y la expansión romana.

Harris, W. V., (ed.), *The Imperialism of Mid-Republican Rome*, Roma, 1984. Presenta un variado abanico de puntos de vista sobre el imperialismo romano.

Hoyos, B. D., *Unplanned Wars: The Origins of the First and Second Punic Wars*, Berlín, 1998. Un detallado estudio sobre las guerras de Roma con Cartago.

— *Hannibal's Dynasty: Power and Politics in the Western Mediterranean, 247-183 BC*, Londres, 2003. Un excelente estudio sobre Aníbal.

Lazenby, J. F., *Hannibal's War*, Londres, 1978. Un útil estudio de la segunda guerra con Cartago.

Momigliano, A., *Studies in Historiography*, Londres, 1966. Incluye varios estudios de historiadores de la República temprana.

Morrison, J. S., *Greek and Roman Oared Warships*, Oxford, 1996. Trata sobre la emergencia de una fuerza naval romana.

North, J. A., «The Development of Roman Imperialism», *JRS* 71, 1981, pp. 1-9. Una valiosa nueva evaluación de la obra de William Harris y de la

cuestión del imperialismo romano.

Oakley, S. P., «The Roman Conquest of Italy», en Rich y Shipley, 1993, pp. 9-37. Examina la dinámica de la conquista de Italia antes de la primera guerra con Cartago.

Ogilvie, R. M., *Early Rome and the Etruscans*, Londres, 1976. Una guía breve valiosa. (Hay trad. cast.: *Roma antigua y los etruscos*, Taurus, Madrid, 1982).

Pallottino, M., *A History of Earliest Italy*, Londres, 1991. Una buena historia general de la sociedad italiana temprana.

Potter, T. W., *Roman Italy*, Londres, 1987. Mediante las fuentes arqueológicas y epigráficas, traza el desarrollo de Italia desde sus primeros tiempos.

Raaflaub, K. A. (ed.), *Social Struggles in Archaic Rome: New Perspectives on the Conflict of the Orders*, Berkeley, 1986. Ofrece un abanico de puntos de vista sobre el conflicto social en los primeros tiempos de la República.

Rich, J. W., y G. **Shipley**, *War and Society in the Roman World*, Londres, 1993. Varios estudios sobre la naturaleza de la guerra y su impacto en la sociedad de la República y el Imperio.

Salmon, E. T., *Samnium and the Samnites*, Cambridge, 1967. Un estudio de estos tres pueblos itálicos y sus relaciones con Roma.

— *The Making of Roman Italy*, Londres, 1982. Ofrece una narrativa básica para explicar la romanización y la unificación política de Italia.

Schullard, H. H., *The Etruscan Cities and Rome*, Londres, 1967. Trata las relaciones de Roma con los etruscos.

Shipley, G., *The Greek World after Alexander 323-30 BC*, Londres y Nueva York, 2000. Un estudio accesible del mundo helenístico; el capítulo 10 trata de Roma. (Hay trad. cast.: *El mundo griego después de Alejandro, 323-30 a. C.*., Crítica, Barcelona, 2001).

Sprenger, M., y G. **Bartoloni**, *The Etruscans: Their History, Art and Architecture*, Nueva York, 1983. Una importante obra de referencia sobre la civilización etrusca.

Staveley, E. S., *Greek and Roman Voting and Elections*, Londres, 1972. La segunda parte describe el proceso que permitió en Roma la expresión de la voluntad pública.

Taylor, L. R., *Roman Voting Assemblies*, Ann Arbor, Mich., 1966. Explica cómo se repartían los votos entre los romanos durante la República.

Walbank, F. W., *Polybius*, Berkeley y Los Ángeles, 1972. Una guía indispensable de la obra de Polibio.

Walbank, F. W., (ed.), *Polybius, Rome and the Hellenistic World: Essays and Reflections*, Cambridge, 2002. Incluye contribuciones al análisis de Polibio de las relaciones de Roma con los griegos.

— A. E. Astin, M. W. Frederiksen, R. M. Ogilvie y A. Drummond (eds.), *The Cambridge Ancient History*, vol. VII parte 2: *The Rise of Rome to*

220 BC, Cambridge, 1989[2]. Un libro de referencia obligada que abarca muchos aspectos del periodo.

Walsh, P. G., *Livy, his Historical Aims and Methods*, Cambridge, 1961. Un análisis que sigue siendo muy valioso sobre los escritos históricos de Livio.

Williams, G., *The Third Book of Horace's Odes*, Oxford, 1969. Texto, traducción y comentario.

Wiseman, T. P., *The Myths of Rome*, University of Exeter, 2008. Describe vivamente la mitología romana y su desarrollo a partir del siglo VI a. C. hasta el periodo imperial.

CAPÍTULOS 3 Y 4

Astin, A. E., *Scipio Aemilianus*, Oxford, 1967. Examina aspectos sociales, políticos y culturales de la República.

— *Cato the Censor*, Oxford, 1978. Igual que arriba.

— F. W. Walbank, M. W. Frederiksen y R. M. Ogilvie (eds.), *Cambridge*.

Ancient History, vol. 8: *Rome and the Mediterranean to 133 BC*, Cambridge, 1989[2]. Un detallado estudio del periodo.

Badian, E., *Roman Imperialism in the Late Republic*, Oxford, 1968. Un agudo estudio de la explotación de las provincias.

— *Lucius Sulla, the Deadly Reformer*, Sídney, 1970. Una interesante y vívida interpretación de la carrera de Sila.

Bradley, K. R., *Slavery and Rebellion in the Roman World*, Bloomington, 1989[1]. Trata básicamente sobre las guerras de esclavos en Sicilia.

Brunt, P. A. «The Army and the Land in the Roman Revolution», *JRS* 52, 1962, 69 = *Fall of Roman Republic*, 1988, pp. 240-280. Fundamental para la comprensión de la República tardía.

— «The Roman Mob», *Past and Present*, 35, 1966, pp. 3-27. Examina las condiciones y el papel de la plebe en Roma.

— *Italian Manpower*, Oxford, 1971. Una mina de información sobre un amplio abanico de temas sociales, económicos y políticos.

— *Social Conflicts in the Roman Republic*, Londres, 1971. Un análisis absolutamente destacable y muy accesible sobre los conflictos sociales y políticos entre las clases y grupos de Roma.

— *The Fall of the Roman Republic*, Oxford, 1988. Una colección excepcionalmente importante de ensayos sobre temas políticos y sociales.

Crawford, M. H. (ed.), *Roman Statutes*, 2 vols., Londres, 1992. Incluye el texto de leyes romanas con traducción y comentario detallado.

Gabba, E., *Republican Rome. The Army and the Allies*, Oxford, 1977. Trata una amplia variedad de cuestiones sociales y económicas más allá de lo que el título sugiere.

Gelzer, M., *Caesar: Politician and Statesman*, Oxford, 1969. Una biografía clásica que ofrece una visión favorable de César.

Lintott, A., *Violence in Republican Rome*, Oxford, 1968. Un excelente estudio de la violencia política y sus consecuencias.

Malcovati, H., *Oratorum Romanorum Fragmenta Liberae Rei Publicae*, Turín, 1953. Recoge lo que se puede recuperar de la oratoria política en la República; texto en latín.

Millar, F., «Politics, Persuasion and the People before the Social War (150-90 BC)», *JRS* 76, 1986, pp. 1-11. Considera cómo funcionaba la política romana a la hora de dirigirse y convencer al pueblo.

Momigliano, A. D., *Alien Wisdom*, Cambridge, 1975. Examina cómo los griegos veían a los romanos.

Richardson, J. S., *Hispaniae: Spain and the Development of Roman Imperialism, 218-82 BC*, Cambridge, 1986. Fundamental para comprender la política romana en Hispania.

Rosenstein, N., *Imperatores Victi: Military Defeat and Aristocratic Competition in the Middle and Late Republic*, Berkeley y Los Ángeles, 1990. Examina la relación entre la derrota militar y la rivalidad aristocrática.

— *Rome at War: Farms, Families and Death in the Middle Republic*, Chapel Hill, N. J., y Londres, 2004. Un fresco análisis de la relación entre el servicio militar y el cultivo de la tierra.

Salmon, E. T., *Roman Colonization*, Londres, 1969. Examina la fundación, organización y el estatus de las colonias en Italia.

Schullard, H. H., *Scipio Africanus: Soldier and Politician*, Londres, 1970. Una biografía tradicional.

Seager, R., *Pompey: A Political Biography*, Oxford, 1979. Una biografía política útil.

Sherwin-White, A. N., *The Roman Citizenship*, Oxford, 1973^2. Analiza el significado, desarrollo y las consecuencias legales de la ciudadanía romana.

— *Roman Foreign Policy in the East, 168 BC to AD 1*, Londres, 1984. Examina las operaciones militares y diplomáticas romanas en el este.

Stockton, D., *Cicero: A Political Biography*, Oxford, 1971. Una biografía clara y concisa.

— *The Gracchi*, Oxford, 1979. Un estudio general útil.

Syme, R., *The Roman Revolution*, Oxford, 1939. Fundamental para comprender los factores y las personalidades que intervinieron en la caída de la República.

— *Sallust*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1964. Sitúa a Salustio en su contexto político y literario.

Taylor, L. R., *Party Politics in the Age of Caesar*, Berkeley y Los Ángeles, 1968. Una evocación excelente de la vida política en la República.

Treggiari, S., *Roman Freedmen during the Late Republic*, Oxford, 1969. Una obra fundamental de referencia.

Wiseman, T. P., *New Men in the Roman Senate*, Oxford, 1971. Examina las carreras de hombres que no provenían de las familias tradicionales.

— *The World of Catullus*, Cambridge, 1985. Explica la sociedad en la República tardía.

CAPÍTULO 5

Barrett, A. A., *Livia: First Lady of Imperial Rome*, New Haven, Conn. y Londres, 2002. Explora la vida y la influencia de la mujer de Augusto.

Bowersock, G. W., *Augustus and the Greek World*, Oxford, 1965. Muestra cómo emergió una élite grecorromana.

Bowman, A. K., E. **Champlin**, y A. **Lintott** (eds.), *Cambridge Ancient History*, vol. X: *The Augustan Empire*, Cambridge, 1996[2]. Un estudio de gran alcance de los primeros tiempos del imperio.

Earl, D. C., *The Age of Augustus*, Londres, 1968. Una útil discusión con ilustraciones.

Eck, W., *The Age of Augustus*, Oxford, 2003. Una breve descripción del Gobierno de Augusto.

Favaro, S. D., *The Urban Image of Augustus*, Cambridge, 1996. Trata el trabajo de construcción de Augusto en Roma.

Galinsky, K., *Augustan Culture*, Princeton, N. J., 1996. Cubre aspectos de la cultura y la sociedad de Roma bajo el Gobierno de Augusto.

Galinsky, K., (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Augustus*, Cambridge, 2005. Un buen estudio de numerosos aspectos de la vida bajo el mando de Augusto.

Jones, A. H. M., *Augustus*, Londres, 1970. Un biografía útil y breve.

Levick, B., *Tiberius the Politician*, Londres, 1976. Ofrece un interesante análisis de la política imperial en la primera época del imperio.

MacMullen, R., *Romanization in the Time of Augustus*, New Haven, Conn. y Londres, 2000. Documenta la extensión de la civilización romana.

Millar, F., y E. **Segal** (eds.), *Caesar Augustus: Seven Aspects*, Oxford, 1984. Contribución de amplio alcance, que incluye la sucesión, el impacto de la monarquía y de la *Res Gestae*.

Raaflaub, K., y M. **Toher** (eds.), *Between Republic and Empire*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1990. Una contribución sustancial a un amplio abanico de temas que cubren la historiografía, la poesía, el arte, la religión y la política.

Rickman, G. E., *The Corn Supply of Ancient Rome*, Oxford, 1980. Investiga la importancia y el mecanismo del suministro de cereales.

Saeger, R., *Tiberius*, Londres, 1972. Una biografía clara y habitual.

Southern, P., *Augustus*, Londres y Nueva York, 1998. Una biografía útil

aunque con un análisis limitado.

Syme, R., *The Roman Revolution*, Oxford, 1939. Un vívido retrato de la base del poder de Augusto y la naturaleza de su Gobierno.

Zanker, P., *The Power of Images in the Age of Augustus*, Ann Arbor, Mich., 1988. Discute la diseminación de la visión augustea a través de la presentación artística.

CAPÍTULOS 6-8

Barnes, T. D., «Legislation against the Christians», *JRS* 58, 1968, pp. 3250. Sobre la posición legal de los cristianos a principios del imperio.

Barrett, A. A., *Caligula: The Corruption of Power*, Londres, 1989. Una biografía con una clara argumentación.

Beard, M., J. **North**, y S. **Price**, *Religions of Rome*, 2 vols., Cambridge, 1998. Examina la experiencia religiosa romana, con documentos originales.

Birley, A. R., *Marcus Aurelius*, Londres, 1966. Una biografía habitual. (La edición citada es la primera versión de Birley de la biografía de Marco Aurelio, de la última, de 2000, hay trad. cast.: *Marco Aurelio. El retrato de un emperador humano y justo*, Gredos, Madrid, 2009).

— *Septimius Severus, the African Emperor*, Londres, 1971. Una biografía directa que carece de análisis del contexto político.

— *Hadrian, the Restless Emperor*, Londres y Nueva York, 1997. Un amplio estudio de la época de Adriano con buenos mapas e ilustraciones. (Hay trad. cast.: *Adriano, la biografía de un emperador que cambió el curso de la historia*, Península, Barcelona, 2003).

Blake, M. E., y D. T. **Bishop**, *Roman Construction in Italy from Nerva through the Antonines*, Philadelphia, 1973. Útil para comprender las técnicas de construcción romanas.

Bowman, A. K., *Egypt after the Pharaohs 332 BC-AD 642*, Londres, 1986. Un valioso estudio del gobierno romano en la provincia.

— *Life and Letters on the Roman Frontier*, Londres, 1994. Un vívido resumen del estilo de vida de los soldados y sus familias en Britania.

Bradley, K. R., *Slaves and Masters in the Roman Empire: A Study in Social Control*, Oxford, 1987. Cubre los principales aspectos de la esclavitud.

Braund, D. C., *Rome and the Friendly King*, Londres y Canberra, 1984. Un útil examen del uso de Roma de los gobernadores locales.

Brunt, P. A., «The Revenues of Rome», *JRS* 71, 1981, pp. 161-172 = *Roman Imperial Themes*, 1990. El capítulo 15 examina lo que sabemos sobre los impuestos romanos.

— *Roman Imperial Themes*, Oxford, 1990. Una recopilación de artículos fundamentales del Imperio romano.

— «The Romanization of the Local Ruling Classes in the Roman Empire», en Brunt, *Roman Imperial Themes*, 1990. El capítulo 12 discute la idea de que el imperio dependía del consentimiento y no sólo de la fuerza, y de la

importancia en ello de los hombres con propiedades locales.

Campbell, J. B., *The Emperor and the Roman Army 31 BC-AD* 235, Oxford, 1984. Analiza la relación política del emperador con los soldados.

— *War and Society in Imperial Rome 31 BC-AD 284*, Londres y Nueva York, 2002. Examina el lugar de la guerra y los soldados en la sociedad romana.

Chadwick, H., *The Early Church*, Pelican History of the Church, 1967. La obra de referencia sobre la primera época del cristianismo.

Champlin, E., *Fronto and Antonine Rome*, Cambridge, Mass., 1980. Aporta un útil examen de la sociedad del siglo II.

— *Nero*, Cambridge, Mass., 2003. Interesante descripción de la era de Nerón. (Hay trad. cast.: *Nerón*, Turner Publicaciones, Madrid, 2006).

Cheesman, G. L., *The Auxilia of the Roman Imperial Army*, Oxford, 1914; reimpresión Chicago, 1975. Sigue siguiendo el mejor estudio sobre las tropas imperiales.

Claridge, A., *Rome: An Oxford Archaeological Guide*, Oxford, 1998. Un libro excelente sobre la ciudad de Roma y sus monumentos.

Connolly, P., *Greece and Rome at War*, Londres, 1981. Una guía bien ilustrada de todo lo concerniente a lo militar.

Cotton, H., «The Guardianship of Jesus Son of Babatha: Roman Law and Local Law in the Province of Arabia», *JRS* 83, 1993, pp. 94-108. Estudia el archivo de una mujer judía que vivió en la costa sur del mar Muerto, que desde el 106 d. C. fue parte de la provincia de Arabia.

Crook, J. A., *Law and Life of Rome*, Londres, 1967. Un claro resumen de la vida tal y como se revela en los textos legales.

Curchin, L. A., *Roman Spain: Conquest and Assimilation*, Londres, 1991. Describe la adaptación de Hispania al modo de vida romano. (Hay trad. cast.: *La España romana: conquista y asimilación*, Gredos, Madrid, 1996).

Dalby, A., *Empire of Pleasures: Luxury and Indulgence in the Roman World*, Londres y Nueva York, 2000. Una vívida historia social sobre la comida y el espectáculo.

De Lange, N. R. M., «Jewish Attitudes to the Roman Empire», en P. Garnsey y C. R. Whittaker, *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge, 1978, pp. 255-281. Ayuda a comprender la segunda revuelta judía de los años 132-135.

Dixon, K. R., y P. Southern, *The Roman Cavalry*, Londres, 1992. Estudia la organización de las fuerzas de caballería.

Dixon, S., *The Roman Mother*, Londres y Sídney, 1988. Sobre la posición y las obligaciones de las madres en la familia.

Dodge, H., «The Architectural Impact of Rome in the East», en M. Henig (ed.), *Architectural Sculpture in the Roman Empire*, Oxford, 1990, pp. 108-120. Trata el estilo de construcción romano en el este.

Duncan-Jones, R., *The Economy of the Roman Empire: Quantitative Studies*, Cambridge, 1982[2]. Examina la riqueza, los precios y la demografía.

Finley, M. I., *Ancient Slavery and Modern Ideology*, Londres, 1980. Enfatiza la importancia de la esclavitud en el mundo antiguo. (Hay trad. cast.: *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Crítica, Barcelona, 1982).

— *The Ancient Economy*, Londres, 1985. Explica la visión clásica «primitive» de la historia económica antigua. (Hay trad. cast.: *La economía de la Antigüedad*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1975).

Frend, W. H. C., *Martyrdom and Persecution in the Early Church: A Study of Conflict from the Maccabees to Donatus*, Oxford, 1965. Excelente para comprender la persecución de los primeros cristianos.

Frere, S., *Britannia: A History of Roman Britain*, Londres, 1987[3]. La historia de referencia de la Britania romana.

— y F. **Lepper**, *Trajan's Column*, Gloucester, 1988. Detalla la explicación de la columna con buenas ilustraciones.

Gardner, J. F., *Women in Roman Law and Society*, Londres y Sídney, 1986. Excelente explicación del papel y la posición de las mujeres.

Garnsey, P., *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World: Responses to Risk and Crisis*, Cambridge, 1988. Trata de forma muy completa con fuentes potenciales de la escasez y las consecuencias.

— y R. P. **Saller**, *The Roman Empire: Economy, Society and Culture*, Berkeley y Los Ángeles, 1987. Un amplio estudio sobre cuestiones sociales y económicas. (Hay trad. cast.: *El Imperio romano: economía, sociedad y cultura*, Crítica, Barcelona, 1991).

Goldsworthy, A. K., *The Roman Army at War 100 BC-AD 200*, Oxford, 1996. Una vívida explicación de las técnicas de lucha y la organización militar. (Hay trad. cast.: *El ejército romano*, Akal, Madrid, 2005).

Grant, M., *Cities of Vesuvius: Pompeii and Herculaneum*, Londres, 1971. Una buena guía general sobre las ciudades destruidas en el año 79 d. C.

Harris, W. V., *Ancient Literacy*, Cambridge, Mass., 1985. Resta importancia al alcance de la alfabetización.

Henig, M. (ed.), *A Handbook of Roman Art: A Survey of the Visual Arts of the Roman World*, Londres, 1983. Una de las mejores introducciones generales.

Hodges, A. T., *Roman Aqueducts and Water Supply*, Londres, 2002. La mejor introducción al suministro romano de agua.

Hopkins, K., *Conquerors and Slaves*, Cambridge, 1978. Un estimulante y desafiante análisis de cuestiones sociales, económicas y culturales. (Hay trad. cast.: *Conquistadores y esclavos*, Edicions 62, Barcelona, 1981).

— «Taxes and Trade in the Roman empire (200 BC-AD 400)», *JRS* 70 20, 1980, pp. 101-125. Explica la importancia de los impuestos en la economía romana.

— *Death and Renewal*, Cambridge, 1983. Incluye explicaciones particularmente útiles sobre los gladiadores y las familias senatoriales supervivientes.

Hyland, A., *Equus: The Horse in the Roman World*, Londres, 1990. Trata todos los aspectos de los caballos y su entrenamiento.

Isaac, B., *The Limits of Empire*, edición revisada, Oxford, 1992. Explica la política en las zonas fronterizas romanas en el este, y el papel del ejército romano.

James, S. T., «Stratagems, Combat, and "Chemical Warfare" in the Siege Mines of Dura-Europos», *American Journal of Archaeology* 115, 2011, pp. 69-101. Describe vívidamente el sitio de Dura-Europos y el descubrimiento de cuerpos de soldados en un túnel de sitio.

Jones, A. H. M., *The Roman Economy*, ed. P. A. Brunt, Londres, 1974. Un estudio general de la historia económica.

Jones, C. P., *Plutarch and Rome*, Oxford, reimp. 1971. Trata la historia intelectual griega y el lugar de Plutarco en ella.

Keppie, L., *The Making of the Roman Army: From Republic to Empire*, Londres, 1984. El mejor estudio de la emergencia del ejército imperial desde las legiones de la República.

Lendon, J. E., *Empire of Honour: The Art of Government in the Roman World*, Oxford, 1997. Se argumenta que el Gobierno romano funcionaba en parte mediante una cultura aristocrática de honor que los romanos compartían con sus súbditos mejor situados.

— *Soldiers and Ghosts: A History of Battle in Classical Antiquity*, New Haven, Conn. y Londres, 2005. Examina con gran viveza el belicismo griego y romano, y el funcionamiento de los ejércitos que se basaban en parte en tradiciones pasadas.

Levick, B., *Claudius*, Londres, 1990. Una biografía bien meditada.

— *Vespasian*, Londres y Nueva York, 1999. Ofrece un análisis de amplio espectro de la política imperial en la época Flavia.

Liebeschuetz, J. H. W. G., *Continuity and Change in Roman Religion*, Oxford, 1979. Trata problemas de la religión y la sociedad.

Ling, R., *Roman Painting*, Cambridge, 1991. Una excelente introducción al tema.

Lintott, A., *Imperium Romanum: Politics and Administration*, Londres y Nueva York, 1993. Una guía clara del funcionamiento del Gobierno romano.

Luttwak, E., *The Grand Strategy of the Roman Empire*, Baltimore, Md. y Londres, 1976. Un estudio estimulante que intenta demostrar la existencia de una estrategia pensada para todo el imperio y que se ocupara de las zonas fronterizas.

MacMullen, R., *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire*, Cam-

bridge, Mass., 1963. Describe cómo los soldados echaron raíces en la vida civil durante el imperio; su alcance es más amplio de lo que el título sugiere.

— *Enemies of the Roman Order*, Cambridge, Mass., 1967. Discute las condiciones sociales y políticas en el imperio con una gran colección de pruebas, y la oposición al orden establecido.

— *Roman Social Relations 50 BC-AD 284*, New Haven, Conn. y Londres, 1974. Tiene como objetivo explicar cómo era la vida para las personas corrientes comos los libertos, artesanos y agricultores.

— *Paganism in the Roman Empire*, New Haven, Conn. y Londres, 1981. Con muchas fuentes, construye una introducción muy útil para el tema.

— *Christianizing the Roman Empire*, New Haven, Conn. y Londres, 1984. Sobre los primeros cristianos y el Gobierno romano.

Magie, D., *Roman Rule in Asia Minor*, 2 vols., Princeton, N. J., 1950. La historia básica de esta importante provincia.

Mattern, S., *Rome and the Enemy: Imperial Strategy in the Principate*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1999. Analiza diversos enfoques de la política romana en las zonas fronterizas.

Mattingly, D. J., *Dialogues in Roman Imperialism, Journal of Roman Archaeology*, Supplementary Series, n.º 23, Portsmouth, Rhode Island, 1997. Trata sobre la recepción de Roma y sus prácticas en diversas partes del imperio.

Mellor, R., *Tacitus*, Londres y Nueva York, 1993. Ofrece un breve resumen de las ideas, los métodos y la influencia del historiador.

Millar, F., *A Study of Cassius Dio*, Oxford, 1964. Un asequible estudio sobre Dion y especialmente importante para el periodo de la dinastía Severa.

— *The Emperor in the Roman World*, Londres, 1977. Una de las explicaciones más destacables del papel personal, aunque pasivo, del emperador en la Administración.

— *The Roman Empire and its Neighbours*, Londres, 1981[2]. Un estudio extremadamente útil de los mecanismos del imperio y sus relaciones con los pueblos foráneos. (Hay trad. cast.: *El Imperio romano y sus pueblos limítrofes*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1973).

— *The Roman Near East 31 BC-AD 337*, Cambridge, Mass., 1993. Una destacable exploración de la naturaleza del Gobierno romano en Siria, Judea, Arabia y Mesopotamia en el contexto de la sociedad y la cultura, y de cuestiones religiosas y de identidad étnica.

North, J. A., «Religion and Politics, from Republic to Principate», *JRS* 76, 1986, pp. 251-258.Una sensata valoración del papel de la religión en Roma.

Oliver, J. H., *The Ruling Power: A Study of the Roman Empire in the Second Century after Christ through the Roman Oration of Aelius Aristides*, Filadelfia, 1980. Examina varias actitudes griegas hacia Roma.

Price, S., *Rituals and Power: The Roman Imperial Cult in Asia Minor*, Oxford, 1984. Un resumen espléndido de los orígenes y el desarrollo del culto al emperador.

Raven, S., *Rome in Africa*, Londres y Nueva York, 1984. Ofrece una introducción excelente.

Richardson, jr. L., *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome*, Baltimore, Md., y Londres, 1992. Obra de referencia sobre la ciudad de Roma, en un solo volumen.

Robinson, O. F., *Ancient Rome: City Planning and Administration*, Londres y Nueva York, 1992. Se centra en el funcionamiento de Roma en el contexto de las leyes.

Rostovtzeff, M., *Social and Economic History of the Roman Empire, edición revisada*, P. Fraser, Oxford, 1957. Un estudio clásico, de gran alcance y con mucha documentación, aunque se han discutido algunas conclusiones. (Hay trad. cast.: *Historia social y económica del Imperio romano*, 2 tomos, Espasa, Madrid, 1981).

Saller, R. P., *Personal Patronage under the Early Empire*, Cambridge, 1981. Discute la relación entre patrón-cliente en la sociedad romana.

Shaw, B., *Environment and Society in North Africa: Studies in History and Archaeology*, Aldershot, 1995. Una colección de artículos que analizan en profundidad el funcionamiento de una provincia romana, así como la vida de los locales.

Starr, C. G., *The Roman Imperial Navy 31 BC-AD 324*, Londres, 1960. Sigue siendo importante como libro de texto básico de la organización naval romana.

Ste. Croix, G. de, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, Londres, 1981. Una visión marxista de la historia con muchas observaciones importantes sobre el impacto de Roma en el mundo griego; el apéndice 3 trata el asentamiento bárbaro en el imperio.

Syme, R., *Tacitus*, 2 vols., Oxford, 1958. Un estudio fundamental de la vida y los escritos de Tácito.

Talbert, R. J. A., *The Senate of Imperial Rome*, Princeton, N. J., 1984. El único estudio detallado del papel del Senado en el imperio, que incluye un análisis de los decretos senatoriales.

Wacher, J. (ed.), *The Roman World*, Londres, 1987. Un útil estudio general.

Watson, G., *The Roman Soldier*, Londres, 1969. Se centra en los soldados, sus obligaciones, sus pagos y condiciones.

Webster, G., *The Roman Imperial Army*, Londres, 1985[3]. Libro de referencia sobre todos los aspectos del ejército.

Wellesley, K., *The Long Year AD 69*, Londres, 1975. Sobre las guerras civiles y el año de los cuatro emperadores.

Wells, C., *The Roman Empire*, Londres, 1992. Uno de los mejores estudios cortos del Imperio romano, con citas de muchas fuentes antiguas. (Hay trad. cast.: *El Imperio romano*, Taurus, Madrid, 1986).

White, K. D., *Roman Farming*, Londres, 1970. Un amplio estudio sobre granjas, cosechas, ganadería y métodos de cultivo.

Whittaker, C. R., *Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study*, Baltimore, Md., y Londres, 1984. Intenta explicar la emergencia de las zonas fronterizas y las razones que hay tras la política romana.

Wilkes, J. J., *Dalmatia*, Londres, 1969. Un detallado estudio de una provincia y del impacto de Roma.

Woolf, G., *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul*, Cambridge, 1998. Trata sobre el tema de la romanización.

CAPÍTULOS 9 Y 10

Barnes, T. D., *Constantine and Eusebius*, Cambridge, Mass., 1981. Un detallado examen de las políticas de Constantino.

— *The New Empire of Diocletian and Constantine*, Cambridge, Mass., 1982. Una colección fundamental de pruebas sobre el personal del Gobierno en esta era.

— «Christians and Pagans in the Reign of Constantius», en A. Dihle (ed.), *L'Église et l'empire au IV siècle. Sept exposés suivis de discussions*, Ginebra, 1989, 301-343. Examina el desarrollo social y político del cristianismo.

— *Athanasius and Constantius: Theology and Politics in the Constantinian Empire*, Cambridge, Mass., 1993. Examina la Iglesia y el Estado, y el debate religioso.

Boak, A. E. R. y H. C. **Youtie**, *The Archive of Aurelius Isidorus*, Ann Arbor, Mich., 1960.

Bowersock, G. W. *Julian the Apostate*, Cambridge, Mass., 1978. Una biografía clásica del emperador.

Bowman, A. K., P. **Garnsey**, y Averil **Cameron** (eds.), *Cambridge Ancient History*, vol. XII: *The Crisis of Empire, AD 193-337*, Cambridge, 2005. Un amplio resumen que llega hasta la muerte de Constantino.

Brown, P., *The World of Late Antiquity*, Londres, 1966. Una espléndida evocación de la vida y el pensamiento en el imperio tardío. (Hay trad. cast.: *El mundo de la Antigüedad tardía: Marco Aurelio a Mahoma*, Taurus, Madrid, 1991).

— *Augustine of Hippo*, Londres, 1967. Explica las complejas influencias sobre san Agustín, y su actitud con el donatismo. (Hay trad. cast.: *Agustín de Hipona*, Acento Editorial, Madrid, 2001).

— *Religion and Society in the Age of St Augustine*, Londres, 1972. Espléndida explicación de la diferencia entre el mundo clásico y el imperio tardío, y sobre la naturaleza del donatismo.

Browning, R., *The Emperor Julian*, Berkeley y Los Ángeles, 1976. Exce-

lente estudio sobre el emperador y su época.

Cameron, Alan, *Circus Factions: Blues and Greens at Rome and Byzantium*, Oxford, 1976. Enfatiza la importancia de los espectáculos de los circos y estadios en la política romana tardía.

Cameron, Averil, *Christianity and the Rhetoric of Empire*, Berkeley y Los Ángeles, 1991. Examina los escritos de los cristianos y el significado de su uso en la lengua.

— *The Later Roman Empire*, Londres, 1993. Un excelente estudio breve. (Hay trad. cast.: *El bajo imperio romano*, Encuentro Ediciones, Madrid, 2001).

— *The Mediterranean World in Late Antiquity AD 395-600*, Londres y Nueva York, 1993. Un excelente estudio del periodo. (Hay trad. cast.: *El mundo mediterráneo en la antigüedad tardía, 395-600*, Crítica, Barcelona, 1998).

— y P. **Garnsey** (eds.), *Cambridge Ancient History*, vol XIII: *The Late Empire, AD 334-425*, Cambridge, 1998[2]. Una amplia visión del imperio tardío.

Chitty, D., *The Desert a City*, Oxford, 1966. Trata el monasticismo egipcio. (Hay trad. cast.: *El desierto: una ciudad*, Editorial Española Desclee de Brouwer, Bilbao, 1991).

Clark, E. A., *Ascetic Piety and Women's Faith*, Lewiston, 1986. Examina la relación entre las mujeres y el ascetismo en el imperio tardío.

Clark, G., *Women in Late Antiquity*, Oxford, 1993. Examina el papel de las mujeres en la sociedad.

Crawford, M. H., «Finance, Coinage and Money from the Severans to Constantine», *Aufstieg und Niedergang der Antiken Welt* II, 2, Berlín, 1975, pp. 560-593. Una guía muy útil sobre las monedas y el dinero en el imperio tardío.

Creed, J. L. (ed., trad.), *De Mortibus Persecutorum*, Oxford, 1984. Examina la obra de Lactancio sobre la persecución de los cristianos. (Hay trad. cast. del texto latino de Lactancio: *Sobre la muerte de los perseguidores*, Gredos, Madrid, 2000).

Curran, J., *Pagan City and Christian Capital: Rome in the Fourth Century*, Oxford, 2000). Un estudio espléndido de cómo las actividades de construcción de Constantino y sus sucesores alteraron el paisaje de Roma, que hace hincapié en las consideraciones políticas.

Davis, R. P., *The Book of Pontiffs (Liber Pontificalis),* traducido con una introducción, Liverpool, 1989. Importante para entender los favores imperiales a la Iglesia.

Dodgeon, M. H., y S. C. N. Lieu, *The Roman Frontier and the Persian Wars AD 226-363: A Documentary History*, Londres, 1991. Un examen detallado de las pruebas antiguas de las relaciones de Roma con los persas.

Downey, *A History of Antioch in Syria*, Princeton, N. J., 1961. Un estudio

minucioso sobre la vida en Antioquía.

Drinkwater, J., *The Gallic Empire: Separatism and Continuity in the North-Western Provinces of the Roman Empire*, Stuttgart, 1987. De importancia fundamental para entender el imperio de la Galia.

Edwards, M., *Constantine and Christendom*, *Translated Texts for Historians*, Liverpool, 2003. Una colección de fuentes sobre el Gobierno de Constantino.

Elton, H., *Frontiers of the Roman Empire*, Londres, 1996. Trata de cómo manejaba Roma las relaciones con los pueblos extranjeros.

Faulkner, N., *The Decline and Fall of Roman Britain*, Stroud, 2000. Útil discusión de las circunstancias que condujeron al final de la Britania romana.

Hanson, R. P. C., *The Search for the Christian Doctrine of God: The Arian Controversy, 318-381*, Edimburgo, 1988. Trata sobre el debate teológico acerca del arrianismo.

Heather, P., *Goths and Romans, 332-489*, Oxford, 1991. Trata sobre los godos y sus relaciones con el imperio.

— *The Fall of the Roman Empire: A New History of Rome and the Barbarians*, Oxford, 2006. Examina el impacto del imperialismo romano en los pueblos vecinos y su papel en la compleja visión de la caída del imperio. (Hay trad. cast.: *La caída del Imperio Romano*, Crítica, Barcelona, 2006).

— y J. F. **Matthews**, *The Goths in the Fourth Century*, Liverpool, 1991. Examina las costumbres y el papel de los godos.

Herrin, J., «Ideals of Charity, Realities in Welfare: The Philanthropic Activity of the Byzantine Church», en R. Morris (ed.), *Church and People in Byzantium*, Manchester, 1991, pp. 151-164. Sobre el desarrollo de la caridad por parte de los cristianos.

Hopkins, K., «Social Mobility in the Late Roman Empire: The case of Ausonius», *Classical Quarterly*, 11, 1961, pp. 239-300. Sobre la retórica como un modo de ascenso social.

Humphrey, J., *Roman Circuses*, Londres, 1986. Estudia las pruebas arqueológicas de circos en las ciudades del imperio tardío.

Hunt, E. D., *Holy Land Pilgrimage in the Later Roman Empire*, Oxford, 1982. Expone cuidadosamente este importante tema.

Isaac, B., *The Limits of Empire*, Oxford, 1992. Los capítulos 4 y 5 tratan sobre las guerras con Persia y más en general con el ejército romano.

James, E., *The Franks*, Oxford, 1988. Un detallado estudio sobre los francos.

Johnson, S., *Later Roman Britain*, Londres, 1980. Examina la postura y el Gobierno de Britania en el imperio tardío.

Jones, A. H. M., *Constantine and the Conversion of Europe*, Londres, 1948; reimp. 1978. Un excelente esfuerzo por explicar los sentimientos religiosos de Constantino y el impacto del cristianismo en el imperio.

— *The Later Roman Empire 284-602: A Social, Administrative and Economic Survey*, 2 vols., Oxford, 1964. La clásica historia del imperio tardío con una enorme documentación.

Kennedy, D. y D. **Riley**, *Rome's Desert Frontier from the Air*, Londres, 1990. Fotos aéreas brillantes de las instalacions romanas en el este, con comentario.

King, C. E. (ed.), *Imperial Revenue, Expenditure and Monetary Policy in the Fourth Century AD*, Oxford, 1980. Explica los ingresos y gastos, y la economía general.

Krautheimer, R., *Three Christian Capitals*, Berkeley y Los Ángeles, 1983. Trata sobre Roma, Constantinopla y Milán.

Lane Fox, R., *Pagans and Christians*, Harmondsworth, 1986. Muy informativo sobre las relaciones entre paganos y cristianos.

Lee, D., *War in Late Antiquity: A Social History*, Oxford, 2007. Considera el impacto de la guerra y el ejército romano en la sociedad y la vida política y económica.

Lenski, N., *The Cambridge Companion to the Age of Constantine*, Cambridge, 2006). Una guía excelente de este periodo.

Liebeschuetz, J. H. W. G., *Antioch: City and Imperial Administration in the Later Roman Empire*, Oxford, 1972. Examina la ciudad y sus relaciones con su entorno y el gobierno romano.

— *Barbarians and Bishops: Army, Church and State in the Age of Arcadius and Chrysostom*, Oxford, 1990. Los capítulos 1 y 2 tratan del ejército romano y la batalla de Adrianópolis.

Lieu, J., J. **North**, y T. **Rajak** (eds.), *The Jews among Pagans and Christians in the Roman Empire*, Londres, 1992. Trata las identidades religiosas en el imperio.

Lieu, S. N. C., *The Emperor Julian: Panegyric and Polemic*, *Translated Texts for Historians*, Liverpool, 1989^2. Una excelente recopilación de material sobre Juliano.

— y D. **Montserrat** (ed.), *Constantine: History, Historiography and Legend*, Londres, 1998. Recopilación de artículos sobre la emergencia de la tradición histórica sobre Constantino.

MacMullen, R., *Constantine*, Nueva York, 1969. Una biografía corta, accesible y muy informativa.

— *Roman Government's Response to Crisis, AD 235-337*, New Haven, Conn. y Londres, 1976. Muy valioso para comprender los intentos de reforma de los emperadores.

— «How Big Was the Roman Army?», *Klio*, 62, 1980, pp. 451-460. Sobre el tamaño del ejército de Diocleciano.

— *Christianizing the Roman Empire, AD 100-400*, New Haven, Conn., y Londres, 1984. Una explicación útil de la extensión del cristianismo.

— «Late Roman Slavery», *Historia* 36 (1987), pp. 359-382. Sobre la continuación de la esclavitud en el imperio tardío.

— *Corruption and Decline of Rome*, New Haven, Conn. y Londres, 1988. Expone la extensión de la corrupción que socavó el sistema administrativo.

McLynn, N., *Ambrose of Milan*, Berkeley, 1994. Una buena biografía.

Maenchen-Helfen, O., *The World of the Huns*, Berkeley y Los Ángeles, 1973. Una obra de referencia básica sobre la sociedad de los hunos.

Markus, R., «Paganism, Christianity and the Latin Classics in the Fourth Century», en J. W. Binns (ed.), *Latin Literature of the Fourth Century*, Londres, 1974, pp. 1-21. Incluye la respuesta de los paganos a la cultura cristiana.

Matthews, J. F., *Western Aristocracies and the Imperial Court AD 364-425*, Oxford, 1975; edición revisada, 1991. Considera las relaciones entre la clase superior de la última época de Roma y los emperadores.

— *The Roman Empire of Ammianus*, Londres, 1989. Un estudio fundamental de la historia de Amiano en su contexto social y político.

Millar, F., *The Roman Empire and its Neighbours*, Londres, 1981^2. El capítulo 13 ofrece un excelente estudio del tercer siglo. (Hay trad. cast.: *El Imperio romano y sus pueblos limítrofes*, Siglo XXI de España, Madrid, 1973).

Momigliano, A., *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*, Oxford, 1963. Estudia la relación de la última aristocracia romana y la religión. (Hay trad. cast.: *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Alianza Editorial, Madrid, 1989).

Odahl, C. M., *Constantine and the Christian Empire*, Londres, 2004. Examina las políticas seculares y religiosas, teniendo en cuenta todas las pruebas.

Rousseau, P., *Pachomius*, Berkeley y Los Ángeles, 1975. Sobre el desarrollo del monasticismo.

Sirks, B., *Food for Rome*, Ámsterdam, 1991. Discute los repartos de cereales del imperio tardío.

Southern, P. y K. R. **Dixon**, *The Late Roman Army*, New Haven, Conn. y Londres, 1996. Un buen estudio general de todos los aspectos del ejército.

Stevenson, J., *A New Eusebius*, edición revisada, Londres, 1987. Especialmente valioso para entender la política religiosa de Constantino y la Iglesia.

— *Creeds, Councils and Controversies*, edición revisada, Londres, 1989. Trata el debate doctrinal después de Constantino.

Swain, S., y M. **Edwards** (eds.), *Approaching Late Antiquity: The Transformation from Early to Late Empire*, Oxford, 2004. Varios estudiosos analizan las tendencias en las condiciones sociales y políticas cambiantes del imperio.

Van Dam, T., *The Roman Revolution of Constantine*, Cambridge, 2007. Sitúa a Constantino en el contexto de los cambios fundamentales del mundo romano, con especial énfasis en los aspectos ideológicos y culturales.

Wallis, R. T., *Neoplatonism*, Londres, 1972. Sobre la importancia de esta

filosofía.

Ward-Perkins, B., *From Classical Antiquity to the Middle Ages: Urban and Public Building in Northern and Central Italy AD 300-850*, Oxford, 1984. Cubre todos los aspectos de las edificaciones cristianas.

— *The Fall of Rome and the End of Civilization*, Oxford, 2005. Hace hincapié en que el imperio cayó por una violenta invasión bárbara y en que el final del mundo romano trajo consigo un colapso desastroso en los modos de vida. (Hay trad. cast.: *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Espasa, Madrid, 2007).

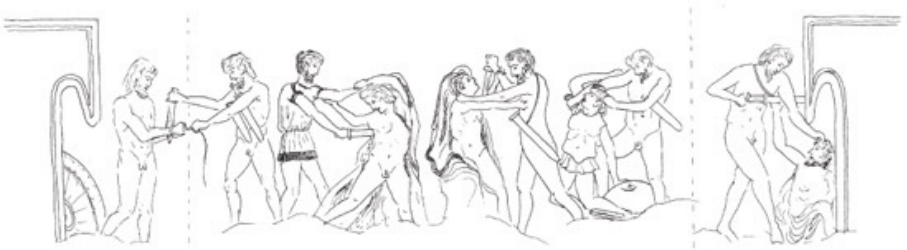
Williams, S., *Diocletian and the Roman Recovery*, Londres, 1985. Un excelente resumen sobre los cambios de Diocleciano.

Wimbush, V. (ed.), *Ascetic Behaviour in Greco-Roman Antiquity*, Minneapolis, 1990. Un estudio valioso sobre lo ascético en relación con el cristianismo.

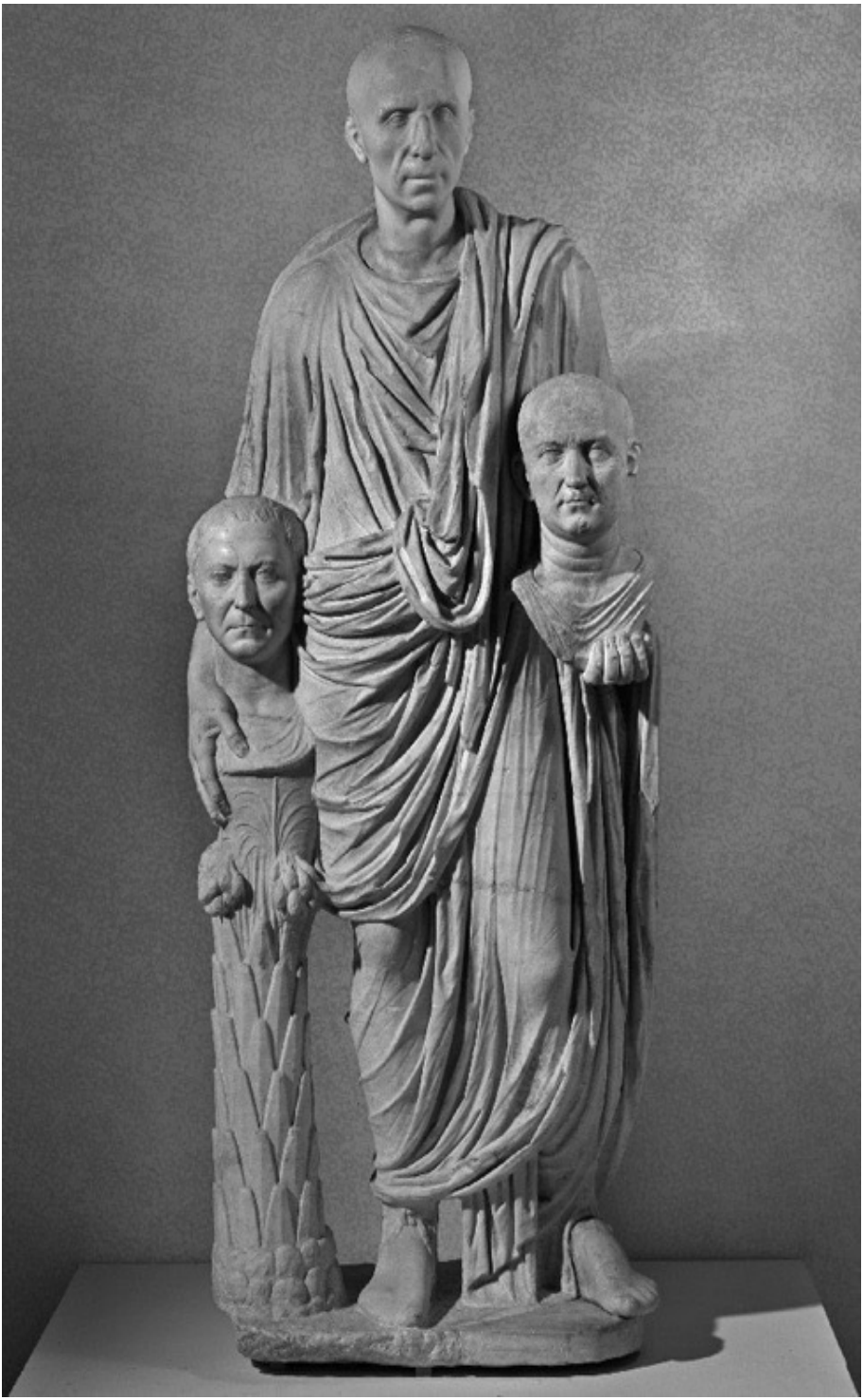
Fotografías

Estos agujeros excavados en la cima de la colina Palatina tenían como objetivo soportar la estructura de madera de las cabañas primitivas y son la primera prueba de asentamiento en esa ubicación en la Edad de Hierro, siglos IX-VIII a. C.

La loba capitolina. Esta estatua de bronce de una loba, que probablemente data del siglo VI a. C., sugiere que la historia de la fundación de Rómulo y Remo es muy antigua. Las figuras de los niños se añadieron durante el Renacimiento.



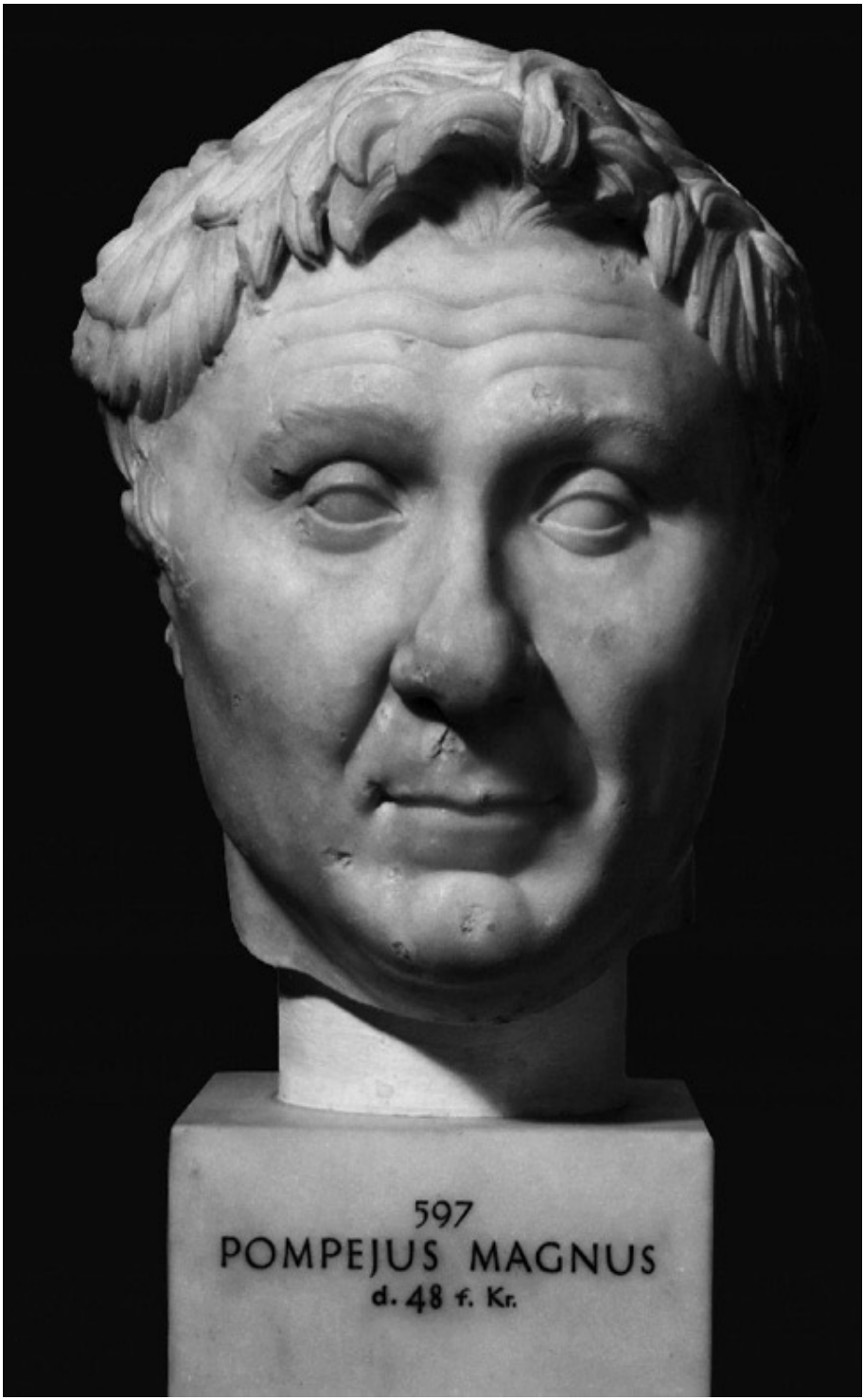
Tumba François en Vulci. Las pinturas murales de este siglo IV representan acontecimientos de la mitología romana y de la historia Etrusca, quizás un incidente en una batalla librada por los Vulci contra los extranjeros. A la izquierda, el héroe etrusco Macstrna libera a un preso mientras sus camaradas matan a sus soldados enemigos, a los que aparentemente han tomado por sorpresa. En el extremo derecho, la víctima que está a punto de ser asesinada es Cneve Tarchunies Rumach, Gneo Tarquinio de Roma (Cornell (1995), p. 138).



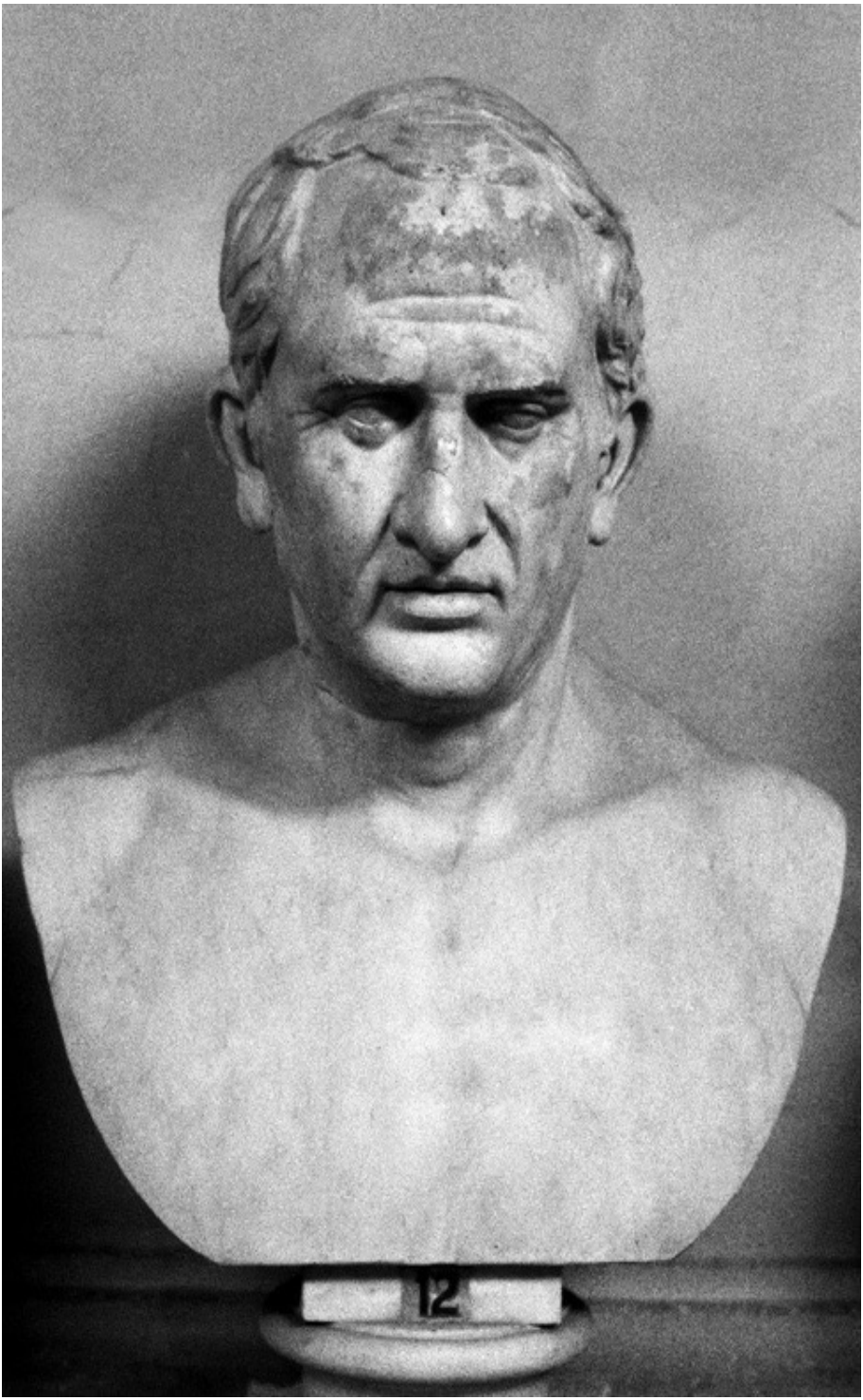
Esta estatua, que probablemente data del tiempo de Augusto, muestra a un noble romano con imágenes de sus ancestros. La práctica habitual era llevar máscaras mortuorias de un ancestro a un funeral para demostrar la importancia de la familia.

Este denario acuñado en Roma el año 113 o 112 a. C. celebra el proceso de votación. Anverso: Diosa de Roma con casco con la leyenda ROMA. Dorso: a la izquierda, un hombre recibe de la figura que está debajo una papeleta en la que puede grabar su elección. La figura de la derecha ha cruzado la pasarela y está introduciendo su voto en la urna. El propósito de la pasarela era evitar la interferencia o la intimidación de los votantes. El signo de encima lleva la primera letra de la tribu votante representada. P. Nerva es el nombre de quien acuñó la moneda (M. H. Crawford, *Roman Republican Coinage* (1974), n.º 292).

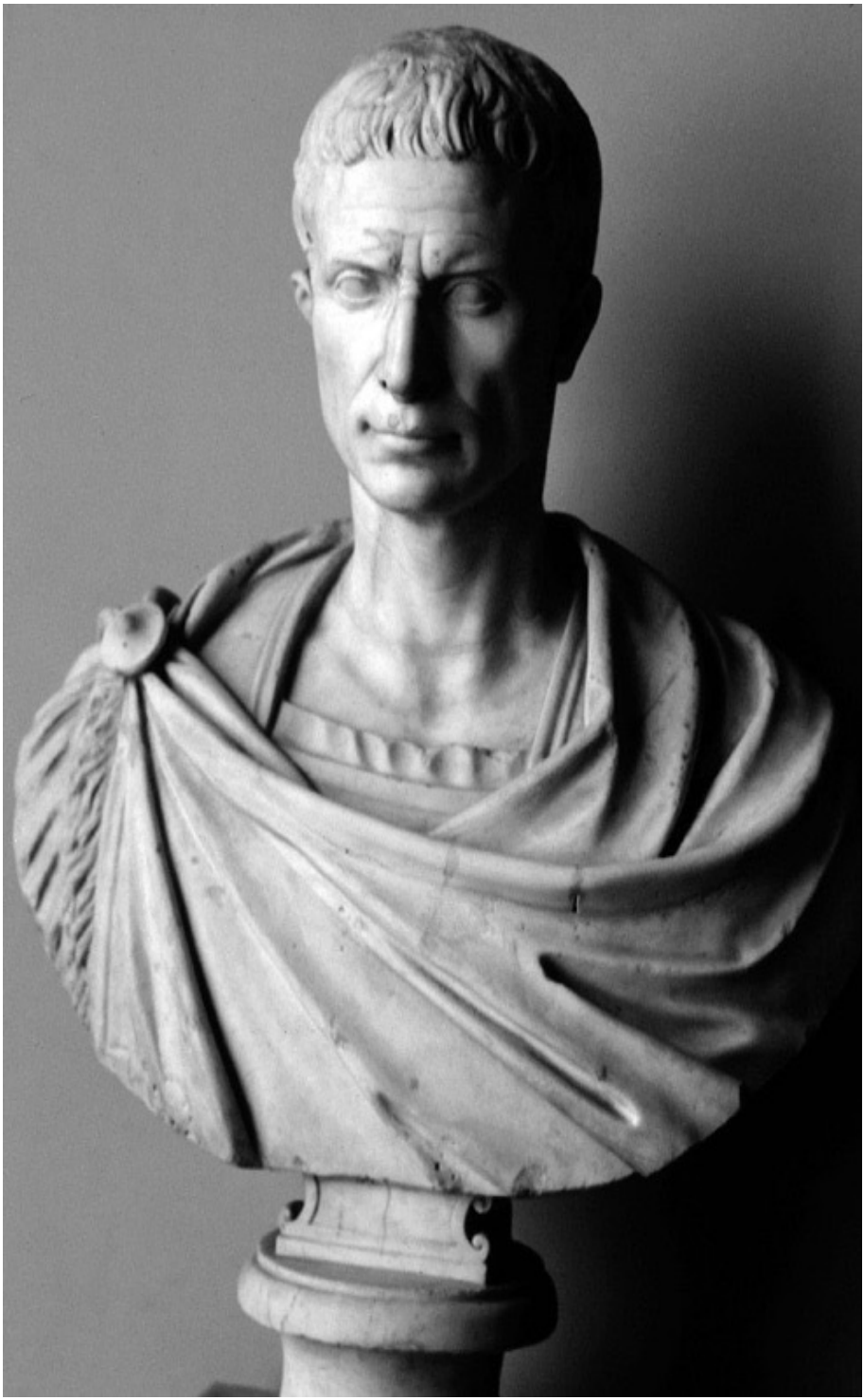
Monumento triunfal de Cornelio Sila que representa el cuerpo de una armadura, dos trofeos con armadura, y un escudo con la cabeza con casco de Roma, lo que sugería que la victoria de Sila era también del estado.


597
POMPEJUS MAGNUS
d. 48 f. Kr.

Retrato de Pompeyo. Su carrera inconstitucional fue fundamental en la caída de la República, aunque acabó su vida como su defensor.


12

Retrato de Cicerón. Orador, teórico constitucional, filósofo y asiduo corresponsal, Cicerón fue una de las figuras fundamentales en la última generación de la República y contribuyó a convertirla en uno de los mejores periodos de la historia romana.



Retrato de César. Se mostraba implacable en su empeño de conseguir el que consideraba el lugar que le correspondía, combinaba las habilidades de un general decidido y agresivo con las habilidades de un orador y escritor. Sus habilidades políticas, sin embargo, no le sirvieron para encontrar un lugar entre su posición dominante y el marco de la República.

Denario acuñado en Roma, 44 a. C. Anverso: cabeza coronada de César; leyenda: CAESAR DICT PERPETUO (Dictador a perpetuidad). Reverso: Venus con la Victoria en su mano derecha y un cetro en la izquierda; en la punta del centro hay un escudo; leyenda: P. SERVILIUS MACER (quien acuñó la moneda). La familia Julia se consideraba descendiente de Venus y Eneas (M. H. Crawford, *Roman Republican Coinage* (1974), n.º 480 (6)).

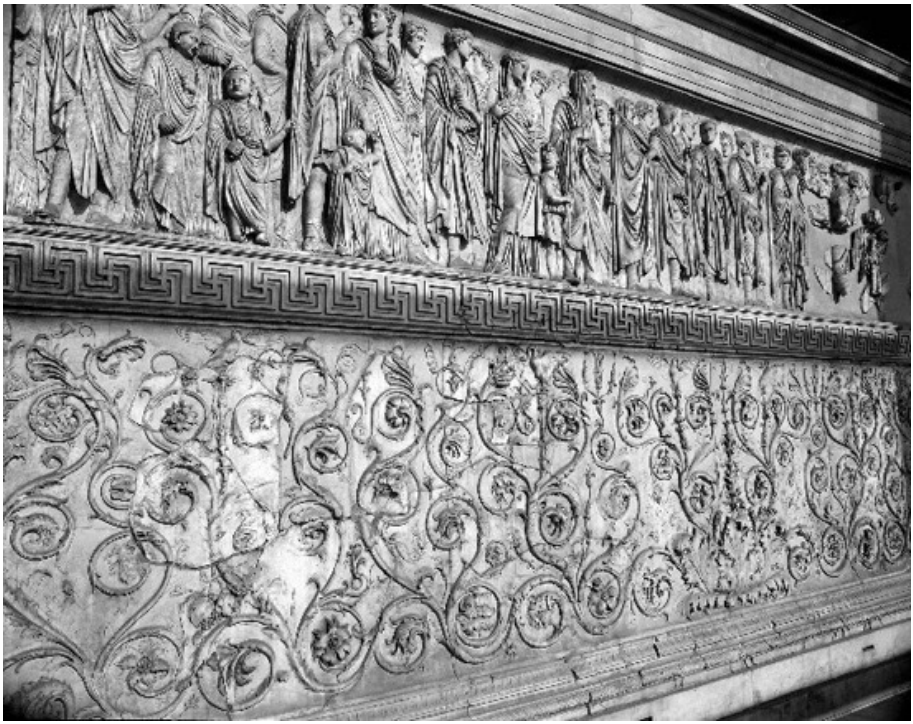
Denario del 43-42 a. C., acuñado a favor de Bruto. Anverso: cabeza de Bruto; leyenda: BRUTUS IMP (Brutus Imperator), L. Plaet (orius). Cest (ianus) (quien acuñó la moneda). Reverso: gorro de esclavo de la libertad y dos dagas con la leyenda: Idus de Marzo; el gorro de la libertad lo llevaban

los esclavos cuando eran liberados. Bruto imitó a César poniendo su imagen en una moneda, a menudo visto como una marca de realeza (M. H. *Roman Republican Coinage* (1974), n.º 508).

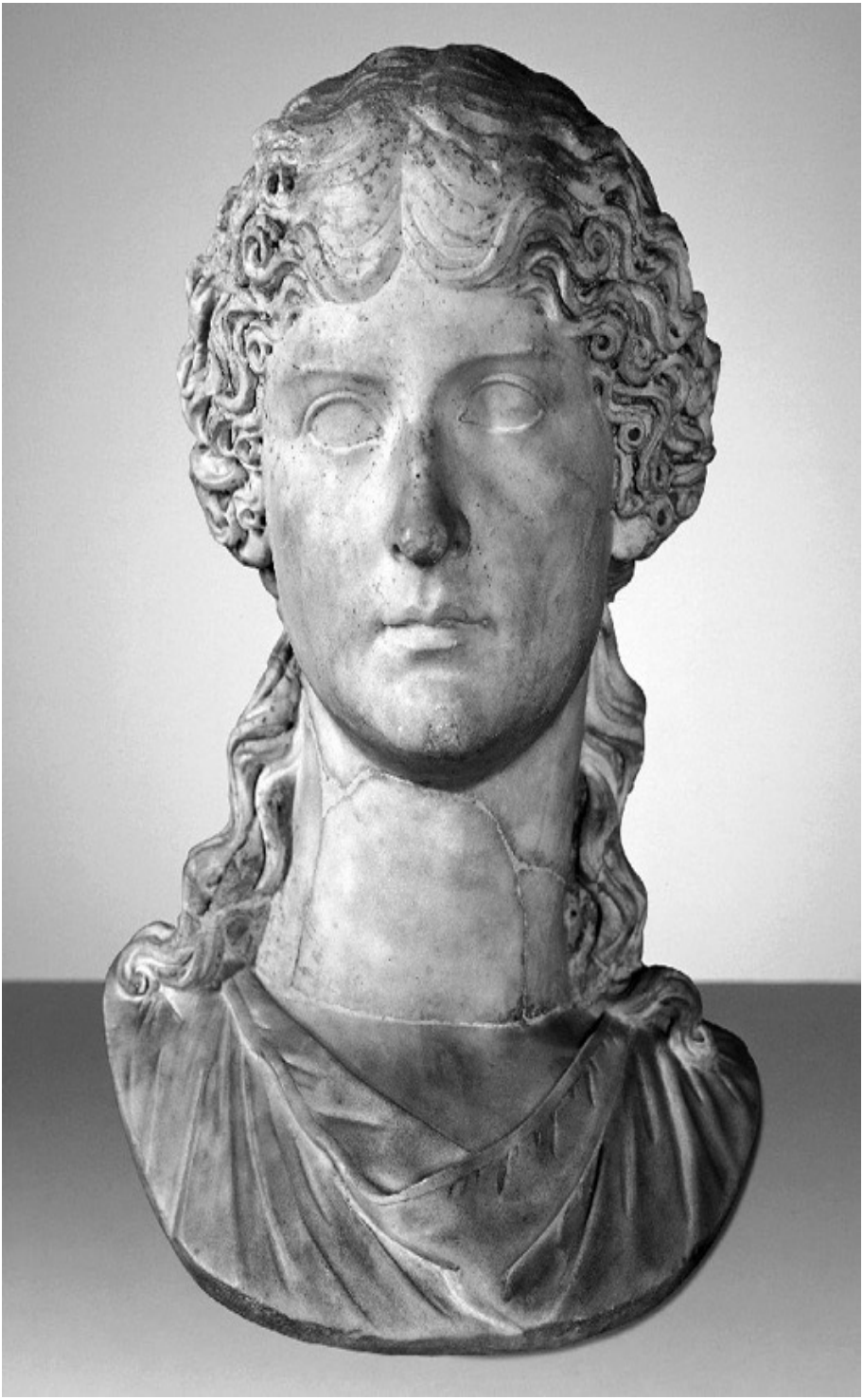
Denario del 36 a. C. y posterior, acuñado a favor de Octaviano con la leyenda: IMP CAESAR DIVI F II VIR ITER RPC (Emperador César, hijo de un dios, triunviro por segunda vez para devolver el orden al estado). Reverso: templo con cuatro columnas y una estrella en el frontón; dentro hay una figura con velo con un lituus (un bastón que llevaban los sacerdotes); un altar iluminado; la inscripción en el arquitrabe del tempo se lee llevaban los sacerdotes); un altar iluminado; la inscripción en el arquitrabe del tempo se lee DIVO IUL (En honor del Divino Julio); leyenda COS ITER ET TER DESIG (cónsul por segunda vez y designado por tercera vez). Esta moneda celebra la relación de Octaviano con Julio César, ahora un dios con su propio templo; la estrella representa su ascenso a los cielos (M. H. Crawford, Roman Republic Coinage (1974), n.º 540).

Esta estatua de Augusto se encontró durante la excavación en Prima Porta de una villa que, probablemente, perteneció a la mujer de Augusto, Livia, y representa a Augusto vestido como un general romano. La escena central representada en su armadura muestra a un parto que devuelve un estandarte militar romano, ya sea al hijo adoptado de Augusto, Tiberio, o posiblemente a Marte, el dios de la guerra. Así se celebra la recuperación de Augusto de los estandartes militares (en realidad como resultado de un tratado diplomático), perdidos por Craso y Antonio.

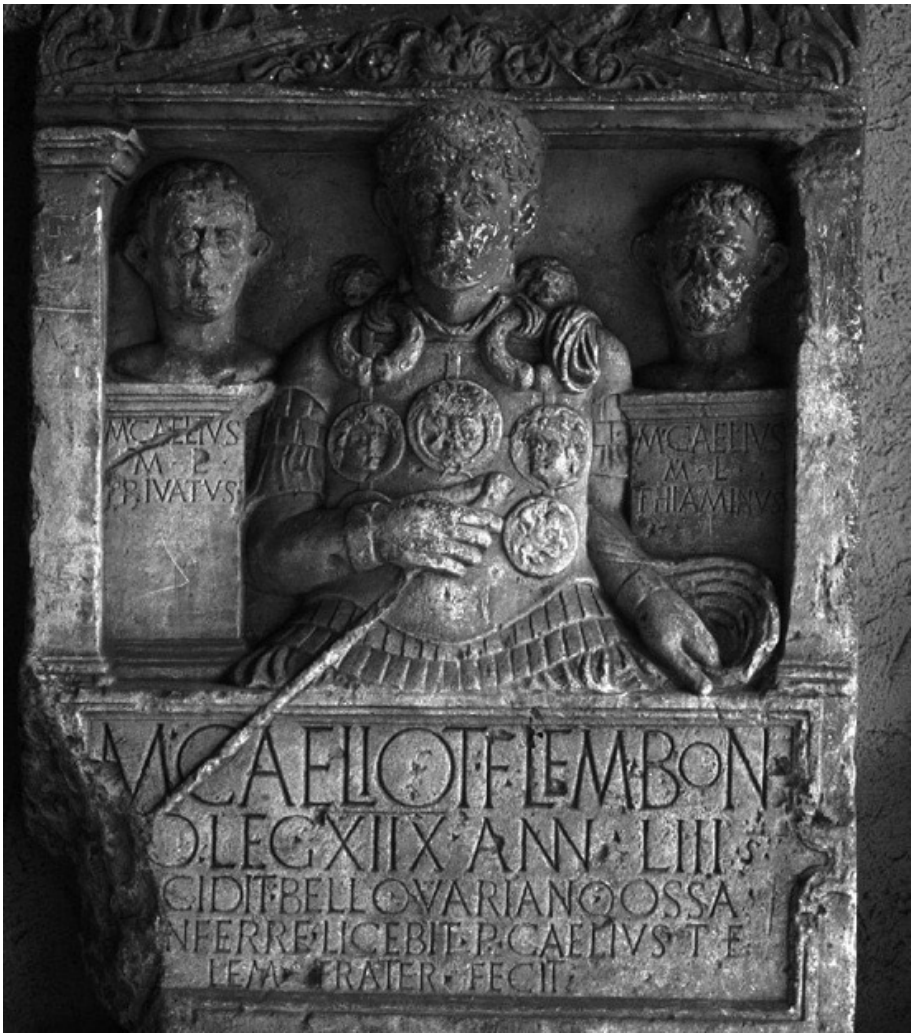
Denario del 28 a. C., acuñado en oriente (¿?). Anverso: cabeza de Octaviano con leyenda: CAESAR COS VI (César, cónsul por sexta vez). Reverso: cocodrilo con una leyenda: AEGYPTO CAPTA (la captura de Egipto). Celebra la derrota de Antonio y Cleopatra a manos de Octaviano y la incorporación de Egipto al Imperio Romano (*The Roman Imperial Coinage* I^2, n.º 275 a).



Ara Pacis. El Senado dedicó el Altar de la Paz a Augusto el año 13 a. C. Los lados representan la llegada de los órdenes sacerdotales y de la familia imperial en el altar. Varias escenas enfatizan la bendición de la paz establecida por Augusto.



Retrato de Agripina la Mayor (14 a. C. – 33 d. C.). Agripina era la hija de Marco Agripa y de la hija de Augusto, Julia, y se casó con Germánico, al que Tiberio después adoptó. Germánico murió el año 19 d. C. después de que las relaciones entre Tiberio y Agripina se deterioraran porque ella podía sospechar que el emperador estaba planeando un boicot contra su marido y también contra su familia. Después de ser desterrada de Roma, murió de hambre en el exilio.



Lápida de Marco Celio, un centurión que fue asesinado en Alemania, el 9 d. C., bajo el mando de Quintilio Varo.

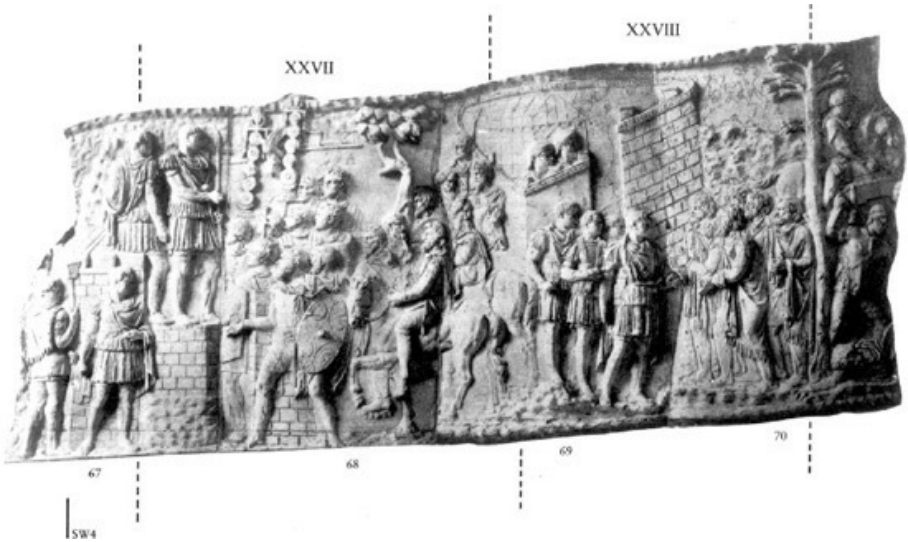
Esta estatua hallada en Lanuvio muestra al emperador Claudio como Júpiter, dios supremo del estado romano, cuyo pájaro era un águila. El emperador lleva una corona de roble y sujeta un cuenco de ofrenda en la mano derecha, para enfatizar su papel en la vida del estado romano. La estatua ilustra la tradición de la idealización de las figuras imperiales. Claudio padecía varios problemas físicos y mentales, y carecía de carisma natural.

Sestercio de bronce, 71 d. C., acuñado en Roma y Lugdunum (Lyon). Anverso: Vespasiano; leyenda: IMP CAESAR VESPASIANUS AUGUSTUS PM TP PP COS (Emperador César Vespasiano Augusto, pontífice máximo, que ostenta el poder tribunicio, padre de la patria, cónsul por tercera vez). Anverso: guirnalda con la leyenda dentro: El Senado y el pueblo de Roma: En honor al Restaurador de la Libertad del Estado. Vespasiano celebra la libertad que el pueblo romano consiguió bajo su gobierno, en contraste con la tiranía de Nerón (*The Roman Imperial Coinage* II, n.º 456).

Diploma militar de bronce del año 103 d. C., donde se ven agujeros para sujetar el alambre. Esta tableta que podía doblarse la llevaba un soldado para demostrar que poseía los beneficios y el estatus de un veterano; en Roma se guardaba una copia.

Este casco bañado en plata, data del siglo III - principios del IV, se encontró en Deurne, Holanda, y pertenecía a un soldado de caballería; tenía un cordoncillo y una pieza para la nariz, y se dividía en 6 segmentos con una áncora repujada en cada uno.

Esta es una visión aérea de las fortificaciones de Masada hacia la colina del sitio romana. Masada es una zona llana aislada a 460 metros de altura sobre la costa oeste del mar Muerto. Herodes había mejorado las fortificaciones y había construido un palacio. Masada cayó ante los romanos en el año 73-74 d. C., al final de la rebelión judía; véanse las pp. 244-245.

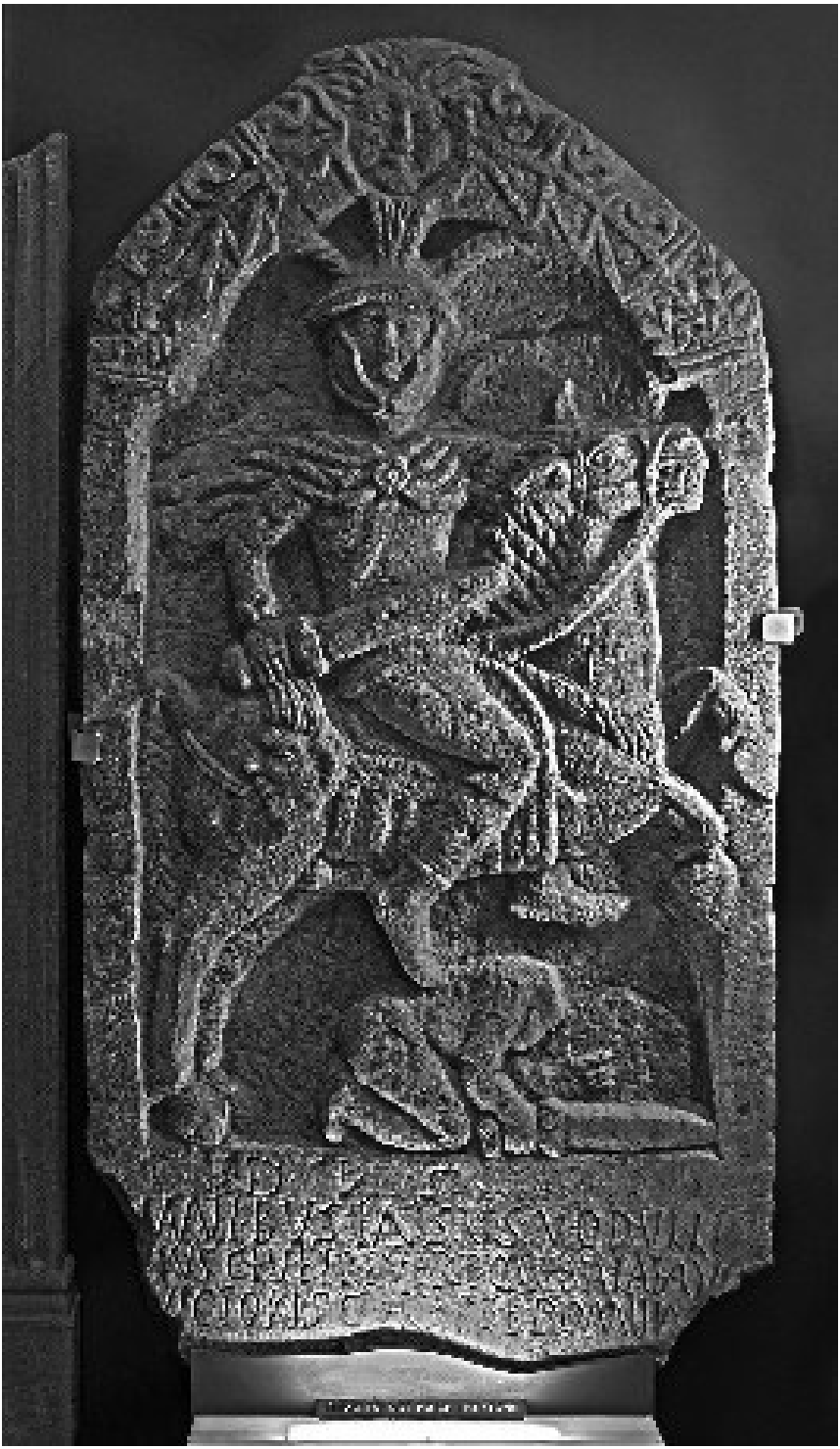


Dos escenas de la columna de Trajano, que alcanzaba 38 metros de altitud, coronada con una estatua de tres metros del emperador vestido de uniforme militar. El senado y el pueblo en parte votaron celebrar la extensión del trabajo de edificación de Trajano en su nuevo fórum. Sin embargo, también era un monumento a las victorias del ejército romano contra los dacios, y el liderazgo personal de Trajano. Un friso continuo de 200 metros grabado en la barra cuenta la historia de las dos guerras dacias. De las dos escenas que aparecen, en una aparece Trajano de pie sobre una tribuna mientras sus oficiales dirigen las tropas, que marchan en línea con sus estandartes. La otra representa a Trajano de nuevo con sus oficiales, recibiendo a una delegación de los dacios. Véase F. Lepper y S. Frere, *Trajan's Column* (1988).

Sestercio de bronce, 104-111 d. C., acuñado en Roma. Anverso: cabeza de Trabajo; leyenda: IMP CAES NERVAE OPTIMO PRINCIPI TRAIANO AUG GER DAC PM TR P COS V PP (En honor al Emperador César Nerva Trajano, el más excelente Augusto, Germánico, Dácico, pontífice máximo, que ostentaba el poder tribunicio, cónsul por quinta vez, padre de la patria). Reverso: la figura personificada del río Danubio agarra a Dacia (en forma femenina) por la garganta y la aprieta contra su rodilla; leyenda; SPQR OPTIMO PRINCIPI SC (El senado y pueblo de Roma al príncipe más excelente; por decreto del senado). La imagen retrata vivamente cómo el propio río Danubio lucha en el bando romano. (*Coins of the Roman Empire in the British Museum* III, p. 168, n.º 793).

Sestercio de bronce, 116-117 d. C., acuñado en Roma. Anverso: cabeza de Trajano; leyenda IMP CAES NER TRAIANO OPTIMO AUG GER DAC PARTHICO PM TR P COS VI PP (En honor del Emperador César Nerva Trajano, el más excelente Augusto, Germánico, Dácico, Pártico, pontífice máximo, que ostentó el poder tribunicio, cónsul por sexta vez, padre de la patria). Reverso: Trajano de uniforme militar con una lanza en su mano derecha y un parazonio en la izquierda. Los dioses de los ríos Éu-

frates y Tigris se postran a sus pies y entre ellos se sienta la figura personificada de Armenia; leyenda: Armenia y Mesopotamia bajo el poder del pueblo romano; por decreto del senado. A pesar del mensaje positivo que aparece acuñado, la invasión de Partia fue en última instancia un desastre (*Coins of the Roman Empire in the British Museum* III, p. 221, n.º 1033).

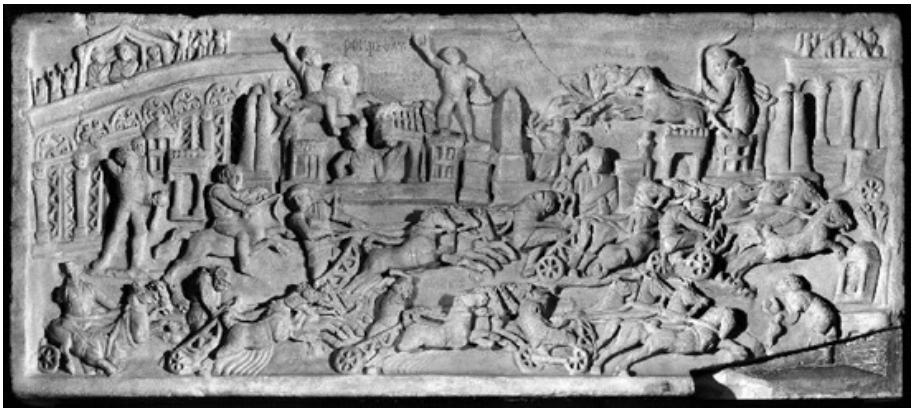


Esta lápida de arenisca, *ca*. 80 d. C., descubierta en Lancaster, honra a un auxiliar de caballería, Inso, hijo de Vodulo. Aparece representado sujetando la cabeza cercenada de un enemigo que ha caído bajo los cascos de su caballo.

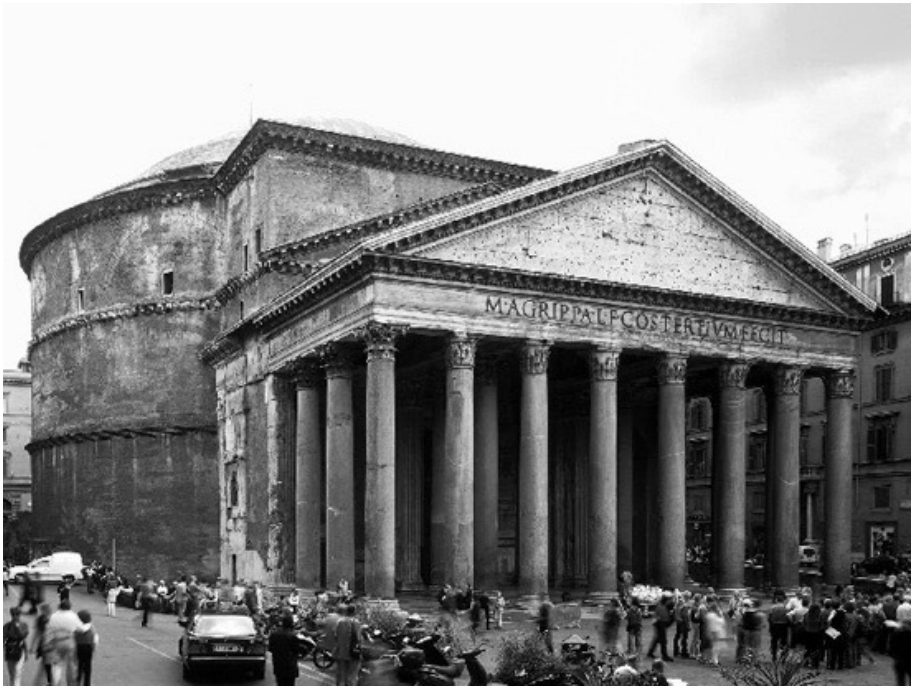
Este relieve sepulcral, que data de la época de Augusto, probablemente cerca de una tumba cerca de Roma y muestra a L. Vibio y a su mujer; la figura del chico entre ellos puede representar la máscara funeral de su hijo muerto; tiene un sorprendente parecido con Vibio.

Este hecho se erigió en el foro romano entre los años 81-82 d. C. por orden del Senado y el pueblo en honor a Tito y su victoria que aplastó la rebelión judía el año 70 d. C. y el saqueo de Jerusalén. Esta escena representa la procesión triunfal de Tito en la que lleva un carro acompañado por las diosas Victoria y Roma.

El Circo Máximo en el modelo a escala de la antigua Roma en el Museo della Civilità Romana. El Circo era el espacio público más antiguo de Roma y yace en el valle entre el Palatino y las colinas Aventinas. Al final del siglo I d. C. tenía una capacidad de hasta 250 000 personas, con una pista de 540 metros de longitud por 80 metros de amplitud. Se usaba para la puesta en escena de diversos juegos, pero principalmente carreras de carros; había doce puertas de salida en el extremo oeste, una barrera central (*spina*) incluía contadores de vueltas para marcar las siete vueltas de una carrera, postes cónicos de viraje (*metae*) y dos obeliscos originales de Egipto.



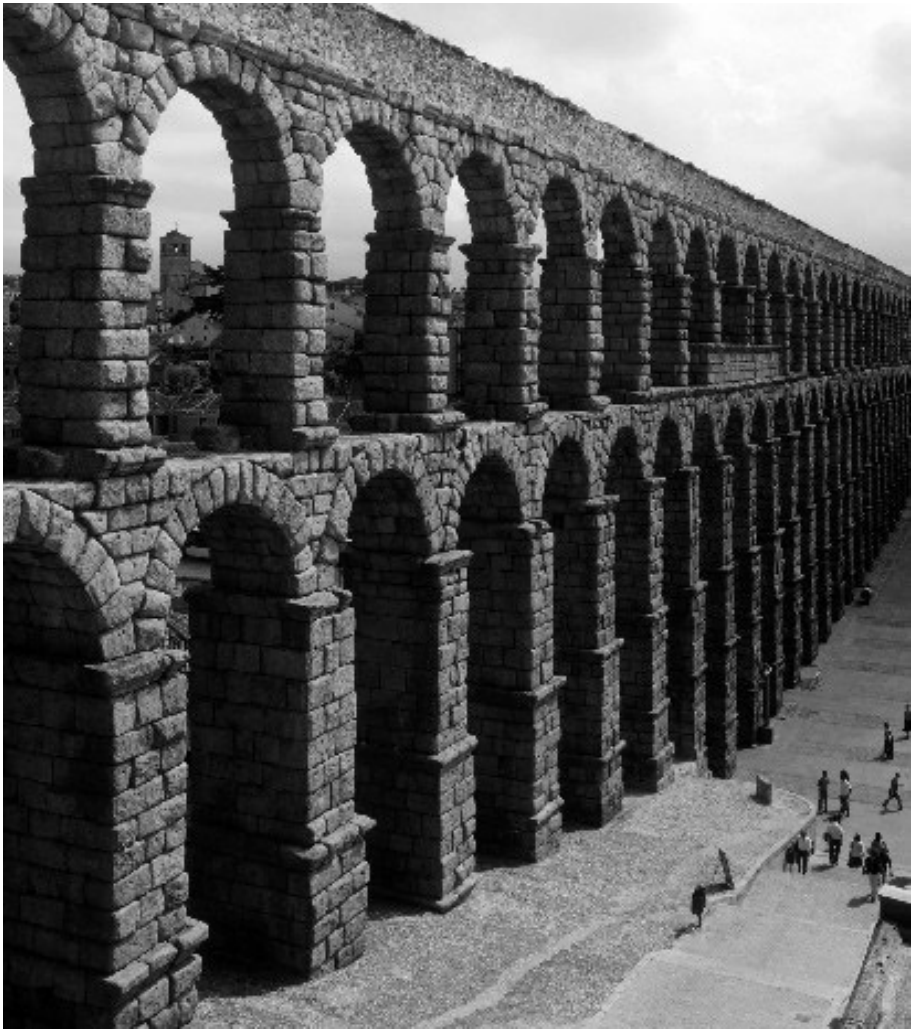
Este monumento sepulcral de Foligno, Italia, que data del siglo II o III d. C. representa una carrera de carros en el Circo Máximo.



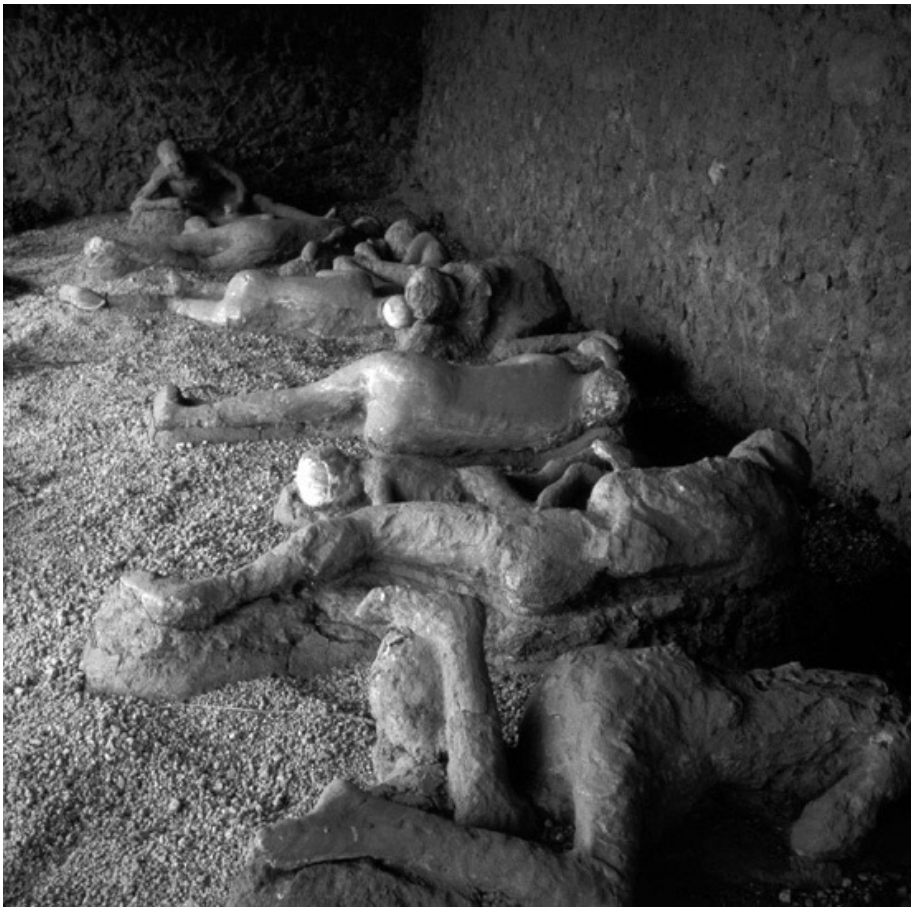
El Panteón de Roma. Marco Agripa planeó originalmente este templo, pero Adriano lo completó tal y como está en su forma actual y lo dedicó a todos los dioses. El pórtico tradicional lleva a una sala circular de 43,3 metros tanto de diámetro como de altura, iluminado por una sola abertura circular de nueve metros de diámetro. La inscripción sobre el pórtico menciona la obra original de Agripa: Marco Agripa, hijo de Lucio, cónsul por tercera vez, lo hizo.

El sarcófago Ludovisi, llamado así por su primer propietario, data de mediados del siglo III d. C. y representa una batalla entre las tropas romanas y bárbaras. Los romanos aparecen ganando, aunque la escena es extremadamente violenta y tal vez refleja algunas de las luchas romanas con pueblos bárbaros en el siglo III. El comandante a caballo que aparece en el centro de la batalla pudo originalmente haber sido enterrado dentro del sarcófago.

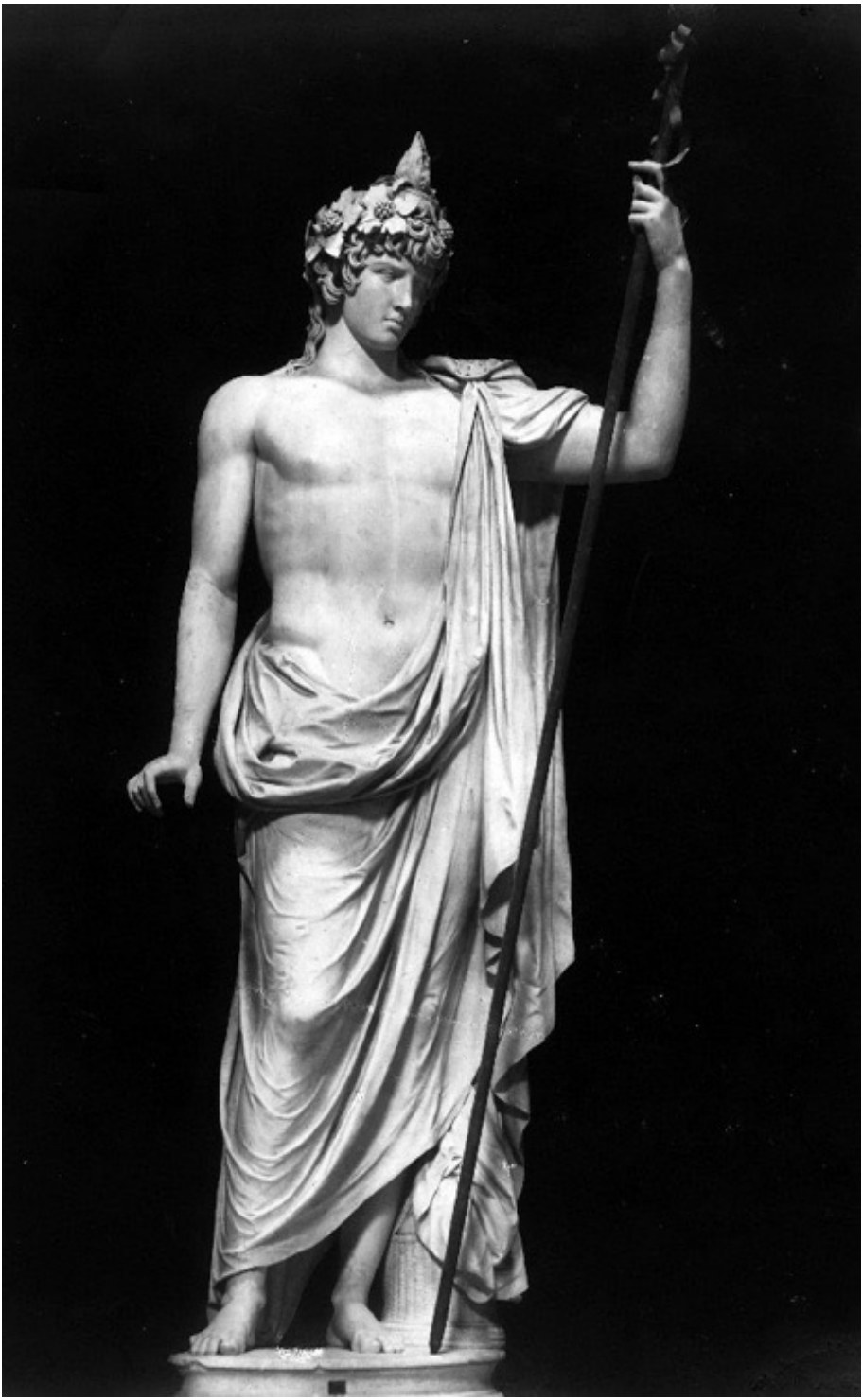
Esta estatua ecuestre de bronce de Marco Aurelio ahora se encuentra en el Museo Capitolino de Roma, con una copia en el exterior, en la Piazza del Campidoglio.



El acueducto de Segovia de España se construyó con bloques de granito durante el reinado de Claudio; el soportal de arcos tiene 728 metros de longitud y una altura de 28 metros; el agua se transportaba en un canal cubierto sobre la segunda fila de arcos. Llevaba el agua desde el río Acebeda a lo largo de 12 kilómetros hasta el sur de la ciudad.



Pompeya era una ciudad con puerto en el sur de Campania que fue destruida por la erupción del Vesubio el año 79 d. C. Junto con la vecina Herculano, que también se destruyó, es el yacimiento arqueológico más conocido de Italia, que muestra la vida social, política y económica de una ciudad itálica. Los arqueólogos descubrieron los restos de muchos ciudadanos que intentaron esconderse o escapar. En los restos humanos existía un vacío producido por la descomposición de materia orgánica después de que la ceniza o el barro, que habían cubierto a las víctimas, se hubiera endurecido. Originalmente, se vertió cemento o yeso en el hueco —ahora se usa una sustancia de polímero— que preservó la forma de los cuerpos mientras la excavación proseguía.



Estatua de Antínoo, vestido como el dios Baco. Este joven de Bitinia era el favorito y amante de Adriano; mientras visitaba Egipto con el emperador el año 130 d. C. se ahogó en el Nilo. Movido por el dolor, Adriano deificó a Antínoo y se establecieron cultos en su honor. En esta representación, probablemente de la villa del emperador de Tívoli, Antínoo lleva una guirnalda de viñas y uvas sobre la cabeza, y en la mano izquierda sujeta la varita de Baco (tirso).

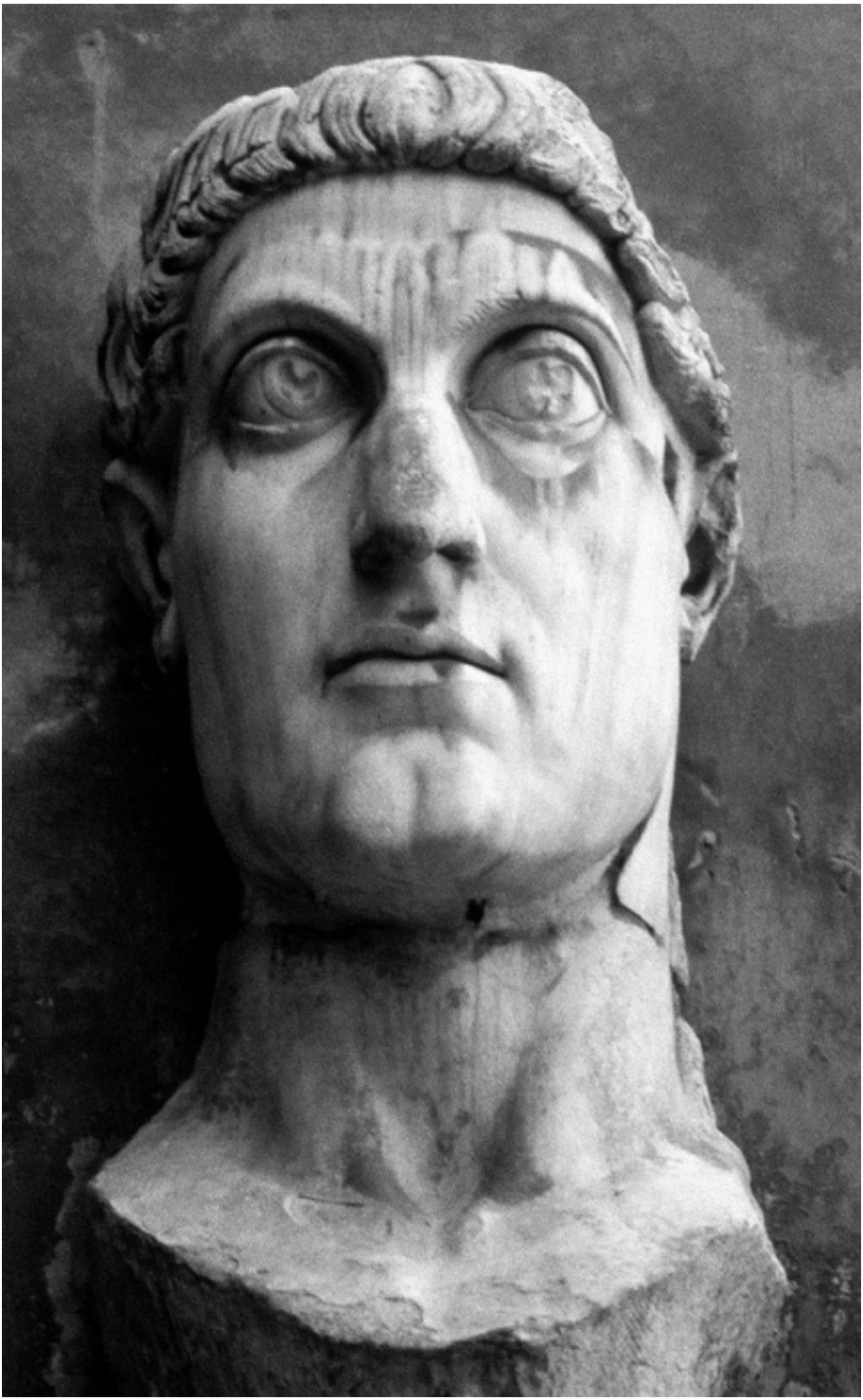
Este relieve sobre roca en Irán celebra las victorias del Rey Sapor I sobre los emperadores romanos, y en esta escena el rey sujeta a Valeriano, que había sido capturado, por el brazo, mientras que otro emperador, probablemente Filipo que negoció su liberación, le ofrece su obediencia; la figura que aparece invertida bajo los cascos de los caballos podría ser Gordiano III, que fue probablemente asesinado en la batalla contra los persas.

Esta representación de los cuatro gobernantes de la Tetrarquía (Diocleciano, Maximiano, Constancio, Galerio) está tallada en pórfido y data de alrededor del 300 d. C. Originalmente, se encontró en el palacio imperial de Constantinopla y está diseñada para unir la identidad individual de los hombres para dar idea de solidaridad de grupo, simbolizada por el abrazo.

Nummus billon acuñado en Ticinum, el 316 d. C. Anverso: cabezas de Constantino I y dios del Sol; leyenda: COMIS CONSTANTINI AUG (camarada de Constantino Augusto). Reverso: la figura personificada de la generosidad (Liberalitas), que viste una larga túnica y lleva el símbolo de la abundancia (cornucopiae) y sujeta una tabla de cuentas en la mano derecha; leyenda: Generosidad por la undécima ocasión, Emperador por cuarta vez, cónsul, padre de la patria, procónsul. La moneda celebra la undécima distribución de dinero a los soldados por parte del emperador (*The roman imperial coinage VII*, p. 368, n.º 53).

Billon acuñado en Ambianum, Amiens, el año 353 d. C. Anverso: cabeza de Magnencio; leyenda DN MAGNENTIUS PF AUG (Nuestro señor Magnencio, leal y auténtico Augusto). Reverso: símbolo de Chi-Rho, con

alfa y omega; leyenda: SALUS DD NN AUG ET CAES (la seguridad de nuestros señores el Augusto y César). (*The Roman Imperial Coinage VIII, p. 123, n.º34*). Magnencio dirigió una revuelta militar que derrocó a Constante. Hizo algunas concesiones a las prácticas religiosas paganas, pero en esta moneda el simbolismo es cristiano.



Cabeza de Constantino (2,6 metros de altura) de una estatua colosal del emperador, probablemente colocada en la basílica de Majencio, rededicado por Constantino en el año 313 d. C. El retrato del emperador tenía como objetivo transmitir una fuerza sobrehumana y una majestad que inspirara asombro.

Constantino construyó la basílica de la capital imperial en Tréveris a principios del siglo IV d. C.; era un edificio rectangular construido con ladrillos con un ábside prominente y probablemente servía como una sala de audiencias.

ÍNDICE

Historia de Roma	3
Prefacio	6
1. La conquista de Italia	8
2. La conquista del Mediterráneo	47
3. La transformación de Roma	82
4. La cloaca de Rómulo	119
5. Augusto y el Nuevo Orden	170
6. El gobierno del Imperio	216
7. Soldados y guerras	254
8. El mundo de la Roma imperial	296
9. Crisis y restablecimiento	346
10. El imperio cristiano	382
Bibliografía sugerida	445
Fotografías	468